

BUCÉFALO

Memorias del caballo
de Alejandro



Eloy M. Cebrián



Lectulandia

Año 326 antes de Cristo. Bucéfalo, el legendario caballo del rey Alejandro de Macedonia, agoniza por una herida de combate. Consciente de que su fin se acerca, el animal se resigna a morir a un mundo de distancia de la tierra que lo vio nacer. Pero antes de dispone a evocar la aventura de su vida, un viaje fascinante que lo ha conducido desde las tierras de Grecia a Jonia, desde Egipto a Mesopotamia y Persia. Y más allá, mucho más allá, hasta las misteriosas estepas del Asia central y la fabulosa India, donde una flecha enemiga lo aguardaba impaciente.

Estas páginas constituyen una invitación a recorrer a lomos de Bucéfalo algunas de las páginas más vibrantes de la Historia, una crónica de primera mano del que habría de convertirse en el más glorioso de los reyes y el más invencible de los generales, aquel que sería honrado por la posteridad con el sobrenombre de «El Grande».

Batallas, aventuras, prodigios, valor, lealtad, ambición, muerte o victoria. Y todo un mundo que conquistar. El precio exigido es enorme, pero también lo es la recompensa: fama perdurable, gloria inmortal.

Lectulandia

Eloy M. Cebrián

Bucéfalo

Memorias del caballo de Alejandro

ePub r1.0
ramsan 20.11.15

Título original: *Bucéfalo. Memorias del caballo de Alejandro*
Eloy M. Cebrián, 2005

Editor digital: ramsan
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Parte I

EL REINADO DE FILIPO

γὰρ ἀμφὶ τὰ τριάκοντα ἔτη καματηρὸς γενόμενος,
πολλὰ δὲ πρόσθεν ξυγκαμῶ τε καὶ συγκινδυνεύσας
' Ἀλεξάνδρῳ, ἀναβαινόμενός τε πρὸς μόνου ' Ἀλεξάνδρου
ὁ Βουκεφάλας οὗτος, ὅτι τοὺς ἄλλους πάντας ἀπηξίου
ἀμβάτας, καὶ μεγέθει μέγας καὶ τῷ θυμῷ γενναῖος.
σημεῖον δὲ οἱ ἦν βοὸς κεφαλὴ ἐγκεχαραγμένη, ἐφ'
ὅτῳ καὶ τὸ ὄνομα τοῦτο λέγουσιν ὅτι ἔφερον· οἱ δὲ
λέγουσιν ὅτι λευκὸν σῆμα εἶχεν ἐπὶ τῆς κεφαλῆς,
μέλας ὦν αὐτός, ἐς βοὸς κεφαλὴν μάλιστα
εἰκασμένον.

Era ya un caballo de unos treinta años, agotado por haber sufrido antes muchas penalidades y peligros que había compartido con Alejandro; fue este su único jinete, ya que no toleró sobre sí a ninguna otra persona; caballo grande de tamaño y de ánimo esforzado. Estaba marcado con una cabeza de buey, de donde su nombre Bucéfalo, aunque otros dicen que tenía una señal en su cabeza (siendo todo el resto de su cuerpo negro), exactamente igual a la cabeza de un buey.

Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*
(Trad. de Antonio Guzmán Guerra).



Capítulo I

Juegos en Olimpia

MI nombre es Bucéfalo y me estoy muriendo. La vida me abandona a través de esta herida que una flecha enemiga me abrió en mitad del pecho. Apenas distingo las cosas que me rodean, y el mundo parece envuelto en niebla y sombras. Mi señor ha enviado a sus criados para que cuiden de mí. Noto que me acarician, que limpian mi herida y que depositan heno fresco junto a mi extenuada cabeza, tal vez con la esperanza de que el olor del alimento me reanime. Ayer vino a visitarme Filippo de Acarnania, el cirujano más afamado de todo el ejército. Tras examinar mi herida, el hombre se limitó a encogerse de hombros y a prescribirme la muerte dulce y rápida del cuchillo. Alejandro estuvo a punto de ordenar que lo colgaran. Él me conoce bien. Sabe que somos iguales, que lucharé hasta el final y que, cuando llegue el momento, me iré con el orgullo de haber librado una hermosa batalla.

«¿Por qué tantas atenciones con un viejo caballo moribundo?», os estaréis preguntando. Soy viejo, os lo concedo, mucho más viejo que ningún caballo que haya conocido y, para mi desgracia, es un hecho que me estoy muriendo. Pero ni por un instante penséis en mí como en un caballo vulgar. Pocos son los hombres que han alcanzado más gloria y más fama que yo. Y poseo además un tesoro que muchos envidiarían: mis recuerdos, una larga vida de recuerdos. No quieran los dioses, si de verdad existen, que todas estas vivencias se pierdan conmigo, que la muerte y el tiempo las borren sin dejar rastro. Querría hablaros de Filippo, el rey más glorioso que han visto los siglos, si no fuera por otro que vino tras él, de la bella y cruel Olimpia, del noble Parmenión, de Aristóteles, el sabio, del hermoso Hefestión, del taimado Demóstenes, del fiel Antípatro, de Tolomeo, de Crátero, Seleuco, Clito y todos los demás. Acompañadme, si os place, hasta los campos de batalla de Queronea y del Gránico, de Iso, de Gaugamela. Cabalgad conmigo hacia Jonia y Egipto, y más lejos, mucho más lejos, hasta Persia y la fabulosa India, donde una flecha enemiga me aguardaba pacientemente.

Y, por supuesto, os quiero hablar también de Alejandro, sobre todo de Alejandro.

Pero muchos son los recuerdos y escaso el tiempo que me resta. Así pues, escuchad mi historia mientras aún me queden fuerzas para narrarla.

No siempre he sido famoso. De hecho, hasta que mi camino y el de Alejandro se cruzaron, yo era un caballo más, uno de los muchos que viven en mi tierra, hoy tan

lejana. Reconozco que me devora la nostalgia. Y si alguna vez habéis viajado a la Hélade podréis imaginar por qué. Aquella es una tierra hermosa, cubierta casi totalmente de montañas y bosques; pero también es un país agreste y duro, donde a duras penas se puede encontrar un pedazo de tierra apto para hincar el arado. En cuanto a sus habitantes humanos, he de decir que son una de las razas más notables que pueblan el mundo, y os hablo con la seguridad de quien lo ha visto casi todo. En ningún sitio encontraréis artesanos más hábiles ni artistas de mayor talento: el barro, la piedra y el bronce adquieren vida bajo sus manos; sus ciudades están sembradas de templos que poco tienen que envidiar a las residencias de los dioses. ¿Y qué decir de sus poetas, salvo que nadie ha sabido celebrar como ellos la belleza del mundo y las hazañas de los antiguos héroes?

Sabed también que la curiosidad de sus filósofos no conoce límites: los cielos, la tierra, la naturaleza, el hombre, la esencia misma de las cosas son asuntos familiares para ellos. Buenos ejemplos de ello hallaréis en esta historia.

«La tierra separa, mientras que el mar une», reza una conocida sentencia. Podéis nombrar cualquier costa del mundo conocido y os aseguro que allí encontraréis a un navegante heleno: mercaderes, viajeros, soldados de fortuna, colonos en busca de tierras más fértiles... Los extranjeros bromean a veces: «Condenados helenos, parece que crecen debajo de las piedras». Y no les falta razón. Tanto si navegáis hacia oriente como hacia occidente, os toparáis sin duda con una ciudad helena. Por bárbara y distante que sea la costa, siempre arribaréis a «una Hélade más allá del Mar».

Un pueblo afortunado, os diréis. Cierto, salvo por un pequeño detalle. Habéis de saber que, de entre todas las artes, hay una que en mi patria se cultiva con especial devoción: el llamado «arte de la guerra». No os asombréis, pues, si os digo que la historia de la Hélade es en buena medida la historia de sus guerras: guerras de aniquilamiento mutuo, guerras con sus vecinos, guerras contra potencias lejanas, guerras contra todo aquel que se ha puesto a su alcance. Tenemos la guerra en la sangre, como una de esas enfermedades que se transmiten de padres a hijos. No acierto a explicármelo de otro modo.

Permitidme un alto en el camino para ilustrar todo esto con un ejemplo. Al sur de la Hélade existe una península que llaman del Peloponeso. Allí se encuentra Esparta, la ciudad de los lacedemonios, seguramente el peor sitio del mundo para nacer. Todo recién nacido es examinado de pies a cabeza a fin de comprobar si tiene algún defecto que lo incapacite para la guerra. Si es así, se le abandona en las laderas del monte Taigeto, donde el hambre, el frío o las alimañas pronto acaban con él. Los niños sanos son devueltos a sus madres, pero solo hasta que cumplen siete años. A esa edad los sacan de sus hogares y los llevan a vivir a un cuartel, donde permanecen hasta que son adultos y sufren las mayores penurias y privaciones que podáis imaginar. Y ni por asomo penséis que sus madres se rebelan. Como todas las mujeres helenas, las espartanas se limitan a callar y obedecer. Y no solo eso, sino que además se sienten orgullosas de que sus hijos sacrifiquen su vida de un modo tan absurdo. Se cuenta

que una madre espartana despidió a su hijo, que partía hacia la guerra, con estas palabras: «Vuelve con tu escudo o sobre tu escudo». Al parecer, la buena mujer ni siquiera concebía una tercera posibilidad.

La educación de los niños espartanos se fundamenta en los tres pilares básicos de su sociedad, es decir, la obediencia ciega, la fortaleza y la obsesión por la victoria a costa de cualquier sacrificio, incluyendo el de la propia vida. El hambre, el frío, los ejercicios agotadores, las marchas interminables y la férrea disciplina, a menudo impuesta mediante palizas y latigazos, los convierten en soldados formidables, es cierto, pero a la vez borran en ellos cualquier vestigio de humanidad. A propósito de esto, me viene a la memoria la historia de un niño espartano que, mientras permanecía en formación, ocultaba un cachorro de zorro bajo su manto, y que permitió que el animal le desgarrara el vientre con sus garras y colmillos sin dejar escapar un gemido que lo delatara.

A los helenos les encanta hablar, los espartanos, a lo sumo, gruñen. Los helenos adoran la música, los espartanos solo los cantos militares. Cualquier actividad ajena a la guerra les está vedada. No practican el comercio, ni la agricultura, ni ninguna de las artes. Para su sustento, el Estado les proporciona una finca y esclavos para trabajarla. Y ahora que sabéis la forma en que los espartanos tratan a sus hijos, podréis figuraros cómo tratan a sus esclavos. En fin, a modo de conclusión baste decir que los lacedemonios dominan «el arte de la guerra» hasta tal punto que la suya es la única ciudad importante de la Hélade que carece de murallas, pues, como ellos mismos afirman, el ejército de Esparta es más fuerte que cualquier muralla.

Bien es cierto que estos desagradables espartanos son el ejemplo más extremo que puedo mencionar, aunque no es menos cierto que el resto de los helenos no se diferencian mucho de ellos en cuanto a belicosidad se refiere. Toda la Hélade está dividida en pequeños estados independientes (una ciudad y su territorio de influencia, donde a lo sumo no hay más que granjas y aldeas), y son contados los momentos de la historia en los que no haya algún conflicto en curso que enfrente a dos, varios o todos ellos. Su mayor afán consiste en dominar o destruir a los demás: Esparta contra Argos, Atenas contra Esparta, Tebas contra Atenas, Esparta contra Tebas, Atenas contra Corinto y así hasta agotar todas las combinaciones imaginables. A veces, pocas, algunas ciudades se alían, pero solamente para luchar contra enemigos extranjeros poderosos. Sin embargo, estas alianzas suelen ser breves y rara es la vez que no desembocan en una nueva contienda.

A pesar de todo, los hay que han salido beneficiados de este gigantesco caos, y me refiero, naturalmente, a nosotros, los caballos. Los helenos nos adoran desde que se dieron cuenta de que somos un elemento esencial de supremacía en la batalla. No es necesario discurrir mucho para caer en la cuenta de que un guerrero a caballo posee grandes ventajas sobre el soldado de a pie: constituye una poderosa fuerza de choque, cuenta con una posición privilegiada en el combate y, si las circunstancias lo requieren, su movilidad le permite una rápida retirada sin que ningún soldado de

infantería pueda soñar con alcanzarlo.

Los hombres han olvidado casi por completo la época en que los primeros caballos llegaron a la Hélade, lo que les ha llevado a urdir toda suerte de leyendas sobre nuestro origen (ellos son muy dados a adornar los hechos del pasado con historias fantásticas). Nos consideran un don del cielo; creen que fue el mismísimo dios Poseidón, el que surca las profundidades del mar en un carro tirado por caballos marinos, quien hizo entrega del caballo a los hombres. Por supuesto, nuestra imaginación no llega tan lejos, aunque sí nuestra memoria. Todo buen caballo heleno les habla a sus hijos de la época remota en que llegamos allí por vez primera, acompañando a los hombres del norte. Nos trajeron de un país frío y desolado que se encuentra más allá de las montañas. En aquella época los humanos no habían aprendido todavía cómo persuadir a un caballo para dejarse montar, de modo que nos usaban para tirar de los carros en los que transportaban sus enseres, y de otros, más pequeños y rápidos, que empleaban en la guerra. Aquellos hombres —algunos los llaman *aqueos*— tenían poco que ver con los refinados helenos actuales. Sin embargo, una vez establecidos en la Hélade, sembraron la simiente de lo que llegaría a ser la maravillosa tierra de la que os he hablado. Su edad de oro fue narrada por Homero, al que hoy consideran el más excelso de sus poetas. Si hay una historia favorita entre los helenos, esta es la de cómo sus antepasados aqueos cruzaron el mar para luchar contra los troyanos ante las murallas de Ilión, y cómo los héroes de esta epopeya acudían al combate sobre carros de guerra tirados por antepasados míos.

Lo cierto es que aquella gloriosa civilización de guerreros fue barrida por completo; nada quedó de ellos, salvo ruinas y leyendas. Hay quien afirma que los responsables de tanta destrucción fueron los llamados dorios, hordas nómadas llegadas del norte en busca de un país mejor donde establecerse. Cuentan que se trataba de un pueblo semisalvaje; sin embargo, conocían el secreto de construir armas de hierro que podían cortar las espadas de bronce de los aqueos como si estas fueran de madera. También tenían caballos más grandes y rápidos, caballos adiestrados para participar en la lucha, mientras que los aqueos usaban los suyos como simple medio de transporte hasta el campo de batalla. Los de mi especie sabemos que toda esa historia de invasiones es solo en parte cierta, que fueron en buena medida los propios aqueos quienes fraguaron su ruina peleando entre sí, pero nadie nos ha preguntado.

Vinieron después muchos años oscuros de los que prefiero no hablar hasta que, muy lentamente, la civilización comenzó a surgir de nuevo. Basta con decir que la historia del hombre en la Hélade es también la historia de sus grandes amigos de cuatro patas; donde ellos estuvieron, allí estuvimos nosotros.

Y creo que ha llegado el momento de concluir la narración de la historia de mi tierra natal para comenzar con la mía propia.

Al norte de la Hélade existe una región llamada Tesalia, en cuyas llanuras

cubiertas de pastos se crían los mejores y más afamados caballos del mundo conocido. Los caballos de Tesalia son de pequeña alzada, pero su resistencia, velocidad y fuerza los hacen incomparables. Los humanos de aquella región los consideran su mayor orgullo, así como su principal fuente de riqueza. Y hasta tal punto llega su veneración por nosotros que sus leyendas recogen la existencia de unos extraños seres llamados centauros, que eran mitad humanos y mitad caballos. Se trataba de criaturas salvajes y libres que vivían en las montañas y que con frecuencia entablaban sangrientos combates con los humanos. Una excepción la constituía el centauro llamado Quirón, al que los humanos consideraban el ser más sabio y bondadoso de su época. De este Quirón se cuenta que fue el maestro y consejero de Jasón, el más célebre de los héroes tesalios, aunque esa es otra historia. Como podéis suponer, tengo un buen motivo para hablar de los caballos de Tesalia en términos tan elogiosos y es que, humildemente, yo desciendo de ellos.

Mi madre fue una yegua de noble y rancia estirpe entre cuyos antepasados se contaban los caballos más rápidos de Tesalia, lo cual equivale a decir los caballos más rápidos de toda la Hélade. Muchas veces me contó que en su familia aún se recordaba la hazaña de cierto tatarabuelo que ganó cuatro guiraldas de olivo en el hipódromo de Olimpia, lo que resulta tan inverosímil que siempre me ha parecido una mera leyenda familiar. De todas formas, he de hablaros más de este lugar, Olimpia, puesto que tuvo una importancia decisiva en mi concepción.

Alrededor de un año y medio antes de que mi nacimiento una gran expectación comenzó a adueñarse de toda la Hélade. Como cada cuatro años, las ciudades aguardaban ansiosas la visita de los emisarios de Olimpia, encargados de llevar la gran noticia hasta los más remotos confines del país: ¡iban a celebrarse unos nuevos Juegos Olímpicos! Tesalia, aunque muy alejada de Olimpia, no era una excepción. Los mejores atletas de la región consumían largas horas en los gimnasios y las palestras, entrenándose hasta la extenuación para el gran acontecimiento. Luchadores, corredores, lanzadores de disco y de jabalina soñaban con obtener la preciada guirnalda de olivo que adornaría a los vencedores de las diferentes especialidades y haría que sus nombres fueran recordados por la posteridad. Pero, además de los atletas, había alguien más que no lograba tampoco conciliar el sueño: los criadores de caballos. Casi desde el remoto pasado en que los Juegos Olímpicos comenzaron a celebrarse, los caballos hemos sido protagonistas de algunas de las más famosas y espectaculares pruebas deportivas. En el hipódromo de Olimpia tienen lugar las más afamadas pruebas hípcas del mundo. Se celebran carreras de carros tirados por dos o cuatro caballos, y también pruebas de jinetes montados.

Un inciso: los Juegos Olímpicos constituyen el único acontecimiento capaz de poner de acuerdo a todos los helenos en al menos dos cosas: la primera es la Tregua Sagrada, en virtud de la cual toda guerra en curso queda interrumpida hasta que los juegos se clausuran y tanto atletas como peregrinos han regresado a sus lugares de origen. Los estados que osan violar la tregua son culpados de sacrilegio y expulsados

de la competición (a los espartanos les ha ocurrido esto en un par de ocasiones, que yo recuerde).

El otro asunto es el de la cronología. Permitidme que os explique: cada estado heleno establece el cómputo del tiempo a su modo. Los atenienses, por ejemplo, dicen: «tal cosa ocurrió el año en que Fulano era arconte», lo cual para un tebano, pongamos por caso, significa poco menos que nada. Por ese motivo dieron en la costumbre de nombrar los años en relación con la fecha de celebración de los juegos. El período de cuatro años comprendido entre la celebración de dos ediciones es una *olimpiada*, con lo que aquel año sería recordado como el primero de la 106.^a olimpiada [*año 356 a. C.*].

Por aquella época mi madre tenía siete años. Ya he mencionado que entre sus antepasados se contaban algunos de los caballos más rápidos de la Hélade, y ella parecía haber heredados las mejores facultades de todos ellos. Era una yegua blanca y esbelta, de porte majestuoso y ágiles patas. Su rapidez en el galope era tal que le habían puesto el nombre de *Ánemos*, la palabra que en lengua helena significa «viento». Por desgracia, el dueño de mi madre no estaba a la altura de tan magnífica yegua. Se llamaba Cleóbulo, y su reputación como criador y entrenador era casi tan mala como su carácter. Aquel agrio personaje había competido ya en tres Juegos y en muchas otras competiciones hípicas sin alzarse jamás con una victoria. Por aquellos días todas sus esperanzas se cifraban en mi madre. En ella había invertido casi todo su menguado patrimonio, y lo poco que le quedaba pensaba dedicarlo a apuestas.

A principios de la primavera, Tesalia recibió por fin la visita de los *spondofroi*, los emisarios del Consejo Olímpico, con la noticia del comienzo de la Tregua. Cleóbulo fue de los más madrugadores en inscribir su nombre para las pruebas, y ese mismo día empezó para mi madre la época más difícil de su vida. Según me contó, el tal Cleóbulo no solo era el más el más tiránico de los amos, sino también el peor de los entrenadores que pueda tocarle en suerte a un caballo. Desde el amanecer hasta la puesta de sol la obligaba a ejercitarse en la carrera, de modo que la pobre no conocía más descanso que el tiempo imprescindible para alimentarse. Se empeñó, además, en ser él mismo su jinete, lo cual, pensaba, acrecentaría su gloria tras el triunfo. Por desgracia para mi madre, Cleóbulo era todavía peor jinete que entrenador y, para colmo de males, estaba tan entrado en carnes que transportarlo al galope resultaba agotador, incluso para una yegua tan fuerte como ella. Pronto comenzó mi madre a sentir un gran rencor hacia su amo, lo que la llevaba a aprovechar la menor ocasión de derribarlo o incluso de lanzarle alguna coz que otra en un momento de distracción. Cleóbulo, por su parte, estaba cada día más enojado con aquella yegua en la que había invertido una pequeña fortuna, y respondía a las provocaciones de mi madre al estilo espartano, es decir, con raciones crecientes de fusta y raciones menguantes de heno y descanso.

De este modo transcurrieron la primavera y gran parte del verano, con lo que la fecha de inauguración de los Juegos Olímpicos quedaba ya cercana. Cleóbulo ultimó

los preparativos para la partida, y una buena mañana de finales del mes de metageitnión [*agosto*] mi madre, su dueño y un par de siervos de su casa se unieron a la caravana de la representación tesalia rumbo hacia el santuario de Zeus en Olimpia. Los atletas habían emprendido el viaje días antes por vía marítima; sin embargo, resultaba del todo imposible encontrar pasaje para un caballo por aquellas fechas.

El viaje fue tranquilo, y ello a pesar de los bandidos que infestan las principales rutas de la Hélade y que no se dejan intimidar por nimiedades tales como treguas sagradas. Suerte que las autoridades tesalias habían dispuesto una escolta armada para proteger la caravana. Pese a todo, los caminos polvorientos y pedregosos, los empinados senderos de montaña y el tórrido calor convirtieron aquel viaje en un suplicio que se prolongó durante más de veinte días.

El itinerario elegido les llevó por muchos de los lugares y ciudades más famosos de la Hélade, algunos de los cuales desempeñan un papel muy importante en esta historia de mi vida. Tras varios días de marcha hacia el sur alcanzaron las abruptas proximidades del monte Parnaso, donde los helenos sitúan el «ombligo» del mundo y su lugar más sagrado: el Santuario del dios Apolo en Delfos. Desde tiempos inmemoriales, hombres y estados han acudido allí para consultar con el dios de los oráculos sus inquietudes acerca del futuro. Apolo les habla a través de su sacerdotisa, la *pitia*, a la que hace caer en un sagrado trance para transmitir sus mensajes. En Delfos, la delegación tesalia intentó obtener un vaticinio acerca del resultado de las competiciones, previa ofrenda, claro está, de un primoroso trípode de plata. Sin embargo, la *pitia*, una vieja mujer con ojos de lunática, prorrumpió en una sarta de incoherencias que nadie fue capaz de entender. Quizá si el trípode hubiera sido de oro Apolo habría hablado con más claridad.

La siguiente etapa del viaje los condujo a la ciudad de Tebas, la de las siete puertas, legendaria capital de Beocia. A continuación penetraron en el Ática, donde un buen día pudieron contemplar la más bella joya de toda la Hélade: la ciudad de Atenas. Mi madre me contó cómo todos se detuvieron para admirar el maravilloso espectáculo de la Acrópolis bañada en oro por el sol del atardecer, pero ya hablaremos de Atenas y su Acrópolis más adelante. Abandonaron el Ática cruzando una estrecha lengua de tierra llamada el Istmo de Corinto, por la famosa ciudad que domina aquellas tierras. El Istmo es la única ruta terrestre entre los estados del norte y la península del Peloponeso, donde se encuentra Olimpia. Siguieron por el camino de la costa y, por fin, fatigados por el largo camino y emocionados por los intensos días que se avecinaban, llegaron a Olimpia.

La llegada se produjo ya avanzada la noche del cuarto día previo a la inauguración de los Juegos, por lo cual los caballos fueron inmediatamente llevados a los establos. Mi madre no pudo siquiera reparar fuerzas comiendo y bebiendo, ya que casi instantáneamente cayó sumida en un profundo sueño fruto del agotamiento. Los humanos no tuvieron tanta suerte. En Olimpia existe un hostel, pero solo los personajes ilustres pueden hospedarse en él. El resto de los mortales, incluyendo a

Cleóbulo y sus acompañantes, han de conformarse con dormir al raso o en una tienda de campaña, y eso si pueden encontrar un trozo de tierra libre para plantarla.

No fue hasta el amanecer del día siguiente cuando comenzó mi madre a familiarizarse con su nuevo entorno. Los otros caballos del establo la despertaron con su charla.

—¿Y decís que llega hoy?, —oyó relinchar a uno de ellos con deje ateniense.

—Eso se comenta —respondió un alazán beocio desde el otro extremo del establo—. Y dicen que su caballo es el más rápido de la Hélade.

Mi madre, interesada en la conversación, se incorporó de su lecho de paja y sacudió la cabeza a fin de despejarla de los vapores del sueño.

—Buenos días, amigos —los saludó—. Soy una recién llegada. ¿Me podéis poner al corriente de los últimos chismes?

—¡Vaya! ¡La bella jovencita del norte se ha despertado por fin! Bienvenida, preciosa. Y dime, ¿todas las yeguas de Tesalia son tan hermosas como tú?

A pesar de su corta edad, mi madre estaba acostumbrada a tratar con fanfarrones, de modo que se limitó a pasar por alto el requiebro.

—El que decís que llega hoy —insistió—, el dueño de ese famoso caballo, ¿quién es?

El caballo beocio frunció el ceño y le lanzó una mirada de desdeñosa, pero al fin respondió:

—Pues Filippo, por supuesto, el rey de Macedonia; y parece que viene por todas. Ha abandonado una campaña contra los ilirios solo para ver correr a su caballo.

Y entonces mi madre comenzó a atar cabos. Macedonia era un reino lejano y montañoso que se encontraba en los confines de la Hélade, muy al norte, donde acaba el mundo civilizado. Muchos helenos meridionales ni siquiera consideran a Macedonia parte de la Hélade ni a sus habitantes auténticos helenos; piensan que se trata de un país bárbaro y salvaje donde, por pura casualidad, se habla un dialecto de la lengua helena. El caso era que unos tres años antes el rey Pérdicas había muerto en combate, dejando como heredero del trono a su hijo Amintas, un niño pequeño. Filippo, hermano menor de Pérdicas, había quedado como regente. Por entonces el reino era un auténtico caos. Tracios, ilirios, peonios y demás pueblos bárbaros saqueaban impunemente las fronteras al norte y al este, y hasta se permitían el lujo de anexionarse buenas porciones del territorio. En cuestión de poco tiempo, el reino entero sería devorado totalmente por los bárbaros. El pueblo macedonio lo sabía, las tropas lo sabían... y también Filippo lo sabía. Él era un hombre hecho y derecho, ambicioso, decidido y con gran prestigio como general. Le resultó sencillo que el desmoralizado y maltrecho ejército macedonio lo proclamara rey pasando por encima de los derechos dinásticos de su sobrino. Lo que hizo a continuación le costó algo más de esfuerzo.

En cuestión de dos años, reclutó nuevas tropas, modernizó el ejército, expulsó a

los bárbaros con una serie de ataques relámpago, fortaleció las fronteras con guarniciones permanentes y torres de vigilancia, y hasta se las arregló para imponer la paz entre los clanes de la nobleza macedonia, permanentemente enfrentados. Tras muchos años de calamidades, el pueblo respiró aliviado y se apresuró a regresar a sus cultivos y rebaños. Volvían a verse mercaderes por los caminos, y las naves zarpaban una vez más hacia el sur cargadas de lana y de madera.

Y fue entonces cuando Filipo reparó en la necesidad de asegurar su linaje. Siguiendo la costumbre bárbara, tenía tres esposas, pero ninguna de ellas le había dado un heredero apto para sucederlo ni poseía la alcurnia que su nueva condición real exigía. Olimpia, princesa del vecino reino del Epiro, parecía la candidata ideal: joven, supuestamente fértil y, lo más importante, de estirpe real. Era hija de un rey, hermana de un rey y, además, muy hermosa, tanto que Filipo se había quedado prendado de ella nada más verla. Es cierto que corrían siniestros rumores acerca de la princesa epirota. Se la tenía por cruel y ambiciosa, y hasta había quien la acusaba de practicar la hechicería y de ser experta en pociones y venenos (yo la conocí años después, y os aseguro que los rumores no eran infundados). De todas formas, ya se sabe que cuando un hombre se enamora es rara la vez que piensa con la cabeza. Así que Filipo se apresuró a tomarla por esposa y dejarla encinta.

Filipo gozaba de gran fama como sabio gobernante y brillante general. También eran célebres sus hazañas con las mujeres y el vino; pero, si alguien le hubiera preguntado, seguramente el rey habría contestado sin vacilar que su gran pasión eran los caballos. Tras cosechar triunfos en algunas de las más prestigiosas competiciones hípicas, los expertos en caballos de toda la Hélade hablaban ya con admiración de las cuadras del rey de Macedonia. Como era de esperar, Filipo no iba a perder la ocasión de medir la velocidad de sus caballos de carreras con los mejores de entre los helenos.

—¡Eh guapa! ¿Has vuelto a dormirte? —El relincho del alazán interrumpió las reflexiones de mi madre.

—Perdón, estaba distraída. Pero decidme: ¿qué se cuenta del caballo con el que Filipo va a participar en los Juegos?

En ese momento, una gran yegua azabache se decidió a terciar en la conversación con su profunda voz:

—Que es rápido, querida, no puedes imaginar cuánto. Y te hablo por experiencia, pues tengo la mala fortuna de conocerlo personalmente. Los humanos lo llaman *Pegaso*, un nombre que le va ni pintado. Realmente parece que tenga alas. Filipo lo compró el año pasado por una fortuna. Corrí contra él en Corinto, durante los últimos Juegos del Istmo. A mí me sacó más de diez cuerpos de ventaja, y eso que entré en segunda posición. El maldito nosdejó a todos en ridículo. Desde entonces mi amo solo me hace competir en las carreras de carros. Y por si fuera poco...

—Recuerdo esa carrera —la interrumpió el alazán—. Un primo mío de Argos participó también en ella y me dijo que todavía le duele la paliza que le pegó su amo

después. Parece ser que los propietarios de caballos de carreras de la Hélade se han tomado las victorias de Filipo como una afrenta personal, y están decididos a bajarles los humos al arrogante rey Filipo y a su caballo.

Mi madre volvió a sumirse en preocupadas cavilaciones. Hasta ese momento había estado bastante segura de su victoria, pero si el caballo de Filipo era la mitad de bueno de lo que contaban de él, las cosas se iban a poner muy difíciles. Y no es que mi madre valorara la victoria por encima de todo. Lo que realmente le preocupaba era la reacción de su amo si salía derrotada y las horribles represalias que podría tomar. Las nubes más negras se cernían sobre su futuro inmediato.

En ese momento comenzó a notarse una gran agitación en el establo. Los criadores y entrenadores habían hecho acto de presencia para llevar a sus caballos al hipódromo. Comenzaba la jornada de entrenamiento.

Cuando uno de los sirvientes de Cleóbulo condujo a mi madre al exterior, la brillante luz de la mañana la hizo parpadear y toda la magnificencia de Olimpia se extendió ante sus ojos. Se encontraba en un valle resplandeciente, cubierto de bosques y surcado por arroyos de montaña. Cuenta la leyenda que el héroe Heracles buscó el lugar más hermoso del mundo para instituir los juegos en honor de Zeus, su padre. A la vista de tanta belleza, mi madre llegó a la conclusión de que Heracles había elegido bien.

Sin embargo, una auténtica avalancha humana perturbaba la serena belleza del paraje por aquellos días. Con gran esfuerzo, el sirviente de Cleóbulo comenzó a abrirse paso entre un laberinto de tiendas de campaña, tenderetes de comida y puestos de recuerdos. Con la inminencia de los Juegos, todo el valle se había convertido en un gran mercado donde un ejército de avispados comerciantes intentaba aligerar los bolsillos de la concurrencia. Y difícilmente podría encontrarse un lugar con más bolsillos que aligerar. Mi madre, acostumbrada a las tranquilas praderas de su Tesalia natal, se sentía aturdida entre aquella multitud en la que todas las ciudades de la Hélade estaban representadas. Los había que proclamaban a gritos las excelencias de su mercancía, los que se enzarzaban en monumentales trifulcas acerca de quiénes serían los vencedores en el estadio o en el hipódromo; había músicos, rapsodas, oradores que arremetían sin piedad contra las inmoralidad de los tiempos y la corrupción de los políticos, corredores de apuestas, mendigos, prostitutas, delincuentes de todo género y hasta algún que otro oportunista intentando colocarle al provinciano de turno el primer diente de leche del divino Heracles.

Y en medio de todo aquel bullicio, refulgiendo sobre la ladera de un monte, estaba el auténtico corazón de Olimpia y su razón de existir: el Altis. Mi madre había oído hablar de aquel lugar. Sabía que se trataba del recinto amurallado que albergaba el santuario de Zeus, los templos, el edificio del Consejo Olímpico y los lugares donde se entrenan los atletas. Lo que nunca imaginó es que fuera tan hermoso.

Cuánto le habría gustado poder ver de cerca las esculturas de los dioses y los vencedores en los juegos, los pórticos decorados con brillantes colores, las columnas, los frisos, las ofrendas, la gigantesca estatua de Zeus, que el escultor ateniense Fidias revistió de marfil y de oro. Pero el sagrado recinto está vedado para los caballos, por lo que mi madre hubo de limitarse a atisbarlo todo desde el exterior. Y así, bordeando trabajosamente la muralla, llegaron por fin al hipódromo.

Cuando mi madre puso por primera vez sus cascos sobre la arena, el lugar estaba ya muy animado. No menos de una docena de caballos trotaban ya sobre la pista. Aunque no había ninguna competición en curso, las gradas se veían casi repletas. Una muchedumbre de curiosos observaba los entrenamientos y hacía sus cálculos con vistas a las apuestas. Cleóbulo bajó dando gritos hasta la arena con aspecto de haber pasado la noche en blanco.

—¡Malditos seáis la yegua y tú y todos vuestros antepasados! ¡Llevo media mañana esperando aquí sentado desde que te mandé por ella! ¿Habéis ido de paseo?

El sirviente se encogió de hombros y lo miró con cierta sorna.

—No es culpa mía, amo. Pregúntales a los miembros del Consejo por qué han construido los establos al otro extremo del valle.

Cleóbulo ahogó un juramento.

—¡Cállate, descarado, o te corto la lengua y te hago azotar con ella! En fin, trae la yegua aquí y sujétala para que le coloque la brida.

Esta era una operación que mi madre odiaba con todas sus fuerzas. La falta de pericia y la brutalidad de Cleóbulo convertían este sencillo procedimiento en un auténtico suplicio. Además, contra los consejos de todos los expertos, aquel sujeto era partidario de usar un bocado enorme e incómodo, que al cabo de unos cuantos tirones se clavaba en la carne produciendo un insoportable dolor. Mi madre, que nunca se caracterizó por la dulzura de su carácter, intentó obstaculizar los torpes manejos de Cleóbulo por todos los medios a su alcance.

—¡Sooo! ¡Quieta! ¡Condenado animal, maldito el día que gasté ocho talentos en ti! Tú, alárgame la fusta. —Concluida la dolorosa operación, Cleóbulo condujo a mi madre a la pista—. ¡Vamos, gánate el sustento!

La sensación de la arena de la pista bajo sus patas hizo que mi madre olvidara de repente la pesada carga que estaba transportando. Sintiendo como si el viento la impulsara, se lanzó hacia el frente y emprendió un vertiginoso galope que dejó a todos sin aliento. Poco después, un sonriente Cleóbulo desmontaba para escuchar complacido las alabanzas de los otros criadores.

—¡Por todos los dioses! ¡Toda la vida criando caballos y nunca había visto un animal como este! ¿Cuánto pides por la yegua?

—Por nada del mundo cambiaría a mi querida niña, mi preciosa *Ánemos*.

Mientras decía esto, Cleóbulo acariciaba la testuz de mi madre, quien escuchaba aquellas desusadas alabanzas entre sorprendida y deseosa de pegarle una buena coz en un sitio especialmente sensible de su corpachón. Pero en ese momento todos

interrumpieron sus elogios y volvieron la vista hacia el pórtico de entrada al hipódromo. No era para menos: envuelto en un reverencial silencio, el rey Filipo acababa de hacer acto de presencia.

A pesar de su juventud, toda la Hélade conocía ya la fama del nuevo rey de Macedonia. Mi madre me dijo que se sintió sorprendida al verlo, pues no era en modo alguno el hombre de aspecto distinguido que ella esperaba. Filipo, por el contrario, era velludo y musculoso, y sus movimientos resultaban algo rígidos, como los de un soldado o un campesino. Muchos lo hubieran tomado por un hombre común de no ser por la suntuosa túnica púrpura que vestía, aunque esta no le sentaba del todo bien debido a la anchura de sus hombros y su maciza constitución. Pero no había nada común en su rostro, desfigurado por una horrenda cicatriz que atravesaba la cuenca vacía del ojo derecho, un recuerdo de las guerras en Tracia. Era un rostro que irradiaba poder y majestad, el rostro de alguien acostumbrado a mandar. Su expresión era afable, de una nobleza contrarrestada por la fiera mirada de su único ojo. Y eso sería lo que mi madre habría de recordar con más viveza de aquel primer encuentro: la salvaje mirada de su ojo de cíclope, intensamente azul. «Te miraba como un lobo dispuesto a devorarte», me dijo años después.

Filipo había viajado hasta Olimpia acompañado de un numeroso séquito: miembros de la nobleza, palafreneros de las caballerizas reales y, por supuesto, su escolta, una docena de gigantes macedonios armados hasta los dientes. Mientras avanzaba hacia la pista, la gente se apartaba respetuosamente a ambos lados. Su voz resonó por todo el recinto como un toque de corneta.

—¡Larga vida a todos! ¡Qué maravillosa mañana para empezar los entrenamientos! Mi pobre amigo Parmenión me odia eternamente por haberlo dejado en Iliria con el ejército. ¡Vaya! Pero ¿qué tenemos aquí? —Su mirada acababa de posarse en mi madre—. ¡Precioso animal! ¿Eres tú el propietario de esta belleza?

Cleóbulo se inclinó ante la impresionante presencia de Filipo.

—Sí, mi señor. ¡Ojalá vivas por siempre!

—¡Vamos, vamos! No son precisas tantas formalidades entre compatriotas y colegas. ¿La yegua es de Tesalia, verdad?

El amo de mi madre se irguió con mal disimulada vanidad antes de responder a la pregunta de Filipo:

—Lo es, señor, y por sus venas corre la sangre de los caballos más rápidos de mi tierra. Tuve que pagar una fortuna por ella.

—Sí —suspiró Filipo—, es una cara afición esta. De todas formas, a la vista está que hiciste un buen negocio. Y yo te lo agradezco personalmente. Pensaba que la carrera iba a resultar aburrida si no había ningún rival digno de mi *Pegaso*; ahora veo que me equivocaba. Pero, mira, aquí llega mi caballo.

Un siervo conducía a *Pegaso* al interior del hipódromo. Mi madre siempre afirmó que nunca había visto ni volvería a ver un ejemplar como aquel. Todo el mundo sabe que los caballos grandes tienden a ser lentos y más bien torpes. Aquel bruto, sin

embargo, parecía conjugar su gigantesco tamaño con una ligereza de movimientos y un nervio extraordinarios. Al avanzar, lanzaba furiosas miradas a izquierda y derecha, al tiempo que agitaba su larguísima crin. Filippo dejó oír su estrepitosa risa de nuevo.

—Bonito monstruo, ¿no es cierto? Hace ya muchos años que no se ve en la Hélade un caballo como este. Nació en las caballerizas del Gran Rey y su fama llegó hasta mis oídos desde Persia. El viejo ladrón no quería deshacerse de él por nada del mundo, salvo un buen montón de oro, por supuesto. ¡Ah! Pero aquí llega *Áyax*, mi verdadero amor.

Filippo se refería a otro caballo que acababa de hacer su aparición. Ni por tamaño, porte o gracilidad podía el recién llegado hacerle sombra a *Pegaso*, pero su aparición es uno de los momentos culminantes de esta historia, puesto que este caballo habría de ser mi padre.

Áyax presentaba las mejores cualidades de la raza helena de caballos de combate, muchas de las cuales yo heredaría. Era de pequeña alzada pero sólida complexión: huesos fuertes, cascos gruesos, poderosa musculatura y largas crines en la cerviz y la cola. Su pelo era tan negro como el de Filippo, y por todo su cuerpo se podían apreciar las cicatrices de las muchas heridas recibidas en combate. El rey se acercó a él con una sonrisa de satisfacción.

—Mi buen *Áyax*, mi querido amigo —decía mientras lo acariciaba con gran ternura—. Me lo regalaron cuando yo era apenas un muchacho, y os aseguro que me ha salvado el cuello más de una vez.

Desde que yo era un potrillo tembloroso que apenas comprendía el lenguaje de los de mi especie, fueron muchas las veces en que mi madre me contó las virtudes que adornaban al caballo de Filippo. Me hablaba de su fuerza, de su valor y nobleza, y me aseguraba que ningún caballo del mundo podía jactarse de tener un padre mejor que el mío. Por mi parte, he atesorado siempre estas palabras como el más valioso de los legados, procurando estar siempre a la altura de mi padre y ser digno sucesor de su estirpe. La mayor satisfacción de mis primeros años de vida era que mi madre me dijera: «Hijo, si tu padre pudiera verte, estaría orgulloso de ti». También me llenaba de emoción el relato del momento en que, mientras Filippo lo acariciaba, mi padre alzó la cabeza y su mirada se encontró por primera vez con la de mi madre. Ella decía que de repente sintió que las patas le flaqueaban y se le nublaban la vista. Mi padre, en cambio, fue mucho más decidido. «Qué hermosa eres», le dijo tras acercarse a ella. «Ha valido la pena venir desde tan lejos para encontrarte». La risa de Filippo volvió a llenar el hipódromo.

—Amigo, creo que mi caballo y tu yegua se gustan. Quizá deberíamos reunirnos tú y yo para hablar de la dote.

Después se volvió hacia su gente y comenzó a gritar órdenes con gran energía.

—¡Vamos, haraganes! En Olimpia no se regalan guirnaldas de olivo ni a los reyes de Macedonia. ¡Sacad de una vez a *Pegaso* a la pista!

La cabalgada de *Pegaso* dejó a todos boquiabiertos. Luego algunos contarían que

solo era posible seguir con la vista a aquel caballo observando la enorme nube de polvo que levantaba con sus cascos. Pero hubo al menos un par de espectadores que no prestaron atención: mis padres, puesto que únicamente tenían ojos el uno para el otro. Cuando los entrenamientos terminaron, los sirvientes se dispusieron a llevar los caballos a sus establos.

—Cleóbulo —dijo Filipo—. ¿Qué te parece si alojamos a mi *Áyax* y a tu *Ánemos* en la misma cuadra para que tengan oportunidad de conocerse mejor?

El amo de mi madre apenas pudo disimular su contrariedad.

—Sí... ejem... Sería un gran honor para mí, majestad —balbuceó.

—Pues no se hable más. Llevadlos a la cuadra más limpia y amplia que encontréis, dadles abundante comida y agua y dejadlos solos. En cuanto a ti, amigo mío, te ruego que me acompañes esta noche en mi mesa. Brindaremos por esta feliz unión con el mejor vino de Quíos.

Después, mientras Filipo y su séquito se alejaban, mi madre oyó mascullar a Cleóbulo:

—¡Estúpido bárbaro! ¡Llamarme a mí, un heleno de pura cepa, compatriota! ¡Y además obligarme a entregarle a mi mejor yegua para solaz de esa bestia suya! —A continuación se volvió hacia mi madre—. En cuanto a ti, más te vale esmerarte para vencer al caballo persa el día de la carrera o darás con tus huesos en casa del matarife. ¡Lleváosla adonde los macedonios os digan!

Y así fue como mi padre y mi madre se conocieron. Por supuesto, ella nunca hizo la menor alusión a las noches que compartieron gracias a la intervención de Filipo, pero recuerdo muy bien verla poner los ojos en blanco y lanzar un largo relincho de placer al recordarlas. En todo caso, es suficiente con mencionar que, durante una de estas noches, yo fui concebido en un establo de Olimpia.

Mientras mis padres vivían su idilio, la vida seguía su curso y el ritmo de los entrenamientos aumentaba de forma vertiginosa, hasta que por fin llegó el día de la apertura de los Juegos. La noche anterior, la primera de luna llena del mes, se habían realizado los sacrificios propiciatorios ante el altar de Zeus, y al día siguiente, bajo los primeros rayos del sol, atletas y jueces realizaron el juramento ritual. Las distintas delegaciones desfilaron ante la imagen de Zeus y, en nombre de cada una de ellas, uno de los atletas pronunció la siguiente fórmula: «Ante el divino Zeus, padre de los dioses y señor del Olimpo, juramos que las siguientes cosas son verdaderas: somos hombres libres, somos helenos de padre y madre y jamás hemos cometido crímenes contra los hombres ni sacrilegios contra los dioses. Juramos también observar las normas de la competición y acatar obedientemente las decisiones de los jueces». Todos vestían sus mejores galas y también todos sin excepción se consideraban los hombres más felices del mundo al haber sido seleccionados por sus ciudades para el mayor de los honores. A media mañana, cuando la ceremonia hubo concluido, dieron

comienzo las competiciones.

Mucho antes de que empezara la primera prueba, las gradas del estadio bullían ya con una muchedumbre hambrienta de emociones. Mezcladas en una monumental algarabía, podían oírse voces de hombres que hablaban la lengua helena con todos los acentos imaginables (he dicho «voces de hombres» porque a las mujeres no se les permite asistir a las pruebas). Un enorme clamor se levantó cuando los primeros competidores y jueces penetraron en el estadio. Los atletas aparecieron, como de costumbre, completamente desnudos, puesto que a los helenos jamás les ha importado mostrar en público la belleza de sus cuerpos, fruto de años de duro entrenamiento.

Durante aquel primer día se celebraron las carreras, en primer lugar las de velocidad, y a continuación la prueba de resistencia. Por último tuvo lugar «la carrera de los soldados»: el *hoplitodromos*. Hombres en edad militar dieron vueltas y más vueltas al estadio cargados con todo su equipo de combate, y debían de estar preparados a conciencia, pues tan solo dos de ellos cayeron agotados sobre la pista. Cuando concluyó la jornada, los Juegos de la 106.^a Olimpiada ya contaban con sus primeros héroes y con sus primeras amargas decepciones.

El día siguiente se dedicó al *pentathlon*, que, según los entendidos, es la prueba de fuego para determinar quién es el mejor y más completo atleta de los Juegos. Los participantes han de competir en cinco modalidades: salto, carrera, disco, jabalina y lucha. Tengo entendido que el vencedor de aquel año fue un joven de la colonia helena de Siracusa, que había cruzado el mar para medir sus fuerzas contra los mejores atletas de la Hélade.

El tercer día tuvieron lugar las competiciones de lucha y el pugilato. La última de las pruebas fue el *pankration*, la más novedosa y popular de todas ellas. Se trata de una combinación de diferentes modalidades de lucha en la que la regla fundamental es que no hay reglas: un pancratista puede emplear todo tipo de llaves, golpes y patadas para derribar a su adversario; tan solo debe abstenerse de morder y de introducirle los dedos en el ojo al contrincante, o al menos de hacerlo mientras los jueces están mirando. El público disfrutó de lo lindo con aquellas montañas de músculos que se golpeaban hasta quedar cubiertas de sangre, sobre todo con la última pareja de luchadores, un tebano y un ateniense de Eleusis que se sacudieron a conciencia sin que ninguno lograra someter al otro. Finalmente, los jueces decretaron que el combate fuera resuelto por clímax: ambos se golpearon alternativamente hasta que uno de los dos, el tebano, cayó a tierra inconsciente. A esas alturas ambos estaban tan desfigurados que no los habrían reconocido ni sus madres, y mientras el público aullaba de placer. Nunca he conseguido entender del todo a los humanos.

El cuarto día se celebraron las carreras de caballos. Antes de que vinieran por mi madre, mi padre levantaba su ánimo con estas palabras:

—Confía en tus facultades y no dejes que ese bruto te atemorice. Conozco bien al caballo persa de Filipo. Es muy rápido, pero también un fanfarrón. Estoy seguro de que se vendrá a bajo cuando alguien le plante cara de verdad, y sé que tú puedes ser quien lo consiga.

En ese momento irrumpieron los sirvientes en el establo:

—Vamos, pareja. Hoy os marcháis juntos. El rey quiere que su caballo favorito esté junto a él durante la carrera. Dice que le traerás suerte.

De camino hacia el hipódromo, mi padre reanudó sus consejos:

—*Pegaso* es casi invencible en carreras cortas, pero en una carrera de seis vueltas como la de hoy puedes lograr que muerda el polvo. Se empleará al límite desde el principio, y eso es algo que ningún caballo inteligente debe hacer. Déjalo gastar sus fuerzas hasta la mitad de la prueba y comienza a recuperar terreno en la quinta vuelta. Ya verás cómo pierde la serenidad cuando vea que su ventaja se acorta. Emplea toda tu velocidad en ese momento. Estoy seguro de que no podrá soportar la tensión de una llegada igualada a la meta.

En el hipódromo de Olimpia no cabía un alfiler, y el recinto entero temblaba con el entusiasmo de la multitud. ¿Quién hubiera podido resistir la tentación de ver correr a los caballos más rápidos de la Hélade? Los estandartes de las principales ciudades helenas adornaban el graderío, y tras ellos las filas de espectadores aullaban los nombres de sus caballos, jinetes y aurigas favoritos. Cleóbulo salió al encuentro de mi madre:

—Escúchame, animal estúpido, aunque no entiendas una palabra. Hoy tengo que vencer. Si el caballo de Filipo sale derrotado, me convertiré en el criador más famoso de la Hélade, y eso significa una montaña de oro. Si pierdo ante el bárbaro, te juro por los dioses que pagarás la humillación con tu vida.

Mi madre, que entendía perfectamente la lengua de los hombres, se volvió desolada hacia su compañero. *Áyax* la tranquilizó agitando suavemente la cabeza.

—No temas. Este energúmeno se las verá conmigo si intenta hacerte daño.

En ese momento sonó la trompeta que anunciaba el inicio de la primera prueba: la carrera de carros tirados por dos caballos.

El hipódromo de Olimpia es único en el mundo. Para su construcción se aprovechó una extensión llana junto al río Alfeo, con una longitud de algo más de dos estadios. El curso de la carrera está delimitado por dos postes, donde los concursantes dan la vuelta. Los carros o caballos se introducen en compartimentos separados por paneles de madera; de otra forma, la tensión y el estruendo del público los haría molerse a coces. A la señal de los jueces, un encargado inclina el morro de un delfín de bronce que gira sobre un pivote. El movimiento del delfín acciona un complicado sistema de resortes y, entonces, para asombro y maravilla de todos, un águila dorada es izada sobre una pértiga y se eleva majestuosamente sobre el hipódromo. Es la señal de salida. La soga que contiene a los caballos cae y da comienzo la carrera.

Mi madre me contó que las pruebas hípicas son un espectáculo asombroso. La

anchura de la pista permite que compitan hasta diez carros simultáneamente, con un total de hasta cuarenta caballos en carrera. El peligro de desastre es constante, por lo que los aurigas extreman su pericia a fin de evitar choques con los carros de los contrincantes y aprovechar los escasos huecos para tomarles la delantera. De todas formas, los accidentes son muy frecuentes, sobre todo en los giros, y no del todo fortuitos. Muchos conductores encuentran una muerte espantosa aplastados bajo los cascos de los caballos y las ruedas de sus rivales.

En aquellos Juegos las carreras de carros se desarrollaron sin demasiados incidentes, aunque, eso sí, hubo emoción a raudales. Los espectadores se desgañitaron hasta la ronquera animando a los aurigas de sus ciudades, con un entusiasmo avivado por las cuantiosas apuestas. Justo antes de iniciarse la carrera de caballos montados, Cleóbulo recibió la visita de un enviado de Filipo.

—Mi señor el rey te envía sus saludos y me manda preguntarte si aceptarías una pequeña apuesta: veinte minas de plata contra tu yegua.

Veinte minas de plata equivalían por aquellos días a unos dos mil dracmas, lo cual es una considerable suma de dinero. Cleóbulo dio un respingo.

—Claro que —prosiguió el emisario— si no tienes mucha confianza en tus posibilidades de victoria tal vez prefieras rehusar.

—Dile a tu señor que aceptaré su apuesta si la elevamos a un talento. No me gusta contar calderilla.

El emisario alzó las cejas y sonrió con picardía.

—Acepto la apuesta en nombre de Filipo. Que los dioses te den larga vida.

Y habiendo dicho esto, dio media vuelta y se marchó. Cleóbulo cambió su expresión arrogante por un gesto compungido. En ese momento, la trompeta anunció que la última carrera de la jornada estaba a punto de empezar.

Con gran inquietud, mi madre observó que su amo se ocultaba para colocarse un extraño artilugio. Se trataba de unas correas que fijaban un par de agujones metálicos sobre ambos talones, con la apariencia de los espolones de un gallo. Entre los caballos helenos corrían macabros rumores acerca del utensilio. Se decía que había sido inventado por los sármatas que habitan la costa oriental del Euxino, y que algunos jinetes habían empezado a usarlo para lacerar los ijares de sus monturas y espolearlas así a correr más velozmente. Mi madre rogó para que los jueces impidieran a su amo usar aquellas «espuelas» durante la competición; sin embargo ninguno de ellos reparó en el detalle mientras Cleóbulo montaba sobre mi madre y se encaminaba al puesto de salida que le había sido asignado por sorteo.

Los otros caballos parecían haber perdido el juicio: se encabritaban, lanzaban coces y bufaban como si los estuvieran conduciendo al sacrificio. Mi madre, en cambio, aguardó serenamente mientras repasaba las instrucciones que mi padre le había dado. Uno de los jueces hizo una señal con la mano. El delfín descendió, el águila remontó el vuelo y el mundo entero pareció estallar en aclamaciones. La carrera había comenzado.

Entre las nubes de polvo y el fragor del galope, mi madre apenas alcanzaba a distinguir al caballo de Filipo. Como *Áyax* había previsto, *Pegaso* no pensaba reservar ni una pizca de energía para el final; volaba sobre la pista dejando muy atrás a todos los demás. Mi madre adoptó una táctica diferente: emprendió un galope de velocidad creciente, pero procuró reservar fuerzas para el ataque final, tal y como *Áyax* le había recomendado. Cuando se puso en cabeza del grupo que perseguía a *Pegaso*, estabilizó su velocidad y aguardó el momento oportuno para lanzar su ataque. Cleóbulo no comprendió aquella maniobra en absoluto.

—¡Adelante! ¡Corre más, maldita! —gritaba como un poseso mientras le azotaba la grupa con la fusta.

Al completar la quinta vuelta, mi madre pudo observar cómo el caballo de Filipo perdía terreno. Su rival estaba claramente agotado. En ese momento hizo acopio de todas sus fuerzas y, una vez más, se dejó llevar por el huracán que corría por sus venas. Cleóbulo pudo ver la victoria al alcance de la mano.

—¡Así! ¡Vamos por él! ¡Destrózalo!

Al comienzo de la sexta y última vuelta, ambos caballos corrían cuello con cuello; sin embargo, el galope de mi madre era mucho más seguro, por lo que comenzó a ganar terreno poco a poco. Completamente fuera de sí por lo que ya consideraba una victoria, Cleóbulo emitía aullidos inarticulados. En ese momento, su inexperiencia como jinete le hizo cometer un gravísimo error: golpeó con todas sus fuerzas los flancos de su caballo con los talones, con lo que las espuelas se clavaron en su carne. Mi madre sintió que un dolor lacerante paralizaba todos los músculos de su cuerpo. Cegada por la rabia, olvidó por completo la carrera, y dedicó las pocas fuerzas que le quedaban a deshacerse de quien la hería con tanta saña. Para ello, frenó de repente y proyectó sus patas traseras hacia las alturas, con lo que el rollizo Cleóbulo, agitando brazos y piernas, voló más alto que el águila de bronce de la salida y, tras realizar una portentosa pirueta en el aire, aterrizó con un golpe seco. Apenas tuvo tiempo para rodar sobre sí mismo y evitar así que los caballos perseguidores lo aplastasen sobre la arena. Instantes después *Pegaso* rebasaba victorioso la línea de meta.

Un atronador griterío llegaba desde la grada. Nadie prestaba atención cuando Cleóbulo alzó su maltrecho cuerpo del suelo. Tampoco nadie, salvo mi madre, lo observó rebuscar entre los pliegues de su túnica y desenfundar una enorme daga. Blandiendo el arma, se abalanzó contra mi madre, a quien el terror había dejado inmobilizada. Ya se disponía a asestar la cuchillada cuando un furioso sonido de galope le hizo girarse. La visión del demonio negro que embestía contra él debió de ser sobrecogedora, de modo que a duras penas acertó a cubrirse el rostro con los brazos. Mi padre, que había acudido al rescate desde el otro extremo del hipódromo, le dio un tremendo golpe en la cabeza con sus cascos delanteros. Solo la rápida intervención de los sirvientes de Filipo evitó un segundo y definitivo ataque.

—¡Jamás vi nada igual! —comentó uno de ellos tras conseguir apaciguarlo—. Sin

duda esta ha sido la carga más fulminante en la historia de la caballería macedonia.

Mientras mis padres eran llevados de vuelta a su establo, dos ayudantes de pista retiraron el cuerpo inconsciente de Cleóbulo. Y de este extraño modo, los Juegos de la 106.^a Olimpiada llegaron a su fin.

En la mañana del quinto día se realizó la entrega de trofeos. Los heraldos proclamaron a los cuatro vientos los nombres de los triunfadores y de sus ciudades de origen. A continuación, se les hizo solemne entrega de los premios, que no consistían en dinero u objetos valiosos. Cada uno de ellos recibió en torno a su cuello una humilde corona trenzada con las ramas de un olivo silvestre que, según la leyenda, había sido plantado por el héroe Heracles. Este es, sin lugar a dudas, el premio más codiciado por un atleta heleno. Cuando Filipo recibió su corona, todos pudieron ver a aquel guerrero endurecido en mil batallas llorar de emoción.

Tras la entrega de trofeos, los atletas realizaron sacrificios de gratitud ante el altar de Zeus. Después comenzó la fiesta. Durante todo el día se bebió, se comió y se bailó hasta desfallecer. Mientras tanto, Cleóbulo yacía sobre un jergón, con la cabeza vendada y terribles dolores por todo el cuerpo. A última hora de la tarde recibió un mensaje de Filipo: *Querido amigo, espero que te encuentres restablecido tras el lamentable incidente de ayer. Desearía presentarte mis excusas personalmente; por ello, me sentiría muy honrado si aceptaras compartir mi mesa en el banquete de esta noche. Que los dioses te den larga vida.* La última cosa que Cleóbulo deseaba hacer en ese momento era asistir a un banquete, pero una invitación real no se podía pasar por alto como si nada. «El bárbaro quiere su dinero —pensó—. En fin, vamos a demostrarle que los auténticos helenos cumplimos nuestra palabra». Trabajosamente se alzó del lecho y comenzó a ataviarse con su mejor túnica.

En la esquina noroeste del recinto sagrado existe un espacioso edificio donde arde una llama perpetua en honor de los dioses. Al concluir los juegos, se celebra allí un gran banquete para homenajear a los vencedores. Cuando Cleóbulo penetró en la enorme sala, el banquete se encontraba en su apogeo. En el centro del recinto, un grupo de músicos amenizaba la reunión con música de cítara y canto. Renqueante y sosteniendo su dolorida cabeza con la mano, se abrió paso por entre las mesas y divanes. Cleóbulo observó con gran bochorno que algunos rostros se giraban hacia él. Hubo cuchicheos y risas apenas disimuladas. La voz de Filipo se alzó entre la algarabía.

—¡Cleóbuloooo! ¡Aquí!

Cleóbulo se aproximó a la mesa del rey. Filipo lo aguardaba en pie, sonriendo jovial con una copa de vino en la mano. Vestía una túnica lujosamente bordada con escenas de caza. Alrededor del cuello lucía todavía la guirnalda de olivo de la victoria. El intenso brillo de su único ojo y el color de sus mejillas evidenciaban que había consumido ya una buena cantidad de vino. Filipo arrastraba las sílabas con

cierta dificultad:

—¡Mi buen amigo! No sabes lo desolado que me siento al verte en estas condiciones, —dijo Filipo sin molestarse en disimular la risa—. Tendré que hablar seriamente con *Áyax*. Demasiado fogoso este caballo. Pero ¿visteis con qué rapidez acudió a proteger a su dama? Auténtica cortesía macedonia. Perdóname, Cleóbulo. Me siento tan desolado.

Cleóbulo miró con rencor a Filipo, que parecía cualquier cosa menos desolado.

—No hablemos más del incidente, señor. Está olvidado. Y, con respecto a la apuesta, siento decirte que no he traído esa suma conmigo. Espero que aceptes una carta de pago.

Filipo lo interrumpió agitando las manos vigorosamente.

—Si tú has olvidado el incidente, yo no recuerdo ninguna apuesta. Pero acomódate y comparte la comida y el vino con nosotros. —Filipo dio dos fuertes palmadas—. ¡Coperó! ¡Vino para el más generoso de los tesalios!

Al comprobar que el rey no pensaba obligarle a satisfacer su deuda, el rostro de Cleóbulo se iluminó de inmediato. Recostándose sobre el triclinio, aceptó la copa de vino que le ofrecían.

—¡Qué gran carrera, por Zeus, qué gran carrera! Estoy completamente ronco desde ayer. Mi jinete me aseguró que ya la daba por perdida. Lástima que tú y tu yegua no supierais entenderos al final.

El comentario del rey produjo gran hilaridad en torno a la mesa. Cleóbulo notó que se ruborizaba de forma visible. Desde el lado opuesto, un hombre le dirigió la palabra.

—Permíteme que me presente. Me llamo Fidón y soy ateniense. Me dedico a la cría de caballos. Quizá recuerdes que te ofrecí comprarte la yegua el primer día que la trajiste al hipódromo. Bien, mi oferta sigue en pie. ¿Querías considerarla? De todas formas dudo que puedas volver a montarla después del incidente de ayer.

Hubo nuevas risas por parte de los otros comensales, pero esta vez Cleóbulo las ignoró. La esperanza de recuperar parte de la gran suma invertida en su madre le hizo recuperar el ánimo.

—¡Un talento... de oro! —replicó con prontitud.

Fidón rió como si acabara de decir algo muy gracioso.

—Ni lo sueñes —dijo tras recuperar la compostura—. Te ofrezco cinco talentos de plata y te estoy haciendo un gran favor.

—Vamos, vamos —interrumpió Filipo—. Nos vais a estropear la fiesta hablando de negocios. Pongamos que siete talentos es un precio justo por ese precioso animal y hablemos de otra cosa. Tú, Fidón, acepta el precio o se la compraré yo mismo.

Fidón inclinó la cabeza respetuosamente.

—Por mi parte, de acuerdo.

—Por la mía, también —dijo Cleóbulo sonriendo de oreja a oreja.

—Pues no se hable más. Has comprado un gran caballo, Fidón. Brindemos por la

feliz culminación del trato ¡Vino para todos!

Poco después, todos bebían y conversaban animadamente. Entonces, de súbito, se produjo un gran silencio en el salón de banquetes. La silueta de un soldado armado al modo macedonio se recortaba contra el umbral de la puerta. Estaba sucio y desastrado, como si acabara de participar en el combate. Filipo lo llamó a su presencia con un gesto enérgico.

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí con ese aspecto?

—Señor —respondió el hombre entre jadeos—, he cabalgado día y noche para hacerte llegar este mensaje urgente de la reina Olimpia.

El rostro de Filipo se ensombreció.

—Veamos qué tripa se le ha roto a esa bruja —se le oyó susurrar mientras rompía el sello de la tablilla. Al parecer, las relaciones entre Filipo y su flamante esposa se estaban enfriando rápidamente.

Sin embargo, conforme leía, el rostro del rey se iluminaba con una sonrisa. De repente, lanzó un grito ensordecedor, se levantó de un salto y comenzó a bailar y saltar alocadamente por toda la sala. Todos pensaron que había perdido el juicio. Algunos miembros de su séquito se aproximaron para intentar calmarlo. Poco a poco, fue recobrando la compostura.

—¡Amigos helenos! ¡Os ruego que me escuchéis! —Los comensales, que habían observado atónitos el extraño comportamiento del rey, guardaron un respetuoso silencio—. Quiero deciros que esta noche soy el hombre más feliz del mundo. Como ya sabéis, mi caballo ganó ayer para mí esta corona de olivo; hoy he recibido un mensaje de Macedonia. Mi reina me anuncia que mis tropas, que dejé al mando del general Parmenión, han derrotado completamente a los ilirios. —Comenzaron a oírse vítores por la sala, pero Filipo volvió a reclamar silencio—. No, no es eso lo más importante. La reina me hace saber también que acaba de dar a luz —entonces hizo una pausa y, a continuación, gritó con toda la fuerza de sus pulmones—: ¡y es un varón!

Todos se levantaron y aplaudieron. Hubo innumerables brindis por la fortuna del rey y de su heredero. La fiesta se prolongó hasta la madrugada.

Al día siguiente, agotados por el vino y las emociones, los que habían participado en los Juegos emprendieron el regreso a sus lugares de origen. Mis padres se despidieron para siempre, con el corazón roto. Mi madre aún ignoraba que estaba preñada. Once meses después, en la finca del ateniense Fidón, quien os habla vio la luz por primera vez.

Capítulo II

El orador y el rey

FIDÓN, el nuevo amo de mi madre, poseía una hermosa finca en el Ática, a media jornada de camino de la ciudad de Atenas. Desde mucho antes de las guerras persas, su familia se había dedicado a la doma y cría de caballos, y él era el depositario de la experiencia acumulada a lo largo de doscientos años. Fidón en persona se encargaba de ayudar a parir a todas sus yeguas. Acababa yo de abrir mis asombrados ojos al mundo cuando el amo me sostuvo en sus brazos y, tras examinarme de patas a cabeza, declaró:

—Hermoso potrillo. Nunca correrá en un hipódromo, pero creo que podremos hacer de él un excelente caballo de batalla.

El ojo experto de Fidón rara vez lo engañaba. Yo no estaba destinado a parecerme a mi madre, una esbelta yegua de carreras, sino a crecer hasta convertirme en un ejemplar fuerte y robusto, ideal para recibir entrenamiento de combate. Por otro lado, ella era completamente blanca, mientras que mi pelaje relucía bajo el sol del Ática con un lustroso color negro.

—La señal blanca de tu testuz la has heredado de mí —me dijo mi madre con dulzura mientras yo buscaba su ubre casi a ciegas—. Todos los machos de mi familia la han tenido. La tuvo mi tatarabuelo, que ganó tres coronas de olivo en los Juegos Olímpicos, así como su hijo y el hijo de su hijo. El mismo tamaño, el mismo color y la misma forma de cabeza de buey. Es la marca de los campeones.

Y tenía razón. Cuando comenzó mi entrenamiento, mi velocidad me convirtió en la admiración de todos. Pero no adelantemos acontecimientos.

Algunos charlatanes afirman que las batallas se ganan gracias a la infantería. Supongo que eso era verdad en el pasado, pero ¿qué sería de un ejército moderno sin sus alas de caballería? (En esta historia hallaréis buenos ejemplos de que lo que digo es cierto). Y, puesto que la eficacia de la caballería depende de que exista una perfecta comunicación entre caballo y jinete, a nadie debe sorprender que los helenos sean los mejores entrenadores de caballos de combate de todo el mundo.

Nuestro entrenamiento dura tanto como el de un buen soldado, por eso es necesario comenzar cuando aún somos potrillos, en el mismo momento del destete. Ese es siempre un día triste, puesto que supone la separación de la yegua y su potro. Nos alojan en un establo separado, junto con los otros caballos jóvenes, e inmediatamente hemos de empezar a ganarnos el sustento.

Dicen en la India que los monos no hablan por miedo a que los hombres los

obliguen a trabajar. Nosotros, los caballos, hemos empleado una táctica parecida, aunque de poco nos ha valido. No quiero hacerme el lastimero. Más motivos de queja tiene el caballo del campesino, que pasa toda su vida enganchado al arado y acaba sus días en casa del matarife. Pero la vida de un caballo de combate no es tampoco fácil. Y si no, escuchad:

Mi educación comenzó de la forma usual. Tuve que aprender primero a vivir sin la presencia constante y vigilante de mi madre. Después, logré vencer mi instintivo recelo a la cercanía y el olor de los seres humanos. El buen hacer de mis entrenadores, siempre parcios en castigos y generosos en elogios, me ayudaron a superar esta etapa con éxito. La siguiente fase de ni entrenamiento me enseñó a soportar la brida y el bocado. Por último, aunque no de buen grado, accedí a dejarme montar.

Tan pronto aprendí a marchar con las riendas, me enseñaron a pasar sin ellas. ¿Absurdo? En absoluto. El soldado de caballería debe sostener el escudo con una mano y la pica o la espada con la otra. La comunicación ha de establecerse a través del modo en que presionan nuestros flancos con rodillas y talones, un lenguaje sutil que todo caballo de combate ha de dominar a la perfección, y yo fui el alumno más aventajado.

Entonces comenzó mi auténtico adiestramiento como caballo de guerra: duros ejercicios en combates simulados me enseñaron a mantener la cabeza fría en el fragor de la batalla, donde la confusión es absoluta, la tensión extrema y las maniobras difíciles. Me enseñaron a moverme de forma coordinada en mitad de una carga de caballería: aprendí a lanzarme al galope, cambiar de dirección, detenerme, volver grupas y retroceder, todo ello en un palmo de terreno y sin derribar a mi jinete; aprendí a convertirme en una estatua mientras mi jinete combatía con la lanza o la espada; aprendí a soportar el peso del peto y la testera que protegen nuestras partes más vulnerables durante la batalla; aprendí, en suma, todo lo que el buen caballo heleno de combate debe saber. Tras dos años de entrenamiento, yo era ya un auténtico profesional de la guerra, y lo he sido hasta el día de hoy.

Y si pensáis que la educación de un buen caballo de combate acaba ahí, estáis muy equivocados. A los helenos les encanta lucir sus cabalgaduras en procesiones y desfiles militares. Por ello, a la vez que las destrezas necesarias en la guerra, nuestros entrenadores nos enseñan también a «bailar». Que un caballo baile significa que sepa caracolear, corvetear, hacer piruetas, caminar hacia atrás, desplazarse de lado cruzando las patas y sin girar el cuerpo, y una interminable lista de movimientos estúpidos y antinaturales que se aprenden con gran esfuerzo y solo sirven para satisfacer la vanidad de los hombres que nos montan. Pero todo este trabajo tenía también sus recompensas, y para mí la mejor de todas era la caza.

Las leyendas afirman que la caza fue un regalo de los dioses. Ártemis, hija de Zeus, instruyó en este arte al centauro Quirón, quien a su vez lo transmitió a sus numerosos discípulos humanos. En tiempos antiguos existían todo tipo de animales

en la Hélade, desde la humilde liebre hasta fieras enormes y peligrosas tales como leones y osos. Hoy en día, las piezas más grandes que se pueden cobrar son el venado y el jabalí. Dicen los entendidos que, para que el soldado de caballería y su montura mantengan su entrenamiento y pericia en tiempos de paz, el ejercicio de la caza es imprescindible. Para mí, la captura del jabalí era la más emocionante de todas. Se convirtió en mi gran pasión, aunque también estuvo a punto de costarme la vida. Os contaré:

Recuerdo que aquel día salimos muy de mañana, cuando los rayos del sol todavía no se habían convertido en un suplicio. Anduvimos errantes por el bosque durante largas horas sin toparnos siquiera con una liebre. El calor apretaba y los jinetes comenzaron a desesperar. Ya iba a dar Fidón la orden de regreso cuando los perros olfatearon una pista. Comenzaron a ladrar y revolverse de tal forma que fue necesario atarlos. Entretanto, los sirvientes tendieron las redes entre los troncos de unos árboles. ¡Adelante! La jauría desatada se lanzó en pos de la fiera. Ni Zeus golpeando la tierra con sus rayos les habría hecho perder la pista. Cabalgamos por entre la espesura. Como siempre, el jabalí había elegido para su cubil un lugar oscuro y cubierto de maleza. Lo vimos surgir de pronto de la penumbra. Era tan grande como aquel que Heracles cazó en los bosques de Erimanto, un auténtico monstruo. Los perros se lanzaron contra él. Tres de ellos volaron por los aires y cayeron maltrechos a tierra. Finalmente, lograron ponerlo en fuga. Fue necesario entonces coordinar esfuerzos para conducirlo hasta el lugar donde estaban las redes. ¡Qué carrera! El jabalí zigzagueaba por entre troncos y matorrales, cambiando constantemente de dirección. Los árboles desfilaban ante mis ojos como relámpagos. Mis cascos parecían no tocar el suelo. Tuvimos que emplearnos a fondo para que no escapara a nuestro acoso. Por fin, un furioso berrido nos indicó que la bestia había caído en la trampa. Fidón desmontó y enarboló una jabalina. «¡Atrás!» les gritó a sus compañeros. Atrapada en la red, aquella mole negra y peluda gruñía y se agitaba frenéticamente. Fidón lanzó su dardo y, entonces, espoleado por el dolor, el monstruo logró romper la malla y embistió hacia el frente, hacia el lugar exacto donde yo estaba. No recuerdo de aquel momento más que la visión fugaz de una descomunal cabeza y de unas fauces erizadas de colmillos. El impacto me hizo perder el sentido. Fue una suerte que Fidón y sus compañeros lograran abatir la fiera a golpe de cuchillo, pues jamás habría logrado sobrevivir a una segunda embestida. Y así fue como logré mi primera herida de combate, de la que conservo la cicatriz de un palmo y medio que adorna mi muslo derecho.

No puedo ocultar que los años de mi adiestramiento fueron para mí de extrema felicidad. Al concluir la jornada de trabajo, acostumbraban a llevarnos a un prado cercado, cubierto de fresco forraje. En algunas ocasiones encontraba allí a mi madre. Una larga carrera llena de triunfos por todos los hipódromos de la Hélade, la había

convertido en el caballo más famoso y emblemático de los muy famosos establos de Fidón. Aunque yo ya era un caballo hecho y derecho, ella siempre me hablaba como si todavía fuera su potrillo, lo cual a veces me hacía sentirme algo abochornado.

—Cada día te pareces más a tu padre. Eres arrogante, fuerte y hermoso, tal y como yo lo recuerdo. También he sabido que estás realizando grandes progresos en tu adiestramiento. Los mozos de la granja cuentan maravillas de ti, y no sabes lo orgullosa que me siento cuando los oigo, tanto como lo estaría tu padre si pudiera verte ahora. Pero escúchame: no dejes que los elogios de los hombres se te suban a la cabeza. Procura servirlos bien, pero no permitas que te despojen de tu dignidad. Recuerda que ellos no son mejores que nosotros. Jamás te rebajes a ser un esclavo.

Como todos los jóvenes de cualquier especie, yo escuchaba sus consejos con respeto, pero pensaba que mi experiencia del mundo era muy superior a la suya. Los hombres siempre me habían mimado y alabado; nada malo podía esperar de ellos. Como todos los jóvenes de cualquier especie, con el tiempo yo también descubrí que estaba equivocado.

Una tarde, concluida ya mi sesión de adiestramiento, pastaba yo apaciblemente en el prado cuando reparé en dos figuras que se acercaban paseando desde la granja. Pude distinguir que uno de ellos era Fidón, mi amo; el otro era un desconocido. Se trataba de un hombrecillo de mediana edad, aunque su escaso cabello grisáceo, similar a la piel de un ratón, y su postura encorvada le hacían parecer un anciano. Vestía una túnica blanca, larga y sin adornos, muy pasada de moda y en absoluto adecuada para el campo. Cuando estuvieron al alcance de mis oídos, la voz del hombrecillo me sorprendió por su timbre resonante y su riqueza de matices. Su dicción era tan cuidadosa y mesurada que me pareció estar oyendo a un actor recitando su papel.

—Eres un hombre con suerte, Fidón —decía—: esta maravillosa finca, tus caballos, la emoción de los hipódromos... Y por si fuera poco, permaneces casi siempre lejos de Atenas, que se está convirtiendo en el sitio más detestable del mundo. Te envidio.

—Vamos, vamos, amigo Demóstenes, te conozco tan bien que me he vuelto inmune a tus palabras. En la ciudad estás tan a tus anchas como una rana en su charca. Nadie te puede imaginar lejos del Ágora y de la tribuna de la Asamblea. Te volverías loco, morirías.

—¡Ay, no lo creas! Es cierto que en estos tiempos terribles que nos ha tocado vivir, los asuntos públicos precisan de mis humildes facultades, pero es mucho lo que he de sacrificar por servir al Estado...

—Me conmueve tu altruismo, Demóstenes —dijo Fidón con cierto sarcasmo—. Sin embargo, tus generosos desvelos por el Estado parecen estar rindiéndote buenos beneficios. Tu fama como político, orador y escritor de discursos ha traspasado ya las fronteras del Ática. Por cierto, nadie mejor que tú para poner al día a este rústico

granjero. ¿Cómo van las cosas por la ciudad?

Demóstenes lanzó un suspiro y adoptó una expresión de profunda consternación.

—Tu pregunta me entristece, Fidón. Es muy posible que si la visitaras ahora no reconocieras la ciudad donde naciste. La Atenas que liderara la Hélade se ha convertido en un nido de víboras. Cuando parecía que comenzábamos a recuperarnos de la vergonzosa derrota que nos infligieron los espartanos, han surgido por todas partes canallas dispuestos a vendernos a los bárbaros, perros sarnosos que traicionarían a su patria por el vil oro de los extranjeros, bestias inmundas y depravadas que...

Fidón interrumpió a Demóstenes agitando las manos.

—¡Es suficiente, me hago cargo! Tómame un respiro, amigo mío.

Demóstenes, cuyo rostro se veía congestionado por la ira, comenzó a recomponerse entre jadeos.

—Te ruego que me disculpes. Mi profundo amor por nuestra ciudad me hace perder la compostura. Bien, he venido a comprarte un caballo, ¿lo recuerdas? ¿Qué puedes enseñarme?

Cuando se mencionaron los caballos, Fidón se sintió en su terreno y adoptó el tono animado que siempre empleaba para hablar de negocios.

—En primer lugar, déjame felicitarte por tu inteligencia. Si se trata de comprar un caballo, las cuadras de Fidón son el lugar adecuado. Por mucho que busques, no encontrarás caballos mejores a precios más razonables. Pero, permíteme que te haga una pregunta. ¿Para qué necesita un caballo un hombre que se dedica a la política?

—Te seré sincero. La nuestra es una época frívola. A nadie parece importarle la honestidad, ni la virtud, ni una vida entera consagrada al servicio de nuestra ciudad...

—¿Te refieres a alguien en concreto, Demóstenes?

—¿Qué? Ah... no. Y no me interrumpas, por favor. No lo soporto. Como te decía: una cara hermosa y un cuerpo a juego es todo lo que hoy se necesita para arrastrar a las masas, aunque su propietario sea un cretino incapaz de pronunciar más que sandeces. Y, como puedes ver, yo no soy un Apolo, precisamente.

—Ya —dijo Fidón algo confuso—. Pero sigo sin ver...

—Mira, yo nunca he tenido tiempo para perderlo en las palestras. Así que, ya que mi aspecto nunca será digno de admiración, al menos quiero que me admiren por la bella estampa de mi cabalgadura.

Fidón enarcó las cejas y le dedicó a Demóstenes una mirada indulgente.

—Por supuesto, por supuesto. Bien pensado. Sígueme, puedo enseñarte algunos caballos que te convertirían en el hombre más admirado de Atenas. Mira este majestuoso ejemplar, por ejemplo. —Fidón y Demóstenes se aproximaron a uno de mis compañeros que, por cierto, no se caracterizaba precisamente por sus buenas cualidades—. Una montura digna del carro de Aquiles que podrías adquirir por un precio realmente ridículo.

Demóstenes examinó al caballo minuciosamente, suspiró y replicó con tono de

impaciencia.

—Patas flojas, cascos delgados, cuello caído y ojos vidriosos. Con franqueza, Fidón, creo que tienes en poco mi inteligencia. ¿Qué me dices de aquel de allí?

Los dos hombres se giraron hacia mí.

—Estoy realmente asombrado. Para ser un hombre de ciudad demuestras un gusto exquisito en cuanto a caballos se refiere. Estás viendo una de las joyas de mis establos: el caballo de combate más fuerte y veloz que he tenido jamás ocasión de criar. Es hijo de *Ánemos*, mi yegua campeona. Y en cuanto a su padre, nunca nació caballo mejor en Macedonia.

Por algún motivo que entonces no entendí, Fidón se guardó muy bien de mencionar el nombre del propietario de mi padre. De todas formas, al oír la palabra «Macedonia», los ojos de Demóstenes se encendieron como dos brasas, y las venas de su cuello se hincharon de tal forma que parecían a punto de reventar. Los gritos que lanzó a continuación asustaron a todos los caballos del prado.

—¡Macedonia! ¿Quieres venderme un maldito caballo macedonio? Nada bueno puede venir de esa tierra de bárbaros. Ni siquiera un buen esclavo se puede comprar en Macedonia, por no hablar de un buen caballo...

Las imprecaciones de Demóstenes contra Macedonia y sus habitantes continuaron en tono creciente durante un buen rato. Mientras tanto, Fidón no conseguía disimular su asombro ante aquel impetuoso torrente verbal.

—Amigo Demóstenes —pudo decir finalmente—, conozco bien tu valiente oposición a la política del rey Filipo y comprendo tu rencor hacia Macedonia. Sin embargo, me da la impresión de que tu justificada ira está nublando tu buen juicio. Como amigo te aseguro que este es el mejor caballo que puedo ofrecerte. Si lo rechazas por el simple hecho de que descende de caballos macedonios, estarás cometiendo un error. Además, los caballos no entienden de política.

Demóstenes ponderó las palabras de Fidón y asintió en silencio. Después, se dignó dedicarme una segunda mirada.

—Tienes razón. El caballo parece bueno. ¿Cómo se llama?

—Jamás pongo nombre a un caballo que pienso vender —respondió Fidón.

—Haces muy bien. Ponerles nombre a los animales es una pérdida de tiempo casi tan grande como aprender el nombre de los esclavos. En fin, ¿cuánto pides por él?

Me permitiréis que no relate la escena del regateo entre Fidón y Demóstenes por mi adquisición. No es que el hecho de haber sido vendido me produzca vergüenza (como caballo que soy, estoy acostumbrado a que los hombres nos traten como mercancía). Lo que sí me irrita es el ridículo precio que Fidón finalmente aceptó, siendo yo, como afirmaba, la joya de sus establos. Lo cierto es que ambos sellaron su trato con un apretón de manos y, mientras los veía alejarse, comprendí que había cambiado de dueño. Curiosamente, esta idea no me angustiaba. Muy al contrario, la perspectiva de ver mundo y vivir nuevas experiencias me llenaba de curiosidad y excitación. Tan solo el hecho de tener que separarme de mi madre me hacía sentir una

cierta melancolía.

Nuestra despedida tuvo lugar al día siguiente, muy de mañana, justo antes de que los sirvientes de Demóstenes vinieran a recogerme. Mientras me hablaba, noté que hacía enormes esfuerzos por mostrar una entereza que, tal y como su mirada delataba, estaba muy lejos de sentir.

—Sabía que este momento habría de llegar, pero no esperaba que fuera tan pronto. Debería sentirme contenta de que mi pequeño salga por fin al mundo, aunque no puedo ocultar que habría preferido otro amo para ti.

—¿Por qué dices eso madre? ¿Conoces a ese Demóstenes?

—No lo he visto nunca, pero he oído hablar mucho de él. Sabes que viajo por toda la Hélade y que me gusta escuchar a los hombres. Además, Demóstenes se está convirtiendo en alguien importante.

—Dime, ¿qué sabes de él? —le pregunté.

—De lo que puedes estar seguro es que se trata de un sujeto notable. Parecía estar condenado a ser una nulidad, pero gracias a un tesón y una ambición desmesurados ha llegado a ser uno de los políticos más prominentes de Atenas. Tuvo una infancia muy difícil. Quedó huérfano siendo muy niño. Era un chiquillo endeble y asustadizo que rehuía la compañía de los otros niños. Le horrorizaba mostrar su cuerpo en el gimnasio, y prefería dedicarse al estudio y la lectura. Al alcanzar la mayoría de edad descubrió que sus tutores habían dilapidado la considerable fortuna que su padre le dejara en herencia. Resolvió entonces defender él mismo su causa ante los tribunales y se dedicó con todo ahínco al estudio de las leyes y de la oratoria. Sin embargo, tenía un defecto que le impedía hablar en público: era tartamudo y tenía una voz débil y chillona.

—¿Tartamudo? —Pregunté asombrado—. Ayer le hoy oí durante un buen rato y jamás he escuchado voz mejor que la suya.

—Hijo mío, durante todos los años de tu formación he intentado hacerte comprender que el esfuerzo puede vencer casi cualquier dificultad. Demóstenes consagró todo su tiempo a superar sus limitaciones. Permanecía encerrado en el sótano de su casa, y cuentan que llegó a afeitarse el pelo de la mitad de la cabeza para vencer la tentación de salir a la calle. Ejercitó su voz día y noche. Ensayaba sus discursos con la boca llena de pequeños guijarros, con lo que se obligaba a esforzarse aún más para que sus palabras resultaran inteligibles. De pie ante un espejo, recitaba poemas y discursos famosos sin descanso, ensayando todo tipo de tonos, expresiones y ademanes. Cuando se sintió preparado, llevó su caso a los tribunales y lo ganó. Fue poco el dinero que pudo recuperar, pero la experiencia de hablar ante otros le resultó muy estimulante, por ello decidió probar suerte en la política.

—¿Sabes de política, madre? Según Fidón los caballos no estamos interesados en la política.

—Según los hombres los caballos no estamos interesados en nada aparte de comer, correr por el campo y aparearnos. —Bajé la mirada abochornado en ese

momento. Mi madre sabía ser brutal cuando lo deseaba—. Este será uno de mis últimos consejos, hijo mío —prosiguió—: aprende todo lo que puedas sobre los hombres. Ese conocimiento te puede salvar un día la vida. En fin, antes de que me interrumpieras con ese tonto comentario, te estaba diciendo que Demóstenes se decidió a intervenir ante la Asamblea de los atenienses, la prueba de fuego para cualquier orador.

—Con éxito, supongo.

—En absoluto. Se rieron de él. Que miles de personas se rían de uno al mismo tiempo es para desanimar a cualquiera, pero Demóstenes no es de los que se amilanan. Perseveró y siguió preparándose hasta conseguir que empezaran a escucharlo y respetarlo. Fue entonces cuando descubrió que sus habilidades oratorias podían, además, hacerle ganar un buen dinero. Se hizo logógrafo, es decir, comenzó a escribir discursos por encargo para gente que carecía de su dominio del arte de la palabra. Esta actividad le ha permitido amasar una considerable fortuna.

—¿Por qué son las palabras tan importantes para los hombres, madre?

—Porque son un arma poderosa. No existe forma más sencilla de ganarse a un hombre que decirle lo que desea oír, y si esto se realiza ante varios miles de hombres al mismo tiempo, el efecto es todavía más contundente. Demóstenes es un maestro en decirles a los hombres lo que desean oír. Por ello es ahora alguien importante y poderoso.

—Entiendo, pero sigo sin ver qué hay de malo en todo eso. ¿Por qué habrías preferido otro amo para mí?

—En primer lugar, porque el amo ideal de un caballo entrenado para la guerra es un soldado. Nunca podrás desarrollar tus habilidades con un amo cuya única arma es la lengua. En segundo lugar, Demóstenes no es el tipo de hombre que me gustaría que tuvieras por amo. Sin duda es un individuo brillante, pero también colérico y despiadado. Su personalidad es oscura, retorcida. En muchos aspectos me recuerda a aquel amo que tuve, Cleóbulo, del que tu padre me defendió cuando intentaba clavarme su daga. —Al recordar a mi padre, mi madre se quedó absorta durante un momento—. Siento decir que cada vez es más fácil encontrar en la Hélade hombres como Demóstenes. Está claro que vivimos malos tiempos.

Aquello me descorazonó terriblemente. Desde mi infancia, yo había soñado con una vida llena de gloria. La idea de tener como dueño a un político ruin e intrigante que solo me quería para exhibirme en los desfiles me llenaba de desasosiego. Mi madre percibió mi tristeza.

—Vamos, vamos. Levanta el ánimo. Desde que te traje al mundo algo dentro de mí me dice que tendrás un magnífico y glorioso destino. Créeme, las hembras de mi familia tenemos una intuición especial para presentir lo que va a suceder.

Las amorosas palabras de mi madre no me consolaron. De todas formas, decidí no dejarme vencer por el desaliento. Me erguí en toda mi alzada y, apretando los dientes, dije:

—Madre, ocurra lo que ocurra, te prometo que oirás hablar de mí y te sentirás orgullosa.

Mi madre me sonrió.

—Ya lo estoy, y sé que tu padre también lo estaría. —En ese momento, los sirvientes de Demóstenes vinieron a buscarme y me alejaron de ella—. Hasta siempre, pequeño —me susurró dulcemente.

Sentí un nudo en la garganta que me impidió emitir sonido alguno. Ya a cierta distancia, recuerdo que giré la cabeza para mirarla. En medio del prado pude ver todavía la blanca estampa de mi madre, siempre majestuosa. Y sin embargo, en aquel momento me pareció solamente una yegua vieja y cansada, como si todo el peso de los años hubiera caído de pronto sobre ella. Por desgracia, esta amarga sensación es el último recuerdo que conservo de mi madre, ya que jamás la volví a ver.

Al cabo de un buen rato, cuando llegamos a Atenas, yo aún sentía el corazón encogido por la tristeza. Hacia el mediodía atravesábamos la puerta de Dipilón, y lamento decir que la más famosa ciudad de la Hélade me decepcionó terriblemente. Para un caballo como yo, acostumbrado al aire limpio y los espacios abiertos, aquel recorrido a través de un laberinto de calles angostas y polvorientas resultó una durísima prueba. El humo, el estrépito, la oscuridad de las casas y talleres, el hedor mezclado de personas y animales, de verduras cocidas y de inmundicia... ¿Quién puede querer vivir así? Con todo, eran muchos miles los seres humanos que se hacinaban en la modesta superficie delimitada por las murallas. Solo al alzar la vista y contemplar la colina de la Acrópolis encontré algo en lo que Atenas estaba a la altura de su fama. Allí, en lo más alto, los templos y las estatuas de los dioses parecían reclamar para sí la serenidad y el aire diáfano de las alturas.

Cuando llegamos por fin a la casa de Demóstenes, he de confesar que me sentí agradablemente sorprendido. Estaba situada en el barrio de Escambónidas, al norte de la ciudad, lugar de residencia de los ciudadanos más privilegiados. Las calles allí eran más anchas, mejor trazadas y, sobre todo, mucho más limpias. Algunas de las casas que pude ver allí se podrían considerar auténticas mansiones; la de Demóstenes era en comparación mucho más modesta. Se trataba de una vivienda de un solo piso, aunque no por ello dejó de parecerme muy espaciosa y cómoda. Las distintas habitaciones se disponían en torno a un patio central, con un porche sostenido por columnas de madera pintada. En el patio crecía una gran parra, cuyas hojas y ramas aliviaban con su sombra el sol del verano. La parte posterior la ocupaba un amplio corral por el que se accedía al establo, a la cocina y a las habitaciones de los sirvientes. La casa contaba con su propio pozo y con una bodega subterránea que Demóstenes usaba como estudio, pues allí era donde preparaba los discursos que le encargaban y los suyos propios. Claro está que mi nuevo amo bien podía permitirse una vivienda mucho más lujosa. Sin embargo, siempre se abstuvo de hacer

ostentación pública de su riqueza. De este modo siempre le cabía el recurso —fácil, por otro lado— de acusar a sus enemigos políticos de prosperar a costa del dinero público, y a la vez ponerse como ejemplo de austeridad y honradez.

Demóstenes era un hombre muy ocupado. Pasaba casi todo el día fuera de casa y nunca regresaba antes del anochecer. Por la noche se encerraba en la bodega y no consentía ser molestado bajo ningún pretexto. Para no perder tiempo regresando a casa, realizaba sus frugales comidas en alguna de las muchas tabernas que existen en las cercanías del Ágora. A menudo me pregunté si aquel hombre dormía alguna vez.

Jamás me prestó la menor atención, por lo que mi vida era ociosa en extremo. De cuando en cuando, alguno de sus sirvientes me sacaba a estirar las patas por las afueras de la ciudad. Entretanto, yo languidecía en mi cómodo establo y notaba cómo la grasa se iba acumulando sobre mis músculos y tendones. La falta de actividad y el tedio me convirtieron en un caballo triste y melancólico y, puesto que no tenía nada mejor que hacer, me apliqué en escuchar con atención cuantas conversaciones ocurrían al alcance de mis oídos. Así llegué a hacerme una idea bastante precisa de los asuntos que más preocupaban a los atenienses y a los helenos en general.

Al igual que cuatro años antes, época en que mi padre y mi madre se conocieron, el nombre que corría en boca de todos era el del rey Filipo de Macedonia.

El rey Filipo seguía demostrando que era reacio a desperdiciar el tiempo, y también que su ambición no conocía límites. Una vez apaciguado el reino y aseguradas las fronteras, se había consagrado con toda su energía a reforzar y reorganizar su ejército. Hasta esa fecha, los reyes de Macedonia reclutaban tropas de infantería solo en caso de necesidad. Las levadas se realizaban a través de los nobles, que tenían, en la práctica, plenos poderes en su territorio. Lo más parecido a un ejército estable era un pequeño contingente de tropas denominado la guardia de los *hipaspistas*, que se encontraba permanentemente acuartelado en la capital y ejercía las funciones de guardia personal del monarca. Por otro lado, los miembros de la nobleza macedonia nutrían un modesto cuerpo de caballería denominado de los *hetairios*, es decir, de los «compañeros» del rey, puesto que para los macedonios el rey no era sino el primero de los nobles. Filipo había revolucionado completamente esta concepción. Siendo apenas un niño, el futuro rey había sido enviado como rehén a la ciudad beocia de Tebas. En aquellos tiempos Tebas vivía su período de mayor auge militar gracias al genio de un hombre llamado Epaminondas, al que Filipo admiraba profundamente. Cuando se convirtió en rey de Macedonia, decidió poner en práctica en su reino las ideas de aquel general que tanto le había impresionado en sus años de formación; sin embargo, existía un importantísimo obstáculo: Macedonia era un reino pobre y la revolución militar que Filipo planeaba requería enormes sumas de dinero. Su solución, como de costumbre, fue contundente: lanzó un ataque relámpago y le arrebató a los tracios, el pueblo bárbaro que habita el vasto territorio al este de Macedonia, las minas de oro y plata del monte Pangeo. Pronto comenzaron a circular por toda la Hélade las nuevas estateras de oro y tetradracmas de plata que Filipo

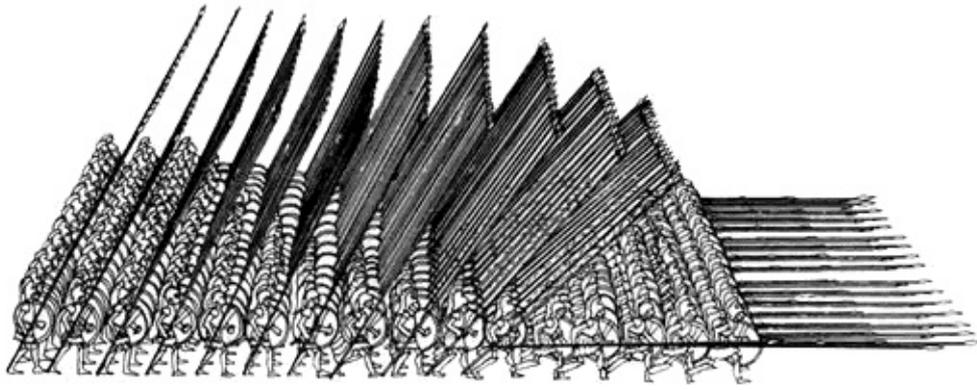
ordenó acuñar, y que se conocían popularmente con el nombre de «filipos». Salvado el problema económico, la maquinaria bélica de Macedonia se puso en marcha de forma incontenible.

El rey decretó una campaña de reclutamiento a gran escala en todos sus dominios, lo que dio como resultado un ejército regular de soldados profesionales que mantendría un núcleo importante de efectivos incluso en tiempos de paz (permítidme mencionar que Macedonia no ha conocido un solo día de paz desde que Filipo accedió al trono). Los soldados macedonios reciben un salario que les permite dedicarse al ejército de forma permanente, a resultas de lo cual su nivel de adiestramiento es muy superior al de los otros estados helenos; además, todas sus armas y equipo de combate son costeados por el Estado. Por último, y fue aquí donde Filipo se reveló como el alumno más aventajado de Epaminondas, la infantería se reorganizó según el modelo de la falange tebana.

La falange es una formación cerrada y profunda, una compacta columna humana con gran fuerza de choque. En una carga, la falange embiste contra las filas enemigas como un gigantesco ariete capaz de romper cualquier tipo de formación convencional. Este fue el instrumento del que se valió Epaminondas para infligir una tremenda derrota al ejército espartano, considerado hasta entonces invencible. Pero Filipo no se limitó a adoptar la falange tebana tal cual, sino que la mejoró con un par de importantes detalles de su creación. En primer lugar ideó un sistema rápido de señales y estafetas que, unido a la eficaz cadena de mandos, permitía al *strategos* dirigir a cada batallón como quien mueve fichas sobre un tablero, incluso una vez dada la señal de ataque.

La segunda innovación de Filipo fue el uso de una lanza llamada *sarisa*, un arma temible de hasta veinte pies de longitud, la altura de cuatro hombres, con un asta de resistente madera de cornejo y una agudísima punta metálica. Para que un hoplita pueda manejar con soltura semejante monstruosidad ha de ser necesariamente de talla gigantesca, pero Filipo sabía que ese es exactamente el tipo de hombre que se cría en las montañas de Macedonia. Además, el uso de una lanza tan enorme en formación cerrada hace innecesaria la pesada armadura del hoplita tradicional, ya que el enemigo ni siquiera puede acercarse.

El soldado de la falange blande la *sarisa* con ambas manos, al tiempo que se cubre con un pequeño escudo redondo sujeto a su brazo izquierdo. Los de las primeras filas avanzan con la *sarisa* en ristre, los que marchan a continuación la mantienen oblicua, mientras que los de retaguardia la portan enhiesta. Cuando un soldado de vanguardia cae muerto o herido, el que marcha inmediatamente tras él ocupa su lugar, de modo que las primeras líneas jamás ofrecen brechas al adversario. El efecto de la falange en las filas enemigas es devastador, no solamente por el ímpetu de su ataque, sino también por el pavoroso espectáculo que ofrece: la falange macedonia se asemeja a un gigantesco monstruo erizado de púas presto a devorarlo todo a su paso.



Ayudado en todo momento por su amigo y compañero inseparable, el general Parmeni3n, Filipo entren3 a su flamante ej3rcito en las m3s complejas t3cticas de combate, hasta que consigui3 manejar su falange casi con la misma soltura que sus propios dedos. Su eficaz cadena de mando, compuesta por soldados profesionales esmeradamente adiestrados, le permit3a alterar por completo la formaci3n incluso durante el curso de la batalla. Como por arte de magia, una formaci3n recta convencional se convert3a en una media luna, y esta a su vez en una cu3a. Era como si todo aquel gent3 tuviera una sola mente, aunque, bien pensado, la ten3a: la mente del rey. Puesto que Macedonia se hab3a quedado peque3a para sus ambiciones, Filipo decidi3 que su momento hab3a llegado. Mientras tanto, en Atenas, Dem3stenes pensaba que su momento hab3a llegado tambi3n.

Al este de Macedonia, entre la frontera tracia y el mar, existe una estrecha franja de territorio dominado por ciudades helenas. Cuando en Atenas se supo que Filipo hab3a lanzado un ataque contra la ciudad aliada de Anf3polis, Dem3stenes orquest3 una monumental campa3a contra el rey de Macedonia. Exigi3 que Atenas enviara tropas para ayudar a sus aliados ante las ansias de poder de «aquel b3rbaro sediento de sangre» y, poco a poco, consigui3 que su voz se escuchara en la Asamblea. Sin embargo, cuando algunos comenzaban a darle la raz3n, Anf3polis hab3a ca3do ya en manos de los macedonios. Dem3stenes dijo «ya os lo advert3» y su reputaci3n de estadista y patriota subi3 como la espuma al mismo tiempo que la del rey de Macedonia se hund3a.

Filipo, cuya mayor ambici3n era ser aclamado como el gran l3der de los estados helenos, acus3 el golpe. Sab3a que su siguiente paso deber3a ser mucho m3s cauteloso y que precisaba un motivo razonable antes de lanzar su pr3xima campa3a. La excusa se la sirvieron en bandeja los focenses, pueblo que habita un territorio cercano a Atenas y Tebas, cuando saquearon el Santuario de Apolo en Delfos. Para los helenos Delfos es el lugar m3s sagrado del mundo (el «ombligo del mundo», ¿record3is?). Por ese motivo, y desde tiempo inmemorial, han depositado all3 enormes tesoros como ofrenda al dios Apolo. El expolio del tesoro de Delfos fue considerado por todos un

monstruoso sacrilegio. El hecho de que los focenses usaran las riquezas allí guardadas para reclutar un ejército de mercenarios y lanzar un ataque contra Tesalia se consideró un crimen más horrendo aún. Los tesalios, desesperados, recurrieron a Filipo, quien no se hizo de rogar. Desde Macedonia, envió emisarios a todos los estados helenos para formar una «alianza sagrada panhelénica» que, bajo su liderazgo, vengara el crimen de los focenses y restituyera el tesoro al dios Apolo. Tebas accedió a enviar tropas. Mientras tanto, los atenienses titubeaban.

Demóstenes puso en juego toda su influencia y su capacidad de persuasión: exhortó a sus conciudadanos a que no se rebajaran a las pretensiones de Filipo, a que no reconocieran más liderazgo que el de Atenas y se abstuvieran de alimentar las salvajes ambiciones del tirano de Macedonia. No hay ateniense capaz de oír la palabra «tirano» sin echarse a temblar, y Demóstenes siempre ha sabido tocar la fibra sensible de su auditorio. Tuvo éxito. Atenas permaneció neutral y Filipo tuvo que resolver la guerra contra los focenses sin su respaldo. Sin embargo, y aunque en más de una ocasión todos lo dieran por derrotado, logró finalmente alzarse con el triunfo. Recuerdo que por aquella época mi amo comenzó a roerse las uñas.

Para redondear su victoria, Filipo le quiso mostrar a toda la Hélade que, lejos de ser el tirano sediento de sangre del que hablaba Demóstenes, su talante era el de un gobernante civilizado y magnánimo. Por ello, y en contra de lo que todos esperaban, se mostró generoso con los vencidos. Su gesto fue reconocido y alabado por muchos atenienses. Los tesalios, por su parte, lo aclamaron como su líder y salvador. Filipo aceptó humildemente el caluroso agradecimiento de Tesalia y, acto seguido, extendió sus fronteras varios cientos de estadios hacia el sur a costa de su territorio. Además, reforzó su caballería con numerosos jinetes de Tesalia, considerados sin discusión los mejores de la Hélade. Esta vez los atenienses se alarmaron de verdad con las deslumbrantes victorias del macedonio, tanto que enviaron tropas a ocupar las Termópilas a fin de prevenir posibles movimientos hostiles hacia el sur. Sin embargo, Filipo había obtenido lo que deseaba y regresó a Macedonia con el ejército. En Atenas, Demóstenes se lamía las heridas y preparaba su contragolpe, lo que nos devuelve a los días en que yo me consumía de hastío encerrado en mi establo.

Mientras la Hélade se convulsionaba con estos acontecimientos, la vida en las ciudades seguía su curso. Corría el mes de hecatombeón [*julio*]. Mientras el sol estival castigaba la tierra con mayor rigor, los atenienses se preparaban para celebrar el comienzo del nuevo año con la fiesta más importante de su calendario: las Panateneas.

Atenas, como su nombre proclama, es la ciudad de la diosa Atenea. Cuentan que, en el remoto pasado, los dioses Poseidón y Atenea se disputaban el dominio del Ática. Para dilucidar quién de los dos se convertiría en el dios protector de la ciudad de Atenas y de su territorio, los atenienses les propusieron una prueba: cada uno de

ellos les concedería un regalo y el que ideara el regalo más útil sería el vencedor. Ambos dioses aceptaron. Poseidón golpeó la colina de la Acrópolis con su tridente y de allí surgió una fuente de agua de mar. Atenea, por su parte, hundió su lanza en la tierra, de la que inmediatamente creció un olivo. Los atenienses vieron que el agua salada de nada les servía, mientras que del fruto del olivo podían extraer aceite para cocinar, iluminar sus casas y asearse. Atenea se convirtió por tanto en la diosa protectora de Atenas, y lo ha sido desde entonces.

Durante las Panateneas, los atenienses le agradecen a la diosa sus favores y su protección. Cada cuatro años el festival se organiza con especial solemnidad; son las llamadas Grandes Panateneas. Durante cuatro días se celebran grandes juegos gimnásticos, concursos musicales, poéticos y dramáticos, pero el acontecimiento principal es la procesión panatenaica. En el barrio de los alfareros, el Cerámico, se forma un largo cortejo donde están representados todos los estamentos de la ciudad. Al frente de la procesión, un grupo de muchachas porta el *peplos*, una túnica maravillosamente bordada que constituye la ofrenda principal de la ciudad a su diosa. A continuación desfilan los animales destinados al sacrificio, seguidos por los sacerdotes. Después vienen los músicos y, por último, ordenados según su rango, los ciudadanos más notables de Atenas. La cola de la procesión está compuesta por cualquier ateniense o meteco que desee unirse al cortejo y, por lo general, son muchos más los que desfilan que los que se limitan a ver pasar la procesión.

Es costumbre que los notables desfilen a caballo o en carro; había llegado, pues, el momento de que Demóstenes luciera su nueva cabalgadura. Al despuntar el día, sus sirvientes me sacaron del establo y me cepillaron hasta que mi pelo y mi crin brillaron al sol. Después, me adornaron con cintas de colores y, por último, me enjaezaron con una preciosa brida de fina factura. Cuando Demóstenes me vio, se frotó las manos satisfecho. Él mismo lucía sus mejores galas —nada ostentoso, por supuesto, siguiendo su costumbre de mostrar en público una apariencia austera y recatada— e incluso había encontrado tiempo para rizarse el pelo y arreglarse la barba. Partimos inmediatamente hacia el lugar donde la procesión se formaba y he de decir que, incluso después de largos meses de inactividad, mi estampa y brío despertaron gran admiración en la ciudad.

El barrio del Cerámico era un auténtico hervidero de personas y animales entre el que los encargados de ordenar el cortejo apenas conseguían hacerse oír. Sorteando a la multitud, un jinete logró acercarse a nosotros.

—¡Mi buen amigo Demóstenes, que vivas muchos años! Una montura digna del mejor hombre de Atenas.

Incluso para un caballo como yo resultaba fácil percibir la ironía en el saludo de aquel hombre. Mal que bien, Demóstenes se las arregló para disimular su enojo y responder con una radiante sonrisa.

—No tanto, no tanto. Un humilde caballo para un hombre humilde. Bien, Esquines, ¿no es un día precioso para celebrar la procesión? Estoy seguro de que

Palas Atenea nos sonríe desde el Olimpo.

—Tu jovialidad me muestra que no est s al tanto de las últimas noticias.

Not  cómo Demóstenes se ponía tenso y levantaba la guardia.

— Algo nuevo sobre el tirano de Macedonia?

—Algo nuevo sobre su majestad, el rey Filipo de Macedonia, a quien los dioses concedan larga vida. Esta misma mañana los heraldos han traído la noticia: tras oír nuestros ruegos, el rey ha accedido graciosamente a comandar la expedición definitiva contra Persia, el golpe de audacia que tantos helenos bien nacidos llevamos años exigiendo.

—Locuras y necedades —respondió Demóstenes logrando al hacerlo que su voz sonara como el silbido de una serpiente—. Los persas no han vuelto a poner los pies en el  tica desde Salamina y Platea, y aquello fue en los tiempos de mi tatarabuelo.  Qu  pretendéis?  Llevarnos a la catástrofe final de la mano de un lunático que solo aspira a borrarlos del mapa? Voy a hundiros en la Asamblea por esta canallada.

Esquines rió de buena gana.

—Me sentiría terriblemente decepcionado si no lo intentaras. Pero déjame decirte que esperaba más de ese espíritu patriótico del que tanto te jactas. Ciento treinta años no son suficientes para que un auténtico patriota perdone y olvide el saqueo y la destrucción de los templos.  Y qué me dices de la esclavitud de las ciudades jonias?  No es tiempo ya de liberar a nuestros hermanos y vengar el sacrilegio?

—Tal vez lo sea, pero desde luego no bajo la jefatura de Filipo. Por cierto, Esquines, t  también montas un bonito caballo  Te han enviado desde Macedonia el dinero para comprarlo?

Esquines volvió a dejar oír su risa.

—Mi buen Demóstenes, eres el interlocutor más ameno que conozco. En fin, parece que la procesión se pone en marcha. Mejor será interrumpamos ahora esta charla y gocemos de la fiesta. Podremos reanudarla en la Asamblea.

—Te aseguro que así será —concluyó Demóstenes iracundo.

Efectivamente, tras un buen rato de vanos intentos, se había logrado por fin poner algo de orden en aquella multitud y la procesión había comenzado a avanzar. Atenas se había vestido con sus mejores galas para honrar a su diosa protectora. Me fue difícil reconocer la ciudad triste y cochambrosa de todos los días. Las fachadas estaban recién encaladas, había flores y guirnaldas por todas partes. A lo largo de todo el itinerario se habían dispuesto trípodes de bronce con pebeteros donde ardían hierbas aromáticas. Durante toda la procesión, la gente no cesó de cantar y bailar. Hasta yo me sentía optimista. Casi sin darme cuenta, comencé a marcar el paso al ritmo de las flautas y los tambores. Pronto estaba caracoleando, tal y como había aprendido a hacer en casa de Fid n, y hasta ensayó alguna que otra corveta. La gente se admiraba al verme y aplaudía a rabiar. Demóstenes no cabía en sí de orgullo. Por fin, tras de un largo y tortuoso camino por el itinerario que los atenienses llaman la Vía Sagrada, comenzamos a ascender la colina rocosa de la Acrópolis.

Mi larga y azarosa vida me ha llevado hasta los confines del mundo conocido. Sin embargo, os aseguro que en ninguno de los múltiples lugares que he visitado existe nada comparable en belleza a la Acrópolis de Atenas. Permitidme que os narre las circunstancias en que se construyó esta maravilla.

Hace ciento cincuenta años, el Gran Rey de Persia Khshyarsha, al que los helenos llaman Jerjes, envió una enorme fuerza expedicionaria contra la Hélade. Los persas avanzaron como una ola incontenible, conquistando los estados helenos de norte a sur. En Atenas, los templos sagrados de la primitiva acrópolis fueron saqueados y destruidos, si bien, tres días más tarde, una flota de estados helenos aliados hundió la flota persa en el estrecho de Salamina, cercano a Atenas. La población ateniense evacuada pudo por fin iniciar el regreso a su ciudad, donde se enfrentaron al aterrador espectáculo de la devastación más absoluta. Ni el lento repliegue que los persas se vieron obligados a efectuar al verse privados del apoyo de su flota, ni siquiera la gran victoria de Platea, que los desposeyó definitivamente de sus conquistas en la Hélade, sirvieron para aliviar el dolor de los atenienses. Solo la reconstrucción de sus lugares sagrados podía devolverle la moral perdida a la ciudad. Por suerte, existía al menos un hombre en Atenas con la determinación suficiente para llevar a cabo la empresa. Su nombre era Pericles.

En época de Pericles y bajo su liderazgo, los atenienses emprendieron el programa de embellecimiento y mejora de las defensas de la ciudad más ambicioso de todos los tiempos. Para ello, Pericles contaba con dos bazas importantes: disponía de dinero en abundancia y supo rodearse de los hombres adecuados.

El problema económico quedó resuelto gracias a los fondos que los aliados de Atenas habían suministrado para hacer frente a posibles futuros ataques de los persas, el llamado «tesoro de la Confederación de Delos». Se oyeron algunas voces contrarias a usar para el embellecimiento de la ciudad de Atenas un dinero que debería quedar custodiado para casos de emergencia, pero Pericles aseguró a sus aliados que la defensa de la Hélade quedaba garantizada merced a la poderosa flota ateniense. De hecho, quizá el término «vasallos» resultara más apropiado que el de «aliados», puesto que la diferencia entre la Confederación de Delos y un imperio era puramente nominal.

Para proyectar y supervisar las obras, Pericles contrató a algunos de los arquitectos y artistas más geniales que ha producido la Hélade. El más celebre de todos ellos era Fidias, el escultor.

La obra militar más importante que se emprendió fue la construcción de los «largos muros», una doble muralla defensiva que protege la vía de comunicación entre Atenas y su puerto de El Pireo. Con ella se garantiza el abastecimiento de la ciudad por mar en caso de asedio.

Pero el sueño que Pericles ansiaba materializar era la reconstrucción de los templos destruidos por Jerjes. Sobre la colina de la Acrópolis, y a lo largo de quince años, se emplearon todo el esfuerzo de los atenienses y todo el dinero de sus aliados.

El resultado fue mucho más allá de la mera reconstrucción. La Acrópolis de Atenas se convirtió en el símbolo del talento artístico de los helenos.

Lo que vi sobre aquella colina me hizo pensar que estaba soñando. Tuve que cerrar los ojos y volver a abrirlos para convencerme de que toda aquella belleza era real. Al principio me sorprendieron los colores: el verde brillante de las columnas, los tonos azules y anaranjados de los capiteles, el dorado de las cornisas. Después comencé a reparar en los detalles. Todos los edificios estaban decorados con estatuas y relieves. Había toros, leones, centauros, grifos, hombres, dioses y caballos, muchos caballos. Las figuras estaban pintadas con colores tan reales que parecían estar vivas. Recuerdo especialmente un pequeño templo en cuyo pórtico las columnas habían sido sustituidas por las estatuas de seis muchachas, todas ellas diferentes, todas ellas hermosísimas.

Pero lo que realmente me cautivó fue el gran templo dedicado a Atenea, la diosa virgen, el sueño de Pericles hecho realidad. Un bosque de columnas gigantescas, labradas y dispuestas con tal maestría que, en lugar de pesado mármol, parecían estar hechas de niebla. Dos frontones que hormigueaban de figuras. Y en el corazón del templo, una maravilla que habría dado cualquier cosa por poder ver: la escultura de Fidias en honor de Palas Atenea. Su piel es de marfil, sus armas y su túnica, de oro. Tiene una altura de siete hombres, y resulta tan magnífica y terrible a la vez que todo aquel que la ve echa a temblar sin poder evitarlo. Los atenienses afirman que, si algún día la ciudad está en peligro, la diosa cobrará vida, abandonará su templo y librá a Atenas de sus enemigos. Yo siempre he pensado que esto no es más que un reclamo para turistas. Si no, ¿cómo se explica que los espartanos pudieran sitiar y tomar la ciudad sin que Atenea moviera un dedo por evitarlo? De todas formas, siempre hay algún bobo que cree estos cuentos a pies juntillas.

Los actos previstos para aquella jornada se celebraron con gran brillantez. Tras las invocaciones y plegarias, los sacerdotes procedieron a sacrificar los animales y, puesto que los dioses se contentan con poco, hubo carne de sobra para organizar un gran banquete. El vino corrió a raudales, más de quinientas ánforas costeadas, bien a su pesar, por los arcontes de aquel año. Las risas y las canciones duraron hasta el anochecer, momento en que las calles comenzaron a quedar vacías. Era necesario reparar fuerzas, pues al día siguiente, con los primeros rayos del sol, darían comienzo las representaciones en el teatro. Todos los autores de moda habían escrito obras para el concurso, el más brillante que se recordaría en muchos años. Al caer la noche del cuarto día tras el inicio de los festejos, se oyó claramente el ulular de cientos de lechuzas por toda la ciudad. Los sacerdotes interpretaron el augurio y proclamaron solemnemente que Atenea estaba complacida.

Algún tiempo después, cuando los ecos de las festividades ya se habían extinguido, Demóstenes recibió una misteriosa visita. Previamente había enviado a todos sus

servientes a realizar recados lejos de casa, asegurándose de que tardarían un buen rato en regresar. Cuando comenzaba a anochecer, oí una extraña llamada en la puerta trasera, la que conducía al corral donde se encontraba mi establo: tres golpes seguidos de dos golpes y tres golpes de nuevo. Demóstenes abrió la puerta, introdujo a su visitante al interior del corral con gran apremio y, finalmente, echó un vistazo a la solitaria calle trasera para asegurarse de que nadie lo había visto entrar en su casa. El visitante en cuestión era un hombre de mediana edad, vestido a la usanza ateniense y sin ninguna peculiaridad que pudiera atraer una segunda mirada de nadie. Solo cuando comenzó a hablar pude comprobar que su acento tenía un deje extraño; hablaba la lengua helena con cierto envaramiento.

—Larga vida, Demóstenes. El Gran Rey Artakhshathra te envía sus saludos y desea hacerte saber que se siente muy satisfecho con la labor que estás realizando aquí.

Aquellas pocas palabras me indicaron la naturaleza y el origen del extraño. Se trataba, sin duda, de un espía de la corte persa. El gran patriota Demóstenes estaba colaborando con el peor enemigo de su querida Atenas.

—Bien, bien. Transmítele a Artajerjes mis respetos, pero dile también que las cosas están empeorando. Filipo quiere comandar un ataque contra su imperio. Ha solicitado que todos los estados helenos colaboren con tropas y dinero. Debéis saber que ese hombre es una bestia peligrosa y obstinada que no se detiene ante nada para conseguir sus propósitos.

—Mi rey conoce desde hace tiempo los planes de Filipo. Nuestra red de información se extiende hasta lugares que no podrías imaginar, incluyendo la misma corte del macedonio. Estamos convencidos de que los espartanos se negarán a participar en la expedición. Están demasiado ocupados asegurando su dominio en el Peloponeso y, además, jamás enviarán su ejército a luchar tan lejos de Laconia. Lo que nos preocupa ahora es la reacción de Atenas. ¿Qué se dice en la Asamblea?

—Las opiniones están encontradas. Los partidarios de Isócrates y Esquines parecen bien dispuestos a embarcar a la ciudad en esa locura. Por fortuna, he conseguido reunir en torno a mí a muchos ciudadanos sensatos. De momento las dos posturas parecen equilibradas, pero Esquines se ha mostrado muy persuasivo últimamente. Me preocupa que logre convencer a los indecisos. Necesito apoyo urgente.

—Me imagino a qué tipo de apoyo te refieres. Lo habíamos previsto ya. A partir de mañana comenzarás a recibir fuertes sumas de dinero. Te llegarán de la forma más discreta posible: algunas camufladas en ánforas de vino, otras en remesas de papiro. Nuestros enviados se te darán a conocer por esta contraseña —el espía trazó algún símbolo en la tierra del corral con un palo e inmediatamente procedió a borrarlo—. No necesito decirte que el Gran Rey espera que sepas administrar con prudencia los fondos que recibas, y que incluirán la parte que te corresponde por tus valiosos servicios, por supuesto.

—Sin duda, sin duda —respondió Demóstenes frotándose las manos—. Puedes asegurarle a Artajerjes que su oro servirá para comprar muchas voluntades en la Asamblea. Dile también que estoy preparando una serie de discursos que harán parecer a Filipo el mayor villano de la historia, y a sus partidarios unos traidores a sueldo.

Cuando Demóstenes dijo «traidores a sueldo», el espía persa le lanzó una mirada divertida.

—Sabemos que eres el mejor para este trabajo. Bien, he de irme. Asegúrate de que la calle está desierta.

Cuando el persa se hubo marchado, Demóstenes regresó al interior de su casa silbando. Como podéis imaginar, a nadie le preocupa lo que pueda oír un caballo.

En los días siguientes Demóstenes se mostró aún más activo que de costumbre. Su vigorosa voz parecía sonar en todas partes al mismo tiempo: en el Ágora, en la tribuna de la Asamblea, en las tabernas de los barrios humildes y en las residencias de los poderosos. Como por arte de magia, la causa antimacedonia que lideraba comenzó a ganar adeptos de forma vertiginosa. Quizá no necesite mencionar que en casa de Demóstenes se recibieron abundantes envíos de vino y papiro por aquellas fechas. De noche, la lámpara ardía incansable en la bodega.

Por Atenas corrió el rumor de que Demóstenes preparaba su ataque oratorio definitivo contra Filipo. En la siguiente sesión de la Asamblea era difícil encontrar un sitio libre, lo cual, dicho sea de paso, no era en absoluto frecuente. Por regla general, los esclavos públicos han de persuadir a los ciudadanos para que dejen de holgazanear en el Ágora y acudan a la Asamblea a cumplir con sus deberes cívicos. Aquel día, en cambio, todos los atenienses con derecho a voto madrugaron para no perderse el nuevo episodio del dramático duelo entre Demóstenes y el rey de Macedonia. Ninguno de ellos se sintió decepcionado.

Demóstenes no aguardó, como solía hacer, hasta el final de la sesión para pedir la palabra, sino que pidió hablar en primer lugar. Mientras ascendía a la tribuna, se hizo un gran silencio en toda la Asamblea. Dicen que incluso se le pudo oír tomar aire antes de comenzar. Y este fue su discurso, tal y como lo oíría repetir muchas veces en los días sucesivos:

«Atenienses —comenzó en tono comedido y casi coloquial—, si yo pensara que aquí se iban a realizar hoy propuestas sensatas, habría esperado hasta que la mayoría de los oradores habituales diera su opinión, y si alguna de sus propuestas me hubiese complacido, hasta habría sido capaz de guardar silencio. —Algunas risas subrayaron este comentario, que, por supuesto, nadie creyó. Demóstenes también rió su propio chiste, aunque, acto seguido, frunció el ceño y vociferó con dramáticos ademanes—: Mas presiento que este no es el caso, sino que piensan seguir vertiendo veneno en vuestros oídos, el mismo veneno que hemos soportado durante demasiado tiempo. —

Una furibunda mirada hacia los bancos de Esquines y sus partidarios dejó bien claro a quiénes acusaba de envenenadores—. Y todos conocéis el nombre de esa ponzoña — prosiguió—, pero quizá no resulte ocioso volver a mencionarlo ahora: ¡Filipo! —Tras el alarido, Demóstenes realizó una pausa para permitir que su oratoria hiciese mella en la audiencia, y prosiguió con más calma—: Pido, por tanto, vuestro perdón por levantarme a hablar el primero. Sin embargo, me siento obligado a obrar así, pues estoy convencido de que si antes os hubieran aconsejado bien, nada tendríamos que discutir ahora...».

Estuvo magistral. Según oí, incluso se las arregló para imprimir a su voz un tono íntimo, como si se dirigiera de tú a tú a cada uno de los más de diez mil hombres congregados aquel día en la Asamblea. Les recordó a sus conciudadanos el glorioso pasado de Atenas, en el que sus padres habían derrotado a los espartanos, que eran tan o más fuertes que Filipo. Los avergonzó diciéndoles que Filipo nunca hubiera conquistado sus territorios si hubiera sido tan cobarde como ellos lo eran ahora. Por último, los exhortó a tomar sus asuntos en sus propias manos antes de dejar que el macedonio se saliera con la suya por su falta de iniciativa. Apenas nadie pudo oír las últimas palabras de Demóstenes, ahogadas bajo un tremendo clamor. Desde la tribuna, el orador observaba sonriente el gesto abatido de sus adversarios políticos, que jamás se atreverían ahora a tomar la palabra.

Mientras tanto, en Macedonia a Filipo lo consumía la impaciencia. Sabía que la expedición que planeaba lo convertiría, de coronarse con éxito, en el líder indiscutible de los estados helenos. El ideal que la inspiraba era popular en toda la Hélade. Doscientos cincuenta años antes, cuando el rey persa Kurush (Ciro para los helenos) levantó su gigantesco imperio en el corazón de Asia, sus ejércitos se habían apoderado de las colonias helenas situadas en la franja costera de Asia Menor y las islas cercanas, territorio conocido como Jonia. Desde entonces, estas ciudades, exceptuando una breve revuelta que los conquistadores sofocaron a sangre y fuego, habían vivido bajo la dominación persa. Eran muchos los que clamaban por el surgimiento de un hombre capaz de aunar la voluntad de los helenos en la sagrada misión de liberar a los hermanos del otro lado del Egeo. Desde Atenas, un vigoroso anciano llamado Isócrates, afamado filósofo y maestro de oradores, había hecho continuos llamamientos a Filipo para que se pusiera al frente de la empresa.

Filipo no era ningún insensato. Sabía que Persia era un enemigo formidable, con un territorio tan enorme que toda la Hélade parecía en comparación un insignificante terruño, y recursos casi ilimitados; pero también sabía que aquel gigante era vulnerable si se le golpeaba de la forma adecuada. Los dos ejércitos que los persas había enviado contra los helenos habían sido derrotados, el primero en Maratón y el segundo en Salamina y Platea. Conocía bien la aventura de los diez mil mercenarios helenos que, al mando del ateniense Jenofonte, habían atravesado el territorio persa

durante cinco meses sin ser derrotados. Tenía la certeza, en suma, de que una expedición bien organizada y comandada podía tener éxito. Pero las noticias que llegaban de Atenas eran desalentadoras: Demóstenes y sus partidarios ganaban terreno cada día. Los espartanos, por su parte, habían ignorado su invitación.

Filipo estaba desesperado, por lo que decidió pasar a la acción con la esperanza de que los helenos meridionales se le unieran al ver que los acontecimientos se precipitaban.

La expedición contra Persia precisaba cuidadosos preparativos. La campaña sería larga, y su ejército no podría operar libremente en Asia si no se garantizaba previamente una ruta de comunicaciones y suministros segura. Los territorios al este de Macedonia, por los que sus convoyes habrían de pasar necesariamente, estaban dominados por la ciudad de Olinto, aliada de Atenas y hostil a los planes de Filippo. El ejército macedonio se dispuso a tomar la ciudad.

Las noticias del asedio de Olinto no tardaron en llegar a Atenas. Demóstenes movilizó a sus seguidores y volvió a sacudir las conciencias de sus conciudadanos en la Asamblea. Si no se enviaba ayuda urgentemente, dijo, Filippo arrasaría Olinto y a continuación les tocaría el turno a ellos. Atenas reaccionó, pero ya era tarde. Cuando las tropas atenienses llegaron a Olinto en auxilio de sus aliados, Filippo había tomado ya la ciudad. Además, las advertencias de Demóstenes se habían cumplido. Enfurecido por la tenaz resistencia de los olintios, Filippo había ordenado destruir la ciudad hasta los cimientos y vender a sus habitantes a los traficantes de esclavos. Las tropas atenienses, fácilmente rechazadas, volvieron con el rabo entre las piernas. El pánico cundió en la ciudad.

Atemorizados por las posibles represalias de Filippo, los atenienses decidieron enviar una embajada ante la corte de Macedonia para intentar arrancarle al rey un tratado de paz. La misión diplomática estaría compuesta por diez de los políticos más influyentes de Atenas, incluyendo, por supuesto, al más famoso de sus oradores. Demóstenes afirmó en privado que antes preferiría viajar al Tártaro que a Macedonia, pero tuvo que acatar como buen patriota la decisión de la Asamblea.

Desde su establo, el humilde narrador de esta historia presintió que su largo cautiverio estaba tocando a su fin.

Capítulo III

Alejandro, mi amo

CUANDO alcanzamos Pela, capital del reino de Macedonia, el aspecto y las dimensiones de la ciudad nos sorprendieron. Donde esperábamos encontrar un lúgubre pueblucho fronterizo, hallamos una hermosa población de amplias calles y vistosas fachadas. Nos sorprendieron las dimensiones de su ágora, flanqueada por templos y pórticos, pero echamos de menos el bullicio del ágora de Atenas.

—El tirano ha construido un ágora —murmuró Demóstenes—, pero carece de auténticos ciudadanos para poblarla.

Hacía frío. El sol estaba oculto tras densas nubes y los asombrados atenienses observaron caer una fina nevada. El campo en torno a Pela estaba helado, y todo ofrecía un aspecto yermo y sombrío. Tanto hombres como caballos tiritábamos violentamente, pues la temperatura se nos antojaba insoportable en contraste con la suavidad del invierno de Atenas.

El palacio real se hallaba en el centro de una imponente ciudadela rodeada por una alta muralla de sillaría. En su interior, además de la residencia de la familia reinante, existían dependencias para acomodar unos cinco mil soldados de a pie y quinientos jinetes con sus cabalgaduras. Con suficientes provisiones, allí se podría resistir un asedio de forma indefinida.

A la vista de la ciudadela, Demóstenes no ahorró comentarios sobre «los bárbaros sedientos de poder que solo viven para la guerra y la destrucción». Su sorpresa debió de ser mayúscula al comprobar que el palacio en sí era un bello edificio de elegantes líneas decorado con suntuosas obras de arte.

El mismo rey nos recibió frente a la entrada principal. Era tal y como mi madre me lo había descrito (velludo, fornido y con más aspecto de soldado que de aristócrata). La diferencia era que ahora su rostro y la parte visible de su cuerpo mostraban más cicatrices de las que mi madre había mencionado, como si el cuerpo del rey fuera una crónica viviente de las últimas campañas. Junto a Filipo, pude ver a un hombre alto y enjuto de semblante serio y apariencia marcial. Supuse que se trataba de su mano derecha: el general Parmenión.

Filipo recibió calurosamente a los atenienses y los fue saludando uno por uno. Cuando llegó ante Demóstenes, todos se prepararon para presenciar una escena desagradable, pero el rey se limitó a inclinar la cabeza en gesto de bienvenida y sonreír. Acto seguido, dijo en un impecable heleno ático:

—Es un raro privilegio poder ofrecer hospitalidad al mejor de los oradores de

Atenas y al más tenaz de mis adversarios. Sé bienvenido a Macedonia.

Demóstenes parpadeó, atónito sin duda ante la cordial acogida y los buenos modales del rey. Durante un instante pareció que, por primera vez en su vida, se había quedado sin palabras. Al fin consiguió balbucir una frase de agradecimiento. Como buen observador que soy, no se me escapó que la cordialidad de Filipo contrastaba con la mirada de odio intenso que Parmenión le dirigió.

Justo cuando Filipo estaba a punto de conducir a los miembros de la embajada ateniense al interior del palacio, su mirada se detuvo en mí. Por su expresión, cualquiera habría dicho que acababa de ver un fantasma.

—¿A quién de vosotros pertenece este caballo? —preguntó con la voz alterada.

Demóstenes se aclaró la garganta antes de responder, como si temiera que su respuesta fuera a provocar las iras del rey.

—Es mi caballo, señor.

Filipo se aproximó a mí y, al mismo tiempo que me acariciaba suavemente, comenzó a examinarme por todas partes.

—¿Por casualidad se lo compraste a un criador ateniense llamado Fidón?

—Así fue —respondió Demóstenes—. Veo que tus agentes no permanecen ociosos.

Filipo, ya calmado, le dedicó una mirada socarrona.

—No, amigo mío, no se trata de eso. Cuando vi a tu caballo me pareció por un momento que mi *Áyax* hubiera vuelto a la vida. Lo perdí durante el sitio de Olinto. Una lanza dirigida a mí me lo arrebató, —Filipo apretó los dientes y su expresión se endureció—. Lo pagaron caro, muy caro.

—¿Realmente es mi montura tan parecida a tu caballo muerto?

—Como dos gotas de agua, salvo por esa mancha en la frente. Y creo que ambos podemos explicar el porqué de tan prodigioso parecido. Será una buena historia para la velada de esta noche. Pero ahora desearéis reponer fuerzas y refrescaros antes del banquete de bienvenida. Permitidme que os muestre el camino de vuestros aposentos.

Mientras los esclavos me conducían junto con mis compañeros a las caballerizas reales, noté que una profunda tristeza se adueñaba de mi espíritu. Mi padre había muerto sin sospechar siquiera mi existencia. Ahora ya nunca podría sentirse orgulloso de mí.

Al día siguiente Pela amaneció bañada en una luz fría y cenicienta. El viento soplaba a través de la claraboya de mi establo y algunos copos de nieve se colaban en el interior. Pensé que aquel tiempo inclemente era el más adecuado para mi estado de ánimo. Luego, tras tomar algo de alimento y agua, intenté distraerme escuchando la charla de los otros caballos. Al igual que todos los caballos que he conocido, los macedonios eran buenos conversadores y amantes de los chismes. Su locuacidad contrastaba con mi profunda melancolía.

—¿Cómo es que Alejandro no ha venido aún? —preguntó uno de ellos con un acento áspero y gutural que, en un principio, me resultó difícil comprender.

—Seguramente estará con los soldados de Filipo. Pasa todo el tiempo que puede con ellos. Creo que conoce ya a todos los miembros de la guardia por su nombre y que ha aprendido incluso los de sus esposas e hijos. Ellos lo adoran. Lo tratan con tanta dulzura que, más que soldados macedonios, parecen amorosas abuelas.

—Ay, no me sorprende. Si no fuera por sus visitas, no sé qué sería de nosotros durante estos interminables inviernos. Realmente es el niño humano más adorable que conozco.

Aunque Alejandro es un nombre muy común en el norte, supuse que se referían al príncipe Alejandro, heredero de Filipo, el que nació al tiempo que su padre se proclamara vencedor en aquella memorable carrera. Calculé que por entonces debía de tener unos diez años.

—Es natural que el príncipe se escape de palacio siempre que puede. Ese preceptor suyo, Leónidas, lo acosa sin descanso. Si alguna vez se pone a mi alcance, no perderé la ocasión de cocear su gordo trasero.

—Bien dicho. Es un sujeto detestable. Se da aires de erudito y sostiene que un príncipe ha de ser educado en la austeridad y la disciplina, al modo en que los espartanos educan a sus hijos. Y con ese pretexto trata al niño peor que si fuera un perro. Ha ordenado que le den muy poca comida y le hace vestir ropas finas en pleno invierno. Incluso nosotros vivimos con más comodidades que el pobre Alejandro. Los esclavos de la cocina aprovechan cualquier descuido de Leónidas para escamotear algún bocado para el niño, pero salta a la vista que no se está alimentando lo suficiente. Está tan delgado como un galgo y dista mucho de alcanzar la talla que corresponde a su edad.

—Todo eso es cierto —dijo un fornido alazán desde el fondo de la cuadra—, pero me temo que si Alejandro no ha venido todavía a vernos es porque su padre lo ha castigado. ¿No habéis sabido lo que ocurrió anoche durante el banquete de homenaje a los atenienses? Los esclavos no hablaban de otra cosa esta mañana.

—Creo que te refieres al incidente con ese tal Demóstenes. Me he divertido mucho con la historia.

Por toda la cuadra se oyeron voces que exclamaban «¡cuenta, cuenta!». Puesto que la historia tenía como protagonista a mi amo, yo también agucé el oído.

—Fue después del banquete —dijo el alazán—. Filipo ordenó que el príncipe cantara para sus invitados. Sin embargo, tan pronto como Alejandro llegó con su lira y vio a Demóstenes, declaró en voz alta que no cantaría para un enemigo. Su padre se encolerizó y le gritó que obedeciera. «No», respondió Alejandro, y dio la vuelta para marcharse. Entonces Demóstenes dijo en tono de burla: «Precioso muchachito, rey. Es una pena que hayas descuidado tanto su educación. En Atenas azotamos a los jóvenes por mucho menos». Parece que iba a decir algo más, pero tuvo que agacharse de pronto para esquivar la lira que Alejandro acababa de lanzarle a la cabeza.

Todos rieron de buena gana, incluyéndome a mí, pues, a pesar de mi tristeza de ánimo, había encontrado la anécdota muy divertida.

En ese instante los caballos guardaron silencio y volvieron la cabeza hacia la puerta. Una menuda silueta se recortaba contra el marco de luz. Tal como habían dicho, Alejandro no era en modo alguno un niño alto ni fornido, uno de esos pequeños brutos que tanta admiración atraen en las palestras; se trataba, por el contrario, de un muchacho delgado y de corta estatura. Pero ninguno de aquellos caballos macedonios había mencionado su belleza, la gracia y la perfección de su rostro y de su porte. Pues Alejandro era tan hermoso como una talla de marfil, y se movía con tal suavidad que sus pies parecían no tocar el suelo. Recuerdo que me sorprendió que aquella belleza extrema no diera sensación de debilidad, sino de una fuerza arrolladora. También me sorprendió, he de admitirlo, que su figura no apareciera envuelta en luz dorada, como cuentan que les ocurre a los inmortales.

El niño avanzó hacia el interior de la cuadra con elásticos pasos, mientras dedicaba unas palabras cariñosas y una caricia a cada uno de aquellos rudos caballos de combate que, por cierto, ronroneaban como gatitos. Cuando lo tuve cerca, noté que su piel despedía una dulce fragancia, en nada parecida al olor acre, cuando no repugnante, que casi siempre envuelve a los humanos. Entonces reparó en mí. Y yo quise que el tiempo se detuviera en ese instante y que Alejandro jamás dejara de mirarme.

—De modo que tú eres el hijo de Áyax —me susurró—. Eres tan precioso como me habían dicho.

En ese momento supe que amaría a aquel niño durante el resto de mi vida. Mientras Alejandro acariciaba mi crin y mis flancos con sus pequeñas manos, yo notaba una sensación nueva en mi interior, algo que no había sentido jamás en la proximidad de un humano. El placer y la seguridad que me producía su contacto eran tales que por un momento me pareció ser otra vez un potrillo acurrucado contra mi madre.

—Ningún asno ateniense merece ser tu dueño. Te juro que un día serás mío. — Alejandro se fijó entonces en la mancha blanca de mi frente—. Te llamaré «Cabeza de Buey», *Boukephalas*.

Siempre he considerado ese momento como el de mi segundo nacimiento. Tuve la impresión de que mis ocho años de vida antes de aquel encuentro se habían esfumado en el olvido, y de que acababa de ver la luz por primera vez como Bucéfalo, un caballo macedonio, el caballo de Alejandro.

Un grito que llegó desde el exterior rompió el hechizo. Alguien llamaba a Alejandro con insistencia.

—¡Maldita sea! —exclamó el niño—. Ese pesado de Leónidas va a encontrarme. Tengo que irme, Bucéfalo, pero no olvides que volveremos a vernos, quizá muy pronto.

Cuando Alejandro se alejó de mí, creo que por primera vez en mi vida supe lo que

significaba la palabra soledad.

Las negociaciones entre la embajada ateniense y Filippo se alargaron, por más que su resultado fuera previsible. El rey aprovechó su posición de fuerza para obligar a los atenienses a firmar un tratado extremadamente favorable para sus intereses: en lo sucesivo, Atenas renunciaría a cualquier pretensión de recuperar su influencia sobre las ciudades y territorios arrebatados y pasaría ser, de hecho, aliada de Macedonia. Según la costumbre, los términos del tratado fueron grabados sobre una losa de mármol y las negociaciones se cerraron con un solemne acto en el salón del trono. Los políticos atenienses se fueron poniendo en pie por turno e intentaron disimular su derrota diplomática tras floridos discursos. La intervención final y —claro está— la más esperada, le correspondía a mi amo. Y entonces ocurrió lo que nadie hubiera imaginado: Demóstenes, el hombre de voluntad inquebrantable, el paladín de las libertades, el más honrado, el más virtuoso de los atenienses, se arrugó ante Filippo, el tirano sediento de sangre, el bárbaro. Bastó con que el rey clavara su único ojo en él para que el discurso que Demóstenes había preparado concienzudamente se convirtiera en un galimatías de sonidos inarticulados, toses y carraspeos. Después, cuando por fin logró ensartar algunas palabras, estas brotaron entre tartamudeos tan lamentables que de inmediato provocaron risitas por todo el salón, lo que aumentó aún más la turbación de Demóstenes. El rey de los oradores atenienses comenzó entonces a sudar de forma visible, como un jovencuelo ante un maestro severo, al tiempo que su rostro adquiría una palidez mortal. «Tranquilízate, amigo mío —le dijo Filippo con la más encantadora de sus sonrisas—. Y tómate todo el tiempo que necesites»; pero mientras le hablaba de forma tan cordial seguía mirándolo como un lobo a su presa. Por fin, tras algunos ensayos infructuosos más, Demóstenes pidió disculpas y se desplomó sobre su asiento con expresión abatida. De esta insólita manera se cerraron las negociaciones del tratado de paz entre Atenas y Macedonia, el cual, debido al nombre del político que encabezaba la delegación ateniense, sería recordado como «la Paz de Filócrates».

Abandonamos Pela al día siguiente, bajo un negro cielo invernal apenas traspasado por las primeras insinuaciones de luz. Las calles estaban cubiertas por un grueso manto de nieve. El invierno del norte mostraba ya su rostro más severo y todos sufríamos los zarpazos del frío. A través de los aullidos de la ventisca, oí una voz familiar que gritaba «¡Adiós Bucéfalo!». Entonces volví la cabeza y alcancé a ver una pequeña figura agitando la mano desde lo alto de la muralla. «Hasta pronto, Alejandro», pensé mientras las patas comenzaban a pesarme como si fueran de plomo.

El regreso a Atenas me devolvió a mí a la monotonía de mi establo y a Demóstenes,

que había permanecido durante todo el viaje de vuelta sumido en un hosco silencio, a su frenética actividad habitual. En su primera intervención ante la Asamblea, intentó convencer a sus conciudadanos de que la Paz de Filócrates había constituido un acto de cobardía y sumisión, asegurándoles que él se había resistido hasta el final a aceptar el tratado en tan deshonrosos términos. A continuación, exigió que Filócrates y Esquines, sus principales impulsores, fueran juzgados por traición y que inmediatamente se procediera a crear una alianza de ciudades helenas para conjurar el peligro que representaba Macedonia. Lo cierto es que Demóstenes no estaba precisamente en su momento cumbre de popularidad. Esquines se había encargado de hacer circular por Atenas el episodio de su debilidad ante Filipo, consiguiendo con ello desacreditar su reputación de firmeza inquebrantable. Además, el miedo a las posibles represalias de Macedonia si se rompía el tratado aconsejaba extremar la prudencia. La Paz de Filócrates fue ratificada con una considerable mayoría. Y mientras esto ocurría, yo no lograba alejar el recuerdo de Alejandro de mis pensamientos.

Algún tiempo después, Demóstenes recibió una visita inesperada. Fidón, mi antiguo amo, había decidido aprovechar una de sus raras estancias en la ciudad para ver a su famoso amigo. Como podéis suponer, Demóstenes se encontraba de un humor terrible.

—Atenas es como un rebaño de ovejas acechado por una jauría de perros rabiosos —le oí gritar—. Jamás en nuestra gloriosa historia hemos tenido que sufrir humillaciones similares, ni siquiera hace sesenta años, cuando los espartanos tomaron la ciudad y disolvieron la Asamblea. Al menos entonces Atenas peleó por su libertad. Esta vez hemos dejado Esquines y sus perros nos vendan a Macedonia.

—Bien, Demóstenes —dijo Fidón—, sabes que comparto tus ideales, pero la Asamblea ha ratificado el tratado y, como el defensor a ultranza de nuestro sistema democrático que afirmas ser, deberías acatar la voluntad popular.

—Ya lo sé. Por eso no me queda otro remedio que respetar en público la decisión de la mayoría. Pero en confianza te diré que cada día me decepciona más nuestro sistema de gobierno. La democracia queda desvirtuada cuando la mayoría está compuesta por una horda de vagos y rufianes que acuden a la Asamblea a falta de nada mejor que hacer y votan sin inteligencia y sin honor. Todo se reduce a la capacidad del orador de turno para halagar sus oídos.

—Permíteme recordarte que tú precisamente eres un reconocido maestro en lo que estás criticando. Además, oyéndote uno tiene la impresión de que deseas la vuelta a la tiranía.

Demóstenes comprendió que había ido demasiado lejos en sus afirmaciones y carraspeó nervioso.

—Tú sabes que eso no es cierto. Precisamente he dedicado mi vida a la defensa

de nuestra democracia, gracias a la cual Atenas se convirtió en la primera de las ciudades helenas y en un ejemplo de civilización y decencia para el mundo. Lo que lamento es que el pueblo sea tan fácil de manipular. Las intolerables provocaciones de Filipo precisan respuestas fulminantes, pero, puesto que cualquier iniciativa ha de contar con el respaldo de la Asamblea, los macedonios siempre llevan las de ganar. Te aseguro que a veces envidio a ese sujeto despreciable. Él ordena y sus súbditos obedecen, mientras que yo he de perder el tiempo intentando convencer a un atajo de necios de lo que resulta evidente para cualquier persona sensata. Me siento tan impotente como si tuviera las manos atadas.

—Dudo que hagas bien en envidiar al monarca de un reino que ha tenido nada menos que once reyes en los últimos cincuenta años, de los cuales ocho, que se sepa, han muerto asesinados. Sin embargo, te comprendo. Tener siempre razón y no conseguir apoyo debe de ser tremendamente frustrante

—Te felicito por tus grandes conocimientos de la historia de Macedonia —dijo Demóstenes acusando la ironía de su amigo—, aunque yo de ti emplearía mi tiempo de ocio en otros menesteres.

Fidón asintió con la cabeza, sin molestarse siquiera en responder. En ese momento ambos entraron en mi cuadra. Mi antiguo amo me observó pensativo.

—Cambiando de asunto, amigo Demóstenes, lamento decirte que tu valía como estadista no corre pareja con tus conocimientos sobre caballos. Te vendí el mejor ejemplar de mis cuadras a precio de amigo y lo estás dejando echarse a perder en este establo.

—¿Crees que tengo tiempo para dedicarme a un caballo con todo lo que está ocurriendo? Además, no comprendo por qué dices eso cuando me estoy gastando una fortuna en alimentarlo.

—La alimentación no lo es todo. Un caballo necesita espacios abiertos y ejercicio, y más uno con las extraordinarias cualidades de este. Te recomiendo que me lo envíes una temporada para que mis hombres se ocupen de refrescar su adiestramiento y devolverle la buena forma. Si no lo haces será como tirar tu inversión a la basura.

Demóstenes vaciló un momento y preguntó cautelosamente:

—¿Y cuánto me costará eso?

Fidón adoptó de inmediato ese tono de voz característico que reservaba para hablar de negocios.

—Ya me conoces —respondió palmeando la espalda de Demóstenes—. Para ti será un regalo.

Mientras ambos hombres se alejaban, yo sentí cómo mi ánimo renacía. Ya que no podía estar con Alejandro, al menos recuperaría durante una temporada mi añorada vida anterior y, sobre todo, podría volver a ver a mi madre.

El invierno había dado paso a una resplandeciente primavera. Según cuentan los hombres, en esta estación la diosa Deméter recibe la visita anual de su hija Perséfone, quien comparte junto con Hades el trono del reino subterráneo. Para celebrar el feliz acontecimiento, Deméter hace que los campos queden cubiertos por un bello manto de vegetación. Tras unos meses, Perséfone ha de regresar a los oscuros dominios de su esposo, y Deméter queda tan abatida que permite que toda la vegetación muera y los campos vuelvan a quedar yermos y estériles. Con esta hermosa historia explican los hombres el ciclo de las estaciones y el renacer de la vida vegetal tras el invierno.

Cuando por fin me llevaron a la finca de Fidón, la naturaleza apareció ante mí tan hermosa y pujante que me creí ver a Deméter y Perséfone paseando por los campos y cubriéndolos de hierba y flores. Al ver que me conducían al prado cercado, casi no pude contener la impaciencia por ver a mi madre. Era la hora del descanso en la finca de Fidón, y por todas partes se veían caballos triscando sobre la espesa hierba. Sin embargo, por más que busqué, no di con ella. Observé entonces que un caballo se separaba de los demás y se aproximaba a mí lentamente. Lo reconocí: era el bueno de *Bóreas*, uno de los más veteranos caballos de carreras de Fidón.

—Sé bienvenido, hijo de *Ánemos* —me dijo—. Es un regalo para este viejo poder verte de nuevo.

—Gracias, *Bóreas*; pero dime, si tanto te complace verme, ¿por qué demuestras tan poca alegría? ¿Le ha ocurrido algo a mi madre? ¿Tal vez ha sido vendida?

Los ojos de *Bóreas* destilaban tanta tristeza que por un instante temí que no fuera capaz de responderme.

—Amigo mío —dijo por fin—, tu madre... ha muerto.

La magnitud de aquella tragedia me dejó mudo. Poco antes había conocido la noticia de la muerte de mi padre y ahora acababa de descubrir que mi madre me había dejado para siempre. Cuando recuperé el sentido de la realidad, la voz apenas me obedecía.

—¿Cómo ocurrió? —pregunté en un susurro.

—Fue hace pocos días, en Atenas, durante los juegos en honor de Apolo —respondió *Bóreas* midiendo cada palabra—. Tu madre estaba realizando una de las mejores carreras que le he visto jamás, pero en la tercera vuelta ocurrió la tragedia. De pronto la vimos tropezar y caer. A la velocidad que corría, el golpe debió de ser terrible. Sus dos patas delanteras estaban rotas. Fidón consideró que era mejor evitarle sufrimientos y... —en ese momento su voz se quebró en un sollozo— ordenó que la sacrificaran.

«Ordenó que la sacrificaran». Repetí esas palabras hasta que dejaron de tener sentido. Entonces me desplomé con un relincho de espanto. Recuerdo que pensé que mi corazón había reventado y acepté la oscuridad como un regalo de los dioses.

Abrí los ojos en una cuadra, quién sabe cuánto tiempo después. De alguna forma

habían logrado arrastrarme hasta allí. Al principio no sentí dolor, tan solo un vacío enorme. Pero después comenzó a formarse una idea en mi mente: «Los hombres han matado a mi madre, los hombres deben pagar por ello». La ira me quemaba por dentro como el hierro de marcar, y comencé a cocear la puerta y las paredes de mi establo hasta que los tablones saltaron hechos astillas. El estruendo hizo que Fidón y sus criados acudieran al momento. Vi el pánico dibujado en sus rostros. «Vamos — pensé—, acercaos. Solo un poco más». Ninguno de ellos se atrevió a dar un paso.

Los esfuerzos de Fidón y sus ayudantes por hacerme volver a la normalidad fueron vanos. Cuando notaba la cercanía de un hombre, me sentía dominado por una furia inmensa y solo podía pensar en la venganza y la destrucción de aquellos que me había despojado cruelmente de lo que yo más amaba en el mundo. Lo intentaron todo para apaciguarme. Finalmente, temiendo por sus vidas, optaron por desistir.

Demóstenes recibió con cólera la noticia de que su caballo se había vuelto loco. Amenazó a Fidón con hundirlo en los tribunales si no se le indemnizaba de inmediato por el daño. A sabiendas de que su reputación estaba en juego, Fidón terminó por acceder, aunque seguía ignorando qué podía haber hecho él para provocar mi estado de enajenación. Acto seguido, aconsejó a Demóstenes que me sacrificara:

—Este caballo se ha vuelto peligroso —le dijo—. Parece que las mismísimas Furias se hayan apoderado de su mente. Varios de mis hombres y yo mismo hemos estado a punto de morir aplastados bajo sus cascos. Deshazte de él si estimas en algo tu vida y la de tus esclavos.

Sin embargo, Demóstenes no estaba dispuesto a perder el oro que había gastado en mí, por lo que respondió con petulancia:

—Escuchando tus consejos, te confié mi caballo y mira en qué estado me lo devuelves. No esperes que vuelva a hacerte caso. Es más, te demostraré que existen métodos para lograr que este animal vuelva a obedecer a su amo. Espera y verás.

El método de Demóstenes resultó ser similar al que Cleóbulo había empleado con mi madre años atrás. Ordenó que me rebajaran la ración de alimento a un nivel de mera subsistencia y que me propinaran una paliza diaria con palos y fustas. Resulta innecesario decir que no obtuvo los resultados apetecidos. En lugar de hacerme recuperar la cordura, consiguió que me hundiera cada vez más en el negro pozo de mi ira. Mis ataques se hicieron cada vez más feroces; mis relinchos, semejantes a los bramidos de una fiera legendaria, podían oírse día y noche por toda la ciudad. En Atenas comenzó a correr la historia de que el caballo de Demóstenes era un monstruo que se alimentaba de carne humana. Sus esclavos estaban aterrorizados. Jamás se acercaban a mí sin haberme sujetado antes por las patas y el cuello con gruesas cuerdas. Más de uno, me temo, abandonó mi cuadra con los pies por delante.

De aquella época solo conservo recuerdos fragmentarios. Más tarde supe que pasé casi tres años en esa situación, pero para mí todo fue una larga y horrible pesadilla de

la que solo despertaba para saciar mi sed de venganza con todos los hombres que osaban ponerse a mi alcance.

Por aquellos días se supo que Filipo había decidido lanzar una nueva campaña para aplastar definitivamente a las tribus meridionales de Tracia. Gracias a su influencia en Tesalia, disponía de buenos jinetes de sobra, pero necesitaba caballos entrenados para el combate. Los tratantes de toda la Hélade se olieron el gran negocio y emprendieron el camino hacia Macedonia con su mercancía. Entretanto, Demóstenes, que ya había desesperado de que yo algún día recobrarla la normalidad, tomó la decisión de venderme y recuperar así parte de su dinero. Un tratante tesalio llamado Filónico se interesó por mi compra. Sin embargo, tras echarme un vistazo, dio media vuelta espantado.

—No te confundas, amigo —le dijo Demóstenes, quien podía convencer a un espartano de cortarse el pelo al rape—. Es un caballo magnífico. Lo que le ocurre es que, la inactividad lo tiene algo nervioso. Filipo me ofreció una fortuna por él hace unos años. Te aseguro que se lo podrás vender con buenos beneficios. —A continuación se giró hacia uno de sus esclavos y le dijo en voz baja—: Y ojalá se parta el cuello al intentar montarlo.

Nada recuerdo de mi traslado a Macedonia ni de lo que aconteció hasta mi reencuentro con Alejandro. Sin embargo, la historia de cómo me convertí en su caballo ha sido siempre una de las favoritas de mi señor. Tantas veces se la he oído narrar que para mí tiene toda la fuerza de un auténtico recuerdo.

A Filipo le gustaba supervisar en persona la compra de caballos para su ejército. Junto al corral de doma se había construido una tribuna cubierta con un toldo para comodidad del rey y de sus compañeros. En torno al vallado, muchos curiosos contemplaban el espectáculo, sobre todo chiquillos.

—Es el turno de Filónico, el tesalio —anunció un sirviente tras comprobar el nombre en una lista.

—Ah, Filónico —dijo el rey saludando con la mano al tratante—. Tus caballos nunca me han decepcionado. Veamos con qué nos sorprendes hoy.

Filónico hizo una reverencia y, acto seguido, ordenó a sus ayudantes que me introdujeran en el cercado. El espectáculo de cuatro hombres intentando sujetar con sogas a un caballo enloquecido atrajo al instante la atención de la concurrencia. Todos se quedaron boquiabiertos al verme encabritarme, cocear y bufar como una fiera salvaje. Filipo se levantó para verme mejor. Entonces debió de reconocerme y reclamó a gritos la presencia de Filónico.

—¿Qué le habéis hecho a este animal? —bramó—. La última vez que lo vi era el mejor y más noble de los caballos, y ahora me lo traes convertido en una furia

desatada. ¡Explícate!

Filónico pareció menguar de tamaño ante la ira del rey.

—Te juro, señor, que está así desde que lo compré —dijo con obsequiosos ademanes—. Ya me había dado cuenta de que el animal es un poco nervioso, pero su anterior dueño, que era nada menos que el gran Demóstenes, me aseguró que te complacería poseerlo.

—El gran Demóstenes merecería ser azotado hasta morir, y yo mismo lo haría gustoso si lo tuviera a mi merced. Bien, no te oculto que el animal me interesa. Ya sabéis que en el fondo soy un sentimental. —Este último comentario, que Filipo había dirigido a sus compañeros, provocó grandes carcajadas—. Supongo que en vista de su estado pedirás por él un precio razonable.

—Más que razonable, rey, un auténtico regalo. —Filónico pareció dudar un momento y luego añadió con la mejor de sus sonrisas—: Digamos... tres talentos de plata.

Filipo escupió a los pies del tesalio, quien retrocedió confundido.

—¡Tres talentos por un caballo que nadie podrá montar jamás! —dijo con una mueca—. Creo que estás más loco que el propio animal.

—¡Déjame intentarlo a mí, señor!

El rey se volvió sorprendido hacia el joven que acababa de pronunciar esas palabras, un muchacho que hasta ese momento había permanecido sentado tras el general Parmenión.

—¡Filotas! Sé que te has convertido en uno de los mejores jinetes de mi caballería, pero creo que esta empresa es demasiado arriesgada. —Y, volviéndose hacia Parmenión, añadió—: ¿No tiene el noble padre de este joven nada que decir?

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Parmenión preocupado—. La pretensión de montar ese caballo es una locura, pero me complace el coraje de mi hijo. —A continuación se dirigió al muchacho—: Filotas, eres ya un hombre y, lo que es más, un soldado macedonio. Si deseas intentar domarlo, tienes mi permiso.

Filotas sonrió y saltó ágilmente la cerca.

—Sujetadlo bien y ponedlo de cara al sol —le dijo a los ayudantes de Filónico—. Este animal está tan nervioso que se espanta hasta de su propia sombra.

El hijo de Parmenión demostró gran habilidad en el trato con caballos. Se aproximó a mí lentamente, sin hacer ningún movimiento brusco, a la vez que intentaba tranquilizarme con suaves palabras. Pero nada de esto le sirvió conmigo. Al ver que un hombre pretendía someterme, la ira que sentí multiplicó mis fuerzas. Con un tremendo tirón conseguí librarme de las sogas que me retenían, y luego embestí como un ciclón contra Filotas. Una exclamación de terror surgió de todas las gargantas, seguida por un suspiro de alivio cuando el joven logró evitarme en el último instante. Filipo y Parmenión, que habían observado lo ocurrido en pie y con expresión demudada, le gritaron que saliera del cercado. Filotas se resistía a hacerlo, pero por fin obedeció a regañadientes.

—Hijo de mi amigo —le dijo el rey—, te aprecio demasiado para verte morir de una forma tan absurda. ¡Filónico! Ordena a tus hombres que le echen el lazo a ese monstruo y que se lo lleven de aquí.

Unos muchachos que estaban encaramados a la cerca no se habían perdido detalle del incidente. De entre ellos surgió una voz que increpó a Filipo del siguiente modo:

—¡Qué magnífico caballo pierdes por no encontrar a nadie capaz de manejarlo!

Filipo miró enojado en esa dirección, pero sonrió al reconocer a quien había gritado.

—¡Vaya, vaya! Mi hijito Alejandro, con sus doce años recién cumplidos, les está enmendando la plana a hombres hechos y derechos con mucha más experiencia que él. ¿Crees acaso que tú puedes triunfar donde Filotas, miembro destacado de la caballería del rey, ha fracasado?

Alejandro corrió hacia su padre. Todos miraron con simpatía y condescendencia a aquel muchacho, apenas un niño, que a pesar de sus pocos años y su corta estatura hablaba de modo tan arrogante.

—Sí, padre —dijo Alejandro irguiéndose en toda su talla—. Estoy convencido de que puedo hacerlo, y con tu permiso lo voy a demostrar.

Filipo lanzó una carcajada.

—Amigos míos —proclamó acto seguido—, el príncipe desea emular las hazañas de nuestro antepasado Heracles, quien siendo un recién nacido estranguló a dos serpientes en su cuna. —A continuación se volvió hacia Alejandro con expresión severa—: Vamos, muchacho, ve a jugar con tus amigos. Este es un trabajo de hombres.

—¿Aceptarías una apuesta, señor?

Alejandro acababa de tocar el punto débil de su padre, quien nunca había rehusado un desafío. Filipo lo miró fijamente y le dijo: «¡Habla!».

—Si consigo domar al caballo tú pagarás el precio que piden por él. Si fracaso, yo te daré a ti esa cantidad.

—Sé que no tienes gustos caros, hijo, pero jamás supuse que la asignación que te doy te permitiera ahorrar tres talentos de plata.

—Venderé las joyas que mi madre me ha regalado. De todas formas Leónidas no me permite lucirlas.

Filipo se acarició la barba.

—Bueno —dijo—, eso pondrá a la reina furiosa. ¡Maldita sea, acepto! Quizá el susto te enseñe algo de responsabilidad.

Mientras ocurría todo esto, los sirvientes de Filónico habían intentado en vano volver a sujetarme, de modo que yo todavía trotaba de acá para lanzando espuma por la boca y bufando de un modo escalofriante. Sin embargo, cuando Alejandro se acercó a mí lleno de decisión y seguridad, una voz dentro de mi cabeza me obligó a detenerme en seco. Entonces el niño comenzó a hablarme.

—Soy yo, Bucéfalo —me dijo con dulzura—. Has tardado en venir más de lo que

esperaba, pero por fin estamos juntos.

Sus palabras se abrieron paso hasta mi mente y la llenaron con la misma paz que sentí durante nuestro primer encuentro. En su presencia, mi furia y mi sed de venganza se apaciguaron con la misma rapidez que el agua extingue el rescoldo de una hoguera. Fue en ese instante cuando recuperé la noción de la realidad. La intensa luz del sol me hizo parpadear y fui consciente de que Alejandro estaba frente a mí.

—¡Traedme una brida! —gritó mientras me acariciaba y yo, para asombro de todos, incliné el cuello para que pudiera colocarme las correas y el bocado con más comodidad. Después, y a pesar de su corta estatura, Alejandro se encaramó a mi lomo de un salto. Lo sentí tan liviano que, si no fuera porque notaba su cálido aliento junto a mi oído, me habría parecido no estar transportando a jinete alguno.

—¡Adelante, Bucéfalo! ¡Demostrémosle al mundo lo que tú y yo juntos podemos hacer!

Aquello puso alas en mis patas. Superé la valla de un limpio salto y, dejando atrás una gran nube de polvo, ambos desaparecimos en la distancia.

No puedo aseguraros que lo que voy a contar ahora sea verdad, pero hay quien afirma que, cuando Alejandro y yo nos perdimos de vista, Filipo suspiró y dijo: «A este muchacho Macedonia pronto se le va a quedar pequeña».

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en Pela. El mismo rey Filipo se había encargado de que todos estuvieran al tanto de la hazaña de su hijo, que había sido el tema único de conversación durante el banquete de la noche anterior. Se sentía enormemente orgulloso de la resolución y el valor que Alejandro había mostrado y, honrando su palabra, había desembolsado sin rechistar la suma que Filónico exigía por mí. Sin embargo, su alegría cesó de un modo abrupta cuando la historia llegó a oídos de la reina Olimpia. Como en numerosas ocasiones anteriores, la enorme trifulca que tuvieron hizo temblar las paredes del palacio y se convirtió en la comidilla de los sirvientes durante varias semanas. Hasta yo, que siempre he mantenido las orejas bien abiertas, acabé enterándome de los pormenores.

A pesar de su madurez —por aquellos días tenía ya más de treinta años—, Olimpia conservaba casi intacta su asombrosa belleza. Era alta, esbelta, tan altiva y distante como los hombres imaginan a las diosas. Su tez era de un color blanco nacarado tan luminoso que parecía brillar con luz propia. El cabello, rojo como una llamarada, se le desparramaba en intrincados rizos sobre los hombros y la espalda, hasta por debajo de la cintura. Sus facciones, que el rostro de Alejandro reproducía con notable exactitud, eran hermosas en grado tal que ponían un nudo en la garganta de cuantos las observaban; y sin embargo, la misma belleza que en el hijo atraía de forma irresistible, resultaba inquietante en la madre. Quizá fuera su expresión permanente de desdén, o tal vez la mirada salvaje de sus ojos, tan verdes como los de Pallas Atenea, pero lo cierto que pocos podían reprimir un escalofrío en su presencia.

Algunos decían que su mirada tenía el mismo poder que la de Medusa, que si te miraba fijamente, quedabas convertido en estatua de piedra.

Cuando Olimpia penetró en el despacho de Filipo, su mirada infundía realmente pavor y su esposo se sintió casi como una estatua, incapaz de responder al torrente de insultos y recriminaciones que derramó sobre él. Lo llamó «padre degenerado» por haber permitido que su propio hijo se expusiera a aquel peligro; lo acusó de odiar a Alejandro solo porque que ella era su madre, y culminó su ataque afirmando que deseaba su muerte para poder nombrar heredero a alguno de sus numerosos bastardos. Filipo intentó una débil defensa y respondió que no solo no odiaba a Alejandro, sino que se consideraba el padre más orgulloso del mundo, y que si había permitido al muchacho intentar domarme, había sido para que tuviera ocasión de demostrar delante de todos el valor y entereza que deben adornar a un príncipe real de Macedonia. En cuanto a la mención a su infidelidad conyugal, no solo no se molestó en negarlo, sino que afirmó que Olimpia debía darse por satisfecha con su encumbrada posición como consorte de Macedonia y el lujo en que vivía. Sus aventuras amorosas no eran, en todo caso, asunto de su incumbencia. Ante aquel desplante, la reina decidió pasar a mayores y, cogiendo una valiosa pieza de cerámica ateniense de encima del escritorio, la lanzó con todas sus fuerzas a la cabeza de su marido, quien acabó tumbado en el suelo con una gran brecha en la frente que sumar a sus numerosas heridas de guerra. Cuando, al cabo de unos instantes, volvió en sí, la reina abandonaba el despacho como un huracán. Filipo se levantó de un salto y la persiguió a través de todo el palacio hasta sus aposentos, mientras le gritaba insultos y le ordenaba que se detuviera. Los criados no se perdieron detalle de toda esta escena, que culminó cuando Olimpia estuvo a punto de aplastar la nariz de su marido con la gruesa puerta de roble de su dormitorio, que inmediatamente atrancó desde el interior.

Con la narración de este lamentable incidente pretendo ilustrar el triste ambiente familiar en el que a Alejandro le tocó crecer. Bien es cierto que Filipo pasaba buena parte del año lejos de Pela, embarcado en sus campañas militares pero, aun así, el muchacho se sentía un mero peón en la interminable guerra doméstica que había convertido a sus padres en enemigos irreconciliables. Para empeorar la situación, Alejandro se enfrentaba al dilema de tener que tomar partido por uno de ellos, cuando en realidad los amaba a ambos por igual: su madre le inspiraba un gran cariño y respeto, mientras que por su padre sentía una profunda admiración que lo convertía en el modelo de todas sus aspiraciones para la vida adulta.

Por el momento, Alejandro prefería evadirse de aquel conflicto de lealtades e intentaba distraer su amargura dedicándose a sus actividades favoritas. Empleaba muchos de sus ratos de ocio en la lectura. Desde muy pequeño sentía una especial afición por el poeta Homero, cuyos versos oía recitar desde muy niño a los rapsodas

que su padre traía para amenizar los banquetes. Supe que, cuando apenas sabía leer, había pedido que le regalaran sendas copias de la *Ilíada* y de la *Odisea*. Tanto tiempo dedicó a devorar los innumerables versos de ambos poemas que los rollos de papiro acabaron cubiertos por la cera de velas y la diminuta escritura se tornó borrosa a fuerza de soportar el roce de los dedos del muchacho. Muchas veces se le podía ver vagar por los corredores interminables del palacio de Pela mientras canturreaba aquello de:

*La cólera canta, oh diosa, de Aquiles, hijo de Peleo,
cólera funesta que tantas calamidades causó a los aqueos...*

También era aficionado a la lectura de libros de historia, sobre todo los escritos por Heródoto y Jenofonte. De este último también le entusiasmaban sus tratados sobre la caballería militar y la equitación. Me consta que, inspirado por la lectura de dichos autores, Alejandro se veía en sus sueños convertido en uno de los héroes homéricos o viajaba con la imaginación por los lejanos y exóticos lugares que Heródoto describe en sus *Historias*.

Como ya sabéis, disfrutaba también frecuentando la compañía de los soldados de su padre, hasta el punto que estos comenzaron a tratarlo más como un igual que como al hijo del rey. Seguramente, su madre se habría horrorizado al oír algunas de las expresiones malsonantes que Alejandro había aprendido de ellos, y que usaba con tanta naturalidad como si fuera un veterano del ejército.

Su afición por los caballos, heredada de su padre, lo conducía casi todos los días a las caballerizas reales, donde aprendió todo lo referente a los de nuestra especie de boca de los esclavos que allí trabajaban, y se convirtió en un experto jinete montando infinidad de caballos, tanto de combate como de carreras. En honor a la verdad, he de decir que esto ocurrió hasta que yo aparecí en escena, momento en que pasé a ser la única montura de Alejandro. Supongo que muchos caballos macedonios todavía no me lo han perdonado.

En todo esto empleaba Alejandro gran parte del escaso tiempo que lograba robarle a las aburridas lecciones y al acoso disciplinario de Leónidas, su preceptor. El resto del tiempo lo dedicaba a su auténtica gran pasión: la amistad. Quizá para llenar el vacío de su desdichada vida familiar, Alejandro se había rodeado de un grupo de muchachos, casi todos mayores que él, que lo reconocían como su jefe indiscutible y le profesaban una lealtad y admiración absolutas. Todos ellos serán personajes principales de esta historia, pero, por el momento, tan solo mencionaré a dos:

Hefestión era el compañero inseparable de Alejandro, su sombra, o más bien su reflejo. Dondequiera que el príncipe fuera, allí se podía encontrar a aquel muchacho noble y extravertido, prácticamente contemporáneo de mi señor, y casi, solo casi tan

hermoso como él. Su amistad comenzó cuando ambos eran un par de mocosos que apenas sabían balbucear algunas palabras. Desde entonces, todos en Pela estaban habituados a ver aquel par de cabelleras rubias y alborotadas ir juntas a todas partes, como si ambas pertenecieran a un solo muchacho. Hasta había quien era incapaz de distinguir al uno del otro. Alejandro y Hefestión jugaban juntos, cabalgaban juntos, reían juntos y, a veces, también lloraban juntos, pues era tal su afinidad que cada uno de ellos era capaz de sentir como propio el dolor de su amigo. Creo que nunca ha habido hermanos que se aprecien tanto como ellos dos. Plagiando a Platón, un filósofo-poeta que estuvo de moda hace años, diría que se aman como solo dos almas iguales pueden llegar a amarse. Quizá suene un poco rebuscado, pero creo que Platón acierta. Yo siempre he sentido lo mismo por Alejandro.

Otro de sus compañeros era Tolomeo, hijo de un noble llamado Lago. Tolomeo era unos años mayor que Alejandro y muy distinto a él en temperamento y aspecto físico. No compartía su afición por la lectura ni su temperamento idealista y soñador. Su mentalidad era pragmática y sus gustos, sencillos. Amaba la tranquilidad y los espacios abiertos, y seguramente habría sido más feliz de haber nacido en una familia humilde, puesto que le repelían las intrigas y rencores que enfrentaban desde antiguo a los miembros de la nobleza macedonia. Sus compañeros lo consideraban un poco simple y a menudo lo convertían en blanco de sus bromas, aunque Tolomeo lo aceptaba de buen grado con tal de poder estar cerca de Alejandro. En cuanto a su apariencia, a todos asombraba su parecido con el rey Filipo en su juventud. Tenía su misma constitución robusta, su cabello negro y ensortijado y sus ojos azules. Las malas lenguas afirmaban que tal parecido no era casual, y que Tolomeo era en realidad fruto de una aventura amorosa de Filipo con la esposa de Lago. Quizá por eso todos en la corte se referían a él como «el hijo de Lago», con un tonillo de burla que dejaba bien patentes las insinuaciones. Sin embargo, al bueno de Tolomeo, que rara vez se alteraba por nada, todos aquellos rumores acerca de su filiación le traían sin cuidado.

Desde que llegué a Macedonia, yo mismo me convertí en uno de los amigos íntimos de Alejandro. Me siento honrado al decir que el príncipe me consideraba más un compañero que un medio de transporte. Sus atenciones hacia mí han sido innumerables, y yo le he correspondido con el cariño y la lealtad más absolutos. Baste decir a este respecto que Alejandro siempre me ha hablado como si yo fuera humano, tal vez porque desde el principio percibió en mi mirada que puedo comprenderlo a la perfección, de modo que no os sorprendáis si durante el curso de mi relato hago mención a conversaciones y episodios a los que no asistí personalmente. Como mudo confidente de Alejandro, siempre he tenido acceso a una fuente de información que provocaría las envidias de cualquier cronista. Por añadidura, mi memoria es excelente, y mis ansias por escuchar y comprender no le van en zaga. ¡Vaya! Estoy divagando. Os ruego que perdonéis a este viejo fatuo y charlatán. Es bien sabido que los ancianos tendemos a perder el hilo con facilidad.

Inmediatamente después de mi llegada, pasé a ser, junto con sus amigos, compañero inseparable de sus andanzas y correrías por los alrededores de Pela. En compañía de Alejandro pude recuperar una de mis actividades favoritas, que ya tenía casi olvidada: el ejercicio de la caza. Macedonia es un país montañoso cubierto de espesos bosques. A tan solo unos pocos estadios de la capital, pueden cobrarse magníficas piezas, sobre todo ciervos y jabalíes. Para los macedonios, la caza del jabalí es una actividad casi religiosa, hasta el punto de que ocupa un lugar fundamental en los ritos que suponen el tránsito de los muchachos a la edad adulta. Debido a su corta edad, a Alejandro y sus compañeros no se les permitía participar en las cacerías de palacio, por lo que ellos mismos organizaban sus propias partidas de caza a escondidas. Imagino que la reina Olimpia habría sufrido un ataque si alguna vez hubiera llegado a saberlo.

Alejandro dirigía las cacerías como un general dirige a sus tropas en batalla. Cada uno de sus compañeros tenía una función asignada y todo se llevaba a cabo con el mismo rigor y estrategia que una auténtica campaña militar. En todo caso, os puedo asegurar que aquello no era ningún juego. Sé por experiencia que el jabalí es una bestia peligrosa (mi cicatriz y yo estamos en condiciones de atestiguarlo) y los que habitan los bosques de Macedonia sobresalen por su especial fiereza y gigantesco tamaño. Si alguno de ellos hubiera llegado a clavar sus colmillos en uno de los muchachos, estoy seguro de que se habría producido una tragedia. Recuerdo momentos de auténtico peligro, pero Alejandro sabía combinar la audacia con la prudencia y era tal su sentido de la organización y su capacidad de imponer disciplina que jamás ocurrió ningún accidente serio.

En otras ocasiones, cosa natural dada su corta edad, los muchachos preferían jugar. Sin embargo, como buenos macedonios, su juego favorito era el de la guerra.

A corta distancia de la playa, existía un viejo torreón defensivo construido en previsión de posibles desembarcos enemigos. Filipo había emprendido una campaña de modernización y mejora de las defensas costeras, por lo que el torreón se encontraba abandonado y en estado ruinoso. Aquel era el lugar preferido por Alejandro y sus compañeros para sus juegos bélicos que, por cierto, solían adquirir un cariz muy realista. Puesto que no tenían acceso a auténticas armas, los muchachos habían conseguido persuadir a un miembro de la guarnición de palacio para que les prestara equipo de combate simulado del que se usaba en los ejercicios.

A Alejandro y sus amigos les gustaba imaginar que el torreón era la gran ciudad fortificada de Troya, donde tuvo lugar la legendaria guerra que Homero narra en la *Ilíada*. El grupo se dividía en dos bandos: el de los aqueos y el de los troyanos, y sobre la playa se representaban los terribles combates que tuvieron lugar ante las murallas de Troya, tal y como Homero los relata. Alejandro siempre se reservaba el personaje de Aquiles, rey de los mirmidones, del que, según su madre, descendía directamente su familia. Hefestión era Patroclo, el amigo inseparable de Aquiles, y a Tolomeo le adjudicaban el personaje de Héctor, el principal de los héroes troyanos.

Recuerdo que un día representaron el famoso episodio del combate entre Héctor y Aquiles.

Cuenta Homero que Aquiles se peleó con Agamenón, rey de Micenas y comandante en jefe de las fuerzas helenas, por lo que se retiró enfurruñado a su tienda y se negó a seguir participando en el combate. Dado que su habilidad como guerrero era enorme, los aqueos comenzaron a estar en desventaja. Patroclo le suplicó a Aquiles que volviera a la lucha y, al negarse este, le pidió que al menos le prestara sus armas para llevar a sus mirmidones en auxilio de los helenos. En la batalla que siguió, Patroclo resultó muerto por mano de Héctor. Cuando Aquiles lo supo, su cólera fue enorme y, con las nuevas armas que le habían proporcionado los dioses, salió al campo de batalla a retar a Héctor en singular combate.

Alejandro, equipado con una coraza y un yelmo demasiado grandes para él, se plantó ante Tolomeo y gritó su desafío:

—*¡Vamos Héctor! Demuestra ahora tu valor y tu audacia. No tienes escapatoria. Atenea te herirá con mi lanza y pagarás todos los sufrimientos de mis compañeros que tú mataste con la tuya.*

Entonces arrojó su lanza, aunque sin demasiada fuerza, para que Tolomeo, al igual que había hecho Héctor, pudiera esquivarla.

—*¡Has errado tu blanco, Aquiles, semejante a los dioses!* —gritó Tolomeo—. *Esquiva tú ahora mi lanza de bronce. Ojalá penetre por entero en tu cuerpo. Entonces será la guerra más llevadera para los troyanos, ya que tú eres nuestro más terrible azote.* —La lanza de Tolomeo acertó en mitad del escudo de Alejandro y fue repelida a un lado—. *¡Pobre de mí! Los dioses me llaman a la muerte. El destino me ha alcanzado, pero no me iré sin gloria, como un cobarde, sino que realizaré antes hazañas que pasarán a la posteridad.*

El combate prosiguió mientras Alejandro lo iba narrando con los hermosos hexámetros de Homero:

—*Después de hablar así, desenvainó la afilada espada y atacó. Aquiles respondió al ataque con el corazón lleno de furia, buscando el punto exacto donde herirle. Pero Héctor estaba protegido por la armadura de bronce de la que había despojado al cuerpo de Patroclo. Solo había una pequeña abertura bajo la garganta, en el lugar donde con facilidad se escapa el alma. Por allí el divino Aquiles hundió su pica.*

Tolomeo, «el del tremolante penacho», cayó a tierra y, fingiéndose agonizante, dijo:

—*Por tu vida te pido que no permitas que los perros y las aves del cielo me devoren junto a las naves de los aqueos. Devuelve mi cuerpo a mi familia para que los troyanos puedan rendirme los últimos honores funerarios en la pira.*

—*¡No me imploras, miserable!* —gritó Alejandro con tanta vehemencia que su ira parecía auténtica—. *Nadie alejará tu cabeza de los perros. Aunque tu padre, Príamo, me pague veinte veces tu peso en oro, tu madre no te llorará sobre el lecho*

mortuorio, sino que las alimañas se repartirán tu cuerpo.

Diciendo esto, cogió una cuerda y se dispuso a atar el «cadáver» de Tolomeo para arrastrarlo, tirado por mí, en torno al torreón, es decir, alrededor de las murallas de Troya.

Tolomeo decidió que la representación había llegado demasiado lejos y se levantó protestando, mientras Alejandro intentaba convencerlo de que la fidelidad a Homero exigía ese desenlace. Todos disfrutamos enormemente con la escena.

Algunos meses después de mi llegada a Macedonia, Alejandro cayó enfermó. Recuerdo perfectamente la angustia que sentí cuando, en mitad de una carga contra los «troyanos», lo vi desvanecerse y precipitarse al suelo. El dictamen del médico fue claro: el muchacho sufría agotamiento extremo. Sus padres, que de modo excepcional se habían reunido junto a su lecho, se enzarzaron inmediatamente en una reyerta.

—Sé quién es el responsable de que mi querido hijo se esté consumiendo como la llama de una vela —dijo Olimpia para, a continuación, escupir un nombre—: ¡Leónidas! Ese carcelero a quien nombraste su preceptor. Ni siquiera le permite alimentarse adecuadamente. Debes de estar muy satisfecho al ver a Alejandro en este estado.

—¡Por los dioses! —exclamó Filipo—. Si hice venir a Leónidas fue precisamente para contentarte a ti. De todas formas, debo reconocer que no estoy del todo en desacuerdo con sus métodos. Un futuro rey debe ser educado en la más estricta disciplina. Las privaciones hacen a los hombres fuertes. Supongo que, si por ti fuera, Alejandro sería un afeminado pegado a tus faldas.

—Ninguna madre consentiría que su hijo viviera en peores condiciones que los esclavos de los espartanos, y ningún padre, salvo un monstruo como tú. ¡Leónidas se va!

—¡Leónidas se queda! —rugió Filipo enardecido—. Ve a jugar con tus serpientes y a fabricar tus pociones de bruja y déjame a mí decidir qué es lo mejor para mi hijo. ¡Sal de aquí!

Olimpia fingió sumisión y abandonó el dormitorio de Alejandro, pero, al hacerlo, todos la oyeron susurrar «¡ya lo veremos!».

Se contaba que Olimpia practicaba la magia y la hechicería, lo que no era del todo una calumnia. Según supe, cuando era todavía una niña había sido iniciada en el culto de Dioniso, el dios del vino, la locura y el éxtasis. Muchos afirmaban que, en las noches de luna, habían visto a Olimpia y a sus doncellas adentrarse en el bosque y llevar a cabo extraños sacrificios e invocaciones. En cierto momento de la ceremonia, decían, Olimpia se transfiguraba y su semblante adquiría un brillo sobrenatural y una expresión terrible. Entonces, al tiempo que su voz se tornaba profunda y varonil,

comenzaba a hablar en los antiguos dialectos de Tracia y de Frigia. Después todas bebían vino hasta enloquecer y emprendían una frenética danza que duraba tanto como la oscuridad, o bien hasta que la última de ellas se desplomaba exhausta sobre el suelo.

No me consta que todo esto fuera cierto. Pero lo que sí era del dominio público es que los ritos que Olimpia oficiaba incluían el culto a las serpientes, y que la reina guardaba en sus aposentos varios ejemplares enormes a los que trataba como animales domésticos y alimentaba con sus propias manos. También se sabía que era una experta en los efectos y propiedades de las plantas silvestres, con las que elaboraba extrañas pociones y bebedizos.

Podéis extraer vuestras propias conclusiones, pero el hecho es que, a los pocos días de que Alejandro cayera enfermo, Leónidas comenzó a sentirse mal. Él era un hombre de constitución robusta y abundantes carnes que siempre se había jactado de tener una salud de hierro. Al verlo, era fácil adivinar que reservaba sus ideales de austeridad para sus desafortunados pupilos, mientras que él mismo jamás se había privado del buen vino y la abundante comida. Tal vez los excesos comenzaron a hacer mella en su salud, o quizá los conocimientos botánicos de Olimpia tuvieron algo que ver, pero lo cierto es que Leónidas comenzó a mostrar una palidez casi cadavérica y tremendas ojeras violáceas. El hombre se sintió tan enfermo que pensó que su final se avecinaba de forma inexorable y, relacionando el efecto con la posible causa, decidió poner tierra de por medio. Así pues, una mañana Filipo encontró una carta en la que le pedía disculpas por su repentina marcha y pretextaba que su mala salud le impedía seguir atendiendo sus obligaciones. Se había ido tan deprisa que ni siquiera se entretuvo para recibir sus honorarios. Poco después, gracias al descanso y la buena alimentación, Alejandro recuperó la salud.

La precipitada fuga de Leónidas enfrentó a Filipo con el problema de tener que buscar un nuevo preceptor para el príncipe. Y lo cierto es que candidatos no faltaban. Prueba de ello es que se recibieron cartas de intelectuales y maestros de toda la Hélade, algunos de ellos muy famosos y respetados, que ansiaban ocupar el puesto. Filipo, como siempre solía hacer, consultó con su amigo Parmenión antes de decidirse por un nombre.

—¿Has leído ya la carta de Isócrates el ateniense? —le preguntó Parmenión.

—Aún no he tenido tiempo —reconoció Filipo—. Se ha amontonado tanta correspondencia encima de mi mesa que tendría que emplear varios días en despacharla. ¿No me digas que se ofrece para ser preceptor de Alejandro? ¡Pero si debe de tener por lo menos noventa años!

—No exactamente, aunque se lamenta de que su avanzada edad no le permita realizar el largo viaje hasta aquí. Lo que sí que hace es sugerir el nombre de un candidato a tu consideración.

—Bien —dijo Filipo—, Isócrates ha demostrado ser un buen amigo de Macedonia y un gran defensor en la Asamblea ateniense de la campaña que proyecto

contra Persia. Además, es un hombre muy sabio. Creo que debemos guiarnos por su consejo. Déjame leer la carta. —Filipo deslizó su mirada sobre el papiro y, al cabo de un instante, entornó su único ojo como deseando atraer un recuerdo a la memoria—. El nombre que menciona me resulta familiar. ¿Recuerdas si conozco a alguien que se llame así?

—Por cierto que sí, y desde tu más tierna infancia. El preceptor que Isócrates propone es el hijo de Nicómaco, el médico del rey Amintas, tu padre.

—¡Claro, claro! —dijo Filipo alzando las cejas—. El hijo del bueno de Nicómaco; ahora me acuerdo. Era un muchacho más o menos de mi edad, aunque nunca trabé amistad con él. Un sujeto agradable, aunque algo aburrido. Recuerdo que siempre andaba entre libros, mientras que yo prefería otro tipo de entretenimientos. —Filipo sonrió con añoranza al recordar sus años juveniles—. Tenía fama de ser muy inteligente, pero ¿qué méritos puede aportar el hijo de Nicómaco para aspirar a ser el preceptor de Alejandro?

—Al parecer en Atenas se le considera un maestro de gran prestigio.

—Entonces, ¿se trata de un sofista? —preguntó Filipo arrugando la nariz—. No me gustan los sofistas. Son todos unos embaucadores.

—No, Filipo, de un filósofo. Pasó veinte años en la Academia, ya sabes, la escuela de Platón, y llegó a ser su discípulo favorito y, posteriormente, uno de los maestros más eminentes. Sin embargo, desde la reciente muerte de Platón, el hombre ha quedado en una posición muy incómoda. El actual director de la Academia (un sobrino de Platón, creo) lo detesta. Su tío siempre lo prefirió a él y ahora se dedica a hacerle la vida imposible. Todo eso lo cuenta Isócrates con todo detalle en su carta, y lo sabrías si te hubieras tomado la molestia de acabar de leerla.

—Bien —dijo Filipo sonriendo—, ahora ya no es necesario. Ordenaré que escriban al hijo de Nicómaco diciéndole que me sentiría muy honrado si aceptara el trabajo. ¡Espera! Creo recordar que Nicómaco y su hijo eran naturales de Estagira, en la Calcídica ¿No destruimos ese pueblo durante la campaña de Olinto?

—Sí, así fue —dijo Parmenión—, pero después de pasar tantos años en Atenas no creo que nuestro hombre sienta ningún rencor hacia ti. Además, Nicómaco siempre mostró una gran fidelidad a tu familia.

—Puedes jurarlo. De hecho fue él quien nos trajo al mundo a mí y a mis hermanos. Queda decidido, pues. Un problema menos. ¿Qué haría yo sin ti, amigo mío?

—Poca cosa —respondió Parmenión sonriendo.

Apenas habían transcurrido dos meses desde esta conversación cuando el rey convocó a Alejandro a sus aposentos privados. El príncipe contó que, al llegar allí, había encontrado a Filipo charlando con un desconocido y compartiendo con él una cratera de vino.

—¡Ah, hijo! ¡Por fin has aparecido! Desde que tienes ese caballo parece que te haya tragado la tierra. Acércate. Quiero presentarte a tu nuevo preceptor, un maestro famoso. Y además un viejo amigo de nuestra familia.

Alejandro estrechó la mano que se le ofrecía. Su nuevo preceptor era un hombre de mediana edad, moreno y robusto. Sus rasgos resultaban tal vez vulgares. Sus ojos, en cambio, brillaban con un fuego extraordinario, como si la mente de aquel hombre fuera capaz de traspasar las apariencias y sumergirse hasta la esencia misma de las cosas.

—De modo que tú eres Alejandro. Me han hablado tanto de ti que me sentía impaciente por conocerte.

El príncipe inclinó la cabeza en gesto de respeto hacia su nuevo maestro.

—Sé bienvenido a Pela, señor.

—Estar aquí es como volver al hogar —dijo el hombre sonriendo con jovialidad—. Mi padre fue médico en la corte de tu abuelo, el rey Amintas. Y yo mismo, de chiquillo, recorrí miles de veces los salones de este palacio. Pero creo que aún no he mencionado mi nombre. Me llamo Aristóteles, y me siento orgulloso de ser el preceptor de tan noble joven.

Capítulo IV

El filósofo

EL maestro y el discípulo empezaron su relación de forma inmejorable. Al saber que el muchacho era un apasionado de las obras de Homero, Aristóteles le regaló una copia de la *Ilíada* que él mismo había corregido. Alejandro me dijo que se había quedado extasiado ante la gran caja repleta de rollos de papiro antes de decidirse a desplegar alguno.

—¡La caligrafía es magnífica! —exclamó con los ojos brillantes—. ¡Jamás vi nada tan bello!

—No es casualidad, mi querido muchacho —dijo Aristóteles satisfecho del entusiasmo de Alejandro—. Le encargué el trabajo a uno de los mejores copistas de Atenas.

—¡Y el texto es diferente! Veo aquí versos que no conocía y otros expresados con palabras más bellas que las que recuerdo. ¿Cómo es posible?

—Verás, Homero no componía sus versos para ser leídos, sino para ser escuchados. En aquella época, los hombres apenas usaban el arte de la escritura. Los rapsodas aprendían los poemas de memoria y los transmitían de palabra a sus sucesores en el oficio. Como sabes, la memoria de los hombres es imperfecta y por eso las palabras de Homero han llegado deformadas hasta nosotros. Yo he comparado todas las versiones que he podido reunir y he intentado reconstruir el poema tal y como pienso que Homero lo imaginó.

—¡Maravilloso! —exclamó Alejandro mientras devoraba las líneas.

—Bien, Alejandro, ya tendrás tiempo luego para eso. Si voy a ser tu maestro, he de conocer hasta dónde ha llegado tu educación. Veo que dominas perfectamente la lectura y supongo que también la escritura. Dime, ¿qué más cosas has aprendido?

—¿Por dónde deseas que empiece?

—Te sugiero que empieces por el principio —respondió Aristóteles sonriendo benévolamente.

Alejandro se rascó la cabeza durante unos segundos y después comenzó a hablar a toda velocidad.

—Veamos. En un principio la diosa Gea creó la Tierra y después engendró a Urano y Ponto, es decir, el Cielo y el Mar. De su unión con Urano nacieron los doce titanes. Los titanes eran seres gigantescos, y el más enorme de ellos era Cronos, el Tiempo. Cronos mató a Urano y desposó a su hermana Rea; sin embargo, temeroso de perder su supremacía sobre el Universo, devoraba a sus hijos tan pronto como

nacían. Rea se las ingenió para burlar a su esposo y esconder a uno de sus hijos en una cueva. Aquel niño era Zeus, quien al crecer logró derrotar a su padre y al resto de los titanes y convertirse en soberano supremo del Olimpo. Los hombres fuimos creados por los dioses en la Edad de Oro. Al principio éramos felices y perfectos, pero declinamos poco a poco hasta llegar a la Edad de Hierro, que es la actual, en la que hemos de trabajar para ganarnos el sustento y sufrimos grandes penalidades sobre la Tierra. Eso por un lado. También sé que el mundo es plano y circular, como el tambor de una columna, y que su centro es el santuario de Apolo en Delfos. Las tierras están circundadas por un río anchísimo e infranqueable llamado Océano, más allá del cual no hay más que un abismo sin fondo. En el extremo oriental del mundo existe un país llamado la India, donde habitan los esciápodos, que tienen un solo y enorme pie que usan como sombrilla al tumbarse, y también los otolicnos, que se protegen del sol tapándose la cabeza con las orejas. Las cañas allí son tan grandes que una sola de ellas basta para construir un barco, y el subsuelo está lleno de polvo de oro, que es recolectado por unas hormigas entrenadas para tal menester. Al sur está Egipto, donde existen serpientes voladoras y un ave gigantesca llamada Fénix, que aparece una vez cada quinientos años sobre la ciudad de Heliópolis. Por otro lado, sé que antes de comprar un caballo hay que examinarle cuidadosamente las patas y los ojos, y que los caballos de ojos saltones son más inteligentes que los que los tienen hundidos. Puedo decirte el nombre, el apodo y los años de servicio de más de la mitad de los tres mil guardias de mi padre, de cada uno de los ochocientos compañeros de la caballería y de la totalidad de los oficiales y suboficiales de la falange. También...

Al parecer, Aristóteles había escuchado la perorata de Alejandro con las cejas en alto hasta que lo detuvo agitando ambas manos.

—Es suficiente, mi querido muchacho. Ya veo que tenemos un largo camino por delante.

Gracias a su agudo poder de observación, Aristóteles intuyó de inmediato que el enrarecido ambiente reinante en el palacio de Filipo no era el más adecuado para la educación del príncipe.

—Señor —le dijo al rey—, he comprobado con alegría que Alejandro es un muchacho extraordinariamente inteligente y despierto, el mejor alumno al que modestamente podría aspirar. Sin embargo, el nivel actual de su educación es muy poco satisfactorio. Sus conocimientos son una mezcla de leyendas fantásticas y lecturas mal digeridas. Sugiero que busquemos un lugar donde el muchacho pueda dedicarse a sus estudios sin distracciones.

—¿Quieres llevarte a Alejandro de Pela, entonces?

—Pienso que es lo mejor. El bullicio de la corte no hará otra cosa que impedir su progreso.

Filipo reflexionó durante unos instantes.

—Hum, tal vez tengas razón. De paso alejaría a mi hijo de la perniciosa influencia de su madre. Déjame pensarlo. Creo que podremos encontrar el lugar adecuado.

Aristóteles vaciló unos segundos antes de proseguir.

—Si me lo permites, tengo una segunda sugerencia.

—Adelante, Aristóteles —le animó Filipo con ademán campechano—. Tú eres el experto.

—Precisamente mi experiencia me ha enseñado que no es conveniente aislar a un joven de sus iguales. Los muchachos aman el reto constante que supone competir y medir su talento con otros, por lo que se sienten más estimulados para el estudio cuando están rodeados por un grupo de compañeros de su edad. En el caso de un futuro rey, lo considero todavía más importante, puesto que tan necesario es para la formación de un gobernante el conocimiento de las disciplinas del saber como el trato con los hombres que un día serán sus súbditos.

—Veo que tu fama de hombre sabio no es un cuento, amigo mío. Yo mismo he tenido sobradas ocasiones de comprobar la verdad de tus palabras durante mi reinado. ¿Invitaremos entonces a jóvenes atenienses para que sean compañeros de Alejandro?

—Dudo mucho que Alejandro admitiera otros compañeros que los que ya tiene. Además, creo que tus nobles se sentirían halagados si permites que sus hijos reciban la misma formación que el príncipe real.

—¡Excelente! —dijo Filipo sonriendo—. ¿No has pensado nunca en dedicarte a la política?

—No de forma activa, señor, pero tengo intención de escribir un pequeño tratado al respecto.

Cuando casi todo estaba casi dispuesto para la partida, Alejandro tuvo que afrontar la dolorosa experiencia de decirle adiós a un amigo. Artabazo era un noble persa que años antes se había levantado en armas contra el Gran Rey. La sublevación fracasó, y Artabazo apenas tuvo tiempo para reunir algunas cosas de valor y marchar hacia Occidente, donde esperaba encontrar refugio para él y para su numerosa familia. Poco después llamaba a las puertas del rey de Macedonia, quien lo recibió como un huésped de honor. Y es que a Filipo no se le escapó que aquel noble persa caído en desgracia podía convertirse en una inestimable fuente de información para la expedición que proyectaba. Alejandro era muy pequeño entonces, pero oí que había recibido a los extranjeros con el aplomo de un diplomático profesional.

Se cuenta que los persas solo enseñan a sus hijos a montar a caballo y a disparar el arco, pero en el caso de Artabazo esto distaba de ser cierto, pues todos los miembros de su familia hablaban la lengua helena casi con la misma facilidad que la suya propia. Así pues, Alejandro no tuvo la menor dificultad para entablar amistad

con aquellos extraños niños de tez oscura y ojos enormes. Ellos lo pusieron al corriente de las extrañas costumbres de los persas, quienes adoran el fuego y jamás incineran a sus muertos, sino que los abandonan a merced de las alimañas y las aves de presa. Le hablaron de la inmensidad del imperio de los reyes Aqueménidas, cuya frontera oriental limita con la legendaria India, de su enorme variedad de paisajes, pueblos y climas, desde las cumbres de nieves eternas hasta los desiertos abrasados que nadie había logrado atravesar jamás. Le describieron las maravillas de Babilonia, de Susa o de Persépolis, donde el Gran Rey tiene sus cortes. Y lograron que su imaginación se estremeciera con las historias de los mercaderes que atraviesan la inconcebible vastedad del Asia para vender sus mercancías en los puertos de Jonia y Fenicia.

El día en que Artabazo recibió la carta en la que se le comunicaba el perdón real y se le urgía a regresar a Persia para recuperar su posición y propiedades, Alejandro sintió como si le arrebataran una parte de su propia familia. El propio Filipo apreciaba sinceramente al noble persa. Como signo de amistad, se ofreció a acompañar a Artabazo y su familia durante la primera jornada de su largo viaje hacia el este. Alejandro importunó a su padre sin descanso hasta que recibió permiso para unirse a la comitiva.

Él y yo marchábamos junto al carruaje en el que viajaba Barsine, la preciosa hija pequeña de Artabazo.

—Mi padre me prometió que jamás nos iríamos de Macedonia —decía la niña entre sollozos—. Estoy segura de que ese monstruo de Artajerjes nos cortará a todos la nariz y las orejas y después nos venderá como esclavos.

Alejandro, que montaba muy erguido y con expresión grave, quiso tranquilizarla:

—¡Vamos, vamos, Barsine! Estoy seguro de que tu padre sabe lo que hace. Además, ha recibido del Gran Rey todas las garantías de que seréis tratados como corresponde a vuestro rango. Serás feliz en tu tierra, ya lo verás.

—Pero tú me dijiste que cuando fuéramos mayores nos casaríamos y reinaríamos juntos en Macedonia. ¡Me lo juraste!

Alejandro carraspeó incómodo.

—Hace ya mucho tiempo de eso, pequeña. Yo era un niño entonces. Ahora soy ya mayor y tengo otras cosas en que pensar.

Los sollozos de Barsine se convirtieron en un desolado llanto.

—¡Es por culpa de Hefestión! Ahora solo quieres estar con Hefestión y con ese maldito caballo. A mí no me haces ya ni caso. Y yo te quiero.

—Además de ser mi amigo, Hefestión es un hombre, como yo. Los hombres debemos estar juntos para hablar de nuestras cosas, y las niñas debéis ir a jugar con otras niñas. En cuanto a Bucéfalo, nada tiene que ver con este asunto.

Me permití dirigirle a Barsine una mirada de desdén, pero la tristeza de su rostro y sus ojos anegados en lágrimas me conmovieron. El llanto de la niña creció en volumen e intensidad hasta atraer la atención de su padre.

—Veo, Alejandro, que has destrozado el corazón de mi querida hijita. Lo cierto es que este momento resulta difícil para todos nosotros. Llegué a pensar que Macedonia sería nuestro hogar para siempre y que un matrimonio entre mi hija y tú sería un buen comienzo para resolver la enemistad entre helenos y persas. Incluso hablé con tu padre del asunto.

Alejandro se ruborizó de forma visible.

—Artabazo, sabes el aprecio que siento por vosotros, pero soy demasiado joven para pensar en el matrimonio.

Barsine replicó con rabia:

—¡Miente, padre! ¡Hace un instante me estaba diciendo que era ya un hombre!

Artabazo acarició la brillante melena de su hija.

—Tranquilízate. Alejandro siempre será un amigo para nosotros. Además, sé que un día vendrá a vernos. ¿No es cierto?

—Haré todo lo posible —dijo Alejandro con gran aplomo.

Pocos días después nos llegó a nosotros el turno de partir. El emplazamiento elegido para la escuela de Aristóteles era un paraje montañoso llamado Mieza, a dos jornadas de marcha de Pela. Allí, en el fondo de un profundo valle, crecía un bosque de pinos y encinas surcado por un impetuoso río de montaña. Era un lugar bello y aislado, ideal para que Alejandro y sus compañeros se educaran lejos de las distracciones de la corte. Así pues, Filipo ordenó que se construyera un caserón para alojar a los muchachos, y que en torno a él se plantara un hermoso parque. También mandó que se levantara un campamento en las cercanías. En él habría de estacionarse un pequeño destacamento de tropas, con la doble misión de proporcionar a los jóvenes nobles la necesaria instrucción militar y a la vez velar por su seguridad.

Oí decir que Olimpia estaba intentando por todos los medios impedir que la separaran de su hijo; pero si así fue, de poco le sirvió, ya que, tan pronto como la escuela de Aristóteles estuvo terminada, llegó nuestro turno de abandonar Pela. La pequeña comitiva incluía a Aristóteles y los compañeros del príncipe, la veintena de soldados que componía nuestra escolta y algunos esclavos (muy pocos, ya que el maestro había insistido en que los muchachos se educaran sin lujos). Justo antes de partir, Alejandro miró hacia la puerta del palacio con la esperanza de poder despedirse de su madre, pero la reina, que llevaba varios días encerrada en sus aposentos, no se dignó aparecer.

—En marcha, Bucéfalo —dijo Alejandro tras encogerse de hombros y lanzar una última mirada al lugar donde había transcurrido su infancia.

El viento fresco nos trajo las primeras insinuaciones del otoño. Partimos convencidos de que dejábamos atrás para siempre nuestra vida anterior. A pesar de ello, todos sentíamos el corazón ligero.

El programa de estudios que Aristóteles había ideado para los muchachos abarcaba todas las disciplinas tradicionales del saber, desde la música a la geometría, pasando por la filosofía natural, la ética, el dibujo y la oratoria. Aparte de los conocimientos teóricos, Aristóteles insistía también en el desarrollo de una serie de habilidades de tipo práctico que, según él, resultaban indispensables para la formación integral del ciudadano; de este modo, y durante una misma jornada, los muchachos atisbarían los misterios de los cinco sólidos perfectos para, a continuación, aprender a entablillar un brazo roto o a preparar un remedio contra la fiebre.

Aristóteles propugnaba que la educación de los jóvenes debía tender siempre a formar adultos virtuosos y útiles para el Estado, y consideraba que una vida en exceso lujosa y confortable solo daba como resultado seres ociosos y parásitos. Insistió por ello en que se redujera en Mieza el número de sirvientes al mínimo indispensable, de modo que gran parte de las tareas domésticas serían responsabilidad de sus pupilos. Como era de esperar, los nobles padres de los jóvenes pusieron el grito en el cielo al saber que sus aristocráticos vástagos deberían realizar «trabajos serviles». Aristóteles se mostró inflexible: «Ningún trabajo es servil —sentenció— si desarrolla el sentido de la responsabilidad y la independencia en el joven, y no incapacita el cuerpo, el alma o la inteligencia de los hombres libres para dedicarse a la práctica y ejercicio de la virtud». Añadió también un argumento que me sorprendió en un hombre de su cultura e inteligencia. Según afirmó, es conveniente que los jóvenes tengan el mínimo trato posible con los esclavos, «puesto que de ellos no aprenden más que brutalidad y grosería». La forma en que los humanos desprecian y discriminan a sus semejantes jamás ha dejado de sorprenderme.

Una vez en Mieza, el ambicioso programa de estudios de Aristóteles topó con un obstáculo imprevisto: el hecho era que casi la totalidad de los compañeros de Alejandro eran muchachos rudos e incultos que apenas sabían leer ni escribir, hasta el punto que el príncipe, pese a su pobre educación, era un auténtico intelectual en comparación con ellos. La única excepción era un joven llamado Hárpalo, al que una enfermedad infantil había dejado lisiado y, por lo tanto, incapacitado para participar en los violentos entretenimientos que deleitaban a los hijos de la nobleza macedonia. De la mano de su pedagogo, un jonio originario de Samos, cuna de Pitágoras, había dedicado muchas horas de su forzoso confinamiento al estudio de las matemáticas y, con el tiempo, llegó a desarrollar un considerable talento en la práctica de esa misteriosa ciencia. En cuanto a los demás, Aristóteles consideró que sería un error intentar comenzar la casa por el tejado, y los sometió a un curso intensivo en las disciplinas básicas antes de enfrentarlos a materias más arduas. Su táctica dio resultado, con lo que al cabo de unos meses Aristóteles comprobó complacido que todos sus alumnos eran jóvenes despiertos y ansiosos por aprender. El momento de aspirar a metas más altas había llegado.

La vida en Mieza era rutinaria, pero Aristóteles mantenía a los jóvenes tan ocupados que ni siquiera tenían tiempo para pensar en aburrirse. La jornada de

trabajo empezaba al amanecer, momento en que el maestro sacaba a sus discípulos de la cama sin concederles ni un instante para remolonear bajo las mantas. Aristóteles descendía de una familia de médicos y conocía la importancia de la higiene corporal para la salud. Antes del desayuno, todos tenían la obligación de lavarse minuciosamente de pies a cabeza. Después desentumecían sus músculos mediante el vigoroso ejercicio de cortar leña para la cocina, y pasaban luego a las cuadras, donde se encargaban personalmente del cuidado y la alimentación de sus caballos.

Las horas entre el desayuno y el almuerzo las dedicaban al ejercicio físico y a la instrucción militar. Para ello se trasladaban al cercano campamento, que estaba al mando de un oficial de confianza de Filipo, un tal Clito al que, debido a su tez oscura y abundante vello, todos llamaban cariñosamente el *Negro*. Clito jamás tuvo la menor contemplación con sus aristocráticos pupilos, de modo que, cuando estos regresaban a almorzar, sus rostros mostraban claramente la dureza del entrenamiento que recibían. Luego del almuerzo, que aunque sencillo era siempre abundante y variado, comenzaban las lecciones.

Aristóteles era un amante de la naturaleza. Jamás le había gustado permanecer bajo techo más de lo necesario y consideraba que encerrar a sus alumnos entre cuatro muros era la mejor forma de que acabaran aborreciendo sus enseñanzas. Prefería impartir sus clases al aire libre, durante largos y agradables paseos a pie o a caballo. Esto me permitió beneficiarme de las enseñanzas de uno de los maestros más famosos de la Hélade y convertirme así, como ya habréis tenido ocasión de comprobar, en un caballo muy instruido.

Los conocimientos de Aristóteles sobre los animales, las plantas y las rocas eran impresionantes. Jamás llegamos a cansarnos de escucharlo hablar acerca del vuelo de los pájaros, del comportamiento de los insectos y de las características anatómicas de las innumerables especies animales. Poco a poco, logró contagiar su entusiasmo a los muchachos, que decidieron por su propia iniciativa recoger todos los especímenes naturales que se pusieran a su alcance para, una vez estudiados y clasificados según las pautas aprendidas, reunir una colección que describiera la vida natural en la zona.

Aristóteles había aprendido de Nicómaco, su padre, el arte de la curación mediante las plantas y decidió iniciar en el mismo a sus alumnos. «Mal que me pese —les dijo—, estáis destinados a ser guerreros, por lo que tendréis que enfrentaros frecuentemente a la enfermedad y el dolor. Aprended todo lo que podáis sobre las plantas y sus efectos, puesto que un día serán vuestros mejores aliados». Alejandro, en especial, se convirtió en un auténtico entendido en este arte. Incluso llegó a declarar un día que, de no ser por el destino que los dioses habían dispuesto para él, le habría encantado dedicarse a la medicina.

A pesar de su gran interés por la vida natural, la auténtica pasión de Aristóteles era el estudio del hombre y de la sociedad humana. Sus enseñanzas en Mieza solían abordar

este controvertido asunto.

—¿Cuál pensáis que es la forma ideal de gobernar un estado? —preguntó un día.

Los muchachos permanecieron pensativos hasta que Crátero, un fornido joven cuya familia era uno de los más sólidos puntales de la casa real macedonia, se aventuró a responder:

—La monarquía, por supuesto.

Aristóteles sonrió al comprobar que había obtenido exactamente la contestación que esperaba.

—Antes de examinar tu respuesta, escuchemos al único de vosotros que está destinado a ser rey. ¿Qué opinas tú, Alejandro?

Alejandro se revolvió inquieto, como si lo que estaba a punto de decir le resultara doloroso.

—Bien, en una monarquía todo el poder se concentra en manos de un solo hombre, lo que puede ser una buena fórmula siempre y cuando se trate de alguien digno y virtuoso que sepa anteponer el interés común al suyo propio. Pienso que mi padre ha sabido estar a la altura de lo que se espera de un buen monarca; pero ¿qué ocurre cuando el rey usa el poder en beneficio propio y en el de sus allegados? En nuestra historia reciente tenemos más de un ejemplo y el resultado ha sido siempre el caos y la violencia.

Entonces intervino Hefestión:

—Por eso precisamente en Macedonia el poder vuelve al ejército cuando el rey muere. Los soldados se reúnen y deciden si el sucesor designado es digno del trono.

—Así es —replicó Alejandro con tristeza—, salvo cuando los soldados no logran ponerse de acuerdo y estalla una guerra civil. Aristóteles, ¿no existe ningún sistema que garantice la justicia y conjure el peligro de un baño de sangre?

—Los atenienses piensan que lo han encontrado. En Atenas las decisiones de gobierno se toman en la Asamblea, a la que pertenecen todos los hombres libres, independientemente de su rango o riqueza, y donde todos tienen derecho a que sus opiniones sean oídas por sus conciudadanos. Incluso la justicia emana de la voluntad de la mayoría. Es lo que llaman *democracia*.

Tolomeo, normalmente reservado, se decidió en ese momento a participar en la discusión.

—Muy bonito, pero poco práctico. ¿Cómo explicas si no que el poder de Atenas haya declinado ante la fuerza de Macedonia?

Alejandro intentó responder a Tolomeo:

—Quizá sea porque el pueblo no siempre sabe lo que le conviene. Y además siempre hay demagogos, como nuestro amigo Demóstenes, para quienes resulta sencillo manejar a las masas. ¿Acaso piensan ellos en el bien común? Por supuesto que no. Solo actúan en beneficio propio o defendiendo los intereses de quienes les pagan. —Alejandro se detuvo entonces en busca nuevos argumentos. Aristóteles lo animó a continuar con un gesto—. Tengo entendido que el pueblo ateniense elige a

sus generales por votación, lo que les ha llevado varias veces al borde del desastre. ¿No es así, Aristóteles?

—Efectivamente, muchacho.

—Bien, creo que eso prueba los defectos del sistema. ¿Cómo puede alguien que lo ignore todo sobre los asuntos militares participar en una decisión tan vital? Lo siento —concluyó Alejandro agitando la cabeza—, pero no puedo creer en la democracia de los atenienses. ¿Acaso existe alguna garantía de que la mayoría haya de tener siempre razón?

—De lo que puedes estar seguro, Alejandro, es de que la tiranía convierte a los hombres libres en esclavos. Y ahí están los persas para demostrarlo. Pero tienes razón al pensar que el pueblo puede equivocarse, aunque dudo que por ello se pueda privar al ciudadano del derecho a participar en el gobierno de su comunidad. Platón, en cambio, opinaba de forma distinta: su conclusión fue que solo algunos hombres son dignos de mandar, mientras que otros nacen para obedecer.

Alejandro rió con sarcasmo.

—¡Valiente conclusión! Eso nos devuelve al principio del problema. ¿Quién asignará entonces los papeles de amos y de súbditos? Probablemente todos se considerarían más dignos del mando que sus vecinos y se desencadenaría una matanza. Si el poder no ha de estar equitativamente distribuido, pienso que la monarquía resulta más práctica.

—Debéis tener paciencia para escuchar mis argumentos hasta el final. Platón no abogaba por un reparto arbitrario del poder. Afirmaba que cada hombre debe demostrar sus méritos para pertenecer a la clase de los gobernantes, que, por cierto, estaría compuesta únicamente por filósofos.

Alejandro mostró su escándalo ante la última afirmación de Aristóteles.

—¡Filósofos! En Macedonia nadie aceptaría como rey a un erudito incapaz de conducir a sus hombres a la batalla. Ese estado ideal de Platón se convertiría pronto en una nación débil, una presa fácil para sus vecinos.

—Dime, Alejandro —replicó Aristóteles con severidad—, ¿piensas acaso que el ejercicio del poder está reñido con el cultivo de la razón y de las cualidades del espíritu? ¿No sería un hombre culto y sensible el más adecuado para entender los problemas y las necesidades de sus conciudadanos?

Alejandro guardó silencio, consciente de que se había precipitado. Después habló con mucha menos vehemencia:

—Pienso que la mayoría de los hombres solo entienden la razón de la fuerza; claro que todo puede cambiar. Pero dime, Aristóteles: ¿dónde ha existido alguna vez un estado donde los reyes fueran filósofos y los filósofos, reyes?

—En honor a la verdad, mi querido muchacho, Platón intentó llevarlo a la práctica sin éxito, aunque tal vez fuera porque no supo elegir al príncipe adecuado —en ese momento sus ojos parecieron taladrar a Alejandro—. Eso no significa que otros no puedan triunfar donde Platón fracasó. De todas formas —concluyó—, opino

que ningún sistema de gobierno es malo en sí mismo. El problema aparece cuando los gobernantes (ya sea uno, unos pocos o muchos) olvidan la sagrada obligación de actuar siempre en beneficio del interés público. Entonces, la monarquía se convierte en tiranía, la aristocracia en oligarquía y la democracia en demagogia.

Con estas palabras, Aristóteles dio por terminada la lección de aquel día.

La clase más temida era la de oratoria. Un día a la semana, Aristóteles les proponía un asunto de controversia, ya fuera este el Estado ideal, la responsabilidad del individuo en la vida ciudadana, la relación entre virtud y felicidad o el juicio ético de los grandes personajes históricos. Todos los muchachos debían ponerse de pie por turno y expresar sus puntos de vista, cuidando esmeradamente de la adecuación de los argumentos, de la perfecta estructura del discurso y de la exactitud de su lenguaje. Algunos de ellos sudaban de lo lindo, más que después de una jornada entera de adiestramiento con Clito. Crátero, que era un camorrista nato, nunca vaciló en expresar en voz alta su disgusto:

—Las palabras son para los cobardes —dijo en una ocasión—. Fijaos en ese gusano de Demóstenes. Los macedonios hablamos mucho mejor con la espada.

Aristóteles respiró hondo antes de replicar, como siempre hacía:

—¿Alguien duda que Demóstenes ha conseguido más con sus palabras que si lo hubiera secundado todo un ejército?

Crátero se rascó la cabeza.

—No —dijo titubeante—. ¡Pero eso no quita para que siga siendo un gusano!

Aristóteles rió de buena gana.

—Estoy de acuerdo, querido muchacho, estoy de acuerdo. Sin embargo, siempre ha sido un principio de la guerra que hay que aprender a combatir al enemigo con sus propias armas. ¿Sí o no? —Todos asintieron en silencio—. Además, a nadie le ha hecho nunca daño aprender a expresarse con claridad. Seguro que hasta Bucéfalo lo haría si la naturaleza lo hubiera dotado para ello.

Todos se volvieron hacia mí y comenzaron a reír. Yo, en cambio, no le vi la gracia al comentario.

Periódicamente, Aristóteles decretaba una jornada de descanso en la que los muchachos estaban exentos de obligaciones y eran libres de hacer lo que les viniera en gana. En los meses de verano, la actividad favorita de todos ellos era nadar en las frías y veloces aguas del río para después tomar el sol tumbados en la orilla. La paz y el bienestar que allí se disfrutaban les hacían a veces imaginar que eran los únicos habitantes de la tierra y que no había nada más allá del valle de Mieza; sin embargo, sus mentes estaban ya tan sedientas de saber que ni siquiera en estas jornadas de ocio dejaban de trabajar a plena potencia.

Recuerdo un día en que, mientras todos los demás alborotaban en el agua, Alejandro y Hefestión paseaban muy juntos bajo los árboles, contemplando extasiados el espectáculo de la naturaleza. Caminaron hacia un lugar donde las aguas del río se precipitaban en una pequeña cascada coronada por un brillante arco iris. Allí, en el que sin duda era el lugar más hermoso del valle, vieron a Aristóteles sentado sobre una roca. Como siempre, el filósofo intentaba ver más allá de las apariencias. Tan enfrascado estaba en la observación del fenómeno que no se percató de que los dos jóvenes se aproximaban a él.

—¡Claro! —murmuraba de forma casi inaudible—. La visión es reflejada... gotas de agua... minúsculos espejos.

Cuando Hefestión le habló, dio tal respingo que estuvo a punto de caer al río.

—Siento mucho haberte asustado, Aristóteles —le dijo el joven—. Alejandro y yo nos hemos acercado a admirar contigo el Arco de Iris, la mensajera de los dioses.

Aristóteles alzó las cejas.

—¿El Arco de Iris? Ya entiendo. —A continuación permaneció un momento pensativo para, de pronto, formular una de sus habituales preguntas a bocajarro—: ¿Habéis intentado alguna vez explicar algo que no entendéis sin recurrir a la intervención divina?

Alejandro frunció el ceño confundido.

—¿Qué estas sugiriendo, Aristóteles? ¿Un mundo sin dioses?

—No, Alejandro, yo nunca iría tan lejos. A Sócrates, el mejor de los hombres, lo acusaron precisamente de no creer en los dioses y fue ejecutado por ello. Imagino que la filosofía precisa de mártires, pero yo amo demasiado la vida para afrontar ese riesgo. Ahora bien, ¿no pensáis que atribuirlo todo a la intervención y la voluntad de los dioses es un claro signo de ignorancia y pereza mental? He intentado haceros ver que todo, absolutamente todo, ha de ser objeto de análisis y reflexión.

—Bien, Aristóteles —le interpeló Alejandro—, ¿cómo explicas tú entonces el mundo?

Aristóteles respondió mostrando gravedad en su semblante.

—Acabas de formular la pregunta más importante de la filosofía. Normalmente soy yo el que pregunta y vosotros los que respondéis, pero, puesto que hoy estáis de vacaciones, haremos una excepción. —Aristóteles respiró hondo antes de continuar—. Veamos, Platón pensaba que todo lo que nos muestran nuestros sentidos no es más que una ilusión de realidad. Si miráis a Bucéfalo, por ejemplo, os resultará difícil concebir un caballo más hermoso y perfecto. —El comentario de Aristóteles no me pasó desapercibido, por lo que, mientras los tres se giraban para mirarme, dejé por un momento de pastar, alcé la cabeza e intenté mostrar mi estampa más hermosa—. Sin embargo, Bucéfalo sería para Platón tan solo una triste sombra de la idea de la que emanan todos los caballos del mundo. Es decir, todos los seres materiales que podemos percibir son el reflejo imperfecto de una idea que es en sí perfecta e inmutable.

—No comprendo a lo que te refieres con «idea» —dijo Hefestión—. ¿Quieres decir que la realidad solo existe en la mente de los hombres?

—En absoluto. De hecho, según Platón, la auténtica realidad está en el «mundo de las ideas». Por eso comencé diciendo que nuestro mundo es solo una ilusión de realidad. Recuerdo que mi maestro acostumbraba a explicar su teoría de forma alegórica. Imaginemos unos hombres que han pasado toda su vida prisioneros en una caverna. Unas cadenas los sujetan de tal forma que no pueden mirar hacia el exterior, y lo único que ven son las sombras que se proyectan en la pared que hay frente a ellos. Ante la boca de la caverna desfilan personas que portan diferentes objetos, de modo que los prisioneros, al ver sus sombras reflejadas, piensan que esas sombras constituyen el mundo real, cuando de hecho no son sino meras proyecciones de los objetos reales que las producen.

—Creo que comienzo a entender —le interrumpió Alejandro—. La caverna es nuestro mundo; los prisioneros somos los hombres, encadenados por la imperfección de nuestros sentidos; las sombras son nuestras percepciones, que tomamos por la realidad, y los hombres y objetos que las producen representan el mundo de las ideas, que, de forma incompleta y distorsionada, se refleja en el nuestro.

—¡Bravo! —exclamó Aristóteles con entusiasmo—. Veo que mis enseñanzas no están cayendo en saco roto. Recuerdo a muchos alumnos de la Academia, con más edad y formación que vosotros, calentarse la cabeza durante horas sin conseguir comprender la analogía. Pero aún falta algo: ¿cuál sería el papel de la razón humana en todo esto?

Ambos muchachos respondieron casi al unísono:

—¡Ir más allá de nuestra realidad ilusoria para alcanzar el conocimiento de las ideas inmutables!

—¡Exacto! —dijo Aristóteles riendo y palmeándose los muslos—. Tengo que confesar que a veces lográis sorprenderme.

Una vez pasada la euforia del momento, Alejandro formuló una nueva pregunta.

—De todas formas, imagino que hombres diferentes darán explicaciones diferentes al mismo problema. Ya sabemos lo que pensaba Platón. Dinos ahora lo que piensa Aristóteles.

—Hijo mío, Aristóteles carece de la imaginación de Platón y de su vena poética. De momento, me conformo con intentar comprender y clasificar lo que puedo ver, antes de pretender construir teorías sobre algo que mis sentidos no pueden siquiera atisbar. Al observar el cambio y el movimiento constante en la naturaleza, me convenzo cada vez más de que nada de esto es resultado del azar. Intuyo, por lo tanto, que existe un sistema complejo de causas que rigen todos los procesos naturales que observamos. También sería concebible la existencia de una causa última, eterna e inmutable, de la que proceden todas las demás.

—Naturalmente, te estás refiriendo a los dioses.

Aristóteles miró a Alejandro con expresión de infinita paciencia.

—Como sabes muy bien, Alejandro, los dioses habitan en las cumbres del monte Olimpo, y he de confesar que me aterran las alturas.

Lo que acabo de referiros os habrá permitido comprobar que la habilidad de Aristóteles como maestro estaba dando espléndidos frutos; sin embargo, todos los jóvenes de Mieza eran descendientes de una larga estirpe de guerreros y el amor por la guerra, como ya os dije al comienzo de este relato, es como una de esas enfermedades que se transmiten de generación en generación. Aun cuando disfrutaban enormemente de las enseñanzas de su maestro y de la charla intelectual, donde realmente se encontraban a sus anchas era entre los soldados del campamento cercano, recibiendo adiestramiento militar bajo la experta supervisión de Clito el Negro.

Curiosamente, Clito tenía una concepción de la educación muy similar a la de Aristóteles. A pesar de que los muchachos pertenecían a la nobleza y, por lo tanto, estaban llamados a ocupar los más altos cargos del ejército, estimó necesario que comenzaran su entrenamiento igual que lo hacen los más humildes reclutas de la falange. De este modo, afirmaba, serían más conscientes de que cada hombre que forma parte de un ejército, desde el humilde soldado de infantería hasta los oficiales de alto rango, constituye una pieza esencial en la compleja maquinaria de la guerra. Clito había comenzado su carrera desde abajo y despreciaba a los oficiales que envían a sus hombres al combate como si fueran bueyes para el sacrificio, sin conceder el mínimo valor a la vida humana, sin considerar ni por un momento que cada hombre que muere inútilmente supone una pérdida irreparable.

Una vez iniciados en todas las técnicas de la lucha a pie, incluyendo el manejo de la descomunal sarisa, comenzó su instrucción en la caballería y, para mí, el momento de mostrarle a todos de lo que era capaz.

—¡Por todas las sombras del Hades! —le dijo Clito a Alejandro tras observar mis cualidades—. Pensé que este caballo era solo un bonito capricho de niño mimado, pero ahora veo que quien lo entrenó sabía lo que hacía. Me recuerda al caballo de tu padre. Una vez vi a Filipo lanzarse al galope por una pendiente que más parecía un precipicio, y *Áyax* descendió por ella como si fuera una cabra en lugar de un caballo. Cualquier otro animal habría preferido dejarse apalear cien veces antes de precipitarse por allí, pero aquel caballo ni siquiera vaciló. Cuida bien de Bucéfalo, Alejandro, pocos jinetes tienen la suerte de encontrar un animal como este.

Alejandro, que recibía los elogios que me dedicaban con tanto orgullo como si fueran dirigidos a él mismo, se inclinó y susurró junto a mi oído: «Bien hecho, Bucéfalo, y eso que todavía no han visto nada».

La severa instrucción y el paso del tiempo fueron poco a poco convirtiendo a aquel grupo de adolescentes en hombres fornidos y preparados para soportar los más duros rigores. Todos ellos demostraron tener excelentes cualidades para el servicio de

las armas, pero he de decir que Alejandro se destacó desde el principio por su temple, su habilidad y su fortaleza, y ello pese al hecho de que jamás llegó a alcanzar la estatura de sus compañeros. Tolomeo se había convertido en un amable gigante, y Hefestión parecía la estatua vaciada en bronce de un héroe homérico. Alejandro, en cambio, no llegó a superar los cinco pies y medio. Su complexión física tampoco era, al menos a simple vista, impresionante; seguía siendo un muchacho delgado de miembros esbeltos y movimientos ágiles. Sin embargo, ninguno de sus compañeros logró jamás vencerlo en las distintas modalidades de lucha, con o sin armas, ni consiguió superar su velocidad, su rapidez de reflejos o su destreza en la equitación. Por otro lado, su belleza infantil persistía inalterada en su juventud, hasta el punto de que todos tenían que hacer un esfuerzo para alejar la mirada de su rostro. Los soldados del campamento comenzaban a mirarlo con un respeto reverencial, casi supersticioso, como si, más que un simple muchacho, fuera la encarnación de un dios.

—¿Te has dado cuenta de cómo te comen con los ojos? —le preguntó un día Hefestión con algo de sorna—. Me da la impresión de que, si se lo ordenaras, te seguirían hasta el fin del mundo.

Alejandro pareció no percatarse de la ironía de su amigo y le respondió con total seriedad:

—Quizá un día los ponga a prueba.

He de decir que la admiración que Alejandro despertaba en el grupo de Mieza, aunque grande, no era unánime. Había algunos muchachos que no perdían ocasión de contestar su liderazgo o mostrar abiertamente su rivalidad hacia mi señor y su círculo de amigos. Casandro era su cabecilla. Se trataba de un macedonio típico: pelirrojo, pecoso, fornido y tan alto que Alejandro parecía un crío a su lado. Nunca me gustó aquel sujeto. Había algo en su forma de mirar que inspiraba desconfianza. Supongo que sabéis a qué me refiero: era uno de esos tipos a los que uno procura no dar jamás la espalda, por si acaso.

A pesar de todo, Casandro tenía merecimientos de sobra para figurar en el selecto grupo de Mieza. Era hijo del noble Antípatro, uno de los pocos hombres en quien Filipo confiaba realmente, tanto que siempre dejaba los asuntos del reino a su cuidado cuando la guerra lo alejaba de Macedonia. Sin embargo, la amistad de los padres no fue heredada por los hijos. Casandro sentía una envidia enfermiza hacia mi señor, una envidia que con los años había engendrado auténtico odio. Pero si grande era su rencor, más grande aún era su cobardía, por lo que nunca se había atrevido a desafiar a Alejandro abiertamente. En lugar de ello, empleaba el recurso de provocar a sus amigos más queridos. Permitidme que os relate lo que ocurrió en una ocasión.

El ejercicio táctico de aquel día había consistido en un simulacro de combate entre dos cuerpos de caballería, algo parecido a los juegos de aqueos y troyanos, aunque mucho más violento. Filipo había ordenado que su caballería fuera adiestrada

como fuerza de choque, lo que nadie había intentado jamás. Para ello los maestros armeros habían ideado una pica especial, más corta y ligera que las sarisas de la infantería. Pero manejar aquella arma a lomos de un caballo no era un asunto sencillo, como muy pronto pudieron comprobar los muchachos, la mayoría de los cuales daban con sus huesos en tierra antes incluso de que su montura hubiera emprendido el galope. Tras ensayar varias cargas, todos los jóvenes señores estaban tan magullados como si hubieran participado en una batalla real, todos salvo Alejandro y Hefestión. De hecho, el amigo de mi señor había manejado su sarisa como un veterano. Casandro había resultado derribado por él en dos ocasiones. La segunda vez, Hefestión lo acometió con tal rabia y destreza que había logrado perforar su escudo. Solo el hecho de que la punta metálica fuera retirada para los adiestramientos lo había librado de resultar ensartado como un ave en su espetón. Casandro estaba cubierto de polvo, lleno de moraduras de pies a cabeza y rojo de ira. Apenas esperó a que Clito y sus hombres se perdieran de vista para dar rienda suelta a su lengua:

—¡Vaya con el «amiguito» de Alejandro! —dijo de forma bien audible—. Y eso que todos lo teníamos por un alfeñique.

El tono que empleó para decir «amiguito» no dejaba lugar a duda de cuáles eran sus insinuaciones. Hefestión, que se alejaba en esos momentos, se detuvo en seco, apretó los puños y se giró hacia Casandro. Su rostro estaba tan blanco como un trozo de papiro.

—¿Qué me has llamado? —preguntó con los dientes apretados.

—¡Oh! ¡Perdóname! —dijo Casandro con exagerados ademanes y tono hipócrita—. ¿Te he ofendido? ¿Ha sido lo de amiguito o lo de alfeñique?

A Hefestión nunca le ha gustado malgastar palabras. Ya se disponía a descargar el golpe cuando Alejandro lo detuvo sujetando su brazo.

—Tranquilo —le dijo sonriendo.

Cuando Hefestión se hizo a un lado, Alejandro se plantó delante de Casandro. Sus rostros estaban tan cerca que sus narices casi se tocaban, aunque para ello mi señor tuvo que ponerse de puntillas.

—Te sugiero, Casandro —dijo muy lentamente—, que en lo sucesivo tengas cuidado con tu lengua. Cualquiera día podrías mordértela por accidente y morir envenenado.

Casandro no acertó a responder. Resoplaba como un jabalí atrapado en una red. Casi se podía oír cómo rechinaban sus dientes.

—Y también te sugiero —prosiguió Alejandro— que dejes a mis amigos en paz. Mejor dedica tu tiempo a convertirte en un buen soldado para mi padre. ¿De acuerdo?

—Si no fuera porque... —logró mascullar Casandro.

—¿Por qué?

—Porque eres el hijo del rey... —el rostro de Casandro había pasado ya del rojo al violeta.

Alejandro soltó una carcajada.

—¡Vamos, —dijo— continúa! Ya sabes que aquí todos somos iguales. Esto quedará entre nosotros. ¿No es verdad amigos?

La voz profunda de Tolomeo se oyó entonces con claridad.

—¡Déjame a mí, Alejandro! No te manches las manos con esa escoria.

Mi señor lo contuvo agitando la cabeza.

—No, amigo. No va a ser necesario. Creo que Casandro no tiene ganas de pelear hoy.

Tras decir eso, dio media vuelta y comenzó a alejarse. Pero en esta ocasión Alejandro había calculado mal la reacción de su rival. Apenas tuvo tiempo de dar dos pasos cuando Casandro lo atacó con una determinación extraña en él. Tras lanzarse sobre su espalda, rodeó el cuello de Alejandro con un brazo y comenzó a hacer palanca con el otro. Era una llave clásica de lucha, pero su mirada dejaba bien claro que no lo hacía por deporte. Alejandro ni siquiera intentó zafarse de la presa. Se movió con tal rapidez que nadie fue consciente de lo sucedido hasta que todo hubo terminado. Primero, su codo se hundió en el vientre de Casandro. Casi de forma simultánea, la parte posterior de su cabeza golpeaba salvajemente el rostro de su adversario con un chasquido seco, el ruido inconfundible de un hueso al romperse. Finalmente, Casandro volaba por los aires para aterrizar sobre su espalda a considerable distancia. Y allí se quedó, inmóvil y desmadejado como un saco viejo, mientras su nariz comenzaba a sangrar a borbotones.

El hermano pequeño de Casandro acudió de inmediato a vengar el honor familiar, aunque solo para acabar tumbado tras recibir un puñetazo en el mentón. Aquello incitó al resto de la pandilla a lanzarse al ataque. Tres muchachos cargaron contra Alejandro y lograron derribarlo. Mientras dos de ellos lo sujetaban, el tercero montó a horcajadas sobre mi señor y comenzó a golpearlo con los puños.

—¡A por ellos! —gritó Hefestión mientras corría en ayuda de su amigo.

—¡Por Filipo y Macedonia! —bramaron los demás.

Inmediatamente se desencadenó una auténtica batalla campal. Hubo puñetazos, patadas, llaves de lucha y hasta algún que otro mordisco. Entre los golpes, los gruñidos, los insultos y las exclamaciones de dolor, el escándalo era indescriptible. Apenas podía distinguirse quién era quién entre aquel revoltijo de cuerpos enzarzados y cubiertos de tierra. Entonces sonó una orden semejante a un toque de corneta: «¡Alto!». El entrenamiento recibido hizo que todos se quedaran congelados de inmediato. Nadie se atrevió a mirar a la cara a Clito, cuyo ceño fruncido no hacía presagiar nada bueno.

El resto del día lo dedicaron a subir y bajar todas las colinas cercanas al campamento. Iban pertrechados con armamento pesado de hoplita, al que Clito había añadido el equipo de los zapadores: el pico, la pala y una enorme hacha. El único se libró fue Casandro, en cuya nariz un cirujano militar tuvo que emplear varias horas de trabajo, aunque creo recordar que jamás volvió a ser lo que era.

Pero más les dolieron las palabras que Aristóteles les dedicó al regresar a la escuela. Por cierto que, a esas alturas, parecía que todos acababan de regresar de la guerra de Troya... tras haberla perdido.

—De modo que aquí tenemos a los futuros gobernantes y generales del reino de Macedonia —dijo tras alzar las cejas—. ¡Valiente espectáculo! ¿Y de verdad esperaréis sembrar la concordia entre vuestro pueblo si ni siquiera sois capaces de entenderos entre vosotros?

Desde la puesta de sol hasta el amanecer, tuvieron que copiar con esmerada caligrafía el último discurso que Demóstenes había pronunciado en Atenas.

—Puede que el contenido os parezca repugnante —comentó Aristóteles a modo de explicación—. Sin embargo, no cabe duda de que su estilo oratorio es impecable.

El duro programa de instrucción de Clito tenía la virtud de servir como vía de escape a las inagotables energías de aquel grupo de jóvenes, de modo que, cuando regresaban con Aristóteles, se hallaban mucho mejor dispuestos para recibir sus enseñanzas. La jornada avanzaba pacíficamente hasta el anochecer, cuando todos ellos tenían la obligación de ocuparse de distintas tareas domésticas. Desde el principio, Aristóteles se había mostrado tajante en cuanto a su prohibición de lujos superfluos. Los muchachos vestían una túnica corta, sencilla y extremadamente cómoda llamada *quitón*, y se abrigan con mantos de lana o con pieles durante el invierno. Cualquier tipo de adorno, joya o abalorio, a los que los nobles macedonios son tan aficionados, estaba completamente prohibido. Con el fin de hacer crecer en ellos el sentido del deber y acostumarlos a una vida austera, Aristóteles les exigía cuidar y remendar sus propias ropas y calzado, tarea a la que dedicaban algunas de estas veladas de trabajo doméstico.

Recuerdo una ocasión en que los muchachos aliviaban la monotonía de sus tareas de costura enunciando silogismos. Aristóteles les había enseñado los rudimentos de una disciplina que estaba desarrollando. La llamaba *lógica* y pretendía con ella hallar un modo de formalizar el lenguaje de modo que, a partir de premisas verdaderas, se llegara siempre a enunciados auténticos. Temo que ninguno de los jóvenes había comprendido realmente la utilidad de dicha disciplina, pero les divertía enormemente gastarse bromas *lógicas*. Como venía ocurriendo desde su infancia, el blanco habitual de dichas bromas era el bueno de Tolomeo.

—Veamos —dijo Crátero—. Todos los asnos tienen dos orejas. Tolomeo tiene dos orejas, luego Tolomeo es un asno.

Los demás respondieron a la ocurrencia de Crátero con grandes carcajadas, mientras Tolomeo se ponía colorado y agachaba la cabeza sobre la prenda que estaba remendando. A Aristóteles le divertían también las bromas de sus discípulos, pero no perdía ocasión para darles una lección de humildad cuando lo consideraba necesario.

—Mi querido Crátero —dijo con pretendida gravedad—, he intentado haceros

comprender que para construir un silogismo debe haber siempre una premisa mayor y una premisa menor. Déjame pensar en un ejemplo —entonces alzó los ojos hacia techo, simulando un estado de gran concentración—. ¡Ya lo tengo! Solo un necio puede construir un silogismo falso. Crátero acaba de construir un silogismo falso, luego Crátero es un necio.

Todos volvieron a reír, mientras que a Crátero le llegaba el turno de avergonzarse, pero Aristóteles no había acabado aún.

—O bien: Ninguna persona inteligente se burla de sus semejantes. Algunos jóvenes macedonios se burlan de sus semejantes, por lo tanto, algunos jóvenes macedonios no son inteligentes. —Esta vez nadie rió, salvo por una leve sonrisa de Tolomeo, y todos bajaron la cabeza—. Y si en lo sucesivo los jóvenes señores se dignaran prestarme más atención, tal vez este humilde maestro tendría alguna esperanza de limpiar las telarañas de sus cerebros.

Los meses y los años pasaron como en un sueño, sin que nadie llegara a ser del todo consciente del largo tiempo que había transcurrido desde nuestra llegada a Mieza ni de la soledad en que allí vivíamos. A veces los muchachos recibían noticias de la corte y de sus familias. Sin embargo, ninguno de ellos echaba de menos su lujosa vida anterior. En sus compañeros de Mieza habían encontrado una auténtica familia, y en la persona de su maestro al mejor padre que pudieran desear. Un padre exigente y severo en ocasiones, aunque siempre justo y, con frecuencia, afectuoso. Me consta que también Aristóteles los miraba como a sus hijos, en especial a Alejandro. Pero incluso entre un padre y su hijo más amado surgen diferencias. Además, mi señor siempre mantuvo su temperamento indómito y no dudaba en disentir de su maestro, a veces de forma vehemente, como durante aquella lección de geografía que voy a relataros.

Durante buena parte de la mañana habíamos recorrido el paraje en torno a Mieza en busca de plantas que estudiar y clasificar. Junto a los restos de un antiguo templo, a la orilla del río, Aristóteles decidió hacer un alto y les pidió a los muchachos que se sentaran a su alrededor. Entonces se dirigió a ellos de este modo:

—Hoy hablaremos del mundo y de las tierras que lo componen. Y para empezar, vamos a despejar algunas patrañas. Estoy convencido de que el mundo no es plano y circular, como muchos piensan, sino que tiene la forma de una esfera.

—¿En qué te fundas para afirmar tal cosa, Aristóteles?

—La observación suele ser un valioso aliado en estos casos. Veamos, ¿qué forma tiene el trozo que le falta a la Luna durante un eclipse? ¿No recordáis el que observamos el verano pasado?

Los muchachos se miraron unos a otros confundidos.

—Convexa, mis queridos zoquetes —dijo Aristóteles sonriendo benévolo—. Y puesto que durante un eclipse la masa de la Tierra se interpone entre el Sol y la Luna,

lo que estamos viendo no es sino la sombra de nuestro mundo proyectada sobre la Luna. ¿No nos permite eso concluir que la Tierra es esférica?

—No necesariamente —dijo Alejandro con los ojos entornados—. Un disco proyectaría la misma sombra.

—¡Bravo! —Aristóteles palmoteó sus muslos, como siempre que uno de sus alumnos usaba la cabeza para llegar a una conclusión correcta—. Necesitamos, pues, ampliar nuestros datos. Los viajeros aseguran que, conforme uno se desplaza hacia el septentrión, surge ante nuestra vista un círculo de horizonte distinto, de modo que los astros situados sobre nosotros cambian de forma considerable.

—¿Quieres decir que unos astros se ocultan a nuestra espalda y otros aparecen al frente? —preguntó Hefestión.

—Así es. Lo que nos lleva necesariamente a la conclusión de que...

—Nuestro mundo no es solamente circular —dijeron todos a coro—, sino también esférico.

Aristóteles volvió a palmotear.

—¿Veis —dijo jovial— como la cabeza sirve para algo más que para lucir el casco?

Los muchachos rieron, salvo Alejandro, que permaneció pensativo. Al fin, lanzó una pregunta con los ojos redondeados por el asombro:

—¿Significa eso que si viajáramos en línea recta volveríamos antes o después a nuestro punto de origen?

—Buena observación, así ocurriría en efecto. El problema es que no conocemos en absoluto la duración de semejante viaje.

—¿No hay ninguna forma entonces de calcular el tamaño de la esfera sobre la que vivimos? —preguntó Crátero.

—De momento, no. Pero nada nos impide hacer algunas conjeturas. Los relatos de los viajeros nos indican que la anchura del mundo conocido es de ochenta mil estadios [unos 14 000 Km]. Más allá de las columnas de Heracles, en el extremo occidental del mundo, se abre un océano enorme que nadie se ha atrevido a surcar. En el confín oriental de las tierras parece que existe también un gran océano cuyas orillas pueden divisarse desde las cumbres del Cáucaso. ¿No sería concebible que ambos océanos, el occidental y el oriental, fueran en realidad un solo y vastísimo mar circundante que envuelve todas las masas de tierra?

A Alejandro parecía que los ojos fueran a salirse de las órbitas mientras observaba a Aristóteles bosquejar un esquemático mapa sobre la arena.

—A juzgar por lo que sabemos, la longitud de las tierras habitadas es mayor que su anchura, en una proporción de al menos cinco a tres. Como podéis ver, las tierras se dividen en tres grandes masas o continentes. Nosotros estamos en este punto —dijo trazando una cruz en una pequeña península cercana al extremo occidental del mapa.

—Imposible —protestó Hefestión—. Todo el mundo sabe que el centro del

—¿Y al norte de la Hélade? ¿Se sabe qué hay allí?

—Muy vagamente. Todos conocéis a los tracios y los ilirios y sabéis el azote constante que suponen para nosotros. Al norte de Tracia existe un río anchísimo llamado Istro [*el Danubio*]. De los pueblos que viven más allá apenas sabemos nada. Algunos sostienen que se trata de los legendarios hiperbóreos. Pero ¿qué nos importa eso? En todo caso se trata de tierras estériles y frías, y los hombres que las habitan, quienesquiera que sean, son ajenos a nuestra civilización y viven sumidos en las tinieblas de la barbarie.

Noté que en ese punto Alejandro arrugaba el ceño.

—¿Y al este, Aristóteles?

—Aquí pisamos terreno más firme. Es de sobra conocido que las tierras más cercanas de Asia son parte de la Hélade, aunque, para nuestra vergüenza, ya hace muchos años que cayeron bajo el dominio persa. La franja costera y las islas cercanas constituyen la Jonia. Más al sur se encuentra Siria, y también las poderosas ciudades de los fenicios, como Biblos, Tiro y Sidón. —Aristóteles procedió a marcar los diferentes lugares sobre el mapa, de norte a sur—. Si continuáramos a lo largo de la costa, alcanzaríamos la desembocadura del Nilo, el más largo y célebre de todos los ríos, que como bien sabéis riega las tierras de Egipto.

—Conozco bien Egipto —dijo Alejandro con suficiencia—. He leído el segundo libro de Heródoto varias veces.

—Sé bien que Heródoto estuvo allí, pero mucho me temo que se dejó llevar más por su imaginación que por sus observaciones sobre el terreno. Bien, volvamos a Asia. Sabed que buena parte de sus tierras son desérticas, salvo esta franja en forma de media luna que riegan los ríos Éufrates y Tigris, por lo que se conoce con el nombre de Mesopotamia^[1]. Precisamente a orillas del Éufrates está Babilonia, tal vez la más antigua de todas las ciudades. Sabed también que toda el Asia está surcada por la gran cordillera del Cáucaso, que se prolonga hasta la misteriosa India y puede que hasta el fin de las tierras. Al norte de esa cordillera se extienden las desoladas estepas donde viven los nómadas escitas. Pero el territorio más extenso de Asia es el que constituye el imperio de los reyes de Persia, los Aqueménidas, enemigos ancestrales de las ciudades helenas.

—¿No piensas contarnos nada más sobre los persas? —preguntó Alejandro.

—Mi querido muchacho, los persas, como el resto de los bárbaros, están muy por debajo de la categoría humana. Ellos son tan inferiores a nosotros como el cuerpo respecto al alma o el animal frente al hombre. —Lo que dijo a continuación Aristóteles, probablemente el hombre más sabio que jamás haya vivido, me dejó de una pieza—: Opino que existen solamente para que los helenos, los auténticos hombres, los usemos, al igual que usamos las plantas y las bestias. Nosotros hemos nacido para ser libres, mientras que ellos nacieron para ser esclavos. El único proceder sensato con los bárbaros es derrotarlos y someterlos, como ellos hicieron con nuestros hermanos de Jonia, y en esto creo estar totalmente de acuerdo con tu

padre.

—¡No es verdad! —replicó Alejandro indignado—. Mi padre pretende liberar las ciudades de Jonia, pero jamás se ha propuesto humillar ni esclavizar a los persas. Bien sabes que ha dado asilo a nobles de la aristocracia persa en su corte y que siempre los trató con respeto y amistad. ¿Cómo puedes pensar que los persas y los demás bárbaros no son auténticos hombres? ¿Es que acaso caminan a cuatro patas y se devoran unos a otros? ¿Has olvidado que fuera de la Hélade han surgido civilizaciones y culturas tan gloriosas como la nuestra, y algunas de ellas mucho más antiguas?

Aristóteles escuchó impávido las recriminaciones de Alejandro y después respondió con calma:

—Disculpo tu arrebato como consecuencia lógica de tu inexperiencia, pero permíteme decirte que la calidad humana consiste en algo más que en erigir palacios y estatuas, o incluso imperios. El auténtico hombre se distingue del que no lo es por el ejercicio constante de la virtud y por el cultivo de la razón, y ni los persas ni el resto de los bárbaros cumplen esa condición esencial. —En ese momento Aristóteles se detuvo y su rostro se ensombreció, como si el más triste de los recuerdos acabara de acudir a su memoria—. Hace tan solo unos días he sabido que mi buen amigo Hermias, un hombre recto y justo donde los haya, ha sido salvajemente torturado y ejecutado por ese carnicero de Artajerjes. Dime, ¿puedo acaso considerar humanos a los persas tras esa demostración de crueldad y barbarie?

Una sonrisa suavizó la expresión de Alejandro.

—Comparto tu dolor, Aristóteles, pero tú mismo nos has enseñado el error que supone realizar juicios precipitados. Del mismo modo que no se puede culpar a todos los atenienses por la muerte de Sócrates, no todos los persas comparten la culpa del asesinato de esa persona tan querida para ti. Yo mismo he conocido a algunos persas que son mucho más virtuosos que la mayoría de los helenos. ¿No es cierto que para muchos atenienses nosotros mismos, los macedonios, no somos otra cosa que bárbaros? ¿Estamos condenados a ser esclavos por ello?

Aristóteles caviló en silencio durante unos instantes.

—He de reconocer que tus palabras me dan que pensar.

—Tengo un sueño, Aristóteles —dijo Alejandro como en un trance. Sus ojos parecían mirar el infinito; su voz sonaba lejana, como si les llegara desde el otro extremo del mundo, o quizá desde un remoto futuro—. Nunca lo he contado a nadie —prosiguió—, pero creo que este es un buen momento para hacerlo. En mi sueño veo a todos los pueblos del mundo conocido unidos en el mayor imperio que haya conocido la Historia. Sueño con un mundo donde queden conjurados para siempre el sufrimiento y el caos, donde las diferencias entre los pueblos no sean una fuente constante de discordia y reinen el orden y la justicia. Sueño con un mundo concebido a medida de los hombres, sean helenos o no.

Aristóteles miró a Alejandro con los ojos brillantes.

—Muy hermoso, muchacho, pero me temo para que tu imperio viera la luz se habría de derramar tanta sangre que tal vez sería mejor dejar las cosas como están.

Alejandro sostuvo la mirada de su maestro y apretó los labios en un gesto de determinación.

—O tal vez no —dijo por último.

Cuando estaba próximo a cumplirse nuestro cuarto año de estancia en Mieza, ocurrió algo que revolucionó por completo nuestra apacible existencia. Una mañana, a finales del invierno, nos desplazamos al campamento para comenzar la jornada de instrucción. Al llegar allí nos asombró comprobar el enorme cambio que se había producido de la noche a la mañana: donde el día anterior estaba el modesto y soñoliento contingente, hoy había acampado un ejército en toda regla. Docenas de tiendas habían surgido como por arte de magia, y por todas partes humeaban las fogatas donde los soldados cocinaban sus ranchos. Los oficiales iban de acá para allá gritando órdenes, y una manada entera de caballos alborotaba en un cercado. El lugar se veía tan animado como si el ejército estuviera en mitad de una campaña.

—¡Por los dioses! —exclamó Hefestión—. Parece que tenemos visita.

Mientras tanto, Alejandro contemplaba asombrado una gran tienda situada en el mismo centro del campamento. Sobre ella ondeaba un estandarte negro con un sol radiante bordado en oro.

—¡Filipo! —exclamó—. ¡Mi padre ha venido!

El rey en persona salió a recibir a los muchachos. Junto a él, como siempre, estaba Parmenión. Ambos vestían ropas de campaña.

—¡Alejandro! —gritó Filipo al aproximarse—. ¡Te fuiste siendo un crío y ahora te encuentro convertido en todo un hombre! ¡Déjame que te abrace!

Alejandro soportó con gran entereza un abrazo que habría podido partirle la espalda a un oso. A pesar de su semblante serio, todos vieron que sus ojos brillaban de emoción.

—Que los dioses te den larga vida, padre. Por lo que puedo ver, no te agrada viajar de incógnito.

La carcajada de Filipo cortó el frío aire de la mañana.

—¡El mismo mocoso impertinente de siempre! —dijo con jovialidad—. ¿Es que no recibís noticias aquí?

—Muy rara vez. Además, ni tú ni mi madre os habéis prodigado con vuestras cartas.

—Échale la culpa a tu maestro. Aristóteles siempre ha insistido en que quería que os educaseis sin distracciones. Más de una vez he tenido que vencer la tentación de saltar sobre mi caballo y venir a verte. Pero ¿de verdad no te imaginas qué hacemos aquí?

—Supongo que no habéis salido a cazar —respondió Alejandro provocando de

nuevo la risa de su padre—, de modo que tiene que tratarse de una nueva campaña. ¿Puedo preguntar quiénes son ahora los desafortunados?

El semblante de Filipo se endureció.

—¡Los bizantinos, maldita sea! Se niegan a franquearme el acceso al Helesponto para que mis tropas puedan cruzar al Asia.

—No lo entiendo, padre. ¿Qué motivos puede tener Bizancio para oponerse a tu expedición? Además, ¿no habías firmado un tratado con ellos?

—Lo hice, y ha demostrado valer menos que el trozo de mármol sobre el que se inscribió. Puedes imaginarte quién está detrás de todo esto.

—O mucho me equivoco o te refieres a cierto despreciable politicastro ateniense con propensión a tartamudear.

En ese momento Parmenión terció en la conversación con tono indignado.

—¡Te lo advertí, Filipo! ¡Debimos haberle cortado el cuello a esa rata de Demóstenes cuando tuvimos oportunidad!

—Calma, amigo mío —dijo Filipo sonriendo—. Si nos dejamos llevar siempre por nuestros instintos, los atenienses seguirán pensando que somos unos bárbaros sin civilizar, y sabes que necesito su apoyo... y sus barcos. Bien, Alejandro, has acertado. Demóstenes no ha ahorrado esfuerzos durante los últimos cuatro años para frustrar mi proyecto. Aun así, no ha conseguido que la Asamblea ateniense rompa el tratado que firmaron con nosotros, pero les ha arrancado un voto de ayuda incondicional a Bizancio en caso de agresión. Los bizantinos se han envalentonado y se niegan a dejarnos pasar por su territorio. Podríamos abrirnos paso por la fuerza, pero no puedo permitirme el lujo de dejar territorios hostiles a mi espalda.

—¿Y qué más, padre? —preguntó Alejandro entornando los ojos y frotándose el mentón.

—¿Cómo has dicho?

—Te conozco. Imagino que la hostilidad de Bizancio no es tu único motivo para movilizar a todas las tropas.

El rey volvió a reír.

—¡Bien por el viejo Aristóteles! Ya veo que ha empleado el tiempo en algo más que en haceros aprender a Homero. Tienes razón, por supuesto. Quien controle Bizancio puede bloquear fácilmente la ruta comercial del Bósforo, a través de la cual los atenienses obtienen casi todo su trigo.

—Ya —dijo Alejandro sin dejar de frotarse la barbilla—. De modo que Filipo en el Bósforo equivale a hambre en Atenas.

—Exacto. Y no conozco argumento mejor que el hambre para doblegar la voluntad de los atenienses.

—Corrígeme si me equivoco. ¿No es Bizancio famosa por la calidad de sus fortificaciones?

—Sí, hijo mío. Y para colmo de males tiene uno de los mejores puertos de este lado del mundo. Con la ayuda de la flota ateniense la ciudad puede resistir durante

años. Nos enfrentamos a un asedio largo y difícil, y por eso precisamente estoy aquí.

—Vas a llevarme contigo, ¿verdad?

Filipo respiró hondo antes de responder.

—Clito me ha asegurado que te has convertido en un soldado a la altura de los mejores, pero no es en Bizancio donde te necesito ahora, sino en Pela.

Una enorme decepción se pintó en el rostro de Alejandro.

—¿En Pela? ¿Y qué puedo hacer yo en Pela cuando todos los hombres van a la batalla? ¿Es que no confías en mi capacidad?

—Todo lo contrario. Ignoro cuánto tiempo se prolongará esta campaña y el reino necesita un gobernante. Tú eres el príncipe real, mi heredero. Quiero que permanezcas en Macedonia como regente.

Alejandro se quedó tan inmóvil como si lo hubiera fulminado un rayo.

—Pero ¡no tengo ninguna experiencia de gobierno! ¡No estoy preparado!

—Aristóteles me ha asegurado en sus cartas que sí lo estás. Además, no se me ocurre un modo mejor de que adquieras experiencia que dejarte asumir esta responsabilidad. Antípatro te aguarda en la capital. Sabes que confío en ese hombre tanto como en el propio Parmenión. Sigue sus consejos y que los dioses te iluminen.

Alejandro se irguió en toda su estatura y apretó los dientes.

—Ve tranquilo, padre. Intentaré que a tu regreso encuentres el reino tal como lo dejaste.

Filipo sonrió complacido y volvió a abrazar a Alejandro. A continuación, se quitó el anillo con el sello real y lo deslizó por el dedo de su hijo. Todos los presentes lanzaron vítores por el rey y su heredero. El verano anterior Alejandro había cumplido dieciséis años.

Capítulo V

Las hogueras de Queronea

PARTIMOS hacia Pela al día siguiente. Antes de la salida del sol, Filippo ordenó que se levantara el campamento y que las tropas emprendieran la larga marcha hacia Bizancio, camino que ya había seguido el grueso del ejército. Los amigos de Alejandro recibieron entusiasmados la noticia de que acompañarían al rey en la campaña. Supongo que mi señor sintió una gran tristeza al no poder ir con ellos; sin embargo, procuró que sus emociones no afloraran en ningún momento. Uno tras otro, los abrazó y les deseó que los dioses velaran por ellos en la batalla. Un sollozo sacudió los hombros de Hefestión cuando Alejandro lo estrechó fuertemente entre sus brazos.

—¡Ánimo, Hefestión! —le dijo secando sus lágrimas—. Ya vendrán otras ocasiones para luchar uno al lado del otro.

El ejército emprendió la marcha como una gran bestia perezosa, y Alejandro permaneció inmóvil hasta que la última lanza y el último estandarte se perdieron de vista, sin permitir que su rostro delatara su verdadero estado de ánimo. Sus pensamientos solo fueron interrumpidos cuando una mano amiga se posó sobre su hombro.

—¡Aristóteles! A ti te echaré de menos más que a nadie.

—Yo también a ti, muchacho. Pero estoy resignado desde hace tiempo. Es el sino de todos los maestros. Nuestros discípulos, a los que tanto hemos llegado a apreciar, crecen y se van. Llegan otros nuevos, pero nosotros ya somos más viejos y estamos un paso más cerca de la muerte.

—Si pensaras, como yo, que el alma del hombre es inmortal, no verías la vida con tanto pesimismo. En fin, creo que ha llegado el momento de decir adiós. ¿Qué vas a hacer ahora, querido maestro?

—Tu padre ha sido extremadamente generoso. Jamás un preceptor ha recibido honorarios tan espléndidos por sus servicios. Me ha concedido fondos ilimitados para llevar a cabo la reconstrucción y repoblación de Estagira, mi ciudad natal, arrasada durante la campaña de Olinto. Ese proyecto me llevará algún tiempo.

—¿Y después?

—Después tengo la intención de regresar a Atenas y proseguir allí mis investigaciones y mi labor docente. En la Academia de Platón ya no hay sitio para mí. Tal vez me decida a fundar mi propia escuela de filosofía.

—¿Querrías prometerme algo, Aristóteles?

—Tú dirás.

—Todas las enseñanzas que hemos recibido de tus labios, todas tus ideas, ¿no sería una pena que se perdieran o quedaran deformadas por no ponerlas por escrito, como le ocurrió a Sócrates? ¿Me prometes que encontrarás el tiempo para hacerlo?

—Esa es una promesa fácil de cumplir, Alejandro. Yo mismo lo he pensado infinidad de veces. Ahora, márchate. Te aguarda un duro trabajo.

Maestro y discípulo se miraron durante un momento, comprendiendo que ninguna palabra podría expresar la emoción que sentían. Después, Alejandro montó sobre mí y partimos al galope hacia Pela.

Unos pocos meses después, Alejandro había llegado a la conclusión de que ni la educación más esmerada podía preparar a un hombre para el enorme trabajo de gobernar un reino. Apenas lo vi durante todo ese tiempo. Se levantaba al amanecer y se encerraba en el despacho de su padre tratando de resolver una parte de la ingente cantidad de asuntos que se acumulaban sobre su mesa. Quienes colaboraban con él afirmaban que era capaz de dictar a cuatro secretarios simultáneamente sin perder jamás el hilo. Cuando el sol brillaba ya alto en el cielo, pasaba revista a la guarnición que había quedado en la capital y escuchaba los partes de incidencias de los oficiales. A primera hora de la tarde, sin apenas tiempo para engullir más que un par de bocados de su almuerzo, salía corriendo hacia el edificio de los tribunales.

Macedonia es en muchos aspectos un estado arcaico. El rey en persona es quien imparte justicia y jamás faltan delitos que juzgar y pleitos que dirimir. La mayoría de las ocasiones, se trata de complejísimo asuntos de lindes entre propiedades que se remontaban a muchas generaciones en el pasado. Puesto que macedonios son muy aficionados a resolver sus disputas territoriales mediante la violencia, Alejandro comprendía la importancia del trabajo de impartir justicia; sin embargo, aun así, le exasperaba tener que escuchar las prolijas y enrevesadas explicaciones de los litigantes:

«Has de saber, señor, que mi abuelo materno le compró el terreno al de este granuja de Aristóbulo dos años después de la gran sequía, el décimo año tras la subida al trono del rey Amintas, me parece. Le dio a cambio tres docenas de ovejas y doscientas medidas de grano, que, en aquella época, era un precio más que justo. Pues bien, cuando mi abuela quedó viuda...».

Mientras escuchaba esta enredosa historia, y otras muchas similares, Alejandro pensaba en sus compañeros, que luchaban junto a las tropas de su padre en Bizancio, y tenía que hacer grandes esfuerzos para no desesperarse.

—Nos estamos convirtiendo en uno de los estados más populosos de la Hélade — le dijo un día a Antípatro, su consejero y hombre de confianza de su padre— y lo seguimos administrando como cuando Macedonia era una tierra salvaje habitada por clanes de pastores montañeses.

—¿Comprendes ahora por qué tu padre pasa todo el tiempo que puede en campaña? Aunque, si me permites decirlo, el carácter de tu madre tiene también bastante que ver en ello.

—Esta situación es insostenible —refunfuñó Alejandro pasando por alto el comentario de Antípatro—. Necesitamos un cuerpo de magistrados para impartir justicia. No se puede hacer descansar casi toda la administración sobre los hombros del rey.

—Tu padre siempre ha afirmado que el aumento del funcionariado es un signo de decadencia. Además, los funcionarios son siempre fácilmente sobornables. Probablemente solo conseguirías aumentar la corrupción y el gasto público sin mejorar en absoluto la eficacia de la administración.

Con frecuencia, las obligaciones de Alejandro se prolongaban hasta la madrugada. Casi todas las noches debía presidir largos banquetes para agasajar a algún noble o alto dignatario en visita de Estado. Después, cansado y con la cabeza nublada por el vino, todavía tenía que encontrar tiempo para preparar la jornada de trabajo del día siguiente. Por último se derrumbaba sobre el lecho para descansar las escasas horas que restaban hasta la salida del sol. Antípatro, el hombre de confianza de Filipo, observaba preocupado cómo aquel adolescente asumía responsabilidades propias de un gobernante hecho y derecho. Yo también estaba preocupado por él. Pero ¿a quién le importa lo que sienta un caballo?

Una mañana Alejandro se presentó en mi establo con los ojos brillantes de entusiasmo. Su inesperada aparición me llenó de tal alegría que comencé a relinchar y agitar la cabeza sin poder contenerme.

—¡Bucéfalo, mi buen amigo! Yo también me alegro de verte. Pero espera a conocer las noticias: los medas se han rebelado. ¡Salimos de campaña!

Mi mirada de desconcierto debió de ser muy elocuente, pues Alejandro se apresuró a explicarme la situación:

—Perdóname, Bucéfalo, a veces olvido que no naciste en Macedonia. Los medas son una de las tribus tracias que viven cerca de la frontera. Mi padre los sojuzgó poco después de subir al trono. Pues bien, esta misma mañana ha llegado un correo procedente de una de las guarniciones norteñas. Al parecer, el jefe de esa tribu ha pensado que, con mi padre en Bizancio con el grueso del ejército, la ocasión era perfecta para sacudirse nuestro dominio. Han hecho algunas incursiones a este lado de la frontera, saqueado un par de aldeas y masacrado a sus habitantes. Las tropas destacadas en esa zona no son suficientes para rechazarlos. Me piden ayuda. ¡Y por los dioses que les voy a ayudar!

En ese momento apareció Antípatro. Venía jadeando, como si hubiera recorrido todo el palacio antes de dar con Alejandro.

—¡Maldito muchacho, por fin te encuentro! ¿Qué significa eso de que has dado

instrucciones a los oficiales de la guarnición de Pela para salir hacia Tracia? ¿Estás loco? Tu padre me colgará si no impido esta insensatez.

—Querido Antípatro —replicó Alejandro con gran dignidad—, lamento tener que recordarte que este anillo que llevo representa el poder real en Macedonia, por lo tanto, en ausencia de mi padre, yo soy el rey.

Antípatro siempre se había distinguido por su lealtad y su disciplina. Casi instintivamente se cuadró y balbuceó una disculpa. Cuando prosiguió, lo hizo en un tono mucho más respetuoso.

—Sé que tú eres el regente y permíteme decirte que hasta el momento has desempeñado tu cargo de forma intachable. Pero te recuerdo que tu padre me dejó a tu lado como consejero, y mi consejo es que canceles de inmediato esta operación. No tienes experiencia de combate, y mucho menos de mando. Además, si te llevas la guarnición dejarás la ciudad totalmente desprotegida. Tu padre...

—Mi padre habría hecho lo mismo que yo estoy a punto de hacer. Si no respondemos de inmediato a la provocación todos lo tomarán como un signo de debilidad. Mañana mismo tendríamos a todos los bárbaros y buena parte de los aliados helenos acosándonos a lo largo de las fronteras. Les demostraremos que, aunque Filipo esté lejos, no somos una presa fácil.

—Está bien —dijo Antípatro resignado—. Iré contigo.

—Ni lo sueñes —le replicó Alejandro con una traviesa sonrisa—. Alguien debe quedarse aquí para poner orden en todos esos apasionantes asuntos de lindes y herencias. Además, si yo no regreso, estarás aquí para explicarle a mi padre lo que ha ocurrido.

Antípatro suspiró con desaliento.

—¡Filipo me matará por esto!

Alejandro ordenó que aquella columna volante tan precipitadamente movilizada se desplazara a marchas forzadas, con lo que conseguimos alcanzar la frontera tracia en menos de tres días. Allí se nos unieron los batallones destacados en el norte, cuyos oficiales informaron inmediatamente al príncipe de la situación. Todos miraban con curiosidad y recelo a aquel muchacho que era ahora su general.

—Este es el territorio de los medas, señor —dijo un oficial veterano señalando un pequeño sector de un mapa—, y aquí puedes ver las aldeas que han atacado. Lamento decirte que ha habido muy pocos supervivientes que, por cierto, lo han perdido absolutamente todo. Supongo que estaban sedientos de venganza tras la derrota que tu padre les infligió hace años. No han respetado ni a las mujeres ni a los niños, una auténtica carnicería.

—¿Y cuál es la situación ahora mismo? —preguntó Alejandro con tristeza.

—Nuestros exploradores nos informan que han empleado una táctica típica de los bárbaros: tras el saqueo se han replegado rápidamente hacia sus territorios al este del

río Estrimón. Pero sospechamos que traman algo mucho más serio. Creemos que piensan convocar una conferencia para buscar la alianza de las tribus vecinas en un ataque masivo. ¿Comprendes lo que eso supondría?

—Lo comprendo muy bien —dijo Alejandro preocupado—. Si ocupan los territorios del norte cortarían la línea de suministros del Helesponto, con lo que el ejército de mi padre quedará aislado. Además, tendrían a Macedonia entera a su merced. ¿Cuáles son las características del territorio de los medas?

—Montañas, cañones y desfiladeros, la pesadilla de cualquier *strategos*. Sería imposible hacer maniobrar a la falange allí, por no hablar de la caballería.

Alejandro reflexionó gravemente durante unos momentos. Después de realizar algunas preguntas más, dijo con decisión:

—Bien, esto será lo que haremos...

Alejandro sabía que, para derrotar a los medas, había que sacarlos primero de su madriguera. Los bárbaros rehuirían la batalla en campo abierto y, por otro lado, sería imposible batirlos en su propio territorio. Ordenó, por ello, que las tropas se desplazaran hacia la ancha y fértil llanura fluvial del Estrimón. Allí, entre el río y los bosques cercanos, se levantó el campamento. Cuando los zapadores solicitaron instrucciones acerca de dónde y cómo construir las defensas, Alejandro les dijo que se olvidaran de ellas y se fueran a descansar y a encender las fogatas para cocinar la cena. Los hombres obedecieron, aunque murmurando entre dientes que el hijo de Filipo había perdido el juicio.

Los soldados tomaron su frugal cena temerosos de saberse observados por el enemigo desde las cercanas montañas. Eran conscientes de que, dado lo desvalido de su situación, un ataque por sorpresa los barrería del mapa en un abrir y cerrar de ojos. Entonces los oficiales comenzaron a repartir instrucciones. Después, todos se retiraron a descansar.

Tal y como Alejandro había supuesto, los medas atacaron al amanecer. Incapaces de resistir la tentación que ofrecía la vulnerabilidad aparente del enemigo, lanzaron todos sus efectivos en una masiva y desordenada carga que pretendía aniquilar a los macedonios antes de que tuvieran tiempo siquiera de preguntarse qué estaba ocurriendo. Cuando se dieron cuenta del engaño, era ya demasiado tarde.

Las tropas macedonias parecieron surgir de todas partes a la vez. Alejandro había ordenado abandonar el campamento durante las horas de oscuridad que preceden a la salida de la luna. Los hombres recibieron instrucciones precisas de ocultarse en los frondosos bosques de las inmediaciones del valle. Cuando los medas hicieron acto de presencia, los batallones de la falange se desplegaron e iniciaron una maniobra envolvente.

Desde una colina cercana, observamos cómo la infantería macedonia avanzaba como un ariete y hacía retroceder a los medas hacia el río. Los bárbaros comprendieron de inmediato su impotencia para repeler el ataque y pusieron pies en polvorosa.

—¡Vamos, Bucéfalo! ¡Ha llegado nuestro momento!

Con estas palabras, Alejandro y yo nos lanzamos a galope tendido hacia la llanura seguidos por toda la caballería. Los pavorosos gritos de guerra que lanzaban los jinetes macedonios habrían helado la sangre al más templado.

Ya en la llanura, chocamos, más que contra un auténtico ejército, contra una horda en desbandada. No hubo prácticamente lucha. El enemigo se rindió y entregó sus armas casi al tiempo de vernos aparecer. Una vez hecho el recuento de bajas y prisioneros, se vio que la táctica de Alejandro había convertido aquella batalla en una de las menos cruentas en los anales de los ejércitos helenos.

Y si por casualidad os estáis preguntando cómo es posible que el general de un ejército se arriesgara a cargar al frente de sus tropas, permitidme deciros que ni Alejandro ni su padre comprendieron jamás esas sutilezas. Además, dudo mucho que los hoplitas y los jinetes macedonios hubieran obedecido a un general que no arriesgara el cuello del mismo modo que ellos lo hacían.

Los prisioneros fueron canjeados a cambio de un cuantioso rescate con el que Alejandro indemnizó a las víctimas de sus saqueos. Tras extender la frontera varios cientos de estadios hacia el norte a costa del territorio de los medas, Alejandro fundó una colonia en el valle donde había tenido lugar la batalla. La nueva ciudad fue poblada con veteranos del ejército y campesinos cuyas tierras habían sido arrasadas, y recibió el nombre de Alejandrópolis, siendo la primera, aunque ni mucho menos la última, ciudad que llevó su nombre. Cuando la zona estuvo completamente pacificada y se hubo fortificado la nueva frontera, regresamos a Pela.

—Enhorabuena, Alejandro —dijo Antípatro de corazón—. Tu campaña relámpago contra los medas te ha convertido en un héroe. En la ciudad no se habla de otra cosa y los soldados comienzan a mirarte casi con el mismo respeto que a tu padre. Perdóname por mi falta de confianza.

Alejandro interrumpió las lisonjas de Antípatro sacudiendo vigorosamente las manos.

—¡Vamos, vamos! Ambos nos limitamos a cumplir con nuestro deber. Ahora, dime: ¿hay noticias del ejército de mi padre?

La expresión de Antípatro se ensombreció al instante.

—Las hay, y no son nada buenas. Todos los temores de Filipo se están confirmando. Los bizantinos están resistiendo el sitio con gran entereza.

—Con la ayuda de Atenas, supongo.

—Supones bien. La flota ateniense los aprovisiona de todo lo necesario, sospechamos que incluso de soldados. Por cierto, esta misma mañana ha llegado un correo de Bizancio. Me temo que no tendrás tiempo de descansar tras tu expedición.

—Nunca dije que estuviera cansado.

Alejandro rompió el sello de la tablilla y devoró las líneas.

—Mi padre necesita refuerzos. Me pide que yo mismo los lleve hasta él. Adivina quién se queda como regente.

Antípatro fingió un gesto de gran resignación.

—Que los dioses te guíen muchacho. Y no olvides visitar a tu madre antes de marcharte. Creo que tiene una sorpresa para ti.

La sorpresa que Olimpia guardaba para Alejandro consistía en una panoplia de armas que habría puesto los dientes largos al mismísimo Aquiles. El yelmo estaba inspirado en la cabeza de león con la que el héroe Heracles es representado en esculturas y cerámicas. Estaba decorado con un gran penacho de crin teñida de carmesí y, a ambos lados, dos enormes plumas blancas de un pájaro desconocido en la Hélade. Tanto el yelmo como las grebas, ambos primorosamente decorados, estaban fundidos en un bronce tan puro y pulido que la luz del día le arrancaba destellos deslumbradores. La coraza, en cambio, era la más moderna que yo hubiera visto jamás. En lugar de las dos pesadas planchas de bronce que componen la armadura clásica del hoplita, algún hábil artesano había engastado un gran número de piezas de hierro que se adaptaban como una segunda piel sobre el torso, la espalda, los hombros y los brazos. La coraza protegía eficazmente todas las partes vitales, y sin embargo el jinete equipado con ella podía moverse con absoluta libertad. El vientre, por ejemplo, estaba cubierto por infinidad de escamas plateadas engastadas entre sí con tal arte que se asemejaban a la flexible piel de una serpiente, lo que resultaba a la vez bellísimo a la vista y práctico a la hora de montar o realizar giros de cintura en el combate. Encima del pecho, aquel desconocido Hefesto había cincelado una cabeza de Gorgona que infundía auténtico pavor. Por otra parte, el escudo era una obra de arte: ligero y resistente como ninguno, estaba decorado con el sol de los Argeadas, los reyes de Macedonia. Pero lo más sorprendente de todo era la espada.

—¿Dónde has conseguido esta espada, madre? —preguntó Alejandro con admiración—. Jamás pensé que el hierro se pudiera forjar hasta alcanzar esta dureza. ¡Y mira el filo! Se podría cortar un pelo en el aire con él.

—Un mercader fenicio me la vendió, pero afirmó desconocer su origen. Tal vez provenga de uno de esos misteriosos países del Oriente, más allá del imperio persa.

Alejandro ensayó algunas fintas y estocadas, mientras contemplaba cómo la fina y curvada hoja lanzaba reflejos azulados.

—¡Un arma digna de un rey!

—Será la espada de un rey, Alejandro, a no ser que ese canalla de tu padre decida lo contrario.

Alejandro envainó su espada y se quedó mirando a Olimpia boquiabierto.

—Madre, no te entiendo. ¿Tal vez hay algo que yo debería saber?

—Tan solo sospechas... de momento. Ahora ve e intenta librar a Filippo de esa trampa en la que tan estúpidamente ha caído.

Diciendo esto, Olimpia dio la espalda a Alejandro y se alejó hacia sus aposentos.

Bizancio domina junto con Perinto, su ciudad hermana, las costas de la Propóntide y el estrecho del Helesponto, puente natural entre Europa y Asia. Su situación estratégica y la confluencia de rutas comerciales terrestres que atraviesan su territorio la han convertido en una de las colonias helenas más florecientes, y no sería de extrañar que esta importancia se acrecentara aún más en el futuro.

Ya en las inmediaciones de la ciudad, nos encontramos con el aterrador paisaje que siempre rodea una ciudad sitiada: campos asolados, aldeas destruidas, granjas saqueadas... Dondequiera que mirásemos, todo cuanto podíamos ver era desolación y muerte.

—No cabe duda de que mi padre sabe hacer su trabajo —comentó Alejandro con tristeza.

El ejército que Filipo había llevado a Bizancio estaba compuesto por más de veinte mil hombres, lo cual supone una considerable cantidad de bocas que alimentar. Durante los cinco meses que ya duraba el asedio, los soldados habían consumido tanto sus provisiones de campaña como los recursos que el territorio invadido podía ofrecer. En apariencia, debía de ser casi imposible encontrar allí una cabeza de ganado, ni siquiera una espiga de trigo. Comprendí entonces la preocupación de Alejandro por asegurar la ruta de suministros con Macedonia.

Lo que nos resultó más extraño fue que la mayoría de los bosques de la región habían sido totalmente talados. Cuando por fin llegamos al campamento macedonio, comprendimos el motivo de todo aquello.

Las murallas de la ciudad mostraban un aspecto imponente. Debían de tener al menos cincuenta pies de altura y estaban fortificadas con almenas y torreones espaciados a intervalos regulares. El puerto estaba también protegido por un sólido bastión y se nos antojó completamente inaccesible desde tierra. El ejército macedonio se encontraba desplegado en torno a todo el perímetro de la muralla, sin dejar siquiera un resquicio por el que pudiera escapar un ratón. Pero lo más sorprendente de todo era la profusión de maquinaria de sitio. Había torres de asalto móviles de hasta cinco pisos, gigantescas estructuras de madera revestidas de cuero. Vimos ballestas enormes que disparaban varios dardos simultáneamente. También catapultas, artefactos terribles que lanzaban rocas a gran velocidad gracias a un ingenioso mecanismo de torsión. Inmediatamente comprendimos adónde habían ido a parar los bosques del país.

Nos desagradó la frialdad con que fuimos recibidos. Miles de rostros agotados nos vieron desfilar con indiferencia. La mayoría de los soldados ni siquiera se dignaron saludar a sus compañeros de armas recién llegados. Cuando Alejandro preguntó por el paradero de su padre, un veterano oficial nos señaló una dirección con infinita desgana. Era evidente que allí las cosas no iban en absoluto bien.

La desabrida bienvenida de Filipo y su hosco talante contrastaban con la energía que había mostrado tan solo unos meses antes, al principio de la campaña.

—¡El gran guerrero en persona! —dijo en tono burlón—. ¡Que los dioses te den larga vida, oh azote de los bárbaros y fundador de la famosa ciudad de Alejandrópolis! Como mi heroico hijo puede ver, su fama lo ha precedido.

Noté que el sarcasmo de Filipo hacía mella en mi señor. Sin embargo, Alejandro hizo un esfuerzo por responder con naturalidad:

—Me alegra ver que te encuentras bien, padre. Tal vez te interese saber que el reino está tranquilo y las fronteras seguras.

Filipo sonrió con hastío.

—Buen trabajo. ¿Has traído a mis infantes y jinetes de refuerzo?

—A tantos como pudimos reunir en tan escaso tiempo.

—Bien, tuve que darme prisa en llamarte. De lo contrario tal vez te habría encontrado sentado en mi trono al regresar.

Observé que Alejandro apretaba los puños.

—¿Cómo puedes...?

—Vamos, vamos —lo interrumpió Filipo—. Al igual que tu madre, careces del menor sentido del humor. Ahora vete, tengo trabajo. Estoy seguro de que tus compinches se alegrarán de verte.

Alejandro encontró a sus compañeros muy cambiados. Todos ellos presentaban una delgadez extrema y parecían haber envejecido varios años. En sus rostros se adivinaban el agotamiento y la tristeza.

—La guerra no es lo que esperábamos —dijo Hefestión tras abrazar a su amigo—. Aquí no hay gloria, solo privaciones y muerte. Seguramente el bueno de Homero jamás pisó un campo de batalla.

—La guerra es la guerra —replicó Alejandro— y no la hacemos por capricho. Ahora ¿tendría alguien la amabilidad de explicarme lo que ha pasado aquí? Para empezar, ¿qué son todas esas torres y máquinas? Los macedonios nunca hemos necesitado tantos armatostes para luchar.

—Los tiempos cambian —dijo Tolomeo—, o al menos eso dice tu padre. A las pocas semanas de iniciar el cerco, cuando comenzábamos a comprender que penetrar en la ciudad sería prácticamente imposible, Filipo nos puso a todos a trabajar para construirlas.

—¿Y todo eso ha sido ideado por nuestros ingenieros?

—No. Filipo obtuvo los planos quién sabe cómo.

Alejandro se rascó la barbilla.

—Creo que puedo sacaros de dudas. Dionisio, el tirano de Siracusa, empleó artefactos similares contra los cartagineses. Se supone que su construcción es el secreto mejor guardado de los ingenieros sicilianos, por lo que adivino que los espías de mi padre han estado muy ocupados últimamente. Supongo que habrán resultado eficaces.

—En absoluto —respondió Tolomeo con frustración—. Todo el tiempo y el esfuerzo necesario para construirlas no han servido de nada.

Crátero terció entonces en la conversación.

—Tolomeo exagera, como siempre. Esas máquinas arrojan rocas enormes y lanzas a una distancia asombrosa. En circunstancias normales, los bizantinos no habrían podido resistir el sitio durante más de un mes.

—¿Entonces? —preguntó Alejandro arqueando las cejas.

—Entonces apareció la flota ateniense. Cuando la ciudad estaba a punto de rendirse, comenzaron a recibir provisiones por mar, y ahí los tienes todavía. Nosotros nos encontramos al límite de nuestras fuerzas y ellos parecen cada día mejor alimentados. Cuando los soldados macedonios comen su pobre rancho, los bizantinos se burlan de nosotros desde lo alto de las murallas mientras engullen higos, cordero y manjares similares. No necesito contarte lo que eso supone para la moral de la tropa.

—He oído que reciben también refuerzos.

—Eso sospechamos. Los barcos que traen soldados amarran en el puerto durante la noche, por lo que no podemos estar seguros. Sin embargo, algunos afirman haber visto hombres armados al modo ateniense luchando con los bizantinos. Temen romper abiertamente el tratado y que les declaremos la guerra, pero procuran nuestra ruina por todos los medios.

—También se han avistado algunos barcos fenicios —añadió Hefestión—. ¿Comprendes lo que eso significa?

—Lo comprendo —dijo Alejandro con un suspiro—. La flota persa. Parece que todos están interesados en jugar esta partida. ¿Hay algo más?

—Sí que lo hay —respondió Hefestión— y me temo que es lo que menos te va a gustar de todo. Tu padre ha empezado a reclutar mercenarios.

—¿Mi padre ha reclutado mercenarios? No es posible. Siempre ha dicho que recurrir a soldados de fortuna es una vileza.

—Tendrás que creerlo, amigo. Los soldados macedonios comienzan a murmurar que Filipo ya no confía en ellos y que piensa emplear sus soldadas en pagar a los mercenarios. Este asedio debe de estar consumiendo todos los recursos del Estado. No podremos aguantar mucho más.

Alejandro se sobrepuso a la preocupación e intentó elevar la moral de sus compañeros.

—¡Aguantaremos y venceremos! —exclamó sonriendo—. ¿Cuándo ha perdido Filipo una batalla?

—Para todo hay una primera vez —replicó Tolomeo sombríamente.

Alejandro se incorporó a la lucha con todas sus energías. Su penacho de plumas blancas parecía verse en todas partes al mismo tiempo. Luchaba como un león, siempre en vanguardia de las tropas, exponiendo su vida con un valor que rayaba en

temeridad. Muy pronto todo el ejército comenzó a comentar sus hazañas y a mirarlo con veneración. Por otro lado, los soldados que habían participado en la campaña contra los medas hablaban de él como el mejor general que Macedonia había tenido a lo largo de su historia y aseguraban que un ejército bajo su mando sería absolutamente invencible. Su sola presencia hizo que la moral de la tropa subiera de la noche a la mañana. Por el campamento comenzó a correr el rumor de que el rey se sentía celoso de su hijo.

Cuando se aproximaba el sexto mes desde la llegada de los macedonios a Bizancio, Filippo y su estado mayor concluyeron que si la ciudad no caía de inmediato tendrían que levantar el asedio y regresar a Macedonia derrotados. Por ello, se dieron órdenes para que se emplearan la totalidad de los efectivos en un último y desesperado asalto que comenzaría antes del amanecer.

Las catapultas se cargaron con rocas y bolas de brea. Algunos de los artilleros, los pocos que sabían escribir, se habían entretenido en decorar las enormes piedras con mensajes jocosos. *Recuerdo de Macedonia* era el más repetido. En otras muchas se podía leer: *con los saludos de Filippo y Parmenión*. El nombre de Alejandro también aparecía con frecuencia. Y luego estaban las que mostraban dibujos o mensajes tan obscenos que no me atrevo a repetirlos. Imagino que aquellas bravuconadas no eran más que una forma de aliviar la frustración acumulada durante muchos meses de infructuoso asedio.

Los oficiales de la falange y los hipaspistas recibieron órdenes de desplegar a los hombres bajo su mando en formación abierta y aguardar hasta que las murallas comenzaran a mostrar brechas. Antes de la puesta la puesta de sol, el ejército entero estaba formado y aguardaba. El miedo era tan grande que casi podía olerse. La larga vigilia transcurrió con la lentitud de una pesadilla angustiada.

Por fin, tras la voz de mando, vimos cómo una lluvia de bolas de fuego surcaba el cielo nocturno y se estrellaba tras las murallas, donde causaron docenas de pequeños incendios que, para frustración de los sitiadores, fueron rápidamente sofocados. El bombardeo prosiguió con rocas de enorme tamaño que apenas lograron producir algunas mellas en las fortificaciones. Por el contrario, los arqueros bizantinos comenzaban a causar estragos entre los macedonios que golpeaban con arietes las puertas y murallas de la ciudad.

Tampoco las minas surtieron efecto. Durante meses, los zapadores habían aprovechado la noche para cavar túneles bajo las murallas. Se suponía que, al prender fuego a las vigas de madera que entibaban los túneles, los derrumbamientos arrastrarían consigo la mampostería de la muralla, con lo que se abrirían brechas que permitirían a los macedonios penetrar en la ciudad. Así se hizo, pero las murallas de Bizancio eran tan espesas y sólidas que apenas se resquebrajaron.

En una segunda fase, se ordenó aproximar las torres de asalto a los muros. En lo alto de cada torre se había construido una pasarela levadiza que permitiría a los sitiadores acceder al parapeto. Por desgracia, la maniobra resultó tan inútil como

todas las anteriores, puesto que los arqueros enemigos acibillaron las estructuras de madera con flechas incendiarias. Cuando aún se encontraban a considerable distancia de las murallas, la mayoría de las torres habían sido devoradas ya por el fuego.

Como ya era habitual, mi amo y sus compañeros se encontraban en la primera oleada de ataque. Los bizantinos habían concentrado su defensa en el tramo central de la muralla, donde se encontraba el acceso principal de la ciudad, por lo que Alejandro ordenó que se empujara una de las torres hacia el sector septentrional, junto al Bósforo, pensando que la oposición allí sería más débil. Estaba equivocado. Si bien se consiguió avanzar hasta una distancia idónea para realizar el abordaje, cuando llegaron a lo alto de la escalera e hicieron descender la pasarela, la base de la torre era ya pasto de las llamas. Todos comprendieron de inmediato que habían emprendido un camino sin retorno. Algunos de los soldados que habían ascendido con ellos se dejaron llevar por el pánico e intentaron salvarse saltando desde lo alto de la torre. La mayoría de ellos murieron de inmediato; los otros quedaron tan quebrantados que más les valdría haber muerto. Alejandro, en cambio, lanzó un grito de guerra y cargó contra los soldados bizantinos que defendían el parapeto. Ante tal demostración de coraje, sus compañeros y la media docena de soldados que no habían perdido la sangre fría se lanzaron tras él. La lucha que se inició entonces fue tan titánica como desigual. Alejandro me la relató posteriormente con las siguientes palabras:

«Deberías haber estado allí, Bucéfalo. Los bizantinos parecían salir hasta de debajo de las piedras, y ¡por los dioses que son buenos guerreros! Nos golpeaban con tanta fuerza que hacían saltar chispas de nuestros escudos. Logramos liquidar a unos cuantos, pero venían más y más. Nos estaban aplastando. Entonces fue cuando hirieron a Hefestión. Lo alcanzó una estocada en el hombro izquierdo y tuvo que soltar el escudo. En ese momento oímos el estrépito de la torre de asedio al derrumbarse. Fue como una pesadilla. De pronto supe que en unos instantes estaríamos todos muertos y que habría sido por culpa mía. Tenía que pensar rápido, pero ¿cómo pensar cuando tienes al enemigo encima empeñado en cortarte el cuello? Entonces me di cuenta de que la puerta de un torreón estaba abierta tras nosotros. Era uno de los que tienen tres niveles de troneras, con la inferior muy cercana al suelo. Si había alguna esperanza de salvación, estaba allí. Grité que todos corrieran hacia el interior y, mientras los demás bajaban, Tolomeo y yo permanecemos junto a dos hoplitas cubriendo la retirada de nuestros compañeros. La puerta era estrecha y no resultó difícil. El problema fue cuando nos tocó huir a nosotros. Volamos escaleras abajo hacia la tronera inferior. El enemigo nos pisaba los talones y, por el ruido que hacían, parecía que el ejército bizantino entero nos perseguía. Los dos hoplitas saltaron en primer lugar mientras Tolomeo y yo nos deshacíamos de los primeros en aparecer. Pero, cuando le tocó salir a mi compañero, su corpachón se atascó en la estrecha abertura. ¡Maldita sea, no sabía qué hacer! Eché una mirada de soslayo y vi a los bizantinos bajar lentamente por la escalera. Sonreían y blandían las espadas en

alto. “¡Es el final!” pensé. Estaba tan desesperado que no se me ocurrió otra cosa que embestir contra el trasero de Tolomeo... ¡y funcionó! Tolomeo salió despedido y se precipitó hacia el suelo de cabeza. Creo que tiene la nariz rota, nada serio. Yo salté tras él. Nos alejamos perseguidos por una tempestad de flechas, pero todos salimos vivos. Algún dios debía de estar velando por nosotros».

Hacia el mediodía resultó evidente que el ataque masivo había sido un fracaso. Filipo ordenó que se interrumpiera la operación y se encerró con sus generales y oficiales de alto rango para deliberar. Por su parte, los bizantinos prorrumpieron en aclamaciones y vítores desde lo alto de la muralla.

En ese momento, yo estaba en un cercado junto con los demás caballos. Recuerdo que conversábamos sobre el nulo papel de la caballería durante el sitio, cuando fuimos interrumpidos por un gran alboroto procedente del campamento: carreras, gritos, órdenes dictadas apresuradamente, ruido de acero. Pensamos que los bizantinos habían lanzado un ataque fuera de sus murallas. Estábamos equivocados. Poco después trajeron al cercado a unos compañeros que habían salido a pastar e inmediatamente nos pusieron al corriente de la situación.

—¡Filipo está herido! —dijeron.

—¿Qué ha pasado? —pregunté alarmado—. ¿Y Alejandro? ¿Le ha ocurrido algo?

—Alejandro es la única causa por la que el rey no está muerto en estos momentos. Veréis: mientras el rey deliberaba con su estado mayor, estalló una reyerta entre soldados macedonios y mercenarios. Ya sabéis que era algo que tenía que ocurrir antes o después. Los mercenarios comenzaron a burlarse del fracaso de hoy y esa fue la gota que colmó el vaso. Hartos de aguantar provocaciones, los macedonios se lanzaron contra ellos con las espadas desnudas. Filipo oyó la trifulca y salió de su tienda para intentar poner orden. Fue muy extraño. Como si obedecieran alguna consigna, un grupo de mercenarios se volvió hacia él de repente y lo atacó. Iba completamente desarmado. Por fortuna, Alejandro había salido tras su padre y consiguió contenerlos hasta que fueron reducidos. Pero Filipo había recibido un profundo corte en la pierna y sangraba mucho por la herida. Ahora los médicos están con él. Corren muchos rumores, pero nadie sabe realmente cómo se encuentra. El propio Alejandro me sacó de dudas. Apareció poco después, sudoroso y cansado como nunca lo había visto. Me dio agua y alimento y comenzó a cepillarme. Seguramente, aquella sencilla actividad le ayudaba a recuperar la calma tras las tensiones del día.

—Esto ha sido algo premeditado —me dijo—. Ahora están interrogando a los cabecillas. Son tipos duros. Imagino que no les sacarán ni una palabra, pero estoy seguro de que se trata de una conspiración y de que el partido de Demóstenes está detrás de todo. Por suerte, mi padre ha vuelto en sí. Los médicos han conseguido parar la sangre y coserle la herida, pero los tendones de la pierna han sido

seccionados. Seguramente cojeará durante el resto de su vida. «Hemos estado perdiendo el tiempo aquí, muchacho —me ha dicho—. Debemos acosar a la alimaña en su madriguera». Después se ha quedado dormido, pero comprendo muy bien lo que quería decir.

Yo también lo comprendí. Dos días después se levantó el sitio y se dio la orden de regresar. La próxima vez que el ejército macedonio saliera de campaña, marcharía hacia el sur.

—¿Los anfisos? ¿Y quiénes son los anfisos, por todos los dioses?

Cuando Filipo hizo esta pregunta, habían transcurrido apenas tres meses desde el cese de las fallidas operaciones en el Bósforo. Aquel mismo día los médicos le habían autorizado por fin a usar la pierna herida, y el rey había organizado una cacería para celebrar su restablecimiento. Todos observamos que caminaba renqueante y que a duras penas podía disimular una mueca de dolor con cada paso. Hacia el mediodía, Filipo ordenó un descanso para poder reposar sentado, con la pierna estirada sobre un escabel. La charla pronto derivó hacia los planes para la próxima campaña.

—Los anfisos son un pueblo del sur —explicó Antípatro en respuesta a la pregunta del rey—. Aquella región ha sufrido una gran sequía en los últimos años y escasean los alimentos. Al parecer se han apoderado de unos campos cercanos a Delfos para cultivarlos.

—¿Y qué? —preguntó Filipo con gesto de impaciencia.

—Y da la casualidad de que los campos están consagrados a Apolo y son propiedad del santuario. Los sacerdotes te piden ayuda.

Filipo reflexionó durante unos instantes con expresión de astucia.

—Otra vez Delfos. La situación me recuerda a la de hace quince años. Aquella campaña nos sirvió para apoderarnos de la mitad de Tesalia. Ayudadme a poner mis pensamientos en palabras.

—Yo lo intentaré si me lo permites, padre —dijo Alejandro—. Desde la última Guerra Sagrada tú eres el arconte de la Liga de Delfos, de modo que estás obligado por juramento a acudir en ayuda del Santuario de Apolo. Ahora bien, no me cabe duda de que si marchas con el ejército hacia el sur, Atenas se te opondrá. Tendrán que romper el tratado y eso nos dará la excusa perfecta para bajarles los humos.

Parmenión intervino en ese momento:

—Con lo que tú quedarías como un hombre de honor y un fiel instrumento de la voluntad de los dioses, mientras que los atenienses serían, a los ojos de toda la Hélade, los agresores.

—Suena demasiado bien para ser verdad —dijo Filipo—. Pero ¿cómo pensáis que reaccionarán los tebanos?

—Los tebanos son también miembros de la Liga y deberían ayudarte o, al menos, permanecer neutrales.

—Esperaremos a ver qué ocurre —dijo Filipo con una animación que no había demostrado desde hacía meses—. Ya sabéis que Demóstenes puede ser muy persuasivo. Mientras tanto, enviaré un correo a Delfos con el mensaje de que, tan pronto como esté completamente curado, acudiré en su auxilio.

Los acontecimientos ocurrieron tal y como fueran pronosticados aquel día. El partido de Demóstenes había celebrado la retirada de Filipo de Bizancio como una victoria de la misma Atenas y una prueba evidente de la debilidad de los macedonios. Cuando llegó a sus oídos que Filipo planeaba marchar hacia el sur, a Demóstenes le resultó muy fácil espolear a la Asamblea para enviar un ultimátum: si los macedonios daban un solo paso más allá del desfiladero de las Termópilas, el ejército ateniense atacaría de inmediato. Al mismo tiempo, una embajada ateniense, con Demóstenes al frente, viajó a Tebas para persuadir a sus habitantes de que se les unieran contra Filipo, quien, por su parte, envió a Antípatro ante los tebanos con la misión de conseguir, al menos, su no beligerancia.

Antípatro hizo un excelente trabajo diplomático, pero Demóstenes se salió con la suya, como casi siempre. Para ello echó mano de su proverbial elocuencia y de la ingenuidad de los tebanos, a los que todos consideran el pueblo más lerdo de la Hélade. La táctica de Demóstenes fue tan rastrera como eficaz, que en definitiva es lo único que cuenta para un político. Os contaré:

En la frontera entre Beocia y el Ática existe una región llamada Platea cuyo dominio era una vieja ambición de los tebanos. Se daba la circunstancia que los habitantes de Platea habían sido los únicos aliados de los atenienses en la batalla que libraron contra los persas en Maratón. En reconocimiento por su ayuda, Atenas les otorgó la ciudadanía a perpetuidad y les hizo una solemne promesa de protección en caso de dificultades. Pues bien, sin ningún tipo de reparos, Demóstenes les ofreció a los tebanos el dominio de Platea si se aliaban con ellos contra Filipo. Cuando, a pesar de todo vio, que seguían vacilando, pronunció un inspirado discurso en el que les echó en cara su cobardía y, si hay algo que un tebano no puede soportar, es ser acusado de cobarde. Los embrollados notables de Tebas dudaron entre linchar a Demóstenes por el insulto o bien mostrarle que estaba equivocado. Finalmente optaron por lo segundo. Algunos días después en Pela se recibió el mensaje de que Filipo tendría que enfrentarse a la fuerzas combinadas de Atenas y Tebas. Un duro contratiempo, pero el rey aceptó el reto sin vacilación.

En los meses siguientes se llevó a cabo una intensa campaña de reclutamiento y adiestramiento de tropas. Cabe señalar que los «hetairios del rey» fueron reforzados con otros dos mil jinetes tesalios, con lo que se convirtió en el cuerpo de caballería más numeroso y mejor entrenado de los ejércitos helenos. Durante todo este tiempo, Alejandro se consagró con todas sus energías a la empresa de reforzar el ejército, algo que el rey ni reconoció ni agradeció. Mi señor atribuyó el cambio de actitud de su

padre a la larga y penosa recuperación de su herida, que jamás llegó a ser completa, pero intuía con preocupación que había algo más. Baste decir que Filipo nunca mencionó, ni privada ni públicamente, que Alejandro le había salvado la vida durante el incidente con los mercenarios, y que su trato con él era cada vez más frío y desdeñoso. Muy a su pesar, Alejandro recordó las insinuaciones que Olimpia había formulado unos meses antes. Por todo ello, el príncipe se sintió felizmente sorprendido el día que su padre le dio el mando de la caballería. Pensó que tal vez las cosas estaban empezando a cambiar.

El ejército macedonio contaba ya con unos efectivos de más de treinta mil hombres. Su nivel de adiestramiento y operatividad era óptimo, por lo que se consideró que había llegado el momento de dar el paso decisivo. Así pues, Filipo dio la orden de emprender la marcha hacia el sur.

Tal y como esperábamos, no encontramos ninguna oposición hasta llegar a las Termópilas, donde nos aguardaba una guarnición tebana. Las Termópilas es una estrecha franja de terreno entre las montañas y el mar que constituye el único paso practicable hacia la Hélade meridional. Para su desgracia, los tebanos se mostraron incapaces de repetir la gesta del rey espartano Leónidas y fueron fácilmente rechazados. Desafiando el ultimátum de los atenienses, Filipo estableció su campamento al otro lado del paso, ya en territorio de la Fócide.

Por la tarde Alejandro y yo salimos a realizar una excursión en solitario. Anduvimos vagando por aquel histórico paraje hasta dar con una modesta losa de mármol casi oculta por la vegetación. Sobre ella podía leerse el siguiente epitafio:

*Extranjero, ve y anúnciales a los lacedemonios que aquí
yacemos por obedecer sus mandatos*

Noté que Alejandro se emocionaba con la lectura de aquellas palabras. Instantes después, me daba las pertinentes explicaciones, como es su costumbre:

«Fue hace ciento cuarenta años, Bucéfalo, cuando el rey persa Jerjes envió una enorme fuerza expedicionaria contra la Hélade. El primer embate lo aguantaron los espartanos precisamente en este lugar. Se dice que el rey persa había logrado reunir a millones de hombres, mientras que los espartanos, al mando del rey Leónidas, contaban con una fuerza de tan solo trescientos hoplitas. Aquella fue la mayor gesta que han visto los siglos. Leónidas y sus trescientos espartanos, ayudados por setecientos soldados de Tespías, fueron capaces de detener a Jerjes el tiempo suficiente para que los estados helenos organizaran su resistencia. Finalmente, fueron traicionados y masacrados por los persas, pero nadie duda que su sacrificio fue una de las claves de la victoria final. Se avecina una gran batalla, mi querido amigo. Ojalá que el ejemplo de los hombres que aquí murieron nos muestre el camino de la victoria».

Siento decir que no pude compartir la emoción que la losa y el epitafio inspiraban a Alejandro. Para mí, aquellas muertes fueron un sacrificio inútil, un acto de fanatismo que solo demuestra lo que todo el mundo sabe: que los espartanos son unos débiles de mollera. Pero así es Alejandro. Él sueña con igualar las hazañas de los héroes del pasado, aún a riesgo de su propia vida. Tal vez por ello es capaz de contagiar tal entusiasmo a sus hombres.

Antes de acudir a la cita con los atenienses y los tebanos, Filipo tenía una promesa que cumplir. Expulsar a los anfisios de los campos de cultivo que habían ocupado fue un trabajo sencillo que llevó a cabo sin el menor entusiasmo. Recuerdo haberle oído refunfuñar que, a pesar de que estaba atado por su palabra, seguía pensando que los anfisios necesitaban las cosechas mucho más que el dios Apolo, o que sus sacerdotes, puestos a mencionarlo. En Delfos recibimos una acogida triunfal. Como muestra de gratitud, se votó que fueran erigidas sendas estatuas de Filipo y de Alejandro en el recinto sagrado del santuario, y el mismo Apolo, por boca de su sacerdotisa, profetizó nuestra victoria. El rey agradeció el favorable oráculo con un fastuoso sacrificio, pero sospecho que su mente se ocupaba ya de la táctica con que afrontaría la inminente batalla.

Proseguimos la larga marcha hacia el sur hasta llegar a la ciudad de Elatea, en Beocia. Filipo estaba convencido de que los tebanos y atenienses no le permitirían avanzar más, de modo que dio la orden de alto y ordenó que el ejército acampara. Alejandro y él supervisaban la construcción de las defensas cuando vimos que Parmenión se acercaba a caballo.

—Se han recibido noticias de nuestros agentes —anunció el general—. Al parecer los atenienses están muertos de miedo. Cuando supieron que nos tienen a tan solo dos días de marcha, encendieron una hoguera con todos los puestos del Ágora para dar la alarma.

—¿Y qué se sabe de nuestro viejo amigo? —preguntó Filipo sonriendo.

—Lleva ya tantos discursos y arengas pronunciados que se ha quedado afónico. Lo último que hemos sabido es que ha pedido en la Asamblea que tus simpatizantes sean ejecutados. Por cierto, se rumorea que piensa predicar con el ejemplo y unirse a los soldados atenienses para luchar contra nosotros.

Filipo rió tan estrepitosamente que los soldados que levantaban la empalizada interrumpieron su labor para sumarse a sus carcajadas.

—Bien, amigos —bromeó el rey—, si el resto de sus compañeros de armas son igual de temibles, me temo que nos matarán de puro aburrimiento. Pero hablemos en serio. No son los atenienses quienes en realidad me preocupan; al fin y al cabo no han participado en una batalla campal en toda una generación. Los tebanos, en cambio... Esos son harina de otro costal. Y os hablo por experiencia. Ya sabéis que en mi juventud viví en Tebas durante una buena temporada.

—¿Conociste bien a Epaminondas, padre?

—Bueno, lo cierto es que yo era un muchacho sin importancia. Nunca me prestó

mucha atención. Pero lo vi adiestrar a las tropas e intenté aprender de él cuanto pude. También hablé con Pelópidas alguna que otra vez. Tenemos suerte de que Tebas ya no disponga de hombres de su talla.

—Pero el ejército que crearon y adiestraron todavía existe —dijo Parmenión frotándose la barba—. Y junto con los atenienses nos superan en número. Tal vez nos hayamos precipitado.

—¡No! —exclamó Filipo—. Estoy harto de esperar. O los doblegamos ahora o mis ambiciones en Asia se esfumarán para siempre. Prefiero morir peleando a tener que vivir el resto de mis días frustrado por culpa de un maldito demagogo. —El rey había pronunciado la palabra «demagogo» como quien lanza un escupitajo—. ¿Sabemos algo de su táctica para la batalla?

—No es ningún secreto —respondió Parmenión—. Planean disponer sus mejores tropas en el ala derecha de su formación.

—Supongo que te refieres al Batallón Sagrado tebano. Un hueso duro de roer. Lamento tener que ceder el lugar de honor en el ala derecha, pero yo mismo les haré frente con mis mejores tropas de infantería.

—Por favor, padre, cédeme esa posición.

Filipo y Parmenión se volvieron sorprendidos hacia Alejandro. El rey tardó un tiempo considerable en reaccionar.

—¿Estás loco, muchacho? —dijo por fin—. ¿Pretendes enfrentarte con la caballería al Batallón Sagrado? Os harían pedazos. ¿Es eso todo lo que Clito te enseñó?

—Clito nos dijo que la caballería jamás carga directamente contra una formación de infantería, pero te he oído afirmar cientos de veces que la sorpresa es una de las mejores tácticas. Además, los jinetes que has adiestrado no tienen nada que ver con un cuerpo de caballería convencional. ¿No es hora de que les demos una oportunidad de demostrar lo que valen?

Filipo entornó los ojos y contempló a su hijo en silencio.

—¡Por los dioses! —tronó de repente—. ¡Hagámoslo así! La falange será el yunque. La caballería, el martillo. ¡Los aplastaremos!

El rey hizo chocar su puño repetidamente contra la palma de su mano izquierda. Mientras tanto, los soldados que trabajaban en la empalizada comenzaron a corear: «¡yunque y martillo, yunque y martillo!». Luego golpearon los gruesos troncos con sus propios martillos produciendo un ruido ensordecedor, como el redoble de mil tambores. Alejandro ciñó sus piernas a mis flancos y me acarició la testuz. Había conseguido lo que su corazón deseaba.

Supongo que la conversación que acabo de relataros os habrá producido cierta perplejidad. Permitidme que aclare algunos extremos:

La reticencia de Filipo a ceder su puesto en el ala derecha era fruto de la tradición. Desde época inmemorial, los reyes macedonios habían mandado el ala derecha del ejército. La espada se blande con la mano derecha y, por lo tanto, este

lugar se considera el más honroso.

Por otro lado, ese Batallón Sagrado al que Alejandro pretendía hacer frente con la caballería de hetairos era el cuerpo de infantería más famoso de los ejércitos helenos. Fue originalmente reclutado y adiestrado por el general Pelópidas, y resultó el factor decisivo de la derrota de los espartanos en la batalla de Leuctra. Todos sus componentes eran parejas de amantes que realizaban un solemne voto de auxilio mutuo y de no rendirse jamás. Se decía con cierta sorna que el amor les hacía luchar tan juntos que era imposible romper sus filas, pero tras la broma se ocultaba el reverente temor de creerlos invencibles. A Alejandro se le encomendó demostrar lo contrario.

El ejército se puso en marcha de nuevo en dirección a Tebas. Por fin, las tropas de avanzadilla trajeron noticias de que el enemigo había sido avistado cerca de Queronea, la ciudad fortificada que domina los accesos a la llanura norte de Beocia. Comprendimos que la decisiva batalla tendría lugar al día siguiente. Corría el mes de artemisios del segundo año de la 110.^a olimpiada [*abril del 338 a. C.*].

Cuando ocupé mi puesto junto a Alejandro, no podía siquiera imaginar la magnitud de lo que se avecinaba. Me resulta imposible dar una descripción exacta de aquella batalla. La recuerdo solamente como una sucesión de impresiones e imágenes inconexas. Supongo que sobre la mesa de los generales las batallas resultan claras y nítidas, poco más que un juego en el que se mueven piezas de colores sobre un tablero. La realidad, sin embargo, es una mezcla de furia, miedo, sangre y confusión. Imagino que mi esmerado adiestramiento fue lo único que me libró de perder por completo la razón durante las horas siguientes.

Al despuntar el día se sacrificó a Ares un toro blanco sin mácula. *Ares, dios de la guerra, señor de las batallas, muéstranos hoy el camino de la victoria*, canturreaban los sacerdotes mientras extraían el hígado del animal. Después, tras observarlo detenidamente, proclamaron que los presagios nos eran favorables.

Poco antes de que se diera la orden de ataque, la bruma del amanecer permanecía aún aferrada a la tierra. Hacía frío, un frío intenso que traspasaba los mantos y las corazas, y se confabulaba con el miedo para arrancarnos violentos temblores. Desde nuestra posición en primera línea, volví la vista hacia la derecha, donde la vanguardia de nuestro ejército se perdía entre la niebla. A lo lejos, cerrando nuestras líneas, debían de estar los guardias reales mandados por Filipo. Oíamos el piafar de los caballos, las toses nerviosas de los soldados y el entrechocar de las armas; pero todos guardaban silencio. La bruma nos ocultaba casi por completo la vista del enemigo. Sin embargo, alcanzamos a ver ante nosotros unas fantasmales siluetas coronadas por cientos de lanzas enhiestas.

—Me muero de miedo —oí a Hefestión susurrarle a mi señor.

Alejandro dio una palmada en la espalda de su amigo.

—Te confiaré un secreto: yo también.

—¿Miedo? ¿Tú? —preguntó Hefestión con los ojos muy abiertos.

—Pues claro. Y mi padre, y Parmenión, y cada uno de los treinta mil hombres que estamos reunidos aquí. Cualquiera de nosotros puede estar muerto antes de que acabe el día. Habría que ser muy loco, o muy idiota, para no estar aterrorizado.

—¿Sabes, Alejandro? Eso me consuela.

Mi señor le guiñó un ojo a su amigo.

—Vuelve a tu posición ahora. Algo me dice que esos de ahí enfrente ya no pueden contenerse más.

Y así fue. De repente oímos el estrépito de las espadas golpeando los escudos, señal de que el enemigo se había puesto en marcha. Tal y como se había dispuesto, el ala derecha de nuestro ejército comenzó a avanzar de forma escalonada, mientras que nosotros seguíamos en nuestra posición. Fueron recibidos con una nube de flechas y jabalinas. Los guardias cerraron filas y se cubrieron con los escudos. Cuando se produjo el choque entre macedonios y atenienses, el griterío era ya ensordecedor. Vislumbramos la terrible escena desde la distancia, a través de un velo de jirones de niebla. A pesar de la escasa visibilidad, la lucha se adivinaba cruenta y terrible. De repente observamos que Filipo y los guardias daban la vuelta y emprendían una ordenada retirada. Se trataba de un señuelo; sin embargo, los inexpertos atenienses cayeron en la trampa y se lanzaron tras ellos lanzando gritos de triunfo. Los tebanos se mantuvieron firmes y les gritaron que no rompieran la formación, pero los atenienses desoyeron sus ruegos. La línea de batalla enemiga había quedado fracturada. Era el momento de la caballería. «¡Por Filipo y Macedonia!», gritó Alejandro. Aquella era la señal convenida para lanzar la carga. A la vez que las trompetas rasgaban el aire de la mañana, mi señor taloneó mis flancos. Nos lanzamos hacia delante seguidos por toda la caballería, que tronaba tras nosotros como una tormenta. El centro de nuestra formación se precipitó contra las líneas tebanas; las alas, sin embargo, comenzaron a desplegarse para flanquear y rodear al enemigo. Miré hacia delante. Los tebanos no se habían movido de su posición. En esos momentos, los hoplitas del Batallón Sagrado hincaban la rodilla en tierra y proyectaban sus lanzas hacia el frente. Estábamos encima de ellos. Podíamos ver ya los ojos de nuestros adversarios, muy abiertos, brillantes de odio. Aquel instante de pavor pareció durar una eternidad, a juzgar por el tropel de pensamientos que acudió a mi mente. Después ya no hubo tiempo para pensar. En medio del horror que se desató de pronto, la única idea posible era la de sobrevivir.

Alejandro y yo fuimos los primeros en chocar contra las líneas tebanas, tal y como se esperaba de nosotros. Se oyó un golpe metálico. La pica de mi señor acababa de taladrar la coraza de un tebano y se había hundido profundamente en su pecho. El hombre se puso en pie y asió el asta con manos que eran como garfios. Entonces se derrumbó. Su semblante quedó congelado en una expresión de absoluta incredulidad. Tal vez su último pensamiento fue que aquello no le estaba ocurriendo a él. Me di

cuenta de que era muy joven, casi totalmente lampiño, apenas un muchacho. Alejandro arrancó su lanza del cadáver con un tirón brusco y miró a su alrededor. Jadeaba cual fiera salvaje en plena cacería. Entretanto, el orificio en el pecho del tebano se había convertido en un rojo manantial. Un grito a nuestra espalda. Noté que alguien saltaba sobre mi grupa. Giré la cabeza cuanto pude y vi que un hombre intentaba cortar la garganta de Alejandro con una daga. Mi señor se movió como un relámpago. Con una mano, sujetó el brazo que empuñaba el arma; con la otra, y sin girarse siquiera, desenvainó su espada y la proyectó hacia el vientre del atacante. Después, sujetó la empuñadura con ambas manos y descargó todo su peso de golpe, hasta que la punta asomó por la espalda del tebano. El hombre se precipitó a tierra lentamente, con un gemido largo y hondo, y fue a caer junto al primer cadáver. Con sus últimas fuerzas, abrazó el cuerpo de su amigo caído, como si no quisiera emprender solo el largo viaje de la muerte. Alejandro se inclinó a recuperar su espada, que se desprendió con un sonido horripilante. Un gran chorro de sangre espesa y caliente nos salpicó a ambos. Pensé que iba a vomitar. Sin embargo, paulatinamente, la vista de tanta sangre llegó a emborracharme. Mi asco del principio dio paso a un deseo enorme de matar, de destruir. Muchos de nuestros caballos estaban en tierra sacudiendo las patas convulsivamente, con lanzas clavadas en sus vientres, con los intestinos desparramados a su alrededor. A nuestra derecha, dos tebanos acosaban e intentaban derribar a Hefestión. Alejandro traspasó a uno de ellos con su pica, mientras que Hefestión enterraba su espada en el cuerpo del otro. Algo rezagados, Seleuco y Crátero, cuyas monturas no habían sobrevivido a la carga, peleaban pie a tierra contra un grupo superior de enemigos. Acudimos de inmediato en su ayuda. A nuestro alrededor, el suelo comenzaba a verse sembrado de cuerpos muertos y de heridos que se contorsionaban sobre charcos de sangre. Debió de ser entonces cuando una flecha traspasó la gualdrapa de cuero que me protegía y se me clavó en la grupa, aunque en aquel momento estaba tan trastornado que ni siquiera sentí el dolor. Recuerdo que transporté a Alejandro por todo el campo. Mi señor repartía estocadas y tajos a derecha e izquierda, con lo que ambos estábamos completamente cubiertos de sangre enemiga. Perdimos totalmente la noción del tiempo y era tal la confusión que no podíamos en modo alguno saber cuál estaba siendo el resultado de la batalla.

Aun así, comenzamos a intuir que la jornada se resolvería a nuestro favor cuando vimos a la falange embestir contra las filas atenienses. Fue un espectáculo pavoroso. Durante todo el avance, nuestros hoplitas entonaron un peán a fin de no perder el paso... ni la sangre fría. Sus botas pisaban el suelo con tal fuerza que el campo entero de Queronea temblaba: *bum, bum, bum*, como si Poseidón estuviera sacudiendo la tierra. Entonces comenzaron la carga, y ya no hubo más cánticos, solo un coro de espeluznantes alaridos. Ningún poder de este mundo habría podido detener a aquel monstruo de mil cabezas y un solo cerebro. La punta de la formación hendió las filas enemigas como un hacha bien afilada. Los soldados de primera línea quedaron

inmediatamente ensartados en las sarisas. Aun desde la distancia, sus aullidos de agonía resultaban sobrecogedores. Instantes después, sus cuerpos eran pisoteados, aplastados, rotos. Mientras tanto, la retaguardia del enemigo comenzó a deshacerse. A la vista de lo que le había ocurrido a sus compañeros, la mayoría de los soldados de las últimas filas optaron por correr para salvar sus vidas. La niebla se había levantado ya; la visibilidad era, pues, excelente. Reparé en un individuo bajito de cabellos grises que soltaba sus armas, se despojaba de su coraza y echaba a correr a tal velocidad que bien habría podido valerle una corona en Olimpia. Al principio lo tomé por Demóstenes, mi antiguo amo. Casi estuve tentado de ignorar las órdenes de Alejandro y perseguirlo. Después deseché la idea. El canijo de Demóstenes nunca habría podido correr con tal rapidez.

Poco después, el ala izquierda del enemigo se había desintegrado. El ala derecha, formada por los tebanos, todavía aguantaba, pero había quedado rodeada por nuestras tropas y estaba recibiendo un castigo atroz. «¡Rendíos, maldita sea!», murmuraba Alejandro cada vez que reorganizaba a sus jinetes para volver a cargar contra ellos. Cuando el sol emprendía su descenso, llegó por fin la orden de que cesara la lucha. Alejandro y yo miramos a nuestro alrededor: soldados enemigos que no habían podido huir entregaban sus armas y se rendían por docenas; un grupo de soldados macedonios acarrea a nuestros heridos fuera del campo de batalla; otro, siguiendo las indicaciones de los cirujanos, aliviaba la agonía de los moribundos con sus dagas. Miles de hombres, hombres valerosos, hombres queridos y respetados, yacían en tierra y comenzaban a ser picoteados por una nube de cuervos.

Mi sed de sangre dio paso al agotamiento y después, una vez más, al asco. La flecha clavada en mi grupa comenzó a quemar como un hierro al rojo. Con anterioridad, yo había participado en algunas escaramuzas, había presenciado el asedio de una ciudad, pero jamás hasta entonces pude imaginar el horror absoluto que representa una batalla campal. Creo que hasta aquel día terrible no me di cuenta de cuál es la auténtica naturaleza de la guerra, de la brutalidad que acecha tras el brillo de las armas y la magnificencia de las tropas en los desfiles. Desde entonces no he vuelto jamás a sentir placer al participar en una matanza.

El semblante abatido de Alejandro me hizo pensar que él sentía de la misma forma. «Si esto es la victoria —dijo con voz cansada, como de anciano—, prefiero morir mil veces antes de conocer la derrota».

Pero lo cierto es que aquello era efectivamente la victoria, una victoria más contundente que cualquiera de las que se recordaban. Más tarde supe que la batalla se había desarrollado del siguiente modo:

Como ya sabéis, fue el ala derecha de nuestras tropas la primera en iniciar el ataque, con lo que, en lugar de adoptar el avance tradicional en paralelo, nuestro ejército avanzó en ángulo contra el enemigo. Tras chocar contra las filas atenienses, los hipaspistas de Filipo simulaban una retirada. Los atenienses no contaban con soldados veteranos, por lo que, en lugar de mantener la formación, se lanzaron

alegremente en pos del enemigo al que aparentemente habían puesto en fuga, sin reparar en que al hacerlo estaban debilitando peligrosamente su centro. Aquel fue el monumental error que finalmente les costó la derrota. Desoyendo los ruegos de los tebanos, dejaron un enorme hueco en su línea de batalla. Entonces tuvo lugar la carga de la caballería que ya os he relatado: la punta de la cuña chocó frontalmente contra el enemigo, pero el resto de los jinetes rebasaron sus líneas y los envolvieron por los flancos y la retaguardia. A pesar de encontrarse rodeados y aislados del resto del ejército, los tebanos opusieron una encarnizada resistencia. Mientras tanto, los atenienses estaban siendo aplastados por los hipaspistas y la falange, y comenzaban a huir o rendirse. Los hoplitas del Batallón Sagrado, por el contrario, se mantuvieron fieles a su juramento: lucharon hasta el fin y fueron literalmente aniquilados. De los más de trescientos hombres que componían el batallón, tan solo cuarenta fueron tomados prisioneros.

Al caer la noche, el campo de Queronea se hallaba iluminado por decenas de piras sobre las que ardían los cuerpos de los soldados muertos en combate. Filippo y Alejandro contemplaron el macabro espectáculo en silencio durante largo tiempo. El humo y el hedor de la carne quemada nos obligaron a buscar el aire limpio en lo alto de una colina cercana. Desde allí, la llanura entera parecía arder a nuestros pies.

—Hoy es un gran día —dijo Filippo tras respirar hondo—, pero también un día triste. Muchos buenos soldados han muerto por culpa de la obstinación de sus gobernantes.

—¿Habéis comprobado si Demóstenes está en alguna de esas piras? —preguntó Alejandro.

—Al parecer no es tan fiel a sus ideales como afirmaba. Lo vieron arrojar sus armas y correr como una liebre para salvar el pellejo. Para nuestros intereses, ese acto de cobardía es mucho más útil que si hubiera muerto en combate. Tal vez ahora los atenienses se den cuenta de que han estado siguiendo a un hombre indigno.

—Harías bien en no fiarte. Ese sujeto es capaz de todo. ¿Cuál será nuestro próximo movimiento, padre?

—Mañana marcharemos sobre Tebas para darles a los hombres el botín y el descanso que merecen.

—¿Y qué hay de Atenas?

—No pienso ocupar Atenas. Les demostraré que mi buena voluntad hacia ellos era genuina. Irás al frente de una delegación para llevarles las cenizas de sus muertos y negociar el rescate de los prisioneros y las condiciones de la paz. Creo que es mucho más inteligente ofrecerles una salida honorable. ¿Sabrás cumplir esta misión?

—Me sentiré muy honrado, padre. Además, siempre he deseado visitar Atenas.

—Dudo que te den un recibimiento muy caluroso, pero sin duda eres digno de ese honor. —Filippo volvió la mirada hacia su hijo y le sonrió por primera vez en muchos

meses—. Has mandado mi caballería como un veterano, Alejandro. Estoy orgulloso de ti.

Al mirar a mi señor, vi cómo sus ojos relucían a la luz de las llamaradas.

Capítulo VI

Los desterrados

ATENAS recibió a Alejandro con enorme entusiasmo. Las calles estaban atestadas, como en plena celebración de las Panateneas. Ciudadanos, forasteros y esclavos vitoreaban su nombre y el de Filipo con tal ardor que parecían estar recibiendo al salvador de la ciudad en lugar de a su enemigo. Alejandro, apenas visible entre una lluvia de pétalos de flores, no daba crédito a sus ojos. Se volvió hacia Hefestión, que desfilaba junto a nosotros, e intentó hacerse oír por encima de los gritos de la multitud.

—Amigo mío, no entiendo nada. Hemos venido aquí para devolverles los huesos y cenizas de más de un millar de sus conciudadanos y para hacerles saber las condiciones de su rendición. Muchas de estas personas deben de ser parientes cercanos de los caídos en Queronea y, en lugar de maldecirnos, nos aclaman como a héroes.

—Piénsalo un poco —dijo Hefestión de excelente humor—. Seguramente esperaban una horda sanguinaria dispuesta a no dejar piedra sobre piedra, y en su lugar se ha presentado el mismísimo hijo de Filipo, acompañado por una pequeña escolta y derrochando encanto y buena voluntad. Todo este entusiasmo no es más que fruto del alivio.

Las aclamaciones nos acompañaron a lo largo de toda la Vía Sagrada y durante la ascensión a la Acrópolis, donde, ante el templo de Atenea, nos aguardaban todos los altos magistrados de la ciudad, o al menos todos los que no habían muerto en Queronea. Alejandro desmontó y les hizo entrega de los cofres que contenían los huesos calcinados y las cenizas. Después penetró con ellos en el gran templo para depositar una ofrenda ante la estatua de la diosa.

Tras un concurrido almuerzo de homenaje, Alejandro se dirigió a la Asamblea en pleno para hacerles llegar las condiciones de su padre. Mientras ascendía hacia la tribuna de los oradores, por todos los rincones de la Pnix se oyeron murmullos de admiración. No era para menos: la contemplación de aquel muchacho de dieciocho años vistiendo su deslumbrante coraza era abrumadora. Su belleza y su determinación se ganaron de inmediato el corazón de los atenienses.

La voz de Alejandro se alzó clara y firme sobre la Asamblea: Filipo lamentaba las desafortunadas circunstancias que habían llevado a los dos estados hermanos a la guerra. Filipo solamente deseaba la amistad y el apoyo de Atenas. Sus únicas condiciones eran que la ciudad dejara de prestar auxilio a sus enemigos y reconociera

las conquistas de Macedonia hasta el momento. Atenas albergaría una «pequeña y casi simbólica guarnición macedonia», pero quedaban garantizadas su independencia y su forma de gobierno. Los atenienses, que a buen seguro se daban ya por muertos o esclavizados, aplaudieron el discurso de Alejandro hasta que les ardieron las manos. Ninguno pareció darse cuenta de que aquellas amistosas palabras clausuraban para siempre la época de mayor gloria de su ciudad.

Al día siguiente Alejandro y Hefestión fueron a visitar a un viejo amigo.

Aristóteles impartía sus enseñanzas en un gimnasio situado extramuros, en medio de un encantador bosquecillo consagrado a Apolo *Lykeios*, «el matador de lobos», motivo por el que los atenienses la conocía popularmente como «el Liceo».

—¡Mis dos «cabezas duras» favoritos! ¡Os habéis acordado de vuestro viejo maestro!

—¡Querido Aristóteles! —dijo Alejandro también emocionado—. Si ardíamos en deseos de venir a Atenas era precisamente por verte. —A continuación reparó en los numerosos grupos de jóvenes que, diseminados bajo los árboles, conversaban o leían—. Nadie excepto tú habría puesto en marcha semejante empresa en tan solo dos años. ¿Cómo te las has arreglado?

—Ya veis. Parece que mis humildes servicios como maestro me han granjeado un cierto prestigio.

Aristóteles abarcó el lugar con la vista y suspiró lleno de orgullo.

—¿Qué disciplinas impartes?

—Las mismas que vosotros estudiasteis, aunque me temo que no con tanto éxito. Será muy difícil volver a encontrar un grupo de alumnos tan despiertos y aplicados. —El maestro les dedicó a ambos una mirada llena de cariño—. ¿Y qué hay de los demás?

—Están en Tebas, con el ejército —respondió Hefestión—. Todos ellos te envían sus saludos.

—Ah, sí, el ejército —dijo Aristóteles con un suspiro—. Ya he sabido que los macedonios estáis decididos a comeros el mundo. ¿Qué piensa hacer mi buen amigo Filipo ahora que tiene la Hélade entera a sus pies?

—Iremos a Corinto —dijo Alejandro—. Mi padre ha convocado una conferencia de todas las ciudades helenas. Formaremos una liga sagrada contra Persia, y Filipo será nombrado comandante supremo. Después, y a pesar de todos los Demóstenes del mundo, cruzaremos al Asia. Pero no hablemos de ese gusano. Cuando llegamos te vi escribiendo. ¿Has empezado a cumplir la promesa que me hiciste? ¿Vas a poner por fin tus ideas por escrito?

—Por cierto que sí. En todo caso, no me queda más remedio. Con tantos alumnos me veo obligado a contratar a profesores auxiliares. Necesito textos para que mi pensamiento sea comprendido e impartido sin alteraciones. He escrito ya tratados

sobre la ética y la política, y ahora trabajo en uno que llamaré *Física*. Con él intento describir y clasificar el mundo natural.

—Nos harás llegar una copia cuando lo acabes, ¿verdad, maestro? —dijo Hefestión.

—¡Ay, muchacho! Estoy empezando a dudar que pueda concluir esta obra algún día. Al igual que Sócrates, de lo único que puedo estar seguro es de mi profunda ignorancia. El mundo es enorme y está poblado por infinidad de criaturas diferentes. ¿Cómo puedo aspirar a hacer una fiel descripción de la naturaleza si mis responsabilidades me impiden incluso abandonar este lugar?

—Tal vez tú no puedas viajar, Aristóteles —dijo Alejandro—. Pero nosotros sí que lo haremos, y a lugares muy lejanos. Puesto que tú has cumplido tu promesa, yo por mi parte te prometo que te enviaré animales, plantas y rocas de cuantos lugares visite para que los añadas a tus colecciones.

—¿Lo harás de verdad, muchacho? —dijo Aristóteles con la voz alterada por la emoción—. Cuentan que eres un gran guerrero. Pero si no fuera por tu afición por las armas, podría hacer de ti un estupendo filósofo.

—Perdóname, querido maestro, pero pienso que ya hay demasiados filósofos.

—Tienes razón —admitió Aristóteles—. Sobre todo en esta ciudad. Somos ya tantos que han empezado a inventar términos para distinguirnos. A mis discípulos y a mí, por ejemplo, nos llaman los *peripatéticos*, es decir, los *paseantes*.

—Con lo que se adivina que no has perdido tu vieja costumbre de impartir tus enseñanzas mientras caminas —dijo Hefestión sonriendo.

—Así es. Ya sabéis que a los del norte nos gusta el aire libre. Quizá los atenienses tengan razón después de todo y no seamos más que unos bárbaros. Sin embargo, creo poder permitirme esa pequeña extravagancia teniendo en cuenta las enormes excentricidades que han empezado a proliferar por todas partes. Habéis dicho que vais a Corinto ¿verdad? Bien, tal vez tengáis ocasión de conocer allí a Diógenes, al que todo el mundo llama el Cínico (o lo que es lo mismo, el *Perro*).

—¿El *Perro*? —preguntó Alejandro—. ¿Es que hasta los perros hacen ahora filosofía?

—Prefiero no estropearos la diversión —dijo Aristóteles de buen humor—. Id y descubrirlo vosotros mismos. Probablemente lo encontraréis en el Ágora de Corinto dando vueltas con una lámpara de aceite encendida a la luz del día. Según él, está buscando un «hombre honrado». Si no está allí, preguntadle a cualquiera dónde ha puesto su tinaja.

—¿Su tinaja? —preguntaron ambos con asombro.

La Conferencia de Corinto fue un gran éxito para Filipo, quien, tras aplastar a Atenas y Tebas en Queronea, tenía a las principales ciudades helenas a su merced. Su nueva autoridad le permitió proclamar la «paz general» en la Hélade y forzar a los estados a

confederarse en una liga contra Persia, de la que él mismo fue elegido «por aclamación» *hegemon* y *strategos autokrator*, es decir, líder y comandante supremo. Solo hubo una excepción: Esparta se negó a enviar emisarios a la conferencia y a reconocer el liderazgo macedonio.

—No los necesitamos —dijo el rey con evidente enojo—. Los espartanos son ahora tan solo una sombra de lo que eran. Me basta con que permanezcan tranquilos en su territorio y no interfieran en mis planes.

Supongo que tras la aparente confianza de Filippo se escondía cierto temor hacia la fama de los espartanos como combatientes, aunque, a decir verdad, Esparta había perdido efectivamente gran parte de su poder militar por aquellos días.

Tras la marcha de las delegaciones, Alejandro y yo salimos a conocer la ciudad. Visitamos el templo de Afrodita, enclavado en lo alto de la antigua fortaleza del Acrocorinto. Por cierto que las sacerdotisas de aquel famoso templo resultaron ser prostitutas pintarrajeadas que ofrecieron a Alejandro sus servicios con gráficos ademanes, aunque mi señor se limitó a sonreírles y lanzarles un beso con los dedos. Después descendimos hacia el Ágora en busca de un hombre que se alumbrara con una linterna en pleno día. El sol brillaba con tal fuerza en esos momentos que arrancaba destellos cegadores de las fachadas de los templos y los edificios públicos. No se veía ni un alma. Por fin, Alejandro entró en una taberna donde algunos lugareños combatían el asfixiante calor bebiendo vino aromatizado con menta. Todos lo miraron con gran curiosidad.

—Busco a un tal Diógenes, al que llaman el *Perro*. ¿Lo conocéis?

—¿Y quién no conoce a Diógenes, el hombre más sabio desde que murió Sócrates? Seguramente lo encontrarás frente al templo de Apolo. Se entretiene increpando a los sacerdotes cuando los ve entrar o salir.

La sola mención del nombre de Diógenes animó inmediatamente a la concurrencia.

—¿Sabéis la última de Diógenes? —preguntó uno de ellos entre risas—. Un rico terrateniente lo invitó a visitar su finca hace unos días. El hombre había gastado una fortuna en decorar la casa con finos muebles, objetos de arte y alfombras orientales. Diógenes lo estuvo curioseando todo atentamente y, a continuación, se volvió hacia su anfitrión y le escupió en la cara. «¿Por qué has hecho esto?» le preguntó el otro muy ofendido, y la respuesta de Diógenes fue: «Porque no he encontrado en toda tu casa un lugar más feo donde escupir».

Las carcajadas que siguieron fueron atronadoras. Alejandro abandonó la taberna en busca de tan curioso personaje.

Lo encontramos en el sitio exacto que nos habían indicado. Su apariencia era más la de un mendigo que la de un hombre sabio: vestía mugrientos harapos, su pelo y su barba eran tan largos y enmarañados que parecían no haber sido tocados nunca por la navaja del barbero e, incluso desde cierta distancia, despedía el tufo característico de los que son enemigos jurados del agua. Su dentadura era fascinante: los pocos dientes

que aún conservaba eran de un color indefinible, entre negro y pardo. Los ojos le brillaban como brasas, con esa luz que a menudo se adivina en la mirada de los fanáticos o de los dementes. Aquel triste hombrecillo disfrutaba apaciblemente del sol sentado en el suelo ante una tinaja volcada.

—Que los dioses te den larga vida. Soy Alejandro de Macedonia, hijo de Filipo.

Diógenes nos miró a Alejandro y a mí con enorme fastidio. Por último respondió entre bostezos.

—Y yo soy Diógenes, el *Perro*. ¿Qué quieres de mí?

—Mi maestro, Aristóteles, me recomendó que viniera a conocerte.

—Aristóteles es un asno presuntuoso —dijo Diógenes mostrando por fin cierta animación—, al igual que lo era Platón, su maestro. Adivino, por lo tanto, que tú debes de ser un cretino de la misma envergadura.

Alejandro me confesó más tarde que en aquel momento estuvo tentado de propinarle una patada. Decidió, no obstante, aguardar hasta conocer el origen de tanta hostilidad.

—¿Por qué te llaman el *Perro*? ¿Es que acaso tienes pulgas?

—Si las tengo o no, mi impertinente mozalbete, no es asunto de tu incumbencia. Me llaman el *Perro* porque aspiro a vivir como lo hace ese animal, sin necesidad de bienes materiales.

—No te entiendo —dijo Alejandro—. Todos necesitamos ciertas cosas indispensables para vivir.

—Si me entendieras serías lo bastante inteligente como para no andar por ahí envuelto en esa coraza, con el calor que hace. Para mí la libertad es el bien supremo, y la única forma de conseguirla es llegar a ser del todo autosuficiente, es decir, no depender de nadie ni de nada.

—Entonces, lo único que posees son esos andrajos que vistes y esa tinaja.

—Hasta ayer tenía también un vaso, pero vi a un muchacho beber agua haciendo cuenco con sus manos y, al darme cuenta de que podía pasar sin mi vaso, lo tiré. Mis ropas y mi tinaja son lujos que aún conservo porque todavía no he alcanzado la perfección a la que aspiro. Cuando lo haga, me desharé también de ellos.

Alejandro sintió que existía cierta sabiduría en las palabras de aquel hombre, pero también se dio cuenta de que se encontraba ante un lunático. Su cólera inicial dio paso a un sentimiento de profunda compasión.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó con simpatía.

—Pues, ya que lo mencionas, sí. ¿Podrías apartarte, por favor? Me estás tapando el sol.

Alejandro y su padre iniciaron el regreso a Macedonia convertidos en dos auténticos camaradas. Durante el largo camino, discutieron largo y tendido acerca de la inminente expedición asiática. Alejandro siempre ha sido una persona muy sensible;

necesitaba, pues, sentir el apoyo y el afecto de su padre. Por eso estoy seguro de que aquella fue la época más plena de su vida. Sin embargo, poco después de llegar a Pela algo en el entorno de Filipo enturbió de nuevo sus relaciones. Por aquel entonces Alejandro aún no podía imaginar cuál era el motivo que su padre tenía para mostrarse tan frío y distante con él. Jamás lo he visto tan desolado. Como en ocasiones anteriores, Hefestión vino en su ayuda. ¿Podréis disculpar ahora una más de mis digresiones de abuelo parlanchín?

He visto mucho mundo. Sé que existen infinidad de pueblos y que cada uno de ellos tiene una manera peculiar de ver la vida. Tomemos, por ejemplo, los usos alimenticios: habéis de saber que los indios de las castas superiores no matan ni comen animales, pues afirman que en ellos puede habitar el espíritu de un ser humano; para los fenicios, sin embargo, la carne de perro es un manjar exquisito. Hablemos ahora del vestido, o de la falta de él: los helenos disfrutaban mostrando sus cuerpos desnudos en los entrenamientos o las competiciones deportivas; un persa, sin embargo, no puede concebir humillación mayor que ser expuesto sin ropa en un lugar público. Las costumbres funerarias de los diferentes pueblos nos sorprenden por su disparidad: los helenos incineran a sus difuntos, los egipcios embalsaman sus cuerpos y los guardan en una caja de madera, los persas los abandonan en unos lugares altos que llaman «torres del silencio», y dejan que los devoren los buitres; pero el colmo de la extravagancia lo ostenta una tribu de las montañas de Aracosia, cercanas a la India, cuyos miembros se las han arreglado para mezclar lo fúnebre con lo culinario. Allí, el uso consiste en organizar un festín con los cuerpos de sus difuntos, siendo los familiares cercanos del finado quienes reciben los bocados más apetitosos.

En fin, tal vez en vuestro tiempo y en vuestra sociedad las costumbres sean muy diferentes a las de los helenos de mi época. Por eso, antes de continuar, quiero que sepáis que en la Hélade el amor entre hombres se considera no solamente aceptable, sino incluso un sentimiento digno y noble. Si os cuento todo esto es para que comprendáis que la evolución lógica de la amistad infantil entre Alejandro y Hefestión era que naciera entre ellos un sentimiento amoroso. Ambos eran de la misma edad, tenían los mismos gustos y un temperamento similar. Su amistad era tan profunda que, desde niños, se referían a ellos mismos como Aquiles y Patroclo. Además, Hefestión siempre supo suplir la enorme necesidad de afecto que Alejandro tenía a causa de la difícil relación con su padre. Supongo que fue en aquella época cuando se convirtieron en amantes.

Cierto día, la reina Olimpia llamó a Alejandro a sus aposentos privados. El príncipe permaneció con su madre durante buena parte de la mañana. Después llamó a Hefestión y le propuso salir a dar un paseo a caballo. Como habían hecho otras veces, buscaron la intimidad de un bosquecillo junto a la playa. Alejandro recostó la cabeza sobre el regazo de su amigo y le narró la conversación que ya conocéis. Mientras

tanto, Hefestión intentaba sosegarlo acariciándole el cabello. Me sorprendió la gravedad que mostraba el semblante de Alejandro. También el timbre amargo de su voz cuando le reveló sus preocupaciones a su amigo.

—La reina desea que me case, Hefestión.

El joven miró a Alejandro y asintió en silencio.

—¿Con alguien en especial? —preguntó por fin.

—Está dispuesta a dejarlo a mi elección, siempre y cuando la candidata sea hija de la nobleza y pueda darme hijos sanos de inmediato. Aunque añade que preferiría elegírmela ella misma.

—Y tú ¿qué le has contestado?

—Le dije que no entiendo esta prisa repentina por convertirme en padre y esposo. Y menos ahora, cuando estamos a punto de marchar contra Persia.

—Supongo que ese es precisamente el motivo, ¿no es así?

Alejandro enarcó las cejas.

—¿Cómo?

—Me refiero a la guerra contra Persia. Olimpia no desea que marches al combate sin dejar atrás un heredero que consolide la dinastía. Y he de decir que me parece muy razonable.

El príncipe dejó escapar un suspiro.

—Por supuesto, razón de Estado, como el nuevo matrimonio de mi padre con esa muchacha, la sobrina del general Atalo. Mi madre me habló también de ese asunto. ¿Tú sabías algo al respecto?

—Esta es una corte pequeña, Alejandro —respondió Hefestión—. Todo el mundo comenta que tu padre desea cerrar una alianza con Atalo tomando a una mujer de su familia por esposa. Y es algo perfectamente natural, si piensas en ello. Atalo es uno de los nobles más poderosos. Buena parte de los soldados de tu padre son reclutados por él.

—Atalo es ambicioso —replicó Alejandro endureciendo el tono de su voz—. Y por fin ha encontrado el procedimiento para unir su sangre a la de la familia real. Y todo ello con el beneplácito de Filipo, quien no parece darse cuenta de que esta boda es un insulto para mi madre y para mí.

—Alejandro —dijo Hefestión con suavidad—, mi hermoso Alejandro. Recuerda que has sido alumno de Aristóteles y piensa con un poco de lógica. Tu padre va a cumplir cuarenta y cinco años. Le falta poco para convertirse en un anciano. ¿Por qué has de ser tan estricto con un hombre que quizá solo quiera revivir sus años dorados al lado de una mujer joven? —Alejandro hizo una mueca de disgusto—. Ya, no me respondas. Tu nobleza de espíritu te impide ser indulgente con tu padre. Pero hay algo en lo que quizá no hayas caído...

Alejandro aguardó a que prosiguiera con gesto contrariado. Su amigo respiró hondo, como si lo que iba a decir le pesara en el ánimo.

—¿Quién puede dudar que eres el único hijo de Filipo dotado para ocupar el

trono? Pero... ¿qué sucedería si tú desaparecieras?

—¿Qué?

—Seamos realistas, Alejandro. Ponte en el lugar del rey, quien por cierto sabe mucho más de política práctica que el mismo Aristóteles con toda su ciencia. Eres el comandante de la caballería. Tu obligación es estar siempre en la punta de ataque. ¿Qué pasaría si Filipo se encontrara cualquier día convertido en un rey anciano sin un hijo varón para sucederle?

Alejandro entornó los párpados.

—Todas las casas nobles querrían hacerse con el trono. Después habría caos, violencia, guerra civil... —Alejandro suspiró abatido—. Me temo que nunca entenderé las intrigas políticas. A decir verdad, mi madre no parece ofendida porque Filipo piense tomar una nueva esposa. Lo único que teme es perder su posición. Afirma que Atalo está predisponiendo al rey contra ella y contra mí. Ella es extranjera, y por tanto yo solo soy macedonio a medias. Dice que Atalo y sus secuaces le exigen a Filipo un heredero de sangre pura a cambio de su lealtad. Suena a conspiración.

Hefestión agitó la cabeza y se dispuso a tranquilizarlo, pero Alejandro no le dejó hablar. Sus palabras sonaron lentas y graves. Su voz se redujo a un susurro, como si se dispusiera a revelar un secreto.

—Hay algo más. Amigo mío. Olimpia me contó que por los días en que fui concebido tuvo un sueño. Una serpiente enorme estaba tendida junto a ella en el lecho. En el sueño, la serpiente le habló, pero no con palabras, sino con una voz que sonaba dentro de su mente. Le dijo que era Zeus, padre de los dioses, y que se le había manifestado bajo aquella apariencia porque deseaba engendrar un hijo en su seno. Mi madre despertó poco después. No había ninguna serpiente, pero Filipo estaba ante ella y la miraba con espanto. Después el rey no quiso compartir su lecho durante mucho tiempo. Ya ves —concluyó—. Tal vez mi padre tenga motivos para sentir desconfianza.

—¿Eso te ha contado Olimpia? ¿Que no eres hijo de Filipo, sino de Zeus?

Alejandro asintió pensativo. Entonces se dio cuenta de que Hefestión se cubría la boca para disimular la risa.

—No te burles de mí —le dijo empujándolo en broma—. No sería la primera concepción divina en mi familia. Pero hay algo más. —Hefestión lo animó a continuar con un gesto—. Mi madre dice que la noche de mi nacimiento hubo una violenta tormenta. El cielo entero parecía incendiado por relámpagos. Y entonces ella tuvo la visión de que un rayo hendía su vientre en dos, y que de él surgía un fuego abrasador que calcinaba el mundo.

Alejandro y Hefestión guardaron un largo silencio. No hubo más bromas. La brisa que agitaba las ramas de los árboles cesó de pronto, y hasta los pájaros parecieron enmudecer en aquel momento.

—¿Quién es en realidad mi padre, Hefestión? —preguntó el príncipe—. ¿Quién

soy?

Hefestión lo contempló con infinito afecto.

—Eres mi amigo —respondió rodeándole el cuello con los brazos.

En ese momento yo me alejé y los dejé solos. Siempre he sido un caballo muy discreto.

Probablemente estaréis pensando que Alejandro no creyó la disparatada historia de su filiación divina. Bien, temo que estáis equivocados. Durante largo tiempo, Alejandro tuvo que debatirse con la idea de que Filipo no era su padre, sino que en realidad provenía de la unión entre Olimpia y el señor del Olimpo. Siempre he pensado que todo fue una estratagema de Olimpia para romper los lazos de afecto que unían a Alejandro con Filipo. A buen seguro, la reina consideró que la ingenuidad de su hijo y su exaltada naturaleza la conducirían al éxito. Además, desde muy pequeño, Alejandro estaba acostumbrado a oír historias de uniones entre dioses y mortales. No en vano tenía dos célebres ejemplos en su propia familia: los miembros de la casa real macedonia se consideran descendientes del glorioso Heracles, que fue concebido tras la unión de Zeus con Alcmena, una mujer mortal. Por parte de madre, Alejandro decía ser descendiente de Aquiles, hijo del rey Peleo y la diosa Tetis. Tal vez pensó que su concepción divina no hacía más que prolongar la tradición familiar. Sus dudas no quedaron aclaradas hasta algunos años después, tras una extraña aventura que tuvo como escenario la lejana tierra de Egipto, pero eso pertenece a otro momento de esta historia. Me gustaría saber lo que Aristóteles, siempre tan lógico y racional, habría pensado de todo esto. Seguro que se habría sentido horrorizado.

Pero prosigamos con la narración. Conforme pasaban los días, resultó evidente que el plan de la reina no estaba dando resultado. El príncipe seguía disfrutando de la compañía de Hefestión y del resto de sus compañeros, y no parecía más interesado en las mujeres de lo que lo había estado hasta el momento. Pese a todo, Olimpia perseveró en sus intenciones. La reina razonó que la negativa de su hijo a tomar esposa se debía a que le inspiraban miedo el sexo femenino (algo natural, puestos a mencionarlo, con una madre como la suya), y ¿qué mejor forma de vencer el miedo que enfrentarse a él? De modo que recurrió a una táctica poco sutil, aunque efectiva... con otro que no hubiera sido Alejandro. Una noche, cuando mi señor se retiraba a descansar, encontró a una bellísima muchacha aguardándolo en su lecho, y lo mismo ocurrió en noches sucesivas, cada vez una muchacha diferente, cada una de ellas más hermosa que la anterior. Seguramente, Olimpia pensaba que la tentación sería demasiado fuerte para el príncipe, y que antes o después sucumbiría y empezaría a interesarse por las muchachas; con ello demostró conocer poco el carácter de su hijo. Al principio, a mi señor le indignaron los manejos de su madre, pero después optó con tomárselo con humor: tras conversar durante unos momentos con la chica de turno, Alejandro le entregaba sus ropas y la despedía con recuerdos

para Olimpia. A menudo oí cómo Hefestión y él bromeaban a costa de las torpes artimañas de la reina.

Entretanto, los temores de Alejandro se confirmaron y los esponsales de Filipo con la sobrina de Atalo fueron anunciados oficialmente. Creo que Alejandro no vio ni una sola vez a su padre durante todo aquel tiempo. A pesar de ello, y en su calidad de príncipe heredero, no tuvo más remedio que asistir a la ceremonia y al banquete nupcial.

Recuerdo muy bien aquella noche. La nieve formaba remolinos en torno a las antorchas y un manto frío comenzaba a cubrir el palacio de Pela. Al principio oí música y alboroto. Pero de pronto sobrevino un silencio inquietante. Nada hay tan ruidoso como una fiesta en la corte de Macedonia. Aquella desusada calma era un mal presagio y me preparé para lo peor.

Alejandro entró en mi establo poco después. Se me partió el corazón cuando vi que lloraba como un niño.

—Nos vamos, Bucéfalo —me dijo abrazado a mi cuello—. Aquí ya no hay sitio para mí.

Después, mientras me colocaba la brida y la manta, me relató lo que había ocurrido:

—Jamás he asistido a un espectáculo más vergonzoso. Los invitados bebían sin parar y ladraban obscenidades. Y mi padre oía sus sucias bromas sonriendo como un idiota. Parecía un muchacho imberbe en lugar de un hombre maduro. En cuanto a su nueva esposa, de la que no apartaba los ojos, no es más que una niña. Más tarde Atalo se puso en pie para hacer un brindis: «Levanto mi copa por la felicidad de los nuevos esposos —dijo—, y porque de esta unión nazca un heredero legítimo de auténtica sangre macedonia». ¡Maldita sea! Nos estaba insultado a mi madre y a mí. Pero todos reían y levantaban su copa. Y también mi padre. Atalo me estaba provocando de forma deliberada, pero no pude contenerme. Me puse de pie y le arrojé mi copa. «¿Qué soy yo entonces, cerdo? —grité—. ¿Un bastardo?». Cuando mi padre oyó que insultaba a su invitado, reaccionó como nunca pensé que lo haría. Desenvainó su daga y se dirigió hacia mí tambaleándose. «¡Va a matarme!», me dije. Entonces tropezó y cayó al suelo. Seguramente fue el vino, o quizá su pierna herida. Cuando lo vi allí tumbado no sentí más que desprecio. «¡He aquí el gran hombre —grité—, el rey poderoso que se dispone a cruzar de Europa a Asia... y ni siquiera es capaz de atravesar esta sala!». Cuando ayudaron a mi padre a alzarse, su cólera parecía haberse apaciguado, pero la frialdad con que me habló me hirió mucho más. «¡Sal de mi reino! —me dijo escupiendo las palabras—. Y llévate contigo a tu madre y a esos traidores a los que llamas amigos». Estamos desterrados, Bucéfalo. Ya no soy príncipe de Macedonia. No soy nada.

Los sollozos le impidieron seguir hablando. Si los caballos fuésemos capaces de

hacerlo, yo también habría llorado con él.

Salimos de Pela aquella misma noche, en medio de una inclemente nevada. Además de Alejandro y la reina, que guardaba un hosco silencio, aquella triste comitiva estaba compuesta por Hefestión, Tolomeo, Crátero, Seleuco y Hárpalo. Nos dirigimos hacia el oeste, rumbo al reino del Epiro, y aún me admira que consiguiéramos culminar el viaje con éxito. El cruce de las montañas fue una auténtica pesadilla. Mis cascos y los de los otros caballos resbalaban sobre el hielo que cubría los sinuosos pasos entre las cumbres. Recuerdo que dos de las mulas que cargaban enseres se precipitaron por un abismo que parecía no tener fondo. En algunos lugares la capa de nieve era tan espesa que los caballos avanzábamos enterrados hasta la cruz. Pero lo cierto es que al cabo de ocho días logramos alcanzar Dodona, lugar de residencia del hermano de Olimpia, el joven rey Alejandro de Epiro.

La reina saludó fríamente a su hermano y se retiró de inmediato, no sin antes volverse hacia Alejandro para murmurar: «Hijo mío, eres un imbécil». El rey interrogó a su sobrino con la mirada, pero mi señor le suplicó que aguardara hasta que él y sus compañeros pudieran reparar fuerzas. Durante la cena Alejandro lo puso al corriente de la situación.

Supe que, tras reflexionar brevemente, el rey les había anunciado que no podía ofrecerles hospitalidad en el Epiro, lo que nos les pareció sorprendente, pues sabían que tanto la relativa independencia de aquel reino como el trono de su rey dependían de la voluntad de Filipo. La reina Olimpia podía quedarse, pero ellos tendrían que partir de nuevo lo antes posible.

Alejandro le rogó a su tío que al menos les permitiera reparar fuerzas en su palacio durante aquella noche. A la mañana siguiente, justo antes de emprender el largo viaje, le comunicó que él y sus amigos pensaban buscar refugio entre los ilirios, a sabiendas de que Filipo sería informado de inmediato. Poco después avanzábamos por los pedregosos senderos que conducen al norte, con la certeza que no tardaríamos en dejar atrás cualquier indicio de ciudades o de civilización. Nadie en nuestro pequeño grupo se atrevía a romper el silencio. Las miradas se mantenían fijas en mi señor, quien parecía estar madurando alguna idea. Por último, fue Tolomeo quien se adelantó para hablar:

—No deseamos escondernos entre los bárbaros, Alejandro. La vida es demasiado hermosa para desperdiciarla entre esos piojosos ilirios.

—Tolomeo habla en nombre de todos. Ninguno de nosotros desea vivir entre los bárbaros —sentenció Crátero.

Alejandro se volvió a sus compañeros.

—No os inquietéis. Iliria era solo una pista falsa. Nuestro destino serán las ciudades helenas del sur de Italia.

—¡Hablas de ir a Occidente! —dijo Hefestión animado de pronto—. Creo que es

una gran idea, Alejandro. Pero ¿de qué viviremos?

—Entre todos tenemos oro suficiente para ir tirando durante un tiempo. Después no faltarán gobernantes a quienes alquilar nuestras espadas. No seríamos los primeros helenos que se ganan la vida como mercenarios. ¿No es cierto, amigos?

—Está bien —dijo Tolomeo algo más resignado—. De modo que vamos a ver el mundo, aunque de una forma bien diferente a la que planeábamos. Imagino que podremos encontrar un barco que nos lleve desde alguno de los puertos cercanos hasta Tarento o Siracusa.

—No era esa mi intención —dijo Alejandro con una enigmática sonrisa—. Pensaba más bien en realizar el viaje por tierra.

La afirmación de Alejandro fue recibida con un coro de protestas.

—¿Estás loco? —dijo por fin Crátero haciéndose oír entre las demás voces—. ¿O es que todo lo ocurrido te ha trastornado? A pesar del mal tiempo, el viaje por mar no nos llevaría más de tres días, una semana a lo sumo, mientras que por tierra ni siquiera sabemos cuánta distancia hay. Tendríamos que cruzar Iliria, y quién sabe qué otras tierras desconocidas habitadas por salvajes y bandidos.

—No, no me he vuelto loco todavía —replicó Alejandro de buen talante—. Mi padre tiene espías en todos los puertos importantes de la Hélade, y estoy seguro de que ya han recibido instrucciones de localizarnos y seguirnos los pasos. El viaje a través de las tierras de los bárbaros es la única forma de burlarlos. Además, iremos de incógnito. ¿No deseabais ver el mundo, amigos? Bien, pues lo vais a ver.

Incluso en aquellas aciagas circunstancias, Alejandro mantenía intacta su autoridad. Hubo algunas protestas más, pero poco después conseguía que todos aceptaran sus planes. Entonces ordenó hacer un alto para comprar nuevas ropas con las que sustituir sus lujosos atuendos. Pocos después reanudaban su camino vestidos al modo de los mercaderes helenos.

La primera etapa del viaje fue la más peligrosa. Los ilirios profesaban una enemistad ancestral hacia los helenos y, muy especialmente, hacia los macedonios. Filippo los había castigado duramente desde el principio de su reinado, anexionándose grandes porciones de su territorio. La prudencia nos aconsejó, por lo tanto, evitar en lo posible las zonas habitadas y buscar el refugio de los frondosos bosques y elevadas montañas de la región. Aun así, recuerdo que tuvimos un par de encontronazos con algunas de las abundantes bandas de salteadores que asolan esas tierras. La sorpresa de los bandidos debió de ser mayúscula al comprobar que aquellos «pacíficos mercaderes» los ponían en fuga sin grandes esfuerzos.

Más difícil fue mantener alejadas a las manadas de lobos que acechaban nuestro campamento por las noches. A pesar del riesgo que suponía señalar nuestra posición con el fuego, Alejandro y sus compañeros tenían que encender grandes hogueras y mantener un turno permanente de guardia. La escasez de presas convierte a estos animales durante el invierno en fieras terribles y peligrosas.

Las cosas mejoraron mucho cuando llegamos a las zonas habitadas por las tribus

celtas. Según ellos mismos nos relataron, los dominios de su pueblo se extendían en todas direcciones a lo largo de vastísimos territorios. Afirmaban también que algunas de sus tribus habían colonizado un país verde y hermoso que se encuentra muy al norte, cruzando el mar. «Y aún más al norte están las islas donde moran nuestros difuntos, una tierra donde no existe la ancianidad, la enfermedad ni la muerte, donde la felicidad es eterna y cien años parecen durar un solo día». Estas palabras le fueron transmitidas a mi señor por un druida, que es el nombre que los celtas dan a los miembros de su casta sacerdotal. Además de sacerdotes, estos venerables hombres ejercen las funciones de jueces y maestros, y son grandemente respetados por su sabiduría y rectitud. Según nos dijeron, la formación de un druida dura más de veinte años, e incluye el aprendizaje de interminables sagas poéticas a través de los cuales transmiten la historia de su pueblo. Tuvimos ocasión de comprobar que sus conocimientos botánicos son también inmensos. Dominaban la curación mediante hierbas y plantas hasta tal punto que seguramente Aristóteles se habría sentido envidioso.

Lo cierto es que mi señor y sus compañeros encontraron muy de su agrado la forma de vida de aquel pueblo, sobre todo la de los miembros de la casta dominante, quienes se dedicaban a poco más que batallar contra las tribus vecinas, consumir cantidades asombrosas de cerveza en cuernos de toro y participar en banquetes interminables a la luz de las estrellas. Su estilo de luchar, en todo igual al de los héroes aqueos de Homero, les pareció fascinante: los guerreros celtas acuden al campo de batalla montados en sus carros de combate y, una vez allí, eligen a un enemigo, lo retan y pelean con él pie a tierra, casi siempre a muerte. El guerrero victorioso decapita el cuerpo del derrotado y se lleva la cabeza como trofeo de guerra, ya que los celtas miden el honor de un hombre en virtud del número de cabezas enemigas que atesora.

Las mujeres celtas los cautivaron de modo especial, y no solo por sus doradas cabelleras y su piel blanquísima, sino sobre todo por el hecho, inaudito para un heleno, de que vivan prácticamente en pie de igualdad con sus esposos, compartiendo con ellos tanto derechos como obligaciones. Mi señor y sus compañeros no salían de su asombro cuando supieron que las mujeres de este pueblo pelean junto a los hombres en las batallas, tal y como se cuenta que hacían las legendarias Amazonas.

Alguno de los compañeros de Alejandro se sintió tan atraído por los celtas y sus costumbres que llegó a insinuar la posibilidad de establecerse entre aquella gente. Mi señor, sin embargo, les recordó los planes originales y ordenó reanudar el camino.

Siguiendo el contorno de la costa, viramos hacia el sur, con lo que comenzamos a adentrarnos en la península itálica. El paisaje allí era mucho menos montañoso, la tierra era más fértil y los pueblos que conocimos resultaban mucho más «civilizados», tal y como en la Hélade se entiende ese concepto. En el norte de la península se encuentra el país conocido como Etruria, cuna de una antigua cultura tan afín a la de los helenos que casi nos sentimos como en casa. Los etruscos son gente

culta y refinada, amante de las artes y de los placeres de la vida. Hablan una lengua extraña que nada tiene que ver con los idiomas del resto de los pueblos de Italia. Según nos revelaron, esto se debe a que ellos son los pobladores originales, mientras que todos los demás habían llegado después. Durante siglos, los etruscos han vivido, al igual que los helenos, en ciudades-estado independientes que basaban su prosperidad y riqueza en el comercio y la navegación. Sin embargo, tras nuestra llegada comenzamos a percibir síntomas de que las cosas habían comenzado a ir mal. Existía en el ambiente una especie de indolencia extraña en un pueblo tradicionalmente industrial, algo así como una resignación a declinar y desaparecer. Al preguntar el motivo de todo aquello, Alejandro y sus compañeros siempre recibían la misma respuesta: la gente señalaba vagamente hacia el sur y murmuraba con enorme tristeza: «Roma».

En vista de su poca disposición a facilitar respuestas, nos encaminamos hacia las tierras donde, al parecer, estaba el origen de sus males.

Tras algunos días de marcha, comprobamos que el centro de la península itálica no era en absoluto un lugar seguro. Los pueblos que la habitaban estaban enzarzados en una devastadora y cruel guerra que duraba ya varias generaciones. Por todas las tierras que cruzamos, observamos grandes movimientos de tropas y de civiles que había abandonado sus lugares de origen huyendo de la guerra. La causa de tanta agitación la encontramos en la región llamada el Lacio, junto al río Tíber.

La ciudad de Roma no era lo que se dice impresionante a primera vista. Debía de tener una quinta parte del tamaño de Atenas y resultaba infinitamente más lúgubre y cochambrosa que cualquiera de las grandes ciudades helenas. Una humilde muralla cercaba un recinto urbano construido en torno a siete pequeñas colinas. En su interior se hacinaba una muchedumbre que, en su inmensa mayoría, vivía en condiciones miserables. Solamente en torno al Foro, una estrecha ágora situada entre los montes llamados Palatino y Capitolino, encontramos algunos edificios y templos vistosos, muy parecidos a los que habíamos visto en Etruria. El resto de la ciudad no era más que un laberinto de callejuelas, una maraña de albañales pestilentes flanqueados por casuchas pequeñas y destartadas.

Según supimos, los romanos eran un pueblo de pastores y campesinos que, ciento setenta años antes, había expulsado al último de sus reyes y se había embarcado en una interminable serie de guerras con las que ambicionaban anexionarse el territorio de sus vecinos. Habiendo nacido en la Hélade, para mí esa situación era más que familiar. Cuando la república se encontraba en estado de guerra, se abrían ceremonialmente las puertas del templo de un dios local llamado Jano. Pues bien, ningún romano recordaba haber visto jamás cerradas las puertas de ese templo.

Los etruscos, que antaño habían dominado la ciudad y su territorio, fueron los primeros en ceder terreno. En aquellos días Roma peleaba contra el resto de los pueblos del Lacio, aquellos a los que llamaban sus *socii*, es decir, sus aliados. Mientras tanto, habían firmado la paz con uno de sus enemigos ancestrales, un país al

este de su territorio llamado el Samnio. Nadie dudaba que la guerra contra los samnitas se reanudaría antes o después.

Alejandro y sus compañeros se maravillaban de que aquel pequeño estado, sin otros recursos aparentes que los que rendía la tierra, pudiera desarrollar una actividad bélica tan impresionante. Encontraron la respuesta en un descampado que se encontraba al oeste de la ciudad, entre la muralla y el Tíber. En este lugar, conocido como Campo de Marte, era donde se adiestraba a los reclutas de la milicia ciudadana.

Bajo la supervisión de los dos cónsules, que era la denominación que recibían los magistrados supremos de la república, observamos a los soldados romanos maniobrar con una precisión y flexibilidad que jamás habíamos conocido en la Hélade. Alejandro en concreto no daba crédito a sus ojos. «La falange de mi padre parece un monstruo pesado, ciego y sordo en comparación con esta infantería —dijo con admiración—. Pienso que merecería la pena quedarnos durante un tiempo e intentar aprender algo».

Y así lo hicimos. Mi señor y sus compañeros alquilaron habitaciones en una posada enclavada en el corazón del barrio popular de Suburra. Los días que siguieron los dedicaron a observar cuidadosamente las tácticas militares de los romanos. También tuvieron tiempo para el ocio. Visitaron el Foro, donde se reunía el Senado o consejo de la ciudad y tenían lugar las asambleas populares, asistieron a las carreras en un hipódromo pequeño e incómodo que los romanos, con su escaso sentido de la modestia, llaman el *Circo Máximo*, y también buscaron algo de diversión en las tabernas. Eran jóvenes, al fin y al cabo.

Recuerdo que era ya noche cerrada. Mientras intentábamos encontrar el camino de nuestra posada, nos perdimos en el laberinto de callejuelas Suburra. No se veía un alma, tan solo algunas sombras furtivas que parecían escabullirse entre las tinieblas. Tal vez se trataba solo de gatos, animal al que en Roma solo las ratas superan en número; quizá eran ladrones listos para tendernos una emboscada. Entonces pasamos junto a una taberna. Se oía música y bullicio desde el interior. Algún gracioso había pintado sobre el muro que el propietario vendía el vino aguado. A pesar de todo, algunos de los compañeros de mi señor se sintieron tentados de comprobarlo.

—Vamos, amigos —dijo Crátero—. Divirtámonos un poco, maldita sea.

Alejandro no parecía muy convencido. Aún así, cedió ante la insistencia de los demás. Me quedé en la puerta, junto con los otros caballos. Más tarde supe lo que había sucedido.

Tomaron asiento en torno a una mesa algo apartada. El lugar estaba atestado de gente. Sus ropas los delataban como extranjeros, lo que hizo de ellos el blanco de todas las miradas. Al otro extremo del lúgubre establecimiento, un grupo de al menos veinte hombres vociferaba y cantaba en el áspero idioma de los romanos. Vestían de paisano, pero por su aspecto resultaba evidente que eran soldados de permiso.

También resultaba evidente que estaban totalmente ebrios. Alejandro y sus compañeros pidieron vino y algo de comer.

—Este es sin duda el peor vino que he probado en toda mi vida —declaró solemnemente Tolomeo, a quien su nariz rota confería una expresión permanente de disgusto—. Tal vez sean buenos soldados, pero en cuanto a las buenas cosas de la vida tienen mucho que aprender de los helenos.

—Completamente de acuerdo —lo secundó Seleuco—. Dicen que Delfos es el ombligo del mundo; en ese caso Roma debe de ser su culo.

Cuando las enormes carcajadas se apagaron, Crátero quiso también añadir su grano de arena:

—Jamás he visto gente más rústica y provinciana. Y eso que los macedonios no somos precisamente un modelo de refinamiento. ¿Y qué me decís acerca de ese repugnante espectáculo que vimos esta mañana? Una panda de desgraciados intentando matarse unos a otros para divertir a la multitud. Valiente forma de honrar la memoria de los muertos: enviar más almas al Hades para que les hagan compañía ¿Pueden compararse esos *gladiatores* o como se llamen con la belleza de los atletas helenos compitiendo como hombres libres por el honor de la victoria? ¡Absolutamente lamentable! ¿Cuándo nos marcharemos de este lugar asqueroso, Alejandro?

—Muy pronto —dijo mi señor—. A mí tampoco me agradan los romanos. ¿Os habéis dado cuenta de cómo nos mira todo el mundo? Me pregunto si es que no han visto nunca un extranjero.

¡Clan!

El estruendo les hizo dar a todos un respingo. Uno de los soldados, un hombretón enorme de mirada acuosa y nariz colorada, acababa de golpear su mesa con una gran jarra de vino.

—*¡Graeci!* —les espetó con voz pastosa. Y continuó con una larga parrafada de la que no entendieron más que algunas palabras aquí y allá.

Los jóvenes se miraron nerviosos. Por fin, Alejandro intentó comunicarle por señas que apenas comprendían su idioma. Un segundo borracho con aspecto de campesino se acercó entonces al grupo.

—Yo conocer lengua helena —les dijo—. Yo ser marino muchos años en barco etrusco.

—Os saludamos, amigos —dijo Alejandro al polígloto con una cordialidad que no sentía—. ¿Queréis uniros a nosotros? Estábamos a punto de brindar por vuestra hermosa ciudad.

El primer romano miró a su compañero interrogante. El otro le hizo callar llevándose un dedo a los labios. Su expresión maliciosa no anunciaba nada bueno.

—Yo y camaradas míos estar discutiendo una cosa —dijo mientras se tambaleaba ostensiblemente—. Vosotros ayudar a nosotros. Decir... —entonces vaciló durante unos instantes, mientras intentaba encontrar las palabras—. ¿No verdad que vosotros,

helenos, ser iguales a mujeres?

El silencio que siguió podía cortarse. Alejandro suplicó calma con la mirada.

—No te entiendo amigo—. Mi señor estaba tan tenso como una ballesta cargada. Su mano derecha palpó el acero bajo los pliegues de su túnica.

—¡Sí, helenos como mujeres! —insistió el romano tras soltar una carcajada—. No saber luchar y además gustar acostarse con hombres.

Aquello fue demasiado para el altivo Crátero, que se puso en pie de repente y les ladró una obscenidad en latín que había oído en el circo ese mismo día. Algo referente al tamaño de su miembro viril que los espectadores de las carreras gritaban constantemente a los aurigas del bando rival.

Era lo que los romanos estaban esperando. Los dieciocho que aún estaban sentados se pusieron en pie como un solo hombre y los rodearon. Como obedeciendo un plan, todos ellos desenvainaron espadas cortas de terrible aspecto. Eran sus armas reglamentarias. La ley romanaprohíbe la presencia de tropas armadas en la ciudad, pero aquellos soldados parecían entender poco de leyes.

Alejandro no perdió el tiempo:

—Hefestión —susurró con calma—, encárgate tú de los cuatro a mi derecha. Crátero, tú de los que hay junto a la ventana. Seleuco y yo del resto. Hárpalo, cubre la retirada cuando empecemos a salir.

Pero no fue necesario derramar sangre. En ese momento, un joven de aspecto elegante que había entrado en la taberna poco antes se aproximó al grupo y comenzó a hablar en tono enérgico. Los soldados borrachos se volvieron hacia él con ademán hostil. Entonces parecieron reconocerlo. Abrieron mucho los ojos y se quedaron rígidos, congelados, como unos niños sorprendidos haciendo una travesura. Su borrachera parecía haberse esfumado de repente. Sin decir una sola palabra, todos a una envainaron sus espadas, saludaron llevándose el puño al pecho y comenzaron a desfilarse hacia la puerta a paso ligero. Tuvieron suerte, pues dudo que alguno de ellos hubiera salido con vida de la refriega.

—Os pido perdón —les dijo el joven en un refinado heleno ático, lo que hizo que todos lo miraran sorprendidos—. Son buenos hombres, aunque han bebido un poco de más. Su centuria está de permiso.

—¡No hacía falta...!, —comenzó a decir Crátero. Alejandro le hizo callar con una mirada furiosa.

—Gracias, amigo —lo interrumpió mi señor—. Nos has librado de una buena. ¿Conoces a esos hombres?

—Claro. Están bajo mi mando directo. Acabamos de regresar de campaña. Los pobres han perdido a muchos compañeros. Se llevaron la peor parte en una carga contra los volscos. De hecho, esos veinte hombres es cuanto ha quedado de la centuria a la que pertenecían.

—Lo comprendo. ¿No quieres compartir nuestro vino?

—Será un gran honor para mí sentarme a la misma mesa que mi señor Alejandro,

príncipe de Macedonia, y sus nobles compañeros —respondió el romano sonriendo—. Aunque temo que el lamentable vino que aquí se sirve no esté a la altura de la ocasión.

Inmediatamente se cruzaron miradas de alarma entre todos ellos. Alejandro consiguió mantener la serenidad y le hizo un ademán invitándolo a sentarse.

—Te confundes. Mis amigos y yo somos simples mercaderes en ruta hacia las ciudades helenas del sur.

—¡Vamos, vamos! —dijo el romano—. No tenéis necesidad de disimular conmigo. De acuerdo que Roma es un rincón perdido del mundo, pero incluso hasta aquí llegó la noticia de que el rey Filipo de Macedonia, nuevo señor de la Hélade, había desterrado a su Alejandro y a los amigos de este. Además, da la casualidad de que te he visto antes.

—¿Dónde? —preguntó Alejandro asombrado.

—En Atenas. Hace algo más de un año. Yo estudiaba con Aristóteles en el Liceo cuando fuiste a visitarlo junto con tu noble amigo. —El muchacho se inclinó hacia Hefestión—. Os vi esta mañana, en el Foro. Confieso que os he seguido los pasos desde entonces. Mil perdones. Las barbas me despistaron un poco al principio, pero cuando os oí hablar no me cupo ya la menor duda. En cuanto al resto, Aristóteles os mencionó tantas veces, y en términos tan elogiosos, que es como si os conociera personalmente. Por cierto, todo el mundo os supone en Iliria. Me pregunto qué hado caprichoso ha conducido vuestros pasos hasta esta miserable ciudad.

Todos respiraron aliviados. Según me dijo Alejandro, por un momento había pensado que los espías de Filipo habían dado por fin con ellos.

—Bien, amigo —le dijo—, por lo que veo sería una pérdida de tiempo continuar con el engaño. Pero dime, puesto que nos conoces tan bien, ¿no sería justo que nosotros supiéramos algo más acerca de ti?

—Perdonad mi falta de cortesía —dijo el muchacho—. El regreso junto con mis conciudadanos me ha contagiado algo de su rudeza. Me llamo Marco Furio Camilo. Tal vez mi nombre os resulte familiar.

—¿Por qué habría de ser así? —preguntó Alejandro enarcando las cejas.

—Bien, mi abuelo, cuyo nombre yo he heredado, fue un héroe nacional. Hace cincuenta años derrotó y expulsó a los celtas galos que habían arrasado la ciudad. Se le conoce como «el segundo fundador de Roma».

—Siento decepcionarte, Marco Furio —dijo Alejandro sonriendo amistosamente—, pero debes comprender que somos recién llegados y apenas sabemos nada de vosotros, salvo que sois buenos soldados.

—No, no importa —dijo el joven agitando las manos—. He sido un iluso al suponer que nuestra breve historia habría de ser conocida por los helenos. En todo caso, sabed que pertenezco a una de las familias patricias más influyentes. Mi padre se sienta en el Senado, y yo también estaría destinado a hacerlo... si no fuera porque me he convertido en la oveja negra de la familia.

—Conozco esa sensación —dijo Alejandro con cierta nostalgia—. ¿Cómo ha ocurrido en tu caso?

—Ya sabéis que Roma está en guerra —respondió Marco con semblante grave—, pero lo que no resulta tan evidente es que dentro de las murallas de la ciudad se está librando otra guerra desde hace muchos años, casi desde la época de los reyes. Al principio, los patricios lo poseían todo, mientras que la gente común, los que llamamos la plebe, carecían tanto de bienes como de derechos. Los patricios defendieron con uñas y dientes sus privilegios, pero poco a poco tuvieron que ceder terreno, sobre todo desde que algunos plebeyos comenzaron a amasar fortunas gracias al comercio. Eso desembocó en nuestro sistema actual, que es más odioso si cabe que el primitivo. —Alejandro lo interrogó con la mirada—. Todos los hombres libres de Roma están divididos en cinco clases, en función de sus bienes de fortuna. A mayor fortuna, mayores derechos políticos. Por supuesto, la gran mayoría de la población no pertenece a ninguna de las clases, y carece, por tanto, de derecho alguno. Son los llamados *proletarii*. Desde hace tiempo comienzan a alzarse voces valientes denunciando lo injusto de esta situación.

—Entonces —lo interrumpió Alejandro— ¿esos camorristas que pretendían atacarnos eran lo que llamas *proletarii*?

—No —respondió el romano—. Los proletarios no pueden ser soldados. Puestos a negar, se les niega hasta el derecho de participar en la defensa de su ciudad.

—Curiosa forma de desperdiciar buenos hombres para el ejército —dijo Alejandro con ironía—. Aunque claro, ya se sabe que quien arma a un hambriento para que luche por él corre el riesgo de acabar con la garganta rebanada. —Alejandro entornó los ojos—. Recuerdo que Aristóteles sostenía una idea acerca la relación entre riqueza y poder. ¿No te habló nunca de ello?

Crátero apenas se molestó en disimular un bostezo, aunque Alejandro le devolvió la compostura con un enérgico codazo en las costillas.

—Sí —respondió Marco Furio—. Él piensa que el Estado ideal es aquel en que riquezas y poder están equitativamente repartidos entre todos los ciudadanos. Precisamente fue mi estancia en Atenas lo que me abrió los ojos. Allí, todos los hombres libres tienen derecho a participar en el gobierno de su ciudad, cualquiera que sea su origen o patrimonio. Al regresar, me uní a los que luchan por la igualdad de derechos políticos para todos los ciudadanos. Mi padre nunca me lo ha perdonado.

—Me temo que estás idealizando en exceso la forma de gobierno de los atenienses —dijo Alejandro—. En Atenas, como en todas partes, dinero y poder son la misma cosa. Sin embargo, simpatizo con tu lucha. ¿Qué piensas hacer ahora?

Marco Furio Camilo miró a Alejandro fijamente.

—No puedo aguantar más el desprecio de los míos ni el provincianismo de esta ciudad. Me aterra la idea de acabar mis días como un oscuro magistrado o luchando en nuestras mezquinas guerras. Permíteme que os acompañe en vuestro viaje.

Alejandro se mostró sorprendido, pero respondió con suaves palabras.

—Amigo mío, no pienso que nuestra situación actual sea precisamente envidiable. Nos hemos convertido en hombres sin patria y ni siquiera sabemos exactamente hacia dónde encaminarnos. Pienso que te haría un flaco favor permitiéndote compartir nuestro triste destino.

—Te vi entrar en Atenas —dijo Marco con los ojos brillantes—. Parecías un dios. Recuerdo que pensé «seguiría a ese hombre a cualquier sitio». Además, puedo seros útil. Recibí un excelente adiestramiento militar. Tengo experiencia en campaña. Os enseñaré todo lo que sé. Me dejarás acompañaros, ¿verdad?

Aquello inclinó definitivamente la balanza a su favor. Alejandro interrogó con la mirada a sus compañeros y comprobó que todos daban su aprobación.

—Bien, Marco Furio Camilo, si es eso lo que quieres, sé bienvenido a nuestro grupo.

Pocos días después, y con un miembro más en nuestra comitiva, nos pusimos de nuevo en marcha. La primera de las grandes ciudades helenas que visitamos fue Neápolis, que se encuentra a tan solo unos mil estadios al sur del territorio romano. Desde una colina, observamos el magnífico espectáculo de la gran ciudad extendiéndose en torno a una preciosa bahía de aguas azules.

—¡Por Zeus! —exclamó Alejandro— o bien ¡por Júpiter!, como dirías tú, Marco Furio. ¡Qué maravilla! Me pregunto cuánto tiempo tardarán tus conciudadanos en ambicionar estos territorios.

—A decir verdad, muchos de nosotros admiramos a los helenos y su cultura, pero me temo que tienes razón. La mayoría de los romanos consideran que Italia entera es el patrimonio natural de nuestra república. Lamentaría ver toda esta belleza arrasada por la guerra, pero seguramente ocurrirá antes o después.

En el extremo más alejado de la bahía, admiramos una gran montaña cuyas laderas estaban cubiertas por huertos y viñedos.

—Los romanos la llamamos Vesubio —explicó Marco—. Dicen que en su cima existe un gran cráter que conduce directamente al reino subterráneo de Plutón, que es como nosotros denominamos a vuestro Hades. Y debe de ser cierto, puesto que en ocasiones la cima de la montaña escupe enormes humaredas y rocas ardientes.

En conjunto, observamos que las colonias helenas del sur de Italia eran mucho más prósperas que sus ciudades-madre. Sin duda, el secreto de su éxito se cifraba en que habían disfrutado largos períodos de paz, mientras que los estados de la Hélade habían preferido el camino del aniquilamiento mutuo. A la vista de Neápolis o Tarento, todos soñamos con la gloria que la Hélade habría podido alcanzar de no haber sufrido la devastadora guerra que enfrentó a Esparta y Atenas hasta tan solo unas décadas antes. Pero la auténtica joya de la aquella «Hélade de Occidente» no

estaba enclavada en la península itálica, sino en la gran isla de Sicilia, más al sur.

Desde Regio zarpamos en un mercante que, tras una breve travesía, nos condujo a la ciudad de Siracusa, en la costa oriental de Sicilia. Esta es la isla a la que, según Homero, arribó el héroe heleno Odiseo en una de las múltiples vicisitudes de su regreso a la patria, tras la guerra de Troya. En aquellos tiempos, Sicilia estaba poblada por unos seres gigantescos llamados cíclopes, que tenían un solo ojo en medio de la frente. Odiseo cegó al cíclope llamado Polifemo, hijo de Poseidón, por lo que el dios de los mares lo condenó a sufrir grandes calamidades antes de ver realizado su deseo de regresar al hogar, en la isla de Ítaca.

Eso es lo que cuenta Homero, aunque, a decir verdad, no logramos ver a ninguno de esos temibles ogros. Lo que sí nos admiró fue la magnificencia de la gran ciudad de Siracusa, que por su aspecto y tamaño podría competir ventajosamente con Atenas o cualquiera de las más famosas ciudades de la Hélade. De hecho, quedamos boquiabiertos con la sola contemplación de su puerto, donde se cobijaban tal cantidad de buques que parecía una empresa imposible encontrar un amarradero libre para el nuestro. A juzgar por la variedad de formas de las naves, así como por lo exótico de los símbolos que delataban su origen, debía de haber allí mercantes procedentes de los confines más remotos del mar. Una vez en tierra, nos sumimos en una monumental algarabía humana en la que no parecía faltar ninguna raza o lengua. Vimos marinos y mercaderes originarios de todos los lugares concebibles, desde la lejana Fenicia hasta Cartago, incluyendo las grandes islas del Egeo. Los trabajadores del puerto descargaban montañas de mercancías, algunas de ellas tan fabulosas que, de no haberlas visto con nuestros propios ojos, se nos habrían antojado fruto de una leyenda: especias, seda y perfumes traídos desde países desconocidos del Oriente, innumerables ánforas de vino, finísimas piezas de cerámica ateniense, objetos de vidrio y de ámbar, armas, trigo, cebada y papiro egipcios, alfombras persas, telas teñidas con la preciada púrpura de Tiro, figuras sirias talladas en marfil y alabastro, incienso arábigo, cobre y estaño traídos por los fenicios desde las islas de los mares del norte, por los cuales solamente sus capitanes se aventuran, metales preciosos, pescado, madera, pieles, lana y un largo etcétera cuya mera enumeración me resultaría imposible concluir. Abundaba también, por desgracia, una mercancía que los humanos valoran por encima de todas: los esclavos. Siempre me ha admirado y entristecido que los hombres sean capaces de comerciar con seres de su propia especie, pero así son las cosas y yo simplemente me limito a relatarlas.

La incesante actividad del puerto contrastaba, sin embargo, con el ambiente de preocupación reinante en la ciudad, cuya causa conocimos pronto: el general corintio Timoleón, un gobernante querido y admirado por todos los siracusanos, había decidido retirarse de la vida pública. Algunos años antes, Timoleón había librado a Siracusa de la opresión de un tirano llamado Dionisio, apodado «el Joven» para distinguirlo de su padre. Después, instauró una democracia y permaneció en el poder durante un tiempo como protector del Estado. Al considerar que sus deberes estaban

cumplidos, y a pesar de los ruegos de los siracusanos, Timoleón acababa de renunciar a todos los poderes que el Estado le había conferido. El pueblo de Siracusa alababa la enorme honradez de su gesto, pero se lamentaban al pensar qué sería de la ciudad sin la guía de aquel gran hombre cuya energía había logrado, entre otras cosas, mantener a raya a los cartagineses y confinarlos en el extremo occidental de la isla.

—¿Recordáis el viejo sueño de Platón con respecto al rey-filósofo? —preguntó Alejandro no bien hubimos desembarcado—. Pues bien, el gobernante que Platón intentó transformar en filósofo fue precisamente Dionisio el Joven, el último tirano de esta ciudad. Al parecer, su pueblo no lamentó demasiado librarse de él. Creo que ahora vive exiliado en Corinto.

—Y allí es precisamente donde todos vosotros vais a venir conmigo —dijo alguien de pronto.

Todo el grupo giró la cabeza a la vez. Alejandro no pudo ocultar su asombro al reconocer al hombre que así había hablado.

—¡Demarato! ¡Por todos los dioses! ¿Qué haces tú aquí?

Demarato de Corinto era un viejo amigo de Filipo a quien Alejandro conocía desde niño. Cualquiera hubiera tomado a aquel anciano rechoncho y sonriente por el propietario de un puesto de verduras, quizá por un viejo marinero, a la vista de su tez curtida y sus facciones cubiertas de salitre. Sin embargo, Demarato era el orgulloso señor de una enorme flota de buques mercantes, comparable en tamaño solo con las fenicias, y sus intereses comerciales abarcaban todo el mundo conocido. En numerosas ocasiones, aquel astuto corintio había financiado las aventuras militares de Filipo. Sobre esa relación, al principio meramente financiera, había florecido con el tiempo una buena amistad.

—Mi pequeño Alejandro —dijo Demarato mostrando una dentadura espléndida para su edad—, el mundo no es tan grande, o al menos ya no lo es. Os sigo los pasos desde hace meses. He de admitir que hicisteis un buen trabajo engañando a los agentes de tu padre, pero mis capitanes son considerablemente más astutos. ¿Qué os parecería escuchar el resto de la historia mientras comemos?

Ante un humeante guiso de pescado, Demarato explicó a los jóvenes el motivo de su inesperada aparición.

—Cuando me llegó la noticia de tu destierro, acudí de inmediato a Pela para hablar con tu padre. Bien sabes que te tuve en mis brazos cuando apenas eras un mocoso. El saberte desposeído de tus derechos dinásticos y convertido en un vagabundo me angustiaba en extremo. No he tenido nunca pelos en la lengua, de modo que cuando tu padre me recibió fui directamente al grano: «Filipo —le dije—, ¿cómo puedes aspirar a ser el señor de la Hélade si no eres capaz de poner orden en tu propia casa?». Podéis imaginaros la ira con que reaccionó. Os llamó a todos traidores. De ti, Alejandro, dijo que tramabas destronarlo y proclamarte rey.

—¡Eso es absurdo! —protestó Alejandro—. Mis amigos siempre le han servido con lealtad. ¿Y qué he hecho yo para hacerle pensar que deseo usurpar el trono? Mi

padre debe de haber perdido el juicio.

—Tu padre es el mejor de los hombres que he conocido —replicó Demarato con severidad—, y puedes estar seguro de que te ama más que a nadie en el mundo.

—Pues resulta la suya una forma bien extraña de demostrar amor.

—Por favor, Alejandro —dijo Demarato afectuosamente—, trata de ponerte en su lugar. Tu padre fue el menor de tres hermanos varones. Sus posibilidades de acceder al trono eran mucho menores que las de morir asesinado antes de llegar a la edad adulta. Sin embargo, luchó como un león contra todas las adversidades para llegar a su posición actual. En esas circunstancias un hombre tiene que volverse por fuerza desconfiado. Después apareciste tú, ganándote la lealtad de sus soldados sin ningún esfuerzo. ¿Sabías que el ejército estuvo a punto de sublevarse cuando se supo la noticia de tu destierro?

—No tenía la menor idea —reconoció Alejandro.

—Y además están Atalo y sus secuaces. No es ningún secreto que han estado intrigando para predisponer a Filipo en contra tuya. En fin, a pesar de su explosión de ira, intuí que Filipo estaba arrepentido de haber actuado con tanta precipitación. Por último me confesó que había intentado encontrarte para hacerte volver. Entonces fue cuando me ofrecí a colaborar en tu búsqueda y a actuar como intermediario entre ambos.

—¿Te resultó muy difícil dar con nosotros, Demarato?

—Para serte sincero, no. Como ya os he dicho, mis hombres os identificaron cuando atravesasteis las tierras de los etruscos y los romanos, con los que mantengo relaciones comerciales desde hace tiempo. —Demarato mostró entonces sus dientes en una amplia sonrisa y miró a todos los presentes—. Permitidme deciros que tenéis tanto aspecto de mercaderes como yo de sacerdotisa de Afrodita. —Las carcajadas de los jóvenes le impidieron continuar durante un rato—. En fin, abreviemos: tu padre te ofrece su perdón y la restitución de todos tus derechos, y también a tus amigos, por supuesto.

—¿Mi padre me perdona? Valiente ironía. Debía ser él quien me pidiera disculpas a mí. ¡Ni siquiera se inmutó cuando Atalo insinuó que yo era un bastardo!

Demarato respiró hondo y adoptó una expresión paciente.

—Querido muchacho, tu padre nunca se rebajará a pedirte perdón, ni en público ni en privado. El hecho de revocar vuestro destierro ya debe de haber sido un golpe enorme para su orgullo. Te aconsejo que aceptes.

—¿Y qué hay de mi madre?

—Sabes perfectamente que la convivencia entre tus padres es imposible desde hace años. Es más, tengo entendido que Filipo piensa repudiarla y romper así su matrimonio. ¡Espera! No te exaltes aún y permíteme continuar. Ya no eres un niño, Alejandro. Debes comprender que tus intereses y los de Olimpia no son necesariamente coincidentes. Sé que eres ambicioso y probablemente te darás cuenta de que todas tus esperanzas pasan por aceptar el perdón de tu padre.

Alejandro bajó la mirada y pareció reflexionar. Durante toda la conversación, sus compañeros habían permanecido mudos y expectantes. Hefestión rompió entonces el silencio.

—Alejandro, permite que te hable en nombre de todos nosotros. Cualquiera que sea tu decisión, la respetaremos. Pero debes considerar que esa decisión sellará también nuestro destino. Deseamos volver a Macedonia. Piensa en todo lo que vamos a perdernos si no lo hacemos.

Alejandro permaneció silencioso un rato más. Después, alzó la cabeza y se dirigió a Demarato.

—¿Cuándo regresamos?

—¡Excelente! —exclamó el comerciante—. Mi barco zarpa hacia Corinto dentro de tres días.

Las ovaciones de los jóvenes provocaron que todos en la taberna se giraran sorprendidos.

Permanecí todo el viaje de regreso encerrado en la bodega de un mercante, y he de decir que aquella resultó la experiencia más espantosa de mi vida. Los otros caballos fueron vendidos en Siracusa, pero, como podréis imaginar, Alejandro no tenía la menor intención de deshacerse de mí. El continuo vaivén y el repugnante olor a brea y pescado podrido me revolvían el estómago de tal forma que fui incapaz de probar bocado durante toda la travesía. Solo las frecuentes visitas de mi señor me devolvían las ganas de seguir con vida. Por suerte, los vientos favorables de la estación nos empujaron hasta el Istmo en cinco días, lo que me sorprendió en extremo, dado que en nuestro viaje por tierra habíamos empleado cerca de un año. Fue para mí un gran alivio comprobar que realizaríamos el resto del trayecto hasta Pela por vía terrestre.

Ya de regreso en Pela, Alejandro me dijo que había encontrado a su padre en su despacho, junto a Antípatro, casi ocultos ambos tras una montaña de informes y mapas militares. Pero permitidme que reconstruya esta escena tal y como mi señor la relató. Parece que al principio el rey se le quedó mirando con los ojos muy abiertos, como si acabara de aparecérsese un fantasma. Después le hizo a Antípatro una seña con la mano para que los dejara solos.

—¡Bienvenido, muchacho! —le susurró Antípatro al príncipe mientras salía—. Llegas en buen momento.

Filipo se puso en pie y se plantó ante su hijo, como si deseara intimidarlo con su superior estatura. Su único ojo se clavó en él con ferocidad, pero Alejandro no pareció amilanarse en absoluto.

—De modo que Demarato ha dado contigo.

—Eso parece —dijo Alejandro con la misma sequedad.

—Tienes buen aspecto. Y te has dejado crecer la barba. Te sienta bien. Ahora pareces un hombre de verdad.

—Pensaba afeitármela esta misma tarde —dijo Alejandro con mirada desafiante.

—¡Maldita sea! ¿Es que has de contrariarme hasta en las cosas más triviales? Nunca debí permitir que Demarato me convenciera.

—Puedo volver a marcharme ahora mismo, si es eso lo que deseas.

—¡Quédate donde estás! ¿Por qué has de tomarlo todo tan al pie de la letra? —El rey hizo visibles esfuerzos por serenarse—. ¿Te has enterado de que Artajerjes ha sido asesinado por su primer ministro? He de admitir que lo siento; resultaba un enemigo formidable. Su sucesor es un títere, un tal Arses. Parece que reina la confusión en todo el Imperio Aqueménida. Exactamente el momento que estaba aguardando. Parmenión y Atalo han cruzado ya al Asia con dos cuerpos del ejército.

—Eso me han dicho, y opino que has obrado con escasa prudencia a la hora de nombrar a alguno de tus generales.

—Supongo que lo dices por Atalo. ¿Piensas que tú habrías sido más digno que él?

—Yo me limito a obedecer, padre —repuso Alejandro.

—Sabia respuesta. Eso me complace. Por cierto, ¿quién es ese sujeto que ha venido con vosotros?

—Se llama Marco Furio Camilo y es romano. Creo que puede enseñarnos muchas cosas en cuanto a táctica militar.

—Un nombre demasiado largo para un bárbaro insignificante. ¿Qué te hace pensar que ese individuo pueda enseñarme a mí? —Alejandro respondió con un obstinado silencio—. En fin, ¿ya sabes que estamos a punto celebrar una boda?

—¿Es que piensas tomar otra esposa?

—Nunca más. Todas las mujeres son iguales. Al principio derrochan dulzura, pero resultan insufribles al cabo de un tiempo. Es a tu hermana Cleopatra a la que voy a casar.

—¡La pequeña Cleopatra se nos casa! —dijo Alejandro sonriendo—. ¿Puedo preguntar con quién?

—Supongo que estarás al corriente de que pienso divorciarme de tu madre y, por supuesto, no puedo esperar tu aprobación.

—Tus problemas con mi madre os conciernen exclusivamente a vosotros dos. Nada tengo que decir al respecto. Pero ¿qué tiene eso que ver con la boda de Cleopatra?

—No deseo que Alejandro de Epiro piense que al repudiar a su hermana me propongo romper mis buenas relaciones con su reino. Por ello le he ofrecido la mano de mi hija.

—Ya veo —dijo mi señor resignado—. Una boda de Estado entre tío y sobrina. ¿Es que tu mente nunca descansa?

—¡Nunca! Y ahora todavía con más motivo. Inmediatamente después cruzaré el Helesponto con el resto del ejército. ¿Querrás venir conmigo?

Alejandro no pudo contener la emoción.

—¡Claro que sí, padre! Les mostraremos a esos persas de qué madera estamos

hechos los macedonios.

—¡Así se habla, Alejandro! Por cierto, nunca te di las gracias por haberme salvado el cuello en Bizancio. Tal vez este sea el momento oportuno. Ahora márchate. Antípatro te pondrá al tanto de tus obligaciones.

Alejandro se giró y abandonó el despacho de su padre. Después me relató que, mientras cerraba la puerta, le pareció oír que Filipo rompía a llorar.

Algunos días después, la corte entera se trasladó a Egas, la antigua capital, ya que la tradición exige que este sea el escenario de todos los grandes acontecimientos de Estado. Filipo planeaba convertir la boda entre su hija y su actual cuñado y futuro yerno en una demostración de su poder, por lo cual había cursado invitaciones a todos los estados helenos.

Las celebraciones comenzaron con una descomunal parada militar. Ante el rey y las diferentes delegaciones, desfiló el ejército que de forma inminente se iba a trasladar a Asia. Alejandro y yo encabezamos la larga columna formada por el escuadrón real de la caballería. Recuerdo que, al desfilar frente a la tribuna donde se sentaba Filipo junto a los invitados de mayor rango, sentí tal orgullo que llegué a temer que mi pecho no bastara para contenerme el corazón. Y os aseguro que aquel sentimiento no era fruto de la vanidad, sino de la felicidad de poder acompañar a aquel hermoso joven a encontrarse con su destino.

En nuestra gran alegría, nada nos hacía sospechar que aquella feliz jornada fuera a terminar del modo espantoso que me dispongo a relataros. No sé si por suerte o por desgracia, fui testigo de los hechos que ocurrieron. La ceremonia de los esponsales reales iba a celebrarse en el teatro de Egas, ante los cientos de invitados y los representantes de las ciudades helenas. Alejandro me había dejado al cuidado de un esclavo junto al pórtico lateral del teatro, desde donde era visible la escena y buena parte de la orquesta^[2]. Como un espectador más, presencié la tragedia de Eurípides con la que Filipo quiso entretener a sus invitados. Pero la auténtica tragedia fue la que tuvo lugar después.

Terminada la representación, comenzó la ceremonia de los esponsales propiamente dicha. En torno a la orquesta se dispusieron las imágenes en madera de los doce dioses olímpicos, labradas con tal maestría y realismo que a todos inspiraron temor. Por último, se introdujo una estatua de tamaño mayor que las anteriores. La talla representaba al propio Filipo y, siguiendo su orden expresa, se emplazó en un lugar privilegiado desde donde parecía presidir a todas las demás. Fue entonces cuando un murmullo de malestar recorrió las gradas del teatro. Me vino una palabra a la mente: *hybris*, el término con el que los helenos designan el pecado de creerse superior a los dioses. Seguramente esta misma palabra estaba en los labios de la gran mayoría de los espectadores, pero en esos momentos Filipo en carne y hueso hizo acto de presencia, y no les quedó más remedio que disimular su escándalo.

Todo ocurrió con tal rapidez que apenas tuvimos tiempo para comprender la magnitud de los acontecimientos. Filipo había entrado en el teatro sin escolta, acompañado únicamente por el jefe de su guardia personal, un oficial llamado Pausanias. Mientras recibía las aclamaciones de sus súbditos e invitados, se dirigió al centro de la orquesta, entre los doce olímpicos. Su apariencia era majestuosa: vestía una túnica bordada en oro que emitía destellos bajo la luz del día, y ceñía sus sienes con una corona dorada de hojas de roble. Filipo comenzó a hacer gestos con la mano, reclamando silencio para pronunciar el discurso de los esponsales. Entonces vimos que Pausanias se le acercaba. Todos pensamos que iba a transmitirle algún mensaje urgente. Sin embargo, lo que hizo fue desenfundar un arma y asestarle al rey una puñalada en el pecho. Vi cómo su único ojo se tornaba blanco y su cuerpo se desplomaba inerte. Vi a Pausanias correr perseguido por algunos hombres que no tardaron en darle alcance y traspasarlo con sus armas. Vi a Alejandro saltar de su asiento y abrazar el cuerpo sin vida de su padre. Noté que la sangre dibujaba una gran mancha roja sobre la túnica del rey. Vi que los amigos de Alejandro desnudaban sus espadas y formaban un círculo en torno al hijo y al padre muerto. Oí una escalofriante exclamación de horror surgir de mil gargantas a la vez. Después hubo un gran silencio, seguido por una abrumadora sensación de soledad, como siempre que muere un rey... o un padre.

De los días confusos que siguieron solo recuerdo dos cosas con claridad:

Recuerdo el momento en que Alejandro prendió fuego a la gran pira coronada por el cuerpo de Filipo. Se había rasurado su hermosa melena en señal de duelo y los rubios mechones se consumían entre las llamas. Parecía tan joven y desvalido que tuve que contenerme para no correr a su lado.

Y también recuerdo el día en que el ejército se reunió para elegir al nuevo rey. El nombre de Alejandro fue coreado con tal ardor que las montañas, aunque lejanas, nos devolvieron los ecos. Los compañeros de mi señor improvisaron una plataforma con sus escudos y lo pasearon en triunfo por toda la antigua capital. Lo contemplé desde la distancia, pequeño, insignificante entre aquella muchedumbre armada. Sin embargo, por su expresión se diría que todo el peso del mundo acababa de caer sobre sus hombros. Sentí una compasión infinita por él. Al fin y al cabo, solo tenía veinte años.

¿Tendré tiempo de alcanzar el final de mi historia? Presiento que sí. Qué amarga burla sería que los dioses —que tal vez existan, después de todo— me hubieran permitido llegar tan lejos para silenciarme ahora. Además, mi herida apenas sangra ya, como si algún inmortal la estuviera taponando con su mano a fin de permitirme proseguir. Soy afortunado, pues muchos son los acontecimientos y maravillas que aún

tengo que contaros: la descomunal campaña asiática, que nos llevó a Fenicia, a Egipto, a Mesopotamia, a Persia... las pirámides junto al Nilo, las murallas infinitas de la ciudad de Babilonia, los palacios de ensueño de los reyes aqueménidas, las montañas donde solo las águilas se aventuran, las estepas, las junglas, los desiertos, los oasis llenos de palmeras, todos los aromas, todos los colores de Asia. He de hablaros de coraje, amor, belleza, también de intrigas, traición y muerte. Y, sobre todo, de gloria, gloria suficiente para llenar cien vidas. Tantos son los recuerdos que apenas puedo esperar para reanudar mi relato, aunque creo que será más prudente detenerme a tomar aliento, a reunir mis últimas fuerzas. Permitidme, pues, descansar ahora.

Parte II

LA CONQUISTA DE ASIA

*LIKE Alexander I will reign,
And I will reign alone,
My thoughts shall evermore disdain
A rival on my throne.
He either fears his fate too much,
Or his deserts are small,
That puts it not unto the touch
To win or lose it all.
Como Alejandro reinaré,
y reinaré solo,
no consentiré el pensamiento
de un rival en mi trono.
Mucho teme su suerte
o merece muy poco
quien no es capaz de arriesgar
el ganar o perder todo.*

(James Graham, marqués de Montrose).

*Bon viatge pels guerrers
que al seu poble son fidels,
afavoreixi el déu dels vents
el velam del seu vaixell
Buen viaje tengan los guerreros
que a su pueblo son fieles,
favorezca el dios de los vientos
el velamen de su barco*

(Lluís Llach, *Itaca*)



Capítulo VII

Más allá del Helesponto

HAY momentos que justifican una vida entera. En la mía, por fortuna, los ha habido en abundancia. De hecho, me resultaría casi imposible elegir un recuerdo que destacara sobre los demás, un acontecimiento que por sí solo sirviera como testimonio de mi tránsito por este mundo, que dejaré en breve. Quizá mi primer encuentro con Alejandro sería un buen candidato a merecer tal honor, o bien aquel día en que él me devolvió la cordura y se convirtió en mi amo. También la jornada gloriosa y terrible de Queronea ocupa un lugar privilegiado en mi memoria, junto con la noche en que el puñal del asesino abatió a Filipo, o las batallas en Asia, de las que pronto os hablaré, o... Pero me equivoco. Lo cierto es que sí existe un recuerdo que simboliza todo mi pasado y a la vez prelude el porvenir. Ocurrió en primavera, cuando habían transcurrido algo menos de dos años desde la muerte de Filipo, en el segundo año de la 110.^a olimpiada [*año 334 a. C.*]. Fue el día que nuestro ejército cruzó el Helesponto.

Recuerdo que Alejandro gobernó personalmente el timón de la nave capitana. Atrás quedaba Europa, quizá por mucho tiempo, aunque no por ello le vi volver la vista ni una sola vez. Su mirada se mantuvo fija en la delgada línea de bruma tras la que se ocultaba Asia. Yo sí miré hacia atrás, tal vez presintiendo que veía por última vez el continente donde nací. Alejandro no consintió que su Bucéfalo hiciera la travesía en uno de los cargueros que transportaban a los demás caballos, de modo que allí estaba yo, a su lado sobre la cubierta de una enorme trirreme, sintiéndome terriblemente mareado y convertido en blanco de todas las miradas. Supongo que los soldados encontraban incongruente mi presencia en una nave de guerra, pero la aceptaban con una sonrisa por tratarse de un capricho de su rey. La confusión que nos rodeaba era absoluta: los oficiales ladraban órdenes a la tripulación, una nube de voraces gaviotas nos ensordecía con sus graznidos y las cuernas de la nave crujían bajo el embate de las olas. Desde el castillo de popa, alguien marcaba el ritmo de la boga con un tambor, cuyo hondo retumbar ahogaba los gemidos de los remeros. El sol brillaba con fuerza y arrancaba destellos plateados de los escudos y las corazas. El aire olía a salitre, a sudor y a miedo, pero también a esperanza. Algunos soldados mataban el tiempo limpiando sus armas o cantando a voz en cuello; otros, los recién reclutados, permanecían en silencio, tratando a toda costa de que sus compañeros no se

percataran de su nerviosismo. A veces giraban la cabeza y le lanzaban una fugaz mirada al rey, pero me temo que Alejandro ni siquiera los veía. Se mantenía absorto, apartado de todo el bullicio. Tal vez su mente andaba ocupada en repasar los detalles de la descomunal campaña que se avecinaba, o quizá sencillamente revivía el largo y difícil camino que lo había conducido hasta aquel momento crucial en su vida.

Los días que siguieron al asesinato de Filipo fueron difíciles, como acostumbran a serlo todos los comienzos. La boda que estaba a punto de celebrarse hubo de ser aplazada; antes habría de tener lugar un funeral. La mano de Alejandro no tembló cuando le prendió fuego a la pira coronada por los restos de su padre, pero sus ojos estaban húmedos. Lo contemplé mientras el fuego consumía el cuerpo del rey muerto. Pienso que nadie se ha sentido jamás tan solo como Alejandro en esos momentos. Él mismo recogió los huesos y cenizas de Filipo y los guardó en un cofre de oro adornado con el sol de los reyes de Macedonia. Después depositó el cofre en la tumba, junto con las armas del difunto rey y otras ricas ofrendas que lo acompañarían en su último viaje. Más tarde vendrían los esclavos para cubrir el mausoleo con un gran túmulo de tierra, pero para entonces nosotros ya nos hallaríamos lejos. Había que regresar a Pela para ocuparse de los asuntos del reino. El reinado de Alejandro III de Macedonia, último de los Argeadas, había empezado.

La primera medida de Alejandro como rey fue ordenar el regreso de su madre y la restitución de sus prerrogativas reales. Nunca he visto a Olimpia tan alegre como en los días posteriores a su retorno a Pela, una alegría que muchos interpretaron como prueba inequívoca de su implicación en el crimen. De hecho, el comportamiento de la reina no contribuyó precisamente a despejar las sospechas: una mañana, el cadáver crucificado del asesino de Filipo apareció adornado con una corona de oro, y muchas voces airadas se apresuraron a señalar a Olimpia como autora de la ofrenda. Alejandro decidió ordenar una investigación para acallar para siempre los rumores. Los resultados de las pesquisas no fueron, por desgracia, concluyentes. Todo apuntaba a que Pausanias había dado muerte al rey para vengar una antigua ofensa. Pero el asesino nunca pudo ser interrogado; en los instantes de confusión que siguieron al magnicidio, un joven oficial llamado Pérdicas lo había matado cuando se disponía a huir a caballo. Alejandro felicitó a Pérdicas por su lealtad, pero lamentó que la muerte de Pausanias dejara tantos interrogantes abiertos. ¿Por qué había esperado este tanto tiempo para asesinar al rey cuando, como jefe de su guardia personal, había tenido cientos de ocasiones mejores para hacerlo? ¿Por qué durante un acto público, ante una multitud y comprometiendo así una huida segura? La respuesta obvia era que el asesino no había actuado movido por la venganza, sino que se trataba del mero instrumento de una conspiración política. La muerte de Filipo ante los dignatarios de las ciudades probablemente perseguía el caos interno y el consiguiente levantamiento general de los estados helenos y de los territorios

bárbaros conquistados.

Jamás se pudo señalar a ciencia cierta a los autores del complot; sin embargo, la lógica suele ser un buen aliado en estos casos. Tan solo habéis de preguntaros quién había sido el principal beneficiado de la muerte de Filipo. ¿Alejandro? Ridículo. Lo conozco bien y sé que jamás habría tramado el asesinato de su padre, y menos cuando acababa de recuperar sus derechos dinásticos. Alejandro no fue. Fiaos de mi palabra. ¿Olimpia? Tal vez. Cierto es que tenía motivos, pero dudo que la reina se aventurara a ser descubierta y perder así para siempre el favor de su hijo. Y por otro lado, el rey se encontraba en el centro de una telaraña formada por intereses muy poderosos, mucho más que los de Olimpia. Pienso que la respuesta al acertijo nos conduce directamente a la corte persa, para la que Filipo suponía una terrible amenaza. Y desde Persia, hasta Atenas, donde trabajaba el más leal de sus siervos. Creo que sabéis a quién me refiero. En cuanto a Pausanias, dudo que su papel fuera otro que el de un mercenario a sueldo.

Pero hay otros detalles que apoyan mi teoría, detalles que no supimos hasta más tarde. Al día siguiente de aquellos terribles acontecimientos, Demóstenes anunció en Atenas que los dioses le habían revelado en sueños la muerte «del tirano de Macedonia». Dicen que se había ataviado con una túnica de fiesta y que incluso lo vieron bailar y dar saltos por toda el Ágora. Entonces recordé su encuentro secreto con el agente persa varios años atrás. «Nuestra red de información se extiende hasta lugares que no podrías imaginar, incluyendo la misma corte del macedonio», le había dicho aquel misterioso hombre. No me resultó muy difícil atar cabos: si Demóstenes estaba al tanto del asesinato de Filipo mucho antes de que la noticia tuviera tiempo de llegar a Atenas, era porque él mismo había actuado como instigador obedeciendo órdenes de sus amos persas.

Existían también algunas pruebas, aunque circunstanciales, contra dos de los miembros de la casa noble de Lincestis, un antiguo reino semibárbaro anexionado a Macedonia como provincia. Sin embargo, los barones de Lincestis seguían considerándose reyes por derecho propio, y así lo habían demostrado al enfrentarse a los Argeadas en una larga sucesión de guerras dinásticas. ¿Qué mejor alternativa, pues, que un vástago de esta casa, sumisa con los persas y complaciente con los atenienses, para ocupar el trono que Filipo había dejado vacante? Así lo comprendió Alejandro y, obrando en consecuencia, ordenó el arresto y la ejecución de los dos Lincéstidas mayores. Cierto es que nada los incriminaba directamente, pero las situaciones difíciles requieren acciones contundentes. En cuanto al hermano más joven, parecía ajeno al complot, de modo que Alejandro lo dejó libre, aunque bajo vigilancia. Era cuanto podía hacerse por el momento. En el norte, las cosas se complicaban.

La desaparición del rey estaba produciendo los efectos previstos: las tribus tracias e ilirias, sojuzgadas por Filipo una y otra vez, se alzaban de nuevo en abierta rebeldía; las fronteras no eran seguras y nuestras tropas destacadas en Asia, al mando de

Parmenión y Atalo, corrían el riesgo de quedar aisladas. La intención de Alejandro era reunirse con ellas de inmediato llevando al resto del ejército, pero la situación no lo permitía.

Por aquellos días, Alejandro confiaba plenamente en el viejo general y amigo de su padre, pero Atalo no era de fiar. Él fue quien con sus insidiosas acusaciones había provocado aquel desgraciado incidente que culminó con el destierro de Alejandro y sus compañeros. Dejarlo campar por sus respetos en Asia al mando de once mil soldados de infantería y no menos de mil jinetes habría supuesto una insensatez, de modo que Alejandro le ordenó ceder el mando de sus tropas a Parmenión y regresar a Macedonia de inmediato. Como cabía suponer, Atalo se negó en redondo. Se interceptaron cartas que demostraban lo que todo el mundo sabía, es decir, que estaba tramando una conjura con el partido de Demóstenes para derrocar a Alejandro del trono. El rey comprendió que no era momento de titubeos; así pues, envió un agente a Asia con la orden de darle muerte. Parmenión le hizo llegar una airada protesta que Alejandro desoyó. «Mantén la cabeza de puente y espérame», le dijo. A continuación nos pusimos en marcha.

La campaña en Tracia fue extremadamente larga y dura —creo que llegué a perder la cuenta de las tribus de bárbaros que derrotamos—, pero tuvo el efecto de poner a punto aquel magnífico ejército que Filipo había creado. Y así lo comprendió Alejandro, quien no perdió ocasión de ensayar nuevas tácticas y maniobras. Recuerdo que una vez los tracios se apostaron en una posición elevada y solo accesible mediante un ataque frontal. El enemigo había colocado gran cantidad de carros cargados con rocas en lo alto de la pendiente, para así poder despeñarlos en el mismo momento en que los nuestros emprendieran el ascenso. Los soldados miraban a Alejandro con expresión suplicante, rogándole que no los enviara a encontrar una muerte segura aplastados bajo las ruedas de los carros. Marco Furio Camilo, el romano que nos acompañaba desde los días del destierro, le habló a Alejandro acerca de una maniobra que generales de su ciudad natal emplearían en circunstancias similares: «Cuando los tracios empujen sus carros ladera abajo, ordena a tus soldados que, en lugar de dispersarse, se apiñen lo más posible. Después, deberán colocar sus escudos muy juntos encima de sus cabezas, formando una especie de techo. En Roma llamamos a esa maniobra la *testudo*, es decir, la tortuga. Siempre nos ha dado buenos resultados». Alejandro siguió el consejo y contempló complacido que los carros pasaban por encima de los techos de escudos sin matar ni herir a un solo hombre.

Luchando batalla tras batalla, rebasamos el legendario río Istro, que delimita los confines de las tierras europeas conocidas. Junto a sus riberas derrotamos a las tribus combinadas de los getas y los tribalios mediante una admirable maniobra sorpresa. Tras la batalla, Alejandro permaneció durante largo tiempo mirando hacia el norte, debatiéndose con el imperioso anhelo de seguir adelante y explorar los territorios desconocidos que había más allá.

Los helenos, en cuya lengua existen palabras para designar casi todo, llaman

pothos a este deseo casi insuperable que a veces acomete a los hombres, el que impulsaba al héroe Odiseo, por ejemplo, a regresar al hogar a pesar de todos los obstáculos. Sin embargo, el *pothos* de Alejandro es de una naturaleza muy distinta. Yo, que me precie de conocerlo bien, lo describiría como una especie de nostalgia a la inversa, nostalgia por el porvenir, por las vivencias que encierra el futuro. Prueba de ello es que jamás ha sido capaz de permanecer mucho tiempo en el mismo sitio, sino que siempre ha avanzado con una urgencia que solo pueden comprender los hombres muy seguros de su destino. A veces he llegado a pensar que su mente es incapaz de concebir el presente como otra cosa que un peldaño más hacia el futuro, un futuro que solo Alejandro conoce. Alejandro y los dioses, claro está, si es que de verdad existen. Pero estoy divagando de nuevo.

Retomando mi narración, os diré que seguían llegando noticias alarmantes, lo que nos obligó a abandonar cualquier sueño de exploración y regresar sobre nuestros pasos para, a continuación, encaminarnos hacia el suroeste.

La campaña en Iliria fue tan penosa como la de Tracia, aunque igualmente se coronó con éxito. Pero nuestras dificultades estaban lejos de terminar, pues entonces llegó el mensaje más inquietante de todos: los tebanos se habían rebelado y estaban asediando a la guarnición macedonia. O se actuaba de inmediato o corríamos el riesgo de perder para siempre el control sobre los estados de la Hélade meridional. Ante tal adversidad, Alejandro reaccionó con una energía y determinación que pronto se harían legendarias. Así es él: las situaciones más críticas son las que sacan a relucir todo su genio.

Nos encaminamos hacia el sur a marchas forzadas, sin encontrar obstáculos hasta que rebasamos el macizo del Olimpo y descendimos hacia la llanura tesalia. Allí, en el angosto paso formado por la cuenca del río Tempe, los tesalios habían destacado tropas para cortar nuestro avance «hasta que los líderes de su federación decidieran qué postura adoptar». Pero Alejandro no tenía tiempo ni intenciones de aguardar hasta que los tesalios aclararan sus ideas, de modo que ordenó a nuestros zapadores que excavaran un sendero en la roca viva en torno a la vertiente del monte Osa que mira al mar. Empleando aquella peligrosa ruta, logramos rodear a las tropas hostiles amparados por la oscuridad nocturna. Al día siguiente, cuando los tesalios se vieron rebasados, no vacilaron en nombrar a Alejandro arconte de su liga e investirlo con los mismos poderes que tuviera Filipo.

A partir de ese momento, nuestro avance fue más veloz incluso que la noticia de nuestra llegada. Es cierto que se rumoreaba por toda la Hélade que el hijo de Filipo, al frente del terrible ejército de su padre, se disponía a aplastar las insurrecciones; sin embargo, los helenos del sur estaban tan seguros de haberse sacudido para siempre la dominación macedonia que despacharon los rumores como un simple bulo. Imagino su cara cuando se supo a ciencia cierta que acabábamos de rebasar las Termópilas. El responsable de aquel temerario exceso de confianza había sido Demóstenes —cómo no—, quien por aquellos días, con Filipo muerto y enterrado, debía de sentirse muy

seguro de sí mismo. También se había encargado de orquestar una monumental campaña de propaganda contra Alejandro. En público, se refería a él como *Margites* —una especie de «Aquiles cómico» protagonista de un poema burlesco— y afirmaba que el hijo de Filipo era «un estúpido muchachito que no representaba ningún peligro»; en privado, distribuía a manos llenas dinero persa a fin de alentar la causa antimacedonia. Recuerdo que, mientras poníamos cerco a Tebas, Alejandro dijo: «Ante las murallas de Atenas le demostraré a Demóstenes que ya soy un hombre».

Los acontecimientos que siguieron fueron terribles. Los tebanos aguardaban la ayuda de los atenienses, que jamás llegó, por lo que se negaron a aceptar los términos de paz que Alejandro les brindaba. Cuentan que durante aquellos días se observaron funestos presagios: todas las estatuas de la ciudad comenzaron a sudar, una araña tejió una enorme tela en el templo de Deméter y se oyeron aullidos espeluznantes desde los pantanos. Como pronto se vio, los tebanos deberían haber prestado más atención a esas señales. La ciudad fue tomada, en gran medida gracias al valor de Pérdicas, el oficial que diera muerte al asesino de Filipo. Entonces se desencadenó una masacre espantosa. Durante el cerco, se habían unido a nosotros tropas de Platea, Tespias y Orcómenos, ciudades que habían vivido bajo el yugo tebano durante generaciones. Aunque Alejandro, que nunca ha sido amigo de matanzas indiscriminadas, salvó a cuantos pudo, resultó imposible impedirles que saciaran su antigua sed de venganza. Al amanecer, seis mil tebanos yacían muertos en las calles. Culminada la tragedia, la población superviviente fue esclavizada, y la ciudad asolada y destruida hasta sus cimientos. Tan solo se respetaron las personas y propiedades de los descendientes del poeta Píndaro, a quien Alejandro admiraba enormemente. Mi señor siempre ha sido un gran amante de la poesía.

Cuando les llegó la noticia de la caída de Tebas, la mayoría de los atenienses se encontraban en Eleusis, celebrando la festividad de los Misterios en honor de Deméter. De inmediato suspendieron las celebraciones y se apresuraron a enviar una embajada ante Alejandro. Nos contaron que Demóstenes se encontraba entre los miembros de la comitiva, si bien en algún punto del trayecto el «gran patriota» se lo pensó mejor y dio media vuelta. «Yo nunca deseé que esto ocurriera», dijo el rey a los emisarios de Atenas. «Me basta con que me otorguéis los mismos poderes que tuvo mi padre. ¡Ah!, otra cosa. También quiero a Demóstenes». Los atenienses aceptaron las condiciones, pero huelga decir que el paradero de Demóstenes era un misterio.

Alejandro se desplazó entonces a Corinto y convocó una reunión de la liga que unos años antes había formado su padre. Al parecer, los helenos habían aprendido ya la lección, a resultas de lo cual no le costó demasiado persuadirlos para que le otorgaran los mismos cargos que Filipo había recibido en su día, es decir, los cargos de *hegemon* de la Liga y *strategos autokrator* de las fuerzas helenas. Quizá sea innecesario decir que los espartanos, como habían hecho ya en tiempos de Filipo, declinaron la invitación de unirse a la alianza. «Nunca ha sido la costumbre de nuestros padres seguir a otros —respondieron—, sino guiarlos». Alejandro resolvió

dejarlos tranquilos. Quizá debería haberlo pensado mejor.

En definitiva, tras dos años de dificultades, volvió a restablecerse la paz general en la Hélade, una paz impuesta por la fuerza, pero paz al fin y al cabo. El viejo sueño de la expedición contra Persia volvía, pues, a cobrar sustancia. Había llegado el momento de regresar a Pela.

Antes de proseguir, sin embargo, no me resisto a relataros algo que ocurrió durante el retorno a Macedonia. Nos encontrábamos en las cercanías de Delfos, así que Alejandro decidió dar un pequeño rodeo para obtener un vaticinio acerca de nuestra próxima campaña. El emplazamiento del Oráculo de Apolo, con todos aquellos maravillosos monumentos y templos encaramados en la roca, me pareció todavía más impresionante que en mi primera visita, la que tuvo lugar muy poco antes de Queronea. Lo que a todos nos resultó extraño es que en el lugar, quizá el más sagrado de toda la Hélade, reinara una paz casi absoluta. Alejandro también encontró insólito aquel silencio.

—Por todos los dioses, ¿qué ha ocurrido? Cuando vine con mi padre, hace tres años, había aquí tanta gente que resultaba imposible dar un paso.

Entonces vimos que un anciano —un sacerdote de Apolo a juzgar por sus vestiduras— descendía por la Vía Sagrada a toda velocidad.

—¡Mi señor Alejandro!, —venía gritando—. ¡Qué gran honor! ¡No te esperábamos!

Alejandro sonrió al observar el azoramiento del hombre.

—Calma, amigo —le dijo—. Solo quiero hacerle una breve consulta al dios. No entretendré a la *pitia* más que un momento.

El sacerdote se quedó mirando al rey con expresión de asombro, como si no creyera lo que acababa de oír.

—¿Consultar a la *pitia*? —dijo por fin sin resuello—. Pero seguramente sabrás que eso es imposible.

Alejandro arrugó el ceño, un gesto que cuantos lo conocemos sabemos interpretar como un mal presagio.

—Señor —prosiguió el sacerdote retorciéndose las manos—, todo el mundo sabe que el Oráculo permanece clausurado durante los meses de invierno, cuando Apolo viaja a las tierras de los hiperbóreos. ¿Acaso no lo sabías tú?

Por supuesto, Alejandro lo sabía, o al menos lo recordó en ese momento. Y también sabía que para consultar el Oráculo es preciso seguir un complicado ritual que incluye ofrendas, sacrificios, abluciones y mil cosas más. Pero confiaba en que, dada su condición de nuevo señor de la Hélade y líder de la Liga Anfictiónica, se haría una excepción en su caso. Las palabras del sacerdote le hicieron ver que no sería así, de modo que apretó los dientes y, sin decir una palabra, emprendió el camino monte arriba en dirección al templo de Apolo Pítico.

—¡Señor! ¡Señor! —gritaba el sacerdote corriendo tras él—. ¡Detente! ¡Te lo ruego!

Pero Alejandro no se detuvo, ni siquiera cuando pasó ante las estatuas de Filipo y la suya propia, erigidas por el Consejo de Delfos como agradecimiento por vengar el sacrilegio de los locrios de Anfisa. Hizo caso omiso de los pequeños templos donde las ciudades depositan sus ofrendas y atravesó como un ciclón el pórtico del magnífico templo de Apolo, donde la *pitia* emite sus vaticinios. Nadie sabe lo que ocurrió allí dentro, pero el caso es que poco después Alejandro apareció arrastrando por el brazo a una mujer vestida con una túnica blanca. Detrás apareció un grupo de sacerdotes que vociferaban escandalizados. Creo que uno de ellos estuvo a punto de pronunciar la palabra «sacrilegio», aunque Alejandro lo detuvo con una mirada fulminante.

Reparé entonces en la mujer. Debía de tener unos cincuenta años y era muy hermosa a pesar de su avanzada edad. Por su túnica y su expresión extraviada, sin duda se trataba de la nueva *pitia*, la que había sustituido a la vieja arpía que habíamos conocido en nuestra anterior visita. Tengo entendido que estas desdichadas mujeres viven en una reclusión forzosa y rara es la vez que abandonan el templo. Allí las obligan a permanecer sentadas sobre una grieta de la que brotan hediondos vapores, y les hacen ingerir las extrañas sustancias que las mantienen en un estado de enajenación permanente. Este trance, o al menos así se afirma, permite que el dios Apolo puede hablar por su boca. No es extraño que la mayoría de ellas pierdan el juicio al cabo de poco tiempo, y que sus profecías solo resulten comprensibles para los sacerdotes, quienes suelen obtener buenos beneficios por actuar como intérpretes.

Alejandro miró a la *pitia*, a la que seguía sujetando firmemente, con simpatía, y creo que también con un punto de compasión. Pero por su actitud dejó bien claro que aguardaba una predicción acerca de su campaña contra Persia, y que más valía que esta fuera clara y concisa. La pobre mujer parpadeó a la luz del día y miró a su alrededor, sin reparar apenas en nosotros. Después giró la cabeza y contempló largamente a Alejandro. Mi señor estaba tan hermoso como pocas veces lo he visto, con su melena revuelta y el rostro encendido por el enojo. Ella le sonrió y, dejando escapar un largo suspiro, dijo:

—Realmente, joven, eres invencible.

Y *aniketos* («invencible») fue precisamente el título que Alejandro añadió a su nombre algunos años después, aunque por entonces se lo había ganado sobradamente.

Por fin regresamos a Pela, donde el rey se entregó a los preparativos de la expedición. Quedaba, sin embargo, un difícil escollo que salvar: las últimas campañas contra los bárbaros, con su exiguo botín, habían dejado a Macedonia al borde de la bancarrota. Cierto es que el saqueo de Tebas sirvió para aliviar un tanto la situación, y que el oro y la plata del monte Pangeo seguían llegando con regularidad; pero, aun así, las

cuentas del Tesoro arrojaban una deuda de casi quinientos talentos, y las tropas, tanto las estacionadas en Macedonia como las ya comprometidas en Asia, comenzaban a reclamar los atrasos de su paga. Una guerra no puede llevarse a cabo sin fondos abundantes y Alejandro no era partidario de elevar los impuestos, de modo que hizo lo mismo que su padre en ocasiones similares: pidió dinero prestado. Demarato de Corinto le entregó doscientos talentos a crédito, aun a sabiendas de que invertía su dinero en una empresa más que incierta. Pero esa cantidad estaba mucho de ser suficiente, así que Alejandro comenzó a malvender las propiedades de la corona: tierras, granjas, rebaños, palacios... todo. Conforme veía su patrimonio disminuir, el enojo de Olimpia iba en aumento. «Venderías a tu propia madre con tal de realizar ese estúpido proyecto de Filipo», le dijo un día. Alejandro no respondió, pero, cuando la reina se hubo marchado, comentó a sus compañeros en tono de broma: «El problema sería encontrar un comprador».

Ni siquiera después de deshacerse de cuanto pudo logró reunir más que unos ochocientos talentos. Alejandro sabía que la organización de la campaña daría pronto cuenta de esa suma, así que usó el resto de sus propiedades como garantía para pedir más dinero en préstamo, primero a sus amigos, después al resto de los aristócratas y terratenientes macedonios. «¿No piensas guardar nada para ti?» le preguntó Pérdicas. «Me basta con la esperanza», fue la respuesta de Alejandro. «Permítenos compartir esa esperanza contigo», dijo Pérdicas, y a continuación se apresuró a devolverle las escrituras de propiedad recibidas como aval, ejemplo que fue seguido por el resto de sus compañeros.

Los preparativos de la campaña se aceleraron: llegaron nuevos reclutas, a los que fue necesario adiestrar y equipar; se construyeron máquinas de asedio más modernas y eficaces. Además, y a costa de enormes gastos, se engrosaron las filas del cuerpo de mercenarios, puesto que Alejandro sabía que son los soldados profesionales los que deciden realmente la diferencia entre la derrota y la victoria. El cofre de la guerra comenzó a agotarse, y esta vez sin ninguna esperanza de recuperación. El rey se dio cuenta de que no sería posible demorar el ataque hasta más allá de la siguiente primavera. «No nos queda más remedio que seguir adelante y obtener el resto de los persas», dijo.

Justo antes de nuestra partida, Alejandro organizó un festival de nueve días en honor de Zeus y las musas. Hubo juegos atléticos, representaciones teatrales y un brillante certamen de poesía y canto. Los soldados, por su parte, optaron por atiborrarse a conciencia de comida y vino a costa de las arcas reales. Las celebraciones agotaron casi por completo los ya escasos fondos de la guerra, pero al menos los hombres emprenderían la campaña de buen humor y, lo que era más importante, convencidos de que tenían a los dioses de su parte. Alejandro y yo los contemplamos desfilar desde el amanecer hasta bien entrada la tarde. A ambos lados del camino, los sacerdotes habían dispuesto los sangrientos pedazos de un perro sacrificado, un antiguo rito de purificación que sin duda habría hecho torcer el gesto a

los helenos del sur. Reparé en el cariño y la admiración con que aquellos hombres miraban a su rey. Muchos de ellos habían servido con Filipo y Parmenión, otros se habían incorporado después. La mayoría de ellos eran macedonios, pero entre sus filas también había soldados del resto de los estados de la Hélade, por no mencionar a los bárbaros; una mezcla jamás vista en un ejército heleno, ni siquiera en los años de las Guerras Persas. Sin embargo, las recientes campañas y el adiestramiento habían obrado el milagro de crear en ellos los lazos de camaradería y disciplina que distinguen a un auténtico ejército de una chusma armada. Eran como las cuerdas de un instrumento bien afinado. Alejandro guardó silencio mientras los veía desfilar, pero finalmente no pudo ahogar un suspiro de orgullo.

—Míralos, Bucéfalo —me dijo—. Ahora por fin puedo decir que son míos.

Al día siguiente, Alejandro se despidió de Olimpia y de Antípatro, que permanecería en Macedonia como regente. La reina abrazó a su hijo como si lo viera por última vez y regresó al palacio, no sin antes dedicarle al regente una mirada llena de desdén. Poco después, Alejandro ordenaba emprender la marcha hacia el Helesponto. Contábamos con algunas provisiones y setenta talentos destinados a pagar a las tropas. Con suerte, aquello nos alcanzaría para sostenernos en Asia durante unos quince días. Después...

La inminente llegada a tierra sacó a Alejandro de sus cavilaciones. Nuestra nave penetraba en la ensenada conocida como Puerto de los Aqueos, el mismo lugar donde fondeó aquella flota helena que puso sitio a Troya. Recuerdo que el rey enarboló una lanza y la arrojó hacia la costa a modo de desafío. Quizá penséis que aquello no fue más que un gesto teatral, pero lo cierto es que a los soldados les entusiasmó —debíais haber oído cómo lo aclamaron—. Desde la playa, un grupo de hombres a caballo nos saludaban agitando sus espadas en alto. Con gran esfuerzo logré reconocer a Parmenión, que parecía haber envejecido cien años desde la última vez que lo viera en Pela. A su lado estaban sus hijos, Filotas y Nicanor. Alejandro saltó de la nave con un grito de alegría y corrió a su encuentro. El veterano general, al borde del llanto, desmontó e inclinó la cabeza ante el hijo de su amigo muerto, y ahora su rey.

—¡Parmenión! Mi buen Parmenión.

—Alejandro —dijo el anciano con voz temblorosa—. Sabes que habría dado mi vida cien veces a cambio de la de Filipo.

Pero el rey no le dejó continuar, sino que lo rodeó fuertemente con sus brazos y cubrió sus mejillas de besos. Todos vimos cómo ambos lloraban, y no eran los únicos. Los soldados, que no se habían perdido detalle de la escena, rugían su entusiasmo desde la cubierta del barco. De este modo comenzó nuestra expedición contra Persia.

El horizonte estaba cubierto de velas, ciento sesenta buques en total, entre naves de guerra y cargueros. Al margen de las tripulaciones, nuestra fuerza expedicionaria estaba compuesta por unos 37 000 hombres, 32 000 en la infantería y el resto en la

caballería. De ellos, más de la mitad eran macedonios. También había numerosos mercenarios, jinetes tesalios y tropas auxiliares reclutadas entre las tribus bárbaras vasallas de Macedonia. La contribución de la Liga de Corinto, en cambio, no superaba la cuarta parte de los efectivos totales, un número ridículo si tenemos en cuenta que aquella era en teoría una expedición panhelénica. Es más, Alejandro se había visto obligado a dejar atrás, en calidad de tropas de ocupación, a casi tantos hombres como había llevado, lo que habla por sí solo de la lealtad de nuestros aliados. Dudo que al comienzo de la campaña el rey confiara demasiado en aquellos soldados del sur, y hasta sospecho que los trajo más como rehenes que como refuerzos.

De entre todos los amigos de Alejandro, solamente Crátero y Pérdicas, que se habían distinguido por su valor y capacidad en las campañas anteriores, obtuvieron puestos importantes de mando. Por lo demás, mantuvo a los generales y oficiales de su padre en sus cargos, entre otros motivos para no alimentar descontentos en un ejército que seguía siendo esencialmente el de Filipo. «Lo siento, amigos —dijo Alejandro a sus compañeros—, pero mal rey demostraría ser si os entrego el mando solo porque nos unen lazos de amistad. Tendréis que ganároslo por vuestros propios méritos». Hefestión se adelantó para hablar en nombre de los demás: «Alejandro, nos habríamos sentido decepcionados si hubieras obrado de forma diferente. Tus generales y oficiales le prestaron excelentes servicios a tu padre, y a buen seguro te servirán a ti con la misma eficacia. Estoy convencido de que sabremos ganarnos tu confianza». Alejandro, emocionado con la respuesta, puso a Hefestión y los demás al frente de escuadrones y regimientos y los nombró asesores militares con derecho a voz en las reuniones de estado mayor. Dada su excelente cabeza para los números, Hárpalo fue puesto al frente de las finanzas del ejército. El romano Marco Furio Camilo recibió también el nombramiento de asesor militar, aunque no faltaron miembros de la vieja guardia que protestaran «por tener a un bárbaro husmeando en sus asuntos». Por último, el viejo Clito el Negro, todavía en activo y en plena forma, vio premiados sus méritos y fidelidad al recibir el mando del escuadrón real de los hetairios.

Como siempre ocurre en estos casos, el ejército fue seguido por una multitud de civiles, bien para desempeñar funciones auxiliares o simplemente en busca de fortuna. Entre ellos había ingenieros terrestres y navales, arquitectos, topógrafos, agrimensores, sacerdotes y augures, cirujanos, artesanos, herreros, carpinteros, mercaderes de vino, caballos y esclavos, prestamistas, alcahuetes y prostitutas, rapsodas, titiriteros, músicos, actores y otros aventureros de todo género. Algunos nos habían seguido desde la Hélade; otros no dudaron en unirse a nosotros al poco de desembarcar en Asia. A menudo oí a Alejandro quejarse de aquel segundo ejército de no combatientes que tantos problemas de logística habría de causarnos. Sin embargo, el rey era consciente de que precisaríamos de sus servicios, incluyendo los de los mercaderes y prostitutas, tan necesarios para un ejército alejado de su hogar como las

armas y los pertrechos, así que no tuvo más remedio que conformarse. Lo que sí ordenó fue que se redujera al mínimo el número de sirvientes: uno por cada cuatro jinetes o por cada diez soldados de infantería. De este modo hizo sitio para los numerosos eruditos que había enrolado en nuestra expedición, cuyo único cometido consistía en recoger especímenes y redactar informes sobre el terreno. Esa fue la promesa que Alejandro le hizo a Aristóteles en una ocasión, y mi rey nunca ha faltado a su palabra. En fin, baste decir que, cuando se levantó el primer campamento, tuve la impresión de que éramos una gran ciudad errante donde todos los oficios estaban representados.

Entre esta muchedumbre de civiles, mencionaré a dos por sus nombres: uno de ellos era Demarato, el comerciante corintio siempre en busca de nuevos mercados. El otro jamás me agradó tanto como Demarato. Se llamaba Calístenes y se tenía conceptuado como un gran filósofo, aunque, en honor a la verdad, el mayor de sus méritos consistía en ser sobrino y protegido de Aristóteles. Y fue precisamente la intercesión de su ilustre tío la que le procuró el puesto de cronista de la expedición y encargado de redactar los despachos para la Liga de Corinto. También se le encargó ser el preceptor de los pajes reales, un grupo jóvenes vástagos de la nobleza que acompañaban al rey en calidad de asistentes personales. Era uno de esos sujetos arrogantes que miran a los demás por encima del hombro, muy al estilo de aquel Leónidas que fuera tutor del rey. Alejandro accedió de buen grado a la petición de Aristóteles, pero creo que, al igual que me ocurría a mí, el tal Calístenes no gozó nunca de sus simpatías.

Lo primero que Alejandro hizo tras poner el pie en tierras asiáticas fue acudir a un encuentro que había anhelado desde su infancia. Acompañados por Hefestión, nos dirigimos tierra adentro hacia un lugar situado a unos treinta estadios de nuestro punto de desembarco. Lo que allí encontramos no fue más que una colina de tierra junto a una pequeña aldea. Unas cuantas ovejas pastaban apaciblemente aquí y allá. Alejandro abarcó el lugar con la vista e hizo una mueca de desencanto.

—De modo que esto es lo que queda de la Troya que cantó Homero: poco menos que nada.

—Vamos, querido Aquiles —bromeó Hefestión—. ¿Tal vez esperabas que Príamo y Héctor acudieran a darte la bienvenida? No lo creo muy probable, dado el trato que recibieron de ti.

Alejandro se volvió hacia Hefestión sonriendo.

—Nada de eso, Patroclo. No me hacía falta venir hasta aquí para eso. Sabes que ellos siempre van conmigo.

—Cualquier día tendrás que pedirle a Aristóteles que te regale otra *Ilíada*. La que tienes ahora debe de estar ya destrozada tras haberla llevado contigo a tantas campañas.

—Te equivocas. Aún la conservo en buen estado. Sabes que es mi pertenencia más preciada. Ni siquiera se me pasó por la imaginación venderla para costear la expedición. Fíjate —dijo Alejandro señalando con el dedo—, tal vez bajo toda esa tierra esté el lugar donde Héctor se despidió de Andrómaca antes de ir a encontrar la muerte. Puede que por allí se alzara la muralla desde donde Príamo vio a Aquiles arrastrar con su carro el cadáver de su hijo. Y sobre el mismo suelo que pisamos debió de combatir el gigantesco Áyax por el honor de los aqueos.

—Sinceramente, Alejandro, la imaginación no me alcanza para ver todo eso en este descampado.

—Es cierto —dijo Alejandro pensativo—. Y lo que más me apena es pensar en los hombres que nazcan dentro de muchas generaciones. Tal vez ellos tengan que hacer un esfuerzo similar para imaginarnos a nosotros al ver las ruinas de nuestros templos y ciudades.

—¿Te preocupa la posteridad, Alejandro?

El rey permaneció callado durante unos instantes.

—Me preocupa el olvido, amigo mío. Y te seré sincero: ya que la memoria de los hombres es tan flaca, daría cualquier cosa por disponer de un Homero que cantara nuestras hazañas.

Hefestión rió y rodeó con el brazo el cuello de su amigo.

—Bueno, al menos tenemos a Calístenes.

Ambos se giraron hacia el sobrino de Aristóteles, que vagaba distraídamente por el paraje, tropezando con cada pedrusco y enganchándose el borde de la túnica en las ortigas y los abrojos.

—Que los dioses nos valgan si hemos de ser recordados por los escritos de este memo.

Acto seguido nos encaminamos hacia el lugar donde la tradición situaba las tumbas de Aquiles y Patroclo. Allí, Alejandro y Hefestión llevaron a cabo una curiosa ceremonia: desnudos y con el cuerpo untado de aceite, al modo de los atletas helenos, corrieron en torno a dos pequeños promontorios que supuestamente ocultaban las tumbas de ambos héroes. Los escasos lugareños se congregaron para presenciar el espectáculo, quizá preguntándose quiénes eran aquel par de locos que se comportaban de un modo tan extraño. Se aproximaron entonces los sacerdotes de un templo consagrado a Atenea que había en las inmediaciones. Habían oído que el rey estaba en Troya y, queriendo congraciarse con él, le llevaban como regalo algunas de las reliquias que guardaban. Una de ellas era una antiquísima lira que, según afirmaron, había pertenecido a Paris. Las otras eran armas: un gigantesco escudo rectangular forrado con piel de becerro —de la que, por cierto, apenas restaban algunos jirones— y una espada de bronce ennegrecida por el tiempo. Su hoja, bellamente taraceada en oro y plata, mostraba una escena de caza en la que unos guerreros abatían una manada de leones.

—Estas eran las armas de Aquiles —explicaron los sacerdotes—. Tal vez las

mismas que le entregaron los dioses.

—Podéis guardar la lira —dijo Alejandro—. No deseo nada que perteneciera al caprichoso Paris; pero acepto gustoso la espada y el escudo con los que Aquiles interpretaba las hazañas de los héroes.

—De nada te servirá esa espada —le dijo Hefestión cuando los sacerdotes se hubieron marchado—. Se haría pedazos al golpear con ella un arma de hierro.

—La llevaré conmigo de todas formas —replicó Alejandro con una sonrisa traviesa—. Me gustaría comprobar si el nuevo rey de Persia tiene la cabeza lo bastante dura como para romper esta hoja.

Tras esta broma, nos alejamos de buen humor hacia el campamento. Alejandro tenía allí asuntos urgentes que atender.

El nuevo rey de Persia era el sucesor de aquel Arses que ascendiera al trono tras el asesinato Artajerjes Oco. Bagoas, el primer ministro eunuco al que ahora se conocía como «el hacedor de reyes», no había encontrado en Arses el títere que todos suponían que era, de modo que se había apresurado a deshacerse de él, al igual que hiciera con su padre. La muerte de Arses había supuesto la extinción de la rama principal de la dinastía aqueménida o, lo que es lo mismo, de los descendientes directos de Ciro el Grande. Con el fin de afirmar aún más su poder, Bagoas había recurrido al oscuro vástago de una rama colateral de la familia reinante, un tal Darío, quien «casualmente» se contaba entre sus hombres de confianza. Todo un galimatías, sospecho. Pero habréis de perdonarme. Son cosas de la política asiática.

Al caer la tarde, Alejandro se reunió con su estado mayor. Entre otros asuntos, se discutió sobre el talante y la capacidad de Darío III, el nuevo rey.

—Apenas sabemos nada de él —dijo Parmenión—. Parece ser que se trata de un hombre de gran envergadura y fortaleza física. Dicen que mató a un campeón de lucha con sus manos desnudas. Hasta la muerte de Arses ocupó el cargo de sátrapa de Armenia, en el que se distinguió por su buen criterio y benevolencia.

—Podemos suponer también que no es ningún idiota —prosiguió Filotas—. Una de sus primeras medidas ha sido deshacerse de Bagoas, quien previamente le había puesto el trono en bandeja.

—Y, sin embargo, ha cometido una gran torpeza al permitirnos cruzar el Helesponto —dijo Alejandro—. Con toda la flota fenicia a sus órdenes, no le habría resultado difícil impedirnoslo. ¿Sabemos dónde se encuentra el Gran Rey en estos momentos?

—En Babilonia —repuso Parmenión—. Su intención es permitir que Espitrídates, el sátrapa de Jonia y Lidia, se encargue de nosotros con las fuerzas locales que, por cierto, son considerables.

—Eso confirma mi primera impresión. A Darío no le inquieta demasiado nuestra presencia en su territorio y «menospreciar al enemigo es el primer paso hacia el

desastre», como siempre decía mi padre.

—Sobre todo teniendo en cuenta el balance de los enfrentamientos anteriores entre helenos y persas —dijo Tolomeo.

—Cierto —reconoció Alejandro—. Lo que le ocurrió al ejército del primer Darío en Maratón debería ser una lección suficiente. Tal vez los reyes de Persia no tengan buena memoria. ¿Tenemos más información?

—Sí, Alejandro —dijo Parmenión—. Ahora es cuando vienen las malas noticias. Mucho me temo que esta no va a ser una guerra de helenos contra persas. Darío cuenta entre sus tropas con un número considerable de mercenarios helenos, tantos que por sí solos forman un ejército casi tan grande como el nuestro.

—Son malas noticias, efectivamente. ¿Quién los manda?

—Memnón, el general rodio. Y me consta que es muy eficiente.

—Jugaremos la baza de que un mercenario no tiene más alicientes en la lucha que su lucro personal. Me pone enfermo pensar que esos hombres sean capaces de enfrentarse a sus hermanos por dinero.

—Tu patriotismo te honra, Alejandro —dijo Parmenión—. Pero Persia siempre ha sido el lugar preferido de los soldados helenos para hacer fortuna. ¿No recuerdas a Jenofonte, el ateniense, y los Diez Mil?

—Aquello era distinto. Ellos vinieron a luchar en una guerra civil entre persas. Los de ahora van a enfrentarse a un ejército que busca liberar a las ciudades helenas esclavizadas por los Aqueménidas. Por desgracia, la guerra ha llegado a ser tan común entre nosotros que los soldados se han convertido en profesionales, y un profesional ha de ganarse la vida como mejor sabe.

En ese momento, Marco Furio Camilo se atrevió por primera vez a intervenir en la conversación.

—No te lamentes, Alejandro, ocurre lo mismo en todas partes. Hasta hace poco, los romanos dejaban el arado para ir a la guerra y, cuando esta concluía, volvían a su terruño. Ahora ya no podemos permitirnoslo. Las campañas son largas y muchas veces en tierras lejanas. Nosotros también necesitamos hombres que se dediquen a la guerra de forma permanente. ¿Imaginas un ejército en que los soldados lucharan con el pensamiento de que tienen que volver a casa para sembrar o recoger la cosecha?

—Tal vez eso acortaría las guerras. Pero nos estamos desviando del asunto primordial. Tú llevas aquí más de dos años, Parmenión. ¿Dónde piensas que los persas nos saldrán al encuentro?

—Bien, los informes aseguran que el sátrapa ha concentrado sus fuerzas en Zelea, capital de la Frigia Helespontina. Yo en su lugar situaría el frente de batalla aquí, —Parmenión señaló una delgada línea azul del mapa con su dedo índice—, en la ribera oriental del río Gránico. Quizá sería prudente evitar una batalla campal por el momento. Piensa que el terreno les favorece, y además...

—No —lo interrumpió Alejandro—. Los recursos se nos agotan con gran rapidez. Quizá nuestros soldados accederían a esperar, pero recordad que nosotros también

tenemos un cuerpo de mercenarios que podrían pasarse al bando contrario si no reciben su salario a tiempo. Levantaremos el campamento mañana mismo.

La marcha hacia el Gránico fue breve y, pese a nuestros temores, sencilla. Tanto Alejandro como sus generales y consejeros habían dado por supuesto que los persas emplearían la táctica de «tierra quemada», es decir, que arrasaría el territorio que debía atravesar nuestro ejército con el fin de debilitarnos antes de salirnos al paso. Sin embargo, no encontramos campos quemados, animales muertos ni pozos envenenados. El país estaba intacto, y los recursos que nos brindó fueron más que suficientes para abastecer al ejército de víveres y mantener alta su moral.

—¡Qué increíble exceso de confianza!, —recuerdo que exclamó Seleuco—. Empiezo a pensar que esta descabellada campaña cuenta con alguna posibilidad de éxito.

—Me juego la cabeza a que Memnón se ha opuesto a esta estupidez —dijo Crátero—. Cualquier general sensato lo habría hecho. Si durante la batalla ignoran sus consejos del mismo modo, no me gustaría estar en el pellejo de los soldados persas.

—Sí —reconoció Alejandro con un suspiro—. Los aristócratas persas no nos consideran una amenaza. O al menos una amenaza de la suficiente envergadura como para destruir sus hermosas fincas. Si no fuera porque su arrogancia nos favorece, me sentiría casi ofendido. Pero mirad, ahí regresan los exploradores.

Traían malas noticias: el ejército persa estaba al tanto de nuestra llegada. De hecho, cuando alcanzamos las inmediaciones del río Gránico, vimos la caballería enemiga desplegada a lo largo de la ribera opuesta. Caía la tarde y las sombras se alargaban ante nosotros. Los persas, con el sol de cara, debían de estar padeciendo un auténtico suplicio; sin embargo, no vimos a un solo jinete moverse de su posición. Sus filas casi se perdían de vista por ambos lados. Vestían armaduras tan bruñidas que reflejaban la luz como espejos, y montaban caballos gigantescos, muy superiores en alzada a cualquier caballo heleno. Un murmullo de inquietud recorrió nuestras filas. Los hombres tenían miedo.

Alejandro se quitó el casco y secó el sudor de su frente. Noté que algunas gotas caían sobre mí y relinché en un débil intento de infundirle ánimos. El rey rió agradecido y se inclinó para acariciar mi testuz. Después convocó a sus hombres de confianza.

—Sería una insensatez lanzar un ataque en estas condiciones —dijo Parmenión—. Su posición es totalmente inexpugnable; ni la ira de los dioses los movería de allí. Propongo aguardar a la noche y buscar un vado río abajo. Mañana podríamos caer sobre su flanco izquierdo. Y piensa que los hombres están cansados tras marchar durante toda la mañana.

Reconozco que se trataba de un excelente consejo. Ya de por sí, el cruce del río

por aquel punto resultaría una empresa difícil. Y eso sin mencionar que los persas disponían de una posición privilegiada para rechazar nuestro ataque. Creo que Alejandro habría obrado prudentemente oyendo las advertencias de Parmenión; sin embargo, su entusiasmo y su juventud lo empujaron a intentar el ataque frontal.

—No —dijo por fin—, atacaremos... atacaremos aquí y ahora. Es cierto que nuestros hombres están cansados, pero los persas han estado aguardándonos en formación todo el día. El sol y el miedo deben de tenerlos desquiciados. No pienso dejarles toda una noche para recuperar la serenidad. Además, si esperamos, tal vez Memnón consiga convencer a ese sátrapa necio del despropósito que supone emplear la caballería para defender la ribera del río, donde no hay espacio para lanzar una carga.

—Sí —admitió Parmenión—, los nobles de la caballería persa son individuos orgullosos. Siempre desean estar en la primera línea de la batalla, aunque eso represente un error táctico. Por ello no dudes que mañana la disposición de sus tropas sería la misma.

Pero Alejandro estaba decidido a lanzar el ataque de inmediato, así que optó por zanjar la discusión con una broma.

—Sabes cuánto aprecio tus consejos, Parmenión, pero creo que el Helesponto se avergonzaría de mí si, tras haberlo cruzado, me dejara detener por este riachuelo.

Parmenión frunció el ceño.

—No es momento de frivolidades, muchacho. Piénsalo bien. Un fracaso al comienzo de la campaña nos puede costar caro.

Pero el rey había dejado ya de escuchar.

—Aquí y ahora —dijo obstinadamente. Y dio las órdenes para disponer a los jinetes desplegados a lo largo de la orilla.

No puedo decir que aquella batalla fuese un prodigio de táctica, al menos en su primera fase. Pienso más bien que fue el valor de los hombres y la determinación del rey lo que evitó el desastre. Alejandro ocupó la posición de honor en el flanco derecho y ambos nos lanzamos al Gránico seguidos por la caballería de hetairos y los lanceros peonios. Fue entonces cuando comprobamos que el «riachuelo» al que Alejandro se había referido con tanto desprecio era en realidad un río hecho y derecho, un abundante caudal de aguas cenagosas que descendían en torrente. A duras penas logramos atravesar el cauce, ya que su lecho no estaba formado por rocas, sino por un blando légamo que entorpecía terriblemente nuestro avance. Además, el agua nos cubría hasta el pecho y la corriente nos empujaba con una fuerza casi insuperable. Mientras pugnábamos por alcanzar la ribera contraria, una nube de flechas y jabalinas caía a nuestro alrededor y comenzaba a causarnos las primeras bajas. Por suerte, contábamos con nuestros arqueros, que lograron cubrimos con gran eficacia: las flechas amigas y enemigas se cruzaban sobre nuestras cabezas en tal cantidad que muchas de ellas colisionaban y caían al agua sin causarnos daño. Pero cuando logramos alcanzar la orilla enemiga, vimos que Parmenión estaba en lo cierto:

la posición de los persas era tremendamente ventajosa, y moverlos de allí una empresa casi insalvable. Emprendimos la escalada del ribazo con enormes dificultades, ya que el barro se desmoronaba bajo nuestros cascos y apenas lográbamos encontrar un palmo de suelo firme para impulsarnos hacia arriba. Mientras tanto, los hetairos apuntaban las sarisas hacia el rostro de los jinetes persas e intentaban derribarlos, o al menos hacerlos retroceder. Pero por cada enemigo que caía había otro presto para reemplazarlo. Alejandro rugía palabras de aliento, completamente fuera de sí. A pesar de ello, tuvo la lucidez suficiente para reparar en que sus hombres estaban cayendo sin lograr que el enemigo cediera un solo palmo de terreno. Aquella debió de ser la orden más dura que tuvo que dar en toda su vida, pero finalmente ordenó la retirada.

—¿Me harás caso ahora? —le dijo Parmenión—. ¿Querrás esperar hasta mañana?

Alejandro contempló en silencio cómo los jinetes persas se burlaban de nosotros desde la orilla opuesta. Después miró a sus hombres, que permanecían en silencio sobre sus caballos, empapados y con la derrota dibujada en sus rostros. En el oeste, el sol comenzaba a declinar.

—Aquí y ahora —repitió con los dientes apretados.

Entonces dio instrucciones para reorganizar el ataque en una estrecha columna, de tal modo que toda la presión se concentrara en un solo punto de la línea enemiga, y volvió a ordenar que las cornetas tocaran la señal de carga. Por fortuna, los generales persas persistieron en el error de defender el río con la caballería. Si en lugar de ello hubieran dispuesto su infantería formando una fila compacta en vanguardia, jamás habríamos alcanzado nuestro objetivo.

Volví a zambullirme en el río mientras Alejandro se mantenía milagrosamente sobre mí. El rey sostenía el escudo con una mano y la sarisa, que tenía más de tres veces la longitud de su cuerpo, con la otra. Creo que fue la sarisa precisamente la clave de aquella batalla. Gracias a ella, nuestros jinetes lograron contener a la caballería enemiga mientras sus monturas trepaban hasta la orilla. Los persas estaban equipados solamente con lanzas cortas, provistas de un asta de madera blanda, que se rompían al golpear las sarisas o eran fácilmente repelidas a un lado. Mientras tanto, la infantería, con los mercenarios helenos entre sus filas, permanecía en la retaguardia sin poder intervenir en el combate.

Embestimos contra las filas enemigas una y otra vez, en oleadas sucesivas, y a fuerza de pura rabia y coraje, logramos abrir una brecha en su formación. De este modo fue posible que un buen número de nuestros jinetes lograra escalar la cenagosa orilla y trabara combate con el enemigo, una lucha tan cerrada que aquello se asemejaba más a una carga de infantería. De forma gradual, el hueco se agrandó hasta convertirse en una precaria cabeza de puente, aunque solo a costa de un enorme sacrificio de hombres; sin embargo, aquella temeridad obró el prodigio de hacer ceder a los persas su ventaja. Sus generales, aún confiados en su superioridad numérica, ordenaron una retirada y reorganizaron sus filas algunos estadios río arriba, lo que

nos dio un respiro para que el resto de nuestras fuerzas cruzara hasta la orilla opuesta y lograra formar en orden de combate. Ahora comenzaba la auténtica batalla, la que Parmeni3n haba aconsejado luchar al dfa siguiente. De haber oido sus consejos, creo que todo se habra resuelto de una forma mucho mds sencilla, aunque quizs menos heroica.

La caballerfa de hetairos, con nosotros en primera lnea, form3 en el ala derecha, lo que oblig3 a los persas a concentrar sus mejores tropas a su izquierda, aun a riesgo de debilitar su centro. El rey orden3 entonces cargar en cuña hacia el frente, pero figuraos la sorpresa del enemigo cuando nos vio cambiar de direcci3n en pleno galope y embestir contra el centro de su formaci3n, que comenz3 a ceder ante nuestro empuje. Mientras tanto, Parmeni3n empleaba eficazmente la caballerfa tesalia para contener su ala derecha. Entonces comenz3 a retroceder con lentitud, lo que provoc3 que los persas se precipitaran hacia el frente en un intento de rodear nuestras filas. Aquella imprudente maniobra agrand3 el hueco de su formaci3n de tal modo que result3 relativamente sencillo introducir por allf al resto de nuestra caballerfa. Las lneas enemigas quedaron pronto rotas por varios puntos. Habfa llegado el momento de que los batallones de la falange se encargaran de completar el trabajo. Fijaos bien: Alejandro acababa de emplear un ataque escalonado usando el ala izquierda del ejrcito como eje, exactamente la misma maniobra que Filipo ideara en Queronea. Esta es la ventaja de haber tenido el mejor de los maestros.

Resulta sencillo imaginar el horror de los generales persas cuando se dieron cuenta de que las tornas se habfan vuelto de repente contra ellos, y de que solo una acci3n desesperada los salvarfa del desastre. Observ3 que un jinete embestfa contra nosotros. Despu3s supe que se trataba del s3trapa Espitridates en persona. La brillante armadura de Alejandro y su casco con los dos penachos blancos le habfa permitido identificar a mi seor desde la distancia. Si lograba abatirlo —debi3 de pensar con raz3n— nuestro ejrcito quedara desmoralizado y en desbandada. Alejandro me hizo girar hacia el para hacerle frente, momento que el s3trapa aprovech3 para lanzar su jabalina con enorme fuerza. El arma penetr3 entre las planchas de bronce del escudo y, atravesando varias capas de cuero, logr3 golpear la coraza de mi seor. Not3 que Alejandro quedaba sin aliento por efecto del impacto. Aun asf, tuvo 3nimo para talonear mis flancos orden3ndome cargar hacia el frente. Blandiendo la sarisa con gran precisi3n, traspas3 con ella la coraza de Espitridates, que debi3 de resultar muerto en el acto. Sin embargo, la fuerza del choque lo hizo caer a tierra sobre su espalda.

Of entonces un furioso galope. Rosaces, el hermano de Espitridates, acudfa a vengar al s3trapa muerto. Contempl3 a Alejandro incorporarse con dificultades y desenvainar su espada en un dbil intento de contener el ataque, y me di cuenta con horror de que sus posibilidades de supervivencia eran mfnimas. Rosaces pretendfa aprovechar el impulso de su galope para asestarle a Alejandro un mandoble fatal. Tan solo sus r3pidos reflejos lo salvaron de morir decapitado: en el 3ltimo instante, acert3

a agacharse, con lo que el filo de Rosaces erró el cuello del rey y se estampó con estrépito contra su casco. El yelmo salió despedido; había perdido una de las plumas que lo adornaban y mostraba una gran brecha en su parte superior. Alejandro se desmoronó inconsciente mientras la sangre comenzaba a manarle sobre el rostro. Admito con vergüenza que pensé que mi señor había muerto, a pesar de lo cual, cuando Rosaces desmontó para darle a Alejandro el golpe de gracia, no vacilé ni un instante en interponerme entre su cuerpo caído y el persa, que se abalanzaba sobre él blandiendo su cimitarra con ambas manos. En un primer momento no comprendí por qué Rosaces hacía una mueca de dolor y se derrumbaba a mis pies. Entonces vi la espada clavada en su espalda y al viejo Clito sonriendo tras él. El veterano oficial había llegado justo a tiempo de evitar el desastre.

En ese momento Alejandro abrió los ojos y, tras mirar a su alrededor y ver a Rosaces agonizante junto a él, se hizo cargo inmediatamente de la situación.

—Querido Clito —dijo con expresión dolorida—. Ahora comprendo por qué mi padre te tenía en tanta estima. Te debo la vida.

—Dale las gracias a Bucéfalo. Y ojalá esto te enseñe a no ser tan temerario. Recuerda que eres el rey. Ahora ve e intenta poner un poco de orden aquí antes de que tus soldados no dejen un solo persa vivo.

Efectivamente, nuestro ejército estaba haciendo un magnífico trabajo. La caballería persa estaba ya en fuga, mientras que la falange cargaba en formación compacta sembrando el pánico entre la infantería enemiga. Cuando el sol se ocultó, éramos ya los dueños y señores del campo de batalla.

Siguiendo su costumbre, lo primero que Alejandro hizo fue interesarse por el estado de nuestros heridos. Tuvo palabras de ánimo para todos y cada uno de ellos, a los que conocía por sus nombres, e incluso asesoró a los médicos sobre la mejor forma de tratar sus heridas. Él mismo hubo de ser atendido del brutal golpe que Rosaces le había asestado con su cimitarra. Solo la solidez de su casco lo había librado de una muerte segura.

Los despachos oficiales consignaron veinte mil infantes y dos mil quinientos jinetes muertos en el bando enemigo, frente a tan solo veinticuatro en el nuestro. Alejandro lo repite a menudo: «Las batallas se ganan con táctica y coraje; las guerras, con propaganda». Por ese mismo motivo, jamás se supo en la Hélade que nuestro primer intento de cruzar el río había sido un estrepitoso fracaso. Pero esto no es un despacho oficial, y yo esto aquí para decir la verdad. Y la triste verdad es que, hecho el recuento de muertos y heridos, comprobamos que nuestras bajas eran muy cuantiosas, si bien mucho menores que las de los persas. Lo que sí era cierto es que, además del sátrapa Espitrídates y su hermano Rosaces, había perecido la mayoría de los nobles persas que componían la oficialidad del ejército. A pesar de su ineptitud como estrategas, demostraron ser valientes guerreros, y así lo reconoció Alejandro al ordenar que se les rindieran exequias con honores. Una vez reunido el botín, el rey eligió trescientas armaduras de entre las más hermosas para que fueran enviadas a

Atenas como ofrenda a Palas Atenea, junto con una placa que rezaba:

«De Alejandro, hijo de Filipo, y los helenos —excepto los lacedemonios—,
—,
arrebataadas a los bárbaros que habitan el Asia».

A quien no pudimos encontrar, ni entre los muertos ni entre los prisioneros, fue al general rodio Memnón. Más tarde supimos que había escapado hacia el sur junto con un gran contingente de mercenarios helenos, exasperado con la certeza del desastre y la forma en que los generales persas ignoraban sus consejos. Al parecer, su plan consistía en hacerse fuerte tras las murallas de alguna de las ciudades-fortaleza de la costa. Capturamos, sin embargo, a un número considerable de mercenarios helenos. Alejandro no se mostró en absoluto clemente con ellos: ordenó que fueran enviados a Macedonia para realizar trabajos forzados en las minas del Pangeo.

La victoria en el Gránico nos abrió realmente las puertas de Asia. Nuestro ejército marchó entonces hacia el sur, con lo que nos adentramos en el reino de Lidia. En Sardes, su capital, obtuvimos un buen botín a costa de los tesoros de la satrapía. Aquel oro nos daría un respiro de varios meses. Aun así, Hárpalos informó al rey de que la cantidad no era suficiente para concluir la campaña.

Proseguimos la marcha en dirección a las colonias helenas de Jonia, donde los tiranos impuestos por los persas fueron derrocados y se promulgaron constituciones democráticas. Las ciudades quedaron automáticamente liberadas del tributo que pagaban al Gran Rey, aunque quizá deba mencionar que tuvieron que contribuir a nuestra expedición con cantidades muy similares; pero eso no ha de escandalizaros: son cosas de la guerra. Lo importante es que el viejo proyecto de Filipo comenzaba a hacerse realidad. Y no habíamos hecho más que empezar.

Mientras tanto, Calístenes daba por sentado en sus crónicas que Alejandro se había convertido ya en el azote de Persia. Su estilo, laudatorio y pomposo, evidenciaba una total ignorancia de los asuntos militares. «No dejéis que todo esto se os suba a la cabeza —repetía Alejandro una y otra vez sin hacer caso de las adulaciones—. Somos como el insecto que picotea la piel de un león dormido. Debemos tener presente que la fiera puede despertarse en cualquier momento y aplastarnos de un zarpazo».

En la ciudad de Éfeso, Alejandro y Hefestión encontraron tiempo para visitar el lugar donde antaño se alzaba el templo de Ártemis, considerado uno de los más hermosos del mundo heleno. El espectáculo que nos aguardaba era desolador: el techo del templo se había derrumbado y las magníficas obras de arte que lo adornaban ya no

existían. De su legendaria belleza, tan solo restaban algunas columnas ennegrecidas por el humo.

—¿Qué ocurrió aquí? ¿Tal vez una guerra? —preguntó Hefestión.

—No —respondió Alejandro melancólicamente—, toda esta destrucción fue obra de la locura de un solo hombre. Su obsesión era conseguir que su nombre perviviera en la Historia, y no encontró manera mejor de hacerlo que incendiar esta maravilla. Por desgracia logró su propósito. Nadie ha podido borrar de la memoria de los hombres el maldito nombre de Eróstrato. Por lo que me han dicho, el vandálico acto debió de ocurrir alrededor del día de mi nacimiento.

—Tal vez la diosa Ártemis estaba ocupada velando por ti, Alejandro, por lo que no pudo evitar que su magnífico templo fuera incendiado.

Alejandro le dirigió a Hefestión una sonrisa desganada.

—O tal vez los dioses no existan, como más de una vez nos dio a entender Aristóteles.

—Vamos, Alejandro, tu sola presencia aquí y todo lo que has conseguido son prueba de que tienes a los dioses a tu favor.

Alejandro pareció entonces sumirse en profundos pensamientos.

—¿Quién sabe? En más de una ocasión he buscado en mi interior el motivo que me ha impulsado a emprender esta campaña. A veces intento convencerme de que se trata tan solo del afán de completar lo que Filipo empezó. Otras veces recuerdo las palabras de mi madre y me siento realmente impulsado por la voluntad de un dios. Pero ¿sabes?, hay ocasiones en que, por más que me esfuerzo, no encuentro dentro de mí más que ambición, una ambición tan ciega y desmesurada como la de Eróstrato. Tal vez yo también esté loco. ¿Qué te parecería, Hefestión, descubrir que eres parte del sueño de un demente?

Hefestión contempló a Alejandro con profundo afecto.

—Si tú estás loco, la tuya es la locura más hermosa y noble que se recuerda. En cuanto a ser parte de tu sueño, deseo con toda mi alma que no despiertes nunca.

Alejandro apretó con fuerza las manos de su amigo entre las suyas. Después, nos alejamos para siempre de aquel triste lugar.

Seguimos adelante, bordeando la costa de Asia Menor. El objetivo inmediato de Alejandro era dar caza a Memnón y a los mercenarios que se le habían unido en la retirada. Pensaba dar con ellos un monumental escarmiento. Los persas vencidos en el Gránico habían sido tratados generosamente, pero la clemencia de mi señor nunca ha alcanzado a los traidores.

Supimos que Memnón y sus hombres se habían refugiado tras las murallas de la ciudad de Mileto. El asedio comenzó de inmediato. Los desvelos de Filipo para modernizar el ejército habían puesto en manos de Alejandro una imponente maquinaria de sitio, servida por el mejor cuerpo de artilleros de la Hélade. Algunas

de nuestras catapultas eran tan enormes que precisaban los esfuerzos combinados de cuatro hombres para que la cuerda quedara tensada en torno al cabrestante. Después, de acuerdo con las instrucciones de los ingenieros, se accionaba el mecanismo de disparo, y una roca tallada en forma esférica salía despedida hasta una distancia de más de un estadio. Las ballestas podían disparar hasta cuatro pesados dardos metálicos simultáneamente, y los gigantescos arietes y taladros, protegidos bajo un cobertizo y suspendidos de un pesado armazón, hacían añicos el más espeso muro de piedra o ladrillo. La mayoría de los ingenios fueron montados en tierra formando largas baterías, pero otros se instalaron sobre la cubierta de los barcos de nuestra flota. Mileto fue bombardeada desde mar y tierra con tal saña que sus fortificaciones comenzaron a mostrar brechas por todas partes. Alejandro ordenó entonces que sus hombres se relevaran para realizar asaltos constantes a la muralla. La presión permanente que ejercimos forzó la capitulación de los milesios en pocos días. Los mercenarios, sin embargo, lograron escapar de nuevo merced al auxilio de la flota persa.

—Estoy harto de jugar al ratón y al gato con Memnón —dijo Alejandro con visible ira—. Supongo que ahora se refugiará en Halicarnaso en espera de refuerzos. Tal vez logremos también rendirla, pero estoy seguro de que volverán a escapar.

—Nada podemos hacer para contrarrestar la superioridad naval de los persas —dijo Nicanor, hijo de Parmenión, en tono resignado—. Nos superan en número de barcos y en la pericia de sus tripulaciones. La mayoría de sus marineros son fenicios o chipriotas, ya lo sabes. Mientras dispongan de la flota, Memnón y sus hombres contarán con una vía de escape permanente.

—En ese caso ordenaré la disolución de nuestra flota.

Parmenión carraspeó, como siempre que se disponía a discrepar de Alejandro, algo que había comenzado a resultar demasiado frecuente.

—Eso sería un error. La flota imperial consta de más de trescientas naves. Sin una flota propia para hacerle frente, el rey de Persia puede usarla para desbaratar esta expedición.

El gesto de Alejandro se tornó hosco.

—Podrían aniquilar a nuestras guarniciones y levantar a las ciudades ya conquistadas contra nosotros —prosiguió obstinadamente el general—, cortar nuestras líneas de comunicaciones y suministros, hasta interceptar las rutas a través del Helesponto y dejarnos sin refuerzos.

—Son razones poderosas, efectivamente. Pero olvidas que también podrían impedir el tráfico de mercancías en el Egeo y promover el descontento en la Hélade, lo que sin duda provocaría insurrecciones en nuestra retaguardia.

—¿Entonces?

Alejandro apretó los dientes.

—Ya te lo he dicho, voy a disolver nuestra flota. Prefiero arriesgarme a una rebelión, que de todos modos ocurrirá antes o después, que cifrar todo el futuro de

esta campaña en la flota de nuestros aliados. No confío en ellos más de lo que lo hacía mi padre, y sé que mis hombres lucharán mejor si no cuentan con el apoyo de una flota. Además, esos barcos no hacen más que retrasarnos y agotar nuestros recursos.

—¿Y cómo piensas hacer frente a la flota persa sin barcos?

—Desde tierra. Los dejaremos sin puertos donde atracar y aprovisionarse.

—Lo que significa que tendremos que ocupar cada puerto importante entre el Helesponto y Egipto.

—Correcto. Eso es exactamente lo que pienso hacer. El primero será el de Halicarnaso.

—Tal vez estarías dispuesto a reconsiderarlo —insistió Parmenión.

—¡No! —El tono que Alejandro empleó no admitía réplica—. Ordena que zarpen todos los barcos salvo los imprescindibles para transportar la maquinaria de asedio. Creo que veinte serán suficientes. Dispón también que las tropas se preparen para marchar hacia Halicarnaso. De ahora en adelante, lucharemos solamente en tierra.

Los acontecimientos en Halicarnaso se desarrollaron de forma muy similar a los de Mileto, con la salvedad de que su conquista se convirtió en una empresa mucho más ardua. Halicarnaso, la capital del reino de Caria, es con diferencia la mayor y más importante de las ciudades de Asia Menor. Sus fortificaciones son magníficas: una sólida muralla de sillería reforzada con un alto parapeto y numerosas torres, un foso de más de cuarenta pies de anchura y veinte de profundidad, tres ciudadelas y un puerto grande y bien protegido que en aquellos momentos albergaba a la mayor parte de la escuadra persa. Habría resultado del todo imposible bloquear la ciudad por mar con los exiguos restos de nuestra flota, de modo que Alejandro dispuso que comenzaran las maniobras de asedio. La primera medida fue rellenar una ancha sección del foso con rocas y arena, de tal modo que las torres de asalto pudieran aproximarse a la muralla, trabajo que se consumió con considerable esfuerzo y numerosas bajas. De hecho, cualquier maniobra suponía un riesgo enorme: los mercenarios nos hostigaban de tal modo que nuestros soldados solo podían atacar las fortificaciones protegidos tras grandes barricadas móviles. A pesar de todo, las operaciones progresaban y todo parecía indicar que la ciudad caería pronto en nuestras manos. Pero Memnón era un enemigo formidable, y muy pronto nos demostró hasta qué punto.

Ocurrió poco antes del amanecer. De repente, todas las trompetas de alarma sonaron a la vez y un enorme caos se desató en el campamento. Hacia el norte, donde estaban instaladas las baterías de artillería, alcancé a ver el resplandor de un gran incendio. Los soldados, sorprendidos en mitad del sueño, abandonaban las tiendas a medio

vestir y corrían a los arsenales para recoger su equipo de combate. Por sus nerviosas conversaciones supe que una pequeña fuerza de mercenarios había logrado salir de la ciudad sin ser vista y, tras liquidar a los centinelas, había incendiado buena parte de la maquinaria de asedio. Ya de por sí, aquel era un duro golpe, pero lo peor estaba por llegar.

Alejandro, sorprendido como los demás en pleno descanso, tuvo la presencia de ánimo suficiente para poner algo de orden en aquella confusión y formar una pequeña falange con los hombres que lo rodeaban. Él mismo se armó con una sarisa y ocupó la posición del *syntagmatarca*, el jefe de batallón, en el extremo derecho de la primera fila. Entonces, cuando el rey hubo gritado a pleno pulmón la orden de carga, los soldados bajaron sus sarisas y acometieron contra el enemigo. Parecía una maniobra sencilla, y de hecho los mercenarios se apresuraron a retirarse a toda prisa hacia la puerta principal de Halicarnaso. Pero, para espanto del rey, en ese instante las enormes puertas se abrieron y comenzaron a vomitar tropas enemigas, hasta un total de más de mil hombres, que rápidamente se enzarzaron en un terrible combate cuerpo a cuerpo contra los nuestros. La refriega había alcanzado su momento crítico: muchos hombres habían caído y los supervivientes estaban agotados y cubiertos de sangre. Pero aun así, nuestros soldados se las arreglaron para cerrar filas y obligar al enemigo a ceder terreno. Fue entonces cuando Alejandro oyó los gritos de pánico en las últimas filas y, al girarse, comprobó horrorizado que una fuerza aún mayor que la que intentaban rechazar estaba atacando nuestra retaguardia. Según me dijo más tarde, el rey llegó a pensar que allí había acabado todo, pero no pudo remediar sentirse admirado por la inteligente treta de Memnón. El odio le había ofrecido un señuelo y él había caído en la trampa como un recluta bisoño. «Pensé en mi padre —me confesó—, en cómo se habría avergonzado de mí por llevar mis tropas a la muerte de una forma tan estúpida».

Nuestros hombres, atrapados en una tenaza por fuerzas superiores, se batían ya a la desesperada cuando una enorme torre de asalto apareció tras las murallas de la ciudad. Desde sus tres plataformas brotó una nube de flechas y jabalinas que diezmó nuestras filas con una rapidez asombrosa. Alejandro miró hacia arriba y, tras el parapeto, alcanzó a ver un hombre ataviado con casco y armadura helenos. Tendría unos cincuenta años y todo el aspecto de un general. Alejandro supo que se trataba de Memnón, y el corazón estuvo a punto de reventarle de rabia cuando vio cómo su adversario lo miraba, se acariciaba la barba y sonreía; entretanto, docenas de macedonios estaban siendo masacrados en torno a él. Alejandro gritó, desenfundó la espada y se lanzó a pecho descubierto contra el enemigo seguido por algunos soldados. El sol brillaba ya en el cielo. Quizá pensó que era un buen momento para morir.

Pero dicen que los dioses no abandonan a sus favoritos, y nunca fue tan cierto como en aquel instante, porque justo cuando Alejandro y su pequeño grupo se disponían a vender caras sus vidas, oyeron que cientos de gargantas coreaban el grito

de guerra de la falange. Los soldados enemigos se quedaron congelados y se irguieron para ver lo que se les venía encima. Eran los veteranos, los soldados que por su edad habían quedado libres del servicio activo, militares de primera curtidos en mil batallas, desde las montañas de Iliria hasta el Bósforo, las mejores tropas de Filipo. Y cargaban en falange desplegada, rodeando a los mercenarios y atravesándolos con las sarisas, haciéndolos retroceder sin aminorar siquiera su marcha. En ese instante, cuando el enemigo daba ya por segura su victoria, la batalla cambió de rumbo. Los mercenarios, con sus filas desbaratadas, emprendieron una desordenada retirada hacia la ciudad. Algunos tropezaron y fueron aplastados por los que corrían detrás; aquellos que lograron entrar en la ciudad, vencidos por el pánico, se apresuraron a cerrar las puertas sin reparar en que muchos de sus compañeros aún estaban fuera. Tantos soldados se amontonaron sobre el puente que este se vino abajo con gran estrépito. Docenas de hombres se precipitaron al vacío. El resto, empujados por las sarisas de los veteranos, no tardó mucho en seguir el mismo camino. La batalla se había resuelto en menos tiempo del que he empleado en narrarla.

Alejandro, inmóvil y jadeante, no daba crédito a sus ojos. Un viejo soldado cubierto de cicatrices se acercaba a él renqueando. Por un instante pensó que era el mismo Filipo y tuvo que frotarse los ojos para disipar la ilusión. Entonces reconoció a Ceno, el taxiarca, uno de los antiguos guardias de su padre.

—¿Quién... cuál de los generales ordenó este ataque? —tartamudeó el rey.

Ceno rió a mandíbula batiente.

—Ninguno, Alejandro —respondió—. Vimos que os estaban haciendo pasar un mal rato y pensamos que más valía que nosotros mismos hiciéramos el trabajo. ¿Estás herido, muchacho?

El rey sacudió la cabeza y puso sus manos sobre los hombros del veterano oficial. Entonces notó que perdía el conocimiento, que sus piernas se doblaban como velas derretidas, y habría caído a tierra si Ceno no lo hubiera sujetado fuertemente. En un impulso, el rey se abrazó a él y dejó que le acariciara el cabello con sus enormes y nudosas manos, las manos de Filipo.

—Gracias —fue cuanto alcanzó a decir. Entonces dirigió la vista hacia lo alto de la muralla. Memnón se había esfumado.

El recuento de bajas arrojó un total de más de quinientos soldados muertos. Además, el fuego había destruido gran parte de la maquinaria de asedio. Pero Memnón se había llevado la peor parte: sus propias bajas ascendían a mil quinientos de sus mejores hombres, entre ellos el general ateniense Efialtes, su mano derecha. Entonces decidió un cambio de táctica que nos fue revelado esa misma noche, cuando vimos surgir enormes llamaradas tras la muralla de Halicarnaso.

—¿Quién ha ordenado este incendio?, gritó Alejandro enfurecido—. Os dije que no quería víctimas entre la población civil. Solo me interesan los mercenarios.

Vimos entonces que Tolomeo corría hacia nosotros.

—¡Ha sido Memnón! —dijo sin aliento—. La flota ha vuelto a evacuar a sus hombres. Antes de zarpar, ordenó que se prendiera fuego a las fortalezas para evitar que podamos usarlas.

—¡Por los dioses! ¡Se nos ha vuelto a escapar! Toma cuantos hombres necesites para controlar el fuego y hazles saber que quedan prohibidos los saqueos y la violencia.

Tal y como Alejandro dijo, Memnón había vuelto a huir sin que pudiéramos hacer nada por evitarlo. Supimos poco después que se había refugiado en la cercana isla de Cos, donde había recibido un mensaje del Gran Rey en el que se le conferían plenos poderes para conducir la campaña. La táctica que empleó fue astuta en extremo: consciente de nuestra superioridad en tierra, ordenó que la flota persa se hiciera con las grandes islas del Egeo oriental. Primero cayó Samos; poco después, se apoderaba fácilmente de Quíos y del archipiélago de las Cícladas; por último, emprendió la conquista de las principales ciudades de Lesbos. Supimos también que desde esas bases, inaccesibles para nosotros, pretendía trasladar la guerra a la misma Hélade. Envió emisarios a Esparta, cuya animosidad hacia los macedonios era mayor que nunca, con la intención de promover una insurrección que obligara a nuestro ejército a regresar y abandonar las conquistas realizadas hasta el momento. Supimos también que el oro del Gran Rey estaba afluyendo en cantidades astronómicas, quebrando voluntades ya de por sí frágiles. En Atenas, Demóstenes había proclamado a Memnón el libertador de la Hélade y se desgañitaba para que la ciudad reforzara la escuadra persa con su propia flota, compuesta por más de cuatrocientas trirremes. La situación era tan crítica que solo los dioses podían sacarnos de aquel trance.

Esta era, brevemente, la alternativa que Alejandro hubo de afrontar: si continuábamos, corríamos el riesgo de perder el Helesponto y quedar aislados, con toda nuestra retaguardia ardiendo en rebeliones que seguramente las fuerzas de Antípatro serían incapaces de sofocar. Si, por el contrario, nos retirábamos de Asia, las posibilidades de reanudar la expedición en el futuro serían ínfimas. Cualquiera que fuera su decisión, Alejandro se enfrentaba a un desastre más que probable. Todos pensamos que aquello era el fin. Entonces supimos que Memnón había contraído una grave enfermedad mientras dirigía el asedio de Mitilene. Pocos días después, nuestros agentes confirmaron que el general rodio había muerto. Los dioses nos habían sonreído privando a los persas de su mejor hombre. La campaña de Asia podía continuar.

Alejandro dividió entonces sus tropas: Parmenión se replegaría hacia el norte, y pasaría el invierno en Sardes. Con él iría la mayor parte de la caballería, la impedimenta más difícil de transportar y la maquinaria de sitio. El rey, por su parte, continuaría adelante con el resto del ejército. Su plan consistía en apoderarse de la

costa de Licia y Panfilia y cerrar todos sus puertos a la flota persa. Después, marcharíamos hacia el interior a través de la Anatolia Central. El punto de encuentro sería la ciudad de Gordio, capital de la Gran Frigia, a comienzos de la primavera.

Así pues, abandonamos Halicarnaso, no sin antes restaurar en el trono de Caria a la antigua familia reinante. El ejército, aligerado ahora de sus elementos más pesados, avanzaba con celeridad a lo largo de los tortuosos caminos costeros de Licia, extendido en una larga y zigzagueante columna. El invierno se nos echaba encima. Hacía frío y nos azotaba el rostro una lluvia helada y persistente. Noté que algunos hombres lanzaban miradas hoscas hacia Alejandro. Hefestión, que volvía de inspeccionar la retaguardia, nos alcanzó y se mantuvo silencioso junto a nosotros.

—¿Y bien? —le preguntó el rey a su amigo.

—¿Cómo dices?

—Vamos, sé que estás preocupado. Pregunta lo que desees de una vez.

—Bueno —comenzó Hefestión vacilante—. Verás... los hombres...

—Están descontentos —concluyó Alejandro—. No comprenden por qué vamos a luchar una campaña en pleno invierno.

—De modo que ya lo sabes. Algunos suboficiales vinieron a hablarme anoche. Esa medida tuya de enviar a los soldados recién casados a Macedonia para pasar el invierno con sus esposas ha resultado popular. Sin embargo, los que no han gozado de ese privilegio creen que habría sido más juicioso aguardar en Caria la llegada de la primavera. Ahora que Memnón está muerto y Darío no se decide a atacar, no parece que haya necesidad de precipitarse. Además, saben que no disponemos de mapas fiables, y que el territorio al que los conduces es tan agreste que ni siquiera los persas, al cabo de doscientos años, han conseguido establecer firmemente allí su dominio. Te confieso que fui incapaz de darles una respuesta. Pero, te lo ruego, guárdame el secreto. Se pondrían nerviosos si supieran que te lo he contado.

Empezaban a caer unos finos copos de nieve. El rey reprimió un escalofrío y se ciñó su manto de lana sobre los hombros. Después se aseguró de que no hubiera nadie cerca que pudiera oír sus palabras.

—Secreto por secreto, amigo: quiero mantenerme alejado de Parmenión, al menos durante una temporada.

Hefestión le respondió con una mirada inquisitiva.

—Aprecio al viejo más que nadie —prosiguió Alejandro—, pero él no comprende ni comparte mis proyectos. No sabes cuánto me irritan sus constantes protestas. Además, minan mi autoridad.

—Pero él es el general más importante de tu estado mayor, estás obligado a escucharlo.

—No si lo mantengo en Lidia hasta la primavera al cuidado de las comunicaciones y los transportes. Por ese mismo motivo dejé al general Calas al mando de la Frigia Helespontina, y a Asandro, hermano de Parmenión, en Jonia. Para Antígono el *Tuerto* reservo la Gran Frigia. ¿Comprendes lo que me propongo?

—Sí. Te estás deshaciendo, si me permites decirlo así, de los elementos más recalcitrantes de tu estado mayor, la vieja guardia de tu padre.

—Exacto —respondió Alejandro con una traviesa sonrisa—, lo que me deja las manos libres para ensayar algo que me ronda por la cabeza desde hace tiempo. Quiero probaros, amigo mío, a ti y al resto de los oficiales jóvenes. Durante todo el invierno, os confiaré el mando de misiones peligrosas. No hay apenas población helena en el lugar al que nos dirigimos. Seréis responsables únicos de vuestras tropas en una tierra hostil. Vamos, no te sorprendas. Al fin y al cabo dentro de poco vais a ser mis generales.

Hefestión guardó silencio durante unos instantes. La emoción y la gratitud lo habían dejado sin habla. Sus ojos estaban húmedos.

—¿Sabes lo que ocurriría si esto se supiera? —preguntó por fin.

—Sí, pero confío en que ni una sola palabra saldrá de tus labios. A pesar de ello, tendré que tomar mis precauciones.

Con pretendida solemnidad, Alejandro extrajo de su dedo el sello real y lo apretó contra la boca de su amigo. Los hombres que encabezaban la columna se preguntaron por qué ambos jóvenes reían de aquel modo.

—¿Un nudo? —preguntó Alejandro—. ¿Decís que quién logre deshacer un nudo se convertirá en el conquistador de Asia?

Cuando Alejandro hizo esta pregunta, el ejército se encontraba acampado por fin en las inmediaciones de Gordio, que habíamos logrado alcanzar tras la terrible campaña invernal. Parmenión, puntual a su cita, nos aguardaba allí con el resto de las tropas, reforzadas con más de tres mil hombres recién llegados de Macedonia.

—Eso dice al menos la leyenda local —repuso Hefestión—. El nudo une un yugo a un viejo carro que, según cuentan, perteneció al padre del legendario rey Midas.

—¿El que convertía en oro todo lo que tocaba?

—El mismo. Existe una antigua profecía que asegura que quien consiga desatar el nudo se convertirá en el soberano de toda el Asia.

—Bien, yo siempre he sido bueno atando y desatando nudos. Los tramperos y cazadores de mi padre me enseñaron. Pero ¿qué tiene de especial ese nudo para que nadie haya logrado deshacerlo antes?

—Precisamente vengo de verlo —dijo Crátero—. Más que un nudo parece una maldita maraña. Yo no sabría por dónde empezar. Tal vez sería prudente dejarlo correr.

—Sabes que me gustan los retos, Crátero. Si eludo este, por insignificante que sea, sentaré un mal precedente. Además, todos sabéis que la gente le concede gran importancia a las profecías. Será bueno para la moral de las tropas.

—Eso si lo consigues.

—No temáis —dijo Alejandro guiñando un ojo.

Tengo entendido que han circulado varias historias acerca de este episodio del nudo gordiano. Algunos han llegado a decir que Alejandro, enojado por su incapacidad para deshacer el nudo, lo había cortado de un tajo con su espada. Otra versión asegura que separó el yugo del carro con un brusco tirón. Tonterías. Alejandro es demasiado inteligente para ofender a un pueblo conquistado cometiendo un acto de vandalismo gratuito, y mucho menos con una de sus reliquias más sagradas. Lo que ocurrió en realidad no fue tan dramático, aunque puede que mucho más apasionante. Y como se da la circunstancia de que yo estuve allí, os lo voy a relatar.

El carro se guardaba en un templo de Zeus enclavado en lo más alto de la ciudadela de Gordio. La noticia de que Alejandro había aceptado el desafío se había extendido ya por todas partes, de modo que ante la explanada del templo nos aguardaba una gran multitud de curiosos. Para que nadie se perdiera el espectáculo, los sacerdotes habían sacado la vieja reliquia al exterior. Su apariencia era idéntica a la de cualquier carro que yo hubiera visto tras un par de bueyes. En cuanto al dichoso nudo, he de decir que Crátero no había exagerado en absoluto: la correa de cuero parecía haber sido anudada durante semanas o meses hasta lograr una abultada e intrincadísima madeja en la que no había ningún cabo visible. En mi fuero interno, rogué para que Alejandro saliera airoso del trance, pero he de confesar que tenía mis dudas.

Cuando Alejandro se agachó para estudiar el nudo de cerca, sobrevino el silencio más absoluto. Jamás lo he visto tan concentrado; quizá solamente cuando se aficionó a un complejo juego táctico de origen indio que los persas llaman *shatrang*. «Los nudos se inventaron para poder ser desatados con facilidad —me dijo después—. Lo que alguien ha podido anudar, siempre puede ser desanudado por otro. El secreto está en abordar el problema con serenidad y lógica». Aquella explicación habría satisfecho al bueno de Aristóteles, quien siempre animaba a sus alumnos a aplicar el raciocinio a la hora de enfrentarse a las dificultades. Lo cierto es que al cabo de un tiempo considerable, cuando los curiosos ya comenzaban a impacientarse, Alejandro tomó una pequeña porción de la correa entre sus dedos y tiró suavemente de ella. Fue un momento mágico: el nudo comenzó a deshacerse como si estuviera hecho de arena. Alejandro tiró y tiró y, cuando ya había liberado al menos veinte pies de correa, el yugo cayó al suelo con un golpe seco.

Las ovaciones fueron ensordecedoras. Los sacerdotes se apresuraron a proclamar que la profecía había sido cumplida y saludaron a Alejandro como el dueño de Asia. Inmediatamente después, vimos el cielo entero surcado por rayos y relámpagos. «Ya te dije que los dioses estaban de tu lado», le susurró Hefestión a Alejandro entre risas mientras todos corríamos a refugiarnos de la tormenta.

A pesar de la profecía, Alejandro estaba aún muy lejos de ser el dueño del Asia.

Quedaba todavía un nudo mucho más complicado que deshacer. Partimos, pues, una vez más hacia la costa, a través de la Capadocia y la cordillera del Tauro, hasta la ciudad de Tarso. Allí nos aguardaban informes inquietantes.

—Darío ha despertado —dijo Parmenión con gesto grave—. Piensa salirte al encuentro en persona al frente de un ejército formidable.

—¿Cuántos soldados trae? —preguntó Alejandro.

—No estamos seguros, pero parece que ha reclutado hombres de todo el territorio occidental de su imperio. Podrían ser unos doscientos mil.

La afirmación del general fue recibida por todos con una exclamación ahogada. Alejandro pidió serenidad con un gesto y continuó interrogándolo.

—¿Y dónde se encuentran ahora?

—En plena marcha, han cruzado ya el Éufrates. Son tan numerosos que avanzan despacio, pero calculo que los tendremos encima dentro de unos dos meses, tres a lo sumo.

—De modo que por fin se ha decidido a presentarnos batalla —dijo Alejandro acariciándose el mentón—. Excelente. —Entonces reparó en las caras de estupor de cuantos lo rodeaban—. Bien, amigos, todos sabíamos que este momento habría de llegar antes o después. Es más, considero una suerte que Darío en persona mande sus tropas. Cuando lo derrotemos, el mito del poder ilimitado de los Aqueménidas habrá terminado.

—Siento que tu optimismo no sea contagioso —dijo Parmenión con tono grave—. ¿Te importaría decirnos cómo piensas derrotar a un ejército tan grande como el que Jerjes llevó a la Hélade?

—Te equivocas. —Alejandro sonrió y le guiñó un ojo—. Aquel ejército era mucho mayor. Heródoto dice que lo componían un millón setecientos mil hombres, y eso sin contar las tripulaciones de las naves.

La enorme carcajada que siguió tuvo la virtud aliviar la tensión del momento. Tras observar que todos se encontraban más tranquilos, Alejandro continuó:

—Bien, vosotros sois mis consejeros. ¿Qué esperáis para aconsejarme?

Puesto que nadie se atrevía a abrir la boca, Parmenión tomó la palabra:

—No veo otra solución que una digna retirada. Disolviste la flota, lo cual ya te dije que era un error, de modo que yo en tu lugar ordenaría guarnecer los pasos de Cilicia para cubrir nuestras espaldas durante la marcha hacia el Helesponto. Te aconsejo que evacuemos Tarso de inmediato.

—Eso supondría tirar por tierra todo lo que hemos logrado hasta ahora y poner Jonia de nuevo en manos de los persas. ¿Quieres que la sombra de Filipo nos atormente en sueños durante el resto de nuestras vidas? Más sugerencias, por favor.

—Podríamos buscar un sitio donde Darío no pueda usar todas sus fuerzas a la vez —propuso Tolomeo—. ¿Qué tal la llanura costera que hay más al este?

—Imagino que te refieres a la llanura de Iso. No es mala idea. El terreno es adecuado para maniobrar con la caballería, y la cercanía de las montañas le impediría

a Darío desplegar sus fuerzas. Eso concuerda más con mi forma de obrar.

Parmenión resopló impaciente.

—¡Magnífico! —exclamó con sorna—. Le mandaremos al Gran Rey una invitación para presentarnos batalla en el lugar más adverso para él. Pensé que te habías convencido de que Darío no era ningún tonto.

—No te alteres, Parmenión. Creo que sabré encontrar un modo de convencer al «Rey de Reyes» de que acuda a la cita. —Alejandro se limpió entonces el sudor que perlaba su rostro, prueba de que su tranquilidad era tan solo aparente—. Jamás he visto un verano tan caluroso como este. ¿A alguien le apetece una zambullida en el río?

A pesar del calor, las aguas del Cidno, el río que atraviesa la ciudad de Tarso, bajaban heladas desde las montañas. Inmediatamente después de su baño, Alejandro comenzó a sentirse mal. Estaba lívido, temblaba de forma incontrolable y tenía todos los músculos del cuerpo entumecidos. Durante la noche, la fiebre se apoderó de él de tal forma que los médicos comenzaron a alarmarse. Al día siguiente, el rey deliraba entre períodos prolongados de inconsciencia.

Temí por su vida como nunca lo había hecho antes. Desde la soledad de mi cuadra, me esforzaba por captar cualquier retazo de conversación que me ofreciera algún resquicio de esperanza. Supe de este modo que, ante la imposibilidad de continuar el avance, Parmenión había emprendido operaciones menores para asegurar nuestros flancos y nuestra retaguardia. Imaginé que seguía pensando en la retirada e intentaba evitar a toda costa que el ejército de Darío nos la impidiera.

La enfermedad de Alejandro se prolongó durante más de un mes. Su estado mejoró algo, pero seguía sufriendo violentos ataques de fiebre que lo mantenían postrado en el lecho. Por último, llamó a su presencia a un médico llamado Filipo de Acarnania, seguidor de las doctrinas de Hipócrates y considerado el mejor de todos los que prestaban sus servicios en nuestro ejército. Mientras Filipo mezclaba hierbas y otras sustancias en una copa, Alejandro leía un mensaje que Parmenión acababa de enviarle. Tras concluir la lectura, Alejandro sostuvo la copa sonriendo y, antes de vaciarla, le pidió a Filipo que leyera la carta de Parmenión. «No te fíes de los médicos —decía el general—. He sabido que Darío está intentando sobornarlos para que te envenenen». Filipo levantó la vista dispuesto a negar la acusación y vio entonces que Alejandro había apurado hasta la última gota del brebaje. «No me mires de ese modo, amigo mío —le dijo—. ¿Cómo podría desconfiar de ti, que juraste por Apolo y Asclepio entregar tu vida a luchar contra la enfermedad y no prescribir jamás un remedio que pueda dañar a tus pacientes?».

Lo cierto es que el remedio de Filipo no solo no lo mató, sino que lo ayudó a restablecerse por completo en pocos días. Alejandro ordenó entonces a Parmenión que situara puestos de vigilancia en los pasos de Cilicia en previsión de la llegada del enemigo. La medida era sin duda prudente, pero pienso que lo que en realidad Alejandro deseaba era alejar de nuevo al viejo general durante un tiempo y ahorrarse

así sus constantes reproches. Nosotros también abandonamos Tarso poco después y nos encaminamos hacia la cercana ciudad de Anquíalo, en cuyas inmediaciones existía un lugar que Alejandro ansiaba visitar.

El farallón de roca debía de tener al menos doscientos pies de altura. En su parte superior, pudimos admirar un relieve gigantesco, tan grande que era perfectamente visible desde el suelo. Se trataba de una figura humana representada de perfil, un hombre regio de barba rizada ataviado con una lujosa túnica. A ambos lados, unas extrañas criaturas aladas parecían custodiarlo. La talla resultaba rígida y tal vez rudimentaria en comparación con los relieves que decoran los templos helenos; sin embargo, su colosal tamaño le confería un aire de enorme majestad.

—Sardanápalo —explicó Alejandro—. Un rey de Asiria cuyo imperio se extendía por toda el Asia cuando los persas todavía no habían abandonado sus montañas. Un hombre muy sabio, según cuentan, y también un gran guerrero. Dime, amigo —dijo entonces dirigiéndose a un erudito sirio que nos había acompañado—, ¿puedes traducirme la inscripción?

El hombre entornó los ojos en su intento de leer los extraños caracteres que se veían al pie del relieve. Yo jamás habría pensado que se trataba de palabras. Más bien parecían incisiones grabadas caprichosamente en la roca.

—A... *shur... banipal* —dijo el hombre descifrando trabajosamente la inscripción. A continuación se detuvo y todos notamos cómo se ruborizaba—. «SARDANÁPALO —tradujo por fin—, CONSTRUYÓ LAS CIUDADES DE ANQUÍALO Y TARSO EN UN SOLO DÍA. EXTRANJERO, HAZME CASO: COME, BEBE Y FORNICA. LO DEMÁS, NADA IMPORTA».

Para turbación del intérprete, Alejandro y sus acompañantes estallaron en enormes carcajadas que se prolongaron durante un buen rato.

—Os dije que era un hombre sabio —dijo Alejandro finalmente mientras se secaba los ojos—. Me gustaría conocer la opinión de Aristóteles acerca de esta original forma de concebir la vida. —Entonces el rey llamó al cronista de la expedición—: Calístenes, quiero que hagas un boceto del relieve y la inscripción y lo envíes a tu tío de inmediato. Tal vez esto le haga modificar sus ideas acerca de los bárbaros.

Pero, como se vio más tarde, las opiniones del maestro eran sumamente firmes. Su lacónica respuesta llegó desde Ateneas con el siguiente correo: *Excelente epitafio para la tumba de una bestia*. Y eso fue todo.

Pero había que volver a la guerra. Durante el verano, se habían sucedido todo tipo de rumores contradictorios acerca del avance de las tropas de Darío. Alejandro decidió entonces acallarlos todos poniendo en marcha su plan. El ejército volvió a avanzar a

lo largo de la costa. Tomamos la ciudad de Iso y, tras dejar allí a algunos enfermos y heridos, proseguimos en dirección a Siria por el lugar donde la costa de Asia forma una especie de golfo^[3]. Parmenión, recién regresado de su misión, estaba tan indignado con Alejandro por lo que él llamaba «aquel avance suicida» que ni siquiera le dirigía la palabra.

—Los informes no dejan lugar a dudas. Darío está en Iso —dijo por fin un día rompiendo su silencio—. ¡Maldita sea, muchacho! ¿Es que no piensas escucharme nunca? El enemigo nos ha cortado la retirada.

Alejandro parpadeó cuando Parmenión lo llamó «muchacho», aunque ni siquiera se molestó en reprochárselo.

—¡Estupendo! Os dije que encontraría un medio de traer a los persas donde queríamos, y allí están exactamente. Ahora no nos queda más que ganar la batalla.

—¿Me estás diciendo que ordenaste nuestro avance con el fin de atraer a los persas hacia Iso?

—¿Y qué otra forma había de hacerlo salvo darles la oportunidad de cortar nuestra retaguardia?

—Pero si perdemos estaremos aislados. No habrá forma de volver sobre nuestros pasos.

—Y si ganamos y capturamos a Darío nos los quitaremos de encima para siempre. Cuando se aspira a mucho, es necesario arriesgar mucho también. Tú peleaste siempre con mi padre. Deberías saberlo.

Parmenión pareció perderse en sus recuerdos durante unos instantes. Cuando volvió a hablar, su voz sonó mucho más calmada.

—Al menos ya no tienen a Memnón, aunque aún cuentan con unos treinta mil mercenarios helenos.

—¿Piensas que Darío participará personalmente en la batalla?

—No lo hará. Todos los reyes persas después de Ciro el Grande lo han considerado por debajo de su dignidad. Permanecerá en la retaguardia dirigiendo las operaciones desde su carro.

—Y protegido por los diez mil Inmortales de su guardia personal, supongo.

—Sin duda. Dicen que es el mejor cuerpo de elite del mundo.

—Eso ya lo veremos. De hecho, ¿qué mejor ocasión que esta para comprobar si la supuesta inmortalidad de esos soldados es real o bien pura leyenda? Pero dime, ¿cuenta con buenos generales?

—El que más me preocupa es Narbarzanes, que seguramente mandará la caballería pesada. Es muy astuto. Oxatres, el hermano de Darío, tiene también fama de ser buen soldado, aunque le cuesta mantener la cabeza fría. A los demás ya los conoces.

—Supongo que te refieres a los mismos que pusimos en fuga en el Gránico.

—En efecto, con la pequeña diferencia de que ahora cuentan con una fuerza cinco veces superior a la que tenían allí.

—Es todo lo que necesitaba saber. Que suene hoy temprano el toque de retreta, Parmeni6n. Los soldados van a necesitar un buen descanso.

Alejandro abandon6 la tienda donde se reunía con su estado mayor y vino a buscarme. Juntos cabalgamos a lo largo de una playa que se perdía en el horizonte, igual que en mis primeros días en Pela, cuando Alejandro todavía no era nadie y la guerra un lejano rumor. El viento soplaba con fuerza y amontonaba nubes sobre nuestras cabezas. Entonces son6 un trueno lejano y comenz6 a llover. Poco despu6s, se desataba un gran aguacero que nos oblig6 a regresar a toda prisa. El campamento se había convertido en un enorme barrizal. Los hombres asomaban la cabeza fuera de las tiendas y lanzaban asustadas miradas al cielo, quizá buscando presagios en la tormenta. Alejandro no tuvo m6s que contemplar sus rostros para saber que el rumor de la inminente batalla ya se había extendido. Nos acercamos a un grupo que se guarnecía bajo un improvisado cobertizo. Todos se levantaron nerviosos al reconocer al rey, pero Alejandro les pidi6 que se sentaran y le hicieran un hueco junto a la fogata. Mientras compartía con ellos una hogaza de pan y una jarra de vino, charlaron acerca de la campaa, las ciudades conquistadas, los compa6eros caídos, el botín... hasta que a uno de ellos se le ocurri6 mencionar Macedonia y el recuerdo del hogar los sumi6 en el silencio. Todas las miradas convergieron entonces sobre Alejandro. Una pregunta muda flotaba en el aire: «¿Cu6ndo ser6 la batalla?». El rey les sonri6, se puso en pie y me cogi6 de las riendas para conducirme al establo.

—Id a dormir, amigos —les dijo—. Tenemos dos días de dura marcha por delante. Y alegrad esas caras. Estoy seguro de que tambi6n llueve para Darío.

En la llanura de Iso, al otro lado del río Pí naro, nos aguardaba el ej6rcito persa en orden de batalla. Incluso desde la distancia, el espectáculo era escalofriante: una multitud mayor que cuantas yo hubiera visto hasta ese día. Formados en apretadas filas que parecían extenderse hasta el infinito, había hombres llegados desde todos los confines del Asia: persas, medos, barcanos, armenios, hircanios, caspianos, tapuros y miembros de otros pueblos cuyo nombre ni siquiera conocíamos. Tambi6n había numerosos mercenarios helenos, por supuesto. Alejandro y yo observamos el relampagueante brillo de sus armas y la enorme polvareda que levantaban desde una colina cercana.

—Tal y como esperaba —me dijo—. Son tantos que apenas tienen sitio para moverse. Mira, allí, a la derecha de su línea, est6 Nabarzanes con la caballería acorazada. Ese es el punto que m6s me preocupa. Esos jinetes y sus caballos llevan armaduras tan pesadas que los hacen pr6cticamente invulnerables. Si logran rebasar nuestro flanco izquierdo, estaremos perdidos. Pondré allí a la caballería tesalia, con Parmeni6n al frente, y ojal6 sea capaz de mantener a sus hombres pegados a la costa. En el centro han dispuesto a los mercenarios reforzados con otros veinte mil hombres. A nuestra falange le aguarda una tarea difícil. Si miras tras las líneas de la

infantería, verás un resplandor dorado entre un enorme cuerpo de jinetes. Si no me equivoco, allí es donde está el carro del Gran Rey, bien protegido entre sus Inmortales. Prepárate para cabalgar tan rápido como el viento, Bucéfalo, pues ese es el lugar hasta donde quiero llegar. Pero antes nos las habremos de ver con los jinetes hircanios y medos, que son esos que ves a la izquierda de sus líneas. Lo que me preocupa es que detrás vienen muchos más, y eso sin mencionar a los arqueros y honderos que han puesto en vanguardia. Nuestros soldados tendrán que ganarse hoy su paga, Bucéfalo. Es hora de ir junto a ellos.

Alejandro cubrió su cabeza con un casco ofrendado por los ciudadanos de Éfeso para sustituir aquel que quedó destrozado en el Gránico. También este tenía forma de cabeza de león con las fauces abiertas, pero resultaba aún más suntuoso. Más que una pieza de armadura, era una auténtica obra de arte. Cuando acudimos a pasar revista a las tropas, mi señor parecía un joven Heracles. Alejandro y yo recorrimos nuestra formación de punta a punta. Según Marco Furio Camilo, los generales romanos acostumbran pronunciar rimbombantes arengas antes de las batallas. Alejandro rara vez ha hecho nada parecido. Como en ocasiones anteriores, se limitó a detenerse aquí y allá para intercambiar algunas bromas con sus hombres o para interesarse por las noticias que les habían llegado de casa con el último correo. Recuerdo que felicitó a un canoso decadarca por el matrimonio de su hija, a otro soldado le recomendó que comiera menos si no quería reventar su coraza con la tripa y a un tercero le alabó el valor demostrado en los últimos combates. A varias docenas de ellos los saludó por sus nombres, y pienso que habría podido hacer lo mismo con todo ejército si la batalla no hubiera sido inminente. Jamás ha existido una relación igual entre un ejército y su comandante en jefe. Los más jóvenes lo miraban con el cariño que se siente por un hermano, mientras que para los veteranos era como su propio hijo. Incluso los rudos mercenarios se rendían a su encanto.

Alejandro y yo ocupamos nuestra posición en el ala derecha, al frente de la caballería de hetairios. Nuestra formación era estrecha, no más de catorce estadios, una línea de treinta mil hombres encajada entre las colinas y el mar. El rey se irguió y contempló las apretadas filas de jinetes e infantes que componían nuestro ejército. Después miro hacia el frente y, cerrando los ojos, dejó escapar un suspiro. Entonces alzó lentamente su brazo. Cuando lo dejó caer, varios toques de corneta recorrieron la formación de un extremo a otro y el ejército comenzó a avanzar en paralelo con respecto al río. Sin embargo, una vez cubierta la mitad de la distancia, observamos sospechosos movimientos en el frente de batalla enemigo.

—Maldita sea —dijo Alejandro girándose hacia Tolomeo, que marchaba a nuestra derecha—. Están reorganizando sus tropas, pero no puedo ver nada desde aquí.

Un jinete agriano descendió hacia nosotros desde las colinas, donde Alejandro había situado varios puestos de vigía, e intercambió unas rápidas palabras con el rey.

—¡Han reforzado su ala derecha! Pretenden abrir brecha en nuestro flanco y rodearnos. —Alejandro meditó durante unos instantes—. Tolomeo, toma dos

escuadrones y llévalos hasta el flanco izquierdo para reforzar la caballería tesalia. Ah, y desplazaos tras las líneas. No quiero que Darío se percate de nuestros movimientos.

El avance continuó con una lentitud que los hombres encontraban exasperante. Alejandro a duras penas lograba contenerlos agitando frenéticamente las manos. «¿A qué esperas, señor?, —se oía por todas partes—. ¡Vamos ya a por ellos! ¡Vengamos a los camaradas asesinados!». Nuestros soldados estaban furiosos. Se había extendido la noticia de que los persas habían ejecutado a los enfermos y heridos que habían quedado en Iso. Alejandro volvió a rogarles paciencia. Quería que fueran los persas los que dieran el primer paso. Sin embargo, el enemigo permanecía inmóvil al otro lado del río. «Darío nos tiene miedo, Bucéfalo —me dijo—. No se atreve a tomar la iniciativa». En vista de ello, Alejandro ordenó que se diera la señal de carga de la caballería.

Sonaron tres rápidos toques de corneta, que fueron secundados por los aullidos de miles de gargantas: *alalalalai*, el grito de guerra ancestral de los jinetes macedonios. Desde el otro lado del río, oímos que el enemigo respondía a nuestro reto. Las montañas cercanas nos devolvieron los ecos y el campo de batalla pareció estallar con el fragor del combate.

Al igual que en el Gránico, fue Alejandro al frente de los hetairos el primero en lanzarse al ataque. Cruzamos el río y avanzamos contra las líneas enemigas envueltos en una nube de flechas. Fue una carga ordenada, pero tan veloz que la tierra se estremecía con nuestro galope. Algunos arqueros arrojaron sus armas y se precipitaron en una desordenada fuga. El resto, al vernos embestir como un ciclón contra ellos, no tardó en seguir su ejemplo. Entonces chocamos lanzas en ristre contra la caballería meda e hircana, cuyas líneas pronto se quebraron ante nuestra presión. La falange, en cambio, no tuvo tanta suerte. A nuestros soldados les resultó difícil vadear el río a pie y, además, encontraron la orilla opuesta cubierta de zarzas y fortificada con una línea de estacas afiladas. Lograron cruzar, pero su formación había quedado rota, una ventaja que mercenarios aprovecharon para acometer contra ellos con gran furia. Sabían que Alejandro había prometido hacerles pagar cara su traición y no querían arriesgarse a una derrota. Alejandro tiró de mis riendas y volvió la vista, preocupado por la posibilidad de que nuestras líneas quedaran rotas precisamente por donde más fuertes eran. Fue en ese instante cuando comprendió que aquella misma contingencia podía darnos la victoria, ya que, al avanzar, los mercenarios habían abierto una brecha en la formación enemiga. El talento de Alejandro para percibir el punto débil del adversario en el momento crítico de la lucha volvió a funcionar. De inmediato ordenó al corneta que diera el toque de reagrupamiento. Los hetairos abandonaron la persecución de los jinetes enemigos y cabalgaron obedientemente hacia su rey, quien extendió el brazo y les señaló el nuevo objetivo: el batallón de los Inmortales, con el rey Darío en persona en el centro.

Cruzamos el campo de batalla en diagonal, rechazando al enemigo por ambos lados, con lo que conseguimos agrandar aún más la brecha. Los Inmortales hicieron

honor a su fama oponiéndonos una encarnizada resistencia. Eran unos hombres gigantescos, encaramados en caballos de enorme alzada. Vestían armaduras suntuosas y sus armas estaban decoradas con joyas y metales preciosos. Pero, al margen de tanto oropel, comprobamos que también eran formidables soldados, y así lo demostraron batiéndose como auténticos leones para proteger la persona real. Sin embargo, la cuña que formaba nuestra caballería logró introducirse paulatinamente en el corazón de la formación enemiga, y así fue como conseguimos romper sus filas y aproximarnos al carro del Gran Rey. Justo entonces, entre las nubes de polvo y el fragor del combate, vimos a Darío por primera vez. Más que un hombre, parecía la imagen de un dios: se mantenía inmóvil e impassible mientras sus guardias eran derribados a su alrededor. Pero su aparente serenidad se quebró de repente cuando, al girarse, nos vio lanzarnos a galope tendido contra él. Lo teníamos ya muy cerca, tanto que pude apreciar con detalle la suntuosidad de su carro y de sus ropajes, aunque lo que realmente me impresionó no fueron los centelleos del oro y las piedras preciosas, sino la mirada de espanto que vi en sus ojos. Noté que las piernas de Alejandro se cerraban con fuerza en torno a mis flancos y que su pica descendía. Mi rey estaba dispuesto a concluir aquella guerra de un solo golpe. A tan solo unos cuantos pasos ante nosotros, el rey persa se protegió instintivamente el rostro con su brazo. Pero justo cuando yo me preparaba para el impacto, un obstáculo imprevisto se interpuso en nuestra trayectoria. Era el cuerpo de caballería mandado por Oxatres, el valiente hermano de Darío. Alejandro vio que el rey descendía a toda prisa de su carro, saltaba sobre un caballo que había quedado sin jinete y se alejaba a toda velocidad seguido por una docena de sus guardias. Fue tal su frustración que no vio hasta el último instante al jinete enemigo que se precipitaba contra él. Consiguió abatirlo, no sin antes recibir una herida superficial en el muslo. Entonces sacudió mis riendas para emprender la persecución. Supongo que debió recapacitar al instante y darse cuenta de que no podía abandonar el campo de batalla en un momento tan decisivo, de modo que ordenó a Tolomeo y a Seleuco que intentaran capturar al rey y regresamos en dirección al río, donde la lucha era más violenta.

Aún no comprendo cómo lo hicieron, pero, de forma milagrosa, los oficiales que mandaban nuestra infantería habían conseguido reorganizar la formación y plantar cara a los mercenarios. En aquel momento los batallones cargaban en apretadas filas, bramando como una tempestad. No hay más espectáculo más aterrador que el de la falange macedonia en plena carga, os lo aseguro. Y así debieron de verlo los mercenarios que luchaban en el bando persa, puesto que, a pesar de su veteranía, pronto empezaron a flaquear y ceder terreno. Sin embargo, al otro lado el río, los hombres de Parmenión a duras penas lograban contener a Nabarzanes y la caballería acorazada. Fue entonces cuando empezó a extenderse por las filas enemigas la noticia de que Darío había huido. Tal y como Alejandro había previsto, aquello los desmoralizó por completo, con lo que la batalla dio un giro decisivo a nuestro favor. La inmensa multitud que había permanecido en la retaguardia esperando su momento

para participar en la lucha fueron los primeros en huir, y lo hicieron en medio de tal pánico y confusión que muchos de ellos murieron pisoteados por sus mismos compañeros. Los siguieron la infantería y la caballería, perseguidos y diezmados por Parmeni3n a la cabeza de los tesalios. Solamente el contingente de mercenarios se neg3 a capitular, por m3s que hubieran sido envueltos por nuestras tropas y estuvieran siendo masacrados de un modo horrible. Aquello hab3a dejado de ser una batalla para convertirse en una operaci3n de limpieza. En el momento en que Alejandro diera la orden de lanzar la primera carga, la tarde estaba ya avanzada. Ahora, cuando el sol no se hab3a puesto a3n, todo hab3a terminado. El final hab3a sobrevenido con la rapidez de una pesadilla, una pesadilla de la que m3s de cincuenta mil hombres no volver3an a despertar.

Poco despu3s, los soldados enemigos que a3n no hab3an ca3do comenzaron a rendirse. Miles de ellos entregaron sus armas y suplicaron clemencia a los vencedores. El rey tir3 de mis riendas y desmont3 en mitad del campo de batalla, rodeado por las monta3as de cad3veres y los lamentos de los heridos. Durante largo rato contempl3 aquel horror como hipnotizado. Despu3s respir3 hondo y agit3 la cabeza. Tuvo que hacerlo para convencerse de que lo que ve3a no era una ilusi3n, de que realmente acab3bamos de derrotar al ej3rcito persa.

Capítulo VIII

Las voces de Siwah

ESTÁBAMOS a finales del otoño del tercer año de la 111.^a olimpiada [333 a. C.]. En el lapso de poco más de un año que había transcurrido tras nuestro desembarco, Alejandro se había convertido en el dueño de toda Asia Menor y derrotado a dos ejércitos persas, uno de ellos mandado por el propio Gran Rey. Habría dado cualquier cosa por ver la cara de Demóstenes cuando las noticias llegaran a Atenas.

Tolomeo y Seleuco regresaron al campamento poco antes de la media noche. Parecían cansados y abatidos.

—Lo siento, Alejandro —dijo Tolomeo bajando la mirada—. Nos ha resultado imposible dar caza a Darío. Está cambiando de montura cada pocos estadios. Pero deberías ver el espectáculo que están dejando los persas en su retirada —continuó con repentina animación—. Corren como ratas asustadas, tan rápido que se aplastan unos a otros. Imagínate que hasta hemos podido cruzar un arroyo sin mojarnos cabalgando sobre cadáveres enemigos. Creo que en los próximos días vamos a tener aquí a todos los buitres del Asia.

Alejandro lo hizo callar con expresión de disgusto. Después se encogió de hombros.

—Lástima que Darío haya escapado. Es lo único que puede empañar nuestra victoria de hoy. Pero ¡por los dioses! Olvidemos eso ahora y celebremos este gran día.

—Y sugiero un sitio muy especial para hacerlo —dijo Crátero sonriendo—. Darío ha huido con tanta prisa que no ha tenido tiempo para recoger sus cosas. ¿Qué tal si brindamos por nuestra victoria en su propia tienda y con su propio vino?

Encontramos el campamento persa tal y como lo habían dejado antes de la batalla. Era tan enorme que uno habría podido perderse allí durante días. Se veían soldados macedonios por todas partes. El rey les había dado permiso para comenzar el saqueo, de modo que todos portaban fardos cargados de objetos valiosos. De muchas tiendas surgían carcajadas, pero también gritos de terror, tanto de hombres como de mujeres. Alejandro torció el gesto.

—Decidles a los oficiales que quedan prohibidos los actos de violencia contra los civiles. De modo que más vale que contengan a sus hombres, o tendrán que responder personalmente ante mí.

—Vamos, Alejandro —dijo Crátero—, deja que se diviertan un poco. Se lo han ganado.

El rey se volvió hacia él con expresión severa.

—¿Somos acaso bárbaros? El botín les pertenece, es su derecho. Pero no quiero que se hable de mí y mi ejército como de una banda de salteadores.

El pabellón real estaba plantado en el centro del campamento. Su aspecto exterior no era en modo alguno el de una tienda militar, sino más bien el de un auténtico palacio. El lujo y las riquezas que Alejandro y sus amigos encontraron al entrar los dejaron boquiabiertos.

—¿De modo que esto es lo que significa ser rey? —dijo Alejandro parpadeando ante el relumbrar del oro y la plata y aspirando el aroma del incienso.

—Tendrás que acostumbrarte a lo que los asiáticos entienden por realeza —respondió Hefestión no menos asombrado mientras contemplaba cómo sus pies se hundían en mullidas alfombras y pieles de animales—. ¿Crees que te causará un gran pesar cambiar tu jergón por ese lecho de plumas?

Alejandro se volvió entonces hacia sus compañeros.

—Vosotros accedisteis a compartir mi suerte cuando yo no era más que un fugitivo caído en desgracia. Ha llegado el momento de comenzar a recompensar vuestra lealtad. Todo lo que veis, amigos, es tanto vuestro como mío.

Su mirada se detuvo entonces en un precioso cofre de oro. La tapa estaba primorosamente repujada con la figura de un joven que sacrificaba un toro, los laterales, constelados de rubíes y zafiros. Sin duda era el objeto más hermoso que Alejandro había visto en su vida.

—Aunque, si me lo permitís —dijo el rey sosteniéndolo delicadamente entre sus manos—, me quedaré con esto.

Alejandro hizo una mueca al comprobar que el cofre estaba lleno de dulces y lo vació sobre el suelo.

En ese momento resonó el vozarrón de Crátero:

—¡Ya lo sé! Piensas guardar ahí la cabeza de Darío cuando logremos atraparlo.

Alejandro respondió con una carcajada.

—Mi buen Crátero, siempre serás el mismo. Te equivocas. Lo que pienso guardar en esta caja es el más valioso de mis tesoros.

—Déjame adivinar —intervino entonces Hefestión—. ¿Tal vez los rollos de tu *Ilíada*?

El rey palmeó la espalda de su amigo.

—Acertaste —le dijo—. Nadie conoce a Alejandro como Hefestión.

A pesar de la fatiga que todos sentían tras la batalla, la fiesta se prolongó hasta la madrugada. Bebieron vino en copas de oro adornadas con piedras preciosas, fueron atendidos por un ejército de sirvientes que todavía no podían comprender por qué aquellos desastrados bárbaros no les habían cortado el cuello y, cuando el sueño los venció por fin, reposaron hasta bien entrada la mañana sobre divanes de cedro tallado.

—Alejandro —dijo Hefestión al día siguiente—, será mejor que vengas.

El rey lo siguió hasta una tienda cercana y casi tan amplia y lujosa como la de Darío. De su interior surgían desgarradores sollozos y llantos femeninos.

—¿Qué significa esto? —preguntó Alejandro conmovido por el triste espectáculo que allí encontró: sentada en un sillón, una anciana de porte regio se cubría el rostro con las manos. A sus pies había una mujer de una belleza extraordinaria, que abrazaba a dos muchachas adolescentes y a un niño pequeño con tal fuerza que parecía querer protegerlos del peligro cubriéndolos con su propio cuerpo.

—La familia de Darío —dijo Hefestión también conmovido por la escena—. Sabíamos que los reyes persas suelen llevar a los suyos durante las campañas. Lo que no podíamos imaginar es que ese gusano de Darío ni siquiera se molestaría en tomar precauciones para su evacuación.

—La anciana es Sisigambis, la reina madre, ¿no es cierto?

—Eso creo. Supongo que la mujer es Estateira, la esposa principal del rey, y el crío y las dos muchachas deben de ser sus hijos. Seguramente lloran porque piensan que Darío murió ayer en la batalla. Todo esto me pone enfermo. ¿Qué dispones para ellos?

La anciana descubrió su rostro y contempló a los dos hombres durante unos instantes. De repente, se alzó trabajosamente de su asiento y se arrojó a los pies de Hefestión quien, conmovido por los sollozos y abochornado por lo ridículo de la situación, a duras penas pudo hacerle comprender que no era a él a quien tenía que rogar por sus vidas.

Alejandro sonrió a su pesar.

—Te ha tomado por mí —dijo—. La pobre anciana ha pensado que por fuerza el rey había de ser el más alto de los dos.

Entretanto, Sisigambis se había percatado ya de su error y se había apresurado a abrazar los pies de Alejandro de un modo aún más patético. Tan pronto como lo hizo, el rey se inclinó y la obligó a alzarse sosteniéndola suavemente por los brazos. Después le dirigió unas palabras ininteligibles en un tono dulce y reconfortante.

—¡Por los dioses! No sabía que hablaras persa —exclamó Hefestión.

—Artabazo y sus hijos me enseñaron algunas palabras, aunque confieso que mi persa nunca fue la ni la mitad de bueno que su heleno.

—¿Y qué le has dicho?

Alejandro contempló a Hefestión sonriente mientras acariciaba el cabello plateado de la anciana.

—Solo intentaba que no sintiera vergüenza a causa de su error. Le dije: «No te apures, madre, él también es Alejandro».

Hefestión notó que se le formaba un nudo en la garganta mientras contemplaba a Alejandro reconfortar a la familia de Darío con amables palabras. El niño, que no tendría más de unos siete años, se encaramó en sus brazos con toda naturalidad.

—Este muchacho demuestra mucho más valor que su padre —dijo Alejandro en heleno.

Tras anunciarles que Darío no había muerto, les dijo que no temieran por sus vidas, ya que serían honrados, conforme a su rango, como huéspedes reales. Cuando Alejandro y Hefestión abandonaron la tienda, la esposa y los hijos del rey persa sonreían. La anciana Sisigambis, en cambio, todavía lloraba, aunque no ya de miedo, sino por gratitud.

Las visitas de Alejandro a la familia de Darío se repitieron con frecuencia a partir de ese día. Solía pasar largos ratos conversando con Sisigambis y Estateira, de quien todos afirmaban que era la mujer más bella de Asia, o tumbado sobre el suelo jugando con el hijo de Darío, como si él también fuera un chiquillo. Al igual que hiciera en su primer encuentro, Alejandro continuó llamando a Sisigambis «madre», que en lengua helena es una forma habitual de dirigirse cariñosamente a las ancianas. Sin embargo, entre los persas la palabra «madre» debe de tener un sentido distinto, puesto que Sisigambis comenzó a tratar a Alejandro como a su auténtico hijo. Incapaz de pronunciar su nombre correctamente, lo llamaba «Iskandar», tal y como ya se le conocía en todo el imperio persa. Recuerdo un día en que la anciana aristócrata se sinceró con Alejandro en los siguientes términos:

—Desde hace más de doscientos años nuestra dinastía ha gobernado el imperio. Algunos fueron buenos reyes, otros no tanto, pero todos ellos se han conducido con honor... —Sisigambis dejó escapar entonces un hondo suspiro— salvo mi hijo. No puedo seguir considerando sangre de mi sangre al que ha huido cobardemente sin afrontar las consecuencias de su derrota, dejando a su familia atrás a merced del enemigo. Darío ha demostrado ser una vergüenza para nuestra gran nación. En cuanto a ti, Iskandar, en estos pocos días he recibido de ti más atenciones y amor que de mi auténtico hijo en toda mi vida. Me sentiría orgullosa de ser tu madre.

Alejandro se emocionó al oír estas palabras, y pienso que gradualmente Sisigambis comenzó a ocupar en su corazón el vacío que había dejado Olimpia, de quien cada vez se sentía más alejado. No en vano, desde la corte de Pela, la reina lo atosigaba constantemente con mensajes en los que le informaba de imaginarias conjuras e intrigas, intentando con ello socavar la excelente relación que existía entre Alejandro y sus allegados. Antípatro, en su condición de regente de Macedonia, se había quejado al rey de que cada día le resultaba más difícil mantener a Olimpia bajo control, ya que su ansia de poder se estaba tornando irrefrenable.

—Mi madre me está cobrando un alquiler muy alto por los nueve meses que me llevó en su vientre —fue el único comentario de Alejandro.

La batalla que se libró en las cercanías de Iso tuvo otra consecuencia de la que deseo hablaros. Quizá os parezca un episodio trivial, incluso indigno de ser mencionado en este relato de campañas descomunales. Pero ocurre que lo que voy a narraros me atañe directamente a mí y, además, la vida y la memoria se nutren también de historias triviales, sobre todo de historias triviales.

Habéis de saber que durante nuestra estancia en Éfeso, aproximadamente un año antes de la gran batalla, mi señor se había encontrado con un viejo conocido. Apeles era sin duda el pintor más célebre de todo el mundo heleno. Alejandro lo recordaba de su niñez, cuando el artista había recalado en Macedonia para decorar los muros del palacio de Pela con retratos de Filipo y su familia. ¿Quién mejor que él para inmortalizar la imagen del rey conquistador en que se había convertido? Apeles era desde entonces huésped de honor en nuestra corte errante, un huésped ocioso en extremo, ya que Alejandro nunca parecía encontrar tiempo para posar. La victoria en Iso brindó a Apeles una ocasión de oro para sentar al esquivo modelo en su estudio. Los trabajos se prolongaron durante más de un mes. Por todo el campamento corría el rumor de que el pintor estaba creando su obra más hermosa. Yo mismo ardía de impaciencia por echarle un vistazo, hasta que un día Alejandro vino a buscarme y, para mi sorpresa, me introdujo en la gran tienda que el pintor usaba como taller.

—Dime, Bucéfalo —dijo en tono irritado—. ¿Me encuentras parecido?

Mientras tanto, el artista retiraba un paño que cubría la enorme tabla. Por su expresión, hubiera dicho que estaba tan enojado como el rey.

La pintura era magnífica, tan hermosa como afirmaban los rumores, puede que mucho más. Representaba el momento exacto en que cargamos contra el rey persa. Allí estaba Darío, montado en su carro dorado y rodeado por sus guardias, que nuestros soldados comenzaban a diezmara. La expresión de pánico del rey persa era idéntica a la que yo recordaba mientras nos abalanzábamos contra él. En cuanto a Alejandro, estaba representado con la cabeza descubierta y la coraza que usó en la batalla, la misma que su madre le regalara a los diecisiete años. Lucía las largas patillas que había comenzado a dejarse al comienzo de la campaña y su melena ondeaba al viento, aunque el color de su pelo era algo más oscuro que en la realidad. En términos generales, diría que las facciones de mi señor estaban reproducidas con bastante fidelidad, salvo quizá su boca, que mostraba una expresión cruel que yo jamás he observado en él. Pero, ay, el caballo que montaba no era yo. Apeles ni siquiera se había molestado en acudir a la cuadra para echarme un vistazo. En lugar del famoso Bucéfalo, el único caballo que Alejandro había montado desde los doce años, el pintor había representado a un enorme alazán de ojos extraviados y expresión colérica, un monstruo que no se parecía a mí en absoluto. No tuve más remedio que expresar mi disgusto con un largo relincho y algunos bufidos. Incluso estuve tentado de cocear el cuadro, aunque los indudables méritos artísticos de la obra me detuvieron.

—¿Te das cuenta? —exclamó el pintor interpretando equivocadamente mi reacción—. Hasta tu caballo admira mi cuadro, con lo cual demuestra entender mucho más de arte que tú.

Alejandro tuvo que reír a su pesar.

—Está bien, Apeles —respondió al cabo—. Tú ganas. Lo enviaré a Pela como regalo para mi madre, aunque dudo que sea capaz de reconocer al hijo que vio por

última vez hace ya más de un año.

El pintor no debió de encontrar gracioso en comentario, puesto que abandonó el estudio acto seguido murmurando algo entre dientes. Alejandro volvió a reír, se acercó a mí y me rodeó el cuello con los brazos.

—Tranquilo, Bucéfalo, yo sí te he entendido. Y además creo saber el motivo de tu enfado. No temas, te prometo que un día te compensaré.

Pero regresemos a los días inmediatamente posteriores a la batalla. Por entonces supimos que, antes de ponerse en camino hacia Iso, Darío y sus nobles habían encomendado la custodia de los fondos para la campaña al sátrapa de Siria, de modo que Alejandro le pidió a Parmenión que fuera a Damasco con tropas para incautarse del dinero. Fue una operación sencilla; Parmenión y sus hombres regresaron pocos días después al frente de una caravana formada por media docena de voluminosos carros cargados con sacos y cofres. Todos observamos el enorme esfuerzo que los bueyes tenían que hacer para moverlos y la forma en que sus ruedas se hundían en el barro del camino.

—No vas a creerte lo fácil que ha sido —le dijo Parmenión a Alejandro con los ojos brillantes—. En Damasco ya sabían la noticia de la huida del rey. Nos entregaron el botín casi sin tener que pedírselo.

—¿Todos esos carros están cargados de monedas? —preguntó Alejandro admirado.

—Solo los dos primeros —respondió Parmenión sonriendo—. El resto contienen algunas bagatelas sin importancia. El tercero y el cuarto, por ejemplo, transportan lingotes de oro y plata, mientras que los dos últimos van repletos de joyas y baratijas similares.

—¿Cuánto? —preguntó Alejandro con los ojos redondeados por el asombro.

—¿Quién sabe? No hemos tenido tiempo de contarlo. El total tal vez ascienda a unos tres mil talentos, calculando por lo bajo.

—Jamás pensé que hubiera tanto dinero en el mundo. Demarato se alegrará al saber que por fin va a recuperar el préstamo que me hizo. Y dime, ¿quiénes son esas mujeres que caminan tras los carros?

—Prisioneras —dijo Parmenión—. Las esposas, concubinas y esclavas de los oficiales y sátrapas de Darío. Sus maridos demostraron más sensatez que el Gran Rey al dejarlas en Damasco, aunque con resultados igualmente catastróficos.

En ese momento, una de aquellas mujeres se separó del grupo y se plantó ante Alejandro. Se trataba de una joven de unos dieciocho años, tan altiva como una reina. A pesar de la suciedad que la cubría y de su ajado vestido, resultaba evidente que su belleza era sobrecogedora.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Alejandro incapaz de apartar la mirada de sus ojos color turquesa.

—¿Tal vez el poderoso Alejandro, hijo de Filipo, ya no recuerda que un día prometió convertirme en la reina de Macedonia? —preguntó la joven en heleno.

Alejandro estaba ya persuadido de que aquel sería un día de sorpresas, pero aquello sobrepasaba todas sus expectativas.

—¿Barsine? —preguntó asombrado—. ¿La hija de Artabazo? ¿Eres tú realmente?

—La misma, aunque no comprendo cómo has podido reconocermme con este aspecto. Debo de estar cubierta por todo el polvo que hay desde Damasco hasta aquí.

Alejandro dispuso de inmediato que la joven fuera alojada con todas las comodidades. Tras darle tiempo para refrescarse y descansar, fue a visitarla.

—¿Qué hacías en Damasco? ¿Y Artabazo? ¿Acaso estuvo en Iso con Darío?

Barsine sonrió seductoramente ante aquella avalancha de preguntas. Entretanto, Alejandro comenzó a sentirse irremediamente atraído por aquella encantadora muchacha.

—Mi padre está en Babilonia, Alejandro, ¿o prefieres que te llame Iskandar? Es demasiado viejo para luchar. Pertenece al grupo de asesores de Darío al que llaman «los parientes del rey».

—Pues lamento decirte que el Gran Rey ha sido pobremente asesorado.

—Si Darío lo hubiera escuchado, tal vez ahora las cosas serían muy diferentes. Intentó convencerlo en primer lugar de que llegara a un acuerdo diplomático contigo. Cuando vio que el rey persistía en presentarte batalla, trató de persuadirlo de que al menos permitiera que un general heleno dirigiera el combate. Darío estuvo a punto de hacerlo ejecutar.

—Habríamos ganado de todas formas. El único punto flaco de su ejército era precisamente él. Bien, por lo que me dices veo que Memnón no era el único general heleno en la corte de Darío.

Al oír el nombre de Memnón, el rostro de Barsine se entristeció.

—La corte aqueménida ha sido siempre el refugio más seguro para los helenos importantes en rebeldía. Tienes razón al suponer que Memnón no fue el único, aunque probablemente sí el mejor de todos ellos. Yo te lo puedo asegurar. Al fin y al cabo fui su esposa.

—¿Tú la esposa de Memnón? —preguntó Alejandro asombrado—. ¿Acaso te obligaron a casarte con él?

—En parte sí, y en parte me harté de esperarte. Sé que tienes motivos para detestarlo, Alejandro, pero te aseguro que era un gran hombre.

Alejandro, a quien efectivamente le disgustaba cualquier mención acerca del difunto general mercenario, prefirió cambiar el curso de la conversación.

—No puedes imaginar lo que lamento que Artabazo y yo nos encontremos en bandos contrarios. Llegué a apreciarlo casi como a un padre.

—Él también lo siente, Alejandro, pero sabes que es un patriota hasta la médula. Mientras Persia siga en pie, hará lo que esté en su mano para frustrar tus ambiciones.

—¿Y tú, Barsine, me consideras también un enemigo?

La muchacha contempló a Alejandro durante un largo rato. Mientras se miraba en sus ojos, mi señor descubrió en ellos una dulzura y un cariño infinitos. Después, y sin mediar palabra, Barsine atrajo el rostro de Alejandro hacia el suyo y lo besó largamente en los labios. Alejandro me dijo más tarde que aquel beso casi le hizo perder la conciencia.

—¿Te sirve esto como respuesta? —dijo Barsine por fin.

Alejandro temía que la presencia de Barsine pudiera perturbar su apacible vida privada, a pesar de lo cual, se sentía tan atraído por la muchacha que no soportaba la idea de separarse de ella. Por otro lado, le angustiaba la posibilidad de que Hefestión se sintiera dolido. Por fin decidió invitar a su amigo a una cacería en solitario y abrirle su corazón.

—¿La quieres? —le preguntó Hefestión cuando mi amo lo hubo puesto al corriente.

—No como a ti —dijo Alejandro tomándolo de la mano—. Pero me siento bien a su lado. A pesar de todo, estoy dispuesto a renunciar a ella si así lo deseas.

Hefestión lo contempló sonriendo.

—No me sorprende que te atraiga; es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Escucha, Alejandro, no soy ningún iluso. Jamás he pensado que podría tenerte exclusivamente para mí. Si la compañía de Barsine te complace, adelante. Lo único que deseo es tu felicidad.

Alejandro abrazó a su amigo conmovido.

—Gracias. Te confieso que hasta ahora no había sentido mucho interés por las mujeres. Pero la belleza es la belleza, esté donde esté. Y sabes que tú siempre ocuparás el primer lugar en mi corazón.

—Tu corazón es muy grande, Alejandro. En él hay amor de sobra para ella y para mí.

Alejandro se quedó en suspenso y contempló el cielo durante unos instantes.

—¿No crees tú que los dioses nos sonríen a través de las criaturas hermosas?

Hefestión no pudo reprimir una carcajada.

—¡Maldita sea! —le dijo depositando una palmada sobre su hombro—. No le des más vueltas y ve con la muchacha de una vez.

Con el beneplácito de su amigo, Alejandro dispuso que Barsine se instalara en una lujosa tienda plantada junto a la suya. A pesar de ello, su relación con Hefestión siguió siendo la misma de siempre. Ignoro si a Barsine le incomodaba esta situación, pero lo cierto es que Alejandro jamás oyó una queja de sus labios.

Entretanto, llegaron por fin noticias de Darío. El Gran Rey se las había arreglado para regresar a Babilonia acompañado por los restos maltrechos de su gran ejército. Desde

allí envió un mensaje a Alejandro. Como cabía esperar, el tono de la misiva era arrogante. Su contenido, en cambio, no dejaba lugar a dudas: Darío pretendía llegar a un acuerdo con Alejandro. Le ofrecía el dominio de Asia Menor, es decir, todos los territorios al oeste del río Halis, desde Cilicia a la ciudad pónica de Sinope, a cambio del cese de las hostilidades contra su imperio. Su oferta incluía también la increíble suma de diez mil talentos como rescate de su familia.

—¡El Asia Menor y diez mil talentos! —exclamó Parmenión—. Mucho más de lo que podíamos soñar. Si yo fuera Alejandro, aceptaría.

—Sí —dijo Alejandro—, yo también aceptaría... si fuera Parmenión.

Todos observamos cómo el rostro del veterano general se ponía rígido.

—¿Qué quieres decir? Supongo que no me estarás llamando cobarde.

Alejandro sonrió con expresión cansada.

—Verás, una vez oí decir a Filipo lo siguiente: «Los atenienses eligen a diez generales cada año. Yo, en cambio, solo he sido capaz de encontrar uno en toda mi vida. Y su nombre es Parmenión». ¿En serio crees que me atrevería a llamar cobarde al que fuera el lugarteniente y hombre de confianza de mi padre? Te estoy diciendo solamente que, una vez llegados hasta aquí, no pienso dar la vuelta.

—¿Hasta dónde pretendes llegar? Has culminado el proyecto de tu padre con un éxito que él jamás imaginó. El honor de la Hélade ha sido vengado.

—Ya lo has oído, Parmenión —dijo Alejandro—: no vamos a regresar.

—¿Y qué me dices de las tropas? La campaña ha sido larga y dura. Los hombres están cansados y echan de menos sus hogares y a sus familias. Por otro lado, Darío dista mucho de estar totalmente vencido. Podría poner en pie de guerra un ejército mucho mayor que el que llevó a Iso. ¿No crees que ya es suficiente?

—No, no lo creo en absoluto. Por si lo has olvidado, déjame recordarte que yo soy ahora el rey. Mis planes coinciden parcialmente con los de mi padre, pero pienso llegar mucho más lejos de lo que él soñó. Hemos vuelto a demostrar que los persas pueden ser derrotados. ¿Por qué hemos de descartar llevar nuestro ejército hasta el corazón de su imperio, al igual que ellos hicieron en la Hélade? En cuanto a los hombres, pienso ofrecerles un botín tan rico que no dudarán ni un instante en seguirme.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a Egipto, naturalmente. Los persas han cometido allí tantas atrocidades que se nos entregará como una fruta madura.

—¿Y después?

—Lo que disponga para después te lo haré saber en su momento.

Parmenión contempló a Alejandro con una mezcla de rencor y respeto.

—Alejandro —dijo por fin—, estás empezando a darme miedo.

Así pues, Alejandro respondió a Darío en los siguientes términos:

«Alejandro, rey de los macedonios, hegemón de las ligas de Tesalia, Delfos y Corinto, strategos autokrator de los ejércitos helenos, señor del Asia, a Darío, su siervo:

»Tus predecesores en el trono asolaron mi tierra y mataron a millares de mis compatriotas. Persa fue el oro que pagó a la mano asesina que acabó con la vida de mi padre. Tú mismo has intentado volver a mis aliados contra mí. He vencido ya en batalla, primero a tus sátrapas, y luego a ti mismo y a tu ejército. ¿Cómo te atreves, pues, a ofrecermelo como términos de la paz los territorios que ya me pertenecen?

En lo sucesivo, si deseas dirigirte a mí, hazlo como el señor de toda el Asia y como el dueño de lo que antaño fue tuyo. En cuanto a tu familia, no deseo ningún rescate por ellos. Solo tienes que venir ante mí en actitud suplicante y te serán devueltos. Si por el contrario persistes en considerarte rey, lucha por tu trono en lugar de huir como un cobarde, pues, si vuelves a hacerlo, te juro por los dioses que te daré caza dondequiera que te escondas».

Aquella respuesta no le dejaba a Darío otra alternativa que volver a presentar batalla, aunque antes tendría que recuperarse del descalabro de Iso y reclutar un nuevo ejército. Esa circunstancia le dio a Alejandro el respiro que necesitaba para emprender la conquista de Egipto. Pero aún persistía el problema de la flota persa, tan poderosa en el mar de Egipto como en el Egeo. Mientras el enemigo mantuviera su poder naval, nuestra situación en Asia no dejaría de ser precaria, de modo que Alejandro se ciñó a su plan original de apoderarse de todos sus puertos. Los siguientes en la lista eran los de Fenicia.

Las ciudades fenicias comenzaron a rendirse ante la marcha implacable de nuestro ejército: primero Biblos y después Sidón, donde Alejandro quiso simbolizar su soberanía sobre el Asia acuñando monedas con su efigie. Recuerdo especialmente unos maravillosos decadracmas de plata que lo mostraban tocado con la piel de león de Heracles, antepasado de los Argeadas. En el anverso, la figura alada de la Victoria depositaba una corona sobre su cabeza, mientras un grifo con cabeza de león, símbolo de Persia, yacía derrotado a sus pies. Los fenicios, al igual que los helenos, rinden culto a Heracles, al que conocen con el nombre de Melkart. Sin embargo, los habitantes de Tiro, lejos de sentirse impresionados, nos cerraron las puertas de su ciudad. Y no contentos con ello, arrojaron también a nuestros emisarios desde lo alto de sus murallas.

Por aquellos días Tiro era una de las ciudades más prósperas de Asia, un floreciente emporio comercial que contaba con dos excelentes puertos, orientados respectivamente hacia Sidón y Egipto. Cantidades ingentes de mercancías afluían a Tiro desde todos los confines conocidos del mar, e incluso desde naciones remotas

con las que solo los fenicios traficaban. La ciudad de Tiro gozaba de justa fama por la gran calidad de sus tejidos, teñidos con un maravilloso tinte púrpura cuya elaboración constituía un gran secreto. Pero el auténtico origen de su riqueza, así como su secreto mejor guardado, eran sus rutas marítimas. Algunas rebasan las Columnas de Heracles y se internaban en el tenebroso Océano, bien hacia los fríos mares del norte, donde se rumorea que se hallan las fabulosas Islas del Estaño, o hacia el sur, bordeando las costas de Libia, donde los hombres tienen todo el cuerpo cubierto de pelo y las bestias son tan grandes como montañas. Pero además de su gran flota mercante, los tirios poseían las mejores naves de guerra que se conocen: pentecónteras, birremes, trirremes... la auténtica columna vertebral de la flota persa. Ese era el motivo por el que siempre habían recibido un trato privilegiado por parte de los sucesivos reyes aqueménidas. Y de ahí que se sintieran tan reacios a poner en peligro sus florecientes negocios entregando la ciudad a un aventurero macedonio del que nadie había oído hablar hasta unos meses antes. Por otro lado, los tirios confiaban en que la situación estratégica de su ciudad convertiría su conquista en una empresa imposible. Y si las cosas se ponían realmente difíciles, siempre podían contar con la ayuda de Cartago, la gran potencia de la costa libia que sus propios colonos habían fundado.

Resuelto a llevar a cabo el asedio, Alejandro estudió junto a sus generales y asesores el emplazamiento de la ciudad y la calidad de sus defensas.

—¡Pero si es una maldita isla! —exclamó Crátero—. Debe de estar al menos a cuatro estadios de la costa. ¡Y fijaos en esas murallas!

—Calculo que tendrán unos ciento cincuenta pies de altura —dijo Seleuco—. Necesitaríamos un nuevo caballo de Troya para entrar ahí, pero tendría que ser un caballo con alas. ¿No sería mejor olvidarse del asunto, Alejandro?

—¡No! Debo apoderarme de la ciudad. No podemos dejar enemigos a nuestra espalda. Y no olvidéis que siguen siendo el principal sostén y el puerto más seguro de la flota persa. Mandad llamar a los ingenieros.

El veredicto de los ingenieros militares fue rotundo: sin la ayuda de barcos, y puesto que las murallas estaban fuera del alcance de las catapultas, la única forma de tomar la ciudad sería construir un enorme dique o terraplén de arena y rocas desde tierra firme. Sus cálculos mostraron el dique debería tener al menos doscientos pies de anchura y habría de hundirse en algunos puntos hasta una profundidad de más de cinco brazas, una auténtica obra de titanes.

Lejos de desalentarse, Alejandro supo estar a la altura de la enorme empresa. De inmediato ordenó que se trajeran trabajadores de toda la región y que se demoliera por completo la antigua Tiro, emplazada junto al litoral ante la ciudad nueva, para obtener el material de construcción necesario. Bajo su propia supervisión y la de los ingenieros militares, las obras se pusieron en marcha con gran energía. Cinco meses después, aquella energía de los primeros días estaba cercana a agotarse.

Todo había marchado al principio según los planes. Mientras los trabajos tenían lugar lejos del alcance de las catapultas enemigas, la construcción del dique avanzaba

a excelente ritmo. Primero se hundían pilares en el fondo y se rellenaban los espacios intermedios con grandes rocas. Sobre este sólido cimiento, se depositaban troncos, que posteriormente eran cubiertos con arena para formar una especie de calzada. Las complicaciones surgieron cuando el terraplén alcanzó la mitad de su longitud proyectada. Para empezar, la profundidad del canal que separaba la isla de tierra firme era mucho mayor, con lo que los trabajadores debían depositar una cantidad enorme de material sobre el lodoso lecho marino. Los defensores de la ciudad, por su parte, comenzaron a hostigarlos con continuos bombardeos desde las murallas, y era tal la cantidad de obreros que los proyectiles rara vez erraban un blanco. Alejandro ordenó entonces construir dos enormes torres de sitio armadas con catapultas y ballestas. Entre ambas se dispuso una gran pantalla de lona y cuero, ya que el plan consistía en empujar las torres hasta el extremo del dique para poder responder al fuego enemigo y a la vez cubrir a los obreros. Por desgracia, la profundidad del canal que separaba la isla de tierra firme era ya suficiente para el calado de los buques tirios, de modo que al enemigo le resultó sencillo reanudar el ataque montando su maquinaria bélica sobre las cubiertas.

Por último, se las ingenieron también para destruir nuestras torres defensivas. Emplearon para ello una vieja barcaza abarrotada de madera y brea. La popa fue lastrada con rocas y sobre la proa, que emergía ahora a considerable altura sobre la línea de flotación, montaron dos mástiles de los que pendían unos grandes calderos llenos de algún líquido inflamable. Entonces esperaron a que los vientos fueran favorables y remolcaron la barcaza hasta el extremo del dique con dos trirremes. El artefacto, ya pasto de las llamas, embistió a gran velocidad contra nuestras torres, y al hacerlo derramó el contenido de los calderos sobre su base. Me faltan palabras para describiros lo que ocurrió en ese momento. Lo primero que observamos fue una enorme deflagración, una llamarada tan descomunal y violenta que nos cegó como un segundo sol. Notamos entonces que una ráfaga de aire soplaba hacia el lugar del impacto y nos era devuelta casi al instante, azotándonos el rostro con un calor insoportable. Del lugar donde se alzaban los ingenios de sitio brotaba ahora una gigantesca columna de fuego. Una nube de humo engulló nuestro campamento, seguida por una lluvia de pavesas que incendió docenas de tiendas. Después, cuando la oscuridad se dispersó, volvimos la vista hacia el extremo del dique. De las torres no quedaba más que una gran mancha de arena chamuscada. Alguien observó que el mar hervía en las inmediaciones. A la mañana siguiente, las olas sembraron la playa de peces muertos.

Creo recordar que por esos mismos días ocurrió un prodigio que a todos nos llenó de asombro. Una mañana hallamos varado sobre el dique un monstruo marino de descomunal tamaño. Se trataba de una especie de pez de color grisáceo, aunque, al igual que ocurre con los delfines, la enorme aleta de su cola era horizontal con

respecto al cuerpo. El animal, que debía de tener al menos cincuenta pies de longitud, contaba con una boca enorme de la que, en lugar de dientes, colgaban unas largas tiras de materia blanca. Sus ojos eran pequeños, aunque tan expresivos e inteligentes que parecían estar suplicando ayuda mientras los rayos del sol calentaban y secaban su piel.

Los sacerdotes y adivinos acudieron para interpretar si la aparición de aquella prodigiosa criatura suponía un augurio favorable o funesto. Acto seguido, se enzarzaron en una acalorada discusión en la que sacaron a relucir los más peregrinos argumentos. En ese momento llegamos Alejandro y yo. Solo la aparición del rey consiguió acallar a aquella panda de charlatanes.

—¡Qué majestuoso animal! —exclamó Alejandro—. Jamás había visto una bestia como esta.

—Es uno de los monstruos que custodian las fortalezas sumergidas de Poseidón —sentenció Aristandro de Telmeso, el más célebre de todos los adivinos que se habían unido a la expedición—. Estoy seguro de que el dios lo ha enviado como mensajero, señor. Su presencia aquí significa que el dominio de los mares será tuyo.

Alejandro, por lo general indulgente con las historias de los sacerdotes, frunció el ceño en esta ocasión. Recuerdo que su gesto me hizo pensar en Aristóteles, en esa mirada escéptica con que el maestro respondía a las supercherías. Fue entonces cuando se aproximó uno de los trabajadores, un viejo marinero fenicio que en su juventud había surcado mares que los helenos desconocían por completo.

—He visto muchos animales como este durante mis viajes —dijo el hombre—, sobre todo en los fríos mares del norte. Suelen viajar en grandes bandadas y siempre se muestran pacíficos con los hombres. Lo que no comprendo es qué lo ha traído hasta aquí.

—Está bien —dijo Alejandro en voz alta—. Si este gran pez, o lo que sea, se ha tomado la molestia de desviarse de su camino y venir a visitarnos, pienso que su presencia solo se puede interpretar como un presagio del éxito de nuestra empresa. Correspondamos a su cortesía ayudándole a regresar al agua.

El trabajo de devolver aquella mole al mar exigió el esfuerzo coordinado de más de cincuenta hombres. El mismo Alejandro puso manos a la obra y sudó y resopló junto con los demás. Cuando el animal estuvo de nuevo en el agua, pareció saludarnos haciendo surgir un gran surtidor en lo alto de su lomo. Después, se alejó pausadamente mar adentro, poniendo rumbo hacia el Océano Occidental.

—¡Qué belleza! —dijo Alejandro lleno de admiración—. Le enviaré a Aristóteles una descripción y un boceto del animal.

—Pensaré que te has vuelto loco —comentó Hefestión de buen humor—. Habrías hecho mejor haciéndolo disecar y mandándoselo al Liceo.

—¿Acaso me crees capaz de semejante atrocidad, amigo mío? Hasta la sed de conocimiento ha de tener sus límites.

Yo jamás he creído en los presagios que tanto inquietan a los hombres, pero he de reconocer que la aparición de aquella extraña criatura bien podría interpretarse como un anuncio de la catástrofe que se avecinaba. Al atardecer, el viento comenzó a soplar con fuerza desde el noroeste, lo que provocó gran inquietud entre los trabajadores. Durante la noche, la tempestad aullaba ya con una violencia pavorosa y levantaba enormes olas que se estrellaban contra el dique, arrastrando grandes cantidades de arena y rocas. Al día siguiente, observamos con estupor que la fuerza de los elementos había arrasado el trabajo de tantos meses. Mientras comprobaba los enormes daños causados por la tormenta, Alejandro permanecía con los dientes apretados y la expresión indescifrable.

—¡Ordenad a los capataces que las obras se reanuden de inmediato! —dijo por fin con los puños apretados—. Seleuco, a ti te encomiendo que encuentres más trabajadores. Quiero que se talen cuantos árboles sean necesarios para construir una barrera a ambos lados del dique que lo proteja de la fuerza de las olas. Los demás, venid conmigo.

En la tranquilidad de su tienda, Alejandro expuso sus nuevos planes para la reanudación del asedio.

—Mientras los tirios controlen el mar, la ciudad no podrá ser tomada. Necesitamos una nueva flota. ¡Parmenión! Te ordeno que borres de tu cara esa sonrisa de «ya te lo dije». Las circunstancias actuales son muy distintas a las que existían cuando ordené la disolución de la escuadra del Helesponto. Entonces no podía permitirme mantener una gran flota de guerra. Ahora, en cambio, sí. Y no una flota aliada, sino mi propia flota. Iré a Sidón y Biblos y traeré todos los barcos fenicios que pueda, con sus tripulaciones incluidas. Los derrotaremos en el mar, precisamente donde más fuertes son.

—¿Y qué hay de los cartagineses? —preguntó Tolomeo—. Podrían aparecer en cualquier momento.

—En ese sentido, al menos, podemos estar tranquilos —dijo Alejandro sonriendo enigmáticamente.

Parmenión se rascó la barba y carraspeó.

—Me temo que nos ocultas algo. ¿Acierto?

—Aciertas. ¿No habéis echado de menos estos últimos meses a Demarato de Corinto? Hace tiempo que lo envié a negociar en mi nombre ante el consejo de Cartago.

—¿Y?

—Y acabo de recibir su respuesta. Están dispuestos a no mover un dedo siempre y cuando les cedamos los puertos de influencia de los tirios una vez la ciudad haya caído. El mismo motivo por el que no dudo que Sidón nos prestará sus barcos. Ya sabéis, los negocios son los negocios.

Parmenión lanzó un escupitajo al suelo.

—Fenicios —farfulló entre dientes—. Son como todos los bárbaros: codiciosos,

falsos y traicioneros. Peores que los animales. Y tú no dudas en negociar con ellos.

Alejandro optó por encajar el comentario con humor:

—Vamos, Parmenión, no seas cascarrabias. ¿Acaso Filipo no habría hecho lo mismo?

El viejo general respondió con un gruñido y abandonó la tienda. Algunos de los presentes rieron, pero el rey, con gesto preocupado, les ordenó callar.

Pocas semanas después, Alejandro desembarcaba con cien excelentes naves fenicias, entre las que había muchas trirremes y hasta alguna pentera, un buque de guerra con cinco órdenes de remeros, el más reciente invento de los ingenieros navales cartagineses. Se sintió agradablemente sorprendido al comprobar que el rey de Chipre había enviado también parte de su flota como refuerzo, nada menos que ciento veinte barcos, y que Rodas se había sumado a la empresa con diez de sus mejores naves, quizá con la esperanza de que Alejandro olvidara que Memnón, el general mercenario que tantos problemas nos había causado, era precisamente un rodio. Las tres flotas combinadas superaban en número a la de los tirios, y sus tripulaciones al menos los igualaban en pericia. Había llegado el momento de llevar la guerra al mar.

Pero existía un obstáculo, y es que Alejandro lo desconocía casi todo acerca de las batallas navales. La solución lógica era delegar el mando de la flota en un almirante con experiencia, un ateniense tal vez, pero al rey le disgustaba la idea de confiar a otros cuestiones tácticas que pudieran alterar el rumbo de la guerra. Por suerte, el romano Camilo tuvo una idea que salvó la situación.

—Alejandro —le dijo—, creo que sé cómo podrías convertir una batalla naval en una batalla de infantería.

El rey le dirigió una mirada inquisitiva, tal vez dudando incluso de su cordura.

—Los romanos lo hemos ensayado en alguna ocasión, aunque claro, a pequeña escala. Verás, puedes llenar las cubiertas de tus barcos de tropas y abordar las naves enemigas.

—Excelente plan. —Alejandro no se molestó en ocultar su ironía—. ¿Y cómo esperas que nuestros soldados alcancen las cubiertas de los barcos tirios? ¿Tal vez nadando? ¿Quizá saltando de un barco a otro?

El romano respondió con una sonrisa.

—Por supuesto que no. En primer lugar hay que fijar la nave enemiga a la nuestra. Nosotros utilizamos vigas de madera con garfios en el extremo. Cuando ambos barcos navegan en paralelo, las hacemos descender de modo que se claven en la cubierta enemiga. Entonces usamos pasarelas para que las tropas procedan al abordaje.

—Comprendo —dijo Alejandro rascándose el mentón—. Los dos barcos quedan unidos y proporcionan una plataforma estable para la lucha. Una batalla de infantería en el mar. ¡Maldita sea, hagámoslo!

Nuestra escuadra se hizo a la mar al cabo de dos días. Los barcos chipriotas formaban el ala derecha, los fenicios, el ala izquierda. Alejandro zarpó en la nave insignia, una vieja galera macedonia de cincuenta remos. Sin duda, distaba mucho de ser el barco más poderoso con que contábamos, pero era uno de los pocos buques de guerra que restaban de la flota del Helesponto, y Alejandro deseaba dirigir las maniobras desde el puente de un barco heleno. Las cubiertas reventaban de soldados —*infantes de marina*, tal y como el rey había dado en llamarlos— y todos los barcos iban equipados con los nuevos ingenios de abordaje.

El encuentro entre ambas flotas tuvo lugar tras la ciudad de Tiro, por lo que no conocimos los pormenores hasta después. El caso es que de pronto vimos que la flota enemiga doblaba el extremo septentrional de la isla y ponía rumbo hacia puerto a toda velocidad. Remaban con tal furia que parecían perseguidos por la peor de las tempestades. La mitad de los barcos penetró en el puerto norte, el llamado «de Sidón», dejando atrás una compacta barrera de buques para bloquear la bocana. Los demás continuaron hacia el puerto egipcio. Entonces vimos aparecer nuestra propia flota, con el buque insignia encabezando la formación. Puesto que el puerto norte era impracticable, nuestros barcos siguieron adelante, en un desesperado intento de interceptar el resto de la flota tiria antes de que esta alcanzara la seguridad de su puerto. Por desgracia, los tirios conocían aquellas aguas como la palma de su mano, de modo que nuestra escuadra tan solo pudo dar caza a tres barcos enemigos que habían quedado rezagados. Desde la costa observamos cómo nuestras naves los embestían con sus espolones. Entonces viraron hacia tierra firme. ¿Qué había ocurrido?

Alejandro descendió del barco con el rostro enrojecido por la ira.

—No hemos podido abordarlos —dijo con un gruñido—. Cuando vieron el tamaño de nuestra flota, dieron media vuelta y huyeron despavoridos. Me di cuenta de que sus barcos estaban también llenos de soldados, tantos que la ciudad debía de haber quedado prácticamente desguarnecida. Entonces ordené que nuestros pilotos pusieran rumbo hacia los puertos. Si lográbamos alcanzarlos antes que ellos, podríamos asaltar la ciudad y acabar este sitio aquí y ahora. Pero ya lo habéis visto: se nos adelantaron y bloquearon las entradas.

Sin embargo, pasada la frustración del momento, Alejandro se dio cuenta de que aquel fracaso podía convertirse en una ventaja, pues a partir de ahora los tirios se lo pensarían dos veces antes de abandonar la seguridad de sus puertos. Nuestra escuadra quedó dividida en varias flotillas con órdenes de patrullar las aguas en torno a la ciudad durante todas las horas de luz. Ni la más pequeña barca de pesca debía romper el bloqueo y, de hecho, los buques tirios ni siquiera lo intentaron. El enemigo había perdido su dominio del mar y las maniobras de asedio podían proseguir.

Lejos de desalentarse, los tirios perseveraron en su encarnizada defensa empleando

esta vez un arma nueva y terrible. La idea era de una perversa sencillez: consistía en calentar arena sobre grandes escudos de cobre y lanzarla sobre los obreros y soldados con las catapultas. El efecto de la arena incandescente al caer sobre la piel o penetrar por entre las aberturas de las corazas era devastador. Muchos hombres se lanzaron al mar enloquecidos por el dolor y murieron ahogados. Pero aquello tampoco detuvo a Alejandro.

Las murallas de la ciudad casi podían tocarse desde el extremo del dique. Todos sabíamos que el asalto final tendría lugar muy pronto. Es más, con la flota enemiga neutralizada y el mar en nuestro poder, resultaba factible un ataque simultáneo desde varios puntos, lo que impediría que los tirios pudieran concentrar todas sus fuerzas en un solo lugar. Alejandro ordenó que nuestros barcos fueran equipados con toda suerte de ingenios artilleros y torres de asalto. Se construyeron también varios enormes arietes que fueron montados sobre barcazas. Los días de Tiro estaban contados.

Pero aún hubo que superar un último obstáculo: el enemigo había sembrado las aguas en torno a su ciudad de grandes rocas que impedían el paso a nuestra flota. Alejandro ordenó dragarlas de inmediato. Pero cuando los barcos echaban el ancla para accionar las grúas, buceadores enemigos se apresuraban a cortar las cuerdas, así que fue necesario sustituirlas por cadenas. Creo que jamás se topó Alejandro con un adversario más ingenioso y tenaz. Sin embargo, siete meses después del comienzo del asedio, el ataque era por fin posible.

Supimos que el pánico cundía entre los tirios. Tan aterrados estaban que ataron la estatua de Melkart a su pedestal con cordones dorados, por miedo a que el dios abandonara la ciudad a su suerte. También cundió el rumor de que se habían sacrificado cincuenta niños pequeños en el *tofet*, el templo de Baal, una bárbara costumbre que los fenicios habían abandonado siglos atrás. No puedo confirmar que esto último sea cierto, pero si realmente cometieron tan espantoso crimen, de poco les sirvió, pues al cabo de pocos días la inexpugnable Tiro, «el hermoso navío», como sus habitantes la llamaban, se convirtió en una trampa mortal.

La ciudad fue duramente bombardeada desde mar y tierra, una descomunal operación anfibia de la que no existían precedentes en los anales militares. Un gigantesco ariete redujo a escombros el lienzo de muralla accesible desde el dique, mientras que otros más pequeños, los que habían sido montados sobre barcazas, batían otros tramos de las fortificaciones. Incluso desde la distancia, el espectáculo era aterrador. No puedo siquiera imaginar lo que los tirios debían de estar sufriendo bajo aquella tempestad de rocas y hierro. Una vez destruido el muro, comenzó el desembarco. Nuestros soldados penetraron en la ciudad por varios puntos a la vez, enardecidos de tal modo tras los siete meses de asedio que arrollaron a los defensores como una ola de destrucción. Alejandro fue uno de los primeros en poner los pies en Tiro: desde una torre montada sobre una península, ordenó bajar una pasarela hasta la brecha de la muralla y saltó al interior de la ciudad al frente de un regimiento de hipaspistas. Los tirios se defendieron con una temeridad de la que solo son capaces

los que ya lo han perdido todo. Se luchó durante todo el día, calle por calle, casa por casa. Cayeron hombres por millares, pero también mujeres, ancianos e incluso niños, todos aquellos capaces de blandir un arma. Al anochecer, cuando toda la población ya había sido prácticamente aniquilada, Alejandro ordenó interrumpir la lucha. Un pequeño grupo de supervivientes corrió a refugiarse en el templo de Melkart.

—Ya es suficiente —dijo el rey—, que sus vidas sean respetadas.

Entonces regresó al campamento y vino a buscarme. Montado sobre mí, recorrió los cuatro estadios de piedra, madera y arena que habían convertido la isla en una península, el gran monumento a su voluntad. Después penetramos en la ciudad y recorrimos las calles, lúgubrementemente iluminadas por la luz de los incendios. Contemplamos los restos de las barricadas que los defensores habían levantado en un último y desesperado intento por contenernos; vimos las casas en ruinas, los soldados entregados al saqueo, los miles de cuerpos amontonados en informes pilas... y los perros, manadas de perros que deambulaban por la ciudad arrasada como voraces fantasmas. Por último ascendimos hasta el templo de Melkart. Los supervivientes abandonaban en esos momentos el santuario bajo la vigilancia de los soldados, apiñados y temblorosos como un rebaño de ovejas. Habría a lo sumo unos seiscientos, mal negocio para los mercaderes de esclavos. Una niña de unos doce años se separó del grupo y levantó la vista hacia nosotros. La habían despojado de su túnica y apenas acertaba a cubrir su desnudez con los brazos. Tenía el rostro desfigurado por los golpes y el cuerpo cubierto de moretones y sangre reseca. Sus ojos, casi ocultos bajo una madeja de sucias greñas, se detuvieron en Alejandro durante unos instantes: todo el horror, toda la rabia del mundo concentrados en una mirada. Creo que estuvo a punto de gritarle algo, pero, tras pensarlo mejor, volvió a hundir la vista en tierra y se unió al resto de los prisioneros. Alejandro gimió y se cubrió la cara con las manos.

—¿Por qué estoy haciendo esto, Bucéfalo? —me dijo entre sollozos.

¿Sabéis? Por primera y única vez en mi vida fui incapaz de sentir compasión por él.

Dejamos Tiro atrás, como el recuerdo de un mal sueño, y reemprendimos la marcha hacia Egipto a través de las tierras de Palestina. El esquemático mapa que un día Aristóteles trazara sobre la tierra de Mieza se hacía realidad ante nuestros ojos en todo su esplendor. Por aquellos días, nuestro ejército no era ya el mismo que había cruzado el Helesponto. Es cierto que la necesidad de dejar guarniciones en las zonas conquistadas le había restado efectivos, pero, incluso así, el campamento era ahora mucho más grande que nunca. A la multitud de aventureros y comerciantes que nos habían acompañado desde la Hélade se habían sumado miles y miles de sus colegas asiáticos, atraídos por los cuantiosos botines y la buena disposición de nuestros soldados para gastarlos. De hecho, el mercado del campamento era tan grande como

el de cualquier gran ciudad helena o asiática.

A lo largo de la expedición, muchos de los soldados se habían unido a mujeres locales que no habían vacilado ni un instante en abandonarlo todo y seguirlos. Aquel segundo ejército femenino nos acompañaba dondequiera que nos dirigiéramos, provocando no pocas preocupaciones entre Alejandro y sus lugartenientes.

—Siento una gran admiración por ellas. Realizan las mismas jornadas de marcha que nuestros soldados, van cargadas con sus hijos recién nacidos y sus enseres, y no se les oye ni una queja. Pero nos están retrasando. Habrá que pensar en una solución, y pronto.

—¿Qué sabemos acerca de los habitantes de estas tierras? —preguntó Alejandro en las inmediaciones de la ciudad de Jerusalén, cuya sumisión acababa de aceptar.

—No mucho —admitió Hefestión—. Son una nación antigua y orgullosa. Defienden sus tradiciones y su forma de vida contra cualquier influencia extraña. Y espera a oír esto: adoran a un solo dios del que se proclaman su pueblo elegido.

—Por supuesto que sí. —Alejandro sonrió maliciosamente—. ¿Acaso existe algún pueblo que no se considere el elegido de sus propios dioses? De todas formas, qué maravillosa lección de simplicidad la de esta gente. ¿Imaginas que también nosotros tuviéramos un único dios en lugar de una docena, sin contar el sinfín de divinidades menores?

—¡Alejandro! —dijo Hefestión girándose hacia su amigo—. ¡Me sorprendes! Cualquiera diría que el escepticismo religioso de Aristóteles está haciendo por fin mella en su discípulo favorito.

Alejandro volvió a sonreír mientras se llevaba un dedo a los labios.

—Me guardarás el secreto, ¿verdad? Los reyes hemos de dar ejemplo de piedad a nuestros súbditos. Piensa en todos estos hombres que se juegan la vida casi a diario. Siempre resulta un consuelo pensar que allá arriba hay un padre de negras barbas dispuesto a fulminar al enemigo con un rayo cuando las cosas se pongan difíciles. De todas formas, sigo pensando que estos judíos son gente ingeniosa. Si nosotros creyéramos en un solo dios, el culto y los sacrificios se simplificarían tremendamente; un gran alivio para mis obligaciones, dicho sea de paso.

—¿Te estás volviendo perezoso, Alejandro?

—Me estoy haciendo viejo, amigo.

—Por supuesto, por supuesto. Un anciano achacoso de veinticuatro años guiando a una muchedumbre de helenos chiflados por todo este maldito continente. Como diría nuestro amigo Demóstenes: «¡Oh atenienses, corren tiempos siniestros!». Sin embargo, te equivocas con respecto a los judíos. Tengo entendido que, lejos de simplificarles la vida, el suyo es un dios en extremo exigente. Para llegar a ser «el pueblo elegido», estos hombres tuvieron que sellar un severo pacto con él. Desde entonces viven abrumados bajo el peso de su ley. Aunque lo soportan de buen grado,

pues al parecer aguardan la llegada de un salvador, un gran líder que pondrá a Israel al frente de las naciones del mundo. ¿No crees que ese líder que esperan con tanta paciencia podrías ser tú mismo?

—Lo dudo —respondió Alejandro—. Yo solo estoy aquí de paso. Me temo que tendrán que seguir esperando. Bien —concluyó—, dejemos de momento tranquilos a los judíos con su dios único y sus leyes. Sabes que no soy partidario de interferir en las tradiciones de los pueblos conquistados.

Hefestión se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Hasta es posible que encuentren un hueco para ti en sus libros sagrados.

Camino de Egipto, Alejandro tuvo que superar el último escollo que supuso la resistencia de la ciudad de Gaza, que solo pudo ser tomada tras dos meses de duro asedio. Durante el asalto definitivo, una flecha de ballesta taladró su coraza y se le clavó profundamente en un hombro.

—¡Extráela de inmediato! —le gritó a Filipo, el cirujano—. No puedo dejar a los hombres solos en estos momentos.

—Pero señor —replicó el médico palideciendo—, volver a la lucha ahora sería una locura. Estás perdiendo mucha sangre.

Sin embargo, Alejandro supo estar a la altura de la leyenda que los soldados comenzaban a tejer en torno a su rey: soportó la extracción de la flecha sin hacer una mueca y volvió al combate de inmediato con un precario vendaje que ya empezaba a verse manchado de sangre. Cuando las fuerzas le fallaron, ordenó que se le aproximara en una litera a las murallas de Gaza para dirigir las operaciones sobre el terreno.

—Atendí en muchas ocasiones las heridas de tu padre —le dijo Filipo a Alejandro por la noche, mientras cosía y volvía a vendar su herida—. Recuerdo que lo consideraba el hombre más temerario del mundo. Bien, tú lo superas con creces. ¿Es que no piensas mantener intacta una sola parte de tu cuerpo?

Pero el rey no respondió. Apenas tuvo tiempo para guiñarle un ojo y sonreír antes de que el agotamiento lo venciera. Filipo abandonó su tienda mientras agitaba la cabeza y maldecía por lo bajo. A su espalda, la suave respiración de Alejandro le confirmó que aquella no iba a ser la última herida que tendría que coserle.

Lamento decir que el asedio de Gaza se cerró con un episodio que preferiría no tener que relatar. Sin embargo, estoy decidido a contar los hechos tal y como ocurrieron, por triste que me resulte. El caso es que el gobernador de la ciudad, un eunuco llamado Batis, resultó muerto durante el ataque final. Su cuerpo fue encontrado por los soldados mientras procedían al habitual saqueo y llevado ante el rey. Alejandro se

incorporó de su litera y se quedó mirándolo con expresión pensativa.

—Escondedlo en un lugar discreto y no difundáis la noticia de su muerte —les dijo.

Un par de días más tarde, cuando por fin pudo ponerse en pie, ordenó que traspasaran los talones del cadáver con una correa de cuero y lo ataran a un carro. Poco después, una muchedumbre atónita lo vio arrastrar el cuerpo del sátrapa, a quien todos creían aún vivo, en torno a la ciudad, tal y como su antepasado Aquiles hiciera con el cadáver de Héctor. Las ovaciones de los macedonios eran atronadoras; los vencidos, en cambio, no lograban disimular su espanto. Tras completar la tercera vuelta, cuando no restaba del cuerpo más que un guiñapo desfigurado, descendió del carro y dio órdenes de que se le rindieran exequias con honores, aunque en privado. Siempre le agradecí que no me obligara a participar en aquella macabra farsa.

—¿Era necesario? —le preguntó Parmenión con expresión de disgusto—. Me parece que ya puedo oír lo que se contará en Atenas de este brutal espectáculo que acabas de ofrecernos.

—Era necesario —respondió Alejandro mientras aferraba su hombro herido con una mano—. Los muertos ya no sienten dolor, y esto resultará una buena advertencia para todos los que intenten obstaculizar mi camino en lo sucesivo. No puedo perder tiempo con más asedios.

—Pero en la Hélade...

—¡Silencio, Parmenión! —gritó Alejandro con expresión helada—. Y recuerda que esto es Asia y no la Hélade.

Después desapareció en su tienda sin decir una sola palabra más, seguido por los rumores indignados de los hombres de Parmenión.

Juzgad vosotros a Alejandro si lo deseáis. Quizá yo no sea el más adecuado para hacerlo.

Ah, casi lo olvido: ocurrió algo más en Gaza que quizá os divierta saber. Supongo que recordaréis a aquel tal Leónidas, tío de Olimpia, que fuera preceptor de Alejandro, aquel sujeto odioso que cerca estuvo de matarlo de hambre y agotamiento. Pues bien, el rey me refirió que en una ocasión Leónidas lo había reprendido por quemar demasiado incienso en los sacrificios. «Cuando seas dueño de las tierras donde se producen los aromas —le había dicho en tono socarrón—, podrás malgastar todo el que quieras. Por el momento, procura ser más ahorrativo». Creo que a Alejandro debió de dolerle la burla más que todos los azotes recibidos de manos de aquel miserable, pues lo primero que hizo cuando tuvo ocasión fue darle la réplica que merecía. Los almacenes del puerto de Gaza estaban abarrotados de especias y resinas aromáticas, que llegan en caravanas desde Arabia y los países más remotos del Oriente, y son fletadas desde allí hasta todas las costas del mundo civilizado. Alejandro ordenó cargar un mercante con nada menos que quinientos talentos de

incienso y cien de mirra y hacérselo llegar a Leónidas, que por entonces residía en su amada Esparta. «*Con mi gratitud por la esperanza que me diste en una ocasión — rezaba el mensaje que acompañaba el envío—. Te ruego que quemes un puñado ante cada altar de Esparta, y que luego hagas lo mismo en todos los templos de la Hélade. Quizá esto te enseñe que los dioses aborrecen a los tacaños. Por supuesto, puedes quedarte con todo lo que sobre*».

—¿Es este tu concepto de la venganza? —le preguntó Hefestión sin conseguir aguantar la risa—. Acabas de convertir a ese viejo chivo en un hombre rico.

Alejandro también rió hasta que le dolieron los costados.

—Sé indulgente conmigo —le respondió por fin—. Rara es la vez que la vida brinda a un hombre una ocasión como esta.

Después dio orden de que el ejército reemprendiera de inmediato la marcha hacia Egipto. Filippo, el médico, volvió a protestar:

—Si no te tomas un descanso, no respondo por tu salud ni por tu vida.

—Ya habrá tiempo para descansar en Egipto —fue la respuesta del rey.

Jamás he comprendido lo que Alejandro entiende por descansar. Durante los meses que permanecemos en Egipto, desarrolló una actividad tan agotadora que habría podido acabar con las energías de cien hombres hechos y derechos, si bien, al menos, no tuvo que afrontar más batallas ni asedios.

A Hefestión, que se había distinguido por su valor en el combate y su habilidad como diplomático, le fue encomendado el mando de la flota. Su misión consistió en remontar el curso del Nilo hasta la ciudad de Menfis y aguardar allí la llegada de Alejandro con el resto del ejército. Nosotros continuamos por tierra hasta Pelusio, en la península del Sinaí, donde el sátrapa persa en persona nos salió al encuentro para rendirse y entregarnos el país. Supuse que las noticias acerca de la muerte de Batis se habían extendido con rapidez. A partir de ese momento, la marcha que nos condujo hasta el valle del río Nilo fue poco más que un paseo.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Alejandro mientras las tropas comenzaban a cruzar el río en barcazas—. Apenas puedo distinguir la otra orilla. No es extraño que los egipcios consideren este río uno más entre sus dioses.

Al oírlo pronunciar esas palabras, un sacerdote local que le servía como guía e intérprete se dirigió al rey en los siguientes términos:

—No se trata solamente de su tamaño, señor. Para nosotros el Nilo es el auténtico dador de la vida. Todos los años, a finales del verano, el río se desborda e inunda todas estas tierras que ves. Cuando se retira, los campos han sido fertilizados y están listos para una nueva cosecha. Sin el Nilo, mi país simplemente no existiría. Toda esta belleza sería un desierto abrasado por el sol, al igual que las tierras que nos circundan.

—¿Y dónde se encuentran sus fuentes?

—¿Quién lo sabe? —dijo el sacerdote encogiéndose de hombros—. Conservamos informes de viajeros que en el pasado remontaron el curso del río hasta más allá de la Quinta Catarata, en los confines de Nubia y el reino de Punt, donde la piel de los hombres es tan negra como la noche. Cuentan que el río se prolonga mucho más, a lo largo de territorios inmensos e inexplorados. Pero lo cierto es que a nosotros todo eso muy poco nos importa, señor. Egipto es más grande que el mundo, y su tierra nos brinda todo cuanto podamos desear. ¿Quién necesita saber qué hay más allá?

Creo que Alejandro estuvo tentado de responder que a él sí le importaba; sin embargo, se limitó a asentir mientras admiraba la riqueza de los campos y el ingenioso sistema de canales que los irrigaba.

—Alejandro —dijo entonces Marco Furio Camilo—. ¿Te das cuenta de que en este país rara vez hay sequías o malas cosechas? ¡Podría convertirse en el granero del mundo!

—Los romanos jamás renunciáis a vuestra mentalidad práctica, ¿verdad? —dijo Alejandro en tono de broma—. No estoy aquí solamente para explotar las riquezas del país, sino también para aprender cuanto estas gentes puedan enseñarme. ¿Sabías que los egipcios son el pueblo más antiguo del mundo? Imagina la cantidad de conocimientos que atesora su civilización. Por cierto, sacerdote, ¿cómo llamáis a esos enormes lagartos que veo allá?

—¿Te refieres a los cocodrilos señor? Para nosotros son animales sagrados. De todas formas sería prudente que tus hombres se mantuvieran alejados de ellos.

—¡Claro! —exclamó Alejandro palmeándose la frente—. ¡Los cocodrilos! Heródoto los menciona en su libro. ¿Y no viven también en el río unos animales del tamaño de un buey que relinchan como caballos? Heródoto los llama «caballos de río», hipopótamos.

—Sí, así es —respondió el sacerdote—, aunque jamás he oído a un hipopótamo relinchar como un caballo. Por cierto, ese Heródoto al que te refieres, ¿no será por casualidad un heleno de Halicarnaso que anduvo por aquí haciendo preguntas hace cosa de cien años?

—¿Es posible que hayas oído hablar de él?

—Mi bisabuelo lo conoció cuando era sacerdote de Amón en Waset, la ciudad que los helenos conocéis como «la Tebas de Egipto» —respondió el hombre con una ancha sonrisa—. Es una de las historias favoritas de mi familia. Al parecer, aquel hombre poseía una gran curiosidad y una viva imaginación. Me temo que mi bisabuelo y sus compañeros del templo se divirtieron un poco a costa de su ingenuidad. Le refirieron algunos cuentos infantiles como si fueran historias reales. ¡No me estarás diciendo que las puso por escrito!

Alejandro adoptó de inmediato un ademán contrariado y respondió con un gruñido. ¿No habrías hecho vosotros lo mismo de saber que vuestro historiador favorito había sido tomado por un idiota?

Proseguimos la marcha plácidamente a lo largo de la margen derecha del río.

Pocas jornadas después, avistamos en la distancia unas estructuras blancas que lanzaban destellos bajo el sol de la mañana.

—¿Qué es aquello, sacerdote? —preguntó Barsine, que marchaba junto a nosotros—. Parecen pequeñas montañas en mitad de la llanura.

—Te equivocas, señora —respondió el hombre—. En realidad son las tumbas de tres de los primeros faraones. La más alta de todas ellas es la de Jufu, que reinó hace más de dos mil años.

—Ah, sí, la pirámide de Keops —dijo Alejandro con cierto desencanto—. Me temo que Heródoto volvió a dejarse llevar por su imaginación. No es en absoluto tan grande ni tan impresionante como él la describe.

—Tal vez te estés precipitando en tus juicios, poderoso señor. Ten en cuenta que aún se encuentran a media jornada de distancia.

Alejandro y Barsine miraron al sacerdote con incredulidad; pero su asombro —y el mío— fue todavía mayor mientras observábamos a las falanges desfilar bajo aquellas colosales moles de piedra recubiertas de deslumbrante roca caliza. Sin detener su paso, los soldados lanzaban fugaces miradas hacia arriba, sin duda intimidados por el sobrecogedor espectáculo.

—Mide doscientos ochenta codos de altura^[4] y en la superficie que ocupa cabría una pequeña ciudad —explicó el sacerdote—. Cuentan que su construcción ocupó a cien mil obreros durante veinte años. Los dos millones de bloques de piedra que la componen fueron transportados por el Nilo en barcazas y ensamblados con tal precisión que resulta imposible introducir entre ellos el más fino cuchillo. Hoy en día no podemos imaginar siquiera las técnicas que se emplearon para construirla.

—¿Es posible que hayan existido hombres capaces de acometer semejante empresa? Jamás podremos aspirar a medirnos con ellos. ¿Y qué me dices de aquella descomunal figura que veo allí? Es una esfinge ¿verdad? Esos monstruos con cabeza humana y cuerpo de león habitaban también en la Hélade en el pasado remoto. La leyenda cuenta que Edipo se topó con uno de ellos camino de Tebas.

Tras decir esto, Alejandro ordenó apretar el paso, ansioso como estaba por contemplar las nuevas maravillas que ocultaba cada recodo de aquel portentoso río. Tan solo un día de marcha nos separaba de Menfis, donde Hefestión ya nos aguardaba con la flota, y habéis de saber que los habitantes de aquella ciudad nos recibieron con enormes muestras de entusiasmo, pues para ellos no éramos un ejército invasor, sino los libertadores que habían expulsado de su país a los odiados persas. Alejandro abrazó a su amigo y ambos se apresuraron a recorrer de incógnito la antigua capital.

Recuerdo las enormes avenidas flanqueadas por esfinges de piedra y obeliscos. Tampoco podré olvidar los gigantescos templos, cuyos techos parecían elevarse hasta el cielo sostenidos por bosques de columnas. La sed de conocimientos de Alejandro parecía insaciable; todo provocaba su curiosidad y cada respuesta lo conducía a una nueva avalancha de preguntas. Uno de los lugares que más atraeron su atención fue

un sombrío edificio que encontraron en las afueras, junto al Nilo. Los egipcios lo conocían como «la Casa de la Muerte».

—¿Qué es lo que hacéis aquí? —le preguntó Alejandro a uno de los sacerdotes encargados del lugar.

—Nuestra labor es una de extrema importancia. Nos aseguramos de que el alma de los muertos tenga un tránsito pacífico hacia la otra vida.

Alejandro se apresuró a solicitar más detalles.

—Cuando un hombre muere, su *ka* o principio vital desciende al mundo de ultratumba, donde reina Osiris. Ante la presencia divina, Anubis, el dios con cabeza de chacal, pone en el plato de una balanza el corazón del difunto, en el que habita su conciencia, mientras que en el otro plato coloca una pluma, el *Maat*, que representa la justicia y la verdad. Si la conciencia del difunto está limpia, la balanza se inclinará a su favor. Entonces Osiris lo invita a unirse a los bienaventurados que navegan junto a Amón-Re en el Barco Solar.

—¿Y si es el otro plato el que desciende?

—Mala cosa. Entonces, el corazón del muerto es devorado por una fiera y su alma condenada a tormentos horribles por toda la eternidad. Claro que, si la familia del difunto está dispuesta a hacer un pequeño donativo, nosotros conocemos los conjuros precisos para evitar esa desgracia.

—¿Es ese vuestro único cometido?

—En absoluto. También somos los depositarios del arte de preservar la apariencia física del cuerpo tras la muerte. Ten presente que el espíritu de un hombre queda destruido si su cuerpo se descompone, con lo que jamás podrá comparecer ante el tribunal de Osiris.

—¿Y cómo lográis evitar que la carne de los muertos se corrompa? ¿Quizá cubrís el cuerpo con cera, como he oído que hacen los persas?

El sacerdote hizo una mueca de disgusto al oír la pregunta de Alejandro.

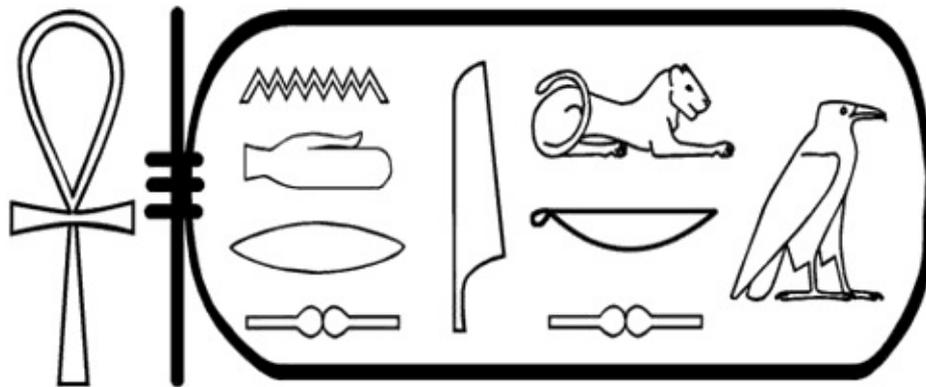
—¿Cómo te atreves, extranjero, a compararnos con esos carniceros? —dijo tras escupir sobre el suelo—. El arte del embalsamamiento es fruto de un conocimiento secular y constituye el mayor orgullo de nuestro pueblo.

Ansioso por impresionar a los visitantes con su sabiduría, el sacerdote invitó a Alejandro y Hefestión a observar el proceso de embalsamar cadáveres, un espectáculo que jamás lamenté haberme perdido. Según afirmó, existen varios tipos de embalsamamiento, de acuerdo con las posibilidades económicas del difunto y de su familia. Los cuerpos de los faraones, nobles y personas pudientes son tratados del siguiente modo: el cerebro se extrae mediante ganchos de bronce a través de las fosas nasales. Después, se practica una incisión en el costado del cadáver para retirar los intestinos y el resto de los órganos blandos, que, tras ser lavados con vino de palma, se guardan en unas vasijas cubiertas con hierbas aromáticas. Sin embargo, se pone buen cuidado en mantener el corazón en su sitio, pues los egipcios afirman que es en este órgano donde residen el pensamiento y el sentimiento. Las cavidades del cuerpo

se rellenan entonces con mirra y otros perfumes. Se cosen las incisiones y se sumerge el cuerpo en natrón durante setenta días, transcurridos los cuales se lava cuidadosamente y se envuelve en vendas de lino untadas con goma. El cadáver es devuelto entonces a la familia para ser depositado en la tumba.

Alejandro y Hefestión abandonaron «la Casa de la Muerte» en silencio. Se les veía temblorosos y pálidos como la cera. Pienso que ni siquiera después de una batalla habían tenido que enfrentarse a un espectáculo tan macabro como el que acababan de presenciar en aquel espantoso lugar.

Pocos días después, tuvo lugar la coronación de Alejandro como faraón. La sala hipóstila del templo de Path, dios de Menfis, se vistió con sus mejores galas para dar la bienvenida al nuevo señor de Egipto. Alejandro permanecía sentado en un trono de oro, tan silencioso e inmóvil como una estatua, con el torso desnudo, los ojos pintados con *kohl*, una larga barba trenzada y un enorme collar de oro, turquesas y lapislázuli cubriéndole el pecho. Mientras tanto, en el patio exterior una multitud compuesta por los miembros de todas las casas nobles del reino permanecía postrada, sin osar levantar la vista. Desde el extremo opuesto de la sala, apenas visible entre las gigantescas columnas y las nubes de incienso, una colosal estatua de Ramsés II contemplaba gravemente a Alejandro, como exhortándolo a estar a la altura de sus predecesores en el trono de Egipto. Entonces llegaron los sacerdotes, quienes tras una gran reverencia declamaron lentamente el título real, los nombres que identifican al faraón desde la noche de los tiempos: Horus, Dos Señoras, Nekhbet y Wadjet, Horus Dorado, Señor del Junco y de la Abeja, Rey del Alto y del Bajo Egipto, *Alksandres*, Sostenedor del Orden Cósmico, Dios viviente, Hijo de Amón-Re. Sobre su cabeza colocaron la doble corona con la cobra y el buitre, y en sus manos depositaron el cayado y el látigo, símbolos de su condición de juez y pastor de hombres. Ataviado de esta guisa, Alejandro salió para recibir las aclamaciones de sus nuevos súbditos. Después realizó un sacrificio en el templo donde reside Apis, el dios-toro. Según supe, algunos de los macedonios, Parmenión y sus hijos entre ellos, presenciaron la ceremonia con cierta expresión de burla. A pesar de ello, he de decir que el aspecto de mi joven señor era soberbio y que su presencia irradiaba belleza y majestad. Mientras esto ocurría, los artesanos se apresuraban a grabar el nombre del faraón Alejandro, Hijo del Sol y Señor de los Amaneceres, sobre los muros de los principales templos de Egipto, al pie de las listas de los antiguos reyes.



—De modo que soy oficialmente hijo de Amón, que es el nombre de Zeus en Egipto —dijo Alejandro cuando su coronación hubo concluido—, con lo que la profecía de la que me habló mi madre queda cumplida.

—Has trabajado duro para que así ocurriera —fue el comentario de Hefestión—. ¿Qué sientes ahora que has sido proclamado dios públicamente?

—Me siento terriblemente confundido y ansioso por encontrar algunas respuestas. Por cierto, me han hablado de un lugar donde creo que podré satisfacer mi curiosidad.

—Entonces, ¿partimos nuevamente? —preguntó Hefestión.

—Aún no, hay algo que quiero hacer antes.

Alejandro deseaba fundar una gran ciudad helena en la desembocadura del Nilo, donde el gran río se divide en varios brazos antes de verter sus aguas al mar. Los helenos conocen este lugar como «el Delta», debido a que la forma triangular que adoptan los brazos del río se asemeja a la cuarta letra de su alfabeto. En las inmediaciones del lago Mareotis, un paraje agradable en extremo, el rey juzgó que había encontrado el emplazamiento idóneo.

—El clima es aquí moderado, hay abundancia de agua potable y la bahía es magnífica para albergar un excelente puerto. De hecho, si construimos un dique hasta aquella isla cercana a la costa (se trata de la isla de Faros de la que habla Homero, ¿verdad?), podríamos tener dos puertos en lugar de uno. Y por los dioses que no nos falta experiencia en construir diques. Comenzaremos los trabajos de inmediato.

Al igual que hacía con todos sus proyectos, Alejandro se volcó en cuerpo y alma en planear su nueva ciudad. Creo que perdí la cuenta de las veces que recorrimos aquel paraje seguidos por un gran cortejo de arquitectos y obreros.

—Quiero que las calles se corten en ángulo recto. Por aquí discurrirá la vía

principal, allí estará el ágora, y allí el teatro. Habrá templos para los dioses helenos, naturalmente, pero también para los dioses de Egipto ¿Y qué os parecería construir una gran torre sobre la isla? Si mantenemos una hoguera permanentemente encendida en lo alto, los barcos podrían poner rumbo hacia el puerto hasta en plena noche. Quiero que comencéis a marcar con cal el perímetro de la muralla.

—No tenemos cal, señor —dijo uno de los arquitectos azorado.

—Pues usad harina, por todos los dioses.

Alejandro se enfureció al comprobar que una gran cantidad de aves acudía a picotear la harina con la que los obreros marcaban cada uno de los futuros emplazamientos.

—No te enojés, señor —dijo el adivino Aristandro con los ojos en blanco—. Esta es la mejor de las señales posibles. Los pájaros presagian las multitudes que acudirán a poblar tu ciudad y que prosperarán dentro de sus murallas. Puedes estar seguro de que Alejandría se convertirá en la más grande y rica de las ciudades del mundo conocido.

El rey dedicó una mirada agradecida al inventor del oportuno presagio. Después, tal y como había anunciado, dio órdenes para emprender un viaje, o más bien una peregrinación.

El santuario de Amón esta enclavado en el corazón del oasis de Siwah, esto es, en pleno desierto, hacia el oeste de la nueva ciudad de Alejandría. Muchos son los que viajan hasta allá para consultar su oráculo, que es tan famoso y venerado como los de Delfos y Dodona en la Hélade. Emprendimos el viaje acompañados por Hefestión, Tolomeo y una pequeña escolta de jinetes. Al principio seguimos la fácil ruta de la costa, que conduce a la colonia helena de Cirene. Sin embargo, a los pocos días de marcha, Alejandro ordenó abandonar la vía principal y encaminarnos hacia el sur, a través del desierto. No faltó quien le advirtiera de que solo los caravaneros más experimentados se atrevían a internarse en el desierto de Libia, pero él permaneció inflexible.

—Cambises, el hijo de Ciro el Grande, intentó alcanzar Siwah cruzando el desierto y se perdió en una tempestad de arena —dijo a modo de explicación—. Yo demostraré que puedo triunfar donde el mismo hijo de Ciro fracasó. Nos guiaremos por el sol y las estrellas. Será fácil, ya veréis.

Siento decir que su ansia por emular las gestas del pasado estuvo a punto de costarnos la vida. Alejandro no tuvo la precaución de incluir en la partida a algún guía de caravanas o, al menos, a un navegante experto capaz de orientarse por la posición de los astros. Una peligrosa falta de previsión, pues lo que había más allá de la estrecha franja de terreno fertilizado por la crecida anual del Nilo era el más espantoso desierto que podáis concebir: un horizonte inmenso de montañas de arena, un mar ardiente de trémulos contornos que reverberaba bajo la despiadada luz solar.

En cierta ocasión oí una curiosa historia de labios de un rapsoda ciego. Versaba sobre un rey que buscaba el laberinto más terrible del mundo para encerrar en él a su enemigo y, tras meditarlo mucho, lo abandonó en medio del desierto, donde el desventurado murió de hambre y de sed. No puedo concebir elección más acertada ni venganza más cruel.

¿Seré capaz de referir los sufrimientos que tuvimos que afrontar a través de aquella desolación que no conoce posadas ni caminos? Todavía puedo ver mis patas hundiéndose en la ladera de las dunas; recuerdo a Alejandro tirando de mis riendas y gritándome palabras de aliento, y cómo mis frenéticos esfuerzos por ascender me sepultaban aún más en aquella trampa ardiente. Recuerdo a los hombres agotados y casi enloquecidos por el sol, y el desaliento en sus rostros cuando, tras cada ascensión, lo único que nos aguardaba era una nueva montaña de arena que salvar. Durante el día, uno tenía la sensación de que el sol le hacía hervir el cerebro. Pero la noche era incluso peor, pues el frío se volvía tan intenso que tanto los hombres como los caballos teníamos que apiñarnos a fin de no morir congelados. Mientras oíamos los aullidos de los chacales y escrutábamos la arena por miedo a la mortal picadura de la cobra o del escorpión, a todos nos asaltaba la certeza de que jamás veríamos la luz de un nuevo día. Y, sin embargo, lo peor aún estaba por llegar.

El cuarto día se levantó la tempestad. Primero el círculo solar se convirtió en una mancha borrosa. Poco después, la arena nos cegaba de tal forma que nos resultaba casi imposible vernos unos a otros. Rodeados por las tinieblas y ensordecidos por los bramidos del vendaval, el simple acto de tomar aliento se convertía en un esfuerzo titánico. Alejandro tuvo que gritar a pleno pulmón para hacerse oír: «¡Formad un círculo y cubríos con las pieles de las tiendas!». El viento no se calmó hasta bien entrada la tarde, justo a tiempo de evitar que muriéramos sepultados. Tras mirar a su alrededor con desasosiego, mi señor tuvo que admitir que nos habíamos perdido y, lo que era peor, que sin ningún punto de referencia a la vista, los mapas que llevábamos no nos servían de nada.

La auténtica pesadilla dio comienzo cuando nuestra provisión de agua estaba ya cercana a agotarse. Conocíamos la existencia de pozos en las inmediaciones, pero sin la ayuda de guías igual nos habría dado que estuviesen en el otro extremo del mundo. Algunos hombres comenzaron a sufrir violentos accesos de fiebre y alucinaciones. Poco después comenzaron a morir los caballos. Con el fin de aliviar nuestro sufrimiento, Alejandro ordenó a los hombres que desmontaran y que abandonaran toda la carga que no fuera absolutamente imprescindible. Nunca lo he admirado tanto como en esos momentos: caminaba con el paso firme y la espalda erguida, como si quisiera infundirnos ánimos con su fortaleza, pero su piel quemada y sus labios agrietados me mostraban que la sed estaba minando rápidamente sus fuerzas. Tan solo su inquebrantable determinación me permitía albergar todavía alguna esperanza.

Transcurrida la mañana del noveno día, Alejandro dio la orden de alto. Con expresión compungida, pidió disculpas por la insensata arrogancia que había

demostrado al elegir esa ruta, y reconoció que nuestra situación desesperada, y que solo la ayuda de los dioses podría sacarnos del trance. Después cogió nuestro último odre de agua y, ante la mirada atónita de todos, derramó su contenido sobre la arena. «Acabo de realizar esta ofrenda en honor de Amón, que es también Zeus, a cuyo santuario nos dirigimos. No dudéis que el dios escuchará nuestras súplicas». Al cabo de unos instantes, vimos a dos aves negras levantar el vuelo y perderse en la distancia. «¡Sigamos la ruta que nos muestran!» gritó Alejandro.

Tal vez fue la suerte, o tal vez la ofrenda del agua provocó realmente la intercesión divina, pero lo cierto es que al atardecer nos topamos con una caravana. Se trataba de unos mercaderes árabes que cruzaban el desierto en dirección a Cartago y cuyo próximo alto en la ruta tendría lugar precisamente en el oasis de Siwah. Como podréis imaginar, la alegría que nos produjo aquel encuentro fue infinita. Aquellas buenas gentes saciaron generosamente nuestra sed y nos dijeron que, en nuestra total desorientación, debíamos de haber estado dando vueltas en torno al mismo punto, puesto que el Santuario de Amón estaba a tan solo unas decenas de estadios del lugar donde nos habían encontrado.

Fue entonces cuando trabé conocimiento por primera vez con esos extraños animales llamados camellos. He de reconocer que en un principio me parecieron una auténtica aberración de la naturaleza, como el grifo, la quimera, el basilisco y todas esas fieras mitológicas que pueblan las leyendas de los hombres. Sus ojos descomunales y melancólicos, que parecen reflejar toda la estupidez del mundo, su estampa jibosa y absolutamente falta de gracia, su hosco temperamento y esa forma tan torpe y antinatural de galopar, con las patas de cada lado moviéndose a la vez, me hacían verlos como unas bestias aborrecibles. Tienen, además, pezuñas en lugar de cascos, como las cabras, y un cuello largo y oscilante rematado por una minúscula cabeza. ¡Ah! Y qué decir de ese olor nauseabundo a orines y boñiga que despiden. Sin embargo, con el tiempo llegué a conocerlos y a apreciarlos, aunque he de confesar que no por ello dejaron de parecerme terriblemente feos. Descubrí que el camello es un animal admirable, no solo por su portentosa resistencia física, que le permite surcar enormes distancias sin beber una sola gota de agua, sino también por su lealtad e inteligencia. De ahí que sea el animal de carga preferido por los asiáticos, tanto en los desiertos del sur como en las estepas heladas del norte. Por suerte, la vida me ha enseñado a huir de los juicios precipitados.

Tras nuestros sufrimientos de los días anteriores, el oasis de Siwah se nos figuró el lugar más maravilloso que pudiéramos concebir. Al verlo nos dimos cuenta de que el agua es sin duda el más precioso de todos los elementos, puesto que su presencia puede convertir un trozo de desierto en un parque tan hermoso como esos «paraísos» que los nobles persas construyen junto a sus palacios. El oasis está surcado por docenas de manantiales y arroyos, en torno a los cuales brota un espeso bosque de

palmeras cuyos ramajes proyectan una sombra deliciosa. La abundancia de agua y vegetación contrarresta las temperaturas extremas del desierto circundante y convierte el clima en una eterna primavera.

Los sacerdotes del santuario estaban ya al tanto de la llegada del nuevo faraón, lo que les había permitido preparar un fastuoso recibimiento. Cincuenta de ellos portaban en andas un enorme barco dorado sobre el que relucía el símbolo de Amón: un disco solar cuajado de esmeraldas y diamantes. Detrás venía una larga procesión de bellas muchachas de piel oscura que entonaban cánticos mientras alzaban sus brazos hacia el cielo. El sumo sacerdote, un anciano de cabeza afeitada que parecía más viejo que el mismo desierto, se inclinó ante Alejandro con una profunda reverencia.

Sabíamos que el funcionamiento del oráculo es muy distinto del de los que existen en la Hélade. En Siwah, el consultante formula sus preguntas en voz alta ante el barco de Amón, y la voluntad del dios empuja a sus portadores en una u otra dirección para expresar sus respuestas —eso al menos es lo que allí afirman—: hacia delante para un «sí», hacia atrás para un «no», y de un lado a otro si la pregunta no le parece apropiada. A los faraones, en cambio, como dioses terrenales que son, se les concede el privilegio de realizar la consulta directamente ante la presencia divina, de modo que el sacerdote le mostró a Alejandro el camino hacia el interior del templo.

—Esperadme aquí —dijo el rey a sus acompañantes—. Y no entréis bajo ningún concepto.

Aguardamos su salida hasta el anochecer, mientras sentíamos que el cansancio iba devorando nuestras fuerzas. Tolomeo y Hefestión no podían ocultar su inquietud por la tardanza del rey. Pero la orden de Alejandro había sido tajante, así que resolvieron dar permiso a los hombres para que se retiraran a descansar. Yo también me preguntaba qué podía estar demorando tanto tiempo a mi señor; con todo, el relajante susurro del viento entre las hojas de las palmeras y el rumor de los manantiales me invitaron a sumirme en un sueño profundo y reparador.

Alejandro no apareció hasta el alba del día siguiente. ¿Cómo podría describir la expresión de su rostro? Su semblante mostraba una dignidad casi sobrenatural y su mirada se asemejaba a la de esos marinos que parecen incapaces de posar la vista en otra cosa que no sea la línea del horizonte. A pesar de las insistentes preguntas de sus amigos, se negó a relatarles lo que le había acontecido en el interior del templo. Simplemente dio órdenes para nuestra partida, que no tendría lugar hasta la mañana siguiente, y montó sobre mí para dar un largo paseo en torno al oasis.

—A ti sí puedo confiarte lo que me ha sido revelado, Bucéfalo, puesto que, de todos mis amigos, eres sin duda el más discreto.

A pesar de los años transcurridos desde entonces, aún siento que, al repetiros sus palabras, estoy traicionando la confianza que mi señor depositó en mí. No quiero, sin embargo, guardar silencio sobre una parte de esta historia cuyo conocimiento resulta esencial para comprender la auténtica naturaleza de Alejandro.

—Me sentí decepcionado al ver el interior del templo —prosiguió—. Tras la gran sala hipóstila no había más que la pequeña cámara donde se guardaba el barco ceremonial. Entonces reparé en una angosta trampilla que se abría en mitad del suelo. El sacerdote alzó trabajosamente la puerta de madera, prendió una antorcha y me rogó que lo acompañara. Después, con una agilidad sorprendente en un anciano, emprendió el descenso. Confieso que titubeé y que llegué a pensar que podía tratarse de una trampa. Pero algo en mi interior me empujó a seguirlo, tal vez solo la curiosidad, o quizá el presentimiento de que en el fondo de aquel pozo tenebroso podría encontrar respuestas a mis preguntas. Me asomé al borde y sentí vértigo. El túnel se abismaba en las tinieblas, horadando profundamente el subsuelo del templo. Vi unos toscos escalones, tan gastados que parecían estar allí desde el principio de los tiempos. Allá en el fondo, la antorcha del sacerdote titilaba como una diminuta luciérnaga. Su voz me llegó envuelta en ecos: «No temas nada, señor —me apremiaba en su rudimentario heleno—. El dios te aguarda». Bajé casi a ciegas, tanteando mi camino a través de la oscuridad. Por un momento me sentí como Odiseo descendiendo al Hades para interrogar a la sombra del adivino Tiresias. Pronto di alcance al sacerdote y proseguimos juntos. A la luz de su antorcha, observé que el túnel había sido excavado en la roca viva, y que sus paredes estaban decoradas con pinturas y símbolos sagrados. En el fondo había una pesada puerta de bronce. Y detrás, Bucéfalo, un lugar tan asombroso que aún me cuesta creer que exista realmente.

»Se trataba de una enorme sala circular. El techo, altísimo, estaba sostenido por un bosque de columnas labradas con intrincados bajorrelieves. La iluminación era tenue, apenas una docena de antorchas distribuidas a espacios regulares en las paredes. En un principio, la escasa luz y el sofocante vapor de incienso que lo llenaba todo me indujeron a error: pensé que me encontraba en un espacio subterráneo ilimitado, como ese reino de ultratumba del que hablan los textos sagrados. Después, conforme mis ojos se habituaron a la penumbra, me di cuenta de que aquello no era más que una ilusión. Con todo, el tamaño de esa cámara subterránea era portentoso. En torno a los muros, dispuestos en semicírculo, había tronos con las estatuas de los dioses de Egipto. Reconocí a Osiris, a su esposa Isis y a Horus, el hijo de ambos, que los egipcios representan con cabeza de halcón. También a Ptah, el dios de Menfis, a Re, de Heliópolis, con su disco solar sobre la cabeza, y a Anubis, el dios-chacal, guardián de las necrópolis y guía de los muertos en los reinos de ultratumba. Asimismo vi a Sekhmet, la temible diosa con cabeza de león, y a Thot, con cabeza de ibis, que es también Hermes. Había otros muchos de los que nunca he oído hablar: una figura femenina con cabeza de hipopótamo, un dios-cocodrilo... Creo que en ningún lugar de Egipto pueden encontrarse las imágenes de tantos dioses reunidas en un mismo templo, todas ellas representadas con tal realismo que parecían vivas. Pero la más impresionante de todas ellas era la que ocupaba el lugar central. Representaba a un hombre enorme y majestuoso, de piel casi negra, ataviado con los símbolos del

poder real. La estatua estaba flanqueada por dos esfinges con forma de carnero, y desde su trono parecía presidir a todas las demás. Supe instintivamente que se trataba de Amón. No soy un cobarde, Bucéfalo, pero reconozco que me sentí intimidado.

»—Acércate, señor —me dijo el sacerdote de repente.

»Sus palabras me devolvieron el movimiento. Entonces me condujo a un altar de ofrendas que había en el centro de la sala, ante el cual vi un hoyo de aproximadamente un codo de lado. El hombre se hincó de hinojos, se inclinó y besó el suelo. Después tomó algunas vasijas del altar y realizó libaciones sobre el hoyo: primero derramó leche, después miel, vino y agua. Por último, harina.

»—Toma ese carnero negro, señor —me susurró—, desenfunda tu espada y secciónale la garganta. Sostenlo entonces sobre el pozo de los sacrificios, de cara a Amón, hasta que su sangre cubra las ofrendas. Después hunde en la sangre la punta de tu espada, esa misma espada con la que has derrotado al impío rey de Persia, y formula tus preguntas.

»Y así lo hice. El animal era tan enorme que apenas pude sostenerlo. Por suerte, no se defendió. Tenía las patas atadas, y probablemente había sido drogado con alguna sustancia sedante. La sangre brotó casi negra de la herida de su cuello hasta cubrir totalmente el fondo del pozo. Mientras sumergía la espada en el viscoso líquido, procuré que mi voz sonara lo más alta y clara posible:

»—En primer lugar, deseo saber si todos los asesinos de mi padre han sido castigados.

»No bien terminé de hablar cuando se oyeron varios profundos crujidos. Parecía que las entrañas mismas de la tierra retumbaran. Después comenzó a brotar un humo espeso tras el trono de Amón, que no cesó hasta que la imagen del dios quedó completamente oculta de mi vista. La nube se incendió de repente, como si su corazón ocultara una hoguera, y una voz poderosa y terrible sacudió la gran sala. Las palabras, pronunciadas en egipcio, resonaron con fuerza dentro de mi cabeza. Cuando los últimos ecos de la voz se extinguieron, el sacerdote cayó de rodillas ante mí y se cubrió el rostro con las manos.

»—¿Qué ha dicho, anciano? —le pregunté mientras lo obligaba a ponerse en pie.

»—El dios afirma que tu pregunta carece de sentido, puesto que él es tu auténtico padre y ningún hombre puede causarle daño. Después ha añadido: “Tú eres mi hijo. Mi espíritu habita en tu carne mortal. Te he designado mi instrumento para destruir a los infieles y a sus falsos dioses, y restaurar mi soberanía sobre las tierras que riega el Nilo”.

»¿Sabes, Bucéfalo? Por un momento dudé entre reír o montar en cólera. Quizá hace años todo esto me hubiera llenado de asombro, pero ya he dejado de ser un muchacho ingenuo.

»—Sacerdote, agradezco vuestros esfuerzos por halagarme, pero ya te dije que he viajado hasta aquí para conocer la verdad. Puedes ahorrarte los trucos de magia. ¿Qué respondes? ¿Me ayudarás o tendré que marcharme con mis preguntas a otro sitio?

»El hombre me contempló dubitativamente durante unos instantes. Después dio unas palmadas. Dos sacerdotes auxiliares surgieron entonces de una cámara secreta escondida tras los tronos de los dioses. Supongo que desde allí habían simulado la manifestación divina. Uno de ellos traía una copa de cristal azul llena de un líquido transparente. El anciano la cogió y me la ofreció.

»—Bebe, rey —me dijo con una sonrisa tranquilizadora—. Si la verdad habita en tu interior, soñarás con ella. Es todo cuanto puedo hacer.

»Apuré la copa sin pensármelo dos veces. Tan pronto como lo hice, sentí que las piernas me fallaban. Supongo que debí de caer al suelo, pero lo que yo experimenté no fue la inconsciencia, sino una increíble sensación de poder, de conocimiento. Fue como si mi mente se ensanchara hasta abarcarlo todo, como si realmente fuera el hijo de un dios. Entonces sentí que un viento impetuoso me alzaba por los aires, más allá de la cámara subterránea donde me hallaba, más allá del oasis de Siwah, a través del desierto y del mar. Cuando el viento se calmó y me depositó en tierra, miré a mi alrededor. Entonces comprobé con asombro que me encontraba en un lugar conocido, un lugar que tú también conoces.

»Era el gran peristilo del palacio de Pela, Bucéfalo. Allí estaba el pórtico de columnas pintadas de verde brillante, los altares de Zeus, Heracles y Atenea, los frescos que decoran los muros, la fuente con la estatua del tritón, los macizos de flores y el gran olivo que mi antepasado el rey Arquelao ordenó traer de Olimpia cuando terminó la construcción. Todo era tal y como lo recuerdo, hasta el mínimo detalle, con la excepción de una extraña neblina que difuminaba los contornos y parecía dotar a los objetos de un halo de irrealidad. Al cabo de unos instantes comencé a distinguir también figuras humanas. Al principio no eran más que siluetas borrosas que deambulaban entre la niebla. Después mi vista se aclaró y pude reconocerlos. Allí estaban Antípatro y Parmenión, conversando animadamente. Vi también a mi madre seguida por sus esclavas, camino del gineceo, y hasta a Leónidas, mi tutor, entrando y saliendo de las estancias como si estuviera buscando a alguien. Te confieso que sentí el impulso de echar a correr y esconderme para evitar que me encontrara, pero entonces caí en la cuenta de que no era al Alejandro adulto a quien Leónidas buscaba, y de que aquellas no eran personas reales, sino tan solo sombras del pasado. De ahí que su aspecto fuera el que tenían cuando yo era un chiquillo, antes de que tú llegaras a Macedonia. Y adivina a quién vi entonces. Estaba oculto tras una columna y tendría unos diez u once años. El pobre crío, que apenas levantaba cinco pies del suelo, parecía totalmente aterrorizado. De tanto en cuanto asomaba la cabeza tras la columna para espiar los movimientos de Leónidas, que gritaba y agitaba los brazos, cada vez más furioso. Yo no podía oírlos, Bucéfalo, pero de pronto recordé la escena. El viejo se había empeñado en cortarme el pelo al rape, al modo de los muchachos espartanos, pero yo no estaba dispuesto a que me esquilaran como a una oveja, así que corrí a esconderme. Después fui a contárselo a Olimpia, y creo recordar que mi madre lo amenazó con convertirlo en un eunuco si se atrevía a tocar

uno solo de mis rizos. Sí, allá iba el niño, cruzando el patio de puntillas camino de los aposentos de su madre, y justo entonces Leónidas lo sorprendía y se lanzaba tras él, amenazándolo con los puños en alto. El patio quedó desierto, y entonces, muy lentamente, se abrió la gran puerta de dos hojas que conduce al exterior.

»Y el que entró fue mi padre, Bucéfalo, Filippo en persona, ataviado con su coraza favorita, aquella de hierro con cabezas de león doradas. Ceñía sus sienes con la corona de hojas de roble que llevaba cuando fue asesinado, la misma que depositamos en el cofre con sus huesos y cenizas. Y caminaba hacia mí sonriendo.

»—Alejandro, muchacho, tienes buen aspecto.

»Las palabras de mi padre me pusieron un nudo en la garganta. Hice ademán de abrazarlo, pero él me contuvo extendiendo los brazos.

»—No, hijo, eso no es posible. Ni tú ni yo estamos aquí.

»—¿Es esto un sueño, padre?, —logré balbucear—. ¿O acaso he descendido hasta el Hades?

»Filipo rió de buena gana, la misma risa estrepitosa que podía oírse desde los rincones más recónditos del palacio.

»—¿Y qué sé yo del Hades? —me respondió mientras se frotaba su único ojo. Después meditó durante unos instantes y añadió con expresión grave—: Los muertos no sabemos nada, Alejandro. Los muertos no somos nada. En cuanto a este lugar, se trata de tu memoria. ¿Qué si no? Pero me han dicho que deseas hacer algunas preguntas. Tal vez pueda ayudarte.

»No sabía por dónde empezar, así que respondí con una nadería:

»—Tú también tienes buen aspecto.

»Filipo volvió a reír, pero sus palabras fueron amargas:

»—Cierto, es lo único que me queda: la apariencia con la que tú y las otras personas que me apreciaron me recordáis.

»—Pero tienes motivos para ser feliz, padre. Cuando vivías se te honró como a un dios, y ahora estoy seguro de que reinas sobre todos los difuntos.

»—Ya veo —replicó Filipo sin abandonar la sonrisa—. Lo mismo que Odiseo le dijo a la sombra de Aquiles. Siempre fiel a tu querido Homero, ¿verdad? Pues bien, que la respuesta de Aquiles sea también la mía: «Preferiría estar sobre la tierra y servir como criado en casa de un hombre pobre a ser el soberano de todos los muertos». Pero te ruego que formules ya tus preguntas, hijo mío. Nuestro encuentro ha de ser necesariamente breve.

»—¿Has sido vengado, padre? —le dije—. ¿Han muerto todos los que tramaron tu asesinato?

»—Eso carece de importancia ahora, Alejandro. Mi muerte ya no tiene remedio. Eres tú el que has de cuidarte de que no te ocurra lo mismo que a mí. —Filipo se rascó la barba pensativo—. Pero te confieso que lamento mi falta de prudencia. Ese muchacho, Pausanias, un guapo mozo, aunque impulsivo, y muy influenciado. ¿Lo hiciste ejecutar, verdad?

»—Pérdicas lo mató cuando escapaba. Su cadáver se pudrió colgado de una estaca frente a tu tumba.

»—Bien, bien. Aunque, como ya te he dicho, poco importa eso ya. De hecho, creo que incluso le debo cierta gratitud a ese sujeto. Al fin y al cabo me mató en la cima de mi gloria, con lo que me evitó la humillación de un posible fracaso y los horrores de la vejez. Pero dime, ¿tu madre se encuentra bien?

»—¿Por qué preguntas eso? ¿Tuvo ella algo que ver?

»—No lo sé, Alejandro, aunque no me sorprendería. —Su expresión se tornó entonces melancólica—. Si la hubieras visto cuando yo la conocí. Fue en Samotracia, ella tenía dieciséis años, y yo era un joven de veintitrés dispuesto a comerme el mundo. La criatura más hermosa que han contemplado mis ojos. Después se convirtió en una auténtica arpía, pero he de reconocer que la amé con toda mi alma. Por cierto, ¿te has casado?

»—No, padre. La verdad es que he tenido poco tiempo para pensar en mujeres.

»—No te lo reprocho. Como recordarás, yo lo hice en siete ocasiones, un par de ellas por amor, el resto por política. Y nada obtuve de ellas, salvo algún que otro momento de placer y muchos quebraderos de cabeza. Aunque claro, también te tuve a ti. Hazme caso, Alejandro, cuando tomes esposa, procura mantenerla en su sitio. Hasta puede que la vida te vaya en ello. Bien, ¿cuál es tu siguiente pregunta?

»—Pero padre, si todavía no has contestado la primera.

»Filipo volvió a reír.

»—Pobre hijo mío. Cruzas el desierto para conocer la verdad y en lugar de al dios Amón encuentras a tu difunto padre con sus tontos consejos. ¿Decepcionado?

»—Sabes que no —le respondí con la voz entrecortada por la emoción—. Sabes que te admiré y te amé como a nadie en el mundo. He dedicado mi vida a terminar lo que tú empezaste.

»El ojo de Filipo relucía. Creo que él también estaba emocionado, si es que puede emocionarse un fantasma.

»—¿La expedición contra Persia? Sí, algo he oído contar. Estáis haciendo tanto ruido allá arriba que incluso los muertos nos hemos enterado. ¿Hasta dónde piensas llegar, Alejandro?

»—Bueno, padre, eso forma parte de mi siguiente pregunta. Deseo consultarte acerca de mi futuro. Quiero conocer mi destino.

»—Ya, tu destino. —Filipo dio un nervioso paseo con las manos en la espalda—. Te diré una cosa, Alejandro: nosotros mismos labramos nuestro destino, si es que logramos pasar por encima de los que intentan impedirnoslo, claro está.

»—Lo cual significa que tampoco piensas contestar esta pregunta.

»Al oír eso mi padre se acercó y clavó en mí su mirada, como acostumbraba a hacer siempre que pretendía intimidarme con su superior estatura. Su rostro estaba tan cerca del mío que podía notar el soplo de su aliento —el aliento de un difunto, valiente paradoja, pero así son los sueños—. Sin embargo, en su expresión no había

ira esta vez, sino cariño. El amor de mi padre, Bucéfalo, el que jamás supe apreciar mientras él estaba vivo.

»—Lo cual significa —me dijo muy lentamente—, que ya he respondido a tu pregunta. Sé que tú y yo somos iguales, muchacho. Yo siempre supe procurar mi propio destino. Sospecho que tú también sabrás arreglártelas con el tuyo.

»En ese momento las palabras brotaron de mí como un torrente:

»—Quiero unir a toda la raza humana bajo una sola soberanía, mezclar las costumbres de los helenos y de los bárbaros, atravesar todos los continentes y someterlos, alcanzar los extremos más lejanos del mar y la tierra, convertir el Océano en la frontera de Macedonia.

»Filipo exhaló un suspiro de alivio.

»—¿Te das cuenta? No necesitabas acudir a ningún oráculo para saberlo. Y ahora, hijo mío, despierta, sal ahí fuera y haz que tu nombre sea recordado para siempre. Y junto al tuyo, el mío.

»Abrí los ojos en la sala subterránea. El sacerdote acercaba una copa de vino a mis labios. Bebí un largo sorbo y le di las gracias.

»—¿Has encontrado respuestas a tus preguntas, señor?

»—Sí, anciano —le respondí—. He oído cuanto mi corazón anhelaba.

»Dejemos a todos pensar que me considero hijo de Zeus-Amón, Bucéfalo. Eso hará las cosas más fáciles, especialmente con los asiáticos. Pero ahora ya sé sin lugar a dudas de quién soy hijo: de Filipo, el mejor de los padres, el mejor de los hombres. Ahora volvamos con los demás. Necesito algo de descanso y presiento que tengo poco tiempo que perder.

Una caravana nos condujo hasta Menfis en algo menos de veinte días. Durante el camino de regreso, Alejandro les refirió a sus amigos una versión parcial de lo ocurrido en el interior del santuario; se limitó a hacerles saber que el sumo sacerdote había confirmado su origen divino, aunque no por ello deseaba que le fueran rendidos más honores que la gran amistad que ya le profesaban. También les hizo prometer que, si su muerte sobreviniera antes que la de ellos, le darían sepultura en el oasis de Siwah. Puesto que Alejandro no tenía por entonces más que veinticuatro años, Hefestión y Tolomeo se tomaron aquella promesa medio a broma, aunque se apresuraron a jurar solemnemente que cumplirían sus deseos si se daba esa triste circunstancia.

Ya en Menfis, Alejandro organizó un desfile y juegos atléticos. Después anunció públicamente su supuesta filiación divina, algo que los egipcios aceptaron con la mayor naturalidad, pero que hizo fruncir el ceño a más de un macedonio. Recuerdo especialmente un sarcástico comentario de Filotas a propósito de las nuevas monedas que Alejandro había ordenado acuñar, y que mostrarían su efigie con dos cuernos de carnero, animal sagrado de Amón, brotándole de las sienes.

—Así que Alejandro quiere aparecer con cuernos en sus monedas —murmuró de forma bien audible—. Vaya, todos creerán que el rey de Macedonia es un sátiro en lugar de un hombre. No me gustaría estar en el pellejo de su barbero. Esos cuernos deben de ser una gran molestia a la hora de cortar el pelo.

Alejandro fingió que no lo había oído, aunque me consta que tomó buena nota. En esto llegaron emisarios de los oráculos helenos en Asia Menor. Todos ellos traían noticias de varios prodigios observados que señalaban al rey de forma incuestionable como hijo de Zeus. Hefestión bromeó en privado al respecto:

—No podían haber sido más oportunos. Cualquiera diría que lo tenías todo preparado antes de nuestra partida.

Alejandro se limitó a guiñarle un ojo y llevarse un dedo a los labios.

Entretanto, los muros de la nueva «Alejandría junto al Nilo» seguían creciendo. Pero no tuvimos tiempo de comprobar si el vaticinio de Aristandro acerca del auge de la ciudad se cumplía o no, pues muy pronto llegaron noticias inquietantes desde el este: Darío había logrado movilizar efectivos de todas las satrapías orientales del imperio. Un nuevo y enorme ejército enemigo se hallaba en pie de guerra.

—No le hagamos esperar —dijo Alejandro—. He enviado instrucciones a Antípatro para que nos envíe refuerzos desde Macedonia. Dejaremos aquí una guarnición formada por veteranos y soldados que han tomado mujeres locales, junto con sus hijos. Ellos serán los primeros ciudadanos de Alejandría.

Volviendo sobre nuestros pasos, llegamos a la ciudad de Tiro, donde ya nos aguardaban las tropas macedonias reclutadas por Antípatro. Desde allí nos encaminamos hacia las profundidades de Asia en busca de Darío.

Capítulo IX

La tierra de los dos ríos

GAUGAMELA. A veces la Historia busca los sitios más insignificantes como escenario de sus hechos más dramáticos. Una desolada llanura junto al villorrio de Gaugamela, al este del río Tigris, había sido el lugar elegido por Darío para la cita definitiva. Pocos días antes nuestro ejército había rebasado el río, no sin dificultades, mientras varias patrullas persas vigilaban nuestros movimientos desde la distancia. A pesar de su prudencia, logramos capturar a algunos jinetes enemigos, quienes nos aseguraron que el ejército persa estaba acampado en las inmediaciones, cerrándonos el paso. Nuestros propios informes lo confirmaron. Al parecer, el Gran Rey nos tenía por fin donde él deseaba.

—¡El terreno está tan liso como la arena de un hipódromo! —exclamó Parmenión—. Apenas han dejado un guijarro.

—Incluso ha sido desbrozado —lo secundó su hijo Filotas, comandante de los hetairos—. Tiene todo el aspecto de un campo listo para ser arado. ¿Y bien, Alejandro?

Habíamos ascendido hasta lo alto de una pequeña loma para reconocer el terreno. El inclemente sol hacía reverberar el campo de batalla, que se extendía ante nuestra vista como un gigantesco animal dormido. Junto al pequeño pueblo de Gaugamela se divisaba el campamento persa, erizado de estandartes y vasto como una ciudad. Nos habían asegurado que tendríamos que luchar en circunstancias adversas, aunque nunca pudimos imaginar hasta qué punto. Alejandro escuchaba los comentarios de sus generales y guardaba silencio. Por fin, lanzó un suspiro y se giró hacia ellos con una sonrisa.

—¿Sabéis? Casi me siento en la obligación de enviar a Darío un mensaje de agradecimiento por haberse tomado tantas molestias. Este es sin duda el campo de batalla más perfecto de la Historia.

—Perfecto para el persa, querrás decir —apostilló Parmenión—. Salta a la vista que no están dispuestos a caer por segunda vez en una trampa como la de Iso. En esta ocasión Darío ha elegido el terreno más propicio para hacer maniobrar a su ejército. Mucho me temo que esta vez hemos sido nosotros los que hemos caído en una trampa. ¿Querrás considerar ahora la conveniencia de una retirada?

—¿Una retirada? ¿Y adónde podríamos retirarnos? Hemos dejado atrás el Éufrates y el Tigris, y el terreno entre ambos ríos ha sido totalmente asolado por los persas. No tendríamos la menor posibilidad de poner a salvo a nuestras tropas. La

única alternativa que nos queda es seguir adelante.

—Entonces habrás de reconocer que Darío se las ha arreglado para tenderte una emboscada. Tu padre jamás habría cometido semejante torpeza.

Alejandro lo contempló durante unos instantes con gesto hosco, pero el general sostuvo su mirada sin amilanarse.

Al regresar encontramos una gran agitación en el campamento. Filippo, el médico, salió al encuentro de Alejandro.

—Se trata de la reina Estateira, señor —dijo retorciéndose las manos.

Entonces se interrumpió, como si no se atreviera a continuar hablando. Alejandro lo urgió a proseguir con un gesto impaciente.

—Cayó desvanecida esta mañana, al poco de tu partida. Cuando llegué la encontré aquejada de tremendos dolores en el pecho; su corazón latía de forma irregular y su respiración era entrecortada. Hice cuanto estaba a mi alcance para reanimarla, pero no pude evitar que su vida se apagara con gran rapidez. Ha muerto hacia el mediodía.

Alejandro se encaminó de inmediato a la gran tienda de la familia de Darío. Sisigambis, la madre del rey, permanecía rígidamente sentada en un sillón, mientras el niño y las dos muchachas lloraban junto al lecho sobre el que estaba tendido el cuerpo sin vida de su madre. Barsine se hallaba junto a ellos y les susurraba palabras de consuelo, aunque sin conseguir calmar su llanto. La muchacha miró a Alejandro con una mueca de dolor.

—Llévatelos, te lo ruego —le dijo el rey en heleno—. Quiero hablar a solas con la reina Sisigambis.

Después se postró a los pies de la anciana y notó que esta le rodeaba el cuello con los brazos.

—¡Perdóname, madre! Nunca debí haceros sufrir las penalidades de esta expedición. Yo soy el culpable de su muerte.

—Tú no eres culpable de nada —dijo Sisigambis suavemente mientras le acariciaba los cabellos—. Yo ya sabía que su salud era frágil. Habría muerto igual entre los lujos y las comodidades del harén de Susa.

—Quizá estarás allí de nuevo muy pronto. Tu hijo me aguarda a pocos estadios de este lugar con un ejército formidable. Sabes que tú y tus nietos sois libres de reuniros con él ahora mismo, si así lo deseas.

—Mi único deseo es permanecer aquí contigo. Tú eres mi auténtico hijo, mi querido y noble Iskandar.

El rey miró a la anciana con los ojos nublados por las lágrimas.

—Dispondré que Estateira sea enterrada según vuestros ritos y que se le concedan las honras fúnebres que corresponden a su dignidad real.

Alejandro hizo venir a un mago, que así es como los persas llaman a sus sacerdotes, y le encargó que dispusiera todo lo necesario para el funeral de la reina. Los helenos queman los cuerpos de sus difuntos sobre una pira. Los persas, en cambio, consideran el fuego sagrado y la incineración de cadáveres un sacrilegio. Siguiendo las instrucciones del mago, el cuerpo de Estateira fue recubierto de cera y depositado en una fosa. «De este modo evitamos que su corrupción mancille la tierra —explicó el sacerdote— y hacemos que su espíritu sea grato ante los ojos de Ahura Mazda, el Señor de la Sabiduría». Sin embargo, el rey se opuso a la práctica de abandonar previamente el cadáver sobre un cerro a merced de los perros y las aves carroñeras. «Pero señor —insistió el mago—, un cuerpo muerto pertenece a Ahrimán y, por lo tanto, al Mal». Pero Alejandro se mostró inflexible. En lugar de ello, ordenó que la plana mayor de su ejército asistiera a la ceremonia y que una gran guardia de honor custodiara el lugar donde yacería para siempre el cuerpo de la que en vida fue considerada la mujer más bella de Asia.

Cuando las honras fúnebres concluyeron, Alejandro envió un emisario al campamento de Darío. Su misión consistiría en informar al rey de la muerte de su esposa y hacerle llegar sus condolencias. Al atardecer, ordenó a sus generales y consejeros que los siguieran a su tienda para celebrar una reunión de estado mayor.

—Me pregunto si hay algo en el mundo que los persas no consideren sagrado —bromeó Filotas—. He oído que su religión les prohíbe incluso mear o escupir en los ríos a fin de no profanar las aguas.

—Yo te diré algo que los persas no consideran sagrado —dijo Nicanor, el otro hijo de Parmenión—: nuestra sangre. Te aseguro que están dispuestos a derramarla en gran cantidad sin remordimientos.

Alejandro pidió silencio con gesto abatido, pues aquellas groseras bromas le molestaban tras los tristes acontecimientos del día. Además, según me había confesado, la inminencia del encuentro decisivo con Darío le había impedido conciliar el sueño durante varias noches.

—Parmenión, ¿tienes ya los informes de los exploradores sobre las fuerzas persas?

—Por desgracia sí, y son aún peores de lo que esperaba: todos los efectivos de las satrapías orientales del imperio han sido movilizadas. El mismísimo Bessos, sátrapa de Bactria, ha acudido con numerosos contingentes de bactrianos y sogdianos. ¿Has oído hablar alguna vez de los escitas masagetas?

—Supongo que te refieres al pueblo nómada que habita las estepas más allá del río Oxo, en los confines septentrionales del mundo.

—Exacto, y de los que se dice que son los mejores jinetes y los más temibles guerreros de toda Asia. Pues también han acudido puntuales a la cita. ¡Por todos los dioses! Tienen incluso un contingente de guerreros indios con quince elefantes de

combate.

—¿Elefantes?

—Sí, unas bestias tan grandes como montañas que lo arrasan todo a su paso. Y eso no es todo. Darío ha ordenado rearmar a sus tropas con mejores armaduras y lanzas más resistentes. También ha ordenado construir doscientos carros provistos de guadañas en sus ejes a fin de hacerlos cargar contra nuestra infantería.

—¿Cuántos son en total?

—¿Y quién podría contarlos? ¿Trescientos mil, cuatrocientos mil, un millón? ¿Qué más da? Y en esta ocasión Darío podrá desplegarlos a su antojo. Nos borrarán del campo de batalla a la primera embestida. ¿No tenías bastante con Asia Menor, o incluso con Egipto? ¿Por qué nos has hecho venir tan lejos para morir como perros?

—¿Los hombres libres no caerán derrotados ante un ejército de esclavos! —gritó Alejandro con el rostro enrojecido por la ira. A continuación se derrumbó en su sillón y permaneció pensativo durante un largo rato, ante la mirada expectante de los demás—. Te ruego que me disculpes, Parmenión —dijo por fin en tono conciliador—, pero me gustaría que comprendierais mis motivos: todo lo que hemos conseguido hasta ahora no valdrá nada mientras el poder de Persia permanezca intacto. Del mismo modo que no hay dos soles en el cielo, no pueden existir tampoco dos potencias en Asia. Nuestra única oportunidad se cifra en obligar a Darío a concentrar todas sus fuerzas en una única batalla y quebrantar su poderío para siempre.

—Ya comprendo —dijo Parmenión sonriendo sarcásticamente—. Ahora que toda Asia está unida contra nosotros, solo nos queda derrotarlos. Un excelente plan, muchacho.

—¡Maldita sea!, —todos se volvieron hacia Crátero, que acababa de plantarse ante Parmenión en actitud desafiante—. Nuestro rey nos ha llevado a la victoria una y otra vez. ¿Cómo te atreves a cuestionar así su autoridad? —Entonces se volvió hacia Alejandro—. ¿Qué esperas para cerrarle la boca de una vez a este viejo y a esos dos traidores que tiene por hijos?

Filotas y Nicanor se pusieron de pie a la vez y desenvainaron sus espadas. Crátero hizo lo propio, secundado por Seleuco. Los demás se apresuraron a proteger la persona del rey del altercado.

—¡Basta! —bramó Alejandro—. ¡Envainad las armas! Y tú, Crátero, pídele disculpas de inmediato a Parmenión.

Crátero dejó caer su espada al suelo y le lanzó a Parmenión y a sus hijos una mirada de intenso odio. Su apariencia no era la de un hombre dispuesto a pedir perdón.

—No pienso... —había comenzado a decir cuando fue interrumpido por la aparición de uno de los guardias reales.

—Señor, el emisario que mandaste al campamento persa acaba de regresar con un mensaje de Darío para ti.

La inesperada noticia sirvió para calmar los ánimos de los presentes. Alejandro se

apresuró a romper el sello de la tablilla que contenía el mensaje de Darío. Finalmente estalló en una estrepitosa carcajada.

—¡Escuchad esto! Darío ha mejorado su última oferta: ahora está dispuesto a entregarme todos los territorios entre el Helesponto y el Éufrates, como si no quisiera darse por enterado de que nuestro campamento está plantado muchos estadios más acá de ese río. También me pide que acepte treinta mil talentos de oro y la mano de su hija mayor. Dime, Parmenión, ¿es este el mensaje de un hombre que da su victoria por segura? Está completamente aterrorizado, tal y como suponía.

Parmenión dejó escapar un suspiro de resignación.

—Te diría que aceptaras, pero creo adivinar cuál será tu respuesta. Ahora bien, si estás convencido de lanzar el ataque, te ruego que lo hagas por sorpresa y durante la noche. Será la única forma de compensar la superioridad numérica del enemigo.

—¡No robaré la victoria! —replicó Alejandro airado—. Lucharemos a la luz del sol, como corresponde a los hombres. Ahora id a informar a los oficiales de que la lucha tendrá lugar mañana. Quiero que todos ellos hagan comprender a las tropas bajo su mando que en esta ocasión no peharemos por controlar una ciudad o un territorio, sino por la soberanía de toda Asia.

El tono tajante de la réplica de Alejandro enmudeció a Parmenión. Cuando se levantó y abandonó la tienda, seguido por sus dos hijos, todos observaron cómo la colera crispaba sus nudillos hasta hacerlos palidecer.

Incapaz una vez más de conciliar el sueño, Alejandro vino a mi establo y comenzó a cepillar mis crines. Él afirmaba que aquella actividad le ayudaba a serenarse en los momentos de angustia. Al mismo tiempo, me hizo partícipe de los acontecimientos del día, quizá solamente como una forma de reflexionar en voz alta, o bien, como yo siempre he preferido pensar, porque me consideraba su amigo y su confidente.

—He vuelto a ofender a Parmenión. Siento que haya ocurrido, pero el hecho de que fuera el mejor amigo de mi padre no lo autoriza a discutir todas mis órdenes. Tendrá que aprender a ser más disciplinado. ¿Acaso no comprende que un ataque nocturno es precisamente lo que Darío está esperando? Estoy seguro de que esa sospecha le hará mantener a sus hombres despiertos y alerta toda la noche, mientras que los míos estarán frescos y descansados por la mañana. Además, solo la táctica más precisa podrá darnos la victoria contra una fuerza tan superior. Necesitaré la luz del día para observar el desarrollo de la batalla y dar las órdenes oportunas. El polvo ya será suficiente dificultad, la oscuridad lo convertiría todo en un tremendo caos. — Alejandro permaneció entonces silencioso durante unos instantes—. He de confesar que Darío me desconcierta. En su mensaje me agradece gentilmente el trato que le he dado a su familia y mis disposiciones para los funerales de su esposa. Hasta hace poco Darío no era para mí más que un déspota y un cobarde, pero estoy empezando a verlo desde una nueva perspectiva. Mi padre planeó esta expedición como una forma

de restablecer el honor de los helenos y unirlos a todos en una causa común. Yo, en cambio, la he transformado en una campaña de agresión y conquista. Es cierto que acaricio un proyecto desde hace muchos años: Occidente y Oriente unidos bajo una sola soberanía, el imperio de la justicia y de la civilización... tantas veces lo he repetido que las palabras empiezan a sonarme huecas. Tal vez me esté engañando, tal vez todo se reduzca a la ambición de un solo hombre, a una salvaje sed de poder. ¿Sabes, Bucéfalo? Te confieso que me gustaría volver a la vida, siquiera brevemente, dentro de muchos años, para saber lo que las generaciones futuras opinarán de estos hechos que ahora vivimos. Mucho me temo que su juicio será severo conmigo. En ocasiones hasta dudo que los dioses contemplen con buenos ojos esta monstruosa guerra. ¿Es todo esto fruto de su voluntad o solo de la mía?

Alejandro volvió a guardar silencio. Giré la cabeza para mirarlo y vi cómo sus mandíbulas se apretaban en un gesto de determinación.

—¿Y qué importa? El caso es que he de acabar lo que empecé. Hay demasiado en juego para desistir ahora: mi gloria, que estimo por encima de todas las cosas, el descanso del alma de mi padre, asesinado por el oro persa, y las vidas de todos estos hombres que me han seguido. Además, ¿quién puede afirmar que mañana a estas horas no estaremos todos muertos? Tal vez sea ese el destino que los dioses me deparan como castigo por mi arrogancia, aunque ten por seguro que haré cuanto esté en mi mano para evitarlo.

Alejandro dejó de cepillarme y se abrazó a mi cuello, igual que hacía cuando era un niño. El tono de su voz se dulcificó:

—Bucéfalo, mi querido Bucéfalo —me dijo mientras acariciaba mi testuz—. Llevamos trece años juntos. Eres ya todo un veterano curtido en muchas batallas. ¿No te estaré pidiendo demasiado? Quizá ha llegado el momento de que te tomes un merecido descanso.

Aquella cariñosa insinuación de Alejandro me hizo sentir una enorme inquietud. Es cierto que yo tenía ya veinticuatro años por aquellos días, una edad más que respetable para cualquier caballo; sin embargo, me sentía aún lleno de energía y, sobre todo, me aterraba la idea de que mi señor decidiera cambiarme por un caballo más joven. Habría dado cualquier cosa por que mi lengua fuera capaz de pronunciar las palabras de los hombres para decirle «Si me alejas de tu lado, moriré». Aun así, mi reacción debió de ser lo bastante expresiva.

—Estás temblando, Bucéfalo —me dijo suavemente—. Puedes entender todo lo que te digo, ¿verdad? Cálmate, aún no ha llegado el momento de tu honrosa licencia. Tal vez sea un egoísta, pero me sentiría indefenso si tuviera que lanzarme al ataque a lomos de un caballo que no fueras tú. Y, además, sabes bien que el éxito de esta expedición se debe en buena medida al coraje de nuestros veteranos.

Fue entonces cuando se oyó un gran alboroto por todo el campamento. Alejandro abandonó mi establo a toda velocidad.

—¿Qué ocurre? ¿Están atacando los persas?

—No, señor —respondió uno de los oficiales de guardia con gran agitación—. ¡Es la luna! ¡Está desapareciendo del cielo! Los hombres tienen miedo.

Tras mirar hacia lo alto, Alejandro comprobó que, efectivamente, la luna llena mostraba un extraño color rojizo y que una buena porción de ella había desaparecido tras un manto de negrura. El fenómeno prosiguió con lentitud hasta que el brillo del astro nocturno se apagó casi por completo. Mientras tanto, los soldados apenas se atrevían a mirar al cielo, acariciaban sus amuletos y murmuraban los sortilegios protectores que habían aprendido de sus madres y abuelas.

Alejandro conocía bien el mecanismo de los eclipses^[5], al que Aristóteles había dedicado más de una lección en los lejanos días de Mieza. «El Sol es una gran roca ardiente cuya luz se refleja en la Luna durante la noche —recuerdo haber oído explicar al filósofo—. Cuando la Tierra, que permanece estática, se interpone entre ambos astros, su masa oculta la luz solar e impide que la Luna pueda reflejarla». Se trataba, pues, de un inofensivo fenómeno natural, aunque dudo mucho que aquella explicación hubiera satisfecho a los supersticiosos soldados macedonios. Alejandro también lo comprendió así, de modo que hizo venir de inmediato a Aristandro, el adivino.

—Ha llegado la hora de que te ganes el oro que te pago —le dijo en privado—. Quiero que inventes un augurio favorable para este fenómeno. Y hazlo pronto, mis soldados necesitan descansar.

Aristandro, que conocía bien sus obligaciones, no se hizo de rogar. Poco después aparecía ante las aterradas tropas vestido con su túnica de sacerdote y sosteniendo una rama de laurel, árbol de Apolo, en su mano derecha, y sobre un estrado anunciaba que la luna representaba a Persia, cuya luz estaba a punto de ser eclipsada por el poder de Macedonia. Los soldados jalearon entusiasmados el vaticinio y se retiraron a sus tiendas convencidos de nuestra inminente victoria. Desde mi cercado vi cómo las fogatas del campamento se extinguían poco a poco, salvo la lámpara en la tienda del rey, que ardió hasta el amanecer. También ardieron durante toda la noche las hogueras del campamento enemigo, y eran tantas que parecía que el horizonte entero estuviera en llamas.

Desperté en medio de un gran bullicio. Los soldados iban y venían, preparando sus armas y sus ranchos. Por todo el campamento se respiraba un ambiente de gran optimismo, como si la gran batalla que estaba a punto de tener lugar fuera un mero preámbulo de la segura victoria. Eché, sin embargo, de menos a Alejandro. Él siempre se levantaba antes del toque de diana, arrastrando a todos en un torbellino de actividad. En cambio, aquella mañana su tienda permanecía extrañamente silenciosa.

—¿Dónde está el rey? —rugió Parmenión—. El ejército persa ha permanecido toda la noche alerta y nuestros oficiales aguardan órdenes.

—Está dormido aún, mi general —respondió uno de los pajes reales retorciéndose

las manos—. No nos hemos atrevido a despertarlo.

—¡Estupendo! Ha ido a elegir precisamente el mejor día para remolonear en la cama.

En ese instante Alejandro salió de su tienda, frotándose los ojos y todavía a medio vestir.

—¿A qué viene tanto escándalo? —preguntó entre bostezos.

—Los persas —dijo Parmenión—, ¿recuerdas? Se están impacientando. ¿O acaso deseas pedirle a Darío que aplace el ataque para que puedas dormir un ratito más?

—No será necesario —dijo Alejandro guiñando un ojo—. Confieso que la preocupación me ha mantenido despierto casi hasta el amanecer, pero ahora ya sé cómo les haremos frente. Sentí tal tranquilidad cuando vi clara la táctica de la batalla que me quedé dormido como un niño de pecho. Ve ahora a llamar a los demás; me reuniré con vosotros de inmediato.

Poco después, ya vestido con su coraza, Alejandro impartió las instrucciones para la batalla:

—Bien, seamos realistas y supongamos que Darío aprendió algo en Iso. No cabe duda de que nuestra infantería es muy superior a la suya, de modo que, si no me equivoco, el persa se lo jugará todo a un ataque masivo con la caballería. El hecho es que nos superan abrumadoramente en número de jinetes, lo que unido a las características del terreno les permitirá presentar una formación mucho más larga que la nuestra. Bien sabéis que aquí no podremos encajar nuestra formación entre dos obstáculos infranqueables, como en Iso. Así pues, corremos el riesgo de que sus jinetes rebasen nuestras filas y nos atrapen en una tenaza por los flancos y la retaguardia. Con el fin de evitarlo, reforzaremos ambas alas de nuestra formación con columnas mixtas de caballería e infantería orientadas hacia el exterior. Si nos rebasan, las columnas avanzarán para cortar el ataque del enemigo. Si no logran hacerlo, se replugarán para reforzar cualquier punto débil de la línea. También dispondré un cuerpo de infantería para proteger nuestra retaguardia.

—Muy ingenioso —admitió Parmenión acariciándose la barba—. Pero nos estás hablando de una táctica defensiva. ¿En qué momento lanzaremos el ataque?

—Vayamos por partes, Parmenión. Y recuerda lo que decía mi padre: «El arte de la guerra no consiste más que en una defensa ordenada y prudente seguida por un rápido y audaz ataque». De la segunda parte me encargaré yo. Adoptaremos una formación tradicional, con la caballería en las alas, la falange en el centro y articulaciones de infantería ligera entre ambas. Tú comandarás el ala izquierda con la caballería tesalia, y yo estaré a la derecha con los hetairios. Los hipaspistas formarán en el centro-derecha, como es habitual, protegiendo el flanco expuesto de la falange. ¿Recuerdas la táctica de mi padre en Queronea?

—¿Y cómo podría olvidarla? Filipo ordenó lanzar un ataque escalonado desde la derecha.

—Exacto. Haremos algo parecido: yo atacaré y tú defenderás. Será como librar

dos batallas en una.

—Temo que no nos alcancen los hombres ni para una sola batalla, pero creo que te he entendido. ¿Y qué hay de los carros?

—Esa es la menor de mis preocupaciones. Nuestra falange está bien adiestrada. Los hombres serán perfectamente capaces de abrir pasillos para dejarles pasar y volver a cerrarlos de inmediato. Ahora vayamos todos a celebrar un sacrificio propiciatorio.

Aquel fue el sacrificio más extraño que los macedonios hubieran visto jamás. En lugar de la habitual invocación a Ares, dios de la guerra, Alejandro ordenó que se inmolará un carnero negro en honor de uno de sus hijos: Fobo, el que infunde pánico en el corazón de los guerreros y los hace batirse en retirada. Por entre las filas de soldados se oyeron murmullos de incomprensión ¿Por qué motivo rendía homenaje el rey a aquella oscura deidad?

—¡Amigos! —gritó Alejandro—. No es en mi nombre en el que realizo este sacrificio, sino en el de Darío. Vayamos ahora al campo de batalla a hacer nuestro trabajo y dejemos que Fobo haga el suyo.

Fue en ese mismo instante, como rubricando las últimas palabras del rey, cuando observamos que una majestuosa águila remontaba el vuelo tras nuestras filas y se perdía en la distancia, en dirección al campamento de Darío. Yo mismo había visto al animal en varias ocasiones, enjaulado y esperando el momento de protagonizar el prodigio, pero aun así asistí a la escena con la emoción de quien acaba de presenciar un mensaje divino.

Cuarenta y siete mil gargantas vitorearon entonces el nombre de Alejandro, hijo de Zeus-Amón, y marcharon tras él al combate. Algunos bromeaban como chiquillos, otros entonaban peanes guerreros u obscenas canciones de taberna. En todos los ojos brillaba la admiración que sentían por el joven rey. Jamás he visto unos hombres tan convencidos de su victoria.

Sin embargo, la contemplación del despliegue enemigo los sumió a todos en el silencio, pues, más que un ejército convencional, en el extremo opuesto del campo de Gaugamela había brotado un mar de hombres. A su derecha formaba la temible caballería acorazada, en esta ocasión al mando de Maceo, sátrapa de Babilonia. En el centro relucían las afiladas guadañas de los carros falcados. Más allá, un sinfín de relámpagos dorados nos confirmó la posición de los Inmortales, que adornan sus picas con manzanas de bronce. Ante sus filas surgían las moles grises de los elefantes indios, y tras ellos, bien protegido en la retaguardia, sin duda debía de encontrarse el carro real. Pero era su flanco izquierdo el que causaba más pavor. Allí nos esperaban los bactrianos, sogdianos y masagetas de Bessos, guerreros salvajes y terribles, de los que se contaba que bebían la sangre de los enemigos muertos y atesoraban sus cabezas como trofeos. Su formación era compacta, profunda y tan larga que rebasaba nuestras líneas en varios estadios por ambos lados.

Los persas habían aguardado durante toda la noche un ataque que no se produjo,

así que debían de estar tan agotados como furiosos. Apenas parecían capaces de contener a sus monturas, cuyos bufidos y relinchos oíamos con claridad desde el otro extremo del campo de batalla. Alejandro decidió no hacerlos esperar más y alzó la mano para dar la señal de avance. Entonces sobrevino ese extraño silencio que siempre precede a la furia del combate, un instante sobrecogedor en el que el tiempo parece detenerse y el miedo se vuelve tan tangible que casi se puede oler.

Sonaron las cornetas y nos lanzamos al ataque. Cabalgamos en diagonal, desplazándonos tanto hacia la derecha que daba la impresión de que éramos nosotros los que intentábamos rodear al enemigo. Darío debió de quedarse atónito. El rey persa había esperado una maniobra defensiva y, en su lugar, tuvo que hacer frente a una carga fulminante contra su ala izquierda. Bessos también titubeaba, pues, al igual que su rey, jamás habría esperado semejante audacia por nuestra parte. El sátrapa estaba estirando las filas de su caballería para impedir ser rebasado, pero no se decidía a contrarrestar nuestra carga atacando a su vez. Entonces observamos que numerosas unidades abandonaban su posición en el centro-izquierda y se desplazaban para reforzar el flanco amenazado. El Gran Rey había perdido la iniciativa. Ahora solo le restaba tomar precauciones. Alejandro no pudo reprimir un grito de júbilo.

—¡Sabía que no me decepcionarías! —exclamó al tiempo que hacía descender su pica.

El rey persa y su sátrapa por fin se habían decidido a atacar, pues sus filas estaban ahora tan estiradas que cualquiera desplazamiento más hacia la izquierda las rompería, como la cuerda de una catapulta tensada en exceso. Cayeron sobre nuestro flanco con la furia de una jauría de perros y nos trabamos en un cruento combate. Recuerdo con especial horror a los guerreros masagetas, unas bestias sanguinarias con el rostro pintado de azul, al igual que nuestros tracios, que se batían con una saña que no parecía humana. Sólidamente plantados sobre sus veloces caballos escitas, cada uno de ellos era una auténtica fortaleza móvil. Vi a algunos ponerse en pie sobre su montura y lanzarse de un salto contra nuestros jinetes, a los que degollaban de un limpio tajo. Los vi disparar su arco sin interrumpir su furioso galope, y hasta cargar lanza en ristre sin resultar derribados por el choque, una proeza que muy pocos jinetes helenos son capaces de realizar. Carecían, en cambio, de lo que diferencia a un auténtico ejército de una horda bárbara: la disciplina necesaria para actuar de forma coordinada según un plan establecido. Esa disciplina fue precisamente la que impidió que nuestro ataque fuera rechazado de inmediato. A pesar de ello, tuvimos que pagar un enorme precio en vidas.

¿Qué estaba ocurriendo mientras tanto en el resto del campo de batalla? En el centro, Darío se había decidido por fin a lanzar sus carros contra nuestras falanges, con un resultado muy diferente del que esperaba: algunos aurigas habían sido abatidos por nuestros arqueros al comienzo de carga; a continuación, siguiendo las órdenes de Alejandro, los hipaspistas comenzaron a golpear sus escudos con la hoja de las espadas, produciendo un ruido ensordecedor que espantó a muchos caballos y

los desvió de su objetivo. En cuanto a los que lograron alcanzar nuestras líneas, vieron cómo los soldados les abrían paso y volvían de inmediato a cerrar filas, sin desbaratar la formación en ningún instante. Quedó demostrado así que el carro de combate resulta un arma ineficaz contra un ejército moderno. Los tiempos de la guerra de Troya quedaban ya muy lejanos.

Los hombres de Parmenión, en cambio, estaban pasando momentos muy difíciles en su posición del ala izquierda. El sátrapa Maceo había lanzado a los jinetes acorazados contra nuestra caballería, que, según el plan establecido por Alejandro, se había limitado a aguantar su acometida. Tanto los jinetes enemigos como sus monturas estaban revestidos por una pesada armadura de planchas metálicas que los hacía prácticamente invulnerables. Los caballos, además, eran de pura raza persa, con una alzada y fortaleza muy superiores a la de los caballos helenos. Eran, en suma, una poderosa fuerza de choque, y así lo demostraron logrando abrir brechas en nuestras líneas.

Ensobercidos por el tronar del acero y los gritos de dolor, Alejandro y yo observamos que uno de los oficiales de Parmenión se nos aproximaba a galope tendido.

—¡Señor! —gritó—, mi general me envía para comunicarte que un numeroso grupo de jinetes enemigos ha conseguido romper nuestras líneas y se aleja en dirección al campamento. Probablemente lo estén saqueando ya.

Alejandro se detuvo un momento y reflexionó.

—¿Pudisteis identificar a los hombres? —preguntó finalmente.

—Sí. La mayoría eran guardias reales, unos tres mil en total.

—Hum, fuerzas de elite. No creo que se trate de saqueadores, sino de una partida de rescate. Darío intenta recuperar a su madre y a sus hijos. Pero no hay nada que podamos hacer ahora.

—Señor —insistió el hombre—. Olvidas que hemos dejado el campamento prácticamente desguarnecido, apenas un batallón de tracios y miles de no combatientes. Estarán totalmente a merced del enemigo. Necesitamos refuerzos urgentemente.

—¿Refuerzos has dicho? —replicó Alejandro enojado—. Mira a tu alrededor. Aquí es donde nos lo estamos jugando todo. No puedo prescindir de un solo hombre. Ve y dile a Parmenión que tendrá que arreglárselas por sus propios medios. Si perdemos en este día, poco importará que nos hayan saqueado. Vuelve con tu general. ¡Y cerrad esa brecha, por todos los dioses!

A continuación me hizo girar para neutralizar el ataque de un jinete sogdiano que se abalanzaba contra nosotros cabalgando sobre un enorme camello. Su cimitarra logró rozar el brazo del rey, pero el aullido de triunfo del bárbaro se congeló cuando Alejandro, revolviéndose como un gato, le enterró su espada en el vientre.

La batalla estaba alcanzado su momento crítico. Los jefes de la falange habían hecho avanzar a sus hombres contra el centro de la formación enemiga, logrando en

un primer momento hacer retroceder a su infantería. Pese a ello, Darío había tenido la precaución de situar en primera línea a las dos divisiones de mercenarios que le restaban, comandadas por Patrón, un experimentado y leal general focense. Los helenos se estaban batiendo con valor y destreza, y tras ellos aguardaba la enorme masa de levass asiáticas que Darío había mantenido en reserva en la retaguardia. Puede que no fueran gran cosa como combatientes, pero eran tantos que podrían aplastarnos con su mera superioridad numérica. Alejandro juzgó entonces que el avance enemigo y la concentración de tropas en su flanco izquierdo habían debilitado el centro de su formación lo bastante como para que el ataque fuera factible. El momento que aguardaba había llegado por fin. Ordenó a los cornetas que dieran el toque de reagrupamiento y separó del combate a tantas unidades como pudo: unos tres mil hombres en total, entre jinetes e infantes. Los soldados habían sido bien adiestrados por sus oficiales y formaron en cuña sin necesidad de recibir órdenes: el escuadrón real de los hetairios, con el rey y yo en la punta de ataque, formaba el vértice superior del triángulo. Tras nosotros, otros siete escuadrones de caballería y, por último, cuatro batallones completos de la falange, con la misión de impedir que la brecha que abriéramos volviera a cerrarse, lo que nos dejaría aislados e impediría cualquier posibilidad de retirada. De este modo avanzamos a través del enorme frente de batalla enemigo, abriéndonos camino penosamente a punta de sarisa. Muchos fueron los que no pudieron alcanzar el objetivo, que no era otro que el mismísimo corazón del ejército persa. Hefestión, que cabalgaba inmediatamente detrás de nosotros, fue alcanzado por una jabalina en el hombro. Observamos con horror cómo caía de su caballo y quedaba atrás, engullido por el torbellino de la lucha. Alejandro tiró bruscamente de mis riendas y giró la cabeza. Entre densas nubes de polvo, el rey adivinó docenas de cuerpos caídos. Algunos todavía se agitaban levemente, pero la mayoría permanecían inmóviles, desmembrados, cubiertos de tierra y sangre, aplastados por los cascos de los caballos. Quién sabe cuál de ellos era el de Hefestión. Nada podíamos hacer allí, así que Alejandro gritó de ira e impotencia y me ordenó continuar hacia delante. Los macedonios que aún permanecían sobre sus monturas multiplicaron el grito de rabia de su rey, y fue esa misma rabia la que puso alas en mis patas y me ayudó a salvar el largo trecho que aún nos separaba del carro de Darío. Entonces, a través de la polvareda, aparecieron las gigantescas siluetas de los elefantes.

Tal vez tenga ocasión más adelante de hablaros de nuevo acerca de esos portentosos animales. De momento, baste decir que nuestros arqueros habían cumplido bien el trabajo que les había sido encomendado: aquellas bestias habían sido literalmente acribilladas y sangraban por numerosas heridas. Además, un grupo especialmente adiestrado de agrianos se había encargado de lacerar sus vientres con tridentes de bronce. En su dolorosa agonía, los elefantes habían dejado de obedecer a sus conductores y embestían enloquecidos en cualquier dirección, barritando de forma ensordecedora y sembrando el pánico entre las propias filas persas. Alejandro

me hizo subir a una pequeña loma para buscar su objetivo entre la confusión. «¡Darío!», lo oí gritar. Y, en efecto, tras el escudo humano de su guardia, se alcanzaba a ver el gran estandarte dorado con las alas de un águila desplegadas. Nuestros jinetes obedecieron al instante y se lanzaron detrás de su rey, cortando las filas de los Inmortales como la lanza que hiende el corazón de una fiera.

Alejandro taloneó frenéticamente mis flancos ordenándome avanzar, pero mis fuerzas estaban ya menguadas, y la guardia real de Darío había cerrado filas de tal modo que ninguna fuerza de este mundo hubiera abierto brecha en su formación. Mi amo, exasperado, ordenó que le entregaran una jabalina y, tras equilibrarla cuidadosamente en su mano derecha, se irguió y la arrojó con todas sus fuerzas. La lucha se detuvo en seco mientras todos mirábamos cómo el arma trazaba una larga curva sobre nuestras cabezas. En un solo instante se dirimía una batalla, el curso de una guerra. La jabalina comenzó a descender, el lanzamiento había sido certero, y no dudo que mi rey habría alcanzado su blanco si el auriga de Darío no se hubiera interpuesto de repente en la trayectoria del arma. Haría falta un narrador más elocuente que yo para describir la expresión de pánico del persa cuando vio al conductor de su carro traspasado por la jabalina de Alejandro, y al propio rey macedonio reclamando a gritos una nueva lanza. Fobo debía de estar satisfecho con el sacrificio de la mañana y cumplió con su cometido: Darío tomó personalmente las riendas de su carro dorado e hizo girar a los caballos. Lo vimos claramente abandonar a toda velocidad el campo de batalla seguido por sus guardias. Los gritos de desprecio de nuestros soldados lo acompañaron en su vergonzosa fuga.

Pensé que Alejandro se lanzaría de inmediato en persecución del rey; sin embargo, el resultado de la batalla era todavía incierto, así que decidió reagrupar a sus hombres y acudir en auxilio de Parmenión. Volvimos sobre nuestros pasos, pero en mitad del camino chocamos con un obstáculo inesperado: los tres mil guardias persas que habían atacado nuestro campamento regresaban tras cumplir su misión y fuimos a colisionar con ellos frente a frente. Entonces se desató el infierno.

Allí no hubo tiempo para pensar en tácticas ni maniobras. No sonó ningún toque de corneta. No se lanzaron jabalinas ni se ordenaron cargas. Dos enormes masas de jinetes y caballos se embistieron mutuamente, cada una de ellas intentando atravesar al enemigo, cada hombre peleando por su propia vida. El resultado fue un caos indescriptible, un laberinto de furia y muerte. La polvareda ocultó el sol de tal modo que se luchó casi a ciegas, a golpe de espada, con los puños desnudos, sin poder distinguir en ocasiones al amigo del enemigo. Mis ojos cubiertos de polvo, los gritos de los hombres, que caían por docenas, juramentos, relinchos, aullidos de dolor, chasquidos de huesos quebrándose bajo mis cascos, y un denso olor a sangre, repugnante, dulzón, que lo invadía todo. Poco más recuerdo de aquella refriega. Acaso también mis flancos húmedos de sangre, y a Alejandro transformado en un demonio aullante, revolviéndose de un lado a otro, hundiendo su espada en la carne enemiga, dejando un rastro de muerte a nuestro paso. Ninguna victoria ha podido

borrar de mi memoria aquel horror. Ese y no otro es el auténtico rostro de Ares. Jamás creáis a quien os diga lo contrario.

Ignoro cómo pudimos salir vivos de aquella carnicería, que en realidad duró poco más de lo que he tardado en narrarla, apenas unos instantes de miedo y locura que se cobraron cientos de vidas. Pero logramos salir. Alejandro me ordenó detenerme. Entonces miró a su alrededor y comprobó que la lucha había quedado reducida a algunas escaramuzas aisladas. Nunca he comprendido cómo la noticia de la fuga de Darío pudo cruzar con tal rapidez el campo de batalla, pero lo cierto es que Maceo había dado ya la orden de retirada. Los vimos galopar hacia el sur, probablemente en dirección a Babilonia, sin perder la formación y rechazando fácilmente a los soldados macedonios que intentaban impedir su fuga.

—Dejadlos —ordenó Alejandro—. Ese hombre vale mucho más que su rey. Es justo honrar a los enemigos valientes.

En cuanto al ala izquierda persa, simplemente se había esfumado. El sátrapa Bessos, aislado del cuerpo del ejército y con su flanco expuesto, había ordenado también la retirada de sus tropas. Los oficiales de la infantería habían emprendido a su vez la huida al saber de la cobardía de su rey. Apenas restaban de ella unos cuantos grupos dispersos que estaban siendo aniquilados por nuestra falange. Los demás corrían en desbandada o estaban muertos. En la distancia, las nubes de cuervos y buitres nos mostraban el destino de los elefantes, convertidos ahora en montañas de carroña. Dos caballos enloquecidos arrastraban sin rumbo un carro de guerra vacío. El cadáver del auriga pendía detrás, con las riendas enredadas en torno a sus pies. Una flecha le atravesaba el cuello; su cabeza golpeaba los guijarros del suelo con un rítmico tableteo. Alejandro desmontó y palmeó mi grupa.

—Bien hecho, amigo —me dijo—. Todo ha terminado.

Parmenión y sus hombres festejaban ya la victoria. El viejo general había vuelto a demostrar su valía, resistiendo en su posición a pesar de las cuantiosas bajas. Cuando vio a Alejandro, galopó de inmediato a nuestro encuentro.

—¡Has vuelto a lograrlo, muchacho!, —venía gritando—. ¡Por todos los dioses, has vuelto a lograrlo!

Alejandro y Parmenión se abrazaron entre las aclamaciones de los soldados, como si la victoria hubiera borrado por completo las desavenencias de los últimos tiempos. Yo deseé fervientemente que así fuera.

Tan pronto como comprobamos que el enemigo en fuga no intentaría reagruparse, Alejandro y yo retornamos al campamento. Los rastros del ataque persa eran visibles por todas partes. Numerosas tiendas habían ardido y docenas de civiles habían sido pasados a cuchillo. Nos encaminamos primero a la tienda de Barsine y, para alivio del rey, la encontramos intacta. De repente, la joven surgió al exterior y se quedó petrificada por el asombro. Durante unos instantes miró a Alejandro sin dar muestras de reconocerlo, lo cual no resulta extraño, ya que ambos estábamos cubiertos por una gruesa costra de tierra y sangre.

—¿Alejandro? —preguntó cautelosamente y sin atreverse aún a dar un paso.

El rey desmontó y le dedicó una sonrisa cansada. En ese instante, la muchacha recobró el movimiento y se lanzó a sus brazos con tal fuerza que a punto estuvo de derribarlo.

—¿Estás herido? —preguntó reparando en el sangrante brazo de Alejandro.

El rey negó con la cabeza.

—No te inquietes. Duele, pero no es nada. Ahora dime: ¿dónde están la madre y los hijos de Darío?

La asombrosa historia que Barsine le reveló entonces dejó a Alejandro boquiabierto: la anciana se había negado a dejarse rescatar. Los guardias persas la habían encontrado en su tienda, inmóvil y digna como una estatua. Cuando la urgieron a acompañarlos, ella se limitó a permanecer sentada en silencio, sin dar muestras siquiera de advertir su presencia. Atónitos y temerosos de contravenir la voluntad de la madre del rey, los guardias dieron media vuelta y se marcharon. Pero no era el temor a haber perdido a los rehenes reales lo que realmente inquietaba a Alejandro.

Cuando el cronista Calístenes redactó su informe de la batalla que había tenido lugar en las cercanías de Gaugamela, consignó que las bajas del enemigo habían ascendido a noventa mil hombres, frente a tan solo cuatrocientos de los nuestros. Estas cifras eran, por supuesto, ridículas y solo buscaban engrandecer nuestra victoria y halagar al rey. Es cierto que la mayoría de las bajas se producen durante las retiradas, por lo que siempre es el ejército vencido el que lleva las de perder; a pesar de ello, nuestras tropas solo habían conseguido alzarse con la victoria tras un duro castigo. Así lo atestiguaba la larga caravana de carros que transportaban a nuestros heridos desde el campo de batalla. Numerosos eran los cuerpos de los helenos que iban a arder al día siguiente sobre las piras; pero, felizmente, el de Hefestión no estaría entre ellos.

En un extremo del campamento, los cirujanos habían dispuesto varios toldos para atender a los heridos. Allí yacía el amigo de mi señor, tumbado sobre la tierra entre docenas de hombres ensangrentados que gritaban y gemían. La jabalina le había traspasado el hombro izquierdo, produciéndole una gran hemorragia. Uno de los médicos acababa de extraerla y cosía ahora trabajosamente la herida, al tiempo que intentaba detener el manantial de sangre.

—Está visto que no consigo librarme de ti —dijo Alejandro esforzándose por sonreír.

El rostro de su amigo mostraba una palidez cadavérica, su respiración era jadeante y su voz había quedado reducida a un susurro.

—¿Realmente hemos vencido? —preguntó con los rasgos contraídos por el dolor.

—Por supuesto. ¿Acaso lo dudabas?

—¿Y Darío?

—Ha vuelto a escapar, seguramente en dirección a la ciudad de Arbelas; pero no

te preocupes ahora por eso.

—Haz algo por mí, Alejandro: atrápalo. No permitas que vuelva a producirse una matanza como esta.

—Haré lo que pueda. Ahora intenta descansar.

Alejandro interrogó al médico con la mirada y notó que su angustia menguaba cuando este le respondió asintiendo con la cabeza. El rey dispuso que su amigo fuera trasladado de inmediato a su propia tienda y que se le atendiera como si él mismo fuera el herido. Después habló con los otros médicos para conocer el estado del resto de los hombres, a quienes intentó levantar la moral con palabras de ánimo. Solo entonces consintió en que se ocuparan del tajo que el filo de una cimitarra persa había abierto en su brazo derecho. El cirujano que lo atendió no quiso perder la ocasión de lisonjear al rey y parafraseó unos versos de la *Ilíada* mientras aplicaba un paño sobre la sangrante herida.

—Esto no es sangre —dijo con tono arrebatado—, sino el mismo humor dorado que fluye por las venas de los dioses inmortales.

Alejandro lo contempló durante unos instantes con gesto de cansancio y disgusto.

—Es sangre, imbécil —replicó por fin—, igual que la de todos estos hombres. Y ahora cierra la boca y cose la herida de una vez, tengo cosas urgentes que hacer.

Poco después convocaba a los hetairios para emprender la caza de Darío, una larga persecución nocturna que fue casi tan dura como la propia batalla. Cubrimos los más de seiscientos estadios que nos separaban de Arbelas a galope tendido. Los jinetes estaban cubiertos de suciedad, y tan agotados que apenas podían mantenerse erguidos sobre sus monturas. Cerca de mil caballos se desplomaron a mitad del recorrido. Los que lograron completar el trayecto, jadeaban al borde del colapso, con los ollares dilatados y los belfos goteando espuma. Pero yo le demostré a Alejandro que, a pesar de mis años, conservaba los bríos intactos, pues, cuando la ciudad estuvo por fin a la vista, apenas si había comenzado a fatigarme. Bien, tal vez esté exagerando. Os ruego que seáis indulgentes con este viejo fatuo y charlatán.

Tal como suponíamos, el persa ya no estaba allí. Arbelas se encontraba desguarnecida y el rey acababa de huir en dirección a la satrapía de Media, acompañado por Bessos y los restos de su maltrecho ejército. Atrás había dejado su suntuoso carro, sus costosísimas vestiduras regias y una auténtica fortuna en oro destinada a pagar a las tropas.

—A partir de este momento, no volverá a inquietarme la suerte o el paradero de Darío —declaró Alejandro ante sus oficiales—. Su derrota ha puesto todo el imperio persa a nuestra merced. Vayamos, pues, a tomar posesión de sus tierras y ciudades en nombre de la Hélade.

Solamente yo sabía que el entusiasmo de Alejandro y su desprecio hacia Darío no eran del todo sinceros. Mientras regresábamos para reunirnos con el resto del ejército, permaneció silencioso. Quizá me equivoque, pero sospecho que el enemigo derrotado le inspiraba compasión. Los hombres son extraños a veces.

El día siguiente amaneció nublado por el humo que despedían las piras de cadáveres. El hedor se aferraba al campo de batalla como un manto de oscura podredumbre. A pesar del pavoroso espectáculo que ofrecían los cuerpos devorados por las llamas, Alejandro ordenó que las tropas formaran ante las hogueras. Los hombres obedecieron con la expresión demudada y el rostro gris. Recordé su júbilo de la jornada anterior y pensé que quizá Alejandro estaba tratándolos con excesiva dureza.

—Quiero que todos sean conscientes del precio que estamos pagando —fue la única explicación que el rey nos brindó.

Parmenión contemplaba alternativamente las llamas y el rostro de Alejandro, que permanecía con la vista clavada en el frente y la expresión inescrutable. El viejo general parecía más cansado y enfermo de lo que jamás lo había visto.

—Permíteme retirarme a mi tienda —dijo mientras se frotaba los ojos enrojecidos por el humo—. No soporto este hedor a muerte.

Alejandro le concedió el permiso solicitado con una inclinación de cabeza.

—Pero te equivocas en algo, Parmenión —le gritó mientras se alejaba—. Aquí no huele a muerte, sino a victoria.

No sabría explicaros por qué, pero aquellas palabras de Alejandro me helaron la sangre. «Cada batalla ganada —pensé— lo aleja un poco más de nosotros».

El ejército se encaminó hacia al sur, a través del antiguo país entre los ríos Éufrates y Tigris al que los helenos llaman Mesopotamia, es decir «entre los ríos». Desde los tiempos remotos que en la Hélade solo recuerdan a través de nebulosos mitos, han surgido allí algunas de las más gloriosas civilizaciones que ha visto el mundo: la de los sumerios, de quienes se dice que los egipcios aprendieron el arte de la escritura, la de los crueles asirios, cuyo imperio fue conquistado por el acero y el terror, y, en época más reciente, la de los caldeos, a cuya capital, Babilonia, nos dirigíamos ahora. Ciro el Grande había conquistado aquel país doscientos años antes. Ahora tenía un nuevo señor.

En las tierras de Mesopotamia apenas se conoce la lluvia, y el calor es casi tan extremo como en el vecino desierto de Arabia. A pesar de ello, sus habitantes se las han ingeniado para ganarle la batalla a la hostil naturaleza: el agua del deshielo, transportada por los dos grandes ríos desde las montañas de Armenia, se reparte por todo el territorio mediante un ingenioso sistema de canales y convierte el país en un vergel que poco tiene que envidiar al Valle del Nilo. Los cultivos y rebaños eran tan abundantes que nuestro ejército no tuvo ninguna dificultad para aprovisionarse de víveres de todo tipo. Además, la derrota de Darío había puesto a nuestra disposición el excelente sistema de carreteras que se conoce como el Camino Real, construido para comunicar entre sí las grandes ciudades del imperio persa y proporcionar una ruta comercial segura y rápida entre estas y el mar. Cada pocas docenas de estadios

existía una casa de postas usada por los jinetes del cuerpo de correos persa, sin lugar a dudas el más rápido y mejor organizado del mundo.

—Con este sistema de carreteras no es extraño que los reyes aqueménidas hayan logrado mantener unido su imperio durante tantos años —dijo Alejandro—. Me pregunto si alguna vez pensaron que también las podría usar un ejército invasor.

A lo largo de nuestro camino nos topamos con abundantes yacimientos de nafta, un líquido negro y oleaginoso que arde con enormes llamaradas en contacto con el fuego. El humo pestilente que provoca su combustión lo hace inservible para lámparas y fogones; sin embargo, al secarse, forma una capa protectora que salvaguarda el ladrillo de los efectos de la intemperie. En Mesopotamia, el ladrillo y el adobe son los materiales de construcción más comunes, y se suelen recubrir con una forma de nafta más densa que se conoce como betún. Este es el motivo por el que las enormes murallas de Babilonia surgieron en la distancia como una mancha negra entre el verdor de los campos circundantes.

—La ciudad parece desguarnecida —observó Parmenión confuso— y, sin embargo, la caballería de Maceo se retiró con pocas bajas. ¿Dónde piensas que están?

—Podría ser una trampa —repuso Alejandro cautelosamente—. Después de haber llegado tan lejos, no pienso dejarme engañar ahora. Ordena que las tropas se aproximen en formación de combate.

Por fortuna, las precauciones de Alejandro demostraron ser innecesarias. Los únicos jinetes que pudimos ver fueron una pequeña partida de cinco hombres que trotaban confiadamente hacia nosotros. Desde la distancia observamos que vestían la indumentaria típica de los persas de alta cuna: casacas con bordados en plata y oro, gorros frigos adornados con plumas, cinturones enjoyados y, como prenda más característica, los calzones, esos extraños tubos de tela que cubren totalmente las piernas, considerados por muchos helenos como el colmo de la barbarie.

—Me pregunto si vienen a parlamentar o si van camino de una fiesta —dijo Parmenión con el ceño fruncido para, a continuación, erguirse sobre su caballo y entornar los ojos—. ¡Por Zeus! O mucho me equivoco o el que cabalga en cabeza es el mismísimo sátrapa Maceo que comandó la caballería acorazada en Gaugamela. La desfachatez de ese hombre es increíble.

—Escuchad todos —gritó Alejandro—: no toleraré la menor afrenta contra él. Maceo merece todos nuestros respetos y cortesía.

El mensaje de Maceo era breve: la gran ciudad de Babilonia se rendía incondicionalmente a Alejandro y lo aguardaba para dispensarle un recibimiento triunfal.

—Desconfía de sus palabras. ¿Qué se puede esperar de un bárbaro salvo la traición?

—No tengo motivos para desconfiar, Parmenión. Tanto él como sus hijos se han puesto en nuestras manos totalmente indefensos. ¿No es esa una prueba suficiente de buena fe? Además, lo primero que un persa aprende de niño es a decir siempre la

verdad. No estaría de más que los maestros helenos tomaran unas cuantas lecciones.

Dicho esto, Alejandro sacudió mis riendas y nos pusimos en camino hacia la más cercana de las puertas de la muralla.

No sé si las palabras me alcanzarán para describir las glorias de esta gran ciudad, fundada por la reina Semíramis en la noche de los tiempos. Babilonia se extiende a lo largo de ambas orillas del Éufrates, que la divide en dos sectores unidos por un enorme puente. En torno a todo su perímetro, se alza la portentosa muralla negra que habíamos divisado desde la distancia: más de trescientos estadios de longitud, ciento sesenta pies de altura, doscientas cincuenta torres defensivas y un espesor tal que sobre su adarve dos carros podrían cruzarse fácilmente sin colisionar. Al contrario de lo que es habitual, los edificios están separados de la muralla por una ancha franja de espacio libre que se usaba como terreno de cultivo en caso de asedio. Entre las innumerables puertas que se abrían en la muralla, había ocho principales, identificadas con los nombres de los ocho dioses más importantes del panteón babilonio. Nosotros accedimos a la ciudad por la puerta norte, llamada así por la diosa Ishtar, nombre que los babilonios dan a Afrodita.

Pienso que jamás un general ha tenido un recibimiento triunfal tan glorioso como el de Alejandro en Babilonia. Los mejores jinetes de la caballería pesada formaban una guardia de honor a ambos lados de la gran avenida que conduce al corazón de la ciudad. Vestían sus armaduras de gala, que relucían con el brillo del oro y la plata y, como prueba de buena fe, estaban desarmados. Ante la puerta nos aguardaban los nobles persas y babilonios, que se inclinaron respetuosamente ante Alejandro y le hicieron entrega de un sinfín de ricos obsequios: caballos, ganado e incluso fieras salvajes encerradas en jaulas. Tras ellos estaban los magos y caldeos, es decir, los sacerdotes persas y babilonios, entonando cantos ceremoniales en sus respectivas lenguas y, por último, una ingente muchedumbre que se había lanzado a la calle para ver con sus propios ojos al conquistador.

Alejandro declinó cortésmente la invitación de subir a un carro triunfal de oro. «Prefiero montar mi propio caballo, gracias», le oí decir, con lo que ambos desfilamos a la cabeza del ejército, sorprendidos por las muestras de entusiasmo de la población. Mi señor respondía con sonrisas a sus aclamaciones e intentaba no demostrar excesivo asombro ante la abrumadora belleza que nos rodeaba.

—Diles a todos que procuren no desfilan con la boca abierta —dijo girándose hacia Hefestión, quien ya se había repuesto totalmente de su herida— o nos tomarán por unos palurdos provincianos.

Pero ¿cómo podrían los rudos soldados macedonios disimular su asombro ante aquella descomunal ciudad, cuyo tamaño debía de ser al menos cinco o seis veces el de Atenas? Tan grande es que se cuenta que al tercer día de ser tomada por los persas, una gran parte de la población aún no se había enterado. Los muros de la avenida por la que desfilábamos, recta como el asta de una sarisa, parecían converger en un lejano punto en la distancia; el suelo había sido cubierto con pétalos de flores. Largas

guirnaldas adornaban las fachadas, y a ambos lados se habían dispuesto altares donde humeaba el incienso y otras sustancias aromáticas.

—Incienso —dijo Hefestión sonriendo—, como corresponde a un dios.

—Y lo más apropiado para disimular el hedor que despedimos tras tantas jornadas de marcha —le replicó Alejandro de excelente humor.

—Por cierto, me han dicho que los babilonios llaman a esta vía algo así como *Ai-ibur-shapu*, que en heleno significa *El enemigo no pasará*. ¿No te parece una gran paradoja?

—En absoluto. No tengo la menor intención de que esta gente nos considere sus enemigos.

La calle en cuestión estaba pavimentada con losas de piedra y decorada con figuras de leones en relieve sobre fondo azul. Por ella, accedimos al templo de Esagila, donde Alejandro realizó un sacrificio ante la hoguera que simbolizaba a Ahura Mazda, el dios de Persia. Junto al templo existía una gran explanada, en cuyo centro podían observarse las ruinas de lo que parecía haber sido un enorme edificio. Alejandro llamó a su lado a uno de los sacerdotes caldeos y le pidió que saciara su curiosidad acerca de aquel lugar.

—Aquí, señor, se alzaba el templo del dios Marduk, el señor de los cincuenta nombres, el que creó el mundo al derrotar a Tiamat, el monstruo del caos primordial —respondió el sacerdote en un vacilante heleno. Por su expresión, se diría que el hombre estaba a punto de romper a llorar.

—Ajá —dijo Alejandro alzando las cejas—. Pero pensaba que vosotros adorabais también al dios de los persas.

—¿Y qué remedio nos queda? Cuando Ciro conquistó nuestro reino, permitió que siguiéramos honrando a los antiguos dioses, pero después vino Jerjes, quien se convirtió a las enseñanzas del profeta Zaratustra y prohibió que en el imperio se rindiera culto a otro dios que Ahura Mazda. Él fue quien ordenó la destrucción del gran *ziggurat* de Marduk, el lugar más sagrado de Babilonia, cuyas tristes ruinas ves aquí.

—¿Qué es un *ziggurat*?

—Una gran torre escalonada con la que simbolizamos la unión entre el cielo y la tierra, entre los dioses y los hombres. El de Marduk era el más alto y bello de todos ellos. Tenía siete pisos: uno para el cielo, cinco para cada uno de los planetas y, en lo más alto, el santuario dorado que contenía la imagen del dios. Jerjes ordenó fundirla, una infamia que mi pueblo nunca olvidará.

—Comprendo —dijo Alejandro pensativo—. Bien, yo siempre he admirado a Ciro el Grande. Su tolerancia religiosa fue para mí el mayor de sus aciertos, por encima incluso de su genio para la guerra. Di a tus compañeros y conciudadanos que, a partir de este día, sois libres de adorar a vuestros antiguos dioses, si ese es vuestro deseo. También pondré a vuestra disposición los fondos necesarios para que reconstruyáis la torre. Bajo mi reinado, Babilonia renacerá en toda su gloria.

El sacerdote estalló en sollozos y se postró ante Alejandro, quien abandonó el templo con una sonrisa en los labios.

No fue aquella la única ocasión en que Alejandro conversó con los caldeos durante el mes que permanecimos en Babilonia. Aquellos hombres eran depositarios de un antiguo saber, fruto de largos siglos de observación y estudio. Sus conocimientos matemáticos, por ejemplo, eran muy superiores a los de los helenos. De hecho, se contaba que algunos de los maestros más famosos de la Hélade habían viajado a Babilonia en su juventud. Tal era el caso de Pitágoras, el fundador de esa extravagante escuela de pensamiento afincada en el sur de Italia, o del milesio Tales, de quien se decía que era tan sabio que fue capaz de predecir un eclipse solar. Y puede que sea cierto, pues los caldeos aseguran ser capaces de tal proeza.

No en vano, los babilonios sobresalen desde antiguo en la ciencia de la astronomía, el arte de observar los cuerpos celestes. Durante más de dos mil años, sus sacerdotes han trazado meticulosos mapas del cielo en los que se da cuenta de los movimientos de estrellas y planetas, del recorrido anual del sol o de las fases de la luna. Este conocimiento secular les ha permitido describir de forma precisa el tránsito de las estaciones, creando el primer calendario del que se tiene noticia. Asimismo, afirman que los cielos ocultan los secretos del porvenir, y que el destino de los seres humanos depende de la posición de los astros, a los que identifican con sus dioses, en el momento del nacimiento. Alejandro encargó a los sacerdotes la redacción de un amplio informe sobre todos estos asuntos, que posteriormente le sería remitido a Aristóteles en Atenas. «Veremos si esto le hace modificar por fin su opinión sobre los bárbaros», dijo, aunque yo dudo que el escéptico sabio de Estagira se dejara impresionar.

Durante nuestra estancia, Alejandro y sus generales se alojaron en la fabulosa residencia construida para el rey Nabucodonosor II, y he de decir que aquellos sencillos macedonios se sentían irremediablemente perdidos en el laberíntico palacio, cuyos muros estaban cubiertos con ladrillos esmaltados y prodigiosos bajorrelieves de palmeras, flores y bestias salvajes. Mi señor decidió dedicar a Barsine aquellos días de descanso, pues el vertiginoso acontecer de la guerra le había impedido pasar con ella tanto tiempo como él deseaba. Un día le pidió a la muchacha que lo acompañara a dar un paseo a caballo por los alrededores.

—¡Qué maravilla! —exclamó la joven, quien montaba una hermosísima yegua moteada de la que muy pronto os hablaré.

Salíamos de la ciudad por la puerta de Ishtar. El arco que la adornaba estaba decorado con relieves de toros y grifos en un deslumbrante color azul, y la gigantesca muralla negra se prolongaba hacia ambos lados tan grande como el mundo. Pensé que había sido una suerte que no fuera necesario sitiar Babilonia, pues habríamos precisado para ello un ejército diez veces mayor que el nuestro. En torno a la ciudad,

los campos se extendían hasta el horizonte, delimitados por cientos de canales de riego.

—En efecto, es un hermoso país —reconoció Alejandro—. Pero demasiado civilizado para mi gusto. Sin todos esos canales que ves, este lugar sería un desierto. La mano del hombre ha transformado este paisaje, pero lo que yo anhelo ver son las tierras salvajes que hay en el corazón de Asia, donde ningún heleno ha puesto los pies todavía.

—Me temo que yo no podré acompañarte hasta allá —dijo Barsine con un mohín—. Durante algunos meses voy a necesitar mucha más tranquilidad de la que hasta ahora he tenido a tu lado.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a tener un hijo, Alejandro.

El rey miró a la muchacha con incredulidad. Después pareció quedarse absorto en sus pensamientos.

—¿Qué ocurre? ¿No te alegra la noticia? —preguntó Barsine.

—Por supuesto que me alegra —contestó Alejandro con un titubeo en la voz—. Pero me preocupa la reacción de los macedonios cuando la conozcan.

—No te comprendo.

—¿Qué ocurrirá cuando sepan que la madre del hijo del rey va a ser una aristócrata persa?

—¿Y tiene eso importancia?

—Me temo que sí. Mi derecho al trono, sin ir más lejos, fue cuestionado porque mi madre no es macedonia, sino una princesa molosia. Imagina pues lo que dirán siendo tú hija de un pueblo bárbaro que además es nuestro enemigo ancestral.

—Ya veo —dijo Barsine con tristeza—. Tus compatriotas no se caracterizan por su amplitud de miras.

—No —reconoció Alejandro—. Piensa por ejemplo en Aristóteles, mi antiguo maestro, quizá el más sabio de todos los helenos. Sin embargo, a pesar de toda su sabiduría, él ni siquiera os concede el rango de seres humanos. Cree que apenas estáis por encima de los animales o las plantas, que sois ajenos al pensamiento racional y la virtud, esclavos por naturaleza.

—¿Es así como ven a mi pueblo tus macedonios —preguntó Barsine al borde de las lágrimas—, como me ven a mí y verán a nuestro hijo, como simples esclavos?

Alejandro tomó a la muchacha de la mano.

—Perdóname, Barsine. Nada más lejos de mi intención que hacerte sufrir. Solo intento que veas la realidad. A veces es más fácil derrotar a un ejército entero en batalla que lograr que un solo hombre cambie su forma de pensar. Pero ya sabes que a mí no me asustan las empresas difíciles.

—¿Entonces...? —preguntó ella tímidamente.

—Tendrán que acostumbrarse a la idea de que el primogénito del rey tenga sangre persa —replicó Alejandro con gran energía—. Tal vez este sea un buen principio para

llevar a la práctica mi proyecto. Yo no deseo ser un tirano en un imperio sometido. Quiero que todos los pueblos de Asia y la Hélade se conviertan en uno solo y aprendan a convivir armoniosamente. ¿Qué mejor forma de lograrlo que mezclar nuestras sangres en mi heredero?

—¿Quieres decir que nuestro hijo será rey? —dijo Barsine sin abandonar la cautela.

—Lo será, si esa es mi voluntad.

Pero Alejandro había previsto correctamente la reacción de los macedonios. Incluso sin que el rey anunciara sus intenciones con respecto al niño que iba a nacer, Parmenión y los oficiales más cercanos a él comenzaron a murmurar. Supuse que no pasaría mucho tiempo antes de que el general dejara oír sus protestas. Y una vez más acerté.

Recuerdo que habíamos dedicado aquella jornada a la caza. Se rumoreaba que se habían visto leones en los alrededores, y tanto Alejandro como Hefestión soñaban desde niños con abatir una de esas fieras. Pero la mañana había sido infructuosa. Al regresar al palacio real, encontramos a Parmenión esperándonos en el patio de las caballerizas. El viejo general había estado aguardando el regreso del rey bajo el ardiente sol de Mesopotamia y no se molestaba en disimular su enojo. Parmenión resopló con impaciencia mientras Alejandro desmontaba.

—Has de deshacerte de esa mujer —le dijo abiertamente—. Una cosa es que te diviertas con ella, a lo que nada tengo que objetar; otra muy distinta es que esa bárbara se vaya jactando de que va a dar a luz a tu primogénito y heredero. Muchas veces te aconsejé en mis cartas que tuvieras un hijo antes de abandonar Pela, pero tú siempre estabas demasiado ocupado.

Alejandro curvó los labios en un gesto de hastío.

—Sí, lo recuerdo. Y no fuiste el único. Antípatro y mi madre me lo repitieron también hasta hartarse.

—¡Y tenían razón, maldita sea! —Tras el exabrupto, el general hizo una pausa para que su agitada respiración se acompasara—. Dime, Alejandro —prosiguió—, ¿acaso no conoces a los macedonios? ¿Piensas que vendrán a felicitarte por el nacimiento de un bastardo medio persa? ¿Qué dirán los oficiales? ¿Qué dirán los soldados? ¡Por todos los dioses! ¿Has olvidado que es a ellos a quienes corresponde proclamar rey al heredero designado?

—Sí —replicó Alejandro sonriendo—, una pintoresca costumbre del pasado que sería conveniente abolir.

—Escúchame, muchacho —dijo Parmenión con un temblor de súplica en la voz—. La tradición, el orgullo de ser macedonios, es lo que ha hecho de nuestra nación la gran potencia que ahora es. Tu padre lo sabía y obró en consecuencia. Tú no eres un rey bárbaro, te debes a tu pueblo. Te lo ruego, no nos avergüences.

Alejandro apretó las mandíbulas y miró al general con expresión helada, aunque sin molestarse en contestar. Al cabo de unos instantes, Parmenión dio media vuelta y se perdió de vista a través de una de las incontables puertas del palacio real.

—Sabes lo que se rumorea, ¿verdad? —le dijo entonces Hefestión, quien hasta el momento se había mantenido discretamente apartado.

Alejandro lo contempló con gesto grave.

—Me temo que son más que rumores. Mis informes aseguran que existe un germen de rebelión en el seno del ejército y que Parmenión y sus hijos podrían ser los cabecillas.

Hefestión asintió.

—Corrígeme si me equivoco. Has provocado al viejo a propósito, ¿verdad?

—Nada se te escapa, amigo mío —respondió Alejandro con una sonrisa amarga—. Efectivamente, pongo a prueba su lealtad. Si la rebelión existe, prefiero que aflore cuanto antes ahora que todavía sostengo firmemente las riendas del ejército. Es curioso, a veces tengo la impresión de que el fantasma de Filipo es tan fuerte como lo era el rey en vida.

—Pero tú eres el rey ahora —protestó Hefestión.

—Así es, pero algunos de los que fueron sus hombres de confianza parecen haberlo olvidado. Pretenden que me ciña al plan de mi padre, pasando por alto que yo tengo mis propios proyectos.

—¿Qué vas a hacer, Alejandro?

La voz de Hefestión destilaba dolor. El rey depositó una mano suavemente sobre su hombro.

—Esperar, amigo, esperar. Y rogar a los dioses para que la lealtad de Parmenión y sus partidarios hacia la familia de Filipo sea más fuerte que su descontento.

Mientras Alejandro se debatía con sus problemas, este humilde cronista permanecía ajeno a todo, viviendo los que probablemente fueron los días más felices de su vida. Veréis. Tras la llegada del ejército a Babilonia, me habían instalado en las caballerizas reales, un lugar tan suntuoso que a muchos macedonios les parecía una residencia regia más que un mero albergue para caballerías: los pesebres y bebederos estaban labrados en un hermoso mármol de color rosado; el suelo había sido recubierto con ladrillos vidriados de tonos vivos; incluso las paredes estaban adornadas con vistosas escenas de jinetes y caballos cazando o luchando en la guerra. Por otro lado, la comida era magnífica, y el agua mucho más pura y cristalina que la que nuestros soldados habían bebido a lo largo de la campaña. «De modo que esto es lo que significa ser el caballo de un rey», pensé parafraseando las palabras de Alejandro al contemplar la tienda de Darío. Las caballerizas estaban atendidas por un ejército de mozos de cuadra que me trataban con una obsequiosidad que a mí me resultaba ridícula. Había también, por supuesto, una gran cantidad de caballos que

habían pertenecido al Gran Rey, todos ellos ejemplares arrogantes y magníficos. Al principio me contemplaron con mal disimulada altanería. Después corrió la voz de que yo era el caballo de combate de Alejandro, el gran conquistador, con lo que su actitud hacia mí cambió radicalmente. Confieso que me divertían sus esfuerzos por ganarse mi amistad y la forma en que se disputaban mi atención. La fama de mi señor los había vuelto amables, pero a mí me seguían pareciendo unas criaturas ociosas y estúpidas... con una sola excepción.

Ishtar era la yegua favorita de Darío durante sus frecuentes estancias en Babilonia. Había nacido en las legendarias tierras que se encuentran al sur de Arabia, de donde procede el incienso, aunque fue vendida a un tratante persa cuando era solo una potrilla. Al alcanzar la edad adulta, se convirtió en un ejemplar único por su belleza y facultades. De hecho, era una yegua tan hermosa que apenas parecía real, sino una estatua recién salida del taller de un escultor: un animal esbelto, grácil, de suave musculatura, largas patas y airoso porte. Era de gran alzada, como buen caballo asiático, pero de apariencia delicada, casi frágil, y, sin embargo, nunca se vio yegua más rápida y resistente en una cacería. Su pelaje era negro y brillante, moteado de pequeñas manchas blancas, como la noche en la profundidad del desierto. Era, en suma, la criatura más hermosa que hubieran contemplado mis ojos. Darío la había adquirido por una fortuna que habría bastado para pagar el rescate de un príncipe, pero ella valía eso y mucho más. Baste con decir que el Gran Rey apreciaba tanto a su yegua que le había dado el nombre de una diosa babilonia, sin importarle herir los sentimientos religiosos del pueblo conquistado.

La primera ocasión en que ella se dirigió a mí, me sentí tan cohibido que apenas tuve ánimos para responderle. De pronto me vi como un caballo minúsculo e insignificante, un veterano cubierto de polvo y cicatrices que jamás podría aspirar a la amistad de aquella princesa. Pero poco a poco me di cuenta de que su interés por mí era genuino y nada tenía que ver con los hipócritas halagos de los otros caballos. «¿Será posible que yo le guste?», me preguntaba una y otra vez maravillado. «No sueñes más, Bucéfalo —me respondía siempre—. Ella solo intenta ser amable con un caballo extranjero».

Ocurrió al atardecer, mientras el sol comenzaba a ocultarse tras el horizonte. Su luz dorada inundaba las caballerizas arrancando destellos de las superficies de mármol y cerámica. *Ishtar* me hablaba suavemente, muy erguida ante un gran ventanal, con lo que su silueta se veía envuelta en un halo dorado, como la de una diosa.

—Háblame de tu tierra, Bucéfalo —me decía—. ¿Eras feliz allá? ¿Tuviste hijos?

Sus preguntas me dolieron más que cualquiera de mis heridas de combate. De repente contemplé toda mi vida anterior como un gran espacio oscuro donde solo habían cabido la guerra y la destrucción.

—Nunca he tenido una compañera. Ni la he deseado... hasta ahora —me sorprendí diciendo.

Ishtar me contempló largamente antes de responder. No parecía ofendida, sino incluso algo aliviada. Su réplica sonó como música en mis oídos:

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en decidirte.

—Pero, tú seguramente no...

—Yo también deseo estar contigo, mi pequeño y dulce guerrero.

Ninguno de los dos dormimos aquella noche. El sol de la mañana nos sorprendió todavía hambrientos de amor. Solo necesitaba algo más para que mi felicidad fuera completa, y lo tuve también al cabo de unos instantes.

Alejandro penetró en los establos como una tromba. Saludó a los esclavos de las caballerizas y les agradeció el esmero con que me habían cuidado. Aquellos hombres, acostumbrados a tratar a los monarcas persas como a personajes semidivinos, apenas podían dar crédito a lo que oían.

—Vaya, viejo amigo, detecto una extraña mirada en tus ojos —me dijo, y luego contempló a la magnífica yegua que permanecía orgullosa a mi lado—. Afirman que nunca es tarde para encontrar el amor. ¿Me equivoco al pensar que tampoco es demasiado tarde para ti?

Le respondí agitando vigorosamente la cabeza y lanzando un relincho lleno de felicidad.

—Lo celebro —me dijo dedicándonos a ambos su más cálida sonrisa y acariciando las crines de *Ishtar*—. Y creo que has obrado juiciosamente al esperar tanto hasta encontrar una compañera tan hermosa. Bien, en realidad he venido a decirte que dejamos Babilonia mañana mismo. Pero no te inquietes, ella vendrá también con nosotros. Los hombres han sido tan agasajados por la población que se están ablandando. Quiero celebrar maniobras antes de proseguir la campaña. Lo siento amigo, se acabó la buena vida.

En realidad la noticia no me importó en absoluto. El regreso a la vida activa me pareció una excelente idea, siempre y cuando *Ishtar* permaneciera a mi lado.

Los ejercicios tácticos tuvieron lugar en las inmediaciones de Babilonia, la que siempre será para mí la más hermosa de las ciudades del mundo. Alejandro aprovechó el reencuentro con las tropas para estrechar aún más los lazos de lealtad y afecto que lo unían a sus soldados. También introdujo algunos cambios en la organización del ejército. Hasta ese día, y salvo escasas excepciones, los puestos de oficiales habían sido ocupados por miembros de la nobleza. El rey decidió implantar entonces un sistema de ascensos por méritos: sería la valía individual de cada hombre y no su cuna lo que determinaría su aptitud para conducir a otros al combate. Los soldados recibieron la noticia con aclamaciones; algunos oficiales y hetairios, en cambio, comenzaron de nuevo a murmurar. Todavía fueron más airadas sus protestas cuando, en lugar de poner a un macedonio al frente de la satrapía de Babilonia, el rey confirmó a Maceo en su antiguo cargo. Sin embargo, por aquellos días Alejandro

había trazado ya sus planes cuidadosamente y se encontraba mucho más allá de las murmuraciones. Muchos se sorprendieron de que no acometiera de inmediato la caza de Darío, que según los informes se había refugiado en el palacio de verano de Ecbatana, la capital de Media. Alejandro respondió que no tenía prisa alguna por apresar a Darío, puesto que ante nosotros había un imperio entero que conquistar.

Los ejercicios tácticos concluyeron con juegos atléticos y una gran parada militar, que tuvo lugar de noche, a la luz de las antorchas. No había más que ver los rostros de los hombres para advertir que reventaban de orgullo, en especial los soldados del *agema*, el batallón real de los hipaspistas, cuyo valor Alejandro había recompensado haciendo recubrir sus escudos con una gruesa plancha de plata. El rey los contemplaba sonriente, y de tanto en cuanto alzaba la mano y saludaba a alguno de ellos por su nombre, pero me consta que su pensamiento volaba ya hacia el futuro, hacia el siguiente destino de nuestra expedición: la ciudad de Susa, enclavada en la gran meseta del Irán, el auténtico corazón del imperio aqueménida.

Capítulo X

El señor de Asia

—¿QUIÉN has dicho? —le preguntó Alejandro a Parmenión distraídamente.

—Agis. A-gis. El rey de Esparta, una insignificante ciudad de una tierra remota llamada la Hélade, que probablemente ya ni siquiera recuerdes.

—¿Y cuál es el problema con ese tal Agis?

Parmenión resopló de impaciencia antes de responder.

—El problema es que Demóstenes ha vuelto a las andadas y trata de levantar a la Hélade entera contra Macedonia. De momento, Atenas y los otros estados miembros de la Liga de Corinto se han negado a escucharlo, pero con los espartanos ha tenido más éxito. Están movilizando a sus tropas y el que los espartanos marchen a la guerra no es algo que deba tomarse a la ligera. Si logran derrotar y expulsar a alguna de nuestras guarniciones, el resto de los helenos se les unirá en la rebelión.

—Te recuerdo que son nuestros aliados.

—Y yo te recuerdo que también lo eran hasta poco antes de Queronea. ¿Acaso esta monstruosa y absurda expedición te ha hecho olvidar los asuntos de tu propia patria?

—Antípatro cuenta con los hombres y los medios suficientes para hacer frente a cualquier rebelión, y además le sobra capacidad. Él se encargará de Agis y sus espartanos, si es que no lo ha hecho ya. Y ahora te ruego que no vuelvas a molestarme con esas guerras de ratones.

El puño de Parmenión se estrelló contra la mesa con gran estrépito. A continuación, dio media vuelta y se alejó sin mediar palabra. La mirada de honda preocupación de Alejandro lo acompañó hasta la puerta.

Por aquellos días nos encontrábamos en Susa, la ciudad que hasta escasos meses antes había sido capital administrativa del imperio persa y sede oficial de la corte aqueménida. Susa se había rendido ante nuestras tropas sin intentar oponer la menor resistencia y su sátrapa en persona le había hecho entrega a Alejandro de las llaves que abrían la bóveda del tesoro: montañas de joyas, incontables arcones llenos de esas monedas de oro que los persas llaman «arqueros» y al menos cincuenta mil talentos de oro y plata en lingotes listos para acuñar; en suma, una fortuna equivalente a los ingresos conjuntos de todos los estados helenos durante varios años. También se encontraron allí las reliquias sagradas y las obras de arte que Jerjes había expoliado de los templos atenienses durante su malograda expedición contra la Hélade. Como podéis imaginar, todas ellas fueron devueltas de inmediato a su lugar

de origen.

Justo antes de que Parmeni3n irrumpiera en el suntuoso despacho que haba pertenecido a Dar3o, Alejandro discut3a con Demarato, el comerciante corintio, cu3al ser3a el mejor destino para aquel descomunal tesoro. El incidente que acabo de relataros desvi3o moment3neamente el curso de la conversaci3n.

—Corr3geme si me equivoco, Alejandro. Lo has ofendido a prop3sito, ¿verdad?

—¿Acaso hay algo que pueda escapar a la astucia de un comerciante? —respondi3o Alejandro afablemente—. Tienes raz3n. No es que los asuntos de la H3lade me hagan perder el sue1o, pero mi obligaci3n como rey es ocuparme de que las cosas est3n tranquilas en nuestra retaguardia.

—Entonces, ¿a cuento de qu3 ese fr3volo comentario sobre «guerras de ratones»?

Alejandro dud3o antes de responder, mientras ponderaba a Demarato con la mirada.

—Fuiste hombre de confianza de mi padre. Gracias a tu mediaci3n, Filippo y yo logramos resolver nuestras diferencias. Creo que puedo contar con tu discreci3n. ¿No es as3?

—Vamos, Alejandro, desembucha.

Alejandro sonri3o ante la familiaridad del corintio, pero volvi3o a asumir una expresi3n grave antes de proseguir.

—Tengo fundadas sospechas de que existe un germen de rebeli3n en el seno del ej3rcito y de que Parmeni3n y sus hijos est3n a la cabeza. ¿Vas comprendiendo ahora?

—Creo que s3 —respondi3o Demarato entornando los ojos—. Est3s intentando provocarlo con el fin de poner a prueba su lealtad.

—Exacto. O bien para que la rebeli3n aflore cuanto antes, ahora que todav3a sostengo firmemente las riendas del ej3rcito. Si dejo pasar el tiempo, la situaci3n podr3a escap3rseme de las manos. Por otro lado, s3 desde hace d3as que Ant3patro logr3o aplastar a los espartanos en las cercan3as de Megal3polis, en el Peloponeso, y que el rebelde Agis muri3o en la refriega. Eso ocurri3o por las mismas fechas que la batalla de Gaugamela. Como puedes ver, no ten3a motivos de preocupaci3n.

—Pero ¿c3mo...?

Alejandro se llev3o el dedo 3ndice a los labios.

—Silencio, Demarato. Un rey debe tener sus canales privilegiados de informaci3n, a los que incluso sus generales deben ser ajenos. Pero, ya sabes, eso ha de conservarse en secreto.

—Muy inteligente. Pero volviendo a la conversaci3n anterior, te repito que ser3a un tremendo error acu1ar todo el oro y la plata del tesoro y ponerlos en circulaci3n.

—Pero ¿por qu3, Demarato? Con todo ese dinero podr3amos terminar con las penurias del pueblo. Me resulta indignante ver c3mo la gente muere de hambre durante una sequ3a o tras una mala cosecha, mientras en los palacios de los reyes se amontonan tesoros que bastar3an para alimentarlos a todos.

—Alejandro, tu genio como general est3 fuera de toda discusi3n. Posees

conocimientos que harían morir de envidia a muchos filósofos, pero en asuntos financieros, me temo que Aristóteles hizo un pobre trabajo contigo. Dime, ¿por qué usamos los metales preciosos para acuñar moneda?

—Porque son valiosos —respondió Alejandro, a quien las afirmaciones de Demarato habían hecho fruncir el ceño.

—Exactamente, son valiosos, por lo tanto una moneda de oro o plata, un objeto pequeño y fácil de transportar, puede intercambiarse por una considerable cantidad de bienes. Lo que parece haber olvidado es que el valor de esos metales viene determinado precisamente por su escasez y las grandes dificultades con que son extraídos. Si de la noche a la mañana se doblara o triplicara la cantidad de oro y plata en circulación, tal y como tú pretendes hacer, ¿qué piensas que ocurriría?

Alejandro se rascó la barbilla y mostró una expresión contrita.

—Tendrás que perdonarme, Demarato, he sido un ingenuo. Si yo hiciera eso, el valor del dinero caería proporcionalmente a la cantidad de nueva moneda en circulación. El precio de los alimentos y los artículos más básicos se dispararía, con lo que los pobres se encontrarían aún más empobrecidos.

—Y los ricos seguramente acrecentarían sus fortunas mediante la especulación y la usura. Habría hambre y escasez, y muchos hombres libres se convertirían en esclavos a causa de sus deudas. Pero no solo eso. El sistema monetario se derrumbaría. Tendríamos que regresar al trueque como modo de intercambio económico. En fin, una catástrofe de magnitudes mayores que cualquier guerra a gran escala. De todos modos, permíteme felicitarte: no es usual encontrar a un joven dispuesto a reconocer sus errores, y menos aún cuando se encuentra en una posición tan encumbrada como la tuya.

—Por fortuna tengo todavía tiempo para aprender —dijo Alejandro sonriendo—. Y además he sabido rodearme de buenos amigos para asesorarme. Ten la bondad de acompañarme ahora, he de recibir a los dignatarios persas. Quizá tu presencia evite de nuevo que cometa una estupidez.

Alejandro y Demarato atravesaron los innumerables salones y corredores del palacio de los reyes persas, camino de la gran sala de audiencias. Hasta que Ciro el Grande forjó el imperio, los persas habían sido un pueblo tosco e inculto que habitaba las tierras altas al sur del Irán, meros vasallos de los reyes medos. El suyo era un mundo primitivo de clanes y tribus, hambre y superstición, muy similar a la Macedonia anterior a Filipo. Ciro se las ingenió para convertirlos en un pueblo unido y les mostró el camino que los llevaría a convertirse en los dueños de Asia. De este modo, Persia había conquistado las antiguas civilizaciones de Media, Babilonia y Egipto, así como las cultas ciudades helenas de Asia Menor. Sin embargo, como había ocurrido en numerosas ocasiones anteriores, los persas se habían dejado conquistar por la superior cultura de sus nuevos súbditos. Aquel gran palacio constituía un inmejorable ejemplo de lo que acabo de relataros: en los relieves de cerámica de sus muros se observaba la destreza insuperable de los artífices

babilonios; los bosques de columnas multicolores que aguantaban los techos recordaban a las que pueden admirarse en los templos y palacios de Egipto; la armónica distribución de los espacios y la elegancia de las líneas eran sin duda fruto del genio de un ejército de arquitectos helenos. En cuanto a la riqueza y lujo de los materiales, apenas cuento con palabras para describirla: maderas de cedro y ébano, mármol, alabastro, esmalte, marfil, turquesa, lapislázuli y, por supuesto, plata y oro. Si existen hombres que habitan lugares como este, me pregunto qué aspecto tendrán las residencias de los dioses.

Los techos de la Apadana, la gran sala de audiencias, se perdían en las alturas; sus muros, adornados con un gran friso de cerámica que representaba a la guardia de los Inmortales, apenas si podían adivinarse en la distancia. La plana mayor del ejército macedonio aguardaba al rey a ambos lados del trono dorado que había pertenecido a Darío, situado entre dos enormes columnas cuyos capiteles tenían la forma de dos toros unidos por el torso. Allí estaban Hefestión, Tolomeo, Seleuco, Pérdicas, Crátero, el romano Camilo y el resto de los compañeros y comandantes, todos ellos luciendo sus mejores armaduras y las coronas de honor recibidas por su arrojo en el combate. También lo aguardaban junto al trono los oficiales más veteranos, entre ellos Clito el *Negro*, quien recientemente había sido ascendido a general. A Parmenión y sus hijos, sin embargo, no se les veía por ningún lado.

Cuando Alejandro hizo acto de presencia, todos contuvieron una exclamación de asombro. El rey no vestía sus ropas de campaña habituales. En su lugar, lucía una túnica blanca orlada en púrpura y un cinturón constelado de piedras preciosas del que pendía una cimitarra de finísima factura. Iba, además, tocado con la *kyrbasia*, la tiara cónica de los reyes de Persia y, en torno a ella, la diadema, una cinta blanquiazul que en esa parte del mundo es un emblema de la realeza.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Crátero—. Por un instante te confundí con ese gusano de Darío. ¿A qué viene ese disfraz?

—Vamos, vamos —dijo Alejandro de buen humor—. ¿Acaso no soy ahora el Gran Rey de Persia a punto de recibir en audiencia a los grandes del imperio? Siempre he pensado que hay que saber adaptarse a las costumbres locales, y el protocolo de esta corte dicta que el rey ha de vestirse así en sus apariciones públicas.

Alejandro se aproximó al trono entre los murmullos de algunos de los concurrentes y las sonrisas de otros. Todos ellos sonrieron, sin embargo, cuando el rey tomó asiento y comprobó que sus pies no llegaban a tocar el suelo.

—¡Vaya! —dijo Alejandro tras soltar una carcajada—. Me siento como un niño pequeño sentado en el sillón de su padre. ¿A nadie se le ha ocurrido pensar que Darío es al menos dos palmos más alto que yo?

—Tal vez esto te sirva, oh Gran Rey —dijo Pérdicas poniendo bajo los pies de Alejandro una hermosa mesita de plata que se encontraba junto al trono. Cuando el rey se disponía a felicitarlo por su ocurrencia, se oyeron sollozos desde un oscuro rincón de la sala.

—Tú, el que llora, acércate y dime en qué puedo ayudarte —dijo Alejandro en voz alta.

Un joven eunuco del servicio de palacio se aproximó tímidamente y se postró ante Alejandro. Su rostro parecía paralizado por el terror.

—Os ruego que me perdonéis —dijo el muchacho en un claro heleno, aunque con voz temblorosa—. Vos sois ahora mi señor, pero la devoción que aún siento por vuestro predecesor me ha hecho estallar en lágrimas al ver que usabais para apoyar los pies la mesa en la que vi a Darío comer en muchas ocasiones.

Alejandro se sintió conmovido por la nobleza y sinceridad de aquel muchacho.

—Desde el mismo momento del nacimiento, las Moiras tejen los destinos de los hombres, pero a nadie le es revelado el dibujo que lucirá el tapiz de su vida ni el momento en que el hilo será cortado. Hoy soy yo quien se sienta en este trono, pero mañana el destino se podría volver contra mí. Aun sin pretenderlo, he cometido un gran pecado de arrogancia. Llévate esta mesa, muchacho, y quédatela como premio a tu lealtad.

Muchos de los presentes protestaron y le rogaron a Alejandro que mantuviera sus pies sobre la mesa como un símbolo de su victoria sobre Persia. No obstante, el rey se negó a reconsiderar su decisión y ordenó que diera comienzo la audiencia.

—Bonito discurso —le susurró Hefestión al oído—. El mismo Homero no lo habría superado. Veo que estás dispuesto a tejer toda una leyenda en torno a tu persona.

—Y además así Calístenes tendrá algo hermoso que narrar aparte de esas aburridas y descabelladas crónicas bélicas. De todas formas, te confieso que en ocasiones como esta desearía que mis padres me hubieran hecho un poco más alto. ¡Ah! Aquí llegan ya los nobles persas.

Una numerosa comitiva se aproximó al trono con gran solemnidad. Eran los representantes de las Siete Familias, lo más granado de la aristocracia persa. Todos ellos iban recubiertos de costosísimas ropas y adornados con deslumbrantes alhajas. Ante la presencia de Alejandro, lejana y magnífica entre nubes de fragante incienso, aquellos venerables personajes se llevaron la mano derecha a los labios, se hincaron de rodillas y, por último, se tumbaron de bruces sobre el suelo. El rey aceptó aquel gesto de reverencia con gran naturalidad. Demarato comenzó a derramar lágrimas y a musitar una plegaria de agradecimiento a los dioses por haberle permitido vivir para ver al hijo de Filipo sentado en el trono de los reyes de Persia. Algunos de los macedonios, en cambio, expresaron de forma bien audible el escándalo y disgusto que les inspiraba aquella escena.

Alejandro no es hombre a quien le agrada permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Cuando aún no habían transcurrido dos meses desde nuestra llegada a Susa, dio orden de que el ejército se pusiera de nuevo en marcha, esta vez hacia el núcleo

original de los territorios persas. Sisigambis y sus nietos se quedaron en el palacio, cómodamente instalados entre los fabulosos lujos del harén. La anciana aristócrata fue incapaz de reprimir su emoción cuando llegó el momento de la despedida, especialmente al oír a Alejandro prometer que, cuando por fin capturara a Darío, trataría a su hijo con honor y clemencia. Barsine, que lucía ya con orgullo su abultado vientre, decidió en cambio acompañarnos hasta al menos la siguiente etapa de la expedición.

Entre tanto, la relación entre *Ishtar* y yo había continuado con ininterrumpida felicidad para ambos, que se acrecentó todavía más desde el día en que supe que iba a darme un hijo. Alejandro acudió de inmediato a felicitarme por la noticia.

—De modo que tú también vas a ser padre, viejo amigo. Mis palafreneros encuentran asombroso que un caballo de tu edad sea todavía fértil. Yo les he dicho que no existe ningún motivo de asombro en ello. Si aún puedes volar a través del campo de batalla, con más motivo podrás engendrar hijos.

Me habría gustado decirle que, si yo todavía mantenía intactas mis energías, era sobre todo gracias a él, a sus cuidados y su cariño, a la infinita vitalidad que era capaz de transmitirnos a todos. De todas formas, supongo que mi mirada expresaba todo eso sin necesidad de palabras.

—¿Ha tenido alguna vez un caballo un amo mejor? —me preguntó *Ishtar* cuando Alejandro se marchó a ultimar los detalles de nuestra inminente partida.

—No —le respondí sin vacilar.

La marcha desde Susa hasta Persépolis no estuvo exenta de peligros. Primero tuvimos que reducir a la tribu de los uxios, quienes controlaban los pasos de montaña desde tiempo inmemorial y a los que los mismísimos reyes de Persia habían tenido que pagar grandes sumas en concepto de peaje. Sin embargo, fue en las Puertas Persas donde nos topamos con auténticas dificultades.

Ariobarzanes había comandado un batallón de infantería persa en la batalla de Gaugamela. Era un bravo y orgulloso guerrero, a quien la cobarde fuga de Darío había sumido en la vergüenza. Su sentido del honor hacía que la mera idea de la rendición le resultara inconcebible. Decidió, por lo tanto, reagrupar a sus hombres y buscar un lugar donde hacerse fuerte y poder atacarnos de nuevo desde una posición ventajosa. Por desgracia para nosotros, aquel lugar existía: las Puertas Persas es el nombre con que se conoce un estrecho desfiladero cuyas paredes, cortadas a pico, parecen perderse entre las nubes. Por él se accede a la región montañosa que los persas llaman Fars y los helenos Persis, donde se encuentra la ciudad de Persépolis. Ariobarzanes dispuso de meses para fortificar las cimas a ambos lados la garganta. Después solo tuvo que aguardar pacientemente nuestra llegada.

Los recuerdos de aquel episodio acuden a mí envueltos en negras brumas, como las escenas de una pesadilla. Alejandro y yo íbamos a la cabeza de las tropas, que

marchaban formando una estrecha columna entre las paredes del desfiladero. Era una magnífica mañana de otoño. El sol brillaba radiante en un cielo sin nubes, aunque el viento fresco que soplaba de las montañas anunciaba ya la proximidad del invierno. Los hombres se sentían optimistas y descansados. Algunos batallones se entretenían marcando el paso al ritmo de un canto guerrero, como si estuvieran participando en un desfile. No se habían tomado precauciones especiales.

Debíamos de haber alcanzado la mitad del desfiladero cuando los horrores del Tártaro se desataron sobre nosotros. Al principio oímos un débil rumor, similar al de las olas del mar. Después observamos que el aire se llenaba de polvo. Al levantar la vista, vimos un enorme alud que se precipitaban sobre nuestras cabezas desde la empinada ladera. El fragor de las rocas ahogó los gritos de horror de los hombres y las frenéticas órdenes de los oficiales.

—¡La tortuga! —aulló Alejandro—. ¡Cubríos con los escudos!

Fue inútil. Las enormes piedras habían comenzado ya a caer, derribando a soldados de a pie, jinetes y caballos. Mientras algunos soldados intentaban volver sobre sus pasos, otros quisieron ponerse a salvo lanzándose en una loca carrera hacia el frente. Hombres que corrían en direcciones opuestas colisionaban y se enzarzaban en frenéticas peleas para abrirse paso. Muchos perecieron bajo los cascos de los enloquecidos caballos o cayeron a tierra al tropezar con los cadáveres. Mientras tanto, las rocas continuaban precipitándose desde lo alto, arrastrando tras ellas un diluvio de arena y grava que nos sofocaba e impedía la visión. Todavía no comprendo cómo Alejandro y sus oficiales lograron imponer disciplina entre aquel caos. Tal vez el esmerado entrenamiento de los hombres les hizo obedecer instintivamente las órdenes, pero lo cierto es que aquel «sálvese quien pueda» comenzó a parecerse a una retirada. Atrás quedaron los cuerpos desfigurados de muchos valientes, para los que aquel desfiladero se había convertido en una sepultura.

Los hombres plantaron el campamento en medio de un consternado silencio, roto tan solo por los gritos de dolor de los heridos. Los que hasta ese mismo día se creían invencibles, habían caído en la más vieja de las trampas. Alejandro parecía un cadáver andante. Se hallaba cubierto de polvo de pies a cabeza, y sus ropas estaban manchadas por la sangre de los heridos que había ayudado a evacuar. Sin embargo, había resultado ileso. «Ha sido culpa mía», repetía sin cesar. Algunos hombres se acercaron para intentar darle ánimos, pero el rey los alejó agitando una de sus manos, mientras se cubría el rostro con la otra.

—Jamás podremos pasar por ahí —le dijo Parmenión—. Te sugiero que busquemos una ruta alternativa.

—¡Ni pensarlo! —respondió Alejandro tajante—. No dejaré los cuerpos de mis hombres expuestos al hambre de los buitres y los chacales, ni sus espíritus sin venganza. Dame algún tiempo para pensar cuál será nuestro próximo paso.

La respuesta se la dio uno de los prisioneros que nos acompañaban como guías, quien, a última hora de la tarde, insistió en hablar con el rey.

—Fui pastor en estas tierras durante muchos años. Conozco estas montañas como la palma de mi mano. Creo que puedo ayudarte.

—¿Quieres decir que existe un medio de llegar a la posición del enemigo y atacarlo por sorpresa? —preguntó Alejandro presa de gran agitación

—Existe un sendero, sí, pero es tan escarpado y peligroso que difícilmente podría ser transitado por un grupo numeroso de hombres armados.

—Tú muéstrame el camino. Mis hombres y yo nos encargaremos del resto.

Alejandro se dispuso a partir al frente del *agema*, el batallón real de los hipaspistas, formado por los hombres más duros y experimentados de toda la infantería. Crátero recibió el encargo de permanecer en el campamento y cuidar de que este mostrara un aspecto de normalidad a los ojos de cualquier observador enemigo. El resto de los compañeros del rey se le unieron en la peligrosa misión.

—Llevaremos armas ligeras —ordenó Alejandro—. Con equipo pesado sería imposible ascender por esos peñascos.

—Por fin de vuelta a la acción —dijo Tolomeo sonriendo—. Todo esto me recuerda el episodio de Leónidas en las Termópilas, aunque en esta ocasión son los persas los que llevarán las de perder^[6].

Al caer la noche, vi a Alejandro y a su pequeño grupo alejarse del campamento y perderse entre la espesura. El hecho de no poder acompañarles llenaba mi corazón de zozobra.

Su recorrido nocturno fue tan arriesgado como el prisionero persa había anunciado, o quizá mucho más. Tuvieron que surcar senderos que apenas merecían ese nombre, por los que ni las cabras se habrían aventurado. En algunos tramos, el camino ascendía por laderas tan empinadas que se vieron obligados a colgarse los escudos y las armas a la espalda y emplear cuerdas para izarse hacia arriba. La oscuridad y los arbustos espinosos dificultaban la marcha hasta convertirla en una empresa casi insalvable. Conforme ascendían, la nieve y el frío hicieron acto de presencia, amenazando con paralizar las extremidades y la voluntad de los soldados. Además, según me relató Alejandro, el terreno era tan traicionero que apenas existía un lugar donde se pudiera pisar con absoluta seguridad. Algunos hombres vieron cómo lo que parecía una sólida roca se desintegraba bajo sus pies y eran engullidos por los abismos; sin embargo, ni uno solo dejó escapar un grito que pudiera delatar la posición de sus compañeros. Alejandro los alentó con palabras de ánimo y con su propio ejemplo. De este modo, la mayoría de ellos alcanzó su meta con las primeras luces de la mañana.

El campamento de Ariobarzanes estaba despertando. Ocultos de la mirada atenta de los centinelas, Alejandro y sus hombres observaron que las primeras fogatas comenzaban a humear. Probablemente ninguno de los persas tuvo tiempo para comer su desayuno. Los macedonios cayeron sobre ellos como un rayo. Las montañas devolvieron los ecos del acero y los gritos de dolor. Muchos fueron los enemigos que siguieron el mismo camino que las rocas que habían arrojado el día anterior. Aunque

se hicieron muy pocos prisioneros, Ariobarzanes estaba entre ellos.

Alejandro, jadeante y con la espada tinta de sangre aún en la mano, contempló asombrado al joven noble persa.

—Yo te conozco. ¿Dónde te he visto antes?

—En Pela, hace muchos años —respondió el persa muy erguido a pesar de estar maniatado a la espalda—. Más de una vez fuimos a cazar jabalíes juntos.

—¡Claro! Eres uno de los hijos de Artabazo. ¿Está tu padre contigo?

—Mi padre está en Ecbatana, al lado del Gran Rey, cumpliendo con su sagrada obligación. Yo he permanecido aquí, cumpliendo con la mía.

—Nos has causado un gran daño, pero sé valorar la lealtad. En circunstancias parecidas, yo habría hecho probablemente lo mismo.

—¿Significa eso que no vas a ordenar mi ejecución?

—He de admitir que ese era mi propósito, pero ahora que te he reconocido me siento incapaz de hacerlo. Eres libre de unirme a nosotros o de ir donde te plazca. Y ahora que lo pienso, en mi campamento hay alguien que seguramente se alegrará de verte.

Los palacios y los templos de Persépolis se divisaban ya en la distancia, brillando sobre la falda de las colinas como las joyas de una diadema real. Darío y Jerjes habían empleado enormes medios y esfuerzos en su construcción, a pesar de lo cual, su situación relativamente alejada de las grandes metrópolis del imperio había impedido que se convirtiera en la gran capital que habían soñado. Allí tenían lugar las grandes ceremonias de Estado; allí se daba sepultura a los reyes, pero era en Susa, Ecbatana o Babilonia donde se movían realmente los hilos del poder.

Los ecos de nuestras victorias y gestas nos habían precedido. El sátrapa local no fingió siquiera un amago de resistencia. Como prueba de buena voluntad, liberó a los cuatro mil prisioneros helenos que había en la ciudad. Algunos de ellos habían sido capturados durante la primera expedición que comandaran Parmenión y Atalo; otros, los más ancianos, fueron apresados cuando luchaban como mercenarios en aquella revuelta de los sátrapas tras la cual Artabazo tuvo que buscar asilo en Macedonia. La decisión de dejarlos ir a nuestro encuentro demostró ser un tremendo error.

Nos topamos con la columna de prisioneros cuando aún nos encontrábamos a varios estadios la ciudad. Desde la distancia, nos extrañó la lentitud y dificultad con que avanzaban. Tampoco oímos los esperados hurras y gritos de entusiasmo por su liberación. Al aproximarse, el espectáculo que se ofreció a nuestros ojos solo se podría describir como el más absoluto de los horrores: a todos ellos los habían marcado con hierros candentes y a la mayoría les habían arrancado la nariz y las orejas. Pero no acababan ahí sus mutilaciones. Durante su cautiverio, sus amos persas habían decidido convertirlos en meras herramientas, privándolos de todo aquello que no fuera imprescindible para su labor: a los trabajadores manuales, contables y

escribientes les habían cortado una o ambas piernas; los encargados de transportar fardos a sus espaldas carecían de manos; solo los dioses saben a qué se dedicaban los que, en lugar de ojos, mostraban dos cuencas negras y vacías. Aquel ejército de fantasmas desfiló en absoluto silencio hacia nosotros. Muchos se veían obligados a apoyarse en sus compañeros, otros eran transportados sobre improvisadas parihuelas, y también los había que avanzaban cogidos a largas cuerdas, como ristras de cadáveres ambulantes, y eran guiados por alguno que todavía conservaba la vista.

Al principio, Alejandro contempló el macabro espectáculo con el rostro congelado. Después noté que inclinaba la cabeza y que sus hombros comenzaban a agitarse. Al cabo de unos instantes, todos oímos el salvaje grito del rey, semejante al de una fiera herida. El dolor era tan hondo que algunos de los soldados comenzaron a lanzar carcajadas, tal y como he visto hacer a muchos hombres en momentos de extrema tensión. Alejandro desenvainó su espada y realizó con ella un gráfico ademán: quien se atreviera a reír sería muerto al instante por su propia mano. Las risas fueron inmediatamente sustituidas por un horrorizado silencio.

Entretanto, la cabeza de la fantasmal columna había alcanzado ya nuestra posición. Un hombre terriblemente mutilado, un triste montón de huesos y pellejo, renqueó penosamente hasta detenerse ante nosotros.

—Que los dioses te den larga vida, rey. Me llamo Euctemón de Cimea y fui capturado cuando luchaba a las órdenes de Parmenión. Antes de eso estuve en Tracia, en Tesalia y en Queronea, bajo el mando directo de tu padre. Recuerdo haberte levantado en mis brazos cuando aún eras un niño, claro que, por aquellos días, yo todavía tenía brazos. Vengo a hablarte en nombre de mis compañeros.

Alejandro fue incapaz de responder al saludo del anciano hoplita, a quien recordaba como un gigante cincelado en hierro. Apenas pudo reunir fuerzas para asentir con la cabeza e invitarlo así a seguir hablando.

—Para todos nosotros, la vida se ha convertido en un castigo. Lo único que reclamamos es el privilegio de una muerte honorable y un funeral decente. Queremos que las espadas de tus soldados, de nuestros antiguos compañeros de armas, pongan fin ahora a nuestros sufrimientos.

El estrépito del acero desenvainado recorrió las filas. Alejandro se giró sobre mí y les suplicó a los hombres paciencia agitando las manos.

—Pídeme lo que quieras, pero no accederé a que seáis sacrificados como animales. ¿No preferiríais regresar a la Hélade cargados de riquezas y honores en lugar de morir en el mismo escenario de vuestra esclavitud?

Euctemón solicitó tiempo para discutir con sus compañeros la oferta del rey. No fue necesario esperar mucho.

—Nos ofreces el regreso al hogar, a nosotros que nos avergonzamos de ser vistos a la luz del día. ¿Qué nos aguarda allí? Nuestras familias nos dan por muertos desde hace años. Nuestras esposas habrán encontrado a otros compañeros. Los hijos que dejamos serán incapaces de reconocer a sus padres en estos despojos. Nuestros

vecinos y amigos girarán la cabeza y harán como que no nos ven. Seremos objetos de la burla de todos o, lo que es peor, de su compasión. No, rey, no aceptamos tu oferta. Si no accedes a poner fin de una vez por todas a nuestros sufrimientos, danos al menos un lugar donde podamos vivir ocultos de la vista del mundo, donde las mutilaciones de nuestros compañeros sean un consuelo para nuestra propia deformidad. Danos un techo bajo el que guarecernos, un pedazo de tierra que cultivar, semillas y animales. Con eso será suficiente.

Alejandro habló entonces con la voz distorsionada por la emoción:

—Tendréis vuestro propio pueblo, con una cómoda casa y esclavos para cada uno de vosotros. También recibiréis tres mil dracmas por cabeza, ropas y enseres en abundancia, cuatro bueyes, cincuenta ovejas, cien medidas de trigo, todo lo que necesitéis. Mis hombres comenzarán a trabajar hoy mismo. Y ojalá los dioses quieran concederos la paz que os ha sido negada.

Euctemón agradeció la generosidad del rey con una reverencia. Después volvió a reunirse con sus compañeros. Alejandro los contempló mientras se alejaban, todavía incapaz encontrarle sentido a tanta crueldad. Lo oí mascullar algo entre dientes, aunque no pude comprender sus palabras. Acto seguido, convocó a sus oficiales.

—Sabéis que siempre he detestado los actos de pillaje, pero con Persépolis vamos a hacer una excepción. Decidles a vuestros hombres que disponen de un día para saquear la ciudad. Que se evite la violencia en la medida de lo posible, sobre todo contra las mujeres. Tampoco quiero incendios. —Sus últimas palabras fueron pronunciadas en un susurro, pero el tono que les imprimió hizo que se me helara la sangre—. Ese es un privilegio que reservo para mí.

Dudo mucho que los soldados se tomaran al pie de la letra la prohibición de actos de violencia. Durante todo un día, las legendarias riquezas de Persépolis sufrieron un minucioso saqueo. Muy pronto los muros de los palacios estaban desnudos y sus primorosos relieves reducidos a añicos. Los soldados derribaron las grandiosas estatuas de Darío y Jerjes y las golpearon con saña hasta satisfacer su sed de venganza. En cuanto a la población civil, fue tratada con una brutalidad espantosa. Aun desde la distancia, observé escenas que preferiría no haber visto jamás, escenas que no puedo evocar sin escalofríos y que me resisto a relatar a fin de no revivir aquella pesadilla. Baste decir que, cuando penetramos en la ciudad, el silencio y la desolación se habían adueñado de las calles. Lamento tener que mencionarlo, pero recuerdo que vi a Alejandro sonreír complacido.

También recuerdo que el rey se detuvo ante una gigantesca estatua de Jerjes, que yacía ahora en tierra con el rostro desfigurado. Alejandro contempló durante unos instantes la imagen del monarca persa que había invadido la Hélade y saqueado la ciudad de Atenas ciento cincuenta años antes.

—Ahora estamos en paz —dijo antes de ordenarme proseguir.

En un primer momento pensé que sus palabras iban dirigidas a la estatua, pero los acontecimientos posteriores me mostraron que estaba equivocado. Creo que en

realidad se dirigía a los estados miembros de la Liga de Corinto. Con la toma de Persépolis, Alejandro consideraba concluida la misión que los aliados helenos le habían encomendado. El futuro, en consecuencia, le pertenecía exclusivamente a él.

Pasamos el invierno en aquella ciudad espectral, contemplando cómo la nieve se amontonaba sobre las cumbres de las montañas. Los días transcurrieron entre los preparativos para la próxima campaña y el recuento de las riquezas halladas en el palacio real, que arrojó una cantidad tres veces superior a lo obtenido en Susa. Alejandro comenzó a repartir dinero y objetos preciosos con una prodigalidad que rayaba en lo estrafalario: los simples soldados tuvieron que comprar esclavos para que transportaran su parte del botín; los oficiales y generales se encontraron convertidos en potentados de la noche a la mañana. Nadie discutía ya la conveniencia de proseguir con las conquistas, nadie salvo Parmenión.

—Debes de estar muy satisfecho de ti mismo. Los hombres ya no hablan del rey Alejandro, sino del dios Alejandro. Imagino que no tenías suficiente con ser divinizado en Egipto y ahora quieres que también te adoren tus propios compatriotas. Pero ¿no encuentras que llenar sus bolsas hasta rebosar es un medio un tanto ruin de lograrlo? Y luego está esa majadería de vestir ropas persas. Has de saber que muchos lo encontramos ofensivo.

—Vamos, Parmenión. Me conoces lo suficiente como para saber que el asunto de mi divinidad me trae sin cuidado. Además, en Asia siempre se han tributado honores divinos a los monarcas, y soy de la opinión de que interferir con las costumbres locales es plantar la semilla de la rebelión.

—Ya. Te felicito por tu fino olfato político. Nada tengo que objetar a que los bárbaros te adoren. ¿A quién le importan los bárbaros? Pero me han llegado rumores de que pretendes que se te rinda culto en la Hélade. ¿Es eso cierto?

Alejandro respondió con un obstinado silencio.

—¿Acaso has perdido el juicio? —prosiguió el general enardecido—. ¿Pretendes tratar a los helenos igual que a los esclavos asiáticos?

—Calma, Parmenión —dijo Alejandro suavemente y tal vez con un punto de contrición en su voz—. No sería la primera vez que en la Hélade se dedican templos a un mortal.

—¡Pero sí a un mortal que aún está vivo y ni siquiera ha cumplido los treinta años, maldita sea! —Parmenión hizo una pausa antes de proseguir a fin de que su agitada respiración se acompasara—. Y mientras tanto todo este asunto te está convirtiendo en el hazmerreír de la Hélade. ¿Sabes lo que Demóstenes anda diciendo en Atenas? ¿Lo sabes? —Alejandro negó con la cabeza—. Pues dice: «Si Alejandro quiere ser un dios, que lo sea. Que sea hijo de Zeus, y si le place, también de Poseidón».

El rey no pudo reprimir una carcajada.

—Nunca le supuse tanto ingenio a esa rata de Demóstenes. Pero te diré algo: si a él no le importa más a mi favor. Eso significa que la disposición no será mal recibida. Pero incluso si no fuera así, dudo mucho que esté en mano de los helenos hacer nada por evitarlo. Antípatro los tiene a todos a buen recaudo.

—Supiste antes que yo la noticia de la derrota de los espartanos, ¿no es así? ¿Qué te ocurre, Alejandro? ¿Qué he hecho yo para perder tu confianza? En Macedonia, el deber y el derecho de los generales es exponerle al rey su opinión, incluso cuando dicha opinión contradiga la del monarca.

—Así es, en efecto... en Macedonia.

—¿Quieres decir que vas a imponer tu criterio en contra de los generales y del ejército?

—Pregúntales a los soldados lo que piensan al respecto. Tal vez el problema no sea que yo deseo imponer mi criterio, sino que no estoy dispuesto a plegarme a tus deseos y los de tus partidarios.

Parmenión se las arregló para reprimir su ira antes de continuar:

—¿Cuándo acabará esta locura, Alejandro? Creo que merezco al menos conocer tus planes.

—En primavera iremos a Ecbatana y capturaremos a Darío. Con eso daré por concluida la primera fase de esta expedición.

—¿La primera fase, has dicho? ¿Significa eso que esta «gloriosa campaña punitiva panhelénica» no concluirá en la Media, que no piensas dar después la orden de regresar a casa?

—Ya te he dicho cuanto necesitas saber. Ahora vete. Tengo trabajo.

Alejandro aguardó la airada respuesta de Parmenión, pero esta no se produjo. El general ocultó su ira bajo una máscara de impasibilidad y se dedicó a acariciar el pomo de su espada durante unos instantes. Una vena latía rítmicamente en su sien izquierda. Después, sin añadir una sola palabra, dio la vuelta y se alejó con enérgicos pasos. Al rey no le costó gran esfuerzo advertir que acababa de tomar una decisión irrevocable. También supo sin ningún género de dudas lo que él tendría que hacer cuando el momento de actuar llegara. Y tuvo la certeza de que lo haría sin vacilar. Aquel pensamiento le arrancó un gemido. Los hombres que hacían guardia oyeron sus lamentos llorar desde el otro lado de la pesada puerta.

Solo ocurrieron un par de acontecimientos dignos de mención durante aquel invierno del tercer año de la 112.^a olimpiada^[7]. El primero de ellos fue la toma de Pasargadas, la ciudad sagrada de los persas fundada por Ciro el Grande. A Alejandro le bastaron mil jinetes y un pequeño destacamento de soldados de infantería para ocupar la ciudad, que de hecho nos fue entregada por su sátrapa sin necesidad de usar la violencia. Los restos mortales de Ciro reposaban en un sarcófago de oro depositado en el interior de un magnífico mausoleo, pero lo que más nos llamó la atención fue el

epitafio que el primer rey aqueménida había ideado para su sepultura:

Yo soy Ciro, el que conquistó este imperio para los persas.

No me envidies por lo único que me queda:

el ínfimo puñado de tierra que cubre mi cuerpo.

Alejandro meditó largamente ante la tumba de Ciro, que había sido, junto con Aquiles, uno de los grandes héroes de sus sueños infantiles.

—Un epitafio excesivamente humilde para el más excelente de los hombres —dijo durante el viaje de regreso a Persépolis—. Tanto Heródoto como el ateniense Jenofonte escribieron sobre él. El primero narra cómo, tras vivir una oscura infancia en la que se creía hijo de un cuidador de bueyes, logró hacer valer sus derechos al trono de Persia y derrotar a los opresores medos. Aquello puso los cimientos de un imperio que se extendería desde la India hasta Asia Menor, un imperio conquistado no solo gracias a su genio militar, sino también a la grandeza de su espíritu. Jenofonte, por su parte, lo describe como el más hermoso, el más bravo, el más generoso y el más ávido de gloria de los reyes. Yo siempre he considerado a Ciro un sublime ejemplo para cualquier gobernante, y he rogado a los dioses para que mi vida se asemeje siquiera lejanamente a la suya.

El segundo de los acontecimientos que he mencionado ocurrió la misma noche de nuestro retorno a Persépolis, una noche terrible que jamás se borrará de mi memoria. Recuerdo que estaba relatándole a mi *Ishtar* lo acaecido durante la reciente expedición cuando mi señor entró en las caballerizas. Su aparición nos sorprendió por lo avanzado de la hora, aunque aún más nos sorprendió la expresión de dolor que mostraba su rostro. Me alarmé terriblemente. Por mi cabeza desfilaron imágenes de las peores desgracias, pero ni siquiera así pude figurarme la magnitud de lo que acababa de acontecer.

—Barsine ha muerto, Bucéfalo —me dijo con la voz quebrada por el llanto—, y también el niño. Todo ha ocurrido tan deprisa que aún no puedo creer que no haya sido un mal sueño. Estaba reunido con mis compañeros cuando me avisaron de que se habían presentado los dolores del parto. Corrí hacia sus aposentos. Filipo, el médico, me rogó que aguardara fuera. La grave expresión de su rostro me hizo temer lo peor. No tuve que esperar mucho. Volvió a aparecer al cabo de unos momentos. Me dijo algo sobre la voluntad de los dioses. Después me comunicó la terrible noticia: el niño había nacido muerto, estrangulado por su propio cordón umbilical. Barsine se encontraba en un estado de extrema debilidad. Había perdido mucha sangre. Al saber que su hijo no había sobrevivido al parto, decidió dejar de luchar y reunirse con él. Entré en el aposento cuando todo había acabado. Filipo se deshacía en disculpas. Pobre hombre, estaba aterrorizado por las posibles represalias. Lo tranquilicé y le dije que me dejara solo. Allí me aguardaban los dos, juntos e inmóviles. Barsine estaba pálida como un fantasma, pero incluso más hermosa que en vida. El niño yacía sobre

el pecho desnudo de su madre. Reparé en el tono azulado de su pequeño cuerpo, perfecto en todas sus partes, en el horrible contraste que ofrecía sobre el blanco de la piel materna y el rojo profundo que teñía las sábanas. Se habría llamado Heracles, como mi antepasado, y habría reinado sobre el mayor imperio que ha visto el mundo. Se han ido, Bucéfalo. Estoy solo otra vez.

Tras pronunciar estas palabras, dio media vuelta y se alejó lentamente, con la cabeza hundida entre los hombros. *Ishtar* y yo nos miramos a los ojos y permanecimos mudos. El vientre de mi compañera se veía ya hinchado por la preñez. Entonces supe por qué Alejandro había venido a verme en esos momentos: yo, mejor que nadie, podía comprender su dolor.

Los días restantes del invierno se sucedieron tristes y silenciosos. En los enormes salones del palacio real de Persépolis no se celebró ningún banquete. Todas las audiencias y actos oficiales fueron suspendidos. El rey se encerró en sus aposentos durante semanas, comiendo un bocado de vez en cuando, y apenas se dejó ver. Cuando el sol comenzó a derretir la nieve de los pasos de montaña, dio la orden de partir. También dio otra orden, cuyos terribles resultados observamos desde la distancia: el orgulloso palacio real de Persépolis ardía como una gigantesca pira funeraria. Las llamas se enroscaban en los pilares, lamían los muros y devoraban los troncos de cedro de la techumbre. El calor era tan enorme que nos obligó a desviar la vista. Sin embargo, Alejandro permaneció contemplando fijamente el siniestro espectáculo. Cerca de nosotros, una gran losa de mármol mostraba una imagen de Darío I sentado en un trono que sostenían miembros de los pueblos vasallos de Persia, entre los cuales había un macedonio. Bajo ella vimos una breve inscripción que Ariobarzanes, el hermano de la difunta Barsine, se brindó a traducir para nosotros. Sus palabras sonaron lentas y graves, como una plegaria, tal vez como una maldición:

—«*Dios, protege a mi pueblo del enemigo, el hambre y la falsedad*».

Parmenión aprovechó el momento para hacer uno de sus sarcásticos comentarios:

—Lástima que olvidara mencionar los incendios. Por cierto, no puedo decir que comprenda esta nueva y extraña afición tuya por el fuego. Dime, Alejandro, ¿qué crees que tus nuevos súbditos opinarán de todo esto?

El rey lo contempló inexpresivo, después dio orden de emprender la marcha. A nuestra espalda, la residencia de Darío y Jerjes quedó pronto reducida a unos cuantos rimeros de cenizas y unas docenas de columnas azotadas por el viento.

Se han dicho tantas estupideces sobre el incendio de Persépolis que casi no me atrevo a repetir las aquí. La más grotesca de todas ellas es la que se encargaron de propagar los partidarios de Demóstenes, según la cual, Alejandro ordenó prender fuego al

palacio cuando se encontraba bajo los efectos de una monumental borrachera. Pienso que ya conocéis a Alejandro lo suficiente como para advertir que se trata de una monstruosa calumnia. Mi amo siempre ha bebido con moderación e invariablemente mezcla el vino con una buena cantidad de agua. Es más, nunca ha hecho gala de esas hazañas de bebedor que gozan de tanto predicamento entre los macedonios. Creo que solo en una ocasión ha estado realmente ebrio, con consecuencias tan espantosas como vosotros mismos podréis juzgar más adelante.

Existe otra versión, considerablemente mejor intencionada, que afirma que el incendio de Persépolis fue en realidad una proclama política, un gesto hacia los atenienses que, años atrás, habían visto arder los templos de la Acrópolis por orden de Jerjes. También se trata de una falsedad. Por esos días, a Alejandro le importaba poco o nada el honor herido de los atenienses. Su mente se ocupaba de asuntos mucho más grandes que vengar un hecho ocurrido más de cien años antes de su nacimiento.

La realidad es muy distinta. El rey había tomado la decisión de incendiar Persépolis el mismo día de nuestra llegada, cuando nos topamos con el horrendo espectáculo de los prisioneros helenos mutilados. La existencia de aquel palacio, surgido entre el sufrimiento de sus compatriotas suponía para mi señor una auténtica abominación. Alejandro ordenó que ardiera porque su concepto de la humanidad y la decencia no le dejaba otra alternativa. Si fue un acto vandálico o no, es algo que os toca decidir a vosotros.

Reemprendimos, pues, la caza de Darío, un asunto que Alejandro había aplazado durante meses. Por la suavidad de su clima, y la belleza de su situación entre las colinas de Media, Ecbatana era la residencia habitual de los reyes de Persia durante el verano, y el refugio forzoso de Darío durante el crudo invierno anterior. La contemplación de la fortaleza que coronaba la ciudad constituía un espectáculo asombroso que Heródoto describió hermosamente en uno de sus escritos: *«Ecbatana está rodeada de varios círculos de murallas concéntricas, trazados de tal modo que cada muralla sobrepasa en altura a la anterior. Las murallas circulares son en total siete, y dentro de la última se hallan el palacio real y las bóvedas del tesoro. La primera de ellas, que tiene más o menos la misma longitud que el recinto defensivo de Atenas, es blanca, la segunda, negra, la tercera es de color púrpura, la cuarta, azul y la quinta, anaranjada. Así, los baluartes de estos cinco recintos están pintados de colores. En cambio, los baluartes de la sexta están recubiertos de plata, y los de la séptima, de oro»*. (Bien, reconozco que quizá la descripción sea algo fantasiosa, pero aun así simboliza bien la riqueza y maravilla de aquel lugar). El caso es que Darío no se encontraba en el interior del dorado palacio. Nuestra proximidad le había obligado una vez más a darse a la fuga. Lo acompañaban Nabarzanes y Bessos, que habían acaudillado la caballería en Iso y Gaugamela, respectivamente, el fiel Artabazo y los

«exiguos restos» del que fuera su descomunal ejército: 35 000 hombres de las satrapías orientales y algo menos de 4000 mercenarios helenos que le seguían siendo leales.

Por la ruta que había emprendido, Alejandro supuso que se encaminaba hacia la lejana Bactria, donde Bessos era sátrapa, y que una vez allí intentaría fortalecer su ejército con levadas locales y lanzar una nueva ofensiva. Era necesario impedirlo a toda costa. El ejército de Darío y sus sátrapas debía de llevar una ventaja considerable, por lo que Alejandro emprendió la persecución con unas fuerzas reducidas a 5000 infantes y 1000 jinetes, dejando en Ecbatana al resto del ejército y casi toda la impedimenta. Las marchas forzadas y la férrea resistencia de los hombres nos permitieron cubrir el trayecto hasta el desfiladero de las Puertas Caspianas en un tiempo asombrosamente breve, si bien tuvimos que pagar el precio de los centenares de hombres y caballos que cayeron víctimas del agotamiento. Unos cientos de estadios más allá nos topamos con un grupo de desertores del ejército de Darío, quienes aseguraron que Bessos y Nabarzanes habían hecho prisionero al rey. Algunos oficiales consideraron que aquella era una buena noticia, puesto que los mismos sátrapas persas estaban actuando en nuestro beneficio. Alejandro, en cambio, se alarmó como jamás lo había visto hacerlo. Eligió una fuerza selecta de 500 hetairios y, a la cabeza de ellos, reemprendimos la persecución, que ahora se había transformado en una misión de rescate.

El paraje que se extiende en torno al mar de Hircania es un yermo y pedregoso desierto, habitado por alimañas y por los espectros de dioses antiguos y olvidados. Nos encontrábamos en las cercanías de una vieja fortaleza que los macedonios llamaron Hecatompilos por su situación sobre una encrucijada de caminos^[8]. De repente divisamos humo en el horizonte. Del campamento persa solo quedaban desperdicios y varios cientos de hogueras agonizantes. También había una carreta. Unas mulas degolladas yacían sobre la tierra. A algunos pasos de distancia vimos dos hombres: uno de ellos era un anciano suntuosamente vestido; el otro, un gigante barbado tendido en el suelo en medio de un gran charco de sangre.

—¡Artabazo! ¡Querido amigo! —gritó Alejandro. A continuación desmontó de un salto y corrió hacia el anciano.

Ambos se fundieron en un largo abrazo y mezclaron sus lágrimas por la alegría del encuentro. Habían transcurrido catorce años desde que el noble persa abandonara la corte de Pela, allá a medio mundo y una vida entera de distancia. Alejandro lo contempló y se maravilló al comprobar cuánto había envejecido. Después volvió la vista hacia el cuerpo tendido sobre la tierra, cuyo rostro era el mismo que yo había visto en un par de ocasiones. Sus ojos estaban todavía abiertos, pero en ellos no se reflejaba ya el pánico que yo recordaba, sino una gran serenidad.

—¿Darío?

—Así es —respondió Artabazo con la voz quebrada por el dolor.

—¿Qué ha ocurrido?

—Traición.

—¿Bessos y Nabarzanes?

—Bessos. Ojalá el Sabio Señor le haga pagar cara esta vileza. Nabarzanes es culpable de traición al rey, pero no de su asesinato.

—Imaginé que ocurriría algo así. No sabes lo que lamento haber llegado tarde. Cuéntame los detalles, buen amigo.

—Todo comenzó a gestarse tras tu victoria en Gaugamela —dijo Artabazo con voz cansada—. Durante el pasado invierno, el palacio de Ecbatana fue un hervidero de intrigas. La mayoría opinaban que la guerra se estaba perdiendo por culpa de Darío. Incluso yo mismo lo consideraba indigno del trono. Sabes que me sublevé contra Artajerjes Oco en una ocasión, pero Darío era muy distinto de ese carnicero. La decisión de escapar hacia Bactria fue acertada, pero precipitó los acontecimientos. Bessos y Nabarzanes se decidieron por fin a derrocar al rey. Primero lo intentaron por las buenas. Trataron de convencerlo de que le cediera temporalmente el trono a Bessos, con el ridículo argumento de que así Persia recuperaría los favores divinos. Darío montó en cólera y estuvo a punto de matarlos a ambos. Logré a duras penas calmar al rey. Bessos y Nabarzanes se postraron y suplicaron perdón, pero yo supe que el destino de Darío estaba sellado. También debía de saberlo Patrón, el comandante de los mercenarios helenos, un buen hombre. Se entrevistó en secreto con el rey y le suplicó que se pusiera bajo la protección de sus soldados. Darío le dio las gracias, pero respondió que no cometería semejante indignidad. Entonces fue cuando supimos que te habías lanzado en nuestra persecución. Las noticias se sucedían vertiginosamente: «Alejandro está a mil estadios, a ochocientos, a quinientos». Comenzaron las deserciones. La guardia personal del rey, los Inmortales, se esfumó al caer la noche y nada se volvió a saber de ellos. Darío se quedó solo en su tienda. Los sátrapas pensaron que se había suicidado hasta que los eunucos reales les dijeron que estaba todavía vivo. Perdieron la paciencia. Lo arrestaron, lo cargaron de cadenas y lo encerraron en esa carreta que ves ahí.

—Entonces ¿no lo mataron de inmediato?

—No, pensaban entregártelo para buscar tu perdón. Darío mostró más valor y dignidad en su cautiverio que mientras era todavía el Rey de Reyes. Les dijo que tú nunca premiabas la traición, y que prefería estar en las manos de un enemigo noble que en las suyas. Ayer supimos que nos estabas pisando los talones. Bessos intentó convencer a Nabarzanes de la necesidad de eliminar a Darío, pero este se limitó a reunir a sus hombres y alejarse. Por la noche, Bessos dejó al rey bajo la vigilancia de unos cuantos esbirros; ni siquiera tuvo la hombría de estar presente para ver cómo se consumaba su crimen. «Ven conmigo, Artabazo», me dijo. Le escupí en cara. Él se encogió de hombros y montó en su caballo. Cuando el ejército se perdió de vista, los hombres de Bessos atravesaron al rey con sus lanzas. Nada pude hacer, salvo esperar tu llegada. He pasado la noche velando su cadáver.

—Ningún hombre merece ese final —dijo Alejandro con tristeza.

—Y Darío todavía menos. Era bondadoso y justo. Su única falta fue convertirse en rey en el peor de los momentos, es decir, cuando tú estabas a punto de llegar. Por cierto, sus últimas palabras fueron para ti. «Dile a Alejandro que pongo mi imperio en sus manos. En toda Persia no hay un hombre más digno de ocupar mi trono».

—¿Quieres decir que antes de morir me nombró su heredero?

—Así es, y aquí estoy yo para probarlo.

Diciendo esto, el anciano se llevó las manos a los labios y se postró trabajosamente a los pies del rey, quien se apresuró a obligarlo a incorporarse.

—Intentaré hacerme merecedor de su confianza —dijo Alejandro cerrando los ojos de Darío.

A continuación, se despojó de su clámide y cubrió con ella el cuerpo del rey muerto.

Emprendimos el regreso a Ecbatana a fin de reunirnos con el grueso del ejército. Artabazo nos acompañó en calidad de invitado y amigo del rey. Su tristeza fue enorme cuando conoció el triste destino de Barsine; sin embargo, la noticia de que su hijo Ariobarzanes, al que desde hacía tiempo daba por muerto, seguía con vida y lo aguardaba en Ecbatana, contribuyó a aliviar su dolor.

Tal y como le había dicho a Parmenión en Persépolis, Alejandro declaró solemnemente que el honor de la Hélade había sido vengado y procedió a licenciar a las tropas aliadas. Todos pensaban que su siguiente acto sería ordenar el regreso a Macedonia. Se equivocaban. Lo que hizo fue encaramarse a una tribuna y arengar a los macedonios del siguiente modo:

—Compañeros, amigos. Es natural que al volver la vista atrás y ver todas las hazañas que habéis realizado, sintáis ganas de regresar a casa y disfrutar de vuestra merecida gloria. Hemos andado juntos un largo camino, desde las montañas de Tracia e Iliria hasta las costas del mar de Hircania, al otro lado del mundo. Yo mismo ardo en deseos de abrazar a mi amada madre y a mi hermana, del mismo modo que vosotros anhelaís el premio más valioso de todos: la alegría de los hijos, de las esposas, de los padres, la paz, el descanso, la segura posesión de cuanto conseguimos mediante nuestro propio valor. Pero decidme ¿están realmente aseguradas nuestras conquistas o cabe la posibilidad de que los pueblos sometidos por la fuerza se subleven en el mismo momento que abandonemos el Asia? —En este punto, Alejandro hizo una pausa para permitir a los hombres reflexionar. Vi algunas expresiones contrariadas, pero la mayoría de los soldados asintieron con la cabeza—. Por otro lado, estoy hablando como si el imperio entero estuviera ya conquistado, cuando en realidad Nabarzanes se ha hecho fuerte en Hircania y Bessos, el regicida, amenaza con lanzar contra nosotros a todas sus hordas bárbaras desde Bactria. ¿Y qué me decís de los sogdianos, los escitas, los masagetas o los indios, pueblos tan numerosos como las arenas del desierto que ni siquiera han oído hablar aún de nuestro dominio? Muchos conocisteis a Filipo, mi padre. Él me enseñó dos cosas muy valiosas. La primera es no dejar nunca las cosas a medio hacer. La segunda,

jamás desdeñar al enemigo. No tendríamos perdón si, después de vencer a Darío, pusiéramos el imperio en manos de un esclavo suyo que además ha cometido el peor de los crímenes. ¡Macedonios! Sois el ejército más formidable que ha visto el mundo. Estáis muy cerca de convertirlos en los señores de toda el Asia. ¿Es que vais a deteneros ahora?

Mientras miles de gargantas pronunciaban un ensordecedor «¡no!», Parmenión y sus hijos se esfumaron discretamente de la escena. Generales, oficiales y humildes hoplitas se disputaron el privilegio de abrazar a Alejandro, de besar su mano o simplemente de tocar sus ropas. Después formaron una plataforma con sus escudos y le pidieron al rey que se encaramara sobre ella. La improvisada tribuna parecía flotar sobre aquel mar de hombres, que vitorearon el nombre de Alejandro hasta enronquecer. Lo contemplé desde la distancia, como en aquel lejano día en que el ejército lo proclamó rey. Entonces me había parecido muy joven y muy asustado. Ahora, en cambio, su rostro brillaba con más fuerza que el sol del mediodía.

Como podéis ver, Alejandro se había salido plenamente con la suya. Supongo que preparó cuidadosamente su jugada; al arma poderosísima de su carisma personal, había sumado la fuerza de persuasión de las palabras. Durante unos instantes pensé en los lejanos tiempos de Mieza y en las lecciones de oratoria. Creo que Aristóteles jamás pudo imaginar los frutos que darían sus enseñanzas. En cualquier caso, la expedición iba a continuar. Parmenión y sus partidarios acababan de conocer la más amarga de las derrotas. Ante nosotros resplandecía todo un nuevo mundo que conquistar, aunque, entre tanta luz, también acechaba la tragedia.

Capítulo XI

El camino hacia el fin del mundo

EL rey dispuso que Parmenión permaneciera en Ecbatana. Supongo que ello os hará pensar que Alejandro había decidido postergarlo definitivamente. Todo lo contrario. De hecho, su nueva misión conllevaría un poder y responsabilidad enormes: al mando de veinte mil hombres, recibió el encargo de custodiar las rutas de comunicaciones y suministros mientras nosotros nos internábamos en territorios desconocidos. Al poner en sus manos su propia seguridad y la del resto del ejército, Alejandro le estaba otorgando un voto de confianza. Quizá el intachable historial militar de Parmenión pesó más que otras consideraciones, o tal vez Alejandro pensó que el antiguo lugarteniente de su padre merecía la oportunidad de mostrar que, tras su constante oposición a las decisiones del rey, no se ocultaba la traición. Por otro lado, Parmenión acababa de sufrir la pérdida de su hijo Nicanor. El joven comandante de los hipaspistas había contraído unas de esas fiebres de las que los asiáticos sanan con facilidad y que, en cambio, fulminan a los europeos en cuestión de días. Parmenión, ya septuagenario, necesitaba un descanso y aceptó de buen grado permanecer en Ecbatana custodiando nuestra retaguardia.

Hárpalo también se quedó en Ecbatana como administrador del Tesoro. Últimamente se venía rumoreando que su contabilidad no era todo lo honesta que cupiera esperar. Había incluso quien decía que parte de los ingentes fondos que pasaban por sus manos terminaban engrosando su fortuna personal. Seguramente Alejandro no se preocupó siquiera de comprobarlo. No en vano él mismo se dedicaba a repartir dinero a manos llenas entre sus amigos, e incluso entre quienes no lo eran tanto. Filotas, por ejemplo, vivía rodeado de una ostentación que contrastaba enormemente con la austeridad del rey: se hacía servir por más de una docena de esclavos, incluso en mitad de una campaña; su tienda poseía tales lujos y comodidades que comenzaba a parecerse a la de Darío; sus redes de caza se extendían a lo largo de muchos estadios. Recuerdo que hasta circuló el rumor de que había prescindido del tradicional aceite en su aseo personal, y que ahora se hacía ungir con mirra. Ante aquella extravagante ostentación, ¿pensáis que a Alejandro le podía hacer perder el sueño el que Hárpalo se quedara con pequeñas sumas del dinero que administraba? ¿Qué era aquello sino una gota en la inmensidad del mar?

Justo antes de partir, el rey le encargó a Parmenión un cometido que el general aceptó cumplir a regañadientes. Deseaba que seleccionara 30 000 muchachos persas que sobresaliesen por su apostura, por sus cualidades físicas y por su inteligencia. Los

elegidos habrían de recibir un esmerado entrenamiento militar al modo heleno y a la vez aprender el idioma y las costumbres de la Hélade. No pasó mucho tiempo antes de que empezaran a surgir voces airadas: «Alejandro planea sustituir su ejército de fieles macedonios por un puñado de bárbaros pertenecientes a un pueblo indigno y derrotado». Estaban equivocados; el rey había puesto sus miras en un objetivo mucho más elevado que ese.

Tras tomar estas medidas, los oficiales recibieron la orden de emprender la marcha. Los largos meses que empleamos en conquistar y pacificar las satrapías orientales del imperio tienden a mezclarse y confundirse en mi memoria —ya sabéis que la memoria de los ancianos es como una colección de trastos viejos en la que a duras penas puede encontrarse algo útil—. Atravesamos un territorio agreste y desconocido, una tierra sin ciudades que ningún heleno había descrito jamás: Hircania, Partia, Aria, Drangiana, Aracosia... Para vosotros, solo palabras; para mí, en cambio, esos nombres están cargados de imágenes y recuerdos: la fatiga de marchas interminables, horizontes infinitos donde se perdía la vista y se extraviaba el espíritu, el frío más extremo, el calor más sofocante, las mil sensaciones agresivas de la intemperie y, de tanto en cuanto, el vértigo de la batalla y el olor penetrante de la sangre.

Me resultaría imposible relataros todos los episodios de aquella interminable campaña. Os remito para ello a los informes de Calístenes, si es que tenéis paciencia suficiente para leerlos. Mencionaré, sin embargo, que Satibarzanes, sátrapa de Aria, nos hizo la vida muy difícil por aquellos días. Un sujeto peligroso y traicionero aquel Satibarzanes, tan escurridizo que parecía estar en todas partes a la vez. Antes de caer, se las arregló para encender docenas de focos de sedición que solo con grandes sacrificios logramos apagar. Además, la noticia del incendio de Persépolis se había extendido ya hasta los confines más remotos del imperio, lo que no sirvió precisamente para calmar los ánimos.

También deseo hablaros acerca de otros asuntos que considero de la máxima importancia, si bien es posible que el primero de ellos solo la tuviera para mí.

Ocurrió cuando nuestro campamento estaba plantado en algún remoto lugar de Hircania. A mi señor le gustaba aprovechar los escasos momentos de ocio que tenía para salir de caza conmigo. Aquel día le resultó imposible; había mil asuntos que requerían su atención inmediata. Cualquier otro gobernante habría delegado gran parte de ese trabajo en sus subalternos. Él, en cambio, prefería ocuparse personalmente de todos los detalles, desde la supervisión de las fortificaciones del campamento hasta que los soldados recibieran puntualmente su paga. Le pidió, por tanto, a un grupo de pajes reales que se encargaran de llevarme a dar un paseo por los bosques para estirar las patas. «No os alejéis demasiado —les advirtió— y ni se os ocurra intentar montar a Bucéfalo. No tenemos tiempo ahora para organizar funerales».

Alejandro me conocía bien. Desde que me convertí en su caballo, él no había

permitido que nadie más me montara, y no precisamente por egoísmo, sino porque sabía perfectamente que cualquiera que lo intentara acabaría, en el mejor de los casos, con varios huesos rotos. Los pajes montaron sus propios caballos y, llevándome de las riendas, se internaron conmigo en el bosque.

Los pajes reales son una antigua institución macedonia. Todos ellos son hijos de la nobleza que, antes de ocupar su puesto en el ejército, dedican algunos años al servicio personal del rey. Cuidan de su comodidad y vigilan su descanso nocturno, lo cual, muy lejos de considerarse una tarea servil, constituye para ellos y sus familias el más alto de los honores. Este grupo acababa de llegar de Macedonia y he de confesar que no eran del todo de mi agrado. Me parecían unos muchachos ociosos y consentidos, producto sin duda de los años de opulencia que se vivían en la patria gracias a la gran afluencia de riquezas procedentes de Asia. El propio Alejandro lo había comentado más de una vez: «Los jóvenes de mi generación estábamos hechos de otra madera. Estos críos no han carecido nunca de nada. Me pregunto si algún día lograremos hacer buenos soldados de ellos». Para colmo de males, su educación había sido encomendada a Calístenes, quien, habiendo heredado muchos de los prejuicios de su tío y apenas nada de su sabiduría, se dedicaba a llenarles la cabeza de ideas confusas y estériles.

Bien, volviendo a mi relato, os diré que aquellos pajes, enfrascados en su estúpida charla, estaban alejándose peligrosamente del campamento. Alejandro no da nunca órdenes arbitrarias; el territorio estaba plagado de bandidos. La zona en torno al campamento era segura, pero ¿quién sabe qué peligros podrían aguardarnos fuera del radio de acción de las patrullas? Actuando en consecuencia, clavé las patas en la tierra y me negué a dar un paso más.

—¡Maldito animal! —dijo uno de los pajes que me desagradaba especialmente, un tal Hermolao—. No comprendo lo que el rey ha visto en este viejo jamelgo. Una buena tunda le hará entrar en razón.

—Más vale que Alejandro no te oiga hablar así de su querido Bucéfalo —le advirtió un segundo mostrando mucho más sentido común—. Y yo en tu lugar no le pondría una mano encima, o podrías ser tú quien acabara recibiendo la tunda.

—Me arriesgaré de todas formas.

Y tras decir esto, Hermolao desmontó y se aproximó a mí con una fusta en las manos.

Ni siquiera tuve tiempo para darle a aquel muchacho su merecido personalmente. Los bandidos surgieron de todas partes a la vez: algunos saltaron desde las ramas de los árboles, otros salieron de la espesura y los hubo también que parecieron brotar del suelo como por arte de magia. Debían de ser cerca de veinte. Sus rostros eran hirsutos y feroces. Vestían pieles de animales y esgrimían armas rudimentarias, aunque de mortífero aspecto. No se molestaron en decir una palabra. Mediante gestos amenazadores, obligaron a los muchachos a desmontar y entregarles todo lo que llevaban encima, incluyendo sus ropas. Después los dejaron marchar. Los vi correr

como liebres hacia el campamento, cubiertos únicamente por sus taparrabos y considerándose muy afortunados por seguir con vida.

Tras reunir a los otros caballos, varios de ellos se acercaron a mí. Emplearon algún tiempo en admirar la bella factura de mi brida y de mi manta. Cuando intentaron obligarme a ir con ellos, se encontraron con dificultades que no esperaban. En mi juventud dudo mucho que ni aquellos veinte hombres juntos hubieran podido reducirme; sin embargo, los años hacen menguar las fuerzas, al mismo tiempo que acrecientan la sabiduría. Cuando vi que me rodeaban dispuestos a acabar con mi vida, decidí colaborar. «Imagino que Alejandro encontrará el modo de que volvamos a reunirnos», pensé.

Llegamos a su poblado cuando era ya noche cerrada. Estaba situado en un claro de un bosque tan espeso que nadie habría podido localizarlo sin conocer los senderos. «Nunca podrán encontrarme aquí», me dije presa de la desesperación. Me encerraron en un cercado, junto con los otros caballos. Entre la penumbra, distinguí un puñado de rústicas cabañas dispuestas en círculo, apenas iluminadas por la débil luz de varias hogueras agonizantes. No se oían más sonidos que los del bosque. Lo terrible de mi situación no impidió que cayera dormido casi al instante.

Me despertaron las risas de los niños. Había docenas de ellos que me miraban con ojos brillantes, charlaban y reían. A pesar de sus caritas sucias y los harapos que vestían, me parecieron idénticos a todos los niños helenos que había conocido. Sus rostros eran hermosos. Algunos de ellos incluso me recordaron al de un amado muchacho que había visto por primera vez mucho tiempo atrás. «Alejandro tiene razón —pensé—. Todos los hombres son esencialmente iguales. No hay más que mirar a estos críos para darse cuenta». Lamenté haber tenido que llegar a aquella triste situación para cerciorarme de esa gran verdad.

Los niños se descolgaron de la valla para dejar paso a los adultos. Entre ellos reconocí a algunos de los hombres que me habían capturado el día anterior. Al frente de todos caminaba un individuo enorme y velludo, cubierto con pieles de lobo sin curtir y pesados collares de tosca apariencia. Supuse que se trataba del jefe. Aquellos hircanios hablaban un dialecto septentrional de la lengua persa, muy diferente del elegante idioma usado por los atildados aristócratas de Susa o Persépolis. A pesar de ello, me las arreglé para comprender lo que decían.

—Debió de ser un excelente caballo en su juventud —dijo el jefe mirándome—. Es mucho más grande que esos caballitos que montan los bárbaros de Occidente, y conserva todavía una excelente estampa.

—Tampoco le faltan bríos —dijo uno de los hombres que me habían capturado—. Llegamos a pensar que tendríamos que matarlo para quitarle la brida.

—Está enjaezado como el caballo de un rey. Quizá perteneciera al mismo Iskandar, aunque dudo que el nuevo señor de Persia se rebajara a montar un caballo tan viejo. Probablemente era de alguno de sus generales.

—¿Qué hacemos con él? ¿Intentamos venderlo?

—No —dijo el jefe con autoridad—. Lo que es bueno para un general de Iskandar, también es bueno para mí. Me lo quedaré.

Diciendo esto, corrió hacia mí y se encaramó a mi grupa de un salto. Lo hizo con tanta rapidez que tardé unos instantes en reaccionar, a pesar de lo cual, no pasó mucho tiempo antes de que los hircanios vieran a su jefe volar por los aires y dar con sus huesos en el suelo. Me abstuve de cocerlo a fin de no empeorar más mi situación. El hombre se levantó al instante. Debía ser un tipo fuerte, puesto que apenas estaba maltrecho. Su amor propio, en cambio, sí que lo estaba, sobre todo tras ver que sus hombres apenas eran capaces de contener la risa. Le oí pronunciar el nombre de dos o tres dioses desconocidos para mí y me di cuenta de que había desenvainado una hoja de hierro enorme y oxidada. He luchado en muchas batallas; sé distinguir una mirada asesina en los ojos de los hombres. «Está bien —pensé—, si ha llegado mi hora, sabré morir con valor y dignidad, igual que he vivido». En ese momento, los gritos de un hombre que se acercaba a galope tendido nos hicieron girar a todos la cabeza.

—¡No lo mates —decía a voz en cuello—, o traerás la desgracia sobre nuestras cabezas! —El jefe profirió una maldición mientras envainaba su cuchillo. Después interrogó al recién llegado con una feroz mirada—. ¡Iskandar!, —acertó a decir el hombre con expresión de pánico—. Ha publicado un bando. Jura no dejar un hombre vivo en toda la región si su caballo no le es devuelto de inmediato.

El jefe se volvió hacia mí mostrando respeto en su mirada.

—De modo que este viejo animal es el famoso Bucéfalo. Debes de haber sido un caballo excepcional cuando tu amo se toma tantas molestias por recuperarte. Bien, no le haremos esperar.

Esa misma tarde me codujeron de nuevo al campamento, junto con el resto de los caballos robados y algunos humildes presentes con los que los bandidos esperaban aplacar la ira de Alejandro. El rey en persona salió a recibirnos. Aceptó los regalos y las excusas de los hircanios con gran cortesía y los proclamó oficialmente sus aliados. Cuando se fueron, colmados de presentes mucho más valiosos que los que ellos habían traído, abandonó su grave actitud y se abrazó a mi cuello con tal fuerza que pensé que iba a dejarme sin aliento.

—¡Bucéfalo! ¡Querido Bucéfalo! Llegué a pensar que no volvería a verte. ¿Estás bien? ¿Te han maltratado? —Agité vigorosamente la cabeza para hacerle comprender que no solo me encontraba perfectamente, sino que además me sentía el más feliz de los seres por estar de nuevo junto a él—. No hay nada en este mundo que pueda separar a Alejandro de su caballo, nada. Ahora ven conmigo, tengo una sorpresa para ti.

Lo seguí camino de las cuadras. A pesar de la gran impaciencia que sentía por ver de nuevo a mi compañera, no pude evitar detenerme un momento ante el lugar donde tenían lugar los actos disciplinarios. Allí estaban los pajes que tan imprudentemente habían obrado. Atados a un poste y expuestos a la vista de todos, sus espaldas

mostraban el doloroso mordisco del látigo. Se habían ganado a conciencia aquel castigo. No sentí ninguna pena por ellos.

La sorpresa que Alejandro me reservaba era mucho más grande de lo que habría podido esperar. Según sus propias cuentas, *Ishtar* no tendría que haber parido hasta un par de semanas después. Quizá sus cálculos fueron erróneos, o tal vez la angustia que había sentido tras mi desaparición había precipitado el alumbramiento, pero lo cierto es que en las caballerizas encontré a mi compañera lamiendo amorosamente al potrillo más hermoso que he visto jamás. A pesar de las escasas horas transcurridas desde su nacimiento, aquella criatura se sostenía con gran seguridad sobre sus delgadas patitas mientras buscaba afanosamente las ubres de su madre. Era totalmente negro, excepto por una mancha blanca en la frente cuya forma supongo que adivinaréis.

—Has ido a elegir el mejor momento para dejarte secuestrar —me dijo *Ishtar* con los ojos relucientes—. Bien, ¿qué te parece? ¿No es tu vivo retrato?

—Es una preciosidad —acerté a responderle sin intentar siquiera fingir modestia—. Y tienes razón, se parece extraordinariamente a mí.

—Salvo por un pequeño detalle del que tal vez no te hayas percatado: es una hembra.

Imagino que para un hombre aquella habría sido una mala noticia. A los de mi especie, en cambio, no nos importa el sexo de nuestros hijos. La visión de mi hijita recién nacida me llenaba de tal alegría y orgullo que había llegado a olvidar que Alejandro se encontraba todavía con nosotros.

—Ella simboliza la mayor de mis aspiraciones, Bucéfalo —dijo de pronto—, lo mejor de Occidente y lo mejor de Oriente unidos en un solo ser. Será la más rápida y valiente de las yeguas de combate, aunque ruego a los dioses que su vida sea más pacífica que la que te ha tocado vivir a ti. —La voz de Alejandro adquirió un timbre de dolor. Comprendí que el recuerdo de su hijo y su compañera muertos recientemente lo había entristecido—. Permíteme elegirle un nombre —prosiguió—. La llamaremos *Andrómeda*. ¿Te gusta?

Me gustaba. En las leyendas de los helenos, Andrómeda era la esposa del héroe Perseo, el matador de la Gorgona. Cuentan que la raza persa descende de su progenie y que los dioses la tenían en tan alta estima que, tras su muerte, la convirtieron en esa brillante constelación que adorna los cielos del norte. Sería un nombre hermoso para una hermosa criatura.

Seguimos adelante, siempre adelante, incansablemente. Alejandro añadía nuevos territorios a su imperio a un ritmo vertiginoso. A lo largo del camino, fundamos varias Alejandrías en el emplazamiento de antiguas fortalezas persas —quizá fueran más de treinta, pero no estoy seguro; creo que perdí la cuenta—, todas ellas copias en miniatura de la Alejandría de Egipto, que, según nuestras noticias, era ya una

magnífica realidad. Las nuevas colonias servirían para alojar a las guarniciones que dejábamos atrás, aunque los propósitos del rey iban mucho más allá de lo puramente militar. Su intención era crear una red de ciudades helenas que atravesara el corazón de Asia, auténticos focos de civilización en un mundo primitivo de pastores nómadas. Con el tiempo, todas ellas contarían con ágoras, gimnasios, escuelas y teatros, igual que cualquier ciudad de la Hélade. Serían como semillas aguardando el momento de germinar, aunque siempre me pregunté si el terreno era el más apropiado. Creo que la misma duda era compartida por la mayoría de los macedonios, reacios a comprender el esfuerzo civilizador de Alejandro. Para ellos, representar a Eurípides ante una audiencia bárbara era como ofrecer un fastuoso banquete a una piara de cerdos; en cuanto a enseñar los versos de Homero a los hijos de los caudillos asiáticos, se trataba pura y simplemente de un sacrilegio. Pero será el tiempo, que es el mejor de los árbitros, el que se encargará de decidir quién tenía razón.

En otro orden de cosas, habéis de saber que algunos sátrapas de los territorios conquistados fueron confirmados en sus cargos. Alejandro estaba dispuesto a llevar su política de integración y respeto hacia la nación persa hasta sus últimas consecuencias. A un sector del ejército no le gustó. Pero aún murmuraron más los descontentos cuando el rey comenzó a reclutar tropas entre la población local y, sin embargo, era una medida totalmente lógica: las nuevas conquistas obligaban a dejar guarniciones aquí y allá; las ciudades recién fundadas necesitaban colonos y los refuerzos que Antípatro enviaba desde Macedonia eran hartamente insuficientes para cubrir la constante merma de hombres. También recibimos algunas visitas inesperadas.

Primero llegaron los emisarios de Nabarzanes. El sátrapa solicitaba una entrevista con Alejandro y pedía garantías de que su persona sería respetada. Después se presentó él mismo, cargado de regalos y buena voluntad. Aseguró que había colaborado con Bessos en el destronamiento de Darío porque juzgaba al rey muerto indigno de regir los destinos de su nación, pero que en ningún momento aprobó o participó en su asesinato. Artabazo confirmó todo ello, por lo que Alejandro le permitió partir en paz, tras obtener de él la promesa de que no encabezaría insurrecciones y de que reclutaría tropas en su territorio para reforzar el ejército macedonio.

Entre los presentes que Nabarzanes trajo para Alejandro me gustaría referirme a uno en concreto. Se trataba de un joven eunuco llamado Bagoas que había pertenecido al servicio personal de Darío, una criatura ociosa, pintarrajeada y horrenda, muy ducha en danzas, modales cortesanos y nada más. Yo siempre encontré desagradable a aquel muchacho, y como yo muchos de los compañeros del rey. Sin embargo, Alejandro se aficionó a él de un modo que jamás he acertado a explicarme. Quizá fuera simplemente compasión, o quizá aquel Bagoas poseía cualidades que ninguno, salvo Alejandro, éramos capaces de apreciar. El caso es que ha permanecido con nosotros desde aquel día. Puede que su historia merezca ser contada, pero yo al menos no tengo la menor intención de detenerme a hacerlo^[9].

Oxatres hizo acto de presencia poco después. El joven hermano de Darío, que con tanto valor había luchado en Iso y Gaugamela, había sabido que el rey muerto había designado a Alejandro su sucesor legítimo, y se había apresurado a poner su espada y las de sus seguidores al servicio de mi señor. Fue recibido con grandes honores, se le concedió un puesto de mando entre los hetairios reales y se le garantizó que Bessos, el asesino de su hermano, recibiría pronto su merecido castigo.

A Oxatres le siguieron muchos otros aristócratas y señores locales que se mostraban ansiosos por conseguir un puesto destacado en la corte del conquistador. Entretanto, Alejandro había convertido el campamento en la capital itinerante de su imperio: allí se dictaban leyes y edictos que afectaban a las vidas de millones de seres humanos; desde allí se nombraba y deponía a los sátrapas, a los gobernadores militares, a los jefes de las guarniciones y a todos los funcionarios de alto rango; nuestro campamento era el lugar al que acudían a solicitar audiencia real los emisarios de ciudades que se encontraban en el extremo opuesto de las tierras conocidas. Creo que no exagero al decir que el campamento de Alejandro se había convertido en la auténtica capital del mundo.

Resultaba difícil ver al rey por aquellos días. Sus obligaciones eran tantas que apenas le dejaban tiempo para dormir o comer algo más que un bocado ocasional, y aún teníamos por delante un mundo entero por conquistar. Se acabaron las cacerías y los paseos a caballo, el ejercicio de la lucha y los banquetes. Ni siquiera le quedaba tiempo para encargarse del adiestramiento de las tropas, que siempre había sido su ocupación favorita. Se le veía delgado y ojeroso y, en muchas ocasiones, malhumorado. Bien a su pesar, no le quedó más alternativa que reclutar en torno a él a un segundo ejército de asesores y burócratas. Los macedonios eran excelentes soldados, pero la mayoría de ellos desconocían otro tipo de administración que la del ejército. Siguiendo los consejos de Artabazo, Alejandro puso al frente de la burocracia a nobles persas con experiencia de poder durante el reinado de Darío y sus predecesores. Fue, en términos generales, una decisión acertada; los persas eran buenos administradores y conocían mejor que nadie los entresijos de la compleja administración imperial. Alejandro volvió a disponer de tiempo para trazar la estrategia de la campaña, para sus compañeros y también para mí. Sin embargo, fue también el comienzo del desastre.

Desde tiempo atrás, Parmenión y Filotas estaban siendo sometidos a una estrecha vigilancia. Se interceptaron cartas en las que el hijo expresaba al padre su disgusto por los últimos acontecimientos: «Alejandro tiene en más estima a los persas que a sus propios compatriotas. Está sustituyendo a los soldados macedonios por tropas persas. Trata a los vencidos como aliados en lugar de como vasallos. Se hace acompañar siempre de dignatarios persas. Viste ropas persas en público. ¡Alejandro se está convirtiendo en un rey bárbaro!». Todo aquello olía a traición. Incluso existían veladas alusiones a un plan «para el que era necesario obrar con prudencia y esperar el momento oportuno». Sin embargo, Alejandro se resistía a actuar. «No quiero ser

recordado como un tirano —me dijo en una ocasión—. Todo hombre tiene derecho a expresar su opinión mientras no comprometa la seguridad del Estado». Los acontecimientos le obligaron a cambiar su modo de pensar.

Estábamos a finales del verano y nos encontrábamos acampados al pie de la fortaleza real de Drangiana. Recuerdo que soplaban un viento abrasador que impedía el avance del ejército y dificultaba hasta la más insignificante de las operaciones. Las tropas estaban acuarteladas; los hombres, habituados a la acción, se aburrían. A falta de nada mejor que hacer, bebían hasta caer inconscientes o se jugaban sus pagas a los dados, pues nada había allí en lo que poder gastar su dinero. Y mientras tanto, el viento seguía aullando, incesante y enloquecedor, sobre aquel desolado rincón del mundo. Pero ocurrió algo que vino a romper la monotonía. Una mañana comencé a percibir extraños movimientos por todo el campamento, que se encontraba plantado en torno a la imponente ciudadela donde residía la corte. De forma muy discreta, se cerraron las puertas de la muralla y se reforzó la guardia. Nadie podía entrar ni salir de allí. «Algo grave está ocurriendo», pensé angustiado.

Los oficiales que Alejandro distinguía con su confianza fueron llamados a la presencia del rey. Nadie perturbó, sin embargo, el descanso de Filotas, que había pasado bebiendo casi toda la noche anterior. Más tarde supe que el consejo se había desarrollado del siguiente modo:

El rey apareció ante los oficiales vestido con armadura de guerra. A diferencia de lo que era usual en él, sus movimientos parecían lentos y pesados y su semblante mostraba una extrema gravedad. Había centinelas por todas partes: en las puertas, en los corredores, en todos los accesos al palacio. Una taxiarquía completa de la guardia estaba formada en el patio, dispuesta para actuar en cualquier momento.

—No voy a andarme con rodeos —dijo Alejandro—. Tengo fundadas sospechas de que existe una conspiración para acabar con mi vida.

El asombro más absoluto fue la única respuesta que obtuvo. Todos lo miraron con expresión de incredulidad. Hefestión, en particular, no podía creer que alguien quisiera acabar con la vida de la persona que él más amaba en el mundo.

—Vamos, Alejandro —le dijo—, sabes que todos te somos leales.

—O al menos todos los que estáis aquí.

—¿De quién sospechas entonces? —preguntó Tolomeo.

—Os pondré al corriente para que podáis juzgar vosotros mismos. Esta mañana vino a verme uno de los oficiales de la falange, un joven llamado Cebalino. Estaba aterrorizado. A duras penas conseguí calmarlo para que pudiera contarme su historia. Me dio detalles y nombres.

—¿Y cómo logró enterarse él de algo que tus agentes han pasado por alto? —preguntó Demarato.

—Eso carece de importancia ahora. Tampoco los nombres que mencionó pertenecen a personas relevantes en el ejército.

—Entonces debe de tratarse de una calumnia urdida por ese sujeto para

desacreditar a algunos de sus compañeros —dijo Hefestión esperanzado.

—No, no lo creo. Algunos de ellos han preferido quitarse la vida antes de ser arrestados. Pero lo que me preocupa realmente es lo que me dijo a continuación: Filotas estaba al tanto de todo desde hace días.

—¿Cómo? —exclamaron todos al unísono.

—Habló con Filotas mucho antes que conmigo. Él le dijo que me pondría al corriente de inmediato. Al día siguiente, el muchacho le preguntó si ya me lo había contado. Al parecer le respondió con evasivas; pretextó que yo había estado muy ocupado y que no había tenido ocasión de hacerlo. Era mentira. Filotas y yo habíamos estado hablando un buen rato sobre caza y otros asuntos intrascendentes. Cebalino insistió en varias ocasiones, y Filotas siempre respondía que estaba esperando el momento oportuno. Por fin, esta mañana se armó de valor y vino a contármelo personalmente.

—¡Está al frente de la conspiración! —exclamó Seleuco con los dientes apretados—. Solo quería ganar tiempo.

—Eso mismo he pensado yo. Cebalino solo conocía los nombres de los conspiradores menos importantes. Quienes estén detrás de todo esto han de ser por fuerza personas mucho más prominentes.

—Pero hay algo en todo este asunto que no entiendo —dijo Hefestión frunciendo el ceño—. ¿No crees que a Filotas le habría resultado mucho más sencillo eliminarlo sin más?

—Sí, yo también lo pensé —respondió Alejandro—. Te aseguro que no he hecho otra cosa que intentar encontrar argumentos para exculparlo. Pero el mismo Cebalino me brindó la respuesta. El muchacho no es ningún tonto, de modo que confió toda la historia a un par de amigos de confianza antes de dirigirse a un oficial superior.

—Y por supuesto no le reveló a Filotas sus nombres.

—Naturalmente. De ese modo se cubría las espaldas en caso de que se supiera que él había denunciado el complot. Una sola muerte puede parecer casual, pero dudo mucho que los conspiradores pudieran silenciar a todos los amigos de Cebalino, que por cierto es un oficial muy popular, sin inculparse.

—¡Has de eliminar a Filotas inmediatamente! —dijo Crátero, cuya enemistad con Parmenión y su familia era bien conocida—. Ese traidor no merece seguir viviendo.

—No, no puede hacerse así. Filotas es un noble y, sobre todo, un soldado macedonio. Nuestras leyes le conceden el derecho a ser juzgado por sus compañeros de armas. El campamento está incomunicado. Nada de todo esto se sabrá en el exterior hasta que el juicio concluya. Ahora voy a hacerlo arrestar, pero antes quiero saber si puedo contar con vosotros.

Todos se pusieron en pie a la vez y proclamaron vehementemente su lealtad. Acto seguido, Alejandro ordenó que el hijo de Parmenión fuera arrestado y conducido ante la asamblea de combatientes.

Los guardias hallaron a Filotas durmiendo plácidamente en sus lujosos aposentos.

Estaba tan confuso que no opuso la menor resistencia. Pienso que solo comprendió la gravedad de su situación cuando le hicieron subir a una tribuna y se encontró ante todo el ejército macedonio armado y formado bajo el vendaval. Alejandro realizó personalmente la acusación; expuso las pruebas y cargos con una frialdad implacable, sin mostrar un ápice de emoción. Filotas escuchaba y parecía no salir de su asombro, y he de decir que, si todo aquello fue fingido, demostró ser un actor consumado. Mientras tanto, los rostros de los soldados mostraban un enojo creciente. Pronto comenzaron a oírse gritos airados por todas partes. Seguramente solo los que formaban en las primeras filas pudieron entender el final del discurso del rey.

A continuación, Filotas intentó una débil defensa. Dijo que toda aquella historia de la conspiración era absurda, y que si no se la había comunicado al rey era porque no deseaba inquietarlo con habladurías. No le permitieron continuar; los gritos de «traidor» surgieron al unísono de todas las gargantas y sus palabras se perdieron entre el clamor. Filotas comprendió que el ejército había dictado sentencia y abandonó toda esperanza. Con el rostro encendido por la ira, ladró entonces toda suerte de insultos e injurias contra Alejandro. Ciertamente es que continuó proclamando su inocencia, pero afirmó que no le parecía deshonoroso tramar contra la vida de un tirano. Acusó al rey de haberse vendido a los persas, lo llamó traidor a la Hélade y declaró que era indigno de ocupar el trono de Filipo. «¿Para qué toda esta farsa, Alejandro? —dijo finalmente—. ¿No es mi vida lo que quieres? Pues lucha contra mí como un hombre o siempre se te recordará como un cobarde y un asesino». Los soldados, hartos de oír todas aquellas vilezas contra su rey, comenzaron entonces a golpear sus escudos con la hoja de las espadas hasta producir un estruendo tal que ahogó los bramidos del viento. Aquella era la señal de que el ejército consideraba al reo culpable de alta traición.

Filotas contempló con desaliento las filas de hombres furiosos que exigían a gritos su muerte y a continuación clavó la vista en el suelo.

—Si todos los dioses son como este —lo oyeron murmurar—, más vale estar muerto.

La ejecución tuvo lugar al caer el sol. El aspecto de Filotas era el de un hombre totalmente derrotado, pero aún tuvo ánimos para dedicarle a Alejandro una última mirada de rencor y decirle:

—Al menos deja en paz a mi padre.

Instantes después caía atravesado por las lanzas de sus propios compañeros de armas. Siempre detesté a aquel sujeto, pero reconozco que supo morir con dignidad.

Alejandro valoraba la lealtad por encima de todo. Más de una vez le oí decir que era precisamente la lealtad de sus hombres lo que le había permitido derrotar a los persas y llevar sus conquistas hasta aquellas remotas regiones. Ahora se enfrentaba por primera vez a la traición. Puede que para un auténtico tirano la traición sea algo corriente. Para él, en cambio, significaba el colapso total de su escala de valores. Mucho me temo que la confianza ilimitada que el rey depositaba en sus allegados

había quedado rota para siempre. Y buena prueba de ello es que desde aquel día Alejandro no tuvo más remedio que reforzar la seguridad en torno a su persona. También, y es algo que lamento tener que mencionar, comenzó a inspeccionarse el correo. Los que mostraron en sus cartas descontento con el proceder del rey o simpatía hacia Filotas, fueron asignados a un batallón especial llamado «de los indisciplinados», al que se le asignaban las misiones más peligrosas. Por último, quedaba por resolver el problema de Parmenión.

Nadie albergaba realmente dudas acerca de que el veterano general estuviera al tanto de la conspiración, incluso de que fuera su artífice, y, sin embargo, no había pruebas concluyentes contra él. Pero permitidme que os exponga el dilema al que Alejandro se enfrentó tras la ejecución de Filotas: nuestro ejército se encontraba aislado en territorios enormes y apenas conocidos. Ignorábamos los peligros a los que tendríamos que enfrentarnos apenas unos cuantos estadios más allá. El éxito de la expedición y nuestra propia supervivencia dependían, por lo tanto, de las fuerzas que custodiaban nuestra retaguardia. Inocente o culpable, ¿pensáis que tras enterarse de la ejecución de su hijo, Parmenión habría renunciado obedientemente al mando de sus tropas y se habría sometido a un proceso por traición? Alejandro no era un ingenuo. Sabía que se enfrentaba con una insurrección que convertiría en crítica una situación ya de por sí delicada. No le quedaba alternativa y, a pesar del enorme dolor que le produjo dar aquella orden, actuó sin titubeos. Al amanecer partieron tres agentes hacia Ecbatana; portaban un despacho real para Parmenión, pero su auténtico cometido era acabar con la vida del general en cuanto se les presentara la ocasión. Cumplieron sus órdenes a rajatabla. Y, sin embargo, las fuerzas acuarteladas en Ecbatana no se sublevaron. Creo que Parmenión y sus partidarios habían sobrestimado su prestigio, o quizá su error fue menospreciar a mi señor.

Cuando la noticia de las ejecuciones se supo en la Hélade, la leyenda negra que ya había comenzado a tejerse en torno a Alejandro alcanzó proporciones grotescas. La conspiración de Parmenión y Filotas se convirtió en una «conspiración contra Parmenión y Filotas». Hablaron de Alejandro como de un vil tirano que no había vacilado en eliminar al hombre de confianza de su padre para poner al frente del ejército a sus amigos y aduladores. También se dijo que el trato con los bárbaros había terminado por corromper al rey, quien se entregaba día y noche al vino y a los placeres más depravados. Tengo entendido, además, que Demóstenes se apresuró a difundir un panfleto en el que glosaba todos estos particulares y algunos otros de su propia invención. Se trataba de un anónimo, claro está, pero su estilo y malevolencia siempre han sido inconfundibles. «¿A quién puede extrañar que Alejandro se conduzca como un bárbaro —concluía mi antiguo amo—, siendo así que ni él ni su padre han sido jamás otra cosa?».

Mientras tanto, el rey guardaba silencio, aunque no dudo que todo aquello hería profundamente su orgullo. Cualquiera se habría sentido ofendido al saber que su nombre estaba siendo arrastrado por el fango de forma tan injusta, pero él más que

nadie, puesto que tenía su fama en más estima que su propia vida. Sin embargo, el golpe más duro se lo asestó —quién iba a decirlo— el mismísimo Aristóteles, su antiguo y reverenciado maestro, de quien recibió una escueta nota desde Atenas: «Recuerda quién eres», decía el mensaje, tres palabras cargadas de reproches que sumieron a mi señor en la tristeza. Pero no deseo añadir nada más sobre este doloroso asunto. Sacad, si os place, vuestras propias conclusiones.

Poco después llegaron noticias alarmantes desde los confines septentrionales del imperio. Bessos, el asesino de Darío, se había proclamado el auténtico heredero del trono de Persia y había adoptado el nombre real de Artajerjes IV. También supimos que se estaba realizando una campaña masiva de reclutamiento. El falso rey pretendía atacarnos en el momento más adverso para nosotros, es decir, cuando nuestra fuerza expedicionaria se encontraba anclada en las profundidades de Asia, a más de cuarenta días de marcha de Ecbatana, nuestra base permanente más próxima, aislados, escasos de suministros e incapaces de recibir refuerzos. Lo más sensato habría sido replegarnos hacia el oeste, hasta posiciones seguras, y aguardar circunstancias más favorables. Naturalmente, Alejandro hizo justamente lo contrario. Sin embargo, antes de emprender el avance, decidió acometer la enorme empresa de reorganizar el ejército. Recuerdo que todo comenzó a raíz de una conversación entre el rey y el romano Marco Furio Camilo.

Nos encontrábamos por entonces en la Parapamísada, una tierra amable y hermosa en cuyo horizonte se recortaban las cumbres azuladas de las montañas más altas que he visto jamás. Después de atravesar tantas regiones agrestes y desoladas, los hombres se sentían allí felices. Los jinetes tesalios afirmaban que aquella región de verdes prados y suaves colinas les recordaba las hermosas llanuras que hay más allá del valle del Tempe. La bondad del clima y el hospitalario recibimiento de los moradores hacían de aquel el lugar ideal para que el ejército se tomara un descanso. Alejandro sabía que todavía nos quedaba un duro camino por recorrer y no dudó en concedérselo. Se organizaron juegos, representaciones teatrales y banquetes. También hubo una gran cacería, a la que fueron invitados todos los amigos del rey.

La jornada resultó provechosa. Cobramos piezas magníficas que habrían provocado la envidia de cualquier cazador heleno. Recuerdo que Alejandro abatió un leopardo con un certero disparo de su arco. Se trataba de una especie de enorme gato salvaje de piel moteada. Mucho tiempo atrás se podían encontrar animales como ese en los bosques de la Hélade. Hoy en día, sin embargo, suponen una curiosidad tal que Alejandro estuvo a punto de enviar su piel al Liceo, aunque después se lo pensó mejor y ordenó que hicieran con ella una nueva manta para mí. Al caer la noche, todos se reunieron a compartir unas ánforas de buen vino, mientras los ciervos y jabalíes se asaban al calor de las hogueras. El ambiente era de entusiasmo y camaradería. Alejandro, en cambio, permanecía silencioso.

—¿Qué te preocupa, señor? —le preguntó el romano mientras vertía vino en su copa—. ¿Aún te sientes apesadumbrado por la suerte de Filotas y Parmenión?

—No, amigo mío. No es eso. Lo ocurrido me entristecerá durante el resto de mi vida, pero no siento remordimientos. Hice lo que debía hacer.

—Entonces, ¿por qué no te unes a la fiesta? Mira las caras de todos. Están tan alegres como chiquillos. Tú los has convertido en los dueños del mundo. ¿Acaso la gran gloria que has cosechado para todos nosotros no te hace feliz a ti también?

—Tú sabes que amo la gloria más que nadie, Marco. Pero me preocupa que todo lo que hemos conseguido a costa de tantas vidas y esfuerzo se desmorone de repente. Tras esas montañas está Bactria, donde Bessos se prepara para atacarnos. Estamos muy lejos de nuestras bases, y a todo un mundo de distancia de la Hélade. Un solo revés, un error podría significar el fin.

—En Roma siempre hemos pensado que lo mejor en estos casos es golpear primero, aunque ¿quién soy yo para dar consejos al conquistador del mundo?

—No, no —protestó Alejandro agitando las manos—. Tienes toda la razón. Pero te confieso que por primera vez en mi vida siento miedo. Sorprender a Bessos desprevenido en su madriguera supondría cruzar la cordillera con el ejército, una empresa ya de por sí gigantesca, y después enfrentarnos a una terrible campaña en Bactria y Sogdiana, en un terreno mucho más difícil de cuanto hemos visto hasta ahora, aislados y sin refuerzos.

—¿Temes entonces que Bessos emplee contra nosotros una táctica de desgaste?

—Es lo que yo haría en su lugar. Nuestro ejército es más numeroso, pero él dispone de hombres familiarizados con el terreno. Estoy seguro de que no tendría la menor opción en una batalla campal. En una guerra de guerrillas, sería muy diferente.

—Entonces tendrás que adaptar tu táctica a las nuevas circunstancias.

—Así es. Este es sin duda el mejor ejército que ha visto la Historia. He conducido a estos hombres de victoria en victoria sin que me fallaran jamás. Pero a veces dudo si el mérito ha sido mío o me he limitado a vivir de los logros de mi padre. Él convirtió a un puñado de pastores y campesinos en un arma formidable. Yo me he limitado a empuñar esa arma y poner en práctica sus planes. Pero ahora es diferente. Las circunstancias mandan que el ejército de Filipo se convierta en el ejército de Alejandro. Y creo que tú puedes ayudarme.

—Tu modestia te honra, y sin embargo creo que esas palabras suenan algo ridículas en boca del conquistador de Asia. Dime ¿qué podría hacer yo para ayudarte?

—He visto al pequeño ejército de Roma en acción. Vuestra táctica es brillante. Mi ejército es insuperable en campo abierto, pero vosotros os adaptáis a todo tipo de terreno y a cualquier eventualidad. Dime, ¿cuál es el secreto?

—Nada que tú no hayas imaginado ya. Somos una nación pequeña con muy limitados recursos. Nuestro ejército tenía que multiplicar su efectividad a partir de reducidos contingentes de tropas. La solución fue crear unidades más pequeñas y dotarlas de gran autonomía. Las llamamos *manípulos*.

—¿Eso es todo?

—No. En la batalla, los hombres de los manípulos son distribuidos en tres líneas según su veteranía y sus méritos de combate. Los más jóvenes, los *hastados*, pelean en la primera línea; los *príncipes*, que cuentan ya con experiencia, constituyen la segunda, mientras que los auténticos veteranos de valor probado, los *triarrios*, forman la tercera línea de ataque. Además, las unidades se disponen en cuadros, como los del tablero de ese juego que tanto te gusta. Si la presión del enemigo es grande, los *hastados* se repliegan a los huecos de la segunda línea hasta formar un frente de batalla compacto con los *príncipes*. En casos extremos, entran en acción los *triarrios* de la retaguardia. Esa es nuestra táctica, en esencia.

—Comprendo. Así conseguís cubrir más terreno con menos tropas.

—Y además pueden avanzar o replegarse con mucha más capacidad de maniobra que la pesada formación en falange, si me disculpas el comentario.

—Te disculpo. Es un sistema ingenioso. ¿Funciona bien en terrenos accidentados?

—De maravilla. Si una unidad queda aislada, su autonomía le permite actuar según la táctica trazada, o bien adaptarse a las nuevas circunstancias.

—Sabía que tus consejos me resultarían valiosos —dijo Alejandro con repentina animación—. Disfrutemos ahora de la fiesta. Mañana temprano hay que comenzar el trabajo.

Y así lo hizo. El ejército se reestructuró en unidades pequeñas de no más de quinientos hombres. Alejandro llamaba hiparquías a las de caballería y ciliarquías a las de infantería. Se crearon también unidades mixtas de infantes y jinetes entrenadas para actuar con rapidez y flexibilidad contra una táctica de guerrillas. Muchos hombres fueron ascendidos a oficiales para nutrir los nuevos cuadros de mando, y no por su linaje, sino atendiendo exclusivamente a su capacidad e iniciativa. Se abandonó la costumbre de formar las unidades con hombres reclutados en el mismo lugar. Alejandro deseaba que en su ejército no existieran mezquinas rivalidades locales. Es más, se crearon batallones mixtos compuestos por helenos y persas. «Cuando tu vida depende de los compañeros que te cubren el flanco y la retaguardia —decía—, poco importa que sean compatriotas o extranjeros». Fue una auténtica revolución que, contra todos los pronósticos, funcionó.

Los hombres fueron entrenados en novedosas formaciones y tácticas de combate. También se fomentó la iniciativa personal y la capacidad de tomar decisiones en situaciones imprevistas. Los ingenieros recibieron el encargo de diseñar nuevas máquinas de sitio, más pequeñas y eficaces, y, sobre todo, susceptibles de ser desmontadas y transportadas en piezas a lomos de mulas y camellos a través de terreno accidentado.

También hubo cambios en la cúpula del ejército. El mando de los *hetairios*, vacante tras la ejecución de Filotas, fue dividido: Hefestión comandaría la mitad de las fuerzas, Clito la otra mitad. Alejandro no quería concentrar demasiado poder en

un solo hombre, y de paso evitaba ser acusado de favorecer solamente a sus amigos.

Por último, ordenó que se prescindiera de toda la impedimenta que los hombres o las caballerías no pudieran transportar sin la ayuda de carros. Y dio ejemplo de ello quemando la magnífica tienda que había pertenecido a Darío junto con todo su suntuoso contenido —salvo aquella célebre caja en la que guardaba su *Ilíada*—. Los soldados supieron apreciar el gesto y se apresuraron a alimentar el fuego con todo aquello que no fuera imprescindible para el combate o la supervivencia. En aquella hoguera ardió el producto de muchos saqueos, infinidad de objetos valiosos que habrían alcanzado precios astronómicos en los mercados de Occidente. Dicen que el soldado vive para el saqueo, pero no recuerdo ver a ningún hombre infeliz por su pérdida. De hecho, aquello se convirtió en una auténtica fiesta, un nuevo comienzo.

Y así fue como Alejandro transformó nuestro pesado ejército en una fuerza ágil y flexible, capaz de caer sobre el enemigo como un rayo, batirse en las condiciones más adversas y desaparecer con la misma rapidez. Estos preparativos ocuparon todo el invierno. Entretanto, ya se había extendido la noticia de que Alejandro planeaba cruzar el Cáucaso^[10] con el ejército y lanzar una campaña contra Bactria y Sogdiana. Lo que nadie podía imaginar es que la empresa se llevaría a cabo antes de que concluyera el deshielo. Casi sentí lástima por Bessos.

Existe una antigua leyenda acerca de un titán llamado Prometeo que se convirtió en el mayor benefactor de la humanidad. Él fue quien robó el fuego del Olimpo para entregárselo a los hombres, y después le mostró a su hijo Deucalión el modo de construir una gran nave con la que salvar al género humano del diluvio enviado por Zeus. Entonces, el padre de los dioses lo castigó de una forma terrible: eligió el lugar más desolado de la Tierra y allí lo encadenó a una roca. Todas las mañanas, un águila acudía a devorarle el hígado, que volvía a crecerle durante la noche. Cuentan que el lugar donde Zeus encadenó a Prometeo era precisamente una de las cumbres del Cáucaso. Creo que el dios no pudo hacer una elección más apropiada.

El cruce de la cordillera fue una pesadilla que aún no logro recordar sin sentir un nudo en la garganta. Estábamos a comienzos de la primavera y la nieve cubría todavía los tortuosos pasos entre las cumbres. Durante el primer tramo de la ascensión encontramos algunos poblados, apenas unas docenas de cabañas enterradas bajo la nieve. Allí, en medio de aquella helada desolación, se hacinaban unas desdichadas criaturas que apenas merecían el calificativo de humanas. Eran hirsutos como lobos y huidizos como conejos. Su mirada era vacía, cuando no espantada. Recuerdo que empleaban a lo sumo veinte o treinta palabras para comunicarse y que subsistían en condiciones de miseria tales que nuestros soldados se negaron a buscar refugio en sus chozas, pues la sola visión de aquellos seres causaba pavor y el hedor que despedían era tan intenso que provocaba arcadas.

Pero lo que nos aguardaba más allá fue mucho peor. No había animales, ni

pájaros, ni insectos, ni siquiera una brizna de hierba, tan solo un manto blanco endurecido por las constantes heladas. Cada mañana despertábamos con los miembros entumecidos por el frío y la sensación de que aquel iba a ser el último amanecer que contemplarían nuestros ojos. Hombres y bestias avanzábamos penosamente, viendo cómo nuestro aliento entrecortado salía en forma de blanco vapor. «Es el espíritu, que nos abandona», decían algunos, y puede que tuvieran razón.

Cada paso que dábamos suponía un enorme esfuerzo de voluntad. Muchos fueron los que sucumbieron a la desesperación y se tendieron al borde del camino para aguardar la muerte. Alejandro, que recorría sin descanso la columna de un extremo a otro, los obligaba a levantarse y seguir caminando. A algunos ni siquiera las palabras de ánimo del rey les hacían reaccionar. Es la única ocasión en que he visto a Alejandro abofetear a sus hombres.

La creciente altura empeoró aún más unos sufrimientos que a todos se nos figuraban ya insoportables. El resplandor de la nieve taladraba nuestros ojos y nos provocaba un dolor atroz. Los hubo que quedaron totalmente ciegos y se vieron obligados a avanzar sujetos a gruesas cuerdas, al igual que aquellos desgraciados que nos salieron al encuentro en las cercanías de Persépolis. Las pieles y mantas con las que los hombres se protegían del frío no servían de gran cosa: los dedos de los pies y de las manos se tornaban insensibles y adquirían un matiz azulado. Después se experimentaba la sensación de que la carne estaba siendo taladrada por miles de agujas. Entonces sobrevinía la gangrena. Los afortunados perdieron solo algunos dedos. Los que no lo fueron, tuvieron al menos el consuelo de una muerte rápida.

Comenzaron a escasear las provisiones. Las mulas y caballos que sucumbieron al frío y al agotamiento fueron devorados crudos, sin dar tiempo a que su humeante carne se congelara. Fue necesario improvisar un cuerpo de vigilancia para impedir que los soldados sacrificaran a los que aún sobrevivían.

El consumo de vino fue prohibido durante toda la marcha. Bajo sus efectos desaparecían los violentos temblores y se amortiguaba la sensación de frío, lo que aliviaba enormemente el suplicio, pero al tiempo los hombres se volvían más vulnerables a los efectos de las bajísimas temperaturas. Emborracharse en aquellas condiciones equivalía a una muerte segura, aunque he de decir que muchos lo hicieron a escondidas, aun conscientes de lo que les esperaba; simplemente habían sufrido tanto que ya no les importaba morir. También hubo muchos que, sin haber bebido, presentaban síntomas idénticos a los de una borrachera: se les veía eufóricos y despreocupados, fanfarroneando al igual que lo harían en una taberna. Poco después, su euforia pasaba y comenzaban a quejarse de tremendos dolores de cabeza y oídos, boqueaban como peces fuera del agua y vomitaban hasta que no les quedaba nada en el cuerpo. Por último, caían en un letargo profundo del que casi ninguno despertaba. Los médicos no acertaban a comprender qué podía causar todo aquello. «Tal vez el agua —decían— o los alimentos corrompidos». Alejandro consultó a los

guías locales, quienes se encogieron de hombros y dijeron: «Es el mal de montaña». Ninguno de ellos añadió más explicaciones.

Imagino que nunca unos hombres se han encontrado tan cerca del cielo. Afirman que a los dioses les agrada morar en las más altas cumbres; debe de ser porque no están hechos de carne mortal. Por mi parte, jamás he sido tan consciente de mi propia mortalidad como durante los días que marchamos a través de aquel infierno blanco. Mi compañera y mi joven hija soportaron relativamente bien los enormes rigores. Yo, en cambio, estaba cada día más seguro de que mi fin se hallaba ya muy cercano. Aspiraba aquel aire enrarecido hasta que los pulmones me dolían, y sin embargo me sentía siempre al borde de la asfixia. Mantenerme en pie me resultaba una empresa casi imposible y el menor movimiento amenazaba con hacerme estallar el corazón. Alejandro estaba preocupado por mí. «Vamos, compañero —me dijo—. Me siento tan mal como tú. La sangre me zumba en los oídos y me da vueltas la cabeza. Tengo hambre y frío, pero no hemos llegado tan lejos para darnos por vencidos ahora. Recuerda lo que Aristóteles nos dijo en Mieza: Desde lo alto del Cáucaso pueden divisarse las orillas del Océano. Estamos alcanzando los confines del mundo. Aguanta un poco más». Le agradecí con un débil relincho sus esfuerzos por infundirme ánimos, pero creo que se engañaba. El Océano debía de estar mucho más lejos de lo que él pensaba, pues allí solo había montañas, hielo y frío^[11]. Contemplé su rostro quemado y su cuerpo consumido y me pregunté de dónde sacaba fuerzas para seguir en pie. Sin embargo, mi rey parecía un auténtico torbellino de actividad. Se le veía siempre de acá para allá, reorriendo la columna de un extremo a otro, alentando a sus hombres, ayudando a los que caían, soportando tantas penalidades como el que más, y todo ello sin abandonar jamás la sonrisa. Sentía tanta admiración por él que llegué a considerar seriamente la realidad de su naturaleza divina, pero, incluso así, no pude evitar una punzada de envidia. «Tú tienes veintiséis años y eres aún un hombre joven —pensaba—. En cambio, yo, con un año menos que tú, soy ya un caballo viejo y no sirvo para nada».

Cuando comenzaron las ventiscas, la mayor parte de los supervivientes se habían resignado ya a morir. Muchas veces me he preguntado qué era lo que mantenía en marcha a aquella muchedumbre mientras la nieve les azotaba el rostro y el viento aullaba en sus oídos. Creo que solo hay una respuesta posible: fue la voluntad de hierro de Alejandro, su espíritu inquebrantable, su pasión por la vida, lo que nos empujó a seguir adelante. Y de este modo, paso a paso, y tras haber dejado las montañas sembradas con los cuerpos sin vida de nuestros compañeros, emprendimos el descenso por la otra vertiente. Justo donde las nieves eternas acababan, Alejandro fundó una ciudad que recibió el nombre de Alejandría del Cáucaso, un recuerdo para las generaciones futuras de lo que, más que una gesta, fue un auténtico milagro. Ni la más sangrienta batalla se acercaba remotamente al horror que acabábamos de dejar atrás.

Bactria es una tierra de contrastes. Existen zonas fértiles donde se cultivan el trigo

y la vid y abundan los pastos, pero la mayor parte de su territorio consiste en un interminable desierto arenoso en el que no crecen más que achaparrados arbustos. Tras soportar el terrible frío de las cumbres, el cruce del desierto se nos antojó casi un paseo. Nuestro destino era la ciudad de Bactras, donde Bessos había fijado cuartel general.

¿Quién habría podido suponer que aquellas remotas y desoladas regiones albergaban una ciudad tan hermosa? Fue precisamente allí donde el profeta Zaratustra lanzó el mensaje que barrió el Asia entera como una llamarada: los antiguos dioses de los arios, los *devas*, quedaron relegados a la condición de demonios. La historia del mundo se reduce a una lucha entre la luz y las tinieblas, entre Ahura Mazda, el Sabio Señor, y Ahrimán, la Mentira. El hombre es libre de elegir entre el bien y el mal; sin embargo, tras la muerte, tendrá que cruzar el puente del Elector, un espíritu encargado de juzgar las almas humanas. Los seguidores de la Ahrimán serán entonces arrojados a un abismo sin fondo. Los justos, en cambio, renacerán en la nueva Creación que tendrá lugar al final de los tiempos. De este modo, el hombre se convierte en responsable de su destino.

Y ya que he mencionado el destino, os diré que el de Bessos quedó sellado el mismo día en que supo que Alejandro y su ejército se aproximaban a Bactras en formación de combate. Cuentan que en un principio se negó a creer la noticia. ¿Quién en su sano juicio se atrevería a cruzar las montañas en circunstancias tan adversas? Cuando nuestro avance fue confirmado, el usurpador no escatimó comentarios despectivos hacia Alejandro. No eran sus méritos, decía, sino la incapacidad de Darío para hacerle frente, lo que había permitido al «pequeño bárbaro» llegar tan lejos. Inmediatamente después abandonó la ciudad con todos sus efectivos. Quienes lo vieron alejarse afirmaron que estaba pálido como un cadáver.

Bactras se convirtió en una ciudad abierta. La tomamos sin derramar una sola gota de sangre. Los ingenios de sitio que Alejandro había ordenado construir en previsión de un largo asedio hubieron de esperar una mejor ocasión. Muchos se preguntaban si el rey emprendería la persecución de Bessos o bien optaría por el regreso. Pienso que ya conocéis lo suficiente el talante de Alejandro como para adivinar la respuesta.

El anciano Artabazo fue nombrado sátrapa de Bactria y permaneció en la ciudad al mando de una guarnición; el resto del ejército se puso de nuevo en camino. Suponíamos que los planes de Bessos consistían en alcanzar la región montañosa al este de la Sogdiana, un auténtico laberinto de gargantas y desfiladeros, y quebrar allí nuestro avance mediante una estrategia de desgaste. Nuestro ejército estaba ya preparado para tal eventualidad, pero Alejandro prefería dar caza a Bessos antes de que lograra alcanzar las montañas.

La marcha hacia el norte fue un suplicio casi comparable al cruce del Cáucaso. Las tropas de Bessos lo habían arrasado todo a su paso, privándonos de la posibilidad de abastecernos de alimentos sobre el terreno. A la vista de los campos quemados y

los rebaños muertos, los hombres estuvieron a punto de desfallecer. Pero aún fue mayor su consternación cuando alcanzamos las riberas del río Oxo.

Nos encontrábamos a comienzos de la primavera. El deshielo había comenzado en las montañas, y el río, cuyo caudal era imponente incluso en la estación seca, descendía con la fuerza de un mar embravecido. Muy lejos, en la orilla opuesta, alcanzamos a ver los destrozados restos de las balsas que Bessos había usado para cruzar. Los escasos bosques que nos habrían podido proveer de madera para construir nuevas embarcaciones habían sido incendiados. Los vados, en caso de existir, resultarían impracticables. Muchos fueron los que se preguntaron si Alejandro les pediría que cruzaran el río a nado.

Por suerte, ninguno de ellos tuvo que nadar. Alejandro ordenó que las pieles que los soldados usaban para levantar las tiendas fueran cosidas con fuertes cuerdas y llenadas de paja seca. Obtuvimos así un buen número de improvisadas balsas con las que abordar el cruce del río, lo que no resultó, sin embargo, una empresa sencilla. Los macedonios nunca han sido un pueblo de navegantes. La mayoría de ellos estaban más aterrorizados de lo que jamás los he visto en la víspera de una batalla. Fue Aristandro, el adivino, el que una vez más salvó la situación. «La ninfa del río — proclamó— se me ha aparecido en sueños. Nuestros sacrificios le han sido gratos. Crucemos las aguas sin miedo, puesto que estamos bajo su protección». Yo siempre he sido escéptico con respecto a los sueños y visiones de Aristandro. Sé de buena tinta que, cuando ningún inmortal se dignaba enviar una señal, era el propio Alejandro quien inspiraba al adivino. De todas formas, puesto que ya nadie se atreve a negar la naturaleza divina de mi señor, no veo que haya sacrilegio en ello.

He dicho que los hombres no tuvieron que nadar, tan solo dejarse la vida en los remos y rogar con toda su alma que la corriente no hiciera volcar las balsas. Los caballos, en cambio, sí que tuvimos que hacerlo. En mi calidad de caballo del rey, quise dar ejemplo a todos los demás. Mi familia y yo fuimos los primeros en cruzar. Nos sujetaron a una de las balsas con fuertes cuerdas y los tres avanzamos hacia la corriente con la cabeza muy erguida. *Ishtar*, mi compañera, era todavía joven; *Andrómeda* era ya tan fuerte y valerosa que habría podido cruzar a nado el mismísimo Océano de habérselo propuesto. En cuanto a mí, os diré solamente que tan pronto como mis cascos perdieron el contacto con el lecho del río, pensé que mi muerte era cosa segura. Moví las patas a un ritmo vertiginoso, me esforcé hasta la extenuación por mantener la cabeza fuera del agua, incluso me encomendé a Poseidón, dios protector de los caballos y señor de las aguas. De nada sirvió. Conforme me abandonaban las fuerzas, me hundía cada vez más en aquel atronador torbellino. Mi cabeza desapareció bajo la superficie y se hicieron súbitamente la oscuridad y el silencio. «De acuerdo —pensé con extraña calma—, esta vez sí que me ha llegado la hora. Dicen que si uno se resigna y aspira el agua la muerte es dulce y rápida». Me disponía ya a hacerlo cuando noté que alguien me agarraba del cuello. Puede que os cueste creerlo, pero, al ver lo que estaba a punto de ocurrir, Alejandro se

había zambullido en el río y había nadado hacia mí. El contacto de sus brazos en torno a mi cuello me devolvió el deseo de seguir con vida. Me impulsé hacia arriba flexionando frenéticamente las patas traseras, como si estuviera saltando un obstáculo, y así logré salir de nuevo a la superficie. Entonces vi su rostro. «No intentes luchar contra la corriente —me dijo con suavidad—. Límitate a permanecer a flote. Los hombres de la balsa nos remolcarán hasta la otra orilla». De este modo, tras ser arrastrados a lo largo de dos o tres estadios río abajo, mis patas tocaron de nuevo tierra firme. Me sentía helado, agotado y viejo. Alejandro, que siempre ha sido un pésimo nadador, estaba también extenuado, pero aun así intentaba reanimarme con caricias y palabras de ánimo. Sin embargo, yo era consciente de que tras su sonrisa se escondía una honda preocupación. Acababa de darse cuenta de que mi vida útil había llegado a su fin.

Empleamos cinco días en consumir el cruce del río Oxo. Entretanto, Bessos y los suyos nos habían tomado una considerable ventaja. «Jamás lograremos alcanzarlo antes de que llegue a las montañas», se lamentaba el rey una y otra vez. Y, sin embargo, fue la terrible fama que precedía a Alejandro la que hizo el trabajo. Cuando la noticia de que habíamos logrado cruzar el Oxo llegó a oídos de los rebeldes, Espítámenes, el hombre de confianza de Bessos, nos envió una embajada para negociar la entrega de su señor. Tolomeo partió de inmediato al frente de un fuerte destacamento compuesto por 1600 jinetes y 4000 infantes. Avanzando a marchas forzadas, alcanzaron la aldea donde los persas habían fijado su último campamento al cabo de cuatro días. El lugar estaba desguarnecido, lo que hizo pensar a Tolomeo que la oferta de Espítámenes no era más que una argucia. Entonces se oyeron gemidos procedentes de un mísero cobertizo. En su interior, el «Gran Rey Artajerjes IV» yacía encadenado sobre un montón de estiércol. Según relató Tolomeo, su apariencia era tan patética que casi sintió compasión por él.

Pero aún más indigna era la situación en que lo encontramos cuando el grueso del ejército alcanzó el lugar. Por orden de Tolomeo, Bessos había sido totalmente despojado de sus ropas y amarrado a un árbol que crecía al borde del camino. Ya referí en otro momento de esta historia que para los persas no hay escarnio mayor que ser expuestos desnudos en público. El antiguo sátrapa, sometido al castigo que su pueblo reserva para los criminales, tiritaba de frío, pero su rostro ardía de vergüenza.

—¿Por qué tramaste el asesinato de Darío —le increpó Alejandro—, tu pariente y benefactor? ¿No te ataba a él un juramento de fidelidad? ¿O quizá no sabías que la persona del rey es sagrada?

Bessos se atrevió por fin a alzar los ojos y mostró la mejor de sus sonrisas.

—Lo hice por ti, señor. Él era indigno de la corona de Persia. Su muerte era la única forma de asegurar que tú le sucedieras en el trono.

—Ya comprendo —replicó Alejandro sin intentar disimular su desprecio—. Y ese fue también el motivo que te llevó a usurpar el título de rey acto seguido. En mi calidad de sucesor legítimo de Darío, me asiste el derecho de ordenar tu ejecución

inmediata, pero no deseo mancharme las manos con una sangre tan vil como la tuya. Serán tus propios compatriotas quienes se encarguen de juzgarte.

El prisionero fue confiado a Oxatres, el hermano de Darío, quien lo condujo a Ecbatana para ser sometido a juicio ante un tribunal persa. Antes de partir, y siguiendo una costumbre ancestral, le fueron cercenadas la nariz y las orejas. No pasó mucho tiempo antes de que supiéramos que Bessos había sido condenado a morir de una forma atroz. Quien había asesinado a su propio rey, pudo comprobar a qué sabe la traición.

Maracanda es la ciudad principal de la Sogdiana y, para nuestra gran sorpresa, una de las más prósperas del imperio. Los mercados, las calles, las tabernas, cualquier lugar era apropiado para comerciar con mercancías sobre cuyo origen tan solo se podían hacer conjeturas. Un abigarrado olor a especias, perfumes exóticos y boñiga de camello impregnaba cada rincón de aquella ciudad, un auténtico hervidero de comerciantes que voceaban sus mercancías en infinidad de lenguas y ponían a mil dioses diferentes como testigos de su honradez. Vimos cómo se mesaban las barbas con fingida desesperación, cómo se retorcían las manos y se llamaban ladrones, estafadores e insultos aún peores. Pero poco después, cuando el trato había quedado cerrado, siempre se reunían en una taberna para apagar la sed y olvidar las fatigas del largo viaje entre los brazos de una prostituta. He visitado infinidad de países y en todos ellos los mercaderes se comportan de forma idéntica. Tal vez el comercio sea el único lenguaje realmente universal.

No transcurría un día sin que nuevas caravanas llegaran a Maracanda. Muchas de ellas procedían de las tierras que se encuentran más allá del río Indo. Hileras interminables de camellos y mulas transportaban artículos que después alcanzarían precios astronómicos en los mercados de Persia, Jonia y Occidente: finísimos objetos labrados en oro o marfil, cuajados de perlas y piedras preciosas, especias, resinas aromáticas, tejidos, perfumes e incluso criaturas vivas como monos y pájaros de bellísimo plumaje. Pero de todas las valiosísimas mercancías con las que se comercia en aquella ciudad, la más preciada es sin duda la seda.

Nadie sabe a ciencia cierta de dónde proviene, y su elaboración es uno de los secretos más celosamente guardados de todo el Oriente. Hay quien afirma que se obtiene de una planta similar al algodón de la India. También se cuenta que en realidad la fabrican unas arañas enormes, tan grandes como carneros, que se sirven de ella para tejer monstruosas telas donde atrapan a animales y a hombres. Nada de esto es seguro. Pero lo que sí puedo afirmar es que no existe una fibra que pueda superar a la seda en belleza, brillo o suavidad. He visto prendas confeccionadas con este tejido que parecen relucir con todos los colores del arco iris, y, según los pocos afortunados que pueden permitirse adquirirlas, su tacto es como la caricia de una hermosa mujer.

El enigma de la seda despertó inmediatamente la curiosidad de Alejandro. Así

pues, interrogó a docenas de mercaderes y caravaneros, a los que ofreció sumas enormes por la preciosa información. Pero fue inútil, pues todos ellos juraron desconocer el secreto. Tan solo pudieron revelarle que para obtener la preciada mercancía es necesario encaminarse hacia el este, siguiendo una ruta casi desconocida que se interna en el desierto. Tras varios meses de marcha, decían, se llega a las tierras donde la seda tiene su origen: un territorio de una vastedad inconcebible, dividido en media docena de belicosos reinos. Al parecer, estas tierras están habitadas por hombres de ojos rasgados y piel pálida cuya lengua es similar al canto de los pájaros.

Alejandro meditó largamente sobre esta sorprendente noticia, que, lejos de excitar su inagotable imaginación, lo sumió en el desaliento. Sus planes de unificar todo el mundo habitado en un solo imperio, cuya consumación ya creía próxima, acababan de recibir un serio revés. «Siempre hay más tierras, más hombres —lo oí lamentarse—. ¿Me bastará con una sola vida para alcanzar mi meta?».

De todas formas, no había tiempo que perder en lamentaciones. La captura de Bessos y la entrada del ejército en la Sogdiana no suponían que la conquista del antiguo imperio aqueménida hubiera culminado. Ciro había fijado la frontera norte de sus dominios en el río Yaxartes, donde había ordenado la construcción de siete ciudadelas poderosamente fortificadas que sirvieran de dique contra los ataques de las hordas escitas. Los señores de aquellas fortalezas se habían negado a aceptar la soberanía de Alejandro y su actitud era de abierta beligerancia contra los macedonios. Era necesario derrotar a sus guarniciones, apoderarse de las fortalezas y apuntalar sólidamente la frontera nororiental del imperio. La maquinaria de la guerra estaba a punto de ponerse de nuevo en marcha.

Por aquellos días, yo me había convertido ya en un pálido reflejo del magnífico caballo que fui en mi juventud. A mis muchos años, se habían sumado las numerosas heridas de guerra recibidas en batalla y, sobre todo, las penalidades sufridas en los meses recientes. Me sentía permanentemente agotado; mi respiración se había convertido en un penoso estertor; el menor esfuerzo hacía que mi corazón cabalgara como un potro sin freno. Alejandro me cuidaba con una solicitud que a muchos se les figuraba indigna de un rey, pero resultaba evidente que mis días de gloria habían quedado ya muy atrás. ¿Quién habría podido reconocer en aquel jamelgo de patas flacas y pecho hundido al legendario Bucéfalo que un día provocara la admiración de toda la Hélade?

Por el contrario, mi hija *Andrómeda* había alcanzado ya la cúspide de sus facultades físicas. Recuerdo que durante mi primera visita a la Acrópolis de Atenas me llamó la atención una de las figuras que adornan el frontón oeste del templo de Palas Atenea. Representaba a uno de los caballos que tiran del carro de Poseidón, un animal poderoso, bellissimo, enorme, esculpido con tal realismo que me pareció oírlo

relinchar. Pues bien, si habéis tenido la suerte de ver esa escultura, tendréis una idea muy aproximada del aspecto que mi hija *Andrómeda* tenía ya por aquellos días. A sus escasos dos años de edad, parecía reunir todas las cualidades que, según los entendidos, deben adornar al caballo de batalla ideal. A ello se le sumaba un temperamento indómito, una energía arrolladora y una belleza que sobrecogía a cuantos la observaban. Alejandro insistió en que su doma y posterior entrenamiento de combate comenzaran precozmente. Él sospechaba desde tiempo atrás que mi vida activa estaba llegando a su fin, y que la única forma de que yo aceptara el retiro sin sentirme herido sería que mi propia hija me sucediera. Así me lo explicó, y así fue como una mañana los vi partir hacia el norte, a la cabeza del ejército, provocando murmullos de admiración entre la tropa y los curiosos. No sabría decirlos cuál de las emociones encontradas que sentí era más intensa: el orgullo de ver a mi hija convertida en el caballo de combate de Alejandro o el dolor de no ser yo mismo el que ocupara su lugar.

La campaña del Yaxartes se prolongó durante toda la primavera y gran parte del verano. Entretanto, no tuve más remedio que hacerme a la vida del veterano retirado. Me pregunto qué habría sido de mí sin la compañía y el amor de *Ishtar*. Seguramente, el alejamiento de la vida activa a la que estaba habituado me habría hecho sucumbir al tedio y la desesperación. He de señalar, sin embargo, que el mío fue un retiro dorado, rodeado de comodidades y atenciones que habrían hecho palidecer de envidia a cualquier excombatiente. Gracias a ello, mi salud mejoró notablemente. Comencé a notar en mi interior energías que creía agotadas para siempre, lo que hizo nacer en mí esperanzas de que Alejandro consintiera un día en devolverme mi anterior posición. Ni por un momento pensé en el daño que eso causaría a mi hija. Dicen que la vejez vuelve a los hombres egoístas. Lo mismo nos ocurre a los de mi especie.

La marcha de Alejandro con el ejército envalentonó a los jefes sogdianos con quienes se habían firmado alianzas. Seguramente recordaréis a aquel Espitámenes que había puesto a Bessos en nuestras manos. Él fue quien se encargó de sembrar la rebelión por todo el país. Maracanda y su guarnición fueron cercadas. Por primera vez tuve ocasión de vivir un sitio desde el punto de vista de los asediados.

Conforme avanzaban las semanas y nuestras provisiones disminuían, la situación comenzó a tornarse crítica. El cerco impedía la llegada de noticias, lo que alimentaba los rumores: un día corría la voz de que nuestro ejército había sufrido una gran derrota y de que el rey había muerto; al día siguiente se decía que las tropas, con Alejandro al frente, se encontraban a tan solo unos cientos de estadios de distancia, con lo que nuestra salvación se nos figuraba inminente. A Clito el *Negro*, el general al mando de la guarnición, lo consumía la incertidumbre. Todos los correos que envié hacia el norte fueron interceptados. El sitio al que nos sometían las tropas de Espitámenes era tan férreo que parecía imposible romperlo con nuestros escasos efectivos. Después de todo, mi retiro no estaba siendo tan apacible como yo pensaba.

Un buen día, cuando Clito estaba comenzando a considerar la idea de un ataque

desesperado, los persas levantaron el cerco y desaparecieron. Aquella súbita retirada solo podía obedecer a un motivo. No pasó mucho tiempo antes de que Alejandro hiciera su entrada en Maracanda. Tenía un aspecto terrible: estaba pálido y demacrado, con una pierna entablillada y un parche sobre el ojo izquierdo. Más que de la frontera del Yaxartes, parecía que acababa de retornar del mismísimo reino de los muertos. *Andrómeda*, por su parte, lucía ya con orgullo varias cicatrices de guerra. Apenas pude contener la impaciencia por que me pusiera al corriente de todo lo acaecido en los últimos meses.

El preciso y lacónico relato de mi hija me convenció de que carecía por completo del talento de narrar historias. Desgranaba las fechas, los movimientos de tropas y el número de efectivos del enemigo de una forma mecánica que a mí me resultaba exasperante. «Veo que te has convertido en un soldado —pensé—, pero ojalá los dioses te hubieran concedido un poco más de imaginación». Incluso así, su frío relato me mostró atisbos de la dureza y riesgo que habían caracterizado la reciente campaña.

Supe de este modo que Alejandro se había lanzado contra las fortalezas rebeldes como un huracán. Cinco de ellas fueron tomadas en tan solo dos días. El sólido y bien fortificado bastión conocido como Cirópolis opuso, en cambio, una encarnizada resistencia. La flamante maquinaria de asedio tuvo por fin la oportunidad de entrar en acción. Pero mientras los artilleros macedonios competían en convertir la muralla en cascotes y sembrar el pánico entre la guarnición, Alejandro buscaba la manera de abreviar lo que amenazaba con convertirse en un largo asedio. Fue entonces cuando los exploradores informaron de que el canal que abastecía de agua a la fortaleza se encontraba prácticamente seco debido a la ausencia de lluvias. El rey concibió una operación tan arriesgada como brillante: encabezando un grupo selecto de hipaspistas, arqueros y agrianos, logró franquear la muralla a través del túnel que conducía el agua hasta el interior del recinto. No pasó mucho tiempo antes de que las puertas de Cirópolis se abrieran y la resistencia fuera aplastada. Cuentan que la ciudad de Troya fue derrotada gracias al truco del caballo de madera. Pues bien, en esta ocasión Alejandro logró hacerle sombra al mítico Odiseo.

Prosiguiendo con su relato, *Andrómeda* me contó que Alejandro decidió entonces fundar una nueva Alejandría junto al río Yaxartes, frontera natural del imperio persa. Más allá de este río se extiende un océano de estepas infinitas y casi desiertas, surcado tan solo por las tribus nómadas de los sakas, nombre que dan los persas a los escitas asiáticos. Tan pronto como el perímetro de las murallas estuvo trazado, se presentó en el campamento una embajada escita para tratar de disuadir a Alejandro del cruce del río. «Nuestro país es tan extenso que tu ejército se perdería en él como un solo grano de arena en el desierto —le dijeron—. No intentes atacarnos o perecerás al poco de poner el pie en nuestras tierras, tal y como le ocurrió al mismo Ciro». Mientras tanto, una horda enorme de guerreros a caballo secundaba los argumentos de los embajadores desde la otra orilla, agitando sus armas y profiriendo

bravuconadas en su idioma. Sospecho que entre los planes de Alejandro no figuraba el cruce del Yaxartes, y mucho menos acometer la conquista de los territorios desconocidos que se extendían al otro lado. Sin embargo, las amenazas de los embajadores sonaron en sus oídos como un desafío, y Alejandro nunca ha rehusado un desafío: las tropas cruzaron el río cubiertas por los disparos de la artillería, derrotaron y pusieron en desbanda a los escitas y obtuvieron la sumisión de sus principales caudillos. Fue entonces cuando el rey supo la noticia de la rebelión de Espítámenes y el asedio de Maracanda, lo que le obligó a emprender el regreso. Jamás un ejército heleno había llegado tan lejos y, como testimonio de ello, las murallas de Alejandría *Escaté* —la Alejandría Última— se alzan en los confines del mundo habitado.

El precio que Alejandro hubo de pagar por esta gloriosa campaña fue alto. De las varias heridas que recibió en combate, hubo tres que fácilmente habrían podido causarle la muerte: una piedra le golpeó la garganta y lo privó del uso de la voz durante varios días, lo que le obligó a transmitir sus órdenes por escrito. Poco después, una flecha enemiga se le clavó en la pierna y le partió el hueso, al tiempo que le provocaba una gran hemorragia. Por último, recibió un impacto de honda en plena sien. Incluso me pareció percibir cierta emoción en la voz de mi hija mientras me relataba que en aquel momento todos dieron al rey por muerto. Transcurrió un día entero antes de que lograra recuperar la conciencia y durante semanas sufrió desfallecimientos y violentos dolores de cabeza. Pero no fue esto lo peor, ya que con el tiempo se hizo evidente que el tremendo golpe habría de costarle la visión de su ojo izquierdo, que comenzó a nublársele poco a poco hasta apagarse por completo. Recuerdo que la primera vez que lo vi sin su parche sentí un escalofrío: la pupila permanecía dilatada e inmóvil, sin responder a los cambios de luz; el iris había perdido su hermoso color verde pálido y había adquirido un matiz pardo y opaco; su mirada se había tornado extraña, casi inhumana. «No te inquietes, Bucéfalo —me dijo—. Si Filipo se las arregló bastante bien con un solo ojo, ¿acaso no podrá hacerlo también su hijo?».

Pero de todas las penalidades que Alejandro sufrió durante la campaña del Yaxartes, pienso que la que tuvo consecuencias más funestas fue la disentería que le provocó el beber agua corrompida. Fue en pleno combate contra los escitas; los pozos y manantiales escasean en las estepas asiáticas y la sed comenzaba a causar estragos entre los soldados. Alejandro sucumbió a la tentación de beber agua de una charca estancada y llena de inmundicia. La violenta diarrea que esto le produjo estuvo a punto de agotar sus ya minadas fuerzas, pero lo más grave fue que el peligro del agua en mal estado le hizo habituarse al fuerte vino de la región, que además los nativos beben puro. Cuando regresó a Maracanda, lo consumía ya sin ninguna moderación. Este hecho y su propia naturaleza apasionada desencadenaron el drama que me dispongo a relataros.

A fin de dar una versión lo más fiel posible de estos graves acontecimientos, creo que debería remontarme a aquel desgraciado episodio de la postración. Tal vez recordéis que el protocolo de la corte persa dicta que todos han de tenderse de bruces sobre suelo ante la presencia real. Este saludo es fruto de la costumbre y no simboliza más que el respeto que todo súbdito le debe a su monarca. Los helenos, sin embargo, solo conciben la postración —la *proskynesis* en su lengua— como una señal de sumisión ante la divinidad. Para ellos, el que un hombre se tienda en el suelo ante otro representa el colmo de la humillación y la barbarie. Es famosa la historia de los dos enviados espartanos que se negaron a postrarse ante el rey persa Jerjes, desafiando así la muerte.

Pues bien, ya os he relatado que por aquellos días en la corte de Alejandro había tantos macedonios como persas, medos y miembros de otras naciones conquistadas. Los macedonios encontraban escandaloso y degradante que los bárbaros se postraran ante Alejandro. Los persas, por su parte, no concebían que el rey consintiera que sus compatriotas lo trataran como a un igual. Aquella era una fuente constante de malestar y rencillas a la que mi señor decidió poner fin. Alejandro quería ser el rey de todos, por lo que todos habían de ser tratados del mismo modo. La alternativa consistía en convencer a los ceremoniosos persas de que se olvidaran del rígido protocolo palaciego, o bien imponer la postración a los macedonios. Tras larga meditación, el rey optó por lo segundo. Temo que en esta ocasión se equivocó.

Al objeto de que todo se desarrollara de la forma más natural posible, Alejandro decidió solicitar la ayuda de Hefestión y el resto de sus amigos íntimos. También buscó la complicidad de un sofista llamado Anaxarco, natural de Abdera. Se trataba de uno de los muchos aduladores que se arracimaban en torno al rey en busca de sus favores, y que no puso por ello la menor objeción a prestar su ayuda. Durante una recepción informal a la que tanto macedonios como persas serían invitados, Anaxarco pronunciaría un elogio de la figura y las hazañas de Alejandro, que en todo igualaban o superaban a las de los dioses. El discurso culminaría con la petición de que al rey le fueran tributados en vida honores divinos. Quedó convenido que en ese momento los persas se levantarían por turno para realizar la postración, seguidos por Hefestión, Seleuco, Pérdicas y todos los demás. Alejandro suponía que incluso los macedonios más reticentes se sentirían obligados a obrar de la misma forma, con lo que la costumbre quedaría impuesta de forma aparentemente espontánea y sin intermedio de coacción alguna. En teoría se trataba de un plan excelente. Siempre me he preguntado cómo Alejandro, acostumbrado a esperar lo imprevisible, pudo fracasar tan estrepitosamente en esta ocasión.

En un principio todo se desarrolló según lo previsto. Los oficiales macedonios más antiguos, aquellos que habían luchado con Filipo y se habían emborrachado con él, torcieron el gesto al ver aparecer a Alejandro con sus ya habituales ropas persas. También expresaron su disgusto cuando vieron que el rey dedicaba a los bárbaros las mismas atenciones que a ellos. Después todos comenzaron a beber y conversar, con

lo que el ambiente se relajó considerablemente. Fue entonces cuando Anaxarco se puso en pie para pronunciar su discurso. Alejandro me dijo que, mientras el sofista hablaba, él se dedicó a estudiar la expresión de los macedonios que no estaban al tanto de la artimaña, intentando prever cuál sería su reacción al final del discurso. «No parecían siquiera estar escuchando. Seguramente estaban más interesados en sus copas de vino que en cualquier otra cosa». No se le pasó por alto, sin embargo, la expresión indignada de Calístenes, quien no hacía el menor esfuerzo por disimular su escándalo. «¿Quién habría podido esperar que fuera precisamente ese cretino el que diera al traste con mis planes?». Y sin embargo fue precisamente Calístenes quien, antes de que Anaxarco concluyera, se puso en pie para replicarle. «¡Maldita sea! — me dijo Alejandro—. Y además estuvo brillante. Hubo momentos en que me pareció que, en lugar de Calístenes, era el mismísimo Demóstenes quien estaba hablando». Con gran elocuencia y dignidad, aquel hombrecillo que nunca había resaltado por nada salvo su servilismo, hizo trizas los argumentos de Anaxarco para rendirle al rey honores divinos. «Y tengo por seguro que no será Alejandro, el mejor de los hombres, el más regio rey y el más valeroso de todos los generales, quien consienta que se ofenda a los dioses con un sacrilegio tal, ni quien obligue a los helenos, que son los hombres que en mayor aprecio tienen su libertad, a aceptar la odiosa vejación de la *proskynesis*», fueron las últimas palabras del discurso de Calístenes. «Y entonces todos los macedonios comenzaron a aplaudir entusiasmados —me contó Alejandro—. Me sentía tan furioso que podría haber estrangulado a aquella sanguijuela con mis propias manos. ¿Pero acaso me había dejado alternativa? No tuve más remedio que fingir una sonrisa y darle la razón».

Habéis de saber que, mientras todo esto ocurría, los invitados persas no habían comprendido ni una sola de las palabras pronunciadas. De hecho, al observar que los macedonios prorrumpían en aplausos, pensaron que había llegado el momento de cumplir su parte del plan. Uno tras otro, se levantaron y realizaron la postración ante Alejandro. «La situación era tan grotesca que, con el fin de salvar su orgullo, no se me ocurrió otra cosa que premiar su lealtad besándolos en la mejilla. Según sus costumbres, con este gesto los distinguía como parientes reales y hombres de mi entera confianza». Lo cierto es que aquella deferencia de Alejandro solo sirvió para exacerbar los ánimos de los macedonios, quienes asistieron a la escena con una mezcla de burla e indignación. Ocurrió entonces que uno de los dignatarios persas, un hombre rollizo y entrado en años, tropezó con un pliegue de la alfombra cuando se disponía a inclinarse, lo que le hizo rodar por el suelo con gran estrépito. Mientras Alejandro se apresuraba a ayudarlo a ponerse en pie, uno de los macedonios dejó oír una sonora carcajada. «No pude dominarme —admitió Alejandro—. Corrí hacia él y lo saqué de la sala a puñetazos. Después grité que me dejaran solo». Primero salieron los persas, quienes seguían sin comprender nada; a continuación, lo hicieron los macedonios. A pesar de su enojo y su vergüenza, Alejandro no dejó de reparar en dos detalles: el jocoso comentario de Calístenes, quien abandonó la sala murmurando:

«¡Vaya! Parece que nos hemos quedado sin beso», y, sobre todo, la intensa mirada de reproche que el viejo Clito le dirigió.

Pienso que aquel fue precisamente el origen del penoso altercado entre Alejandro y Clito, que tan funestas consecuencias habría de acarrear. Ocurrió algunos días más tarde, cuando los ánimos del rey ya se habían serenado. Bien sabéis que Alejandro valora la amistad y la lealtad por encima de todo; por ello, el recuerdo del lamentable episodio de la *proskynesis*, que sin duda había abierto una profunda brecha de rencor entre él y sus hombres, le causaba una honda preocupación. Decidió entonces intentar que las cosas volvieran a su cauce habitual. Sus viejos camaradas serían invitados a un gran banquete. En esta ocasión no habría persas presentes. Beberían y comerían juntos, contarían chismes, cantarían canciones subidas de tono y recordarían viejas anécdotas y hechos heroicos. Sí, era sin duda la mejor forma de poner punto final a aquella situación. Alejandro eligió una de las fechas más destacadas del calendario macedonio, el día consagrado en honor de Dioniso, dios del vino y la locura. Cuentan que es Dioniso quien empuja a los hombres a cometer excesos y actos irracionales. Por ello no me cabe duda de que él fue el invitado de honor en aquella reunión.

Era ya bien entrada la noche. Como buenos macedonios que eran, todos habían consumido ya suficiente vino como para tumbar a una hiparquía entera de caballería, y, en esta ocasión Alejandro no se había quedado atrás. Aunque solo puedo reconstruir la escena a través de los relatos fragmentarios que alcancé a oír días más tarde, no supone un gran esfuerzo imaginar los innumerables brindis y el trasiego de los esclavos volviendo a llenar la crátera, los cánticos, las bromas, las expresiones bobaliconas y ausentes y la forma en que la cordura se fue diluyendo lentamente en el vino hasta desaparecer por completo. Buena prueba de lo que digo es que tanto Alejandro como sus compañeros habían abandonado sin advertirlo el elegante heleno ático que todos empleaban desde los días de Mieza para deslizarse hacia la ruda lengua macedonia de su infancia.

Todo parecía ir bien. El ambiente era alegre y distendido. La vieja camaradería se había impuesto de tal forma que ni el más sutil observador habría sido capaz de distinguir en aquella reunión quién era el rey y quiénes los súbditos. Ese fue precisamente el momento que el sofista Anaxarco aprovechó para realizar su brindis.

Alejandro lo había invitado como deferencia por su ayuda en el frustrado plan que os he relatado anteriormente. Me imagino que en aquella reunión de soldados el erudito se sentía tan incómodo como un pez fuera del agua. ¿Por qué no había disculpado entonces su asistencia? El motivo habría que buscarlo en su ansia desmedida por adular al rey. Resulta evidente que aquel hombre ambicionaba la fama y fortuna por encima de todo y, puesto que el valor en la batalla no se contaba entre sus méritos, al menos deseaba asegurarse el puesto de primer parásito de la corte que Calístenes había dejado vacante.

El brindis de Anaxarco se transformó pronto en un florido discurso laudatorio en el que Alejandro fue comparado con los Dioscuros, con Heracles y quién sabe con quién más. Por desgracia, el rey se encontraba en esta ocasión demasiado borracho para apercebirse del mal efecto que aquellas palabras estaban causando en el auditorio. Por el contrario, aplaudía cada uno de los halagos de Anaxarco y lo animaba a proseguir con aquel vano elogio de su persona. Fue entonces cuando el sofista traspasó la línea de lo tolerable:

—Ya veis que las hazañas de nuestro bien amado rey pueden medirse sin menoscabo con las de los dioses y los héroes. Y, siendo esto así, yo os pregunto: ¿quién de vosotros se atrevería a mencionar el nombre de un mortal que pueda compararse con Alejandro? Pensemos en Filipo, por ejemplo, a quien se tenía por el más grande y glorioso de los reyes macedonios. ¿Acaso fueron sus proezas tan portentosas como se afirma? «Filipo puso de rodillas a los ilirios y los tracios», me diréis. Y yo os responderé: ¿son comparables esas escaramuzas contra bárbaros apenas civilizados con la conquista del colosal imperio de los reyes persas? Entonces alguien replicará «¿Y qué hay de la derrota de atenienses y tebanos en Queronea?». Pues bien, yo afirmo sin dudarle un solo instante que el mérito de aquella victoria no debe atribuírsele a Filipo, sino al valor y al genio de Alejandro, quien al frente...

—¡Y un cuerno!

Todos buscaron asombrados el origen de aquel grito. Al otro lado del salón, un tambaleante Clito lanzaba envenenadas miradas al orador. Alejandro saltó de su lecho como impulsado por un resorte. La ira y el vino desfiguraban su rostro.

—¿Quién te ha dado permiso para hablar? Te ordeno que te calles.

—¡Cállate tú! Yo ya he guardado silencio durante bastante tiempo. He oído sin rechistar cómo se ofendía a los dioses, pero si crees que pienso morderme la lengua mientras este majadero mancilla la memoria de tu padre...

La voz de Alejandro restalló como la tralla de un látigo:

—¿Quién eres tú para hablarme de ese modo? ¡Sal de aquí inmediatamente!

—¿Y tú? ¿Quién crees tú que eres? ¿El hijo de Zeus? ¿El hijo de Amón? ¿Es eso lo que te cuenta esa camarilla de esclavos de la que te haces rodear? Déjame que me ría. Te conozco desde que naciste. Vi con mis propios ojos cómo mi hermana te amamantaba. ¿Has oído, Gran Rey? Mi hermana, la hija de un pastor, y no la diosa Hera, que fue quien dio de mamar a esos inmortales con los que ahora te codeas. Y te aseguro que eras un mocoso tan insignificante como cualquier hijo de vecino. Yo mismo te enseñé a sostener una espada cuando no levantabas ni cinco palmos del suelo. Después te convertiste en un buen general, lo reconozco. Pero dime: ¿acaso has llegado hasta aquí tú solo? ¿Quién convirtió Macedonia en el más poderoso de los estados de la Hélade? ¿Quién creó y entrenó el ejército que ha conquistado el Asia? ¿Quién separó a los hombres de sus rebaños y les puso una espada en la mano?

Alejandro respondió con la voz helada:

—¿Echas de menos a tus cabras, querido Clito? Te aseguro que eso tiene fácil

solución.

Pero Clito, enardecido más allá de cualquier cautela, pasó por alto el comentario de Alejandro y prosiguió su discurso. Sus gritos aumentaron de volumen mientras cruzaba la sala señalando a Alejandro con un dedo acusador.

—¡Filipo! ¡Él lo hizo! Aquel de quien reniegas para proclamarte hijo de un fante egipcio con cuernos de carnero. Y lo único que tú has hecho es alzarte sobre los hombros de tu padre, que por cierto era cien veces más hombre que tú.

Las últimas palabras de Clito lograron que Alejandro perdiera la poca serenidad que le quedaba. Ante el silencio espantado de los demás invitados, el rey se abalanzó contra él al tiempo que desenfundaba su daga. Según supe, su expresión era tan terrible que causaba pavor. Incluso quienes lo conocían bien habrían encontrado difícil reconocer a Alejandro en aquel demonio de cabellos revueltos y ojos inyectados en sangre.

—¡Miserable! ¿Es así como me pagas? ¡Voy a matarte con mis propias manos!

Solo la intervención de Hefestión, Pérdicas y Crátero, quienes a duras penas pudieron sujetar a Alejandro y desarmarlo, impidieron que Clito muriera en ese mismo instante. Tolomeo, por su parte, sacó al viejo soldado a empellones de la sala.

—¿Conque ahora quieres matarme? —gritaba mientras salía—. ¡A mí, que te salvé la vida en el Gránico!

Los airados reproches de Clito siguieron resonando por los corredores del palacio:

—Si no te agrada que te digan la verdad, más vale que no invites a tu mesa a hombres libres que no temen hablar con franqueza. Llama a tus esclavos persas para que besen el suelo ante ti y te adoren como a un dios.

Cuando Alejandro logró por fin zafarse de sus compañeros, su rostro reflejaba un odio intenso. Muy lentamente, regresó a su trono y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Ahora sé lo que sintió Darío cuando fue traicionado por los suyos —dijo sollozando.

Y luego volvió a adueñarse de él la ira y comenzó a llamar a su guardia y a rugir el nombre de Clito.

¿Quién sabe el motivo que lo movió a regresar al salón de banquetes? Quizá algún dios cruel se apoderó de su mente y lo trajo de nuevo ante la presencia del rey. El caso es que todos observaron con estupor cómo Clito aparecía de nuevo en el umbral de la puerta.

—Aquí me tienes —dijo desafiante.

Alejandro se movió con tal rapidez que resultó imposible volver a contenerlo. Con la agilidad del resorte de una catapulta, saltó de su asiento, le arrebató la lanza a uno de los guardias y, con ella en ristre, acometió salvajemente contra Clito, quien se desplomó con un gemido. El aterrado silencio de los presentes solo fue roto por el grito de dolor del rey. Mientras un charco de sangre se extendía en torno al cuerpo sin vida, Alejandro extrajo el arma de un tirón y, tras apoyarla contra la pared, se dispuso

a abalanzarse sobre su punta.

Capítulo XII

La última batalla

NO logro contener un escalofrío al pensar lo cerca que Alejandro estuvo de hallar la muerte por su propia mano. ¿Cuáles habrían sido las consecuencias si Hefestión no le hubiera arrebatado la lanza en el último instante? Para empezar, el fin de un fabuloso sueño, y puede que también la catástrofe más terrible para un ejército que se habría visto privado de repente de su misma razón de existir. Ni siquiera me atrevo a concebir el caos y la destrucción que se habrían abatido sobre el recién conquistado imperio y los millones de personas que lo habitan. En cuanto a mí, sé que habría sido incapaz de sobrevivirle, pero eso carece de importancia.

Reanudando el relato donde lo interrumpí, os diré que, tras ser desarmado, Alejandro avanzó con pasos vacilantes hacia el cuerpo sin vida de Clito y se desmoronó junto a él. Los testigos afirman que sus ojos se tornaron blancos y que todo su cuerpo fue presa de violentas convulsiones, hasta tal extremo que tuvieron que hacerle morder un palo de madera para evitar que se hiriera la lengua a dentelladas. Cuando el acceso de furia remitió, fue trasladado a sus aposentos. El rey permanecía sumido en la inconsciencia; el hilo de saliva que brotaba de su boca les hizo temer a todos que hubiera perdido la razón.

La terrible noticia sacudió el palacio real de Maracanda hasta sus cimientos. Cuando llegó a mis oídos sentí una enorme inquietud. Las ejecuciones de Filotas y Parmenión habían sido dictadas por las circunstancias. Esto, en cambio, era muy diferente: cegado por el vino y la rabia, Alejandro había asesinado a un hombre de probada lealtad y, lo que era peor, a un viejo amigo. ¿Qué podía haberle ocurrido para reaccionar de una forma tan brutal? Hasta yo mismo, a pesar de mi fe infinita en él, me sentía confuso. Y es que mi concepto de Alejandro, ese joven idealista y noble al que yo conocía, no encajaba con alguien capaz de cometer semejante atrocidad. «Tal vez mi devoción me haya cegado —llegué a pensar—. Puede que las acusaciones sean ciertas. Puede que el poder le haya roído el corazón y mi rey sea de verdad ese tirano despiadado del que hablan sus enemigos. O quizá es el mundo el que ha cambiado y ya no queda en él lugar para la compasión, tan solo para el dolor y la muerte». Por fortuna, los viejos solemos aferrarnos a nuestras convicciones, de modo que pronto logré alejar esos turbadores pensamientos. «¿Y quién soy yo para juzgarlo? —me dije—. Yo solo sé a ciencia cierta que lo amo. De juzgarlo, ya se encargarán otros».

Es cierto que lamenté profundamente la muerte de Clito, pero confieso que lo que

más me angustiaba era lo mucho que aquella muerte podría pesar sobre al ánimo de Alejandro. «¡Resiste! ¡No te derrumbes!» le grité una y otra vez con el pensamiento. Transcurrieron tres días sin noticias.

Supe más tarde que Alejandro había logrado salir de su estado de enajenación. Pese a todo, se negó a abandonar sus aposentos y a recibir visitas. Los sirvientes dejaban el agua y la comida ante la puerta de su dormitorio y, transcurrido un tiempo, las volvían a retirar sin que el rey las hubiera tocado. Conozco bien a Alejandro. Creo poder adivinar lo que pasaba por su cabeza en aquellos momentos: se sentía tan avergonzado por su acción que había dejado de considerarse digno del trono. Es más, sospecho que se había sometido al más severo de los juicios. En Macedonia, cualquier hombre capaz de portar armas posee el derecho de expresar abiertamente sus opiniones ante el rey. Él había asesinado a Clito por ejercer ese derecho; en consecuencia, se había convertido en un proscrito.

Durante los días en que Alejandro permaneció encerrado, Hefestión no se retiró ni un solo instante del umbral de su puerta, aunque de nada sirvieron sus ruegos y los de los demás por que se alimentara y cuidara de su persona. Tampoco surtió el menor efecto el que los soldados se reunieran en asamblea y declararan a Clito culpable de alta traición, con lo que su muerte quedaba legitimada. Solo la intervención de Aristandro, el vidente, pareció arrancar a Alejandro de su abatimiento: «No fuiste tú quien lo mató —le dijo—, sino Dioniso. Olvidaste sacrificar al dios en el día que le está consagrado. Su cólera se apoderó de ti y te forzó a actuar en contra de tu voluntad». Tras escuchar aquellas palabras, Alejandro ordenó que le trajeran alimentos y agua. Después de comer, y todavía muy debilitado por el largo ayuno, realizó un fastuoso sacrificio a Dioniso con el objeto de aplacar al dios ofendido. También dispuso todo lo necesario para las exequias de Clito. «¡Ha vuelto a ser el mismo!», pensé esperanzado cuando lo supe. No tuve más que mirar su rostro para darme cuenta de mi error: en sus ojos apagados y en su expresión vacía no pude detectar ni la más exigua chispa de vida. El desaliento se había adueñado de su espíritu. Alejandro se había convertido en un cadáver ambulante.

Nos encaminamos hacia Bactria para pasar el invierno. Sabiéndose insustituible, el rey regresó paulatinamente a sus obligaciones. Trabajó duramente en la administración y el gobierno del imperio, e incluso comandó junto con Crátero una breve campaña para acabar con Espitámenes y sus rebeldes, pero hizo todo aquello de forma mecánica, sin mostrar la menor señal del entusiasmo de siempre.

Las graves noticias que llegaron de otros lugares del imperio lo dejaron indiferente. Cuando supo que Hárpalos había huido de Ecbatana con parte del tesoro y se había refugiado en Atenas, se limitó a encogerse de hombros. Apenas si parpadeó al recibir el informe de que algunos de los sátrapas que él mismo había nombrado estaban explotando al pueblo y gobernando de forma corrupta. La muerte del corintio Demarato, de quien tanta ayuda y buenos consejos había recibido, no logró sino hundirlo más en la melancolía.

Ni siquiera el descubrimiento de una nueva conjura para acabar con su vida le hizo reaccionar. Supongo que recordaréis a Hermolao, aquel paje real que fue el principal responsable de mi secuestro en Hircania. Pues bien, mi pronto regreso hizo que Alejandro olvidara por completo el incidente. Hermolao, en cambio, jamás borró de su memoria el escarnio de los azotes que recibió como castigo por su imprudente conducta. El tiempo transcurrido no había logrado sino alimentar el odio de aquel muchacho hacia Alejandro. Solo era preciso que surgiera el acicate adecuado para que ese odio fructificara en un acto de traición, y fue Calístenes quien se encargó de representar aquel papel en el drama.

Su inspirado discurso contra la *proskynesis* le había granjeado la enemistad de Alejandro, con lo que el que fuera cronista oficial de la expedición se había convertido en un don nadie en el seno de la corte. Más tarde, su postergación en favor de Anaxarco lo hizo enloquecer. Escribió cartas a su tío Aristóteles y a algunos de los más influyentes intelectuales helenos en las que se refería a Alejandro como el más abyecto de los déspotas y lo acusaba de incurrir en toda suerte de vicios y depravaciones. La leyenda negra de Alejandro creció de un modo considerable a costa de sus calumnias; sin embargo, no contento con ello, decidió tramar para acabar con la vida del rey. Calístenes era un cobarde incapaz de ejecutar el golpe en persona, pero dominaba el arte de la persuasión. Hermolao y media docena más de sus pupilos se convirtieron en su herramienta. Al principio fue extremadamente sutil; se limitó a predisponer a los jóvenes contra la tiranía. Les habló de Harmodio y Aristogitón, quienes habían asesinado al tirano Hiparco y se habían convertido en héroes entre los atenienses. «Sus imágenes en bronce se veneran ahora en la Acrópolis de Atenas — les dijo—, junto a las de los dioses». En realidad, aquellas esculturas habían sido expoliadas por los soldados de Jerjes y no habían regresado a Atenas hasta muchos años después, cuando Alejandro las reintegró junto al resto de las reliquias halladas en el palacio de Susa, aunque Calístenes se guardó mucho de mencionar aquel detalle. Lo que sí hizo, en cambio, fue pintar un retrato de Alejandro con tintes tan siniestros que se ajustaba perfectamente al de los más denostados tiranos del pasado, hasta el punto de disipar cualquier duda acerca de que su eliminación era un deber moral, así como el camino más directo hacia la fama imperecedera. El viejo resentimiento de Hermolao y la ambición de los demás hicieron el resto.

Todos los participantes en el complot se las ingeniaron para coincidir en la misma guardia nocturna. El rey estaría dormido. No habría testigos. El éxito de la empresa estaba al parecer asegurado. ¿Qué fue entonces lo que salvó a Alejandro de la muerte? Creo que fueron los dioses, bajo la envoltura mortal de una vieja mujer siria con fama de loca y visionaria que había estado rondando por nuestro campamento durante varios años. «No regreses a tu tienda esta noche», le dijo al rey. Alejandro vaciló unos instantes; sin embargo, por algún motivo que ignoro, siguió su consejo. A la mañana siguiente, uno de los pajes que no habían participado en la conjura le reveló toda la trama a Tolomeo.

Los conjurados fueron inmediatamente juzgados y ejecutados. De hecho, el propio padre de Hermolao, un noble y distinguido oficial, estuvo a punto de matar a su hijo cuando este insultó al rey durante el juicio. Calístenes fue llevado a prisión. Cuando todo acabó, yo mismo oí decir a Alejandro «¿Quién sabe? Tal vez habría sido lo mejor para todos».

El largo y crudo invierno transcurrió lentamente, mientras Alejandro continuaba sumido en el dolor y la apatía. Recuerdo que un día vino a verme.

—Ojalá pudiera dejarlo todo atrás, Bucéfalo —me dijo—, olvidarme de esta guerra monstruosa que es mi único legado para la posteridad, de este ejército de aduladores y títeres incapaces de dar un paso sin que yo se lo ordene, olvidarme de la fama y de la gloria, de mis grandiosos proyectos, hasta de mí mismo. Tal vez podría viajar hasta esos países remotos del Oriente donde nadie ha oído aún hablar de mí, alquilar mi espada como mercenario y vivir una existencia oscura y dichosa. Pero eso solo es un sueño. Conozco bien mi responsabilidad y la sabré cumplir hasta el final. Todo ha terminado. En primavera, cuando el sol derrita las nieves de los pasos, regresaremos a casa.

Tal vez en otras circunstancias aquellas palabras me habrían llenado de alegría. En aquellos momentos, solo lograron hacerme sentir aún más viejo de lo que era. También él, por cierto, me pareció un anciano. Tenía tan solo veintiocho años.

Podéis suponer que habría dado gustoso mi vida por devolverle a Alejandro su fortaleza y su ánimo. Fue Hefestión, sin embargo, quien obró el milagro. Él conocía al rey mejor que nadie. Habían crecido juntos, lo habían compartido todo, y ya sabéis que eran amantes. No debió resultarle demasiado difícil, por tanto, hallar el único remedio eficaz para ayudar a su amigo. ¿Imagináis de qué se trata?

—Se ha recibido el último informe de la Sogdiana —le dijo—. Parece que la calma reina en todo el territorio. —Alejandro se limitó a asentir con expresión de hastío. Después hizo un lánguido ademán invitándolo a continuar—. Los escitas están tranquilos y respetan el tratado. Los restos del ejército de Espitámenes se han disgregado y retornan paulatinamente a sus lugares de origen.

—Bien —repuso Alejandro—, poco importa ya todo eso. ¿Algo más?

—Pues sí, parece que persiste un pequeño foco de resistencia en las montañas, aunque dudo mucho que te interese el asunto. Además, ¿qué podríamos hacer? Se trata de una posición totalmente inexpugnable.

Al oír la palabra «inexpugnable», Alejandro dio un respingo. Su mirada pareció encenderse con una luz que no mostraba desde meses atrás.

—Dame más detalles —dijo en tono enérgico.

—Te repito que se trata de una empresa imposible —repuso Hefestión apenas capaz de contener su alegría.

—Y yo te repito que concluyas tu informe. Vamos, amigo, no me hagas perder la

paciencia.

—Está bien, pero pronto verás que este hueso es demasiado duro de roer, incluso para ti. —Hefestión tomó aliento y prosiguió en un tono pretendidamente rutinario—: El lugar se conoce como la Roca Sogdiana. Es un peñasco tan alto que solo resulta accesible para las águilas. Existe un sendero tortuoso hasta la cima, sí, pero hasta un puñado de niños podría defenderlo.

—Y supongo que en la cima hay una fortaleza.

—Supones bien; un bastión sólido y bien fortificado donde se esconden un granuja llamado Oxiartes y sus secuaces. Disponen de agua y víveres en abundancia. Podrían aguantar un asedio por tiempo indefinido. Como ves, más vale que nos olvidemos del asunto.

—Todavía no he encontrado una fortaleza que no pueda ser tomada —dijo Alejandro poniéndose en pie.

—Pues alguna vez tenía que ocurrir. ¿No estarás pensando seriamente en organizar una expedición? Haríamos el ridículo.

—Eso está por ver. Convoca inmediatamente una reunión de estado mayor.

—¡A tus órdenes! —dijo Hefestión con un nudo en la garganta.

Acto seguido, Alejandro comenzó a gritar órdenes por todo el campamento. Los aletargados soldados comprendieron que su rey había vuelto y lo aclamaron con entusiasmo. En cuanto a Hefestión, tuvo que retirarse para que no lo vieran llorar.

Creí morir de alegría cuando Alejandro me dijo que iría con él. «No como combatiente —bromeó—, sino en calidad de asesor». Sin embargo, me sentí desfallecer cuando la roca estuvo por fin a la vista. Las laderas inferiores del enorme peñasco eran auténticos despeñaderos. Más arriba, la pendiente aumentaba hasta convertirse en una pared perpendicular. Los muros de la fortaleza que había en lo alto parecían surgir de la misma piedra; desde ellos, unas diminutas figuras humanas agitaban arcos y lanzas en actitud desafiante. Todo el lugar estaba cubierto por la nieve. A poca distancia, un perezoso río de hielo tronaba con titánica potencia. «Hefestión ha ido demasiado lejos —pensé—. Nadie, ni siquiera Alejandro, podría apoderarse de esa fortaleza. Y lo que es peor, fracasar precisamente ahora por primera vez acabará de hundirlo».

Mientras yo cavilaba de esa forma, Alejandro miraba hacia lo alto con expresión concentrada. Vimos entonces que un hombre descendía por el sendero portando el estandarte de los heraldos. Tras plantarse ante Alejandro en actitud arrogante, comenzó a parlamentar en el oscuro dialecto sogdiano:

—Mi amo Oxiartes saluda al señor del Asia —tradujo un intérprete— y le aconseja que pase de largo. A no ser, claro está, que disponga de soldados con alas.

—Llévale a tu amo el siguiente mensaje —replicó Alejandro con la voz crispada—: dile que a mis soldados van a crecerles alas esta misma noche y que mañana a

más tardar nos veremos las caras. Y ahora ¡lárgate!

—Muy dramático —le dijo Hefestión preocupado—, pero ¿ya has pensado cómo vas a hacerlo?

Alejandro se volvió hacia él con expresión traviesa y le guiñó un ojo. No le había visto hacer ese gesto tan propio de él desde la muerte de Clito. Sí, realmente volvía a ser el de siempre.

Al caer la noche, cuando la oscuridad nos ocultaba ya de la atenta vigilancia de los centinelas de Oxiartes, Alejandro solicitó voluntarios entre los soldados para llevar a cabo una misión sumamente arriesgada.

—Necesito hombres que no teman a la muerte y que estén dispuestos a cubrirse de oro y de gloria. Los voluntarios deben ser expertos escaladores.

Todos los agrianos se adelantaron a la vez. Este pueblo procede de una de las regiones más montañosas de Tracia, cuyos habitantes tienen fama de rivalizar con las cabras en su habilidad para encaramarse a los más empinados riscos. Alejandro eligió a unos trescientos de entre los que le parecieron más diestros y vigorosos y les habló del siguiente modo:

—Amigos, vuestro valor y lealtad han quedado más que probados desde el comienzo de la campaña. Sin embargo, lo que voy a pedir os es tan arriesgado que no deseo que ninguno de vosotros se embarque en la empresa en contra de su voluntad. Es mi deseo que a todos vosotros os crezcan alas. Esta misma noche deberéis trepar hasta lo más alto de la Roca, sin más ayuda que vuestras propias fuerzas y rodeados por el frío y la oscuridad. ¿Alguien desea echarse atrás? —Ninguno de ellos se movió de donde estaba. Alejandro les dedicó una mirada de profundo orgullo antes de proseguir—: Habrá doce talentos de oro para el primero que lo consiga, once para el segundo y no menos de trescientos dárlicos para todo aquel que llegue hasta la cima. Las familias de los caídos recibirán también oro y honores. Ahora, marchad, y que los dioses os guarden.

Los hombres vitorearon a Alejandro y pusieron manos a la obra de inmediato. Al principio se bastaron con las manos y los pies; sin embargo, al llegar al punto donde la ladera se convertía en una pared lisa, tuvieron que poner en juego toda su habilidad: se dividieron en varios grupos, cada uno de ellos encabezado por un hombre de larga experiencia en la escalada. Él se encargaba de ascender en solitario, apoyándose en diminutos salientes y hendiduras. Tras cubrir un trecho considerable, clavaba en la roca uno de esos largos clavos de hierro que se usan para fijar los vientos de las tiendas y ataba a él una cuerda para que ascendieran sus compañeros. De este modo extraordinario, los observamos izarse hacia arriba hasta que se los tragó la oscuridad. Los corazones de todos nosotros fueron tras ellos.

Aquella larga vigilia transcurrió entre el desasosiego y la esperanza. Confieso que, al ver que el sol aparecía en el horizonte sin que tuviéramos noticias, los di a todos por muertos y la empresa por perdida. Alejandro se paseaba de un lado para otro, tan nervioso como nunca lo he visto cuando él mismo arriesga su vida. Entonces

se oyó una ovación ensordecedora por todo el campamento. Miré hacia la cima. En lo más alto de la Roca alguien agitaba un gran lienzo blanco bajo el sol de la mañana.

—¡Ahí están mis soldados con alas, Bucéfalo!

Alejandro envió un emisario ante Oxiartes. El mensaje que portaba era breve: «Echa un vistazo hacia arriba». Antes del mediodía se negociaban ya los términos de la rendición. Poco después supimos que uno de cada diez escaladores se había despeñado. Sus cuerpos jamás fueron encontrados.

Por la noche Oxiartes invitó a Alejandro y sus oficiales a celebrar la paz con un gran banquete. Todos ellos se ataviaron con relucientes armaduras de desfile y ascendieron hasta la fortaleza por el empinado sendero. Temiendo que el sogdiano les tendiera una encerrona, fueron precedidos por una ciliarquía de hipaspistas fuertemente armados.

No hubo sorpresas. Todos regresaron sanos y salvos al campamento poco antes del amanecer. Por su aspecto, se adivinaba fácilmente que habían pasado toda la noche bebiendo. Alejandro, en cambio, parecía completamente sobrio. Sospecho que, desde el desgraciado episodio de la muerte de Clito, no ha vuelto a probar una sola gota de vino. Desde mi establo pude oír que Hefestión y él discutían acaloradamente.

—Pero ¿por qué precisamente la hija de ese granuja? —decía Hefestión—. Cualquiera princesa persa daría lo que fuera por ser tu esposa. ¿Qué me dices de las hijas del difunto Darío, por ejemplo? Estateira, la mayor, es casi tan bella como lo fue su madre.

—Todo a su tiempo, amigo. Todo a su tiempo —repuso Alejandro—. Antes de partir de Susa le prometí a Sisigambis que desposaría a su nieta. Es más, se trata de una medida necesaria para vencer los últimos recelos de la aristocracia persa. Lo de Roxana es diferente.

—Pues si no se trata de un matrimonio de Estado, aún lo comprendo menos. ¡La hija de Oxiartes! Un insignificante jefecillo sogdiano que no ha hecho más que causarnos problemas. ¿Qué has visto en esa mujer, Alejandro?

—No sabría explicártelo. Hay algo salvaje en su mirada que me resulta fascinante. Me recuerda a mi madre en su juventud.

—¡Por todos los dioses, Alejandro! Hazla tu concubina y satisface tu capricho hasta que te hartes de ella. Oxiartes no está precisamente en condiciones de oponerse. Pero ¿para qué tomarla por esposa? Lo último que necesitamos en estos momentos es una segunda Olimpia enredándolo todo, y perdona que te hable con tanta franqueza.

—No te disculpes —dijo Alejandro en tono afable—. Es posible que estés en lo cierto. Pero ya no tiene solución. Anoche pedí su mano y me puse de acuerdo con su padre sobre la dote. Oxiartes está emparentado con la mitad de los caudillos sogdianos. Si ahora me vuelvo atrás, lo tomará como una gran afrenta y tendremos levantamientos por todo el país.

—¡Y pensar que ni siquiera estabas borracho! En fin. Lo hecho, hecho está —concluyó Hefestión tras lanzar un largo suspiro—. Solo espero que sepas controlar a

tu mujer mejor que lo hizo tu padre.

Imagino que sentiréis curiosidad por conocer el aspecto de esa joven que tanto había impresionado a Alejandro. Pues bien, me temo que tendréis que recurrir a otras fuentes para saciarla. Yo nunca la he visto. La boda tuvo lugar pocos días después, pero naturalmente mi señor no incluyó mi nombre en la lista de invitados. Desde entonces Roxana ha vivido recluida en su harén, como corresponde a toda dama sogdiana que se precie de serlo. En más de una ocasión he hecho referencia a la forma en que los helenos apartan totalmente a las mujeres de la vida pública. En Oriente es todavía peor; dudo mucho que les concedan siquiera el rango de personas.

Nuestro regreso a Bactras nos deparó una gran sorpresa; ante la puerta del palacio real nos aguardaba la embajada más extraordinaria que podáis concebir. Estaba compuesta por una docena de hombres de piel oscura y enorme talla, con ojos negros y penetrantes. Todos ellos vestían de modo suntuoso, aunque muy estrafalario, incluso para los cánones persas: cubrían la parte inferior de su cuerpo con una pieza de lienzo primorosamente bordada que rodeaba sus caderas y pasaba por entre las piernas formando grandes pliegues en la parte frontal; el torso, en cambio, lo llevaban desnudo, aunque cubierto de pesados collares en los que relucían toda clase de gemas. También los lóbulos de sus orejas aguantaban enormes pendientes de oro y perlas. Algunos se cubrían la cabeza con aparatosos turbantes; otros la llevaban expuesta, lo que permitía observar sus complejos peinados en los que se alternaban los moños y las trenzas, muy similares a los de las mujeres helenas. Pero lo más curioso de todo eran las largas barbas que poblaban sus rostros, y que llevaban teñidas de vivísimos colores, desde el rojo hasta el azul. Poco tardé en recordar dónde había visto hombres de aspecto parecido con anterioridad; fue en el campo de batalla de Gaugamela, entre las tropas que luchaban en el bando persa. De este modo adiviné que nuestros extraños visitantes procedían nada menos que de la India.

Indios y macedonios se cruzaron miradas perplejas. Alejandro y sus compañeros no daban crédito a sus ojos mientras contemplaban aquella extravagante y colorida embajada. Los indios, por su parte, debían de estar preguntándose quién de aquellos polvorientos guerreros sería el gran Iskandar, cuyo nombre se había convertido ya en una leyenda en toda el Asia. Algunos de los compañeros dejaron oír unas risitas de burla, aunque solo hasta que el rey les hizo callar con un gesto enérgico. A continuación, llamó a gritos al chambelán real.

—Cares, cuida que estos nobles amigos sean alojados con todas las comodidades. Cuando hayan reposado, guíalos hasta el salón del trono. Ah, por cierto, proporcionales ropas de abrigo. Por su aspecto deben de estar muertos de frío.

Esa misma tarde Alejandro recibió en audiencia a los indios. Se había despojado de sus ropas de campaña y lucía el atuendo tradicional de los reyes aqueménidas. Majestuosamente instalado en su trono, su aspecto no dejaba lugar a dudas de su

realeza. Los embajadores procedieron a realizar la *proskynesis* y se retiraron respetuosamente sin volverle la espalda al rey. Alguien debía de haberlos asesorado cuidadosamente acerca del protocolo de la corte. Solo tras una leve señal de Alejandro, se adelantó uno de ellos como portavoz de los demás.

—Que Brahma te colme de bendiciones, oh Iskandar, Luz de los Arios, Rey de Reyes —dijo aquel hombre en un persa artificioso y anticuado—. Mi señor Onfis, rajá de Taxila, te envía sus respetuosos saludos y te ruega que lo consideres tu siervo más humilde.

—Transmítele a tu señor nuestra estima y nuestro más profundo agradecimiento —dijo Alejandro con expresión divertida—. Pero, antes de proseguir, ten a bien explicarnos dónde está Taxila, si es que nuestra ignorancia no te incomoda.

El embajador pareció titubear, sin duda sorprendido por la cordialidad del rey. Al proseguir, usó un tono mucho menos afectado.

—Taxila, señor, es un reino de la India, enclavado en el vasto territorio de Gandara, en la ribera oriental del río Indo. Tu antecesor, el Gran Rey Darayavaush, conquistó aquellas tierras, que pasaron a convertirse en una satrapía del imperio persa.

—Y Jerjes, el sucesor de Darío el Grande, las perdió al preferir concentrar sus fuerzas en la invasión de la Hélade. Sí, conocemos la historia.

—¿La Hélade, señor? —inquirió el indio confuso.

Alejandro agitó las manos como restándole importancia a su comentario.

—Un insignificante territorio de Occidente. Continúa, por favor.

Las palabras de Alejandro provocaron murmullos airados entre los pocos macedonios que las habían comprendido. El rey los acalló dirigiéndoles una sonrisa de complicidad.

—Mi señor Onfis acaba de heredar el trono. Cuando su padre, el anterior rajá, aún vivía, llegaron hasta Taxila las noticias de tus conquistas. Ya entonces intentó Onfis convencerlo de que lo más prudente sería poner el reino en tus manos y acogernos a tu benevolencia.

—¡Qué gran gentileza por su parte! —dijo Alejandro. El indio continuó como si no hubiera captado el tono irónico de sus palabras.

—Aunque has de saber que el viejo rajá se negó. Pero ahora que Onfis gobierna en Taxila, su primera medida ha sido hacerte llegar esta embajada. «Decidle a Iskandar —fueron sus palabras— que mi reino, con todos sus hombres y riquezas, es ahora suyo. ¿Qué mejor rey podríamos tener que aquel que ha conquistado toda Persia, aquel cuyos dominios pronto se extenderán hasta el fin de las tierras? Preguntadle también si desea que yo, su humilde siervo, siga gobernando en su nombre o bien prefiere que aguarde su llegada como un ciudadano más».

Alejandro ponderó las palabras del embajador con los ojos entornados. Incluso tras varios años de estancia en el Oriente, la sutileza de la política asiática seguía asombrándolo. ¿Debía entender aquella increíble oferta al pie de la letra, o bien,

como en tantas ocasiones anteriores, se escondería tras las palabras del embajador una doble o incluso una triple intención?

—De modo que el soberano de un rico estado de la India pone su reino en nuestras manos, sin haber sido presionado y sin exigir contrapartidas. ¿Hemos entendido bien o acaso tu mensaje aún no ha concluido?

—Ha concluido, Gran Rey, en lo fundamental.

—Pues escuchemos entonces lo accesorio.

—Mi señor Onfis no duda que, una vez hayas tomado posesión de Taxila, no vacilarás un instante en defender tu nueva provincia de todos sus enemigos.

—¿Te refieres a alguien en especial?

—Me refiero a Poro, el impío, el rajá del reino vecino, quien desoyendo el mandato de los dioses, aspira a engrandecer sus territorios a costa de los nuestros, es decir, de los tuyos.

Alejandro se recostó en su trono con gesto de satisfacción e hizo el ademán que indicaba el final de la audiencia. Apenas pudo contener su impaciencia mientras los embajadores realizaban las reverencias de rigor. Cuando el último de ellos se hubo retirado, abandonó el trono de un salto y se marchó en busca de Hefestión, a quien sus obligaciones habían impedido asistir a la audiencia.

—¿Qué tal una cacería para desentumecer los músculos? Dicen que se han visto leones por los alrededores, y de paso el pobre Bucéfalo tendrá una oportunidad de distraerse.

Y así fue, el pobre Bucéfalo se distrajo, aunque no con la emoción de la caza. El campo en torno a Bactras estaba cubierto todavía por un grueso manto de nieve. No alcanzamos a ver ni una huella de las fieras que Alejandro pretendía acosar; tampoco lograron los perros olfatear el rastro de un jabalí, un zorro o siquiera una humilde liebre. De todas formas, la charla de Alejandro y su amigo bastó para cautivar mi atención durante la jornada.

—En resumen —dijo Alejandro—, el mensaje concreto bajo tanta floritura retórica es el siguiente: «Yo pongo mi reino bajo tu protección y tú liquidas a mis enemigos». No puedo negar que la mentalidad práctica de ese tal Onfis es envidiable.

—¿Y qué piensas al respecto? —preguntó Hefestión.

—Admito que la idea me atrae. Ahora que todo el imperio está en paz, la toma de la Roca Sogdiana me ha devuelto el deseo de volver a la acción. Nunca viviré lo suficiente para agradecerte lo que has hecho por mí. El remordimiento me estaba matando.

El fantasma del viejo Clito pareció gravitar sobre nosotros durante un instante. Fue como si el frío aire se tornara más gélido aún. A fin de evitar que Alejandro volviera a hundirse en la melancolía, Hefestión optó por imprimir un brusco giro a la conversación:

—Hay quien asegura que te estás orientalizando, Alejandro. Si eso es cierto, estoy seguro de que tras tu pretensión de ayudar a Onfis se ocultan otros motivos. ¿Acierto?

—Así es, pero no se trata de nada que no haya anunciado con anterioridad. La conquista de la India no es sino un paso más hacia la consecución de mis aspiraciones. Mi proyecto original de unir el Oriente y el Occidente en un solo imperio vuelve a parecerme una necesidad urgente: enemigos ancestrales viviendo en armonía; un mundo sin fronteras donde todos los hombres sean ciudadanos de una patria común.

—¿Todos los hombres, Alejandro? ¿También los que no accedan de forma voluntaria a colaborar con tu grandioso proyecto?

—También esos.

—¿Y el coste en vidas?

—Para materializar un gran sueño es necesario pagar un alto precio. Todos los comienzos son penosos. No hay nacimiento sin dolor. Ya lo sabes.

—Una vez oí a Parmenión decir que le dabas miedo. Te conozco desde que éramos críos; no obstante, también estás empezando a dármelo a mí. ¿No recuerdas el precepto de Delfos? «Nada en demasía». Quizá tus ambiciones estén yendo demasiado lejos.

Alejandro permaneció pensativo durante unos instantes.

—No insistas —dijo por fin—. Este es mi destino. Nada ni nadie va a detenerme.

—¿Y qué vendrá después de la India, amigo mío?

—Lo ignoro. Cada conquista me muestra que siempre hay algo nuevo más allá: nuevas tierras, nuevos hombres de los que jamás habíamos oído hablar. Quiero verlo todo, Hefestión.

—Permíteme recordarte que ver y poseer son conceptos diferentes. Y también que todos los informes aseguran no hay nada más allá de la India, tan solo el Océano y la oscuridad. ¿Qué harás entonces? Por más que me esfuerzo no logro imaginarte dando la vuelta.

—Deseo ver ese misterioso Océano con mis propios ojos. Además, ¿no recuerdas las lecciones de Aristóteles? Si el mundo es realmente esférico, quizá podríamos llegar a Occidente navegando desde el extremo oriental de la tierra firme. ¿Te imaginas?

—¿Y si el bueno de Aristóteles se equivocaba y el Océano es realmente un río que rodea el mundo?

—Bien, entonces cabría la posibilidad de navegar desde el Golfo Índico hasta el Mar de Hircania. Y también —¿por qué no?— podría enviar una flota que circunnavegara Libia y retornara al Occidente a través de las Columnas de Heracles^[12]. Allí está Cartago, no lo olvides. A los fenicios occidentales también ha de llegarles su turno.

—Siento vértigo, Alejandro. Mi modesta mente es incapaz de abarcar un proyecto tan descomunal como el tuyo.

—Yo también tengo esa sensación a veces. Tal vez una docena de vidas no fueran suficientes para lograr materializar todos mis planes.

—¿Qué estas diciendo? ¿Has olvidado que eres un dios y, por lo tanto, inmortal?

Las carcajadas de ambos amigos resonaron por aquel desolado paraje. Poco después, regresamos a la ciudad. La primavera ya estaba cercana. Los preparativos para la conquista de la India debían comenzar de inmediato.

Se realizaron levadas en todas las satrapías de imperio. De hecho, hubo tropas que aún no habían conseguido unirse al grueso del ejército en los días fijados para la partida de la expedición. A pesar de ello, Alejandro decidió no esperar más tiempo. El ejército de macedonios y aliados helenos que ocho años atrás cruzara el Helesponto, varias veces reforzado con los miles de hombres que Antípatro había enviado desde Europa, había quedado reducido a un pequeño núcleo de unos 30 000 hombres. El resto estaba repartido por toda Asia, formando las guarniciones de las ciudades conquistadas y de las nuevas Alejandrías. En la masiva fuerza que se disponía a cruzar los angostos pasos que conducían a la llanura del Indo, tan solo uno de cada cuatro soldados era heleno. Jamás ha visto la Historia un ejército tan heterogéneo como aquel: una multitud dispar compuesta por hombres nacidos en lugares tremendamente distantes entre sí; un gigantesco mosaico de lenguas, atuendo y costumbres. Pero cualquier recelo quedaba borrado por el entusiasmo que Alejandro había logrado contagiarles. Lo seguirían hasta el fin del mundo, hasta una tierra fabulosa llena de riquezas y maravillas. Regresarían convertidos en héroes, y sus bolsas rebosarían de oro.

Ni siquiera los macedonios, que tantos años llevaban alejados de sus hogares, se mostraban reticentes. La promesa del rico botín les atraía, desde luego, pero lo que realmente los espoleaba a seguir al rey en su nueva empresa era la idea de saberse el corazón de un ejército que había atravesado el Asia sin haber conocido jamás la derrota. Muchos de aquellos veteranos habían amasado pequeñas fortunas, riquezas suficientes para convertirlos en potentados en sus lugares de origen. Lo que ataba sus vidas a la de Alejandro no era la codicia, era el orgullo y, sobre todo, la devoción que profesaban a su rey. Si os negáis a creerlo, es que aún no lo conocéis lo suficiente.

Alejandro decidió dividir el ejército en dos cuerpos. Cada uno de ellos seguiría una ruta diferente. El más numeroso, compuesto sobre todo por las tropas asiáticas, estaría bajo el mando conjunto de Hefestión y Pérdicas. Entrarían en la India empleando la ruta de las caravanas y, una vez en la ribera del Indo, se encargarían de construir un puente sobre el río. La mayor parte de la impedimenta y todos los no combatientes quedarían bajo su cargo, incluyendo a Roxana y su séquito. Alejandro, por su parte, conduciría una fuerza reducida y selecta a través de las montañas, que pensaba limpiar de cualquier tribu hostil^[13]. Ya conocéis la vieja consigna: jamás dejes un enemigo a tu espalda.

Con los ojos nublados por la pena, vi como Alejandro, montado sobre *Andrómeda*, se perdía en la distancia. Tras él, la flor y nata del ejército: los

hipaspistas, los hetairios, los agrianos y los arqueros escitas montados. Me quedaba el consuelo de que al menos participaría en la expedición, aunque fuera en el grupo de los no combatientes.

Precedidos por los guías y exploradores, nos adentramos en una región que no parecía de este mundo. El camino serpenteaba a través de un laberinto de abismos sin fondo y acantilados cuya cima se perdía entre las nubes. El tono anaranjado de la roca arenosa era intenso y uniforme, ni la más humilde mancha de vegetación aliviaba la monotonía. En aquel desolado lugar, uno tenía la sensación de que la muerte se había enseñoreado por completo de la tierra, dejando a su paso un reseco y polvoriento cadáver calcinado por el sol.

La marcha fue dura, aunque no excesivamente azarosa. Fue necesario, sin embargo, realizar un alto en el camino para poner sitio a una fortaleza que se negó a abrirnos sus puertas. Todo se llevó a cabo con una eficacia que hablaba por sí sola de la pericia de Hefestión y Pérdicas en este tipo de quehaceres. Cuando los artilleros pudieron desmontar por fin sus arietes y catapultas, la fortaleza había quedado reducida a un amasijo de humeantes escombros. Ambos generales habían tenido un buen maestro.

En cuanto a mí, os diré que realicé el trayecto junto a mi compañera, marchando en la retaguardia de la columna, tras la hilera de lujosos carros que transportaban a Roxana y a su ejército de sirvientas, eunucos y damas de honor. Ni en un solo instante vimos a la flamante esposa de Alejandro asomar su bello rostro al sol. Permanecía en su carro o en su suntuosa tienda, rodeada de tantos lujos como si jamás hubiera abandonado el palacio de Bactras. Todos los días, una vez plantado el campamento, uno de los dos generales acudía a interesarse por su salud y su bienestar. Tras intercambiar algunas palabras protocolarias con el jefe de los eunucos, se marchaban a ocuparse de sus numerosas obligaciones. El rumor que corría por todo el campamento era que Alejandro se había cansado ya de su esposa sogdiana. ¿Cómo si no se explicaba que la reina no estuviera aún encinta? Yo solo puedo decir que mi señor, aunque sensible como el que más a la belleza, jamás se ha mostrado muy apasionado en asuntos de esta índole. Desde que lo conozco, ha preferido la compañía de sus amigos y camaradas, y sobre todo la de Hefestión, a la de las mujeres. Puede que Barsine fuera una excepción, aunque truncada prematuramente. Roxana no.

La llanura del Indo nos acogió con el más hermoso despliegue de verdor y fecundidad. Los campos de cultivo parecían extenderse hasta el infinito, el aire destilaba frescura y vida. Avanzamos por aquel luminoso país en dirección al gran río, más allá del cual se encontraba el reino de Taxila. Los enviados de Onfis estaban aguardándonos junto a una caravana de carros cargados con víveres suficientes para abastecernos durante meses. A nadie le extrañó que el rajá no hiciera acto de presencia. Sin duda aguardaba la llegada de Alejandro para no mostrar sumisión a nadie salvo a él. Una vez instalados y provistos de todo lo necesario, Hefestión y

Pérdicas acometieron la labor que el rey les había encomendado.

No resultó una empresa sencilla. El Indo es un río gigantesco, tan caudaloso y ancho en algunos tramos como el mismo Nilo, al que se considera el padre de todos los ríos. Construir un puente de piedra hasta la otra orilla habría supuesto el empleo de tiempo y recursos de los que no disponíamos. Una vez más, el consejo del romano Camilo resultó una ayuda inestimable.

—En casos como este —le dijo a Hefestión—, un general romano se haría con tantas embarcaciones grandes como pudiera y las colocaría con las proas hacia la corriente. Con el fin de que el río no las arrastre, los barcos han de quedar anclados al fondo mediante grandes rocas, y amarrados sólidamente unos a otros. Después, solo resta construir una pasarela sobre las cubiertas usando para ello grandes tablones de madera. Fácil.

En la práctica no resultó tan fácil. Para empezar, los pescadores de la zona se mostraron remisos a ceder sus barcas para la empresa, y fue necesario persuadirlos mediante una generosa recompensa y un cierto grado de intimidación. La impetuosa corriente del río, que bajaba crecido por la estación, dificultó también enormemente los trabajos. Por último, los soldados persas solo accedieron a poner manos a la obra a regañadientes. «Las aguas son sagradas —refunfuñaban una y otra vez—. Este extraño puente constituye un gran sacrilegio». Hefestión se vio obligado a armarse de paciencia y narrarles la historia de Jerjes, uno de sus más gloriosos reyes, quien había ordenado construir un puente similar de una orilla a otra del Helesponto con el fin cruzar con sus tropas hacia Europa. De este modo, y a pesar de todas las dificultades, la obra comenzó a avanzar a buen ritmo. Todo estaría dispuesto cuando Alejandro nos alcanzara con el resto del ejército.

Entretanto, las montañas retumbaban con los ecos de las hazañas del rey. Los mensajeros nos trajeron noticias de lo ocurrido en la fortaleza de Massaga, donde tantos fueron los soldados que se arracimaron en torno a él por el honor de batirse junto al soberano, que causaron el derrumbe de una torre de asedio. Por suerte, todo se saldó con algunas magulladuras y huesos rotos. Alejandro había resultado ileso.

Todavía resultó más memorable el asalto a la Roca de Aornos, un farallón tan inaccesible como la Roca Sogdiana, enclavado en el corazón de las montañas. El propio Heracles había intentado tomar la posición sin éxito, o al menos eso se cuenta, pero Alejandro triunfó donde su famoso ancestro había fracasado. Todos coincidieron en que aquel asedio había sido una obra maestra de ingeniería militar, por lo que lamento no poder extenderme más al respecto. Presiento que mi tiempo se acaba. He de proseguir.

El rey acudió puntual a la cita, justo cuando las obras del puente acababan de concluir. Había añadido algunas nuevas cicatrices a su colección y estaba notablemente más delgado, pero su presencia irradiaba el entusiasmo de los mejores tiempos. Tras abrazar a Hefestión y a Pérdicas y realizar una breve y formal visita a Roxana, corrió a inspeccionar la obra.

—¡Buen trabajo! —exclamó radiante—. Desde el primer momento presentí que ese romano valía su precio en oro. ¿Qué clase de animales son esos que veo en la otra orilla, Hefestión?

—Cocodrilos, tan grandes como los del Nilo, y no menos peligrosos.

—De modo que hay cocodrilos en el Indo —dijo Alejandro frotándose la barbilla—, lo que nos conduce a una apasionante conjetura. ¿Sabemos dónde desemboca el Indo?

—No, Alejandro. Pero te ruego que no me conviertas en eco de tus propias reflexiones y que desembuches de una vez.

—¿No es concebible que el Indo, tras su periplo por la India, siga fluyendo a través de territorios desconocidos para desembocar en el mar de Egipto, donde se le conoce con el nombre de Nilo? ¿Qué piensas?

—Pienso que efectivamente se trata de una conjetura apasionante —respondió Hefestión resignado—. ¿Cuándo empezamos a construir la flota fluvial para navegar hasta Egipto?

La risa de Alejandro restalló llena de optimismo.

—Todavía no, querido amigo, todavía no. Antes hemos de visitar a nuestro nuevo aliado, el rajá Onfis de Taxila, y echarle una mano con sus problemas. Que los oficiales den las órdenes oportunas. Nos ponemos en marcha.

La ciudad de Taxila, la mayor al este del Indo, resultaba impresionante por todo salvo por sus fortificaciones. Desde la distancia, sus sinuosas torres y sus cúpulas doradas refulgían bajo el deslumbrante sol de la India. Sin embargo, la muralla defensiva se reducía a una humilde empalizada de troncos. Alejandro frunció el ceño con desdén.

—Muy adecuado... para guardar un rebaño de ovejas. ¿Cuánto tiempo creéis que podrían aguantar un asedio?

—¿Un asedio, dices? —gruñó Tolomeo tras escupir al suelo—. ¡Podríamos tumbar esos palitroques de una patada!

—Bien, al menos ahora sabemos por qué Onfis necesita nuestra ayuda. ¡Vaya! ¿Pero qué es lo que tenemos aquí?

Una asombrosa comitiva avanzaba hacia nosotros desde la ciudad. Iba precedida por una columna de al menos cincuenta elefantes, cuyos enormes cuerpos habían sido pintados de vivos colores. Los colmillos de las bestias estaban recubiertos con fundas de oro. Sobre sus lomos, se habían instalado torretas donde se guarnecían arqueros y lanzadores de jabalina. Tras los elefantes alcanzamos a ver varias divisiones de carros de guerra, muy similares a los que los persas usan en batalla. En último lugar, un número incalculable de soldados de a pie levantaban una enorme polvareda mientras surgían en oleadas por la puerta principal de la muralla.

—¡Traición! —aulló Seleuco—. Nos han hecho venir hasta aquí para tendernos una trampa.

Sin vacilar ni un solo instante, Alejandro comenzó a gritar las órdenes precisas para repeler cualquier posible ataque. Los soldados macedonios reaccionaron casi instintivamente: arqueros y agrianos corrieron a la primera línea; los hombres de la falange formaron en apretadas filas tras ellos con las sarisas apuntadas hacia el frente; los jinetes se apresuraron a ocupar su lugar tradicional en las alas. Los recién reclutados, sin embargo, se miraban asombrados sin saber muy bien qué hacer. No importaba. Incluso antes de que el último de los indios hubiera abandonado el recinto de la ciudad, nuestro ejército estaba perfectamente formado en orden de batalla. Vimos entonces que dos jinetes se destacaban de las filas enemigas y cabalgaban a nuestro encuentro. Cuando estuvieron lo bastante cerca como para poder distinguir sus rostros, comprobamos que uno de ellos era el indio que había actuado como portavoz de la embajada. El hombre realizaba frenéticos gestos con la mano, como intentando contener nuestro inminente ataque. El otro indio, que había quedado notablemente rezagado, era un hombre de expresión bondadosa y aspecto tranquilo. Lo que llamaba realmente la atención en él era que llevaba encima oro y joyas suficientes como para pagar el rescate de un rey.

—¡No te enojas, gran Iskandar!, —venía gritando el portavoz. Poco después, desmontó y se postró ante Alejandro—. Mi señor Onfis no deseaba provocar tu cólera, solo quería mostrarte su ejército, que ahora es el tuyo.

—Comprendo —dijo Alejandro con suspicacia—. Pero tendrás que decirle a tu señor que en lo sucesivo se lo piense dos veces antes de organizar desfiles militares sin previo aviso. ¿Quién es el hombre que te acompaña?

—Tu humilde siervo —respondió él mismo en perfecto heleno, lo que causó que todos lo miraran con asombro—, Onfis, rajá de Taxila. He querido venir personalmente para disculparme por mi torpeza. Y ahora, Gran Rey, permíteme mostrarte tus nuevos dominios.

El rajá demostró ser un hombre sensible e instruido. Había aprendido el heleno de niño, de labios de unos mercaderes descendientes de mercenarios helenos a las órdenes de Darío el Grande. El palacio en el que agasajó al rey y sus generales solo puede ser descrito como un sueño. El interior estaba abarrotado de magníficas muestras del arte indio, pero entre ellas había también piezas procedentes de todos los rincones de Persia, del lejano Egipto e incluso de la misma Hélade. Alejandro me describió su sorpresa al descubrir que, junto a una representación en bronce de una extraña diosa local de cuatro brazos, se erguía una estatua de mármol cuyas bellas proporciones delataban el arte de un famoso maestro heleno. «¡Un Hermes de Praxiteles, Bucéfalo! Solo los dioses saben por cuántas manos ha pasado antes de llegar hasta aquí. En la Hélade pagarían por él una fortuna».

La hospitalidad de Onfis fue abrumadora, así como su generosidad. Además del trigo y los víveres que ya habían recibido las tropas de Hefestión y Pérdicas, le

entregó a Alejandro 3000 toros de una especie gibosa y de monumental cornamenta que solo se cría en la India, joyas y moneda acuñada por un valor de ochenta talentos, y también una de sus posesiones más valiosas: los cincuenta y seis elefantes de guerra cuya visión tanto nos había impresionado.

El elefante es sin duda el animal más prodigioso de cuantos habitan la tierra firme. Los fenicios y cartagineses afirman que existen también elefantes en las grandes llanuras de hierba que hay más allá del desierto de Libia, y debe de ser cierto, puesto que ellos comercian a menudo con su marfil, pero en ningún otro lugar salvo la India me consta que estas gigantescas bestias hayan sido domesticadas por el hombre. Puesto que no se reproducen en cautividad, los elefantes han de ser capturados cuando aún son muy jóvenes. La fiereza con que la madre defiende a su cría es tal que en muchas ocasiones los cazadores se ven obligados a darle muerte. La educación del elefante joven varía según la función a la que va a ser destinado en su edad adulta. Como bestias de carga, son capaces de arrastrar y levantar pesos asombrosos y de realizar un trabajo equivalente a un tiro de veinte mulas. En la guerra, es bien sabida su capacidad para desbaratar las filas del adversario, siendo a la vez una auténtica muralla móvil. Pero lo que más me sorprende es la reacción de mis congéneres ante su presencia. A mí también me resulta extremadamente desagradable el olor que despiden, y no por ello me dejo llevar por el pánico, como he visto hacer a muchos caballos helenos a los que se les supone bien entrenados. Pese a todo, el uso del elefante en la guerra se ve limitado por la gran inteligencia de estos animales que, cuando se sienten acosados o heridos, se baten en una furiosa retirada aplastando todo a su paso, sin distinguir amigos de enemigos. ¿Quién podría culparles por preferir conservar la vida a obedecer ciegamente las órdenes de sus conductores?

Volviendo a mi relato, os diré que Alejandro, además de devolverle a Onfis todos sus regalos, premió su generosidad obsequiándolo con 1000 talentos de plata y trescientos caballos de la más pura raza persa. El rey no acababa de ver la utilidad de los elefantes en la táctica bélica y los consideraba más un estorbo que otra cosa. A pesar de ello, conservó uno de los ejemplares para que Onfis no se sintiera despreciado: un macho enorme y poderosísimo al que bautizó con el nombre de *Áyax*. Sé que lo hizo como un homenaje a mi padre, a quien había conocido bien cuando era caballo de guerra de Filipo, por lo que le agradecí aquel gesto en lo que valía. El agradecimiento de Onfis fue también enorme, sobre todo cuando Alejandro le permitió conservar su posición y su reino, así como adoptar el nombre real de Taxiles, tal y como era la costumbre de aquel lugar.

Cómo me gustaría disponer del tiempo suficiente para describiros en detalle todo lo que he observado y aprendido en la India, si bien mi relato guardaría escasa similitud con las delirantes invenciones de Heródoto o de Ctesias de Cnido: los hombres que se protegen del sol con su único pie o sus descomunales orejas, los que tienen cara y

rabo de perro o las hormigas que extraen el oro del subsuelo son burdas patrañas que nada tienen que ver con la fascinante realidad de estas tierras. Sabed, como muestra, que toda la vida de los indios gira en torno al culto a los dioses, a la forma de buscar sus favores o aplacar sus iras. Lo sobrenatural parece impregnar el mismo aire; la espiritualidad se respira en las calles y los campos, transportada por las espesas humaredas de incienso y mirra que surgen de los innumerables templos. ¡Cuánto me hicieron añorar esos siniestros edificios, cubiertos de figuras que se contorsionan en poses grotescas, la luminosa serenidad de los templos de mi tierra natal! En su interior, los sacerdotes —o brahmanes, como aquí se les llama— leen en voz alta los textos sagrados, escritos en una lengua antiquísima que nadie salvo ellos comprende. Os diré, de paso, que numerosas palabras de ese lenguaje me recordaron extraordinariamente a palabras helenas y persas, lo que refuerza la idea de Alejandro acerca del origen común de todos estos pueblos.

Tan enorme es la presencia de la religión en la vida cotidiana de los indios, tan sincera su devoción en los actos más insignificantes de cada día, que no pude dejar de observar el contraste con los vacíos rituales que se practican en la Hélade. Los helenos conciben la religión como una forma de mostrar su lealtad a la tradición y al Estado, una mera exhibición de rectitud moral. Dudo mucho que los dioses tengan influencia alguna en su vida privada o incluso que su existencia sea aceptada por muchos de ellos. Entre los indios, en cambio, la presencia de los dioses es ominosa y cercana, tal y como debía de ser para aquellos helenos de la época heroica de los que nos habla Homero.

La autoridad de los brahmanes emana directamente de los dioses y, puesto que ellos son los únicos que pueden interpretar y transmitir la voluntad divina, su poder es prácticamente ilimitado. Incluso los gobernantes y guerreros han de plegarse a sus deseos. También obedece a un precepto divino el hecho de que la sociedad india esté organizada en un rígido sistema de castas. El hombre nace en el seno de una de las cuatro castas (la de los brahmanes, la de los administradores y guerreros, la de los agricultores y mercaderes y la de los siervos) y permanece en ella hasta el fin de sus días, al igual que harán sus hijos y los hijos de sus hijos. En la India, reina la sensación de que nada está sujeto al cambio y al devenir, de que nada podrá jamás ser alterado.

Ansioso como siempre por encontrar respuestas, Alejandro conversó largamente con los principales sacerdotes de Taxila. Sin embargo, quienes cautivaron realmente su curiosidad fueron un grupo de ascetas que se reunían en un prado cercano al palacio de Onfis. Sentados sobre la hierba con las piernas cruzadas, aquellos hombres dedicaban su vida a la meditación, indiferentes a cualquier estímulo del mundo exterior. Todos ellos iban desnudos; el cabello y la barba, que jamás se cortaban, se desparramaban sobre sus hombros, pecho y espalda; algunos ni siquiera se preocupaban por recortarse las uñas, que les crecían extraordinariamente hasta impedirles cualquier actividad manual. Flacos como perros famélicos y cubiertos de

mugre y parásitos, parecían, más que seres humanos, extrañas formas vegetales que hubieran brotado de la misma tierra. Sin embargo, el pueblo los tenía por hombres santos y acudía masivamente a consultar con ellos todo aquello que les producía inquietud.

La aparición de Alejandro y su séquito provocó en aquellos hombres, a los que los macedonios llamaron «filósofos desnudos», una inusitada actividad. Como obedeciendo una consigna, todos ellos se alzaron a la vez y comenzaron a golpear el suelo con los pies.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó el rey extrañado—. Hace unos instantes apenas si les podía ver parpadear y ahora parecen haber enloquecido.

—Tal vez ya sea la hora de comer de las pulgas —dijo Crátero, cuya ocurrencia fue jocosamente celebrada por todos los demás.

—¡Callaos! —ordenó Alejandro—. Si las costumbres de un pueblo extranjero os resultan extrañas, es preferible guardar silencio a hacer comentarios estúpidos.

Fue entonces cuando uno de los ascetas se aproximó al grupo. Parecía muy anciano, aunque su castigado cuerpo hacía difícil calcular su edad real. Cuando habló, su voz sonó con una autoridad que contrastaba con su miserable apariencia.

—Ese gesto va dedicado a ti, Iskandar —tradujo el intérprete—. Quieren decirte que lo único que un hombre posee realmente es la tierra que pisa. Tú has venido hasta aquí llevado por tu ambición y tu afán de gloria; pero en nada te diferencias del resto de los hombres. Piensas que eres el dueño del mundo y, sin embargo, cuando mueras no serás dueño más que de la tierra que cubra tu cadáver. Déjanos en paz, muchacho, vuelve a tu patria y dedica el resto de tus días a encontrar la verdad dentro de ti mismo.

Estas palabras confundieron a Alejandro, a quien nadie había hablado con tanta franqueza desde que Clito murió. Me di cuenta también de que el intérprete temblaba de pies a cabeza, sin duda aterrorizado por el previsible enojo del rey.

—No temas, amigo —le dijo Alejandro—. Creo que hay mucha verdad en las palabras de este hombre y deseo seguir conversando con él. Cualesquiera que sean sus respuestas, te ruego que las traduzcas con la mayor fidelidad. Dime, hombre sabio —prosiguió dirigiéndose al anciano desnudo—, ¿acaso piensas que el mundo fue creado perfecto y que los hombres no debemos intentar cambiarlo?

—El mundo no es más que el sueño de un dios. Mientras Brahma duerme, emite los elementos materiales del universo, en los que Visnú imprime el orden del que brotan todas las cosas. Cuando Brahma comienza a despertar, Siva hace que todo el universo vuelva a ser absorbido. Los tres no son sino manifestaciones del *atman*, del Yo. No existe la creación, sino un proceso cíclico de ordenación y caos. Cada día de los dioses ve el amanecer de un nuevo universo, y puesto que un solo día de los dioses equivale a eones del tiempo humano, los hombres vivimos en la ilusión de que nuestro universo es el único posible. ¿Comprendes joven?

Alejandro había escuchado los insondables conceptos expuestos por el asceta con

la boca abierta. Imagino que debía estar recordando a su viejo maestro, según el cual los bárbaros viven entre las tinieblas y carecen del don del pensamiento profundo. Aristóteles, como casi todos los helenos, piensa que nada hay fuera de la Hélade que merezca la pena. Ya veis cómo se equivocan. El mundo es muy grande y está lleno de maravillas. Yo lo sé. Las he visto.

—Creo que comprendo —respondió Alejandro—. Pero sigo sin ver cuál es el papel de los hombres en esos gigantescos ciclos de creación y destrucción de los que me hablas.

—Nuestros yoes individuales son solo fragmentos escindidos del Yo unitario, al igual que los del resto de los seres vivos. Vivimos inmersos en un proceso constante de muerte y renacimiento, a través del cual todas las criaturas intentamos retornar a la unidad original. Los resultados de nuestros actos, nuestro *karma*, determinan que nos reencarnemos en un estado superior de conciencia o bien en una criatura inferior. Toda criatura viva encierra un alma en busca de la perfección, de ahí que creamos que cualquier vida, por humilde que sea, es sagrada.

—¿Quieres decir con eso que tras mi muerte podría renacer en el cuerpo de un animal, por ejemplo?

—Eso depende de ti, pero sí, en esencia esa es la idea. Cabe la posibilidad de que en tu próxima vida tu espíritu se reencarne en un caballo como ese —dijo el indio señalándome, y he de decir que el que me eligiera como un ejemplo de «criatura inferior» no me llenó precisamente de felicidad.

—Volver a la vida convertido en un ser tan noble e inteligente como Bucéfalo no me inquieta —dijo Alejandro palmeándome la grupa. Después entornó los ojos, como intentado recordar—. ¿Sabes, buen hombre? Los conceptos de los que me hablas, ese tiempo circular y las almas que transmigran entre distintos cuerpos, me resultan familiares. Creo que los pitagóricos afirman cosas parecidas. Me pregunto si el fundador de su escuela no anduvo también por estas tierras. O tal vez existan realmente ideas universales, como Platón pensaba. Pero dime, ¿existe algún modo de escapar de esa rueda infinita de reencarnaciones?

—Hubo un maestro que pensó que sí existía. Muchos siguen hoy sus enseñanzas.

—Háblame de él.

—Su nombre era Siddhartha. Nació hace más de doscientos años, en un reino situado al pie de las montañas del norte. Era un príncipe, y vivió rodeado de lujos durante su juventud, ajeno al sufrimiento del mundo. A los veintinueve años, la contemplación de un viejo decrepito que cojeaba ante su carroza lo golpeó como un rayo. «¿Por qué existe el dolor?», se preguntó, y puesto que nadie fue capaz de ofrecerle una respuesta, se retiró a meditar en la soledad de un bosque.

—¿Y encontró allí la verdad?

—Ten paciencia, por favor. Al cabo de seis años de mortificar su cuerpo con privaciones, cuando ya se encontraba tan débil que creía cercana su muerte, se dio cuenta de que aquella vida no le llevaría a lo que estaba buscando. Poco después le

llegó la iluminación, despertó a la verdad, y por eso le llaman el Buda, *el que despertó*. Se dio cuenta de que los hombres están cegados por el deseo y la pasión, los espejismos y tentaciones del mundo. El auténtico camino es el que se aleja de los extremos, el «camino intermedio», como él lo llamó. Al desprenderse de las cadenas del mundo, el hombre supera el sufrimiento y alcanza la iluminación. De este modo despierta de este largo sueño que es la vida y queda libre de la rueda de las reencarnaciones.

—¿Quiere eso decir que la paz espiritual se obtiene al renunciar al deseo?

—Así es, en efecto.

—Entonces las enseñanzas del Buda no me sirven de nada. El deseo de cambiar el mundo es precisamente lo que mueve mis actos. Para mí, el estado ideal del que me hablas no significa la paz, sino la muerte.

—Ya lo sé, por eso, pese a lo que puedas creer, estás muy lejos de la perfección.

—Tendré entonces que acostumbrarme a vivir con mis imperfecciones —concluyó Alejandro—. Hace muchos años conocí en mi tierra natal a un hombre llamado Diógenes. Él también creía que no existe perfección sin renuncia. Recuerdo que lo tomé por un loco. Tú, en cambio, me pareces un hombre sabio y sensato. ¿Querrás venir conmigo?

El indio vaciló durante unos instantes. Después, su rostro pareció animarse de repente.

—¿Y por qué no? He pasado en este lugar casi toda mi vida, dedicado a la meditación, dejando que mi cuerpo se consumiera. Sin embargo, al igual que se ocurrió al Buda, he sido incapaz de encontrar ninguna respuesta. Tal vez si te acompaño pueda aprender algo y, de paso, enseñarte algo a ti también.

Al oír estas palabras, el resto de los ascetas comenzaron a gritar con gran alboroto.

—¿Qué dicen? —preguntó Alejandro.

—Me acusan de ser incapaz de dominar mis pasiones. Intentan persuadirme de que no me marche contigo.

—¿De modo que tú también estás lejos de la perfección? Creo que vamos a llevarnos bien. Por cierto, ¿cómo te llamas, amigo?

El indio prorrumpió en una interminable sucesión de sílabas que a cualquier heleno le habría resultado imposible reproducir. Tras escucharlo, Alejandro tosió y dijo:

—Bien, te llamaré Cálano, si no te importa.

Recuerdo que poco después Hefestión se dirigió a Alejandro en tono de broma.

—Vaya, así que el mundo es el sueño de un dios. Eso no hace más que confirmar lo que ya te dije hace años, en Éfeso: Alejandro es un dios, por lo tanto nos está soñando a todos. Por favor, una vez más te pido que no te despiertes, como le ocurrió a ese tal Siddhartha. Ahora sé que si lo haces los mortales desapareceremos en la nada. Y yo aprecio demasiado esta ficticia existencia mía como para correr ese

riesgo.

El rey se volvió a su amigo con el ceño fruncido.

—Maldita sea, Hefestión. ¿Nunca te cansarás de esa broma? Tú sabes mejor que nadie que no soy un dios, sino un hombre de carne y hueso. ¿Dónde has oído hablar de dioses que tengan todo el cuerpo cubierto de cicatrices?

—Bueno, tal vez eso sea solo un disfraz, una simple envoltura física, como la que Zeus empleaba para sus correrías amorosas.

Alejandro tuvo que reír a su pesar.

—Está bien, tú lo has querido. Prepárate, desdichado mortal, porque has provocado mi cólera y me dispongo a fulminarte con un rayo.

Hefestión huyó entre gritos y risas, fingiendo estar aterrorizado, hasta que Alejandro le dio alcance y ambos rodaron por tierra. Los macedonios presentes rieron a carcajadas. Los indios, en cambio, no lograban disimular su perplejidad, pues jamás habían visto a un rey comportarse de forma menos regia.

He de confesar que, al verlos jugar como un par de chiquillos, sentí una vez más el mordisco de la envidia. Me entristeció pensar cómo su juventud y su vigor contrastaban con mi fragilidad de caballo anciano, cómo mi vida se precipitaba de forma inexorable en el abismo de la vejez. «Bueno —me dije para consolarme—, tal vez en realidad los esté soñando». Y ahora que lo pienso, tal vez sois vosotros los que me estáis soñando a mí. Aunque mejor será dejarlo correr. Los de mi especie nunca hemos sentido grandes inclinaciones por la metafísica.

Y así fue como aquel anciano asceta se convirtió en maestro y consejero de Alejandro. Sospecho que de aquel modo el rey sellaba definitivamente su ruptura con Aristóteles, de quien se sentía ahora tan lejano en distancia como en espíritu. Puede que para muchos aquel gesto simbolizara también su voluntario alejamiento de los valores y las tradiciones de la patria; pero creedme: la acusación era injusta. Os concedo que, en el nuevo imperio de Alejandro, la Hélade, con sus pequeñas ciudades y sus mezquinas pependencias, quedaría reducida a una simple pieza, y ni siquiera la más importante. Sin embargo, mi señor había sido educado en la cultura helena y, dondequiera que hemos ido, la ha llevado como estandarte y herramienta de civilización. Nadie, ni sus más tenaces detractores, podrá negar jamás esa verdad.

El reino de Poro está situado en la región del Punjab, o «Tierra de los Cinco Ríos». Uno de estos ríos, el Hidaspes, separa el reino de Onfis del de su enemigo. Fiel a su promesa, Alejandro ordenó que el ejército emprendiera la marcha hacia el territorio del monarca vecino. La distancia era corta —unos mil estadios, a lo sumo—, por lo que Alejandro, habituado a hacer avanzar su ejército con más rapidez que ningún otro general anterior a él, esperaba cubrirla en un tiempo máximo de cinco días. Por desgracia, nadie había reparado en advertirnos acerca de la naturaleza del terreno.

He visto muchos bosques en mi vida, algunos tan espesos que los árboles

parecían crecer formando una barrera impenetrable. La jungla por la que tuvimos que internarnos camino del Hidaspes, sin embargo, superaba con creces todas mis experiencias anteriores. Baste decir que durante las cinco interminables semanas que tardó el ejército en atravesar aquel infierno verde, no llegó a tocarnos la luz del sol ni pudimos atisbar siquiera el brillo de una estrella. Las copas de aquellos gigantes se unían en las alturas de tal modo que sus hojas y ramas impedían el paso de la luz solar y mantenían el suelo en una permanente penumbra. El terreno era un lógamo blando y cenagoso, una mezcla de restos vegetales en descomposición de los que brotaba un vapor pestilente. Alejandro envió por delante a los exploradores con órdenes de localizar senderos por los que las tropas pudieran avanzar con mayor celeridad, pero fue inútil. Los zapadores tuvieron que abrirnos paso a golpes de hacha y machete. Lo que pronosticábamos como una sencilla y breve marcha se convirtió en un exasperante suplicio.

Mientras la larga columna zigzagueaba por entre los árboles, una multitud de criaturas desconocidas nos observaban desde la espesura. Vimos pájaros con plumajes de un colorido inverosímil, y otros cuyo canto se asemejaba tanto a la voz humana que en algunos momentos pensamos que nos habían tendido una emboscada. Las ramas de los árboles daban también cobijo a miríadas de monos, esas juguetonas criaturas que en tantas cosas se asemejan a los hombres. Una de sus características más humanas es precisamente su tendencia a apoderarse de lo ajeno. Con enorme pericia, se descolgaban por las ramas y les arrebataban a los soldados sus cascos, sus armas, o cualquier objeto brillante que llamara su atención. Ese juego debe producirles un enorme placer, a juzgar por sus chillidos de gozo que dejaban oír mientras observaban a la víctima del hurto amenazarlos inútilmente desde el suelo.

También nos topamos con criaturas mucho menos amables e inofensivas. Había serpientes de todos los tamaños. Algunas eran diminutas, pero su picadura podía matar casi al instante. Otras tenían el grosor del muslo de un hombre y una longitud que en nada tenía que envidiar a la de la legendaria Pitón. Estas monstruosas criaturas se deslizaban hasta el suelo pegadas al tronco de los árboles, casi invisibles en la mortecina luz de la jungla, y se enroscaban en torno a sus víctimas hasta sofocarlas entre sus anillos. Tuve ocasión de ver cómo una de ellas engullía a un pequeño asno entero, y os aseguro que habría preferido ahorrarme aquel espectáculo.

Tanto los hombres como los animales éramos acosados constantemente por hordas de insectos: moscas y tábanos durante el día, nubes de sedientos mosquitos por las noches. Todos sufrimos sus picaduras hasta tener el cuerpo cubierto de dolorosas ampollas cuya comezón nos impedía el descanso y nos mantenía en un permanente desasosiego. Sin embargo, el animal más peligroso con el que nos topamos fue un silencioso cazador solitario que nos acechaba desde la espesura, como un fantasma. Desaparecieron primero algunas ovejas del avituallamiento. Cierta mañana un caballo apareció casi totalmente devorado. Las marcas de poderosas mandíbulas que mostraban sus restos nos hicieron pensar que estábamos

siendo acosados por una manada de leones. El rey ordenó que se extremaran las precauciones y, sin embargo, poco después le llegó el turno de morir a un par de portadores locales que se habían separado del cuerpo del ejército. Alejandro decidió entonces organizar una batida de caza. No lograron abatir al asesino, tan solo llegaron a atisbar su gigantesca silueta mientras huía por entre la vegetación, y no se trataba de un león, sino de otra especie de enorme felino de piel anaranjada surcada por rayas negras. «Tenía el tamaño de un caballo —me relató Alejandro—, y unas zarpas con las que podría decapitar a un hombre de un solo golpe. No mienten quienes afirman que los confines del mundo están habitados por monstruos».

El comienzo del verano nos sorprendió aún en plena jungla. La temperatura aumentó hasta que el aire quemaba en los pulmones y la humedad nos cubría como una sofocante sábana. El grano que transportábamos se llenó pronto de moho y comenzó a pudrirse. Los caballos no tuvimos dificultad para encontrar forraje, pero los hombres hubieron de recurrir a la caza para alimentarse. Según decían, la carne de la mayoría de las aves que lograron abatir tenía un sabor repugnante. Los pequeños cerdos salvajes que poblaban el lugar, sin embargo, eran acogidos como un manjar. En cuanto a los monos, los soldados afirmaron preferir la carne de serpiente antes de hincarle el diente a uno de esos animales, y creo que algunos de ellos no vacilaron en demostrarlo.

Comenzó entonces a soplar un fuerte viento cargado de humedad, presagio seguro de inminentes lluvias. Todos nos alegramos cuando el agua empezó a caer, pensando que aquello aliviaría el sofocante calor. Sin embargo, nos sentimos inquietos al ver que las lluvias no cesaban. Tras varios días de soportar aguaceros, cundió la desesperación entre las tropas. «¿Cuándo dejará de llover?» les preguntó Alejandro a los guías locales, quienes se limitaron a mostrarnos sus dientes en una blanca sonrisa. Al parecer, a nadie se le había ocurrido advertirnos de que en la India llueve durante cuatro meses sin interrupción, fenómeno que ocurre todos los años cuando el viento comienza a soplar desde el Océano.

Las enormes penalidades que habíamos sufrido hasta entonces pasaron a ser un grato recuerdo. Llovió y llovió sin descanso. La selva entera se convirtió en un lodazal en el que resultaba una proeza levantar los pies del suelo. Apenas lográbamos cubrir media docena de estadios diarios. La lluvia nos cegaba por completo, y su incesante golpeteo sobre nuestras cabezas amenazaba con hacernos enloquecer. Las armas se cubrieron de herrumbre, las correas que sujetaban las corazas y cascos se pudrieron, una infinidad de sanguijuelas se dio el gran banquete a costa de nuestra sangre. Muchos fueron los hombres que cayeron víctimas de la fiebre y la disentería. Las expresiones hoscas y los murmullos entre dientes me indicaron que los soldados no estaban dispuestos a dar un paso más hacia el este. En estas penosas condiciones, alcanzamos la ribera del Hidaspes, lo que ocurrió la semana pasada.

Como veis, me acerco al final del relato de mi vida. Con un poco de suerte, podré concluir esta historia. Tan solo permitidme reunir las fuerzas necesarias para tomar aliento por última vez.

Mientras marchábamos a través de la selva, pensábamos que los únicos ojos que nos vigilaban eran los de los animales. ¡Qué gran ingenuidad! Espías enemigos debían de haber vigilado nuestro avance durante varios días; como prueba de ello no había más que mirar hacia la orilla opuesta del río: a simple vista, debía de haber unos 200 elefantes de guerra, 300 carros y no menos de 4000 jinetes. En cuanto a las tropas de a pie, ¿quién sabe? Tal vez 30 000, quizá 40.000. Se trataba en todo caso de un ejército formidable.

Mientras nuestros soldados observaban el ejército enemigo con estupor, comprobamos aliviados que no realizaban el menor amago de cruzar el río.

—Poro no piensa ordenar el ataque —dijo Alejandro—. Se limitará a esperar a que nosotros demos el primer paso. ¿Qué piensas tú, Hefestión?

—Opino que estamos de suerte. Dadas las circunstancias en que se encuentran nuestras tropas, difícilmente podríamos contenerlos. En cuanto a tomar nosotros la iniciativa, jamás lograremos desembarcar ante ese muro de elefantes. ¿Cuáles son tus órdenes?

—Que se plante el campamento y que los hombres descansen. Mañana echaremos un vistazo a los alrededores.

La cuidadosa inspección del terreno nos llenó de desaliento. Debido a las lluvias, el río descendía con pavorosa violencia. Sus aguas arrastraban cantidades ingentes de lodo, animales muertos y árboles enteros arrancados de raíz por la fuerza de la corriente. Todos los vados estaban vigilados. Cualquier intento de llegar a la otra orilla chocaría con el ejército enemigo y daría como resultado un desastre seguro. Incluso sin atreverse a expresarlo con palabras, todos daban por sentado que el rey ordenaría el regreso.

En lugar de aceptar lo que parecía inevitable, Alejandro ha empleado durante los días anteriores una extraña táctica. Nuestros soldados han marchado río arriba y río abajo, simulando intentos de cruzar que han sido cancelados en el último instante. El ejército de Poro nos ha acompañado en este loco vaivén en todo momento, siempre con la gran columna de elefantes a su frente. Nos han lanzado bravatas desde la otra orilla, nos han llamado cobardes, nos han anunciado nuestra segura muerte. En algunos momentos, hemos llegado a divisar a Poro en persona marchando al frente de sus tropas. Es un anciano hercúleo, de piel casi negra y talla gigantesca. No ha dejado en ningún momento de desafiar a Alejandro a medir sus fuerzas con él en singular combate. El rey se ha limitado a sonreír y esperar. Hace dos días ordenó que se

fortificara el campamento, como si estuviera decidido a aguardar la llegada de la estación seca. Yo sabía de sobra que no era eso lo que le rondaba por la cabeza. Esa misma noche, se decidió a golpear.

Supe que la batalla era inminente incluso antes de que los oficiales lo anunciaran. Mi experiencia en la guerra es larga y el olor característico a sudor y miedo que despiden los hombres antes de la lucha me resulta inconfundible. Esta iba a ser la primera gran batalla campal desde Gaugamela y también mi última oportunidad de luchar junto a Alejandro. Cuando mi señor hizo acto de presencia en el establo luciendo su armadura de combate, supe que tenía que arreglármelas para que comprendiera mi intención. Lancé un relincho lleno de desolación cuando comenzó a comprobar que *Andrómeda* había sido correctamente embriada. Él se volvió hacia mí sonriendo.

—Sabes que no es posible, Bucéfalo. Tus días en el campo de batalla han pasado.

Supliqué a los dioses que me concedieran el don de la palabra humana durante unos instantes, el tiempo imprescindible para poder convencer a Alejandro de que me llevara con él. «Tengo derecho a ir —habría querido decirle—. Te he servido bien durante dos tercios de mi vida. Me lo debes». Pero los dioses no me escucharon. Alejandro, en cambio, sí. Me miró con los ojos brillantes. Sus palabras sonaron con infinita dulzura en mis oídos:

—Está bien, amigo. Ventrás. Te lo debo.

Después de tantos años juntos, debía de haberme leído el pensamiento. Le dirigí a mi hija una mirada de disculpa y ella me la devolvió llena de comprensión. En los ojos de mi compañera, sin embargo, tan solo vi reproche.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —me preguntó *Ishtar*.

Le respondí con una frase que he oído repetir a Alejandro innumerables veces:

—Es hermoso vivir con valor y dejar tras de nosotros fama perdurable.

—Ve entonces a encontrar la muerte —me replicó herida mientras se giraba—, y no esperes que tu fama perdurable me sirva de consuelo cuando ya no estés a mi lado.

Sus palabras me dejaron indiferente. En realidad, la posibilidad de morir en la lucha me parecía muy lejana. Regresaría vivo y cubierto de gloria, como en todas las ocasiones anteriores. Además, ¿creéis que podía afectarme la amargura de mi compañera cuando experimentaba un entusiasmo que ya casi había olvidado? Alejandro en persona me estaba colocando la brida. Íbamos a luchar juntos. Y todo lo demás carecía de importancia.

Emprendimos una larga marcha nocturna en medio de una pavorosa tormenta. El sonido de la tempestad ahogaba el estruendo de la tropa mientras marchábamos río arriba. Alejandro y yo íbamos al frente de una selecta fuerza compuesta por el batallón real de la infantería, las hiparquías de Hefestión y Pérdicas, la caballería escita, los arqueros y los agrianos, unos 14 000 hombres en total. En el campamento

había quedado Crátero al mando del resto del ejército ¿Qué era lo que Alejandro se proponía?

Lo comprendí tan pronto como alcanzamos nuestro destino. A unos ciento cincuenta estadios el Hidaspes forma una amplia curva que impide la observación a cualquier vigía apostado corriente abajo. En el centro del río, la luz de los relámpagos mostraba una pequeña isla totalmente cubierta de árboles y vegetación. La táctica de Alejandro se me reveló entonces en toda su genial simplicidad: las inexplicables maniobras de la semana anterior buscaban confundir al enemigo. A estas alturas, Poro se lo pensaría dos veces antes de volver a poner en marcha sus tropas, y sobre todo sus elefantes, por lo que siempre había resultado ser una falsa alarma. Alejandro planeaba rebasar el río por aquel punto, donde el recodo y la isla nos ocultarían del enemigo. Escudados por la oscuridad y la tormenta, los nuestros dispondrían de tiempo para completar la operación y formar en la orilla enemiga. Cuando Poro fuera advertido de nuestra presencia y marchara hacia nuestro encuentro, Crátero y el resto del ejército quedarían con las manos libres para cruzar la corriente a su vez y hostigar al enemigo por la retaguardia.

Los hombres pusieron manos a la obra a fin de ensamblar un gran número de barcas, que habían sido desmontadas y transportadas en carros al amparo de la oscuridad. Resultó arduo completar la tarea bajo aquel aguacero. Sin embargo, poco antes del amanecer, todas nuestras fuerzas habían embarcado y cubierto los dos estadios de embravecida corriente. Ya nos creíamos a salvo en tierra firme cuando nos topamos con un obstáculo inesperado: durante la noche, el nivel del río había ascendido y las aguas, que corrían ahora fuera de su cauce, habían formado un ancho canal que nos cerraba el paso hasta la auténtica orilla.

—El amanecer está cercano. No hay tiempo para volver a usar las barcas —les gritó Alejandro a sus generales haciendo sonar su voz por encima de los bramidos de la tempestad—. Cruzaré al frente de la caballería e intentaré crear una cabeza de puente en la orilla para cubrir a los soldados de a pie.

Hefestión y Pérdicas intentaron hacerle escuchar sus objeciones. Desconocíamos la profundidad del terreno inundado que Alejandro pensaba atravesar. La maniobra era casi un suicidio. No obstante, el rey sacudía ya mis riendas en dirección a la otra orilla y, tras nosotros, como un solo hombre, cabalgaban todos los demás jinetes.

Por unos instantes me paralizó el recuerdo del cruce del río Oxo, donde estuve a punto de perecer ahogado. Pero poco después me di cuenta de mis patas no perdían contacto con el fondo y todos mis temores quedaron atrás. Una vez más mi señor y yo cabalgábamos juntos hacia el combate. Ni siquiera la fuerza desatada de los elementos podría detener a Alejandro y Bucéfalo. Mi entusiasmo era tal que apenas reparé en que el agua me cubría casi por completo y la corriente me golpeaba con enorme violencia. Alcanzamos la orilla en primer lugar, con la seguridad de una trirreme. Yo ya no era un viejo veterano retirado. Era el caballo del rey. ¡Que temblara el mundo entero!

Pese a todas las precauciones, algún vigía debía habernos avistado. No bien el último jinete salió del río, vimos que una fuerza enemiga se abalanzaba sobre nosotros. La mortecina luz de amanecer nos mostró una columna de carros y varios cientos de jinetes. No había tiempo para desplegarse en formación de batalla. Alejandro enarboló una lanza y taloneó mis flancos. Cabalgué hacia el enemigo sintiendo la sangre bullir en mis venas. A pesar de la densa cortina de lluvia, la armadura de combate de Alejandro y su casco en forma de cabeza de león nos hacían inconfundibles. Fuimos recibidos con una tempestad de jabalinas y flechas. Apenas sentí el dolor del dardo que penetró en mi coraza y se hundió profundamente en mi pecho. Casi no me di cuenta de que mis patas trastabillaban y mi cuerpo golpeaba el barro. Nada puedo relataros acerca de lo que ocurrió después. Tan solo recuerdo la oscuridad.

El círculo se ha cerrado. Han transcurrido dos días desde la batalla del Hidaspes, de la cual yo solo vi la primera escaramuza. Alejandro sigue invicto; sin embargo, cualesquiera que sean los derroteros a los que su destino lo lleve, Bucéfalo ya no estará junto a él. La vida se me escapa a borbotones por el orificio que la flecha enemiga abrió en mitad de mi pecho. Ha sido un milagro disponer del tiempo suficiente para alcanzar el final de esta larga historia.

Me gustaría poder decir que me voy con la satisfacción de haber tenido una muerte gloriosa en combate, pero faltaría a la verdad. Muero con rabia, y me aferro con todas mis fuerzas al tenue hilo que todavía me ata a la existencia. La certeza de que la vida continuará cuando yo no esté provoca en mí una furia intensa, lacerante. Qué vacías me parecen ahora las últimas palabras que le dirigí a mi compañera. Cambiaría toda mi fama perdurable por un instante más en el mundo.

Alejandro acaba de entrar en mi establo. Tan pronto lo oigo, noto que las brumas se alejan de mi vista y que puedo mirar a mi señor por última vez. Durante un instante me parece estar viendo al frágil niño que un día domó un caballo salvaje, pero enseguida aparece ante mí tal y como es: un veterano de cien batallas cubierto de heridas de guerra. Está tan hermoso que los ojos duelen al contemplarlo. Me acaricia las crines, coloca mi cabeza extenuada sobre su regazo y noto sus lágrimas caer sobre mí. Ahora me cubre con una manta y desliza una moneda de oro dentro de mi boca. Alejandro no consentirá que Bucéfalo se presente desnudo ante el barquero. Me acaricia de nuevo, muy suavemente. Como ocurrió aquel lejano día en Macedonia, su contacto me colma de paz y diluye mi rabia.

Ahora, mientras la noche cierra sus negras aguas sobre mí, presiento que debo decirlos adiós para siempre.

Es el momento del silencio y de la espera. Sé que la muerte no va a pasar de largo, pero al menos no me hallará desprevenido.

* * *

**FIN DEL RELATO DE BUCÉFALO
HIJO DE ÁYAX Y DE ÁNEMOS
CABALLO DE ALEJANDRO**

EPÍLOGO

HAN transcurrido cuatro años desde que mi padre cayó junto al río Hidaspes, tan solo uno desde que Alejandro ascendió a los cielos para reunirse con los otros dioses, o al menos así es como todos se refieren a su muerte. Su cuerpo embalsamado viaja en estos momentos hacia Macedonia. Yace en el interior de un sarcófago de oro, y este a su vez está guardado en un maravilloso carro fúnebre del que tiran sesenta y cuatro mulas. He oído decir que, por dondequiera que pasa, provoca tanta admiración como el propio rey en vida. Sin embargo, no me cabe duda de que el cuerpo de Alejandro jamás reposará en el mausoleo que lo aguarda en Egipto, junto al de Filipo. Sé que Tolomeo saldrá a su encuentro y lo dejará al cuidado de los sacerdotes de Amón en Siwah, tal y como el propio Alejandro le hizo prometer en una ocasión. O quizá se limite a apropiárselo como el mejor adorno de su nueva capital, una metrópoli deslumbrante edificada con mármol y geometría, la ciudad con la que Alejandro soñó. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir mañana? Corren tiempos confusos, tiempos peligrosos.

Debéis saber que Tolomeo se ha convertido en un hombre muy poderoso. Su cargo oficial es el de sátrapa de Egipto, pero en estos días en los que nada es lo que parece, es de hecho el monarca indiscutible de aquellas tierras. Aunque hay otros dispuestos a participar en el gran combate que se avecina, esos «juegos funerarios» que Alejandro presagió en su lecho de muerte.

Pérdicas es el hombre fuerte en Asia y se ha proclamado guardián de los dos reyes, cuyos nombres son una vez más Filipo y Alejandro. «¿Y quiénes son esos reyes salidos de ningún sitio?» os preguntaréis. Bien, Filipo III es ni más ni menos que Arrideo, ese hermanastro tarado de Alejandro, un zoquete y una nulidad desde su nacimiento. En cuanto a Alejandro IV, se trata de un niño pequeño, supuestamente hijo de Alejandro, ya que Roxana —quién iba a pensarlo— se encontraba encinta a la muerte del rey. Tal vez no haga falta mencionar que ambos son meros títeres con los que Pérdicas pretende alzarse con el poder. Más trabajo le costará dominar a la hermosa viuda, pues la sogdiana ha demostrado que sus colmillos están bien afilados. Juzgad si no: su primera hazaña tras la muerte del rey fue envenenar a Estateira, la otra esposa de Alejandro. Así despejaba el camino de la sucesión para su propio hijo, aún no nacido. Ciertamente, una jugada maestra.

En cuanto a Crátero, tengo entendido que anda errante por Asia Menor al mando de un ejército de soldados veteranos y busca socios para formar una alianza ventajosa. Imagino que su hombre será el viejo Antígono, apodado «el Tuerto», sátrapa de Frigia y sin duda uno de los lobos más voraces de la manada.

Antípatro continúa gobernando en Macedonia y aplasta rebeliones con mano de hierro, tal y como ha hecho desde la muerte de Filipo. La última tuvo lugar en Atenas y se saldó con una ilustre víctima: nada menos que Demóstenes, quien se quitó la vida al saberse perseguido por tropas macedonias. Bien sabéis cómo detestaba mi padre a ese hombre. Yo, en cambio, opino que no le faltaban ideales ni agallas. Pero os estaba hablando de Antípatro. Por cierto, se rumorea que él fue el instigador de la muerte de Alejandro. Dicen que, temeroso de que el rey lo alejara del poder, envió a sus hijos a la corte de Babilonia para que lo envenenaran. Yo no os puedo confirmar ese extremo, pero al parecer la reina Olimpia ha jurado venganza. Y si la mitad de lo que se cuenta de esa mujer es cierto, más le vale que el viejo strategos de Europa se guarde las espaldas.

Y hay otros, claro está: Seleuco, Eumenes, Lisímaco... todos ellos ansiosos por asestarle su propia dentellada al imperio. Entretanto, se acechan mutuamente y aguardan el momento oportuno. Me consta que antes o después caerán unos sobre otros como alimañas, puesto que a tal condición los ha reducido la muerte del rey.

Creo que solo me resta relatar la suerte de dos de los personajes principales de este drama. Ambos eran ancianos y han muerto ya, quizá el destino más deseable en estos días. Sisigambis, la madre de Darío, se negó a tomar alimento desde el mismo instante en que supo que Alejandro había muerto. Era tan vieja que apenas aguantó cinco días. Más lento, en cambio, fue el fin de Aristóteles, a quien las revueltas antimacedonias en Atenas obligaron a marchar al exilio. Hace poco supe de su muerte en la isla de Eubea, senil, empobrecido y abandonado por todos sus discípulos. Por lo que sé de él, Aristóteles encarnaba el espíritu de un tiempo más sencillo y humano que el que ahora vivimos. Me temo que el viejo maestro no habría sido capaz de sobrevivir en este mundo nuevo y terrible que su antiguo discípulo nos ha dejado en herencia.

Ya lo veis, el colosal sueño de Alejandro se desmorona de forma irremediable, y temo que el futuro nos depare cosas aún peores. Quizá solo a los dioses les esté permitido tener sueños de esa envergadura. Por suerte para los mortales, la muerte se cobró hace un año al último de ellos. Ya lo veis, el desafortunado sueño Alejandro se desmorona de forma irremediable, y temo que el futuro nos depare cosas aún peores. Pero permitidme que me presente: soy Andrómeda, hija de Bucéfalo y de Ishtar. Sé que mi padre hubiera querido que conocierais el desenlace de este relato que su muerte interrumpió, aunque dudo que llegara a imaginarlo tan amargo. Él os dijo

que yo carecía del talento de narrar historias. Es cierto; nací en un campamento militar y no poseo su elocuencia, así que tendréis que conformaros con esta sucinta exposición de la historia, que reanudaré en el punto exacto en que mi padre la abandonó.

La batalla del Hidaspes culminó con una difícil victoria para nuestro ejército. No os inquietéis, os ahorraré los detalles tácticos. Tan solo sabed que Alejandro logró envolver a las fuerzas de Poro en una tenaza. Confinados en una diminuta porción de terreno, muchos de los indios murieron pisoteados por los elefantes. Los que lograron escapar fueron interceptados por Crátero, quien, según el plan trazado, había cruzado el río. Las bajas entre los hombres de Poro fueron escalofriantes, pero su valor y la resolución de su rajá causaron numerosas muertes entre los nuestros.

Deslumbrado por la entereza del monarca indio, Alejandro le restituyó su posición y sus tierras. Desde ese momento, Poro se convirtió en un fiel aliado. No era precisamente el desenlace que Onfis (o Taxiles, si lo preferís) había esperado.

Alejandro fundó dos ciudades en ambas riberas del Hidaspes. La que se encuentra en el lugar de la batalla lleva el nombre de Nicea (Victoria), pero la otra, que fue construida en el sitio que Alejandro eligió para cruzar el río, se llama Bucéfala. Si alguna vez la visitáis, podréis admirar allí el magnífico monumento funerario en el que reposan los restos de Bucéfalo. El rey encargó la estatua a Lisipo, su escultor personal, con lo que cumplió la promesa que le hizo a mi padre años atrás. La figura fue vaciada en bronce y muestra a mi padre en pleno galope, ágil y vigoroso, tal como era en su juventud. Dicen que muy a menudo pueden verse ofrendas al pie del mausoleo. Parece que también el fiel caballo de Alejandro se ha hecho un hueco entre los inmortales.

Proseguimos nuestro avance hacia el este. Alejandro había tenido noticias de que las tierras de la India eran mucho más vastas de lo que sus informes originales revelaban. Al parecer, más allá existía un gran desierto, y aún más allá un río sagrado llamado Ganges, en torno a cuyas orillas se extendía el reino de los Nandas, famoso por sus riquezas. Por último, se alcanzaba el final de las tierras y el misterioso Océano. Ninguna de esas noticias lo disuadió de su propósito original, pero, al parecer, la muerte de mi padre había apagado su buena estrella. Hartos de soportar aguaceros y padecimientos sin fin, los hombres se negaron a seguir avanzando. No fue exactamente un motín, simplemente le hicieron ver al rey su desesperación y le rogaron que pusiera fin a aquella marcha interminable. Alejandro intentó convencerlos poniendo en juego todo su poder de persuasión, aunque sin éxito. Entonces se retiró enfurruñado a su tienda, con la esperanza de que los soldados cedieran ante su enojo. Pero eso no ocurrió. Cuando por fin accedió a regresar, fue más aclamado que tras cualquiera de sus victorias.

En la orilla del Híffasis, que es otro de los afluentes del Indo, se levantaron doce altares de piedra tan altos como torres, uno en honor de cada olímpico. En su base se podía leer la siguiente inscripción: «Alejandro, hijo de Filipo y Olimpia, llegó hasta aquí».

Alejandro les pidió a sus hombres que al menos le permitieran abandonar la India con dignidad, y no retirarse de ella. Concibió entonces el plan de construir una flota para descender por el Indo hasta su remota y desconocida desembocadura. Navegamos, pues, aguas abajo, atravesando vastos territorios y librando encarnizados combates. Hefestión marchaba por la orilla izquierda con una parte del ejército, Crátero por la derecha.

En las tierras de los indios llamados malios, Alejandro acometió el sitio de una fortaleza. Indignado como estaba con sus hombres, quiso darles una lección de valor: ascendió por una escalera de asalto apoyada contra la muralla, se encaramó sobre parapeto y se enfrentó en solitario a cuantos enemigos se le opusieron. Tantos soldados se precipitaron tras él que su peso quebró la escalera, con lo que el rey quedó aislado y expuesto a los disparos de los arqueros indios. A todos nos sobrecogió el horror cuando observamos que Alejandro era alcanzado en el pecho por una flecha. Aunque malherido y sangrando copiosamente, el rey continuó defendiéndose a golpes de espada. Cuando lograron por fin rescatarlo, su aspecto era en todo igual al de un cadáver. El rumor de que el rey había muerto enardeció a los macedonios con una furia homicida. No hubo supervivientes entre los defensores de la ciudadela. Mientras tanto, Alejandro se debatía entre la vida y la muerte. Al cortar el asta de la flecha y retirarle la coraza, vieron que la punta se había incrustado profundamente en su pulmón, de modo que la sangre burbujeaba a través de la herida mezclada con aire. Sin embargo, el rey sobrevivió a la herida (muy similar por cierto a la que mató a mi padre), aunque su fortaleza física quedó quebrantada para siempre. Durante los dos años que le restaban de vida, el simple acto de respirar le provocaría intensos dolores. No cabe duda que aquella herida que recibió en la India precipitó su muerte.

Nuestra llegada al mar demostró que las conjeturas de Alejandro con respecto al Indo eran erróneas. Observamos con asombro que en el mar que baña las costas de la India las aguas descienden de nivel de forma periódica, lo que nos llevó a suponer que se trataba de un mar abierto, puesto que ese fenómeno no se da en el mar de la Hélade. Alejandro organizó entonces el regreso en una triple marcha: Crátero tomaría la ruta interior, a través de Aracosia, a cargo de la mayor parte de la impedimenta, los elefantes y los heridos. La flota bordearía la costa hasta los puertos de Persia al mando de Nearco, un cretense al que Alejandro distinguía con su amistad

desde la infancia. El recién nombrado almirante recibió el encargo de estudiar la viabilidad de una antigua ruta de navegación que no se usaba desde los tiempos de Darío el Grande. El resto marcharíamos por tierra en pos de los barcos para que estos dispusieran de protección y víveres.

Nos internamos en una región desconocida a la que llaman Gadosia, donde Alejandro esperaba encontrar agua y provisiones en abundancia. Lo que encontramos en realidad fue el desierto más árido que pueda concebirse. Las penalidades que tuvimos que afrontar para atravesarlo fueron infinitas. Baste decir que los hombres comenzaron a murmurar que Alejandro les había hecho seguir aquella ruta como castigo por haberlo obligado a abandonar la India, aunque yo sé mejor que nadie que no fue así: el rey sufrió como el que más, y sus penurias se vieron acrecentadas por su reciente herida, hasta el punto de que su rostro se convirtió en una permanente máscara de dolor. Murieron infinidad de hombres y casi todos los caballos, cuyos restos sirvieron para alimentar a los supervivientes. Todos estábamos tan debilitados que aquellos que caían debían resignarse a aguardar la muerte, sin la menor esperanza de que sus compañeros los auxiliaran. Las cenizas de Ishtar, mi madre, deben de estar esparcidas todavía por las arenas de aquel espantoso lugar. Su cuerpo fue incinerado. En recuerdo de mi padre, Alejandro prohibió que los soldados lo aprovecharan para aliviar su hambre.

En Carmania nos reunimos con Crátero, quien había logrado atravesar la difícil ruta que la tocara en suerte. Sin embargo, dimos por perdida la flota de Nearco, de la que no se habían tenido noticias durante semanas. Alejandro creyó morir de alegría cuando el almirante en persona apareció ante él. Estaba demacrado y andrajoso hasta resultar casi irreconocible, pero portaba la excelente noticia de que todos los barcos habían llegado a puerto.

Desde Carmania regresamos a Persia. Nadie esperaba ya el regreso de Alejandro, a quien todos daban por muerto en la India, de modo que algunos sátrapas se habían entregado a la extorsión y la rapiña. Todos ellos fueron detenidos y ejecutados. En Susa tuvieron lugar los proyectados esponsales de Alejandro y Estateira, la hija mayor de Darío. El rey convirtió el acontecimiento en un gran acto de reconciliación entre persas y helenos. Hefestión desposó a la hermana pequeña de Estateira, Dripetis. Además, tomaron esposas persas otros ochenta generales y altos oficiales de su ejército. La ceremonia fue tan fastuosa que nadie en la sede de la corte aqueménida recordaba un acto más brillante. Como colofón, los 30 000 muchachos persas que el rey había ordenado adiestrar al modo heleno desfilaron ante él. Alejandro se emocionó tanto al verlos que los llamó en público «sus sucesores». Aquello enfureció terriblemente a los soldados macedonios, como enseguida os relataré.

Pero antes permitidme hablaros del final del asceta Cálano, que hasta ese día había seguido a Alejandro, y a quien este tenía como un buen amigo y un sabio consejero. Al parecer, los largos años de privaciones y la agotadora marcha desde la India habían debilitado al anciano hasta el punto que la existencia le resultaba una pesada carga. Decidió entonces no prolongar más su sufrimiento, y quiso elegir el momento y el modo de realizar el tránsito. Aunque Alejandro intentó disuadirlo, el indio se mantuvo firme. Cuentan que mientras el rey lo abrazaba conmovido, Cálano pronunció unas misteriosas palabras: «No te aflijas por mi muerte, pronto volveremos a vernos en Babilonia». Tras despedirse de todos aquellos que lo apreciaban, que eran muchos, se encaminó hacia una pira que habría de convertirse en su lecho de muerte. Todos pudimos oír que, mientras las llamas comenzaban a consumir su cuerpo, Cálano cantaba en honor de sus dioses.

Decidió el rey entonces encaminarse hacia Ecbatana, para lo cual remontó el curso del Tigris al frente de la flota. En la ciudad de Opis se reunió con él Hefestión, que había conducido al ejército por tierra. Allí arengó Alejandro a las tropas para anunciarles el licenciamiento de los soldados más veteranos y su regreso a Macedonia con una generosa recompensa por sus años de servicio. El asombro del rey fue enorme cuando los hombres lo interrumpieron con gritos airados: «¡Licéncianos a todos! ¡Ve de campaña con tus bárbaros y con tu padre, el de los cuernos de carnero!». Su despecho había explotado por fin. El desfile de los jóvenes persas y las palabras que Alejandro acababa de dirigirles les había hecho creer que iban a ser sustituidos por un ejército de bárbaros. Frente a aquel claro motín, Alejandro actuó sin vacilar: saltó de la tribuna y señaló con el dedo a los incitadores, que fueron de inmediato apresados. Nadie se atrevió, sin embargo, a tocar un solo pelo de su cabello. Después volvió a la tribuna y gritó: «Macedonios, estáis todos licenciados. Podéis marcharos».

El desprecio del rey resultó más devastador para sus hombres que la más sangrienta de las represalias. Mientras Alejandro se retiraba enfurecido hacia sus aposentos, todos ellos arrojaron las armas y se congregaron en actitud suplicante ante su puerta. Afligidos y cabizbajos, sus semblantes se asemejaban al del hijo que acaba de recibir un merecido castigo de manos del padre que ama. Pronto se extendió la noticia de que Alejandro estaba resuelto a cumplir su palabra: a la orden de licencia para los macedonios siguió la de efectuar levas masivas en todos los territorios del imperio. La caballería de hetairios, la guardia, el mismísimo batallón real (el agema) estarían compuestos por bárbaros en adelante. La tristeza de los hombres se convirtió entonces en franca desesperación. El rumor de sus llantos y lamentaciones debió de llegar a los oídos de Alejandro, pero el rey permaneció inflexible.

Transcurrieron tres días, durante los cuales Alejandro continuó con los preparativos para su nuevo ejército.

Ni uno solo de los macedonios abandonó su guardia ante los aposentos reales. Extenuados por la larga espera, su llanto se había reducido a un débil gemido. Por fin, Alejandro se sintió conmovido y, tras aparecer ante ellos, les comunicó con lágrimas en los ojos que estaban perdonados. No se oyeron vítores, pues la emoción y la gratitud los había dejado mudos. Alejandro ordenó traer vino y comida en abundancia y todo quedó olvidado durante el transcurso de un gran banquete.

Conforme a lo previsto, los veteranos licenciados partieron hacia sus hogares en Macedonia conducidos por Crátero, que ya por aquellos días se había convertido en el hombre más fuerte del ejército tras Hefestión y el mismo rey. Los demás nos encaminamos hacia Ecbatana, donde Alejandro deseaba tomarse un descanso antes de emprender nuevas campañas. En la bella capital de Media se celebraron juegos al modo heleno, representaciones teatrales y competiciones artísticas. Fue durante un certamen musical cuando Alejandro recibió la noticia de la muerte de Hefestión. Al principio se resistió a creerlo; el amigo íntimo del rey había permanecido indispuerto durante algunos días, pero nada en su estado hacía temer consecuencias graves, o al menos eso había afirmado su médico. Sin embargo, la contemplación del cuerpo sin vida de Hefestión disipó la incredulidad del rey y dio paso a la más honda desesperación. Mientras Alejandro se rasuraba el cabello en señal de duelo, en sus ojos brillaba la locura. Fue como si los terribles días que siguieron a la muerte de Clito hubieran regresado.

Alejandro y la corte se trasladaron a Babilonia, y con ellos viajó el cuerpo de Hefestión. Ante las puertas de la ciudad, unos sacerdotes caldeos salieron al encuentro del rey y se postraron ante él. «Los cielos muestran presagios funestos, Iskandar. La muerte te aguarda entre esas murallas. No entres en la ciudad, vuelve sobre tus pasos». A pesar de todo, decido como estaba a celebrar las honras fúnebres por su amigo en la ciudad elegida como capital de su imperio, Alejandro sacudió mi brida y seguimos adelante. Junto a un tramo derruido de la muralla se levantó una pira monumental, la más grande y ostentosa que hayan visto los siglos. El resplandor que produjo al arder pudo verse a muchos estadios de distancia. El mismo cielo pareció estallar en llamaradas.

Muy lentamente, conforme la primavera daba paso al verano, Alejandro recobró una apariencia de normalidad, aunque se rumoreaba que había vuelto a consumir vino sin la menor moderación. Por aquellos días llegaron a Babilonia embajadas de todas las ciudades de la Hélade, de las tribus celtas, de los lejanos iberos, que viven en los confines de Occidente, y de los pueblos itálicos. Como deferencia hacia Marco Furio Camilo, su amigo y consejero durante tantos años, Alejandro trató con especial amabilidad a los enviados del senado y el pueblo de Roma, por más que aquellos hombres, cuyo aspecto era más de labriegos que de embajadores, se negaran a hacer la postración que dictaba el protocolo de la corte. Camilo los acompañó en su viaje de regreso en calidad de emisario del rey. Nunca volvimos a saber de él.

Poco después, Alejandro promulgó dos importantes edictos para que fueran leídos en los Juegos Olímpicos que se celebrarían aquel verano. Por el primero ordenaba el cese de las luchas entre facciones en las ciudades helenas y el regreso de los exiliados políticos, así como la restitución de su dignidad y de sus propiedades. El segundo exigía que se le tributaran honores divinos en todos los estados miembros de la Liga, y que Hefestión recibiera también culto como héroe. Tengo entendido que ambos edictos provocaron una avalancha de protestas. Sin embargo, puede que los resultados de su siguiente decisión fueran aún más graves.

Antípatro había permanecido como regente de Macedonia durante diez años, esto es, desde el comienzo de la expedición. A pesar de las innumerables acusaciones de Olimpia, el rey no dudaba de su fidelidad, pero el viejo general era ya septuagenario y Alejandro juzgó que había llegado el momento de concederle un descanso. Tan pronto como Crátero llegara a Pela con su ejército de veteranos, Antípatro habría de cederle el mando y comparecer ante la corte en Babilonia. Temo que el regente no supo interpretar las intenciones de Alejandro, ya que, en lugar de obedecer las órdenes, pretextó que su mala salud le impedía por el momento emprender el largo viaje. Puede que la excusa fuera cierta, o tal vez Antípatro pensó que iba a seguir la misma suerte que Parmenión. Con todo, la respuesta fue entregada por sus propios hijos, Casandro y Yolao, lo que el rey tomó como un gesto de buena fe. Así que resolvió tener paciencia y aguardar. Tengo entendido que mi padre os habló de Casandro y de su rivalidad con el rey desde la infancia. Sin embargo, Alejandro decidió olvidar viejos rencores y le concedió un puesto de honor entre sus compañeros. Yolao, por su parte, fue distinguido con el nombramiento de copero real.

Había llegado el momento de emprender nuevas conquistas. Alejandro dirigió su mirada en esta ocasión hacia las costas de Arabia, donde se decía que existían riquezas fabulosas y maravillas más allá de lo imaginable. Después le tocaría el turno a Cartago y al resto de las tierras de Occidente. Nearco recibió una vez más la corona de almirante. Poco después, empezaron los trabajos para la construcción de una nueva flota y la ampliación del puerto fluvial del Éufrates. Entretanto, Alejandro llevó a cabo algunas operaciones militares menores y visitas de inspección. Una de ellas lo llevó a explorar la compleja red de canales que riegan los campos cercanos a Babilonia.

El calor era espantoso y un vapor denso y pestilente surgía de las aguas, a las que iban a parar todas las inmundicias de la gran ciudad. De repente, una ráfaga de viento hizo volar la diadema real de la cabeza de

Alejandro. La cinta se enredó entre los juncos de la orilla y uno de los remeros se zambulló para recuperarla. Pero el muchacho no tuvo mejor idea que anudar la diadema en torno a su propia frente mientras nadaba de vuelta al barco, pues quería evitar que las sucias aguas mancharan el emblema real. Aristandro, el vidente, agitó la cabeza.

—No puedo concebir un presagio peor que este —le dijo al rey—. Harías bien en sacrificar a ese hombre a fin de aplacar las iras de los dioses.

—¿Estás loco? —respondió Alejandro—. El muchacho solo quería servirme.

Después le dio las gracias y le prometió un talento en recompensa.

Esa misma noche, Alejandro acudió a un banquete de homenaje organizado por Medio, uno de los compañeros tesalios. Asistieron todos sus amigos y también los hijos de Antípatro. Yolao, el más joven, llenó en muchas ocasiones, tal vez demasiadas, la copa del rey. Casandro permaneció recostado a su derecha, en el lugar de honor, derrochando sonrisas y buena voluntad. Charlaron acerca de los nuevos planes de conquista y las gestas que habían protagonizado unos y otros en las pasadas campañas. Bebieron en honor de Heracles, cuyo festival se celebraba aquel día, y cuentan que el rey vació una copa a la salud de su anfitrión y de cada uno de los veinte invitados. Después recordaron los viejos tiempos de Mieza, en los que Alejandro había zurrado a Casandro y sus secuaces en más de una ocasión. Pero el hijo de Antípatro no solo no se mostró ofendido, sino que celebró las bromas del rey con risas y nuevos brindis, todo ello sin dejar de frotarse su contrahecha nariz, un obsequio que Alejandro le había hecho veinte años atrás. Justo antes del amanecer, el rey se sintió indispuerto y ordenó que lo llevaran a su palacio en una litera. Todos lo habían visto beber en exceso, así que nadie se inquietó por él y el banquete continuó sin el invitado de honor.

Sin embargo, a la mañana siguiente la fiebre se había apoderado de mi amo de tal forma que los médicos empezaron a alarmarse. Alejandro le restó importancia a su mal e insistió en oficiar los sacrificios habituales y en presidir la reunión de estado mayor en la que se ultimarían los planes de la inminente expedición, que habría de partir al cabo de tan solo cuatro días. Esa tarde, el rey ordenó que lo trasladaran al palacio de verano, situado en el lugar más fresco de la ciudad. Pasó la noche en los jardines, junto al gran estanque, pero la fiebre no hizo más que aumentar. Por la mañana se sentía muy enfermo. Una vez más celebró los sacrificios y se reunió con sus generales, pero se encontraba tan débil que no pudo alzarse en ningún momento de la camilla en que lo llevaban. Los médicos le prescribieron baños fríos y bebedizos sin el menor resultado, pues en los días sucesivos la fiebre aumentó más y más, y su debilidad se hizo tan extrema que lo mantuvo permanentemente postrado en el lecho. Sus períodos de lucidez eran cada vez menos frecuentes. Pasaba el día acosado por delirios, dirigiéndose a personas que no estaban presentes, o a otras que ya habían muerto, como su propio padre, con quien conversaba como si estuviera junto a la cabecera de su cama. Por fin pidió que lo llevaran de nuevo al palacio real, adonde fue transportado en barca por el río. Sus generales se congregaron junto a su puerta en espera de noticias y ordenaron suspender la expedición. Fue en la mañana del décimo día cuando todos empezaron a perder la esperanza. Por entonces, la fiebre había devorado sus fuerzas casi por completo y su aliento se había reducido a un tenue soplo. Quizá en otro tiempo el rey habría logrado sanar de su enfermedad, pero las más de veinte heridas recibidas en combate exigían su precio.

Ese mismo día circuló un curioso rumor entre las tropas acuarteladas en la ciudad. Se dijo que, aprovechando un descuido de los guardias, Alejandro había abandonado el lecho y se había arrastrado trabajosamente hasta la terraza de sus aposentos. En ese momento llegaron Pérdicas y Roxana y lo sorprendieron intentando izarse sobre la balaustrada, con la evidente intención de saltar a las negras aguas del Éufrates. Cuentan que, mientras lo obligaban a regresar a la cama, Alejandro les suplicó con lágrimas en los ojos que no lo privaran de su gloria. No me consta que esta historia sea cierta, pero de cualquier modo la noticia de que el rey agonizaba se extendió por la ciudad como un incendio, y los soldados exigieron verlo por última vez. Con un débil ademán, Alejandro ordenó que les fuera franqueada la entrada. Para todos ellos tuvo una sonrisa y un gesto de reconocimiento, lo que debió de suponerle un esfuerzo atroz. Cuando el horrorizado ejército terminó de desfilar ante su lecho, el rey se desvaneció. Tan solo las insistentes preguntas de sus generales le hicieron recuperar brevemente la conciencia. «¿A quién designas tu heredero?». Ninguno de ellos logró entender con claridad el murmullo que el moribundo emitió por respuesta. Unos afirmaron que había dicho kratisto, es decir, «al más fuerte»; otros creyeron oír el nombre de Crátero. Con sus últimas fuerzas, Alejandro se sacó el sello real del dedo y lo depositó en las manos de Pérdicas, quien de todos los reunidos en torno a su lecho era el que se encontraba más cerca. Después los miró, deteniendo la vista en cada uno de ellos, sonrió levemente y dijo con un hilo de voz: «Presiento que vais a celebrar grandes juegos funerarios tras mi muerte». Entonces volvió a desfallecer, esta vez para no despertar. Poco después, en el gran templo, los sacerdotes recibieron la orden de apagar el fuego sagrado. Era el día vigésimo octavo del mes macedonio de daisio, en el último año de la 114.^a olimpiada [10 de junio del 323 a. C.]. Tal fue la fecha en la que Alejandro perdió la única batalla de su vida. De haber vivido hasta finales del verano, habría llegado a cumplir treinta y tres años.

Cuando el cuerpo del rey aún no se había enfriado, sus generales ya se peleaban por apropiarse el mejor pedazo del imperio. Hoy el mundo entero es su campo de batalla

GLOSARIO

Adarve: camino situado detrás del parapeto en lo alto de una fortificación.

Alejandrías: hasta épocas recientes la arqueología no ha empezado a revelarnos las dimensiones y el aspecto de las ciudades que Alejandro fundó en el centro de Asia. A más de cuatro mil kilómetros del mar Egeo, poblaciones como la Alejandría en Sogdiana o la Alejandría en Aracosia (situadas en lugares remotos de Afganistán e Irán, respectivamente) poseían un trazado indistinguible del de una ciudad helena. Como cualquier ciudadano de Atenas o Corinto, sus habitantes frecuentaban el ágora, el teatro, el gimnasio y la palestra, adoraban a los mismos dioses, se regían por las mismas leyes y poseían las mismas instituciones que los de la Grecia continental. Y no es extraño que así fuera, si pensamos que cuanto más alejado se encuentra alguien de su hogar, con más fuerza se aferra a las tradiciones de sus antepasados. La influencia de la cultura griega sobre las culturas autóctonas de Asia Central y la India es difícil de evaluar, puesto que las invasiones y el tiempo borraron casi totalmente sus trazas. Sin embargo, sirva como ejemplo una inscripción hallada cerca de Kandahar, ciudad afgana muy próxima a la frontera con Pakistán, en la que los preceptos budistas se expresan en un elegante griego ático.

Amazonas: legendaria raza de mujeres guerreras que habitaban los confines del mundo.

Apis: nombre griego de la deidad egipcia *Hapi*, a la que se adoraba en la ciudad de Menfis bajo la apariencia de un toro sagrado. Originalmente se le rendía culto como protector de los rebaños, aunque más tarde su figura fue asociada con la del dios solar Atón, por lo que se le representaba con un disco dorado entre los cuernos. El culto a esta deidad fue impulsado por los sucesores de Alejandro en el trono de Egipto. Posteriormente, el dios Serapis (combinación de Osiris y Apis ideado, al parecer, por el propio rey Tolomeo) se extendería por el mundo grecorromano hasta convertirse en el más universal de los cultos de origen oriental.

Arconte: cada uno de los nueve funcionarios supremos de la ciudad de Atenas. Sus labores eran muy diversas, desde vigilar el cumplimiento de las leyes o supervisar los actos religiosos hasta actuar como comandantes supremos del ejército. El llamado *arconte epónimo* era el que le daba nombre al año.

Arquelao: rey de Macedonia entre el 413 y el 399 a. C. Trasladó la capital de Egea a Pela y abrió el reino a los refinamientos de la civilización griega. Se cuenta que invitó a su nueva capital a los mayores genios de la cultura de la época, entre ellos el

dramaturgo Eurípides y el pintor Zeuxis.

Bárbaro: para los helenos eran bárbaros todos los pueblos que no hablaban griego, independientemente de su grado de civilización. En el origen del término hay una broma, puesto que *bar-bar* era la forma en que los antiguos griegos parodiaban los idiomas no helénicos. El término se empleaba frecuentemente con un matiz peyorativo, sobre todo en Aristóteles.

Barcos de guerra: una vez más, se trata de un asunto mal descrito en las fuentes y a menudo objeto de controversia. Parece que el barco de guerra original era la *pentecóntera*, un navío mucho más largo y estilizado que los buques mercantes al uso. Su manga era siete veces mayor que la eslora, y su calado inferior a un metro, lo que le permitía deslizarse sobre las aguas con gran rapidez y estabilidad. Aunque en ocasiones se izaban una o dos velas, el método de propulsión primordial era el remo. Las *pentecónteras* eran servidas por cincuenta remeros, veinticinco a cada lado (de ahí su nombre). En el combate, embestían contra la nave enemiga mediante un espolón que llevaban a proa.

A fin de conseguir mayor velocidad y contundencia, con el tiempo se añadió otro orden de remeros sobre el anterior, lo que dio lugar a la *birreme*. Las proporciones y dimensiones del casco, sin embargo, apenas sufrieron cambios, pues un barco más grande o alargado hubiera resultado también más frágil y menos maniobrable.

Para la construcción de las *trirremes* o *trieras*, fue necesario añadir un voladizo en torno a la borda que permitiera acomodar otra hilera de remeros. Esta nave supone el máximo desarrollo posible en cuanto al número de filas de remos. Las *tetreras* y las *penteras* (también conocidas por sus denominaciones latinas de *cuatrirremes* y *quinquerremes*) se lograron aumentando el número de hombres que manejaban cada remo. La *tetrera* era una trirreme con dos hombres en cada remo superior; la *pentera* duplicaba también los remeros en la fila intermedia. La tradición atribuye todos estos avances a los fenicios y a los cartagineses, aunque tanto griegos como romanos generalizaron su uso por todo el Mediterráneo.

Digamos, por último, que la navegación era casi siempre de cabotaje, esto es, sin perder la costa de vista y recalando en puerto cada noche. Esto se debía, por un lado, a los primitivos sistemas de orientación y, por otro, a que las reducidas dimensiones de los barcos y el incremento del número de remeros, lo que impedía transportar suficientes provisiones de agua y víveres. De ahí la preocupación de Alejandro por tomar los puertos de la costa asiática con el fin de neutralizar la flota persa.

Caballería macedonia: Al parecer, el ejército de Asia constaba de 8 escuadrones de caballería pesada compuestos por nobles macedonios (*hetairos*), con una total de 225 jinetes por escuadrón. El oficial de mayor rango en el escuadrón (*ila*) era el *ilarca*. Por otro lado, Alejandro contaba con unos 1800 tesalios, probablemente los mejores soldados a caballo de toda Grecia. La caballería ligera estaba compuesta por 900

jinetes tracios y peonios que actuaban como exploradores. Si a esto sumamos los 600 jinetes aportados por la Liga de Corinto y los 1000 macedonios destacados en Asia con Parmenión, obtenemos un total de unos 6000 hombres, lo cual demuestra la enorme evolución que experimentó la caballería griega en un plazo relativamente breve, puesto que el núcleo original de hetairos en los primeros tiempos del rey Filipo no superaba los 800 jinetes.

Los hetairos iban equipados con una lanza (*xyston*), una coraza de cuero o metal y una espada o cimitarra. La caballería macedonia solía adoptar una formación triangular o en cuña en la que el oficial de mayor rango siempre ocupaba la posición más avanzada («pues así —tal y como se recoge en una crónica antigua— todos los jinetes podían fijar la vista en el jefe de escuadrón, como una bandada de grullas que volaran en formación»). Las ventajas de la cuña con respecto a la formación en cuadro eran numerosas: su poder de penetración en las filas enemigas era mucho mayor y, además, se adaptaba con más facilidad a los cambios de trayectoria durante la carga.

Apuntemos, finalmente, que los griegos no conocían la silla ni los estribos. Se montaba a pelo o sobre una manta, por lo que la estabilidad del jinete era precaria. Los caballos no estaban herrados, y su alzada era considerablemente menor que la de las razas actuales.

Calendario: los griegos usaban un calendario de años solares y meses lunares de 29 ó 30 días. A fin de evitar el desfase de los meses con respecto a las estaciones, era necesario intercalar un mes cada cierto número de años, o bien omitir días de tanto en cuanto. Cada mes se dividía en tres décadas, con respecto a las cuales se numeraban los días (el 16 de hecatombeon, por ejemplo, se denominaba «seis días después del 10 de hecatombeon»). El primer día de cada año variaba según las ciudades. En Atenas el año comenzaba con la primera luna después del solsticio de verano; en Esparta, sin embargo, lo hacía en el equinoccio de otoño. Los nombres de los meses, así como sus comienzos, también variaban de unas ciudades a otras. El año macedonio comenzaba con el mes de *Dios*, en otoño, y naturalmente fue el que se adoptó en los territorios asiáticos conquistados, aunque con influencias de los calendarios egipcio y babilonio.

Cambises II (finales del s. VI a. C.): nombre que daban los griegos al rey persa Kanbujija, segundo de los Aqueménidas, hijo y sucesor de Ciro el Grande. Él fue quien emprendió la conquista de Egipto y logró anexionar su territorio al imperio persa.

Clámide: manto sujeto a los hombros característico de los soldados.

Corcira: nombre antiguo de la isla de Corfú, en la costa noroccidental de Grecia, frente al reino del Epiro.

Crátera: fuente usada para servir el vino en los banquetes (*simposia*). Al comenzar, el *simposiarca* o «señor del banquete» decidía la proporción de agua con que se mezclaría el vino en la crátera y el número de copas que debía vaciar cada comensal. Una conversación seria requería una proporción mayor de agua. La charla ligera o jocosa, sin embargo, invitaba a consumir el vino más puro.

Ctsias de Cnido: médico heleno que prestó sus servicios en la corte persa en la primera mitad del s. IV. Allí redactó un tratado sobre la India y sus pueblos, el único dedicado exclusivamente a estas tierras antes de la expedición de Alejandro. Este libro, aunque perdido, se conoce por amplias citas de autores posteriores, por lo que se sabe que abundaba en inexactitudes y detalles fantásticos.

Cuadro de Alejandro en la batalla de Iso: este famoso cuadro, mencionado en el capítulo VII, fue en realidad obra del artista Filóxeno de Eretria, quien lo pintó por encargo del rey macedonio Casandro, hijo de Antípatro, a finales del s. IV a. C. Sin embargo, no resulta descabellado suponer que la pintura estuviera inspirada o fuera copia de una obra anterior. Apeles, a quien imagino como el autor original de la obra, fue de hecho «pintor de cámara» en las cortes de Filipo y Alejandro durante muchos años. Apenas conservamos, por desgracia, ejemplos de la muy influyente pintura griega antigua. El cuadro de Alejandro en Iso lo conocemos gracias a la copia romana en mosaico que se encontró en las excavaciones de Pompeya, y que hoy en día se puede admirar en el Museo Nacional de Nápoles.

Daimon: espíritu, divinidad.

Dioniso: dios del vino, la vegetación y el éxtasis. Su culto era especialmente popular entre las mujeres, e incluía ritos orgiásticos durante los cuales las participantes (*ménades*) bebían, danzaban y corrían por los bosques hasta desfallecer. La figura del dios estaba también muy ligada a las representaciones teatrales. En Atenas, los principales festivales dramáticos tenían lugar durante las festividades dedicadas a Dioniso (las *Dionisias* y las *Leneas*). De hecho, la tradición griega explica el nacimiento de la tragedia como evolución del *ditirambo*, un canto coral en honor de este dios.

Dioscuros: los Dioscuros, es decir, los «hijos de Zeus», eran dos hermanos gemelos llamados Cástor y Pólux a los que se atribuyeron un sinnúmero de fabulosas hazañas. Divinizados tras su muerte, se les solía identificar con la constelación de Géminis.

Estadio: medida de longitud equivalente a unos 180 metros.

Eunuco: la castración era una práctica habitual entre los persas, así como entre la

mayoría de los pueblos orientales. Las infortunadas víctimas de esta cruel mutilación eran destinadas a la esclavitud, especialmente como guardianes de harenes, o bien a la prostitución. Algunos eunucos, sin embargo, llegaron a ocupar cargos de gran poder en la corte aqueménida, como fue el caso de Bagoas «el hacedor de reyes», al que Bucéfalo se refiere. Digamos, por último, que los helenos condenaban la castración como un acto inhumano y opuesto a su concepto de civilización.

Falange y resto de la infantería: las fuentes antiguas son oscuras al respecto, por lo que todo cuanto podemos ofrecer son conjeturas. A pesar de ello, cabe suponer que cada batallón de la falange macedonia (*syntagma* en griego) se componía de 16 filas, con 16 infantes cada una, lo que arroja un total de 256 hombres. Cada soldado de la primera línea, o *decadarca*, mandaba una fila, y el segundo en el mando era el que marchaba en último lugar. La coordinación entre ambos se establecía a través del soldado que formaba en mitad de la fila, es decir, en noveno lugar. También había dos jefes de cuarto de fila. Las filas se agrupan en pares mandados por el *decadarca* de la fila de la derecha. Dos pares eran mandados por un *tetrarca*, y el batallón completo por un *syntagmatarca*. Dos batallones formaban una *pentecosiarquía*; tres *pentecosiarquías*, es decir, algo más de 1500 soldados, una *taxiarquía*. El ejército que cruzó el Helesponto y combatió en el Gránico constaba de 6 taxiarquías, cuyos comandantes (*taxiarcas*) eran Pérdicas, Ceno, Amintas, Filipo, Meleagro y Crátero. Por supuesto, las formaciones mencionadas eran puramente teóricas o de «manual», puesto que tanto Filipo como Alejandro adaptaban la disposición de sus tropas a las circunstancias tácticas de cada combate, bien desplegándolas (la falange de ocho filas era habitual) o formándolas en profundidad (en 32 o incluso 120 filas), aunque siempre se respetaba la organización en múltiplos de ocho.

Los infantes estaban equipados con la famosa sarisa ideada por Filipo: una descomunal pica de hasta seis metros de longitud. La sarisa se tallaba en madera de cornejo y constaba de dos piezas desmontables ensambladas mediante un tubo de bronce que servía a la vez para equilibrar su centro de gravedad. Dada las dimensiones del arma, el soldado había de portarla con ambas manos. El escudo, pequeño y circular, iba sujeto a su hombro y antebrazo izquierdos con correas, lo que dejaba expuesto su flanco derecho.

El resto de la infantería consistía en las tres taxiarquías de los hipaspistas, también llamados «compañeros de a pie» (*pezetairoi*) o «portadores de escudos», hasta un total de unos 3000 hombres. Se trataba de un cuerpo de choque compuesto por los mejores soldados de infantería. Su función era doble: por un lado cubrían el flanco derecho expuesto de los soldados de la falange, por el otro, servían para unir los batallones de la falange con los escuadrones de caballería y formar de este modo un frente de batalla sólido. Probablemente iban equipados de un modo similar al de los hoplitas de épocas anteriores, es decir, con yelmos provistos de penachos, grebas metálicas y grandes escudos. Se supone que luchaban con espadas y lanzas cortas.

En cuanto a los no macedonios, hemos de mencionar a los 7000 hoplitas aportados por los aliados griegos, los 5000 mercenarios y los odrisios, tribalios, peonios, ilirios y miembros de otras tribus guerreras que habitaban territorios fronterizos con Macedonia, en un número aproximado de unos 7000 hombres. Mención especial merecen los famosos agrianos, que Alejandro empleaba en misiones especiales, de modo semejante a los *gurkhas* del ejército británico. Había también cuerpos auxiliares de arqueros y lanzadores de jabalina (cretenses y rodios, respectivamente), en total unos 1000 hombres.

Tan solo restan por mencionar los 11 000 infantes destacados en Asia con Parmenión. Si a todo esto añadimos los 6000 soldados de caballería, la suma arroja un total de unos 49 000 hombres.

Frontón: remate triangular de una fachada o un pórtico. Los frontones de los templos solían estar decorados con esculturas.

Furias (nombre latino de las *Erinias* griegas): eran espíritus infernales encargados de atormentar a los hombres culpables de crímenes. Se las representaba con figura de mujeres negras y aladas, con serpientes enroscadas en sus cabezas.

Gineceo: en los hogares griegos, el gineceo era la parte de la casa reservada a las mujeres y a los niños pequeños.

Gorgona: Hesíodo habla de tres horribles hermanas llamadas las Gorgonas, de las cuales solo Medusa era mortal. Se trataba de un monstruo femenino con serpientes en lugar de cabellos, cuya mirada poseía el poder de convertir a los hombres en piedra. El héroe Perseo viajó hasta el país de los hiperbóreos a fin de enfrentarse con ella, la decapitó con la ayuda de Atenea y conservó su cabeza en un zurrón para poder usarla como arma.

Greba: pieza de la armadura que protegía desde la rodilla hasta el pie.

Grifo, quimera, esfinge, basilisco, sátiro, arpía, tritón: algunos ejemplos mencionados en la novela de la fabulosa fauna que abunda en la mitología griega. El *grifo* poseía alas y pico de águila y cuerpo de león. La *quimera* tenía cabeza de león, cuerpo de cabra y parte trasera de serpiente. La *esfinge* era un gran león alado con torso y cabeza de mujer. La fisonomía del *basilisco* varía entre las distintas fuentes, pero la leyenda más extendida lo imagina con cuerpo de serpiente, patas de ave y poseedor de una mirada mortal. El *sátiro*, asociado a Dioniso, era una criatura salvaje y libidinosa con cuerpo de hombre y patas y cuernos de cabra. Las *arpías*, raptoras de niños y de almas, acostumbraban a ser representadas como aves de rapiña con largas garras y cabeza de mujer. Por último, *Tritón* (o los *tritones*) era un ser marino con figura humana y cola de pez, compañero de Poseidón y de las nereidas, predecesoras

de las sirenas. Todos estos seres fueron temas favoritos de los artistas plásticos de la antigüedad.

Hefesto: hijo de Zeus y Hera, cojo y deforme, pero herrero y artífice genial. Él construyó maravillas tales como los rayos de Zeus, el tridente de Poseidón, el carro de Helio (el Sol), la coraza de Heracles o las armas de Aquiles. Los romanos lo llamaban Vulcano.

Helesponto: denominación antigua del estrecho de los Dardanelos, que comunica el mar Egeo con el mar de Mármara (Propóntide). Es el punto donde convergían las rutas terrestres entre Europa y el Asia Menor, así como la ruta marítima entre el Mediterráneo y el Mar Negro (el Ponto Euxino para los griegos); de ahí su importancia económica y estratégica. Dicha importancia queda atestiguada desde la época micénica, como demuestran los mitos de la guerra de Troya y de la expedición de Jasón y los argonautas.

Heracles: el más famoso de los héroes helenos. Su origen semidivino (era hijo de Zeus y Alcmena, esposa del rey de Tebas) le proporcionaba una fortaleza física descomunal gracias a la cual pudo realizar fabulosas hazañas por todo el orbe conocido y librar al mundo de monstruos (los Doce Trabajos). Tras su muerte, Heracles ascendió al Olimpo y ocupó un lugar entre los inmortales. La figura de Heracles tiene una importante relación con Alejandro, ya que la dinastía argeada remontaba su genealogía hasta el héroe y, por lo tanto, hasta Zeus, ambos motivos habituales en las acuñaciones macedonias. En cualquier caso, el hecho no es sorprendente, ya que rara era la familia noble en la antigüedad grecolatina que no afirmaba descender de un dios.

Hexámetro: verso por excelencia de las grandes epopeyas. Tanto la *Ilíada* como la *Odisea* están escritas en hexámetros. En la poesía griega, el ritmo venía marcado por la alternancia de sílabas cortas y largas según patrones regulares (pies). El hexámetro es un verso de seis pies (*hex* significa seis en griego). Su ritmo suena como el galope de un caballo.

Hindu Kush, cruce del: de los al menos siete pasos que Alejandro pudo haber empleado para cruzar la cordillera, dio en escoger el más alto de todos ellos: el hoy llamado Paso de Khawak, que alcanza una altitud de unos 4000 m y suele estar cubierto por una espesa capa de nieve hasta bien entrada la primavera. Se trata además del más oriental de los siete. Cabe suponer que Alejandro lo eligió a fin de acentuar el factor sorpresa y poder caer así sobre el flanco de Bessos (la ciudad de Bactras, actual Balkh, queda a unos 130 km al oeste).

Hiperbóreos («los que viven más allá del norte»): así llamaban los griegos a los

fabulosos habitantes de los confines septentrionales del Océano, más allá de la región desde donde sopla el Bóreas o viento del norte. El mito de los hiperbóreos está relacionado con los de Perseo y Heracles, así como con Apolo, ya que, según la tradición délfica, el dios había vivido en aquellas tierras y regresaba a ellas durante un tercio del año.

Hipócrates: el más famoso de los médicos de la antigüedad, nacido en la isla jonia de Cos alrededor del año 460 a. C. A él se atribuye el texto del juramento que aún prestan en ocasiones los médicos actuales.

Hoplita: soldado griego de infantería equipado con armamento pesado.

Ilión: Troya

Impedimenta: en el argot militar, se denomina así el bagaje que transportan las tropas (provisiones, armas, equipo de combate, etc.), que dificulta la celeridad de las marchas y de las operaciones.

Islas del Estaño (o Casitérides): las Islas Británicas.

Istro: nombre antiguo del río Danubio. Para los helenos, los territorios que se extendían más allá de este río eran prácticamente desconocidos.

Jenofonte y los Diez Mil: en el año 401 a. C., un ejército compuesto por unos 10 000 mercenarios griegos se trasladó a Persia a fin de participar en una guerra dinástica. El pretendiente al trono al que apoyaban murió en batalla, y Clearco, su propio general, fue asesinado, con lo que se encontraron sin patrón ni guía, aislados en un país hostil a más de 1500 km de su hogar. Sin embargo, los soldados helenos decidieron permanecer unidos y elegir un nuevo comandante. Así fueron capaces de atravesar el territorio persa en un largo periplo que duró cinco meses y los llevó hasta las costas del mar Negro. Esta hazaña puso en evidencia la debilidad del imperio aqueménida y probablemente sirvió de ejemplo para la expedición macedonia ideada por Filipo y emprendida por Alejandro. Jenofonte, el ateniense que con tanta habilidad condujo a las tropas de vuelta al hogar, narró las vicisitudes del viaje en un libro titulado *Anábasis*, que al parecer fue una de las lecturas de cabecera de Alejandro y se considera desde su aparición un clásico de la historiografía militar.

Kohl: polvo negro procedente de la galena que los antiguos egipcios usaban como maquillaje para los ojos.

Lenguas indoeuropeas: a finales del siglo XVIII y principios del XIX, algunos lingüistas se percataron de las grandes similitudes que existen entre varios idiomas antiguos muy alejados geográficamente entre sí, en especial el sánscrito de los vedas

o libros sagrados de la India, el avéstico y el antiguo persa, ambas lenguas iraníes, el tocario, que se hablaba en el Turquestán chino, el hitita de Anatolia, el griego y las distintas lenguas itálicas, entre ellas el latín. Esta constatación los llevó a formular la hipótesis de que todas esas lenguas (y, por consiguiente, la infinidad de lenguas modernas que provienen de ellas) comparten un origen común: un protolenguaje reconstruido de forma conjetural al que se dio el nombre de *indoeuropeo* y del que no existen testimonios escritos. La filología moderna postula que, en el origen, una serie de lenguas muy cercanas geográficamente intercambiaron características (isoglosas) hasta configurar el indoeuropeo. Se supone que este proceso tuvo lugar hace unos 5000 años entre un grupo de tribus que habitaban los territorios montañosos al norte del mar Negro. Posteriormente, a comienzos del tercer milenio, el indoeuropeo se escindió en múltiples dialectos. Una larga serie de movimientos migratorios (de la cual las «invasiones» de los aqueos y los dorios en Grecia son un ejemplo) extendieron esta familia de lenguas por vastas regiones de Europa y Asia.

Maracanda: la actual Samarkanda, en la república centroasiática de Uzbekistán.

Medusa: también llamada la Gorgona, era un monstruo alado con garras y dientes afilados, serpientes en lugar de cabellos y una penetrante mirada que convertía a los hombres en estatuas de piedra. Según la versión tardía del mito, se trataba originalmente de una ninfa de gran belleza a quien Atenea castigó

Meteco: hombres libres que residían en una ciudad griega sin disfrutar de la condición de ciudadanos. La mayoría de los metecos atenienses eran griegos de otras ciudades, pero entre ellos había también fenicios, egipcios, frigios de Asia menor e incluso árabes.

Misterios: la religión oficial griega y romana, es decir, el culto a los dioses olímpicos, se transformó con el tiempo en un frío sistema de ritos y fórmulas que no garantizaba la vida tras la muerte ni ofrecía la menor esperanza de salvación. Esto dio lugar al auge de una serie de cultos que se denominan «místicos» (del griego *mysterion*, «secreto», y este a su vez de *myo*, «cerrar»), que coexistieron con la religión oficial y, en cierta medida, la complementaron. Algunos de ellos son de origen bárbaro; otros incorporan las deidades del panteón helénico, aunque dotándolas de una dimensión cósmica y simbólica. Sus ritos o «misterios» eran secretos, y durante ellos el iniciado había de superar una serie de fases o pruebas, un proceso de conocimiento y purificación que conducía finalmente a la verdad. Los misterios más populares eran los órficos, inspirados en el mito de Orfeo, y los eleusinos en honor de Deméter o Coré, cuyo centro estaba en Eleusis, muy cerca de Atenas. Se supone que los elementos primordiales de ambos eran la resurrección y la inmortalidad del alma.

Moiras: la mitología nos habla de tres temibles diosas, hijas de la Noche y hermanas de las Horas, llamadas Cloto (*la que hila*), Láquesis (*la que asigna los lotes*) y Átropo (*la inflexible*). Ellas fabrican y cortan el hilo de las vidas humanas y deciden el destino de los hombres, que no pueden en modo alguno influir en sus decisiones.

Moneda: en el texto se menciona el *dracma*, una moneda de plata de unos 4,25 gramos de peso cuyo nombre ha sido heredado por la unidad monetaria de la República Helénica de nuestros días (la moneda moderna de cien dracmas, por cierto, muestra en su anverso la efigie de Alejandro, y en el reverso el sol de la casa real macedonia). Se acuñaban también monedas de dos, cuatro y diez dracmas (didracmas, tetradracmas o estateras de plata y decadracmas, respectivamente). La moneda fraccionaria era el *óbolo* (1 dracma = 6 óbolos). La *mina* y el *talento* eran en realidad unidades de contabilidad. 100 dracmas equivalían a una mina, 60 minas a un talento de plata (25,5 kilos de plata). El valor del talento de oro era en tiempos de Alejandro unas 20 veces superior al del talento de plata.

Esto en cuanto al sistema monetario ateniense, sin duda el más influyente, dada la importancia económica y militar que alcanzó Atenas a lo largo del s. v. De hecho, llegó a convertirse en el patrón monetario del mundo heleno (a semejanza del dólar en nuestros días). Atenas empleaba fundamentalmente la plata en sus acuñaciones. El oro, muy común en Asia desde antiguo, solo se generaliza en Grecia a partir del s. iv. Filipo, por ejemplo, ordenó acuñar estateras de oro con un valor de 20 dracmas. Alejandro y sus sucesores, en cambio, adoptaron el patrón ateniense y lo extendieron por todos los territorios conquistados, con preferencia al sistema bimetálico (oro y plata) empleado por Filipo.

En cuanto a la moneda persa, cabe mencionar los *dáricos*, una moneda de oro que mostraba en su anverso al rey Darío I disparando un arco, motivo por el que los griegos los conocían como «arqueros».

Musa: cada una de las nueve diosas menores protectoras de las artes y las ciencias, hijas de Zeus y Mnemósine (la «memoria»). Calíope era la musa de la poesía épica, Clío, la de la historia, Érato, la de la poesía lírica y amorosa, Urania, la de la astronomía, Euterpe, la de la música, etc.

Nafta: nombre que los griegos empleaban para referirse al petróleo crudo.

Natrón: sal de origen natural que los antiguos egipcios empleaban en el proceso de embalsamar cadáveres.

Náyade: las náyades eran las ninfas de los ríos, es decir, las diosas menores que personificaban la fuerza y la fecundidad de la naturaleza. A las ninfas de las montañas se las llamaba oréades; a las de los árboles, hamadríades; nereidas a las del mar, etc.

Acostumbraba a ser representadas como hermosas muchachas amantes de la danza y de la música.

Orquesta (del griego *orkhēstra*): plaza circular de los teatros griegos donde actuaba el coro en torno al altar del dios Dioniso. La figura del actor no aparece hasta el siglo VI a. C. como evolución del corifeo (director del coro) y se reducía al principio a una persona que dialogaba con este. El segundo actor fue introducido por el ateniense Esquilo a principios del s. V; el tercero, por Sófocles hacia la mitad del mismo siglo. Al principio, el actor se situaba frente al coro y los espectadores. La costumbre de actuar sobre un estrado situado en la parte anterior de una edificación tangente a la orquesta (la *skēnē*, origen de nuestra «escena») no aparece hasta una época muy posterior.

Palas: se trata de un epíteto con el que se aludía a la diosa Atenea

Palestra: lugar destinado a los ejercicios gimnásticos. Constaba de un espacio al aire libre, casi siempre rodeado de un paseo cubierto y porticado (*perípatos*), y una serie de dependencias anexas (vestuarios, salas de descanso, baños y almacenes). Las palestras podían estar vinculadas a un gimnasio o existir como instalaciones independientes. En Atenas estaban dominadas por los *pedotribas*, que se encargaba del adiestramiento deportivo de los muchachos entre los doce y los dieciocho años, edad a la que los jóvenes (*efebos*) comenzaban su adiestramiento militar. Los más grandes maestros de la antigüedad emplearon estos lugares consagrados a la práctica deportiva para impartir sus enseñanzas. De hecho, resulta imposible desligar la educación gimnástica de los otros aspectos de la formación de un joven griego.

Papiro: planta de cuyos tallos se confeccionaba una especie de papel para escribir. La tinta era sólida, por lo que había que diluirla en agua antes de usarla. A modo de pluma, los antiguos griegos usaban un cálamo, un trozo de fina caña con uno de sus extremos afilado. El papiro se importaba de Egipto, por lo que resultaba muy caro. De hecho, se usaba sobre todo en la edición de libros, cuya forma era la de varios rollos de papiro atados con una cinta o guardados en una caja. Más habitual era escribir sobre tablillas recubiertas de cera, usando para ello un estilete o punzón.

Peán: canto dedicado al dios Apolo que los soldados a menudo entonaban en las marchas y las batallas.

Pedagogo: se trataba del esclavo que acompañaba a los niños a casa del maestro (*gramático*) portando los útiles escolares, y se encargaba de enseñarles buenos modales, a fuerza de palos, si era necesario.

Pegaso: legendario caballo alado hijo de Poseidón.

Peristilo: en las viviendas nobles y palacios de Grecia y Roma, el peristilo era un patio rodeado de columnas en torno al cual se disponían las distintas estancias.

Pie: medida de longitud equivalente a unos 30 centímetros.

Píndaro (c. 522-446 a. C.): poeta tebano muy admirado por Alejandro y considerado el maestro de la lírica griega. Compuso numerosos himnos y odas corales, bien en alabanza de los dioses o de los vencedores en los juegos panhelénicos.

Pitágoras: filósofo y «gurú» de una secta religiosa nacido en la isla jonia de Samos a mediados del siglo VI a. C. A él y a su escuela se les atribuyen importantes avances en el desarrollo de las matemáticas, la astronomía y la teoría musical.

Pitón: se trataba de una serpiente monstruosa, hija de la diosa Gea, a la que Apolo dio muerte en Delfos, el futuro emplazamiento de su santuario. El nombre de la sacerdotisa que atendía el oráculo, la Pitia, provenía precisamente del de la serpiente.

Pnix: colina cercana a la Acrópolis donde se reunía la Asamblea de Atenas.

Poseidón (o Posidón): uno de los doce olímpicos, hermano de Zeus. Era el dios de los mares, los ríos, los caballos y los terremotos, muy frecuentes en Grecia.

Prítano: cada uno de los cincuenta magistrados, diez por tribu, que presidían el Consejo de la ciudad de Atenas.

Púrpura de Tiro: este tinte, tan apreciado en la antigüedad, se obtenía a partir de un molusco marino del género «múrex». Su elaboración era muy costosa (para producir un litro de tinte eran necesarios más de cien mil moluscos), por lo que los tejidos teñidos con púrpura de Tiro alcanzaban precios astronómicos y solo estaban al alcance de la realeza y la aristocracia. La púrpura se convirtió en el color distintivo de los altos magistrados romanos, de los emperadores y, posteriormente, de los soberanos y cardenales. Por ello, la expresión «vestir la púrpura» se usa con el sentido de acceder a una alta dignidad civil o religiosa.

Rapsoda (de *rhapto*, coser y *ode*, canto = «el que cose canciones»): recitador profesional que iba de pueblo en pueblo declamando fragmentos de los poemas homéricos y otras composiciones. En lugar de la lira de los *aedos* o cantores de la época de Homero, los rapsodas usaban un bastón (*rhabdos*) para marcar el ritmo del verso y añadir énfasis a sus palabras.

Sátrapa, satrapía: Heródoto nos cuenta que el imperio persa estaba organizado en veinte provincias llamadas *satrapías*, aunque este número probablemente aumentó a

22 en épocas posteriores. Al frente de cada provincia había un *sátrapa* o gobernador, casi siempre un miembro de la antigua aristocracia persa (las Siete Familias) emparentado con el Gran Rey. Los sátrapas poseían amplios poderes civiles y militares dentro de sus territorios (gozaban, por ejemplo, de la potestad de acuñar moneda y recaudar impuestos). En teoría, se trataba de un cargo subordinado a la corona, y su administración era supervisada por un cuerpo especial de altos funcionarios denominados los «oídos del rey». Sin embargo, los territorios que gobernaban eran tan vastos que actuaban como monarcas *de facto*. Algunos incluso encabezaron revueltas contra el Gran Rey, como fue el caso de Artabazo antes de su exilio en Macedonia.

Cuando Alejandro emprendió su expedición, la satrapía más occidental era la de Jonia (*Yaunia*), la más oriental la de la India (*Hindush*), aunque en realidad los persas habían abandonado esta última tiempo atrás. Entre ambas había una distancia a vuelo de pájaro de más de 5000 km. Finalmente, y a modo de orientación para el lector, mencionaremos que el antiguo imperio aqueménida, en su época de mayor extensión, abarcaba los siguientes estados modernos: partes de Grecia, Bulgaria y la República de Macedonia, Chipre, Turquía, Georgia, Armenia, Azerbayán, Siria, El Líbano, Israel, Jordania, Egipto, Iraq, Irán, Afganistán, Turkmenistán, Uzbekistán, el sur de Kazajstán, Tayikistán y Pakistán, en total unos 6.500 000 km², que vienen a representar dos tercios de la superficie de los EE.UU.

Semíramis: los antiguos, sobre todo Heródoto, atribuyeron gran cantidad de hechos legendarios a esta heroína, a la que hoy se suele identificar con la reina asiria Sammu-ramat (siglo IX a. C.), entre ellos la fundación de la ciudad de Babilonia. Los restos arqueológicos, sin embargo, muestran que Babilonia era la ciudad más importante de la Mesopotamia meridional ya en los comienzos del segundo milenio a. C.

Sillería: técnica de construcción en la que se emplean sillares o grandes piedras labradas.

Sofista: nombre que en Grecia se aplicaba, a menudo peyorativamente, a los filósofos itinerantes que impartían sus enseñanzas a cambio de dinero. Se les acusaba de codicia, de corromper a la juventud y de mostrar como verdadero lo que era falso. En realidad, eran los únicos capaces de ofrecer una educación superior de calidad en aquella época.

Strategos: general.

Tártaro: El Tártaro era la región más profunda del mundo, situada bajo el reino subterráneo de Hades, dios de los muertos. Allí, las almas de los criminales y sacrílegos recibían tormentos eternos.

Tumba de Alejandro: el paradero de la tumba de Alejandro constituye uno de los mayores enigmas de la arqueología. Tal y como se narra en la novela, el cuerpo embalsamado de Alejandro fue «secuestrado» por Tolomeo, quien lo depositó en Menfis y, posteriormente, en Alejandría, donde había ordenado construir un templo-mausoleo para que se le rindiera culto. En los siglos posteriores, la tumba de Alejandro, al parecer situada en el extremo oriental del ágora, se convirtió en un centro de peregrinación que atrajo a visitantes tan ilustres como Julio César o el emperador Augusto, aunque su rastro se pierde después entre las brumas del tiempo (el último testimonio que se conserva data de finales del siglo IV, cuando Teodosio I ordenó clausurar los santuarios paganos). Sin embargo, la Alejandría musulmana mantuvo vivo el recuerdo de Alejandro, conocido en el mundo islámico como Dhû-l Carnaïn, *el Señor del Doble Cuerno*.

Solo en el último siglo se han llevado a cabo más de cien intentos infructuosos de dar con el mausoleo y el sarcófago (que al parecer primero fue de oro y luego de alabastro translúcido). El último de ellos tuvo lugar en 1995, año en que la arqueóloga griega Liana Souvaltzi afirmó haber encontrado la tumba de Alejandro durante unas excavaciones realizadas en las cercanías del oasis de Siwah. Lamentablemente, sus conclusiones resultaron ser erróneas.

Creo que la desaparición del cuerpo y del mausoleo habría complacido a Alejandro, puesto que ambos eran testimonios evidentes de su mortalidad. Dada mi particular deuda de gratitud con él, espero que nunca sean encontrados.

Tumba de Filipo: entre 1977 y 1978, el arqueólogo griego Manolis Andronikos excavó tres magníficas tumbas reales en las cercanías de Vergina, al norte de Grecia, lo que permitió identificar el lugar con la antigua Egea (*Aigai*), primitiva capital macedonia. La más lujosa de todas ellas, oculta por un túmulo de casi 110 m de diámetro, poseía una hermosa fachada de pilares rematada por un arquitrabe pintado, y su interior estaba distribuido en dos cámaras independientes en las que se halló un tesoro de incalculable valor histórico y artístico. Se supone que la segunda cámara corresponde a la tumba del rey Filipo. Allí se encontró una armadura completa, armas, vasijas, diminutas tallas en marfil con retratos de la familia real, diademas y, sobre todo, un cofre recubierto de oro y adornado con el sol de los Argeadas que contenía restos humanos. El análisis de los huesos demostró que el difunto había recibido una herida en la órbita del ojo derecho, tal y como se sabe que le ocurrió al tuerto padre de Alejandro. Por otro lado, las grebas de la armadura eran de longitud desigual, lo que coincidiría con la herida de guerra que Filipo sufrió durante la campaña de Perinto y Bizancio. En 1993 se ha construido en torno a la excavación un moderno museo donde se pueden admirar todas estas piezas.

Zapador: soldado encargado de realizar excavaciones y construir defensas.



ELOY M. CEBRIÁN (Albacete, 1963). Es licenciado en Filología Inglesa, catedrático de instituto y escritor. Para jóvenes lectores ha publicado las novelas *Bajo la fría luz de octubre*, *Operación Beowulf*. En cuanto a su producción para adultos, destacan *El fotógrafo que hacía belenes*, *Los fantasmas de Edimburgo* (finalista de los premios Heralde y Fernando Lara) y *Madrid, 1605* (finalista de los premios Fernando Lara y Ateneo de Sevilla). Sus relatos y sus artículos de opinión han aparecido recopilados en los volúmenes *Comunión* y *La Ley de Murphy*, respectivamente. Desde el 2000 codirige la revista de creación literaria *El Problema de Yorick*.

Más información y contacto con el autor en <http://www.eloymcebrian.com>

Notas

[1] Mesopotamia significa en griego «entre los ríos». <<

[2] En los teatros griegos, la orquesta era un espacio circular situado ante la escena. Las gradas donde se sentaban los espectadores se disponían en torno a este círculo.

<<

[3] El Golfo de Iskenderun o Alejandreta, llamado así por la cercana ciudad que Alejandro fundó para conmemorar la batalla que está a punto de entablarse. <<

[4] 146 metros. <<

[5] En esta ocasión a Bucéfalo lo traiciona su gusto por el dramatismo. Este eclipse lunar que nos refiere no ocurrió, como él afirma, la noche anterior a la batalla de Gaugamela, que tuvo lugar el 1 de octubre del 331 a. C., sino el 20 de septiembre, es decir, once días antes de esa fecha. (N. del T.). <<

[6] Tolomeo se refiere al episodio de la heroica resistencia del rey Leónidas y sus trescientos espartanos en el paso de las Termópilas. Se cuenta que un traidor heleno llamado Efiates mostró a las fuerzas de Jerjes los senderos de montaña que les permitieron cercar y aniquilar a los espartanos. <<

[7] Año 330 a de C., han transcurrido tan solo seis años desde el asesinato de Filipo y la ascensión de Alejandro al trono y cuatro desde la batalla del río Gránico. <<

[8] Hecatompylos: «la ciudad de las cien puertas». <<

[9] Ver Mary Renault, *El muchacho persa*. <<

[10] Bucéfalo incurre en el error, muy generalizado entre los griegos de su tiempo, de que la cordillera que estaban a punto de franquear era una prolongación de los montes del Cáucaso. En realidad se trata de un sistema montañoso diferente, conocido hoy en día como el Hindu Kush. La cordillera se extiende a lo largo de 1600 Km, atravesando el territorio de los modernos Afganistán y Pakistán, y alcanza una altitud de más de 7000 m <<

[11] Aristóteles ignoraba las auténticas dimensiones de Asia y no podía imaginar siquiera la existencia del subcontinente indio. <<

[12] Aristóteles ignoraba las auténticas dimensiones de Asia y no podía imaginar siquiera la existencia del subcontinente indio. <<

[13] La ruta de Hefestión y PérDICas corresponde al que actualmente se denomina Paso de Khyber, el más importante de los pasos de montaña entre Afganistán y Pakistán. Alejandro, por su parte, va a internarse por la zona montañosa al norte del río Kabul, en las inmediaciones de Cachemira y la cordillera del Himalaya, una de las regiones más altas del globo. <<